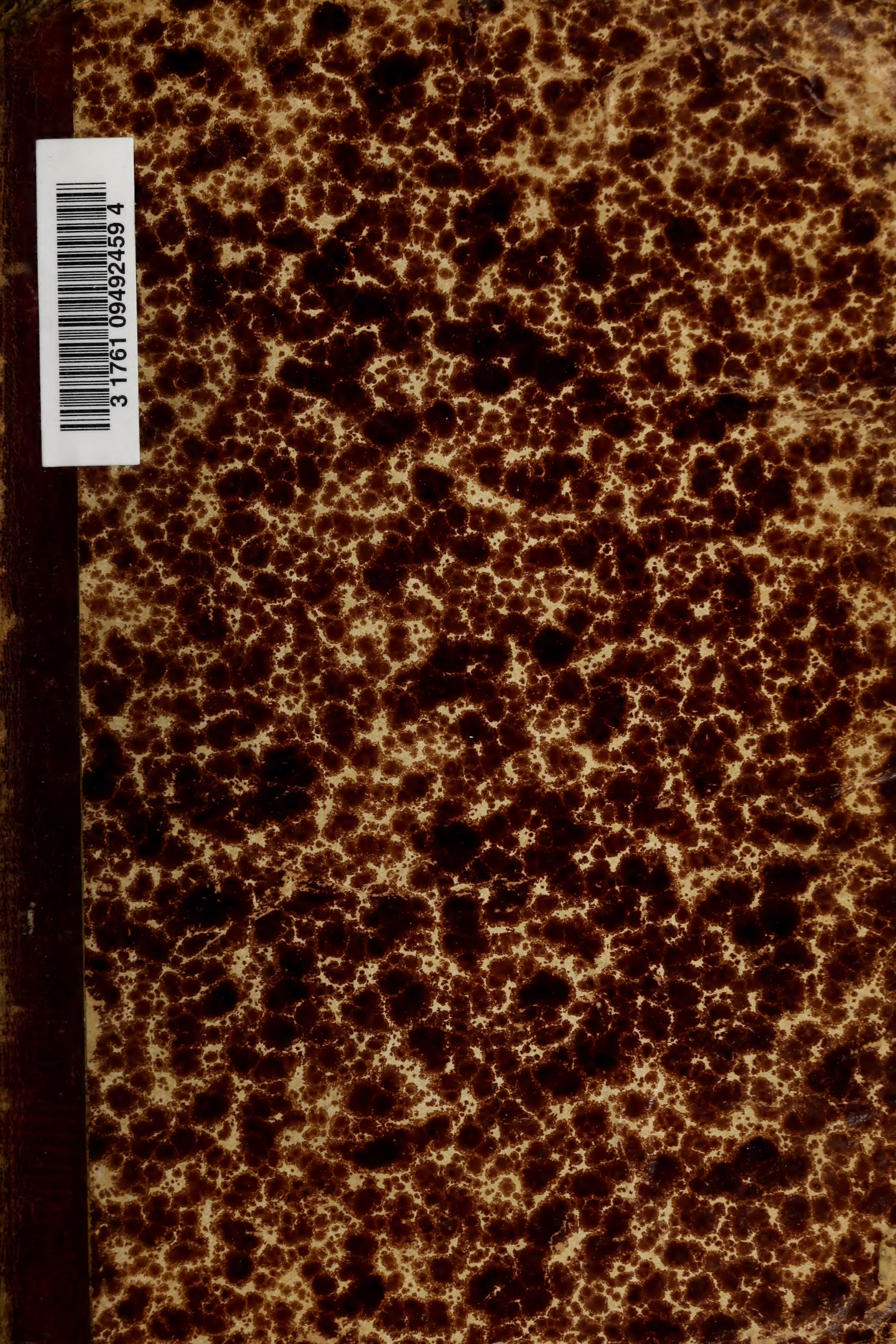
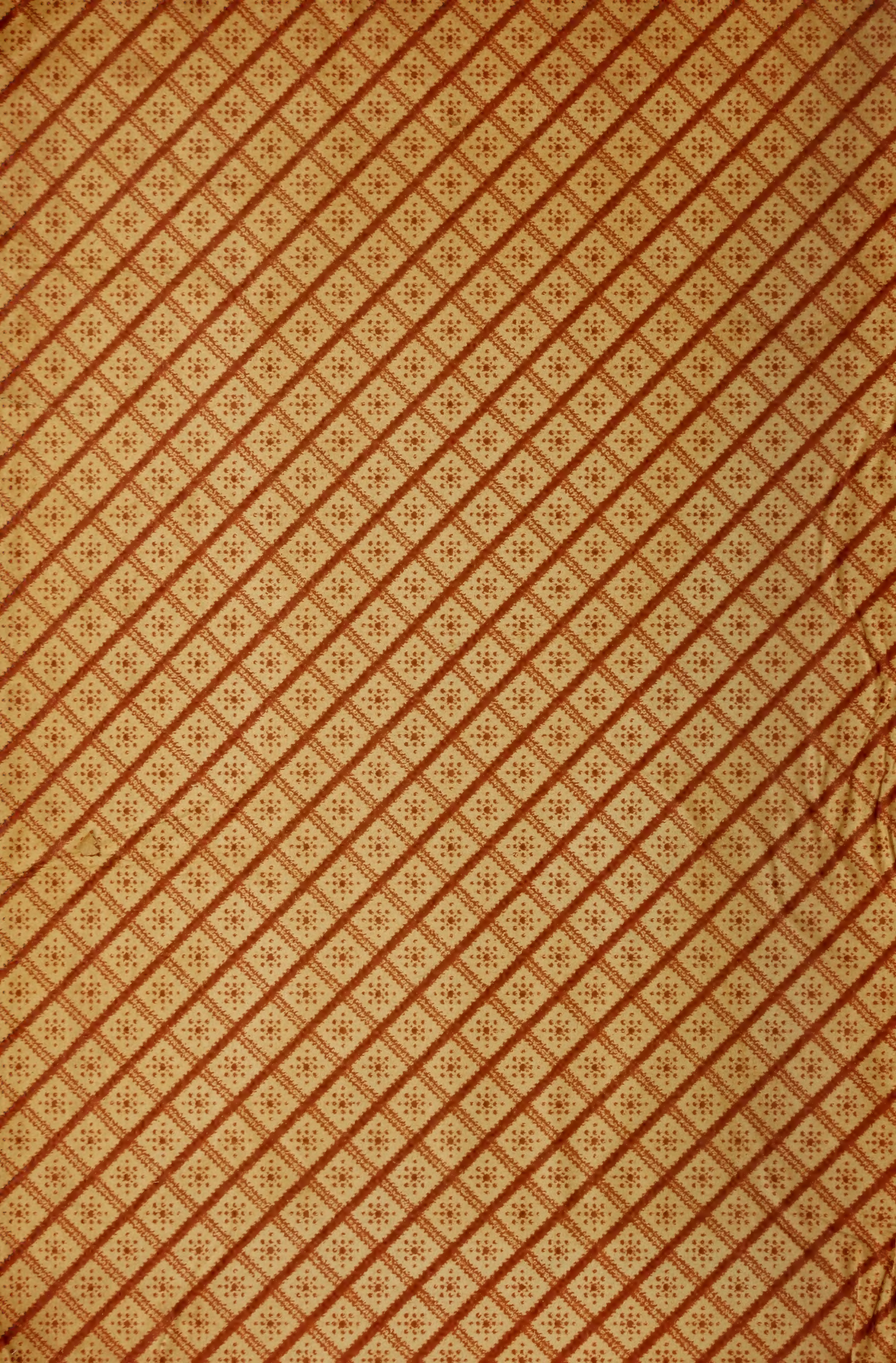
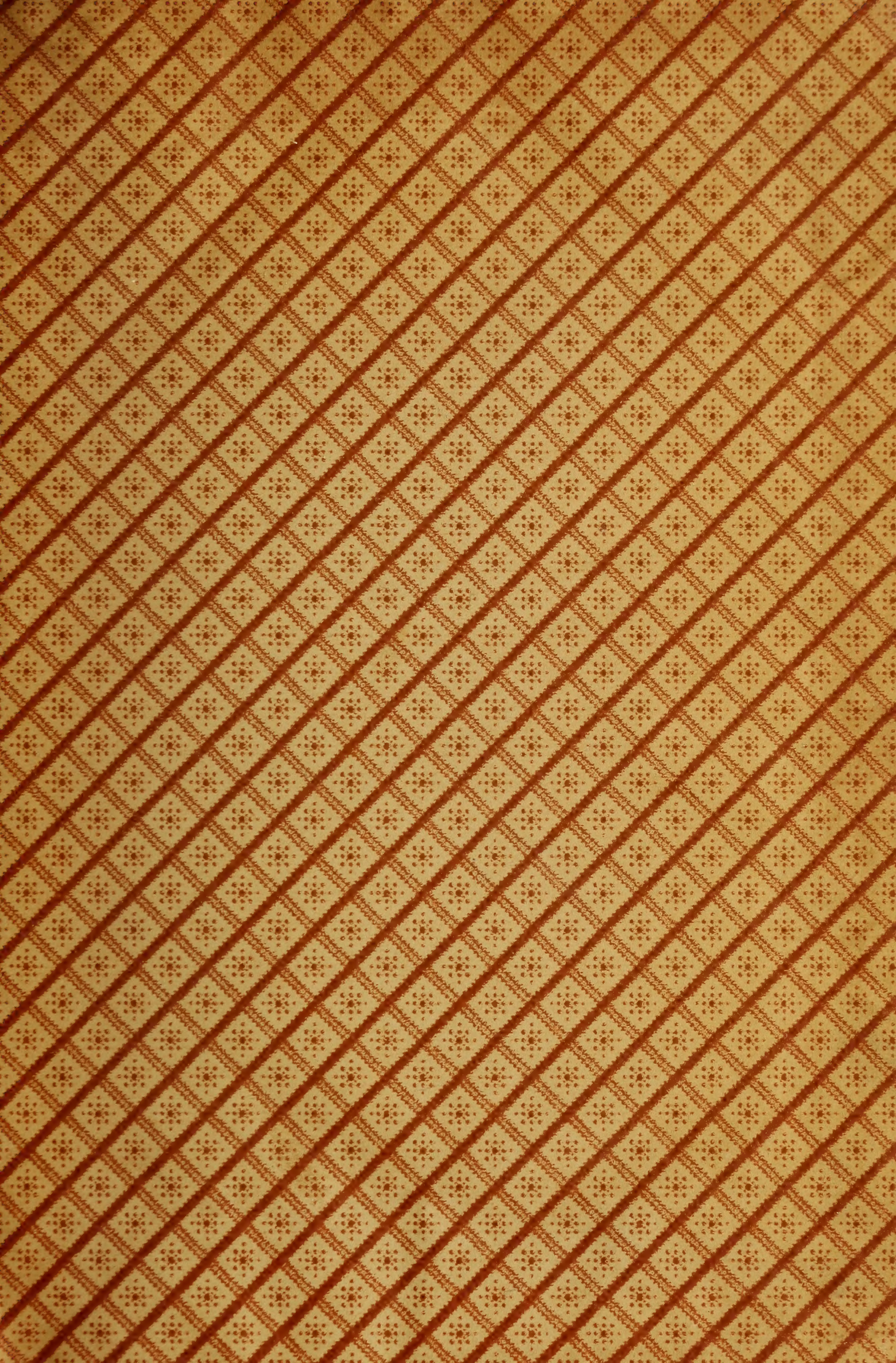
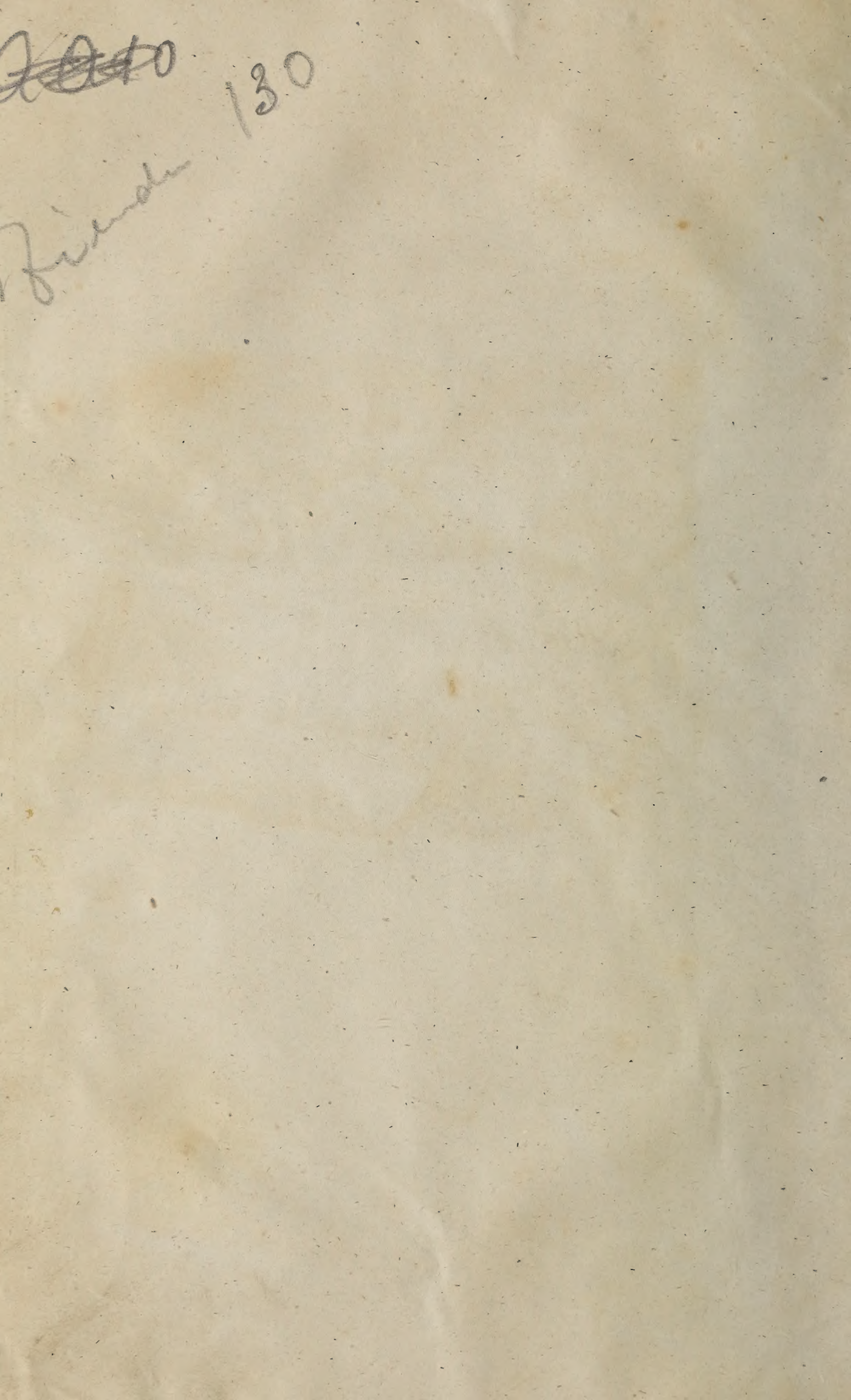

3 1761 09492459 4



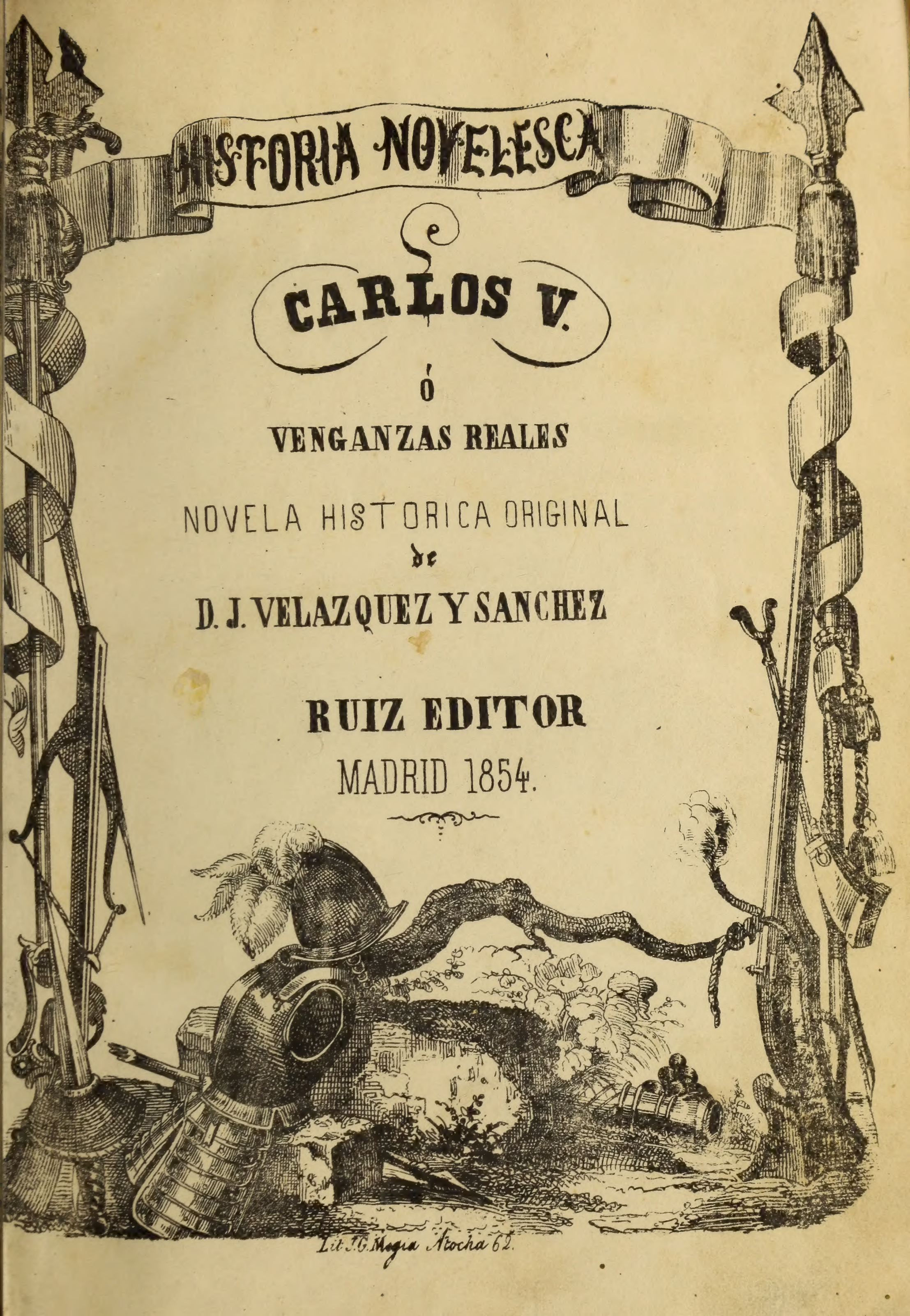



130


CARLOS V.
O
VENGANZAS REALES.
MORALES

Censura de novelas.—Madrid 15 de enero de 1853.—El cesor D. José Antonio Muratori.—Es copia.

Madrid.-1853.-Imp. de D. P. Montero, Encomienda, 19.


HISTORIA NOVELESCA
CARLOS V.
Ó
VENGANZAS REALES
NOVELA HISTORICA ORIGINAL
de
D. J. VELAZQUEZ Y SANCHEZ
RUIZ EDITOR
MADRID 1854.
Lit. J. G. Megia Atocha 62.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/crlosquintovenga00velz

S
V4347c

CÁRLOS QUINTO,

ó

VENGANZAS REALES,

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. José Velazquez y Sanchez.

Sicut rugitus leonis, ita et terror regis:
qui provocat eum, peccat in anima sua........

....

(*Libr. de los Prov.*, *cap.* 20, *vers* 2.)



Publicada por D. J. Ruiz de Morales.

—

OLMO, 8, PRINCIPAL.

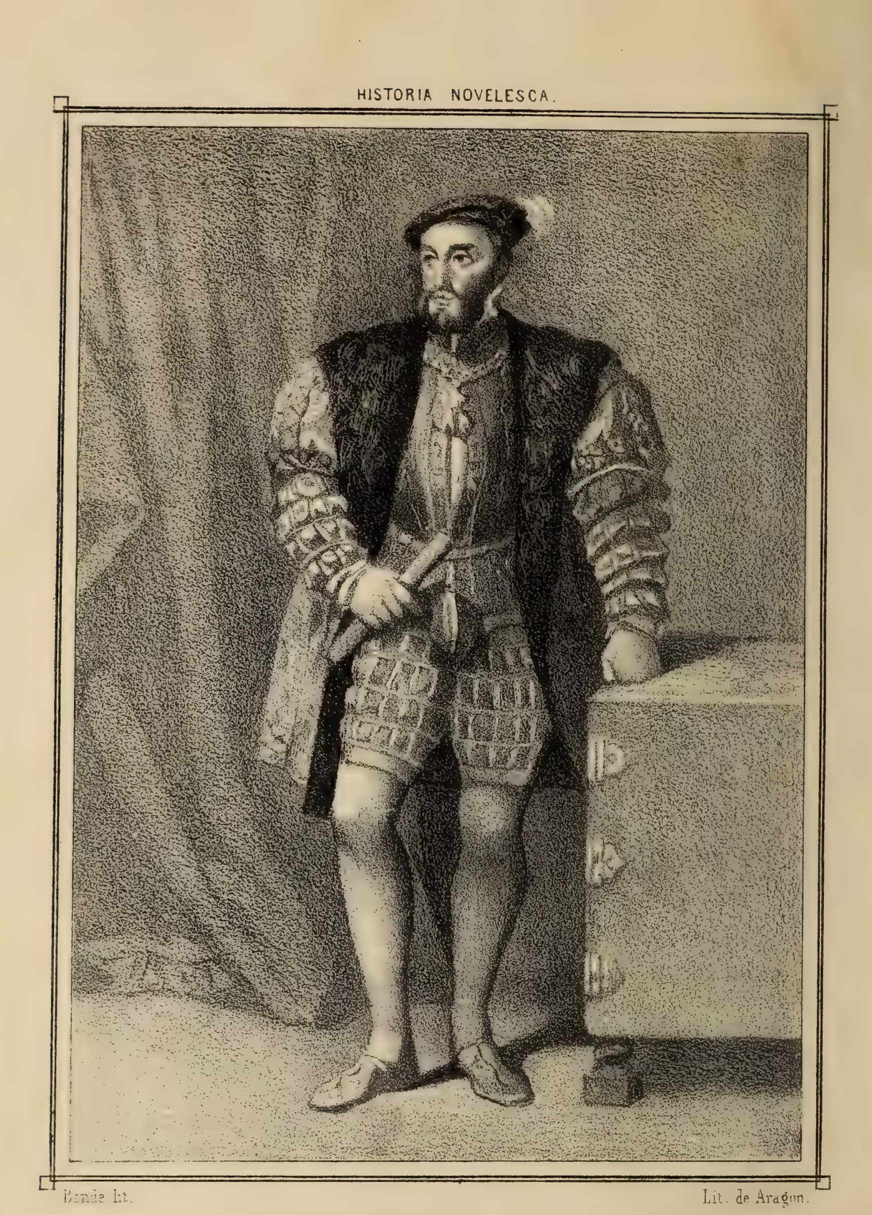
MADRID.

294615
19. 12. 33

AL S.R D. JOSÉ DE ECALA Y ZUBIRA

En prueba de sincera amistad y respetuoso afecto.

El autor.



Bonde lit. — Lit. de Aragon.

CARLOS 5.º ó 1.º



LA FIESTA DEL ASNO

CAPITULO I.

Las campanas de la buena ciudad de Bruselas se corresponden en ajitados revuelos. Es el dia de la Circuncision. Se celebra la fiesta del asno en la suntuosa catedral del pueblo, residencia de los archiduques austriacos; y á la solemne funcion matutina sigue por la tarde la *prosa asenaria*, diversion sacro-profana, que con la fiesta de los locos nos denuncian la relajacion de la disciplina en la iglesia de los siglos XV y XVI; la licencia de aquellas ceremonias grotescas, que amenguaban el prestijió del culto severo y majestuoso; la ignorancia de un clero, que no com-

prendia la ruina de su crédito en la vulgaridad chocante y ridícula con que prostituia la santidad de los venerandos ritos.

La fiesta de los locos y la del asno constituian un carnaval eclesiástico, cuyas locuras y farsas eclipsan cuantas tradiciones nos dejó Roma de sus saturnales celebérrimas, y á no conservar monumentos bibliográficos y artísticos la memoria de estas estravagancias con toda exactitud en sus detalles, juzgariamos monstruosamente falaz la crónica que nos revelara tales disfraces, pantomimas, y profanaciones de la Casa de Dios.

Aunque sucintamente trazaremos el cuadro de entrambos festejos; tanto para que nuestros lectores se orienten de ciertas costumbres del siglo, á que nos referimos en la obra, cuanto por via de introduccion al relato de los acontecimientos, que particularmente nos interesan.

La fiesta de los locos era el delirio de un alborozo demente, cuyos raptos convertian á las poblaciones en una verdadera Babilonia, y daban franco acceso en los vecindarios mas pacíficos á la tumultuosidad desenfrenada.

Llegado el dia de la fiesta, la multitud corria al templo, convertido en escenario de las bufonadas mas indecorosas. Los oficios sagrados venian á ser la parodia del ritual ordinario. Los diáconos y subdiáconos comian salchicha sobre el ára; jugaban á los dados en la escalera del presbiterio, finjiendo una reyerta, seguida de sendos cachetes; infestaban la cazoleta de los incensarios con suela de zapatos viejos, y hacian respirar su olor al celebrante.

Los clérigos, embadurnada la cara con heces de vino, y vestidos de una manera singular y estrafalaria, entraban en el coro, entonando cantares, algo mas que libres, é interrumpian la salmodia con bailes repentinos, y cantos discordantes, que el pueblo recibia con aplausos estrepitosos.

Despues de tal desordenado rito se procedia á la eleccion del papa, rey ú obispo de los locos, con diferentes géneros de azar. En unas iglesias se declaraba en competencia el pontificado, reino ú obispado de los dementes

entre los de figura mas repugnante: en otras se escojia al mas grueso y alto de los asistentes: en algunas el sochantre estaba reservado para la burlesca investidura por razon de oficio.

Designado el pontífice, monarca ú obispo de aquella frenética muchedumbre, se le exornaba con las insignias de su empleo. Una tiara de carton dorado, capa pluvial manchada y rota, y la caña con tres cruces servian de distintivo al gefe de aquella turba, escitada por el demonio de la licenciosidad. Corona de oropel, manto de púrpura en girones y cuerno enorme por cetro señalaban al soberano de la libertina congregacion. Mitra de papel, capa llena de lodo, y báculo de sarmiento, adornado de lazos, de los que pendian racimos artificiales de uvas blancas y negras, indicaban su obispo á el descompuesto populacho.

La sacrílega procesion empezaba. Rompian la marcha los músicos del cabildo; seguian clérigos y seglares con cirios, hachones y linternas. De trecho en trecho venian carros llenos de basura donde eclesiásticos enmascarados jesticulaban impúdicamente, y adoptaban las posiciones mas lascivas. A cada carro que pasaba la inmensa concurrencia recibia con aclamaciones la pantomima escandalosa, y los farsantes, inferiores á las antecedentes en mímica impura y torpe cinismo eran silbados, y se les arrojaba pelotas de lodo por el vulgo descontento.

Llevado en andas por cuatro jayanes; rodeado de la canalla mas soez de las poblaciones; entre el estruendo de ahullidos, gritos y carcajadas, y descubriéndose como una forma diabólica entre la humareda de las teas rojizas de un sarao infernal, aparecia el papa, obispo ó rey, objeto de las ovaciones insensatas; deidad de un dia, que simbolizaba el libertinaje impio, el desatinado júbilo de las masas, ébrias de vino y poseidas del furor de un coro de Bacantes.

Consérvanse credenciales de sillas de coro en las que se ven frailes con orejas de asno y revestidos con la piel de un buey, en conmemoracion del nefando festejo. Medallones

y grabados recogidos en museos, y conservatorios arqueológicos, representan ya los egercicios de oposicion al puesto de papa, obispo ó rey de los locos; ya los carros inmundos en que se representaban las indecentes pantomimas; ya la apoteosis del presidente de aquella fiesta escandalosa.

Mauricio, obispo de Paris, varon eminente en virtud y letras, no pudo alcanzar la estirpacion de tan locas supersticiones; y en vano las proscribió en sus pastorales como *pecaminosos remedos de la nefanda gentilidad.*

Un acta del Concilio de Sens de 1545, testifica que Odon, obispo de aquella Iglesia, prohibió los disfraces, y sin atreverse á contrarestar todos los desórdenes de la fiesta se limitó á condenar los escesos de mas bulto entre los que la hacian incompatible con la moral pública en tan alto grado.

La facultad de teología de Sens en 1444, circuló una reprobacion enérjica de aquel festejo abominable por todas las diócesis francesas y germanas; estendiéndose largamente en los usos y prácticas horrendos, que iban acumulando escándalos y profanaciones á las desenvolturas originales de la funcion.

Actas de concilios de provincias de 1460 y 1485 van enumerando los abusos de mayor cuantía, y ocupándose de su represion gradual, sin osar un ataque decisivo contra la institucion, de suyo licenciosa é indecentemente profana: lo que patentiza lo arraigado de la costumbre y el gusto decidido de los pueblos por aquella diversion, en que desbordaban sus propensiones al desenfreno y al bullicioso tumulto.

La Sorbona, árbitra en nombre de la ciencia hasta en las disputas entre reyes y pontífices, tronó contra la fiesta de locos, fulminando la merecida censura sobre aquel clero indecoroso, que aceptaba las mamarrachadas populares en el Santuario; incitando los descarrios del vulgo con sus obscenas mímicas, y su asquerosa desvergüenza.

Ya se necesitó permiso para celebrar el festejo impuro, en

1514 y 1517, segun lo acreditan varias actas de capítulos generales de Sens, y desde entonces, gracias á los tiros del cáustico Erasmo, á la guerra de Lutero, que supo bien esplotar los desórdenes de la disciplina eclesiástica, y al deber de defensa, en que se vió el clero, atacado por sus hábitos perniciosos, en la integridad del dogma santo, no volvió á reproducirse la Saturnal licenciosa, y el culto recobró su carácter sublime; sin la interrupcion de farsas y execrables pantomimas.

La mediacion del siglo diez y seis marca el período de término de la fiesta de los locos; como tambien la conclusion de otra ceremonia, no menos tempestuosa y digna de anatema: la fiesta del asno, el dia de la Circuncision.

Introducida (así decian las crónicas antiguas) *para honrar al útil y pacífico cuadrúpedo, sobre cuyos lomos cabalgaba Jesus al entrar triunfnnte en Jerusalen*, de sencilla égloga, como las que se representaban en la Natividad, convirtióse en poema inmoral y grotesco, y al cabo de breve espacio ya emulaba en impudor y pródigas liviandades con la famosa fiesta de los locos.

El templo se hizo teatro de farsas y pantomimas de la peor especie. El clero y el pueblo celebraban una mascarada, indigna del sacro lugar. Se bebia en la Iglesia; comíase vorazmente en tan augusto sitio.

A no existir las actas de los capítulos generales de Sens se resistiria nuestra inteligencia á concebir tanto absurdo, tanta ridiculez y grosería en la mansion divina.

En aquellas actas, que datan segun queda dicho, de 1460 y 1485, se prohiben los disfraces y las danzas truhanescas, como los juegos y burlas *(ludi et fabulœ)* que trasmutaban la casa de la oracion y los sacrificios en tablado de saltimbanquis y bufones.

Se vitupera el canto discordante *(in falso,)* imponiendo penas á los clérigos que se permitan disonancias para escitar la risa; que formen algarabías y confusiones, alterando el compás de los salmos, ó entonen con el aire de las sagra—

vas preces estribillos y trovas profanas.

Se reprueba la costumbre de arrojar al sorchantre raudales de agua fria; limitando á tres los cubos que pueden perterse sobre el maestro de coro.

Previenen que no se conduzcan en procesion hombres desnudos, para ser ámpliamente remojados en el pozo del claustro; advirtiéndose que vayan decentes, y solo se derrame sobre ellos un cubo de agua y no mas.

Se escluye de la Iglesia toda representacion de mimos, y fantasmas; aconsejando al pueblo que respete el decoro del tabernáculo, contentándose con recrearse fuera de la Casa Santa con los propios divertimientos *sin ofensa de Dios ni daño del prójimo.*

En 1516, época á que nos referimos en este capítulo, la fiesta del asno iba perdiendo los atractivos que por tanto tiempo la hicieron la delicia del pueblo, y aunque siempre estravagante; estaba purgada de muchas ceremonias ofensivas al respeto y á miramientos debidos al lugar santo.

Los vecinos de Bruselas corren á su espléndida catedral con la mayor avidez, porque la fiesta se anuncia modificada en parte de las comunes prácticas, introduciéndose una novedad importada del estranjero.

—Vecina Kenny, dijo una obesa comadre, charlatana como la cotorra. ¿No sabeis que S. A. el archiduque Cárlos ha prohibido la procesion de hombres desnudos?

—¡Válgame San Gundemaro! (esclamó Kenny con profundo sentimiento) ¡Con que entonces no veremos á Göttinguer el cortador, que debia ser el primero de los pasos!

—Es lástima (respondió la otra:) Göttinguer es un moceton de muy buenas formas, y el año pasado no tuvo rival ni en figura ni en valor para sufrir cubos de agua sobre su cabeza....

—Comadre Margarita (interrumpió Kenny con estrema curiosidad) ¿qué hay de nuevo en la fiesta?

—¡De nuevo! No sé.

—Mi hermano, hablando con el vecino Blinter el espa-

dero, dijo yo no sé qué de estraordinario, que el cabildo prepara.

—Mi marido es un lucifer, (contestó la robusta Margarita suspirando;) siempre llega regañando y aterrándome á votos; nunca me cuenta nada agradable.

—¡Eh! ¡eh! amigo Holboru; mi digno señor, querido mio. ¡Eh! ¡por aquí! buenas tardes; me alegro de la salud de vuesamerced; siempre suyo con todas mis facultades.... La buena Marion tan linda.... me alegro.....

—Gracias, maese Forster.

—Como sois alguacil del prebostazgo, (por muchos años sea) y ya se vé... como andais alredor de nuestros burgo-maestres, (el Señor les dé su gracia) y al fin... como dice el otro.... estamos.....

—Bien, maese: ¿quereis citar á un deudor? ¿Pedir una guia?

—No, perdone vuesamerced, perdone vuesamerced, no es eso; (con permiso de su palabra honrada) no es eso lo que yo.....

—¿Se trata de un embargo? ¿De un asiento preferente?

—No señor, mi bueno y digno amigo señor Holboru; querido mio, alguacil del prebostazgo de Bruselas, primer teniente ejecutivo del burgo-maestre mayor; comisionado de la....

—Basta de señas, maese Forster; ya me conozco.

—Dicen que su alteza real, el archiduque, nuestro señor, (Dios le defienda y glorifique) se ha dignado mandar (su derecho matenga el cielo) que este año de gracia de 1516, en la prosa del asno, no se saquen pasos de hombres desnudos, en carnes y....

—Cabalmente, maese. Su alteza prohibe asimismo los disfraces en el Templo, y no permite que se arroje mas de un cubo de agua á los figurantes.

—Con licencia vuestra, señor Holboru, mi buen amigo, querido mio; con licencia vuestra; (si se me permite.) Es el caso que si su alteza real (el Señor le ampare y libre de

desgracias) se ha servido prohibir (en uso legítimo de su derecho verdaderamente).... ¿Qué iba yo diciendo?...

—Que si su alteza....

—Ya, ya. Perdon por haber cortado el hilo de.... Pues bien, señor Holboru, mi dueño, querido mio; aunque su alteza prohiba esa procesion de.... es el caso que dicen; es decir, me han dicho que por otra parte.... no, y hace bien, mil veces bien.... que permite una especie de.... así como...

—Sí. En lugar de las ceremonias que prohibe concede su permiso para que se haga la procesion de la Vírgen María como en Beauvais....

—Y decidme, señor Holboru, mi escelente amigo, querido mio; ¿esa procesion es alguna?....

—Se busca la jóven mas hermosa. Se la viste como á la Santísima Vírgen, y con un niño Jesus en los brazos se la lleva en procesion desde la sacristía al coro sobre el asno de la fiesta....

—Muy bien, señor Holboru, querido mio, muy bien. Supongo (perdóneseme el atrevimiento de la palabra) supongo que no será nada de lo que....

—La jóven (interrumpió Holboru) se sienta en el coro en una gran silla dorada, mientras se recitan las oraciones y se cantan los salmos, siendo conducida á la sacristía con la misma pompa con que la trajeron.

—Y luego (perdon por la curiosidad) luego, señor Holboru, querido mio, precisamente (dispénseme la suposicion) deberá suceder...

—Que se desnuda la jóven; que el pagador la dá sus treinta escudos de plata, y toma el camino de su domicilio.

—Perfectamente dicho, mi escelente señor Holboru, querido mio; eso será muy divertido, interesante y.... Pues señor.... yo digo (salvo mejor parecer) que si dado caso, (que nada estraño tiene) y como de esas se han visto tantas, que....

—Adios maese. Recuerdo un encargo olvidado.

—¡Eh! señor Holboru, una palabra...

— Adios maese. Ya nos veremos.

—Adios pues; Dios conceda su bendicion á vuesamerced y le libre de mal; que el Señor le guie; que la buena Marion se conserve tan....

—Hasta la vista.

—Hasta la vista, señor Holboru, mi singular amigo, querido mio...

—¡Maldita sea tu casta! abur maese.

—¡Trueno de Dios! capitan Lorkes, ¿qué mil rayos teneis?

—¡Tempestad de satanás! teniente Hudsson, he perdido el último escudo de mi soldada en ese infierno de garito del maldecido de Dios, Robert.

—Pues juntaos conmigo ¡muerte del diablo!

—¿El cubilete os ha puesto en cuaresma?

—¡No, cuerpo de Cristo! pero despues de una senda paliza administrada á la lindísima Kenilworth, no he tenido aliento para negarla mis últimos escudos á fin de que compre un jubon de terciopelo verde esmeralda.

—Merecemos una carrera de baquetas, teniente Hudsson.

—Ni mas ni menos que un lansquenete borracho, capitan Lorkest.

—¡Por vida del Papa!

—Estoy por darle un bofeton al primer caballero que pase: me desafiará; me dejaré pegar una estocada, y punto concluido.

—¡Ira de Dios! eso es una barbaridad.

—¡Cuernos de Lucifer! ¿Y qué os parece que haga?

—Veníos conmigo ¡mil diablos! Iremos á la fiesta de la circuncision. Parece que nos han escogido una mozuela de la canalla para que figure á la Vírgen María, como en Beauvais.

—¡Ola! ¡ola! No sabia yo tal cosa. Pues vamos allá.

—Vamos allá con doscientas lejiones de rayos, y al demonio las penas y el sentimiento por los escudos.

—¡Viva la alegria!

—Sí; ¡trueno de Dios! viva la vida franca!

—Señorita Betsy, decia un gracioso paje á la mas pulcra

y garrida damisela, que desde su ventana deslumbraba al garzon de centinela perenne en la calle todos los ratos que podia sustraer á los deberes de su servicio: espero que no faltareis á la fiesta.

—Iré con mi señora, mi buen Wandrillo.

—Es verdad que la quitan una porcion de ceremonias; pero por otro lado la añaden un requisito, á imitacion de cierto pueblo de Francia...

—Sí, ya sé: pero ¿quién hace el papel de Vírgen María?

—Una muchacha sin igual en belleza, á no existir vos en el mundo. —¿Cómo se llama?

—Juanita la cantadora.—¿La conoceis?

—Es una jóven como de diez y seis años.

—Mi edad justamente.

—Hija del viejo Nenni, el tañedor de rabel: gana su vida por las casas de los señores, hidalgos y mercaderes opulentos, cantando motetes y trovas, y recogiendo abundantes donativos.—¿Y canta bien?

—Con una voz tan linda como la vuestra, Betsy: con un acento puro y suave que hace palpitar el corazon.

La apuesta muchacha llevó á los lábios la punta de sus afilados dedos, enviando al doncel un ósculo, en pago de sus galanterías.

—La pondrán muy hermosa, repuso Betsy.

—¡Pobre Juanita! (esclamó Wandrillo:) en medio de tantos obsequios y adornada con tantas galas no podrá disimular su tristeza.—¿Por qué?

—Porque el anciano Nenni, su padre, está en el último grado de ásma, y habiendo gastado en su enfermedad los ahorros de sus funciones caseras hoy carecen de lo mas preciso. Están en la miseria mas horrible.

—¡Infelices gentes!

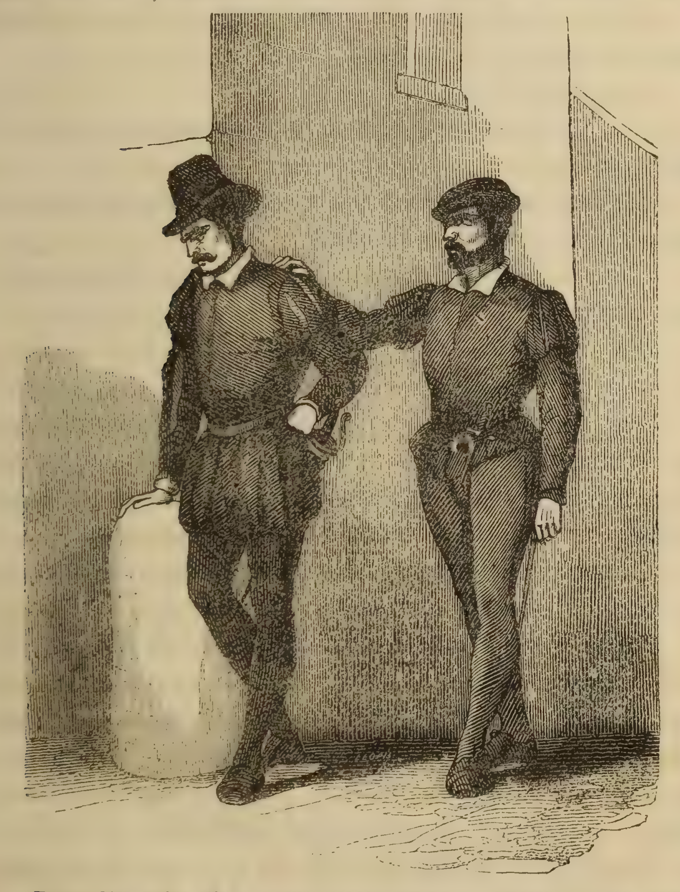
—Por recomendacion de minheer Holdstach, el preboste, se la eligió por el cabildo para Vírgen María; proporcionándola de este modo la suma de treinta escudos de plata, y una cesta de provisiones de presente.

—¿Y ella canta en la fiesta?

—Muy poco, segun dijo ayer al conde, mi señor, el dean del cabildo, su amigo: tres versículos solamente.

Un rufian de mirar zaino, y llena la cara de chirlos, dejó caer su diestra sobre el hombro de cierto plebeyo mal encarado, y de modales torpes, que apoyado en un guarda-canton parecia aguardar distraido la hora de una cita.

—Aqui estoy Blonderb, dijo el rufian con voz ronca y sonrisa siniestra: media hora lo menos antes de lo pactado.



—Bien llegado Mal-alma, (respondió el plebeyo con gesto sombrío). No esperaba menos de ti. Demasiado me consta tu eficacia y deseo de complacerme.

—Hoy por tí, mañana por mí, que dijo el otro, (contestó el perdonavidas.) Tu me prestas un escudo cuando me falta el *cumquibus*, y yo te auxilio toda vez que necesitas un brazo fuerte, y que pese al tenderlo.

—La muchacha puede pedir socorro, acudir algun imprudente y quitármela.

—Es cierto.

—Lo mejor es que yo me la lleve, mientras tu das razon del mal aventurado que ose salir á su defensa.

—¡Mal provecho para mí si no recibe una leccion el que venga en socorro de la Juanilla!

—Quedamos en eso.

—Por quedado. Pero dime: ¿qué diantre vas á hacerte con esa chica?

—A vengarme, Mal-alma ¡á vengarme! recalcó Blonderb con reconcentrada y sorda cólera.

—¡Diablo! Ten cuenta no te ahorquen por ladron de objetos sagrados.

—No entiendo.

—¿No vas á robar á la Vírgen María?

—Voy á ser el demonio de esa moza sin entrañas, que me abruma con sus desprecios. Yo era malo, pendenciero, bebedor; jugaba mi existencia; fuí el espanto de las mancebias y burdeles; el camarada de los quimeristas...

—Camarada de jaranas, pero no de peligros, maulon, interrumpió el mata siete

—La ví y me enamoré como un loco. Desde entonces naipes, dados, mozas, comilonas y jaleos, concluyeron para Blonderb, el *sin fatiga*, como se me apellidaba. El pensamiento en ella, nada me distraia: todo me dió en rostro, y por último resolví enmendarme para merecer su cariño; porque yo sabia que mi infernal reputacion en el barrio habia llegado á su noticia, escitando su aversion. Hice durante un mes la vida de un santo: sufrí las rechiflas de mis compañeros de disolucion, las provocaciones á la broma, y permanecí firme en mis propósitos. Osé hablarla y la de-

claré mi pasion, soportando la primera desdeñosa repulsa. Volví á la carga; nuevo desaire. Otra súplica; otro menosprecio. Cuarta pretension; cuarto rechace. Perdí la cabeza, y deteniéndola mal de su grado una noche en el dintel de su puerta, usé todos los medios para ablandar su corazon de mármol. ¡Inútiles tentativas! Me confesó que la parecia odioso, un miserable; un hombre desalmado; que la causaba horror: que todo lo preferia á unir su destino á mi destino... todo: hasta el hambre; la desnudez... hasta la muerte...

—¡Alma de Cain! ¡Pues no es franca la niñá que digamos!

—¡Condenacion! (rugió Blonderb furioso). ¡Qué mas puede apetecer ella que un hombre de mi estofa! Tengo una famosa armería; ganancias respetables; crédito comercial, y disfruto consideraciones en los gremios...

—Eso si; tu eres todo un hombre de pró.

—¿Quién es ella para despreciarme? ¡sangre y fuego! una cantadora viandante! una titerera; una farsanta, que divierte los ócios de las personas acomodadas, y al final de sus trovas tiende el platillo de metal para recojer las limosnas de las que ha entretenido.

—Lo cierto es que la Juanilla es una perla.

—¡Oh! hermosa como la Vírgen que hoy debe figurar: hermosa hasta el prodigio, por mi desgracia; pero esa hermosura será para mí ó para nadie: mia ó muerta...

—Tambien es capricho.

—Vamos á verla vestida de Vírgen, radiante de belleza; cercada de resplandores; espuesta á la adoracion de la multitud; entre el fulgor de las hachas de cera, y el humo del incienso...

—¡Vientre del obispo! no hay mujer que la eclipse en toda Flandes.

—Saldrá concluida la ceremonia: yo la acecharé como el lobo á una presa codiciada, y mientras que la tapo la boca, y la conduzco á mi casa tú, me escoltas, Mal-alma,

y empeñas el lance con el que acuda á sus gritos, si yo no he alcanzado á sofocarlos.

—¿A dónde daremos la carga?

—En las revueltas calles de la *Tisseranderié*. Cerca de su casa y al volver la esquina de la mia. Asi el camino es mas corto para mí que la llevaré en brazos luchando con ella. Mi criado Cristian está en aguardo para abrirme la puerta y aun ayudarme á introducirla á viva fuerza en nuestro domicilio, á mi primer silbido, que ya conoce.

—Perfectamente.

—Vamos ahora á la catedral.

Dentro de una elegante litera, sin escudo, ni emblema noviliario, conversan dos adolescentes, cuya traza y distinguidos modales suplen harto bien la falta de signos heráldicos, que denuncian en el continente el rango superior de los contenidos.

Los portadores de la litera no llevan uniforme, y desde luego se nota que guardan el incógnito por espreso mandato de sus jóvenes dueños.

El uno de los dos bizarros desconocidos, tiene cierto aire de superioridad que pudiera parecer exagerado, si los rasgos de su fisonomia no revelasen al mancebo de estirpe preclara, que representante de altos recuerdos se acostumbra á la dignidad, y ostenta al esterior la grandeza de las acciones, que corresponde á la grandeza de los pensamientos.

El otro demuestra una vivacidad suma, que se contiene por respeto al que acompaña.

—Hénos aqui fuera del dominio de un ayo severo (dijo el segundo de los descritos.) El conde, señor, no puede conformarse con renunciar á tenernos bajo tutela. Inútilmente han cambiado las cosas. Para él somos sus pupilos, y nada mas.

—¡Qué quieres Edgardo! es preciso tolerar sus impertinencias á ese buen conde de Nassan, por otra parte tan leal, tan celoso y amante de nuestro bien.

—Y ¿qué tal el montero Herman Stolk; que tanteado por

mí con objeto de que favoreciera nuestro ingreso á la madrugada sin que nadie se aperciba, me responde con acento duro: «*Yo no soy cómplice de semejantes desarreglos.*»

—En el fondo tiene razon, Edgardo. ¿Te parece arreglado que nos escapemos de esta guisa para ir á correr aventuras como dos exentos de guardias archiducales?

—¡Bah! ¡bah! (respondió el jovial mozalvete); buena ocasion de predicaciones cuando ya hemos hecho la calaverada de salir como estudiantes fugados del aula. Ademas reflexionemos que á las nueve nos esperan esas locas, Nantilde y su hermana.

—Dices bien: dos locas.

—¡Deliciosas locas! esclamó Edgardo.

—Dos locas (repitió el mancebo de continente majestuoso) que apenas han recibido nuestro primer regalo nos citan para una noche de amor.

—¡Franqueza! ¡marcialidad! ese es mi sistema.

—Yo habia soñado otra cosa para primera conquista, Edgardo.

—¿Alguna princesa encantada, señor? ¿Alguna Ondina de la teolojía escandinaba? ¿Quizás una hada de los cuentos de oriente?

—No tanto; pero sí una mujer amante y recatada, una mujer que luchase entre sus deberes y su pasion; que hubiera gloria en vencer; que enorgulleciera el triunfar de su decoro...

—Perder tiempo para llegar á conseguir lo mismo, interrumpió el alborotado Edgardo encojiéndose de hombros.

—No, (contestó el noble jóven con acento insinuante) no es perder tiempo trabajar por captarse esa ternura, que identifica las almas en una aspiracion única. Ya no hay remedio. Dado el primer paso daremos los que faltan hasta el fin de la correria.

—¡Bravo! ¡firme como un esguízaro!

—Ahora nos mezclaremos con la turba en la catedral.

—Allí como dos hidalgüelos de provincia; cuidando sin

embargo de rehurtar las caras cuando pasen los prebostes, el dean, el burgo-maestre mayor, y el alcaide de palacio, no sea que nos conozcan y adios plan de noche feliz.

—No es fácil que nos distingan entre aquel tumulto.

—En todo evento mejor fuera dejar de asistir á la fiesta.

—De ningun modo, Edgardo. Tengo una curiosidad que deseo absolutamente satisfacer.

—Veamos.

—Anhelo examinar á la pleveya que figura la Vírgen María, Nuestra Señora.

—Mucho la ensalzan.

—El conde Horu, asegura que es la primer jóven de Flandes; una deidad; un prototipo de virjinal belleza. Yo amo lo bello con pasion: belleza física; belleza de sentimientos; belleza de inspiraciones; todo merece mi reverente culto.

—La fiesta concluirá á las seis y media. A las siete volveremos á palacio: el caballero de Harencourt nos abre la comunicacion sijilosa, y á las ocho con el pretesto consabido, recobramos la libertad. Es un tesoro el caballero de Harencourt. Sin él no podiamos conseguir nuestro intento, y Nantilde y Lutecia quedaban sin amantes.

—Preciso es confesarlo.

—¡Harencourt es un benemérito! Nassan y Herman Stolk son dos viejos cócoras.

—Nassan y Stolk; son dos nobles y dignos ancianos que nos aman y por eso nos reprimen. Harencourt es un adulador, que lisonjea nuestros caprichos por atraerse nuestro agrado, que se promete esplotar algun dia. Es menester que seamos justos, por mas que pese á nuestra impetuosidad juvenil.

—Dice bien vuestra...

—¡Cuidado Edgardo! No olvides que soy Federico, tu compañero de colegio, á quien das un *tú* de alegre camarada.

. . . .

. . . .

. . . .

Un pueblo inmenso se agita y bulle en la suntuosa iglesia metropolitana de Bruselas.

La fiesta vespertina de la Circuncision con sus ritualidades estraordinarias convoca en el magnífico santuario á todas las clases, y condiciones de aquella nobilísima ciudad, blason de los Paises Bajos.

Las órdenes del archiduque han sido puntualmente cumplidas. Las primeras comparsas de mimos y bufones disfrazados, fueron detenidas en las puertas del templo, y obligadas á evacuar el pórtico. Cundió la nueva de tal espulsion por el vecindario, y retrocedieron los inobedientes al bando de su alteza, que se dirijian á la catedral enmascarados.

Los cultos de la tarde han dado principio con la conveniente severidad.

Despues de las oraciones prescritas para la festividad gloriosa, el reverendo Tlecherfeld, doctoral del cabildo, pronunció un discurso, desatendido por la multitud. Las singularidades de la fiesta, y no sus accidentes comunes, llamaban al concurso, que se hubiera abstenido de venir en gran mayoría, una vez suprimido el alegre final de la funcion.

Asi es, que mientras el reverendo Tlecherfeld, fatigaba sus robustos pulmones, atronando sus ecos al estallar en las profusas bóvedas, una gran parte de los asistentes se colocaban en dos filas á lo largo del camino, que desde la sacristía debiera traer la procesion solemne; escolta de honor de la Vírgen, figurada por la célebre hermosura popular, Juanita la Cantadora.

El suspirado momento llegó.

Las campanas fueron echadas á vuelo.

El órgano rujió por todos sus mas ruidosos rejistros.

El clero anunció el comienzo de la *prosa asinaria* cantando en el tono menor estos dos versos.

Lux hodie, lux laetitiae! me judice, tristis
Quisquis erit, removendus solemnibus istis.

Luz de hoy, luz alegre!
A nuestro modo de ver
Al que demuestre tristeza
Espulsarle será bien.

El pueblo respondió á la escitacion jovial del clero con un murmullo de alborozo, que por un momento apagara todo ruido: el clamoréo del metal, los acordes del órgano, los cantos eclesiásticos.

La procesion salió del coro, compuesta de todo el clero catedral y parroquial, presbíteros, diáconos y subdiáconos de Bruselas con hachas de cera de cuatro mecheros; andas de hombres desnudos de cintura para arriba, que jesticulaban diversamente: ya tomando posturas terribles, ya escitando la hilaridad con mohines juglarescos: el preboste precedido de sus alguaciles: el burgo-maestre, patriarcalmente rodeado de sus concejales; el alcaide de palacio con su escolta de partesaneros, en representacion del archiduque: los dos cantores con capas pluviales, diputados para llevar el asno de la Vírgen del cabestro; la capilla del cabildo con su sorchantre, cubierto de una capa de hule, destinada á resbalar los torrentes de agua que debian lanzarse por cima de su cabeza: músicos, clarineros, cantantes y tocadores de timbal: los canónigos tras de sus erguidos maceros, y *clavicularios*, llevando en medio al maestro de ceremonias: las dignidades capitulares: el dean y el obispo, y detrás una brigada de Lansquenetes para contener las osadías de la muchedumbre.

Aquella procesion ostentosa dió una doble vuelta al redor del templo. Vista á lo lejos parecia una jigantesca serpiente de fuego, que se plegaba en dos roscas.

—Edgardo, rompe las masas, y coloquémonos siquiera en la segunda fila.

—Señor... ¡ah! se me olvidaba. Federico, empuja y adelante.

—¡Ay! comadre Margarita, estos jóvenes...

—Estos jóvenes son unos groseros, vecina Kenny.

Antes de llegar la vanguardia de la procesion á la puerta de la sacristía de la capilla archiducal, de donde debia salir Juanita la Cantadora, transformada en Vírgen-madre, caballera sobre el asno escojido, el sorchantre entonó los dos versos, marcados en la prosa:

Sint hodie procul invidiae, procul ómnia maesta, *Laeta volunt, qui colunt asinaria festa.*	Lejos de aquí envidia y duelo solo requiere alegría la que á la fiesta del asno asiste jovial familia.

Los dos cantores revestidos de capas pluviales se adelantaron, llegando primero que la procesion á la cerrada puerta de la sacristía.

Hiriéronla con la pesada aldaba diciendo: *Circuncisio domini aperite januas.—(La Circuncision del Señor: abrid las puertas.)*

Obedecieron los encargados de mantenerlas cerradas y los ministros entraron, dejando para contener la audaz curiosidad del vulgo dos Lansquenetes, que impidieran su irrupcion en la sacristía.

Apenas la procesion apoyó la cabeza en la entrada de aquel recinto recien franqueado, empezaron á salir en dos hileras niños y niñas con blancas vestiduras, circuidas de rosas sus sienes, llevando velas encendidas.

Las campanas redoblaron sus ruidosos repiques.

El órgano reforzó sus torrentes de brillante armonía.

La muchedumbre mezcló á toda esta ensordecedora confusion un grito de impaciencia, que rodó por las bóvedas del santuario como rueda entre las nubes el pavoroso trueno, y se fué apagando como el oleaje en marejadas; eco de la tempestad que acaba de rujir.

En tanto cantaban los clérigos.

Orientis partibus *Adventavit ásinus* *Pulcher et fortisimus,* *Sarcinis aptissimus.* *¡Aleluya!*	De orientales partes el asno nos vino bien dispuesto, fuerte, para carga aptísimo ¡Alegria!

Hic, incollibus Sichen,	El de Sichen siervo,
Enutritus sub Ruben,	le nutrió Ruben;
Transiit per Jordanem,	el Jordan vadea;
Saliit in Bethleem.	se ostenta en Belen.
¡Aleluya!	¡Alegría!

El obispo en medio del dean y el majistral del capítulo, llevando delante al maestro de ceremonias, abandonó su lugar en la procesion, adelantándose por entre dos hileras de clérigos hácia la puerta de la sacristía. Los cantores prosiguieron:

Aurum: tlues Arabiae	Oro, incienso arábigo,
et myrrham de Saba	y mirra de Saba
tulit in Ecclesia	condujo á la iglesia
virtus asinaria.	sobre sus espaldas.
Ecce magnis auribus	De orejuda estirpe
subyugalis filius,	preciado blason;
asinus agregius,	burro nobilísimo
asinorum dominus.	de burros señor.

En vano continuaron sus cantares los músicos; inútilmente, jesticulaban los fantasmones, llevados en andas; sin éxito se pavoneaban las grandes dignidades del cabildo, con sus capas deslumbradoras: el pueblo no atendia mas que á la puerta por donde debia salir la Vírgen sobre el asno; á la puerta á que por fin llegaron el obispo y sus acompañantes.

A una señal del prelado todo enmudeció.

Las campanas cesaron en su atronador clamoreo.

El órgano dejó de vibrar.

La capilla suspendió sus cánticos.

El pueblo noticioso del curso de la ceremonia, reprimió su aliento, alargando ansioso el oido.

Una voz purísima de timbre claro, y de suave insinuacion en el alma; una voz de muger que parecia un eco de la voz de un serafin, rompió aquel silencio espectativo, entonando este sencillo canto:

Haec est clara dies, clararum clara dierum,	Dia preclaro entre preclaros,
Haec est festa dies, festarum festa dierum;	fiesta insigne entre las fiestas,
Novile nobilium, rutilans diadema dierum.	eres de los grandes dias
	la rutilante diadema.

La Virgen María sobre el asno privilegiado se presentó.

Los dos cantores llevaban enmedio y asido de los ramales de un cabestro de seda el animal cubierto de una riquísima capa de coro.

Sobre sus lomos iba á mujeriegas Juanita, en traje hebreo, llevando oprimido contra su pecho un niño Jesus de pasta.

Una aclamacion universal de pasmo, acojió á la espléndida belleza.

Los que no la conocian admiraban sus sobrehumanos dotes: los que la conocian la encontraban tan realzada en sus encantos por la triunfal trasmutacion, que les era imposible contener la esclamacion de la sorpresa.

—Vecina Kenny, ¿habeis visto jamás unos ojos azules mas dulces y lánguidos?

—Comadre Margarita, ¿y un cabello del rubio, del oro mas ondeado?

—¡Trueno de Dios! capitan Lorkest, mirad qué boca.... ¡cuerpo de Cristo! ¡feliz el que consiga sellar con sus labios esas dos hojas de clavel!

—¡Tempestad de Satanás! teniente Hudsson; y esa frente ¡mil rayos! ¡y ese hoyuelo de la barba!

—Edgardo, así, así, he soñado á la muger de mis amores.

—Señor, efectivamente es una prenda de rey.

—Mírala, Edgardo, mírala: es una ilusion divina; la creacion de una fantasía poética; el reflejo en la tierra de una Vírgen del cielo.

—¡Magnífico! os enamorais por letra á la vista.

—Mala ventura me dé Dios, si no es ella misma, la que yo me habia forjado en mis sueños amorosos; deidad de mi corazon, no profanada: tesoro escondido en lo íntimo de mi mente.

—Decidme señor Holboru, mi digno y respetable amigo, querido mio, ¿quién es (perdonad la indiscrecion) esa muchacha (preciosa criatura por vida mia) que?...

—Juanita la Cantadora, la hija del viejo Neuní, el tocador de rabel.

—Señorita Betsy, recordar lo que os decia; ved que aire tan melancólico tiene esa linda muchacha.

—Es verdad mi buen Wandrillo; pero no me hableis: mi señora no para de volverse hácia nosotros.

—¡Alma de Cain! Blonderb, es un diamante esa muchacha.

—¡Condenacion! todos la devoran con la vista: todos se estasian en contemplarla. ¡Lucifer me confunda! daria de puñaladas ahora á todos esos miserables que fijan en ella sus ojos inflamados de codicia.

—¡Calla! no alborotes en la iglesia, condenado.

—Condenado, es verdad, en los tormentos del Averno. Pero, mira, Mal-alma; ¿no es cierto que esa muger es bellísima?

—Bellísima ¡vientre del obispo!

—No lo repitas tú; déjame decirlo yo solo.

—Pues está bueno.

—Mónstruo con formas de querubin ¡yo te haré mia por la eternidad! angel sin corazon ¡yo forzaré tu soberbio despego!

—Bien, bien; no lo declares á gritos ¡sangre de tal!

—Mal-alma, si salimos con bien de la empresa, te doy la mitad de mi fortuna: toda si me la pides.

—¡Bah! Ya lo creo que saldremos bien. Nos apostamos en la esquina de tu casa, por donde forzosamente debe pasar la moza. Las callejuelas de la *Tísseranderie* no son muy concurridas, y mucho menos hoy, que los fuegos de artificio atraen la gente á la plaza mayor: cabalmente en direccion opuesta. Acechamos la presa, y tú cargas con ella, mientras yo te guardo las espaldas.

—Yo no soy valiente, Mal-alma....

—De que certifico.

—No soy valiente; mas por el reposo de mis difuntos, que quien osara disputarme esa muger, ó cerrarme el paso cuando yo llegue á ella, esta daga dará razon de sus entrañas.

Juanita se puso en marcha rodeada del cortejo episcopal, siguiéndola á su paso las aclamaciones entusiastas del gentío, segun iba avanzando por entre dos compactas filas.

Ni Alberto Durer, ni Lucas Kranach, encontrarán inspiracion semejante á la que pudiera creerse en el artista que se hubiese limitado á reproducir las facciones de la Cantadora.

Ni Van-dik, ni Rubens, los pintores de la belleza nórtica, ofrecieron en sus lienzos un tipo de la seduccion irresistible de Juana.

Pedro Vischer, no habria concebido mas digno modelo de su cincel, en los mas felices raptos de grandiosa idealidad. El escritor sagrado Klopstock, autor sublime de la *Mesiada,* hubiera ambicionado á Juanita para poética personificacion de la madre de Jesus en sus cantos, que rebosan fervida piedad, y arrebatador misticismo.

Los mismos cantores que la conducian en su marcha gloriosa por las crujías del templo, al verla tan suntuosamente bella, tan virginalmente púdica, esforzaban la voz cantando estos versos de el rito:

Virgo Dei genitrix,	Vírgen madre de Dios;
Formosa inter mulieres	Hermosa entre las mugeres;
Benedicta in aeternum.	Bendita por siempre.
Salve.	Salve.

—Vámonos, Mal-alma, vámonos, esclamó Blonderb desesperado.

—Esperad, aun falta el remojo de los fantasmones y del sorchantre, ceremonia muy divertida.

—Vámonos te digo ¡sangre y fuego!

—¿Y no hemos de ver el baile de los muertos, con que concluye la funcion?

—Si estoy mas tiempo aquí pierdo la cabeza, y entrando en medio de la clerecía, la robo á las adoraciones del pueblo y á las aras de Dios.

—¡Insensato!

—¡Execracion sobre mí! Mal-alma, me consumo contem-

plandola, objeto de todas las miradas: secreto blanco de todos los deseos. ¡Oh! el encierro para ella sin que mas hombre que yo tenga ocasion de recrearse en sus hechizos celestiales.

—Pero ¿dónde iremos ahora? ¡voto á tal!

—La noche cierra; vamos á situarnos en la esquina de mi casa. Allí que no pueda escapársenos, que caiga la paloma en nuestras uñas de gavilanes.

—Pues quedamos frescos; ¡vaya una centinela!

—Anda. Beberemos un trago en la hosteria de la *Estrella de oro* para entretener el tiempo que falta.

—Ya voy, espera unos minutos.

—¡Verdugo! ¿no conoces que aquí me ahogo? ¿no conoces que deseo aspirar la helada atmósfera de las calles, porque el ambiente del santuario me envenena?

—¡Vientre del obispo, en marcha! ¡Malditos los enamorados hasta la millonésima generacion!...

—Edgardo, indudablemente esta divina criatura, concluido el ritual, ha de salir por la puertecilla esterior de la sacristía.

—Es mas que probable.

—De suerte que apostándonos en esa puerta nos será fácil seguirla de cerca, sin que la perdamos de vista.

—¡Ola mi querido Federico! parece que se proyecta el asalto de la moza; ¡bravo por los hidalgos resueltos!

—La seguiremos sin acercarnos, sin hablarla.

—¡Malo! yo creí que ibamos á la carga como estudiantes. *¡Flor de mayo! ¡chts! niña mia ¿no hay en esa botica un cordial para enfermos de amor?*

—Sabremos donde mora esa vasalla del archiduque, y su alteza noticioso de que se haya en suma estrechez la remitirá un socorro.

—Federico, Federico, *cecidisti in rete*, caiste en el garlito; estás rendido al poder de esa beldad.

—Lo confieso, Edgardo, lo confieso, y por tanto hoy no acudiremos á la cita de Nantilde y Lutecia....

—¿De veras, señor?

—¿Qué quieres amigo mio? me fuera imposible mostrarme galante con esas locas, ocupada la imaginacion de esta imágen tan pura, tan melancólicamente bella.

—Cada cosa en su tiempo.

—No; decididamente no. Respeta mis caprichos Edgardo. Soy tiránico exigiéndote el sacrificio de tus recreos á mi resolucion contraria; yo lo conozco: pero seria para mí la mas odiosa profanacion de los sentimientos que esa niña me ha inspirado, engolfar en su voluptuosidad grosera, las nobles aspiraciones del espíritu, que su vista acaba de escitar en mí.

—Pero señor, ¿no iremos á palacio á eso de las siete, como lo teniamos dispuesto? vamos á comprometer al pobre caballero de Harencourt, que nos ha facilitado salida.

—A las siete habrá concluido esto, y despues de averiguado el domicilio de Juanita, regresaremos á palacio para no volver á salir mas por esta noche.

—¡Voto al chápiro!

—Lo mas que puede acontecer, es que Nassan se queje de nuestra ligereza; que Stolk haga algun gesto de disgusto: ¡pobres amigos! nos quisieran perfectos como bien aventurados.

—Pero Nantilde y Lutecia...

—No me hableis de esas mugeres ¡pardiez! lo que dije se hará, y punto concluido,

—Señor, dispense vuestra...

—Déjame, mi buen Edgardo; déjame mis quimeras de soñador apasionado, amigo mio. No me despiertes de mis ilusiones con el recuerdo de sensualidades mezquinas. Hasta el dia no he libado la copa de los placeres; deja que me la brinde una Hébe pudorosa, y no una Venus provocativa.

. . . .

. . . .

. . . .

Las ocho acaban de sonar en el reloj de la torre de la *Tisseranderie* ó registros del gremio fabril de Bruselas.

La noche es en estremo oscura. Sopla un viento glacial, y entre sus ráfagas vienen envueltos vapores húmedos, que denuncian la cargazon de las densas nubes.

En la esquina de una revuelta calleja de aquel barrio de travesías, se ve cierto grosero nicho, alumbrado por un farol, oscilante al soplo del norte, en el que se halla espuesto á la adoracion pública el símbolo de la redencion humana.

Tras del guarda-canton, favorecido por las tinieblas de la medrosa calle, acecha un hombre, alargando con precaucion el cuello por cima del marmolillo.

Mas allá, y embutido en el ángulo de una cerrada puerta, se descubre á otro que bosteza soberanamente hastíado de aquel aguardo penoso.

—¡Cuernos de Satanás! esclamó con voz tonante, estirando sus piernas entumecidas por la inaccion.

El que estaba en acecho se volvió con impaciencia y le dijo con acento imperioso:—¡Calla!—

El rufian volvió á cruzarse de brazos, recostando la cabeza en el muro donde apoyaba sus espaldas.

Al poco tiempo un movimiento de el acechador hizo salir de su inmovilidad al Perdona-vidas.

—¿Qué es eso? preguntó á su camarada.

—Ella dobla la esquina... viene sola...

El Mata-siete se acercó á su compañero.

—¡Sangre y fuego! (repuso con sorda rabia Blonderb) no es ella, no es ella, ¡mal aventurado de mí!

—No digo que ves visiones, (contestó Mal-alma) vuelta á la garita ¡por vida de los tres magos de Colonia!

Una pobre anciana atravesó por delante del retablo. Se persignó devotamente y siguió su camino, murmurando las palabras primeras del credo, sin apercibir á nuestros emboscados.

—Ganas me estan dando de asustar á esa bruja maldecida. ¿Qué te parece la idea, Blonderb?

El espadero no le respondió.

—¡Hum! (murmuró el innoble espadachin) ya me voy

cansando de estar aqui metido como reliquia en urna.

Blonderb oyó perfectamente la esclamacion, pero no tuvo por conveniente contestar.

Al cabo de un buen rato el enamorado de la Cantadora retrocedió profiriendo furioso una horrenda blasfemia.

—Veamos (dijo Mal-alma con sorna) ¿qué sucede? ¿pasa otra vieja?

—¡Maldicion! la ronda con sus farolillos aparece al principio de la otra calle, si en este tiempo llega Juana todo se ha perdido.

—Mira si la ronda se dirije hácia acá, repuso el maton, que tenia sus razones particulares para evitar el encuentro con los alguaciles y corchetes de patrulla nocturna.

Blonderb tornó al acecho por cima del guarda-canton.

—¡Bien! (esclamó rebosando alegria) se marchan por la boca-calle de la izquierda.

—Me alegro ¡voto á Cristo!

—A tu puesto Mal-alma.

—Vamos al nicho, santo mio.

El espadero siguió acurrucado tras de la esquina, como el perro de un bandido corso en los espesos matorrales donde vela el sueño de su terrible señor.

Su cómplice embozado en la ancha capa, y regañando entre dientes, daba á todos los diablos el amor con todas sus consecuencias.

El Perdona-vidas preferia un buen cuarto de hora de cintarazos y reveses á los treinta minutos y pico que llevaba de molesta espera.

Un grito ahogado de Blonderb puso á Mal-alma en espectativa.

—¡Oh! ¡rayo de Dios! (esclamó el vigilante!) ahora es ella... sí... ella misma. Prepárate amigo mio.

—¿Saldremos con otra bruja?

—No hay que perder tiempo. ¡Ira del cielo! despacha.

Mal-alma desenvainó su formidable tizona.

—Ahí viene... llega, llega... aqui te espero, orgullosa

hermosura, esclamó Blonderb en el colmo de su alborozo infernal.

—Menos bulla ¡cuerpo de Cristo!

—¡Silencio!

Era un espetáculo interesante la espectacion ansiosa de aquellos dos hombres: el uno dispuesto á lanzarse sobre su víctima como el azor sanguinario sobre la garza: el otro, desnudo el acero, aparejado á protejer á su vil cólega si los gritos de la robada atraian algun defensor.

Y en tanto Juanita se adelantaba con paso rápido, descuidada de todo lance en aquellas travesías, donde rara vez se encontraba gente á tales horas.

Distaria cuatro pasos de la esquina, cuando Mal-alma que la observaba colocado detrás de Blonderb, gritó=¡avanza!=

La hija del viejo Neuní se paró sobrecojida de espanto.

Con la velocidad del relámpago el espadero se avalanzó á ella, cojiéndola violentamente por el cuello.

—¡Favor! ¡socorro! gritó la pobre jóven con voz angustiosa.

—¡Silencio! respondió Blonderb oprimiendo el talle de la doncella entre sus nervudos brazos.

—¡Favor! ¡socorro! repitió la pobre criatura con acento desesperado.

—¡Calla ó te arranco la lengua! dijo el raptor frenético.

La lucha empezó, iluminada por la ténue luz del farolillo colgado ante el retablo.

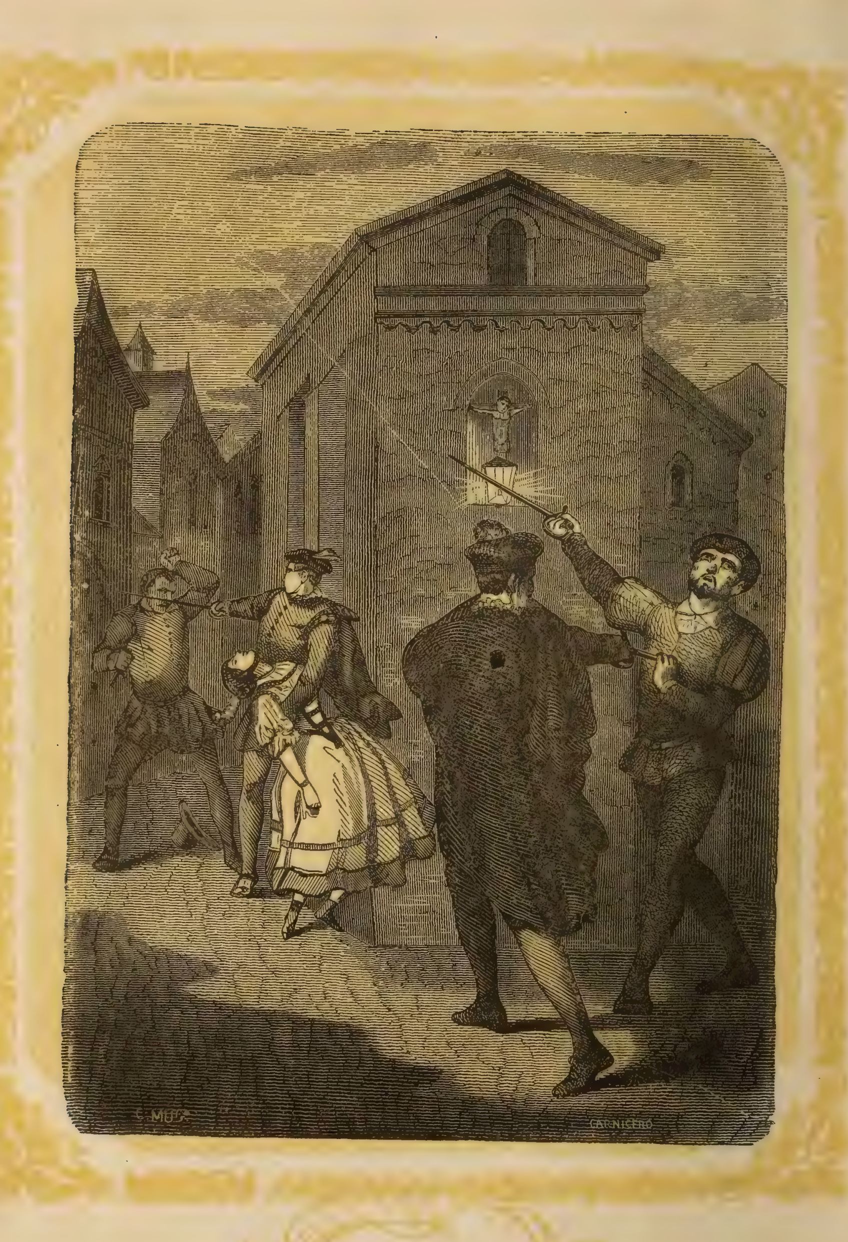
La mano derecha del espadero oprimia los labios de la Cantadora, mientras que pugnaba por abarcar con el brazo siniestro su cintura.

Un esfuerzo poderoso de Juanita la desasió de su enemigo.

—¡Socorro! ¡auxilio! tornó á decir con nuevo brio.

—¡A ellos! esclamaron desde el estremo de la calle.

Dos embozados que á favor de la luz del farolillo habian visto aquella lucha de un hombre contra una muger, acudian á toda su carrera, dando la voz de auxilio á la vejada.



Cárlos V.
lám. 1.ª

—Mal-alma, llegó tu hora, esclamó Blonderb jadeante, estrechando vigorosamente á su perseguida.

El maton salió al paso á los deconocidos, y se plantó fieramente en guardia en medio de la calle, frente de la luz del retablo.

—¡Alto, señores! les dijo al verlos llegar.

—¡Son dos, Edgardo; tu el uno y yo el otro.

El espadero habia logrado apoderarse de Juana, que casi privada de sentido oponia debilísima resistencia.

—Tu al raptor, Edgardo; yo daré cuenta de este, repuso el jóven caballero con súbita resolucion.

Ambos se arrojaron al propio tiempo sobre el Mata-siete, que sintió la punta de una de las espadas sobre su ropilla.

Apenas tuvo tiempo de quitarse la estocada.

Mientras paraba el veloz golpe, Edgardo habia pasado cerca de él sin riesgo, y se dirijia á Blonderb gritando:

—¡Ahora lo verás, miserable!

—¡Vientre del obispo! rujió Mal-alma atacando furiosamente á su repentino adversario.

El mancebo se mantuvo firme respondiendo al ataque con tanta habilidad como sangre fria.

—¡Ira de Lucifer! repitió colérico, teniendo que retroceder hostigado por el diestro adolescente.

—Edgardo, (dijo el adversario de Mal-alma con respiracion entrecortada por la fatiga) ¡firme, hijo mio!

—Ya está señor, ya está.

En efecto, Edgardo consiguió hacer soltar la presa al espadero, por medio de dos tremendos golpes de plano, que aturdieron al raptor.

Como el pensamiento de veloz, el jóven se apoderó de Juanita, y la sostuvo medio exánime estrechada contra su cuerpo.

—¡Muere, maldito incógnito! esclamó el traidor Blonderb, descargando su brazo armado de un agudo puñal, sobre el corazon de su enemigo.

La punta del arma asesina se quebró contra los finísimos

anillos de la cota, que bajo el túnico ceñia Edgardo.

—¡Cobarde! repuso el adolescente retrocediendo un paso, y levantando su espada en ademan amenazador.

El villano emprendió la fuga; pero al arranque de la carrera el acero de Edgardo azotó su rostro silvando como la trenza de un látigo.

—¡Toma, asesino! repuso el mancebo con orgullosa satisfaccion.

—Edgardo (repitió Federico con voz penosamente articulada) ¿has concluido?

—Allá voy á prestaros ayuda, contestó el llamado, tratando de apoyar á la Cantadora contra la esquina, para favorecer á su compañero.

—No es necesario; (tornó á responder Federico) pronto concluyo....

—Lo veremos, interrumpió el rufian en el colmo de la rabia, cerrando ciego de enojo con el jóven.

El choque de los aceros se hizo mas fuerte y redoblado.

—¡Una! gritó el Perdona-vidas yéndose á fondo con ímpetu.

—Parada en tercera, y golpe seguido, respondió su contendiente.

Edgardo llegaba en aquel momento.

El maton atravesado por el *buen sitio* como él solia decir, cayó con los brazos abiertos sobre la espada de Federico, al empavesado fangoso.

¡Ni un gemido, ni un murmullo!

Su cuerpo produjo al caer un golpe seco.

—¡Gracias á Dios! esclamó el bizarro caballero, dando un suspiro de cansancio. Este jayan era duro como mil demonios. ¿Y la jóven?—Allí....

—Corramos á ella.

—Si os parece averiguaré si está muerto el jayan.

—Doy fé de ello, repuso el otro examinando á la luz la hoja de su larga espada, teñida de sangre hasta bien cerca de la empuñadura.

Mientras Federico se dirijía hácia donde se hallaba la Cantadora, Edgardo se aproximó á Mal-alma; dió con el pie al cuerpo tendido en el arroyo, y no hizo , movimiento alguno. Bajóse á mirar su fisonomía, y advirtió en ella la descomposicion de facciones que revela la muerte.

—Dios te haya perdonado, murmuró, alejándose en direccion á la esquina donde habia dejado apoyada á la hija del viejo Nenní.

—¿Vivís muy lejos de este barrio? preguntó Federico á la hermosa.

—Muy cerca, señor caballero.

—Os serviremos de escolta, niña mia.

—Gracias, mis buenos señores; gracias por haberme libertado de mis enemigos.....

—¿Les habeis conocido, Juana?

—No señor, respondió la jóven confusa.

—El uno yace allí, dijo Federico con eco sombrío señalando el cadáver de Mal-alma.

—Huyó el otro, añadió Edgardo.

—El Señor os bendiga, mis generosos libertadores.

II.

El moribundo.

Nenní, el tocador de rabel, habia sido por mucho tiempo el trovador de moda en Bruselas.

Discípulo del rabelista Francon, habia heredado sus inspiraciones de *minnesa enger* ó cantor amoroso, y su clientela numerosa y escojida.

El trovador flamenco, no era un tipo semejante al resto de los artistas de su especie en Europa.

Ni era un adolescente de voz femínea, traza delicada y distinguidos modales; favorito agasajado de los grandes señores; primer criado de la seccion hidalga de una pomposa servidumbre, como acontecia en Italia.

Ni un jóven esclavo árabe melancólico, cantor de histo-

rias doloridas, y trovos de lánguido sentimiento, como sucedia en Castilla.

Ni un poeta de imaginacion viva, músico de fecunda improvisacion, independiente en sus funciones, de todo ceremonial: que siendo perfectamente recibido al mostrarse en los salones y festines con su sonrisa picaresca, y su laud á la espalda, no era motejado cuando dejaba de aparecer siguiendo los impulsos de su capricho, cual se veia en Francia.

Ni por último un consumado maestro, estimado en gran manera por sus señores, que se constituian en sus admiradores primeros, y tratándolos con el respeto mas profundo les asociaban preferentemente á todo festejo cortesano, como se nota en aquel eminente organista, Pablo Hoffaner, que Alberto Durer nos presenta en su grabado, en un carro tirado por un dromedario, en pos de Maximiliano I, formando parte del cortejo triunfal, y llenando los espacios con los ecos de su instrumento armonioso.

El trovador en Flandes, era un verdadero concertista. Acudia donde le llamaban, con su caudal de piezas estudiadas; tristes, alegres, jocosas, marciales, ó místicas.

Ya se le invitaba á una fiesta nupcial; encargándosele entre otras composiciones un canto epitalámico.

Ya se le avisaba para amenizar un banquete, en cuyo caso prevenia una nueva cancion báquica.

Ora se le hacia saber la competencia con otros artistas; advirtiéndosele para que se preparase al concurso, con lo mas florido de su rico repertorio.

Ora se le hacia venir para disipar la negra melancolía de algun prócer con los recursos de ese arte encantador, de quien escribia Juan Huss, que destierra las tribulaciones y malos pensamientos; consuela el espíritu, apoderado de la tristeza; refresca el corazon y le vuelve la paz.

Nenní habia conocido al ciego Conrado Paulmaun, tañedor de clavicordio; espineta, viola *digamba*; dulzaina caramillo; flauta travesera, y trompa.

Conrado habia viajado por el continente, y conocido

otro género que el germano. Al paso que en Francia la música marchaba en rápido progreso, en Alemania estaba reducida al estacionamiento mas deplorable. Mientras que Italia abria la vasta senda del arte teórico, merced á Gaffário, la Germania no comprendia mas que el unísono. Conrado trajo á Flandes los tesoros de inteligencia musical de los paises mas adelantados de Europa; los descubrimientos armónicos y las adquisiciones micrológicas de los maestros de primera clase empleados por el clero catedral y las órdenes religiosas; patrones insignes de las bellas artes.

Uno de los adeptos, con quienes contó el apóstol de la nueva escuela fué Nenní, y en union con otros cuantos talentos filarmónicos inauguró un plantel de profesores célebres, colocando bien pronto á Flandes al glorioso nivel de la Francia y la Italia.

Nenní sin perder el giro original de los aires nacionales les libró de su monotonia; ensanchando la órbita de su desarrollo, y supo hermanar perfectamente la sencillez del carácter de su música con la mayor riqueza de entonaciones.

Así es que fué por mucho tiempo el músico predilecto de los primeros señores de la nobleza; de los mas distinguidos hidalgos, y los mercaderes de mayor consideracion de la ciudad.

Nenní hubiera podido colocarse en una gran posicion para lo futuro; pero á fuer de artista era descuidado del porvenir como las aves del cielo: ganaba el oro con gloria, y le gastaba con una prodigalidad de príncipe, sin reservar un escudo para mañana; sin derrochar en vicios sus ganancias, sino abundando en ese lujo ostentoso, que arruina por lo enorme de su costo, y su ninguna valía para las épocas apuradas y angustiosas.

El trovador no tenia familia, y carecia de propensiones á la vida libertina; de suerte que se le reputaba por rico entre las personas sabedoras de sus pingües productos, y que ignoraban su desarreglado manejo.

Pero Nenní al espirar el dia no contaba con medio escudo, aunque tuviese sobre la mesa media docena de billetes, invitándole para conciertos en las principales casas de la corte; billetes que representaban la perspectiva de un lúcro respetable, que á su vez debia ser desperdiciado como el anterior.

Aparte de esta inmoderacion en el gasto é imprevision lastimosa, Nenní era el hombre mas cabal del mundo. Se le atribuian escelentes fortunas amorosas, con damas de la suprema clase; pero nunca salió de sus labios, no ya una confesion, sino la menor palabra que sirviera de indicio á los episodios galantes, que se sospechaban de él.

Caritativo hasta rayar en víctima de supercherías é importunidades no hacia un alarde orgulloso de sus filantrópicos sentimientos, ni ponia estudio en representar el favorecedor incógnito. Daba su oro á los menesterosos y necesitados con la naturalidad de las acciones enteramente espontáneas; cuidándose poco de escitar la gratitud del auxiliado, sin el erguimiento del que socorre por vanidad; sin el misterio del caprichoso que con el beneficio oculto procura un goce á su orgullo secreto; sino con esa noble franqueza del que obra por puro instinto benéfico, y sin pretensiones de ninguna clase.

El carácter de Nenní era de una indolencia estraordinaria. No parecia susceptible de ninguna pasion vehemente.—Las insolencias de sus criados merecian cuando mas un—¡Vaya! —su espresion mas violenta de disgusto. Poseyendo conocimientos superiores en su divino arte, debidos á sus estudios y á el método de Paulmaun, maestramente comprendido, escuchaba los disparates de cualquier pedantuelo sin impaciencia, y jamás contradecia las opiniones de tanto defensor de lo vetusto, como derrama su hiel sobre todo lo nuevo que aparece, por bueno que sea. Trataba con una esquisita cortesanía á los miserables. que sin talento para rivalizar con él, se vengaban del genio con las imputaciones mas atroces. La estrema animacion de su fisonomía, tanto durante la eje-

cucion de sus piezas favoritas, cuanto al recibir los aplausos de un concurso entusiasta de sus dotes, no provenia de la satisfaccion de su amor propio lisonjeado, sino del sentimiento de profundo cariño que le merecia el arte, y del éxito de aquellos cantos, que le conmovia, cual conmueve á un padre tierno el brillo de sus hijos.

Era imposible tratar á Nenní sin amarle; porque se necesita tener un corazon de fiera para no amar á esas escasísimas criaturas, incapaces de comprender el mal; inaccesible al ódio; dispuestas á todos los sacrificios de una amistad generosa: séres privilejiados, á quienes la espériencia de lo malo no pervierte; que no saben defenderse de la malignidad, con la malignidad; que no pueden negar sus simpatías á cuantos no se les manifiestan abiertamente hostiles: séres escepcionales, que parecen de otra raza que los demás; raza mas próxima á el ángel, que al hombre concupiscente: séres que Dios exime de esas propensiones maléficas, castigo terrible del primer pecado de la humanidad.

De improviso el trovador albergó en su casa á una niña de algunos cuatro meses, que hizo necesaria la adquisicion de una nodriza.

Nenní anunció á sus amigos y protectores que el cielo le habia concedido una hija preciosa, y que muerta la madre en el parto, se habia hecho cargo del fruto de sus amores, como cumple á toda persona de hidalgo pensar.

La circunstancia de no haberse bautizado la niña proporcionó al artista la honra de aceptar por madrina á la duquesa de Etrheford, la mas alta y digna señora de Flandes.

Nenní estaba loco de alegría con el nuevo vínculo que ligaba á la sociedad su existencia aventurera.

En los últimos instantes de Isabel de Crammer la dió su mano, lejitimando así el nacimiento de Juanita.

—Señora, (decia lleno de alborozo á la duquesa) protesto á vuestra gracia que en lo sucesivo no tendrá que reprenderme mis locos dispendios. Lo que trato es de ahorrar para esta débil criaturita, que la Providencia se digna regalarme...

La de Etrheford se sonreia.

—Porque este es un presente de la Divinidad, señora (continuaba el músico henchido de entusiasmo.) Es como si dijese Nuestra Señora de la Piedad.

—«Ese pobre Nenní pasaba una vida tan solitaria, tan monótona, vamos á enviarle un angelito de mi cielo, el mas pequeño de mis serafines, y que le acompañe en su soledad, y que absorba sus momentos de reposo con todas esas monerías infantiles, que hacen tan dichosos á los padres.»—Mire vuestra gracia á mi Juanita.... ¿No es verdad que promete ser una chica de ojos del azul del éter, boquita de coralina y albura láctea?

La duquesa no podia menos de convenir en que la niña auguraba una belleza prodigiosa, aplaudiendo los planes económicos de su alborozado padre; relativos á labrar una fortuna, que garantizara el porvenir de aquella prenda de sus amores.

Como los hábitos inveterados no se alcanzan á desarraigar por completo, sucedió que los primeros meses, reprimiendo sus deseos, y luchando con sus instintos reunió algunas sumas en su gabeta, principio de los ahorros que se habia propuesto.

Pero cierto dia en que asistió al festin semanal de su gracia el conde de Aremberg, examinando el conde la cadena de oro que circuia el cuello del trovador en seis vueltas, le dijo:

—¡Qué es esto, Nenní? ¿Os habeis hecho avaro?

—¿Por qué lo decís, gracioso señor?

—Porque vos, tan amante de las novedades, tan aficionado á ostentar de los primeros las joyas de moda reciente, no debiais llevar esa cadena, vulgarizado ya su uso, sino un collar de malla de oro, desde la garganta á los hombros, que es el estilo mas en boga en Francia entre las gentes distinguidas.

El primer cuidado de Nenní fué la adquisicion del collar, descrito por su gracia; con lo que no solo gastó la suma guar-

dada, sino que quedó empeñado con el platero en otro tanto mas.

Muy pronto se arrepintió de su falta de constancia en los buenos propósitos.

—Está bueno, señor Nenní (díjose á sí mismo). Está visto que vuesa merced no tiene pizca de seso; es un chiquillo á quien precisa poner un ayo para evitar que haga mil locuras. ¡Adios dinero, y adios planes de método en el gasto! Es fuerza que dé á guardar mis escudos, si no quiero hallarme al cabo del año con mi rabel por único caudal.

—¡Oh! (continuó el artista cada vez mas descontento de sí) He menester pensar en un fiel depositario, que al paso que multiplique mis fondos, me niegue rotundamente lo que le pida para mis locas espensas: un honrado negociante, que me trate como merezco; que me pida cuenta de lo que gano, y me exija el residuo de lo estrictamente necesario, para engrosar la herencia de esa pobre niña.

—¡Vaya! (añadió el trovador en el último grado de su enojo) Es una vergüenza que mañana Juanita me pregunte con su voz de ángél.—¿Qué te queda de tu gloria, padre mio?—Y yo tenga que responder.—«Recuerdos por el pasado, y escasez por el presente.»—¡Pobre ángel!

Y Nenní fortalecido en su pensamiento por la ternura paternal logró vencer su debilidad característica, y habló á *minheer Blausthotf*, judío holandés, para que admitiese en depósito las cantidades que sucesivamente fuese consignado en su caja.

Moisés Blausthotf gozaba una reputacion envidiable, y habia manifestado siempre una estimacion vivísima hácia Nenní. Aprobó su idea y se comprometió á secundar las miras del músico, proponiéndole invertir las ganancias del arte en una especulacion lucrativa y lo mas segura posible, el préstamo bajo fianza.

Juanita crecia en gracia al par que en hermosura.

Cuando el trovador, faltando á sus compromisos, la llevaba á dar una vuelta por la ciudad, los transeuntes se desha-

cian en esclamaciones, que sonaban deliciosamente en los oidos del buen padre.

Juana mostraba las mejores disposiciones músicas; lo que constituia el colmo de la exaltacion amante de Nenní.

En aquella época la educacion consistia en aprender los dogmas religiosos, y algun tanto de lectura en los enormes libros que suministraba el arte reciente de Guttemberg.

Juana recibió esta tintura moral y literaria con aprovechamiento, pero sin pasion, por adelantos sucesivos.

Todo su apego al estudio, toda la actividad de su intelijencia se concentraron en el arte de Orfeo y Apolo; justificando la prediccion de Nenní que al verla seguir con el gesto las inspiraciones diversas de sus cantos, sospechó un gérmen de sensibilidad fecunda, un foco de genio que esperaba una ocasion de revelarse.

Una vez en educacion artística la lindísima criatura, desarrolló facultades estraordinarias; facultades tan privilejiadas, que resistieron á los rudos é incesantes ejercicios de aquella instruccion antigua, que agotaba las dos terceras partes de los talentos, sometidos á su áspero cultivo.

Llegó el caso de que Nenní diese conciertos en union de su hija, y subió de punto la boga del tocador de rabel.

Todo los circulos de Bruselas se disputaban á la pequeña cantadora. Juana era objeto de universales atenciones; y donde quiera que aparecia ninguna notabilidad bastaba á distraer la espectacion ansiosa que merecian los encantos de aquella niña singular.

Y ciertamente la hija de Nenní, era acreedora al tributo de admiracion que se la pagaba en las reuniones de primer órden, y si la Europa del siglo XVI hubiera sido como la Europa de nuestro siglo, el concertista flamenco hubiese tenido en su hija una emperatriz del arte, que habria recorrido el mundo por un carril de oro, sembrado de coronas de laurel y ramilletes de flores; recibida en las primeras capitales del Continente con pompa triunfal; cantada por los mas inspirados poetas; obsequiada

por los mas altos dignatarios de los estados; viendo circular su retrato y su reseña biográfica por todo el orbe; vertido el menor incidente curioso de su vida en todos los idiomas para su notificacion á todos los paises; poseedora de un inmenso capital, y abandonando la grandiosa escena de sus insignes conquistas para vivir en el retiro, en esa dulce, sabrosa melancolía del genio que ha tocado en los límites de la gloria mundana los desengaños y la vanidad de la codicia terrena.

Pero el siglo XVI no brindaba tan próspero destino á los artistas. La gloria militar le ocupaba todo entero: la gloria militar que debia servir de magnífico escabel á la reconstruccion de los poderes públicos centrales.

El siglo XVI tenia demasiado que hacer con sus héroes coronados, con sus novadores atrevidos, con los trances de la lucha entre la obra que tenia encargada por la Providencia y la resistencia tenaz de los derechos constituidos, rebeldes á la ley del progreso, que los proscribia.

El siglo XVI no podia conceder mas que una atencion pasajera á lo agradable y á lo bello; porque su mision era franquear con el acero y el plomo el camino de una nueva generacion, que admirara sus dignos hechos, y la diese las gracias por el ejemplo y el legado: ejemplo que constituye un tesoro de augustas reminiscencias: legado de unidad y de noble emancipacion, que en lugar de cien pigmeos impotentes entregó á los destinos del mundo potestades robustas, y dominaciones pujantes.

Aquellos grandes señores educados en el campamento; á quienes crecia el cuerpo entre el hierro de las pesadas armaduras; que jugaban á derribarse del caballo á lanzazos; que ceñian una espada, omnipotente símbolo del poder de la época, y ella era quien decidia de su suerte; que se reputaban envilecidos en la paz, harto hacian concediendo á los artistas un lugar preferente en su servidumbre; asociándolos al fausto de sus triunfos, ó abriéndoles sus salones con estimacion obsequiosa.

Aquellas escelsas damas, huérfanas, viudas, y separdas de sus deudos la mitad del año, demasiado hacian con entregarse á la oracion, interponiendo sus preces para que los santos patrones de sus casas egregias protejieran la vida de los objetos de su amor, amenazada en los cruentos azares de la guerra, sin gusto para entregarse á los recreos artísticos, que por otra parte parecieran una profanacion en aquellas mansiones, que todos debian suponer asilos de incesante duelo.

No podia quejarse el arte de aquella clase hidalga, de aquella aristocrática mercantil, tan interesadas en las contiendas belicosas, y que sin embargo aceptaban á los artistas con amable distincion.

El siglo XVI, era guerrero: los artistas eran una escrecencia social por consiguiente.

El cláustro recojia los prodijios de la creacion humana: brindaba su *Santa-Sanctorum* á las maravillas del génio, y se hacia el museo del mundo artístico, para que cuando el siglo pidiese cuenta al talento de sus labores, contemporáneas del predominio de la fuerza, las hallara bajo el manto sagrado de la iglesia, al amparo de los destrozos del huracan bélico, que rujia fuera de su recinto.

La iglesia tenia sus *magistri operum*, monges constructores que en el silencio del asilo de paz concebian esos portentos de que está sembrada la Europa.

Alemania nos muestra la série de sus *operarii* sapientísimos Ratgar, Isembert, y Bonasus, de la órden fuldense: Immowalto de la de San Gale; el obispo de Lieja Narkert y el génio universal, Tutilo. Todos los eminentes arquitectos encontraban cabida en la iglesia, y por cada edificio público que levantaran contaban diez templos suntuosos, alzados ó en arrogante cróquis.

La iglesia marcó en Alemania los primeros ensayos de la pintura, con los delicados exornos de los Santos libros, ejecutados en el recojimiento claustral con una prolijidad asombrosa. Sus pinturas en vidrio cuentan por artífices sobresa-

lientes á San Juan de Alemania, Baker, Kirchhim, Wild, Judman, y otros génios, alentados en su carrera por el favor eclesiástico.

La iglesia alemana guarda en los trabajos de sus antiguos monges la cuna de la escultura. La fundicion en metales fué una especialidad de ciertos monasterios, y apenas la escuela italiana introdujo sus clásicas mejoras en las obras imperfectas del pais, la iglesia llamó á sí los maestros de mayores esperanzas, y sometió sus obras á la adoracion pública, dándolas una soberana esposicion en sus altares cubiertos de oro, y en las andas de fastuosas procesiones.

La iglesia dió el tono á la música profana hasta el siglo XV, porque ella poseia la clave única de los ecos melódicos. Los monasterios de Italia y Francia, dieron á los cláustros alemanes maestros, enseñados segun su nuevo sistema de los doce modos, y la innovacion resistida al principio, se abrió paso, merced al auxilio de su patrona la iglesia.

En resumen, las artes que se recojian al cláustro, ó le enriquecian adscribiéndose á su servicio, gozaban de un presente pingüe y de un porvenir seguro para sus riquezas.

El arte secular apenas encontraba garantías. Lograba brillar alguno de sus prosélitos, y tal vez aprovechando el aura del favor se construia un *asilo de invierno*; juntaba un capital módico para sus últimos años; pero en mayoria inmensa perecian mártires del genio; párias de una sociedad de que eran los bracmas los talentos guerreros; mendigos que encubrian entre harapos el esplendor de sus dias pasados; oscuros hijos de la caridad oficial, que morian ignorados en los hospitales.

Conociendo su época solia decir el padre de Juanita:

—Diera la mitad de mi sangre porque esta gentil muchacha pudiese mudar de sexo. Entonces con su voz, sus estudios y brillantes cualidades seria recibida en las catedrales con preferencia, y haria su suerte mejor que en ese pícaro mundo, tan revuelto y endiablado. Pero tengamos fé,

y conformidad en la Providencia Divina, y suceda lo que quiera.

Juana llegó á la pubertad y su desarrollo se verificó con un aumento indecible de hechizos.

Al verla vestida pintorescamente al lado de Nenní, y asociando á los acordes del rabel su canto de una dulzura infinita, de una languidez apasionada, no habia corazon que no latiese: alma que no sintiera el torrente magnético de aquel alma de Vírgen tan bien indicada en un rostro de arcángel de pureza.

Nenní, conocedor de la sociedad que tan benévolamente le recibia, demostraba una estratejia escelente para evitar que la audacia profanase el candor de su hija con estas insinuaciones, que despiertan la curiosidad femenil, ó bien con las osadias que manchan la integridad del pudor de las doncellas.

Por ningun motivo se separaba de Juanita en los intérvalos del concierto.

Durante la ejecucion de las piezas procuraba apartar del lado de su hija esos mozalvetes casquicavanos, que en todas las eras del mundo rodean en enjambre á las mujeres distinguidas, abrumándolas con su insulsa palabreria.

Si algun mancebo pertinaz, ó galanteador atrevido, con pretesto de atraccion simpática se instalaba cerca de Juana y emprendia hablarla, ó siquiera llamar su atencion con gestos significativos de amante inquietud, Nenní hacia cambiar de puesto á su hija, y en último estremo no vacilaba en emplear toda clase de recursos para alejar las importunidades.

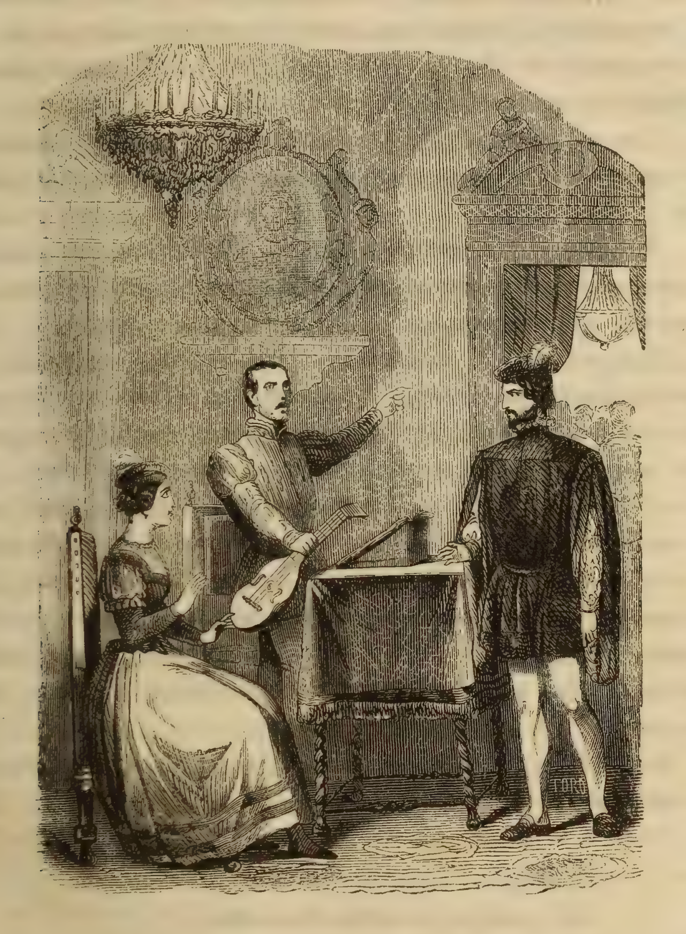
El mismo conde de Aremberg, un dia que próximo á Juana la hizo señas atrevidas, tuvo que retirarse confuso.

—Señor (le dijo Nenní, suspendiendo la tocata y con acento firme). Vuestra gracia hace mal en aproximarse tanto...

—Nenní, esclamó el conde entre turbado y colérico.

—La voz de esta niña suena mas melódica de lejos... allí, por ejemplo... desde allí... cabalmente desde donde la escucha la digna esposa de vuestra gracia.

El primogénito de Egmont, gallardo jóven, pasaba por irresistible entre las damas, manifestando el orgullo de sus victorias con el estudio y amañamiento sentimental de sus modales.



Concibió el pensamiento vanidoso de prendar á la Cantadora con sus silenciosos homenajes de admiracion; pero notando que sus obsequiosos testimonios pasaban desapercibidos resolvió dirijirla mas directamente sus holocaustos.

Al efecto en el sarao del conde de Horu subió resueltamente al tablado, donde se hallaban instalados Nenní y su hija, y aprovechando la ocasion de un solo de rabel, intér-

valo de reposo del canto, comenzó á platicar con la bella artista.

El trovador cortó el solo ; corrió la escala , y entrando en las primeras notas del acompañamiento precisó á Juana á suspender el diálogo para seguir la comenzada trova, desconcertando así el plan de Egmont que tornó á bajar mortificado en su amor propio.

Con tal sistema la linda cantatriz pasó por una sociedad de costumbres livianas como la Salamandra por el fuego: sin lesion, sin huella.

Refujiada en el santuario del arte, hallaba en la música correspondencias misteriosas á pensamientos vagos y tiernos, que sus ecos despertaban de lo íntimo de su mente.

Halagada por el amor paternal con cuantas solicitudes y prevenciones prueban el delirio de un afecto esclusivo, Juana no echaba de ver la tristeza de su aislamiento en aquella sociedad, que la acojia con la sonrisa en los labios, y donde nadie se cuidaba mas que de su mérito; sin tener en el mundo mas que un sér que la amase y protejiera; Nenni. Asi es que al cantar una trova, intitulada *Desamor,* letra de un monge fuldense, y música de Poulmau , Juana daba al canto una espresion tan verdadera y enérgica , que Nenní sentia resbalar por sus mejillas involuntarias lágrimas de placer.

Una de las estancias sobre todo, era la que electrizaba al rabelista:

Huyó el amor que abrasa, que devora,
de desengaños turbio manantial,
buscando afecto que mudanza ignora
refujiada en el seno paternal.

Con ese egoismo de los padres, creia que su afecto bastaba á su hija; sin necesidad de ese otro amor que roba á las familias sus miembros, segregándolos de su seno para formar sociedad aparte.

El dia de la desgracia llegó para Nenní.

Dos trovadores italianos se establecieron en Bruselas, y su adquisicion en todas las fiestas se hizo de gran tono. El rabelista y su hija fueron olvidados, y para colmo de desgracia Nenní cayó enfermo, declarándole los facultativos atacado de ásma.

Trató entonces de retirar sus fondos de la caja de Moisés *Blausthotf;* mas el imprudente músico habia constantemente rehusado los recibos del judío, y muerto este, su hijo y esclusivo heredero Benjamin, negó el depósito que Nenní no podia hacer constar.

Los disgustos agravaron el mal de Nenní hasta el punto de prohibirle los médicos los ejercicios de su arte.

Algunos ahorros restaban al trovador, que reduciéndose á suma estrechez, mudándose á barrio solitario, y vendiendo sus alhajas, se propuso sostenerse hasta la mejoría ó la cura; esperanza que todos le hacian alimentar evitando la exasperacion de conocer su irremediable fin.

En aquel barrio estraviado, la *Tisseranderie,* conoció el espadero Franc Blonderb á la Cantadora.

Los gastos consiguientes á una enfermedad, cuyos rápidos progresos ponian en peligro la vida del anciano, absorvieron los reducidos fondos de la familia, y la miseria, la horrible miseria, se enseñoreó de aquel hogar.

Juana la conjuró con deshacerse de todo lo que conservaba de alguna valía, y cuando hasta el último escudo desapareció entonces recurriendo á sus antiguos clientes sostuvo la lucha con la escasez, sacrificando su carácter tímido en áras de la ternura filial.

Afortunadamente el pobre Nenní, postrado al rigor de su cruel dolencia, no tenia la integridad de facultades, que habria sido su martirio, á meditar sobre la situacion angustiosa, en que se hallaba con la única prenda de su cariño.

Cada dia se agravaba el estado de Nenní á medida que los medios iban desapareciendo, y subiendo de punto las exigencias de la curacion.

Al fin llegó el caso de faltar el pan á aquella niña de diez y seis años á quien por un beso hubieran llenado de escudos el delantal, la mitad de los grandes señores de Bruselas.

Y por último, habiendo recurrido á la beneficencia de las autoridades, el preboste, *minher Holdstach*, obtuvo para ella el donativo destinado por el cabildo para la que desempeñara el papel de Vírgen en la fiesta del asno.

Despues de la escena con que termina el anterior capitulo, Juana fué respetuosamente escoltada por Federico y Edgardo, quienes no la detuvieron un momento, llegado que hubo al oscuro y húmedo portal de su casa.

Nenní pasó muy mala noche. Una tos seca, que parecia desgarrar sus bronquios, le tuvo despierto toda ella, sin que dejase de decir á cada minuto de reposo que sus accesos le permitian:

—Juana, pobre niña mia, yo me muero.

Apenas amaneció, la Cantadora aprovechando la calma de los sufrimientos del trovador trató de descansar algunos instantes; pero apenas quiso levantarse, el ruido que produjo, despertó al anciano, que estendiendo sus brazos hácia ella, la dijo con pasion:

—Juana, necesito hablarte... necesito decirte que...

Un acceso de tos, no dejó proseguir al enfermo.

—Un médico (decia entre los sucesivos accesos)... Es preciso que yo te hable... mucho y de sumo interés... Es fuerza que me den... que me den alguna bebida para poder hablar sin interrupcion...

El médico vino por fin.

Se le dió parte por Juana de la voluntad de Nenní, y recetó una bebida que permitiera al anciano conversar con su hija, sin que la tos le molestase tanto.

Trájose el medicamento, reconcilió el sueño un poco el mísero doliente, y Juanita tuvo cuidado de despertarle al cuarto de hora, segun las prevenciones del facultativo, deseosa tambien de oir aquella esplicacion urjente, que su projenitor la tenia anunciada.

—Juanita, hija mia, (esclamó el enfermo) voy á ocupar tu atencion de un asunto que te causará necesariamente infinita sorpresa.

—Habla, querido padre.

—Quizá debia yo haberte confiado antes de ahora un importante secreto, que cualquier imprevista circunstancia podia hacerte descubrir: tal vez he obrado mal esponiendo á contingencias repentinas el arcano, que puede ser la clave de una fortuna improvisada: reconozco que he faltado á mi deber halagando una ilusion, espuesta á desvanecerse á cada segundo...

—Esplícate, padre mio.

—Juana (dijo Nenní con melancólico abandono). Yo he sido toda mi vida un imprudente; un niño descuidado y perezoso, incapaz de escarmiento, y que ha labrado su ruina... y la tuya, mi pobre niña, y la tuya.

—Me harás enfadar con tus recuerdos, Nenní (respondió la jóven entre risueña y enojada), ¿de qué sirve apurarse? No estamos tan mal, amigo mio; tenemos sesenta escudos.

—De limosna, Juana, replicó el trovador con amargo abatimiento.

—De donativo generoso.

—Si yo no hubiese...

—Si continúas en ese tono me voy, contestó enérgicamente la preciosa Cantadora.

El rabelista suspiró: tomó la mano de aquel génio del consuelo, que velaba cuidadoso por sus amenazados dias, y continuó la primera série de su pensamiento.

—Hija mia, no sé como prepararte para recibir un desengaño cruel...

—¡Valor, padre mio! (repuso Juana disimulando su sobrecojimiento). Yo no necesito preámbulos, ni rodeos que me encubran el mal. Le acepto como viene. Habla sin pena.

—¡Bendita seas, hija querida! Tu me alientas en un pro-

pósito que pesaba sobre mi corazon como la memoria de un crímen.

Estremecióse Juana.

—¿Qué fecha tiene el dia de hoy?

—El dos de enero.

—Dos de enero de mil quinientos diez y seis (repitió el anciano hablando consigo mismo) hace diez y seis años de esta estraña aventura... tu edad, mi bella Juanita... y sin embargo, nada, nada ha resultado hasta hoy...

—¿Deliras, padre mio? preguntó Juana con estremo sobresalto.

—No deliro, (añadió Nenní moviendo la cabeza dolorosamente) recuerdo el suceso que necesito participarte; suceso que desearia llevar conmigo ignorado al seno de la muerte; que va á producirte una sensacion, que ni alcanzas á sospechar, niña querida; que tiemblo declararte; que la conciencia no me permite callar, acusándome de mi reserva...

—Me tienes en brasas, Nenní.

—La noche pasada he visto al fantasma, hija mia...

—¡Dios mio! esclamó la doncella, creyendo trastornado el juicio de su padre.

—El fantasma de tu madre, de Isabel Crammer, que aparece á mi vista en la obscuridad nocturna, siempre que me amenaza una desventura; presagio de la fatalidad...

—Cálmate, cálmate, interrumpió acongojada la jóven.

—Ese fantasma que me mira como quien espera una resolucion indispensabl ; que nada me dice; pero que señala hácia tí y vuelve á clavarme los ojos con pertinácia, espresándome con ellos que me esplique , que nada te oculte...

—¡Loco! ¡loco! murmuró Juanita con abatimiento.

—Anoche su mirada era mas fija, mas intencionada, mas profunda; sus señas mas insistentes; el lenguaje de sus grandes pupilas negras mas terminante... es que en sus otras apariciones anunciaba la desgracia, y en esta vaticina la muerte; antes apremiaba á la espectativa de la desdicha,

que revuelve los destinos, y hoy se hace mas exijente junto al sepulcro, que va á cerrar su losa sobre mí.

La Cantadora iba á separarse del lado del enfermo para ocultar su llanto; pero él adivinó su idea y la retuvo por la mano, que conservaba entre las suyas.

—No te vayas, Juana, (la dijo con aire de noble autoridad) ni deliro ni sufro alteracion en mis facultades. El resultado de mi conversacion bastará á desengañarte de tales conceptos.

—Empieza, repuso la hermosa adolescente con súbito brío.

—Oyeme sin interrumpirme, hija mia. En 1501 era yo aun la delicia de los saraos y el predilecto entre los artistas de mi época. Ganaba el oro que era una maravilla, mi bien. No tenia cuidados de ninguna especie. Gastaba un lujo de emperador. Me acostaba sin una moneda, y me levantaba para conquistar otra fortuna que lanzar periódicamente por la ventana... me reia á cada consejo de mis favorecedores relativo al ahorro para los dias nefastos...

—Adelante.

—¡Oh! entonces no comprendia yo la importancia de trabajar, las enfermedades, la miseria... fuerte, robusto y mimado por la caprichosa fortuna, tuve la soberbia de reputarme al abrigo de los ultrages del tiempo: ¡necio de mí!

—Pero, padre mio...

—Tienes razon, (replicó Nenni con tétrica sonrisa) divago lastimosamente. Perdona ídolo del alma; vuelvo á mi relato.

—¡Que bondadoso eres, amor de mi corazon! replicó Juanita besando las descarnadas manos de su padre.

—Yo gozaba el nombre de caritativo... ya se vé, en una sociedad tan dura, tan insensible, tan indiferente á los sufrimientos ajenos, no es estraño que se preconice al que muestra compasivas entrañas. Mi maestro Francon, solia decir=*entre los que no ven la luz, un tuerto es grande.*

La Cantadora se esforzó para sonreir al apotegma referido por el autor de sus dias.

—Esta reputacion de caridad me ha valido un tesoro, hija mia, un verdadero tesoro, y mi revelacion va á probártelo.
—Os escucho padre mio.
—Volvia yo una noche del sarao de monseñor el conde de Aremberg, cuando al llegar á el vestíbulo de mi casa, una mano de hierro se apoderó de mi brazo, y una voz de trueno ahogó el grito que ya salia de mis labios diciendo—¡cálla ó mueres!
—¿Y qué te sucedió pobre padre?
—¡Fué el primer dia del mes de enero de mil quinientos!
—Prosigue.
—Yo creí que el desconocido trataba de robarme, y me serené, porque mis riquezas consistian en mi rabel, y en mi génio músico, y el puñado de oro que llevaba en la escarcela no valia el trabajo de comprometer á un hombre pidiendo ausilio: pero con gran sorpresa mia el incógnito me dijo:—No soy lo que te figuras, y lejos de venir por tu dinero estoy dispuesto á brindarte con prodigalidad.—Caballero (respondíle yo), quien quiera que seais, os habeis introducido bruscamente.—Me interesa el secreto de nuestra conversacion.—Podiais haberme pedido una entrevista.—No entraba en mi cálculo.—Y bien, ¿en qué me es dable serviros?—Puedes cerrar la puerta.—¡Cerrar la puerta! esclamé admirado.—Hablaremos con mas seguridad en la incomunicacion de la calle y de tu casa, en esta especie de campo neutro.—Pero á obscuras...—Traigo luz, me dijo, sonando una como pieza de metal, que supuse seria una linterna sorda.—Me exijís una confianza poco conveniente con vuestro proceder primero, repliqué yo con cierta energía. Es verdad, respondió tranquilamente; pero si te buscara para asesinarte, ya estarias á mis pies; si para robarte aprovechando tu sobrecojimiento, ya tendria tu bolsa, y me pusiera en cobro; si para causarte mal, no te hubiera dejado libre el brazo, que antes tuve asido...—Es cierto, mas ved...
—Ea, trovador Nenní, basta de reparos; ¡por Santiago mi patron! tan cierto como el santo Apóstol peleó en Clavijo,

que estás hablando con un montero de Espinosa tan noble como Lain Calvo.

—Cerraste la puerta, interrumpió Juana impaciente.

—Cerró la puerta, y sacando la linterna sorda, y corriendo la plancha que impedia ver la luz, me permitió examinar su fisonomía española, de un moreno atezado, de ojos como el azabache, cabello y barba de un negro luciente. —Sé que tienes un corazon compasivo.—No lo niego.—Careces de familia.—Es verdad.—Vives con holgura.—Cabalmente.—¿Tienes reparo en amparar á una mísera niña, que un poder muy alto me encarga estraviar?—¡Cómo!—El negocio es muy sencillo.—Esplicaos.—Hay unos amores adúlteros que han dado su fruto: una dama de la primera estirpe celosa de su marido, que los descubre; teme que la prenda de esas relaciones impuras ligue al augusto señor á su ilustre querida: se le ocurre el pensamiento de separar ese estorbo de su camino...

—¡Infamia! interrumpí yo...

—¡Infamia! repitió Juanita empezando á comprender.

—El desconocido dió un paso hácia mí con aire amenazador, pero se contuvo, contentándose con decirme:—No hablarias así, sabiendo de quién se trata. Pues como te iba diciendo, la poderosa señora habiendo sorprendido una carta en que la duquesa.... ¡Ira de Dios!.... En fin, sabiendo que su marido tenia una hija, concibió el proyecto de hacer desaparecer el fruto de tan culpables descarrios, y haciéndome llamar, me comunicó su designio.—Acabemos.—Montero, me dijo, parte á Bruselas, y roba á mi rival su hija, cuidando de que mi esposo nunca pueda descubrir su paradero.—¿Y vos?...—Yo he obedecido, amigo Nenní, y solo me falta dejar cumplida la segunda parte de la comision..—Hablad.—Lo mas seguro seria que la niña muriera; pero no tengo corazon para quitar la vida á una inocente, ni para esponerla á los trances del azar.—Y bien...—Y bien, noticioso de tu caritativo corazon me dije, contemos con ese hombre; él me ahorra un crímen si se hace cargo de la muchacha, ju—

rando no revelar el secreto que le confie... —¿Qué te parece?—Pero esa criatura ¿dónde está?—Allí, me contestó el incógnito girando la luz de su linterna hácia un rincon del portal. Allí estabas tú, hija mia; revuelta entre los dobleces de una sábana; bella como una escultura de niño—Jesus dormido; reposando en inocente sueño; ofrecida á mi caridad por no tener valor para acabar contigo tu propio verdugo.

La Cantadora lloraba mirando con ternura á su generoso protector; Nenní siguió diciendo:

—Verte y aceptar el partido fué todo uno; porque, niña mia, era necesario no tener entrañas para dejar de conmoverse á tu vista. Mira Juana, (continuó el enfermo con entusiasmo) Las escrituras cuentan que hubo un rey del pueblo judío, que mandó degollar todos los infantes de sus vasallos pues entre sus asesinos no habria ninguno bastante feroz para concluir contigo, alma de mi vida... Tan interesante, tan angelical eras, Juana.

La jóven ocultó el rostro entre sus manos.

—¡Dios mio! (esclamó el artista tembloroso) ¿Te hago padecer con mis palabras?... Demasiado lo sabia, pero....

—Tengo valor, (interrumpió Juanita pugnando por tomar un aire resuelto) sigue la historia de la pobre niña espósita.

—El rudo montero se puso á contemplar tu cara de niño-Dios, y un sentimiento de admiracion afectuosa desarrugó su torbo semblante, y á pesar suyo humedeciéronse sus ojos. —¿No fuera una lástima (me dijo) privar de la existencia á esta preciosa criatura?—Seguramente.—Pues descubriendo el secreto de su venida á tu poder comprometes su seguridad, Nenní.—Le guardaré, montero.—El cielo te lo recompense buen trovador. Reflexiona que el padre de esta niña la mandará buscar por todo Bruselas tan pronto como su barragana le noticie el rapto. Es un hombre poderoso en estos reinos, y no perdonará diligencia por encontrar al fruto de sus ilícitos tratos. La esposa de ese hombre idolatra á su marido; es un amor que raya en el frenesí; en la adoracion cuando se cree correspondida; en la la rabia de una leona

sin sus cachorros al saber que es engañada.... Le espía y en breve se enterará del hallazgo... entonces no habria remedio. El hombre que ha robado á esa niña de la cuna, á seis pasos del lecho de su madre, á riesgo de ser despedazado por viejos mastines de guardia; por dos criados feroces como lobos hambrientos, la hiciera desaparecer aunque su corazon se partiese de pena....—¿Seríais capaz...—Y tu sucumbirias tambien, me contestó el español con aire de terrible amenaza...

—¡Qué hombre! Repuso Juanita con terror.

—¡Tanto puede con vos esa alta Dama! le dije.—¡Pardiez! Si me pidiese toda la sangre de mis venas no vacilaria en dársela, me respondió con fuego.

—Mira (añadió) serás mi juez: ¿No fueras tu el esclavo de quien libertara á tu padre del patíbulo?—Su esclavo por toda la vida.—Pues ella consiguió el perdon del mio, condenado á la horca por su fidelidad á un noble señor de Navarra á quien vino en mientes tratar con Juan de Albret, y el rey Luis. Mi padre no era traidor; pero noticioso de la traicion no delató á su amo, y como las leyes son tan atroces en este punto no habia esperanza de salvarle. Yo, criado de la reina doña Isabel, no me atrevia á implorar de su misericordia gracia para el pobre anciano. Me arrojé á las plantas de la dama consabida y la dí parte de mi negra cuita... ¡Santiago Apóstol! Me hizo señas de que la siguiera y entramos en el cuarto de la reina doña Isabel.... La hizo ir en nuestra compañía al retrete de don Fernando, y allí con súplicas reiteradas impetró las régias magnanimidades.—«*Es preciso un escarmiento*»—repetia el inflexible aragonés; y ella, mi escelsa protectora, redoblaba sus ruegos, y llegó hasta derramar ardientes lágrimas; hasta besar los pies de don Fernando Quinto; hasta arrastrarse de hinojos detrás del implacable soberano, que volvia las espaldas cansado de aquel incesante repetir—«¡Perdon!»—.... Pero al fin ablandóse aquel corazon de roca á las instancias de la reina y de mi ángel tutelar, y mi padre fué indultado de la pena, conmutándosela en destierro de

Navarra por toda su vida... Ahora bien la existencia de mi padre y la honra de mi nombre, son deudas que no reconocen mas paga que la esclavitud perpétua de mi voluntad á su dominio. Por entrar á su servicio abandoné la servidumbre real. Soy noble, incapaz de un villano pensamiento; inclinado al bien; pero si me manda una mal fetría, una bajeza, un crimen, obedeceré sin reparo; como obedece el siervo á su amo, como el perro á su dueño: juzga si desharé á mi señora de esta criatura, toda vez que por quebrantar el juramento, que voy á exijirte, su padre la encontrára...

La Cantadora besó la mano de Nenní en un trasporte de gratitud férvida.

Tras una breve pausa el enfermo siguió su historia de este modo:

—Te prometo un sijilo confesional, le repliqué.—¿Me juras por tu vida callar aunque el muy alto y poderoso archiduque don Felipe, tu amo, tratase de recabar de ti el orígen de esta criatura?—Te lo juro por la memoria de mi padre.—Dame un abrazo, esclamó. «El brusco montero me estrechó contra su corazon con fuerza: una lágrima rodó por su mejilla... Juana, interesabas al hombre mismo, encargado de tu desaparicion....

La jóven ahogó un jemido.

Nenní continó:

—Escucha. (repuso el montero) Mi señora al enviarme de .... al enviarme á cumplir su encargo, llenó mi escarcela de escudos. Apenas he gastado la tercera parte: acepta.,....—Basta, (le interrumpí) guarda tu oro; esta niña tiene un padre bastante rico para no haber menester limosna.

—Está bien, replicó el español confuso.—¿Está bautizada la criatura?

—No: en la carta sorprendida por mi dueña se consultaban los nombres, que habian de dársela, esperando la resolucion paterna, que aun no recibieron.—Me congratulo de esa circunstancia.—¡Dios te haga venturoso con tu hija y te bendiga por ella y en ella.—Solo te advierto una cosa (le

repliqué). Tu no confias este ser débil y desafortunado á un hombre de tibia caridad, que de lástima le reciba y se proponga tratarle como á un ahijado comun; sino á quien le acepta para hacer de ella su hija, y establecer una absoluta comunidad de destinos. Si algun dia variasen las circunstancias....—No lo creo fácil,... Es mas... imposible.—Sea lo que fuere, ni la señora que la manda robar á las caricias de su padre, ni su madre que la reclamara ante todas las justicias del Orbe, ni su primogénitor que me la pidiese con el puñal sobre mi pecho... nadie me la arrancará.—Dejemos obrar á la Providencia (me contestó el montero sentenciosamente) y adios. Permite que antes de partir dé un beso á la pobre niña, que entrego á tu generoso amparo...

Juana rompió á llorar sin poder contener por mas tiempo el reposo de sus dolorosas sensaciones, con tanto esfuerzo comprimidas.

Nenní dejó que se desahogara.

—Sigue, padre mio, sigue, dijo la garrida hembra sollozando.

—El montero besó tus lábios de rosa, que entreabiertos parecian sonreir: recojió su linterna: te puso en mis brazos; estrechó con efusion mi mano, y abriendo la puerta salió con paso rápido del portal. Mi pensamiento primero fué llamar á mis criados el buen *Samoed* y la jóven Ursulina; pero hice la reflexion de que necesitarias de alimento bien pronto. Pensé en una nodriza que habia salido de casa del conde de Aremberg por contestaciones con su imperiosa señora, y recordando que vivia no muy lejos, me dirijí á su casa. Yo tenia la costumbre de volver tarde á mi domicilio, y el tránsito por las calles solitarias y obscuras nunca me causara pavor; pero entonces comprendí por qué causas el hombre mas intrépido pierde su audacia y su impetuosa bravura, una vez rodeado de los cuidados solícitos de familia: la idea de que me pudieran asaltar malhechores, y arrastrar tu vida en el compromiso, de la mia me hizo estremecer, y hubiese dado cien escudos al que se brindara á escoltarme hasta la casa de Ro–

degunda Lintz, el ama de cria, que para tí buscaba. Fuí tan dichoso que, logré dar con ella, y á pesar de lo intempestivo de la hora me introduje en su habitacion, y la propuse quedarse contigo hasta la mañana siguiente, que fuese á mi casa instalándose en mi hogar con cuantas garantias exijiera.

—¡Cuánto te debo, Nenní! esclamó Juana.

—Era preciso darte el carácter de hija mia, para que nadie en el mundo pudiera hacerte sospechar de mi cariño, ni... qué sé yo cuantas reflexiones mas que acudian en tropel á mi mente, y aturdian mi cabeza trastornada... Despues de infinitos cálculos, planes y meditaciones acerté con el único medio que mejor lo conciliaba todo, y daba el colorido de la verdad á la fábula que me habia propuesto referir...

Un golpe de tos cortó el relato del enfermo.

Juanita le sostuvo contra su seno, y su hombro sirvió de reclinatorio á la cabeza del doliente, atormentada por los esfuerzos violentos de su naturaleza consumida.

Repuesto al fin de su acceso empezó con voz débil, pero reponiéndose por grados;

—Cuando la robusta nodriza vino por la mañana á presentárseme contigo, te examiné curiosamente rejistrando tus ropas, y entonces ví pendiente de tu cuello y sujeta á un cordon, la medalla que aun conservas...

—Y que yo creia memoria sagrada de mi madre, repuso Juanita con sentimiento, sacando de su seno una medalla de oro en que estaba grabado el sol, y abajo en semicírculo la inscripcion latina, ORIAM ET VIDEBIS LUCEM.=(SALDRÉ Y VERÁS LA LUZ).

—Despues de llenarte de caricias, y admirar tu belleza, me fuí á la morada de Isabel Crammer...

—De mi supuesta madre, interrumpió la Cantadora.

—Isabel habia sido mi cortejo algunos cinco meses. Casada despues con un capitan de esguízaros quedó viuda al poco tiempo. El abuso de sus fuerzas, sus escesos habituales, la hicieron enfermar y la consuncion la tenia al

borde de la tumba. Isabel era loca, arrebatada burlona, y coqueta; pero su corazon escelente. Benéfica hasta la prodigalidad, no habia en ella intérvalo entre la noticia de la penosa estrechez de una familia, y procurarla alivio á costa de privaciones y costosos sacrificios. Yo contaba con su alma siempre accesíble á la beneficencia, y con un resto de cariño hácia mí, que habia merecido sus favores mas calificados; no abandonándola inconstante, sino renunciado á su amor de mutuo convenio; porque ella sabia mi repugnancia al yugo matrimonial, y prefirió casarse con el suizo *por adquirir la posicion conveniente*, segun decia. La cordura con que me conduje en el asunto, y mi discrecion, merecieron un aumento de simpatías por mí á su alma agradecida...

Nenní fatigado se detuvo para tomar aliento.

—Continúa, padre mio, se apresuró á decir Juana con interés.

—¡Ola! (me dijo la moribunda al verme entrar) No sois segun veo, de la especie de mis otros amantes... ¡Gracias, Nenní! Vos no os desdeñais de venir á verme, ahora que no tengo mas que palabras tristes, que cansan, y gemidos que dan pena.—Amiga mia, (repliqué con enternecimiento) yo siempre os he amado.—Ya lo sé, querido mio, ya lo conozco (me contestó.) No os pareceis al arrogante *Savvloy*, que ha sido mi inseparable hasta que la enfermedad me rindiera, y despues me condena al abandono... —¿Os falta alguna cosa? pregunté azorado.—Cuento con mi pension de viuda pagada religiosamente; repuso sonriendo con afabilidad, penetrando el objeto de mi pregunta.—Siempre bueno, y lleno de nobleza (añadió) siempre el mismo.—Isabel, (la dije con brusca resolucion) vengo á ofreceros la mano de esposo.—¡Qué decis! ¡A mí! ¡A una muger que batalla con la muerte en lenta agonia! ¡Estais loco por ventura!—Escuchadme Isabel, porque tan cierto como la luz que nos alumbra, que vuestra negativa hará dos desgraciados, y teneis demasiada generosidad para que ape-

lándose á vos por el remedio de una desventura negueis vuestro socorro.—Hablad, Nenní, me respondió con estrema curiosidad.

—¿La referisteis mi historia...?

—Desfigurada, hija mia, pero dejándola lo sustancial.

—¿Y ella?

—Ella adivinó mi pensamiento antes que concluyera de espresarle. Comprendo perfectamente: (dijo interrumpiendo mis esplicaciones) tratas de lejitimar á esa pobre niña suponiéndola fruto de amoríos subsiguientes á la muerte de mi marido, y enlazándote con la mísera moribunda... Muy bien pensado... Por otra parte, la novia no te molestará con sus exigencias de esposa, continuó con un gesto de lúgubre chanza. Amiga mia creed que...—Dispon la ceremonia y su consecuencia, al acta de lejitimacion de esa abandonada criatura, Nenní. Antes de desaparecer de la tierra dejaré un recuerdo de mi gratitud á tu hidalguia... Pero pronto, que sea pronto, porque hoy me siento peor que nunca, y la dilacion mas pequeña pudiera ser fatal á tus fines.—Voy al instante á disponerlo todo.

—Sí (dijo Isabel tendiéndome su blanca y desecada mano). No tardes, pero haz venir á la nodriza: quiero ver á la que debo escudar con mi triste boda, y ademas me atrevo á esperar que la dés el nombre de Juana: mi madre, mi pobre madre, se llamaba así.—Serás complacida Isabel, ángel mio.—Angel (respondió la doliente con melancólica sonrisa). Una mujer de cabeza ligera, pero de buen corazon: eso sí.... Mira, me parece que en la balanza divina este último beneficio ha de inclinarla algun tanto al lado de la misericordia... Pero vete, y vuelve lo mas pronto que fuere dable, y sobre todo quiero ver á Juana.

La jóven miró al cielo como para buscar la mirada de su protectora, fija amorosamente en ella:

—Escúsame, hija mia, de referirte la escena de mi desposorio con un cadáver, que tal parecia la pobre Isabel. Perdona que no te dé cuenta de los estremos que la merecis-

tes... El oro todo lo allanó. En menos de dos horas, un acto de reconocimiento solemne te acreditaba por hija de Isabel Crammer y Eliodore Nenní, y Crammer y Nenní juntaban sus manos, bajando las cabezas á la bendicion sacerdotal.

Los ojos del artista se arrasaron de lágrimas.

Juana le abrazó con estremosa viveza.

—Vivió dos dias aquella mujer singular (prosiguió el trovador) dos dias en los que no quiso que la nodriza te se parase de su lado, en los que ni un instante dejó de hablarme de tu porvenir, dándome consejos sobre tu educacion, y el método de vida que yo debia adoptar para fundarte una fortuna, cesando en mis dispendios. Llegó el momento cruel. ¿Y sabes el último encargo que me hizo? ¿Sabes el postrer acto de su vida?

—Hablad, dijo Juana sollozando.

—Su encargo fué que te hiciera honrada para que fueses feliz. Su postrer acto besar tu boca y buscar tus ojitos de cielo con los suyos desencajados y que desalentados miraban sin ver.

—¡Madre mia!

—Dices bien, Juana: tu madre que no te dió el ser natural, pero que te dió la existencia que el mundo reconoce por lejítima y que al morir dejó garantido tu nombre. Justo es tu sentimiento... llora hija mia y no la olvides en tus preces.

Nenní inclinó la cabeza y recojido en piadosa oracion pagó el debido tributo á la memoria de Isabel Crammer.

—¡Padre! (esclamó Juanita) ¿Por qué has guardado hasta hoy para darme cuenta de los misteriosos sucesos de mi vida?

—Querida niña, (respondió el enfermo con indescriptible espresion afectuosa) ¿de qué hubiera servido la revelacion anterior? ¿Los vínculos que nos unen no hubiesen sufrido una relajacion dolorosa?

—¡Puedes creerlo Nenní!

—Si, niña mia. Esa franqueza que mueve á los hijos á depositar su plena confianza en el seno de un padre que sabe ser su amigo, esperimentará penosas restricciones al descubrir lo que acabo de noticiarte... Convéncete, Juana, la idea de ser yo estraño al destino de tu nacimiento, habria perjudicado á nuestras dulces relaciones de intimidad; porque la gratitud de que me hubieses dado pruebas como á protector, jamás equivaldria para mí el cariño que me tributas como á padre.

—¡Oh! Nenní, Nenní, (esclamó Juanita con acerba pena) reconozco que he sido demasiado ingrata contigo....

—¡Ingrata tu, delicia de mi vida!

—Ingrata, pero por ignorar hasta qué punto debia llevar mi amor....

—No te comprendo.

—Yo te amaba tiernamente creyéndote mi padre: debia adorarte como á mi angel tutelar.

—Juana (repuso el anciano) ¿cuantas veces he tenido remordimientos por el sijilo que guardaba respecto á mi misterio de tu existencia? pudieran cesar las circunstancias que motivaron la venida de esa criatura á mi poder, me decia yo en algunas ocasiones. Bien se arrepienta la dama que la hizo robar de la cuna por el determinado montero; ya la encuentre su padre al cabo de averiguaciones obstinadas, ora su madre, la duquesa, título escapado al montero en su narracion, la descubra por un evento providencial, y entonces al conocer Juana su verdadera historia me juzgue, un egoista, que sacrificó sus intereses á las satisfacciones de mi ternura; á la suprema felicidad de contar con un afecto puro y solícito en la trabajosa declinacion de mi vida....

—¡Tal pensastes de mí! interrumpió la jóven desolada.

—Por otra parte (continuó el trovador) yo me figuraba el caso de que tus projenitores, personas del rango mas ilustres, al decir del montero, consiguieran desenmarañar el laberinto en que yo envolvia el árbol de tus años: que lograsen remontar sus informes hasta la difícil verdad.... Ven-



Cárlos V.
lám. 2.ª

drán á brindarla su opulencia, pensaba yo; vendrán á compensar con todos los esplendores del fausto, la oscuridad y el retiro en que ha pasado sus años primeros; la reclamarán para la vida escelsa, para la posicion augusta que la corresponda, y yo tendré que ceder, porque no se me acuse de...

—Pero yo nunca hubiese aceptado la corona del reino mas poderoso del mundo—yo era feliz. Cuando imajinaba imposible que hallasen las huellas del raptor, y siguiéndolas diesen contigo.

—Como ha sucedido felizmente: dijo la Cantadora con júbilo.

—Felizmente para mí, replicó el enfermo.

—Y para mí que te prefiero á cuantos tesoros de gloria, riqueza y poder puede encerrar el horóscopo de una reina.

—¡Encanto mio!

—Nenní ¿te acuerdas de aquella trova de tu amigo y maestro Conrado Paulmaum?

—¿Cuál, hija mia?

—La intitulada *Amor*.

—¡Oh! sí, divina, rica de bellas inflexiones; apasionada...

—¿No recuerdas con que instancia me hacian repetirla en donde quiera que la cantaba?

—Es que la interpretacion de aquella canturia requiere un alma como la tuya para la magia de su efecto.

—¿Te acuerdas de aquella estancia?...

Y Juana la entonó á media voz.

Todo es nada para mí
sin tí.
Y por entero el ser mio
tan unido está á tu ser
que fuera de tí el vacio
solo alcanzo á comprender.

—¡Sublime espresion! esclamó el anciano conmovido.

—Pues padre mio, (repuso la jóven con adorable, agasajadora sonrisa) ten por sentido el canto que acaba de salir de mis labios.

—¡Juana, mi bien!...

—¡Grandioso privilejio del arte! interpretar los sentimientos, y dar eco á todas las aspiraciones del alma....

. . . .

El padre Aldebrando, monge fuldense; ha sido precipitadamente llamado para auxiliar á Nenní en el trance de la agonia.

Despues de la conversacion con Juana un acceso de tós hizo vomitar sangre al pobre artista, y el decaimiento de sus fuerzas se fué marcando en una progresion de mal augurio para su vida.

Esos vagamundos, que como canes sin dueño, recorren las calles de las grandes poblaciones buscando, una comision cualquiera que le produzca un pedazo de pan; prestaron á Juanita el recurso de avisar al facultativo y hacer venir al confesor, cuando el hombre de la ciencia declaró impotentes sus socorros; confiando á los de la religion, los últimos restos de aquella víctima, en vano disputada á la muerte.

El padre Aldebrando, sacerdote dignísimo, en quien Nenní depositaba los secretos de su conciencia acudió presuroso á proporcionar al moribundo, los consuelos inefables que hacen al ministro del Señor angel guardian, cerca del lecho de los postreros dolores.

Mientras el protector de Juana desahogaba en el seno de la sagrada confidencia, el peso de sus culpas, la Cantadora traspasado el corazon prevenia lo necesario para recibir á la magestad divina, auxilio santo, final obsequio de la iglesia al viviente en su congregacion, que el religioso demandára apresurado.

El Sacramento de la Eucaristía, conducido en procesion por algunos fieles, que respondieron con su presencia al toque de la campana con que la parroquia invocara su devoto acompañamiento, dejó de administrarse á Nenní, por haberle sobrevenido un segundo vómito mas copioso que

el primero; recibiendo en su lugar la Estrema-uncion.

Apenas se percibian las palabras del anciano, y sin el movimiento de sus labios se hubiesen tomado por gemidos de su enfermo pecho que hinchado en gran manera, demarcaba el síntoma peor de la dolencia, que le hundía por momentos en la tumba.

—¡Padre mio! (esclamaba la triste jóven con acento despedazador) ¿no me conoces ya? ¿no me distingues á tu lado?

El moribundo parecia revivir al sonido de aquella voz de tan puro timbre.

Suspiraba con fatiga.

Entreabria sus ojos con dificultad.

Sus labios se agitaban.

Pero volvió á caer en un adormecimiento; cerrábanse sus ojos; su boca quedaba entreabierta. La vida de aquella mísera criatura como la luz de una lámpara, exhausta del óleo que la mantiene, despedia lijeras llamaradas antes de estinguirse.

—¡Nenni! ¡padre mio! (tornaba á esclamar Juanita con desesperacion) ¡vive para tu infeliz hija! ¡vive ó llévame á la eternidad contigo!

—Hija mia, retiraos, la dijo el asceta con imponente autoridad; impedís que le auxilie en sus últimos instantes.

—Ya no vé, ya no escucha.

—El deber del sacerdote es, rodear al que espira de ideas de contricion: nada importa que parezca repetir esclamaciones férvidas cerca de un tronco inerte: nada importa que la inmoralidad absoluta del objeto de sus cuidados indique el agotamiento de la inteligencia... una palabra que escuche entre el aturdimiento de sus facultades... una palabra que repita y que eleve su espíritu á Dios, ya el auxiliante ha llenado sus obligaciones, el Señor está satisfecho en su misericordia, y el penitente salvó su alma.

—¡Padre mio! ¡padre mio! (esclamó la Cantadora dando apasionados ósculos en las manos heladas de Nenní.

—Vamos hija mia, (continuaba el cenobita con amante in-

terés) retiraos; reflexionad que sin conseguir recojer su final mirada ó su palabra postrera impedís aprovechar el tiempo tan precioso en estas ocasiones...

—Su final mirada, su palabra postrera, repetia la jóven delirante.

—Su final mirada debe ser para el cielo: su última palabra á Dios.

No sin gran trabajo logró el relijioso que Juana consintiera en alejarse del aposento.

Retirada á su habitacion la acometió una especie de vértigo, que trastornando sus sentidos la redujo á esa modorra en que la vida es un problema entre el reposo de la muerte y las formas del ser.

El padre Aldebrando ya solo, inauguró las funciones de su alto ministerio al lado de los que batallan en los penosos estertores de la estincion vital.

Toda la tarde repitió sin fruto las invocaciones de la agonia: Nenní parecia dormido en los brazos de la muerte, y solo la ascension de su hinchado seno denunciaba el residuo de esencia que aun retenía la materia en su cárcel.

Cercano á desaparecer entre las sombras del astro diurno, el trovador estremecióse de improviso. Abrió desmesuradamente los ojos. Estendió sus brazos descarnados. Levantó la cabeza con el impulso fatigoso de que siente evaporarse su espíritu, y dijo con voz ronca=Juana=

—¡Tened piedad de mí, Señor! esclamó el sacerdote.

—Señor, repitió Nenní cayendo como herido de un rayo.

El fuldense se inclinó hasta colocar su rostro junto á la boca del agonizante. Ningun hálito percibiera.

Levantó una de sus manos abandonándola asímisma; pero aquella mano cayó pesadamente sobre el lecho.

Puso la diestra sobre su corazon, ni un latido.

—Duerme en paz, (murmuró con acento solemnemente lúgubre.)

El piadoso ministro hizo venir dos vecinas que á sus ins-

tancias se brindaron á preparar la mortaja del protector de la espósita.

Otra vecina se encargó de acompañar á Juanita, que al recibir la triste nueva quedó anonadada.

Aprovechando el estupor de la Cantadora, la compasiva vecina marchó á dejar preparado lo conveniente en su casa, para volver mas tarde á pasar la noche en compañía de la huérfana.

Una voz amiga hizo salir á Juana de su letargo.

—¡Valor, hermosa mia, valor!

—¿Quién es? ¿qué me quereis? repuso la jóven con desaliento.

—Soy yo, Edgardo; uno de los que anoche os salvaron de aquellos canallas. Alumbra tan poco esta luz que no es estraño no me hayais conocido.

—Me salvasteis de una desgracia, caballero; y me hallais víctima de otra mil veces mas funesta.

—¡Fé en Dios! ¡resignacion con su voluntad, Juana!

—¡Sola! ¡sola en el mundo! murmuró la desconsolada niña.

—Eso no ¡pardiez! perdeis un padre; pero ganais un alto protector. Federico mi camarada, habló á nuestro gracioso príncipe el archiduque interesándole á favor vuestro, y hoy he recibido la comision de venir á poner en vuestras manos esta cédula de su alteza en que se constituye vuestro patrocinador, y os señala mil escudos de renta anual.

III.

La primera conquista.

El preclaro nieto de los reyes Católicos, y del emperador Maximiliano; el hijo de Juana la *demente*, y Felipe el *hermoso*, archiduque de Austria, fallecido en 1505; el augusto príncipe don Cárlos, aclamado rey en conjunta soberanía, puramente nominal, con su madre, acaba de

despedir su consejo, compuesto de veinte y cuatro caballeros, flor y nata de la nobleza europea: seis españoles entre los que se distingue don Luis de Córdoba, primogénito del Conde de Cabra: seis flamencos, señalándose entre ellos Guillermo de Croy, señor de Chievres, ayo del príncipe y su privado: seis austriacos presididos por el anciano conde de Nassan, representante del emperador cerca de su nieto, y seis italianos, partidarios de los españoles, dominantes en Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Rosellon y Córcega.

Siempre que salian de la cámara real los consejeros, deteníanse en el hermoso salon de conferencias, donde trababan conversacion; pasando un rato agradable, antes de dirigirse á sus respectivas moradas.

Tres eran la sverdaderas notabilidades de tan noble reunion.

Don Luis de Córdoba, como dignísimo descendiente en línea colateral de aquel famoso Gonzalo Fernandez de Córdoba, el gran capitan de Castilla, duque de Sesa y Terranova, cuyas hazañas emulan con los mas altos hechos las pasadas y presentes edades.

El bizarro don Luis era el caballeresco tipo de aquella aristocracia militar de España, cuyo aliento, hidalguía y magnificencia, revelaban la fuerza de una sangre generosa; la fidelidad á las augustas tradiciones de su heróica estirpe, y la pingüe fortuna de los altos personajes en un pais feracísimo, industrioso y enriquecido por la esplotacion de una tierra vírgen, allende los mares, fecunda en inagotables tesoros.

Tan luego como don Luis, ganoso de congraciarse con el rey, se presentó en Bruselas, supo captarse la benevolencia de su soberano; la envidia de los señores flamencos, disfrazada en agasajos corteses, por el valimiento que alcanzara, y la admiracion del pueblo, que le hizo triunfante en una célebre justa; incontrastable mantenedor del torneo: gentil cabalgador; paladin esforzado; espléndido en arreos, y galan en todo género de ejercicios.

Don Luis era incapaz de intrigas y maquinaciones. De-

testaba la disimulacion; diciendo su parecer con toda la lealtad de una alma ingénua, siempre que se le pedia su voto. Tan valiente como noble, se impacientaba á la sola esposicion de esos planes políticos en que se aplazan las cuestiones de honra por combinaciones de intereses, y bajo protestas mañosas se esconden los preliminares de contrarios designios. En el consejo escuchaba los dictámenes, decidiéndose por el mas recto, guiado de su instinto á la estricta legalidad; y en los asuntos militares tenia esa prevision que caracteriza á los diestros gefes.

Eran marcadísimas, las simpatías de don Cárlos por este cumplido caballero, y aunque demostrara veneracion suma á don Alonso Manrique, obispo de Badajoz, y al maestro Mota, y notable estimacion á los ilustres españoles que rodeaban solícitos su persona escelsa, fácil era conocer su mayor aprecio hácia Córdoba por las lisonjeras predilecciones con que le favorecia constantemente. Guillermo de Croy, señor de Chievres, duque de Sora y Arscot, llevaba la voz en los consejos; mandaba en palacio con los fueros de ayo del príncipe y su privado, y apoyaba su autoridad en el valimiento, que sin interrupcion le dispensaran el emperador Maximiliano, manteniéndole en el rango de bailio en el condado de Henaut; Felipe el Hermoso, dejándole por rejente de Flándes á su partida para España en 1506, y el emperador designándole para dirijir á su nieto en reemplazo del príncipe Jimay.

Chievres venia de familia real por Esteban de Ungria, tercer hijo de Bela, sobrino de Coloman, monarca desnaturalizado, que mandó sacar los ojos á su deudo, y desterró á sus míseros descendientes del territorio húngaro. En Francia, Marco, hijo de Esteban, casó con la heredera de Araynés y Croy, de donde provino el apellido de la nueva generacion; que hasta Chievres continuó adquiriendo importancia por sus ventajosos enlaces, y encumbrados puesos á que ascendieran sus miembros en las córtes francesa, flamenca y austriaca.

Guillermo ostentaba escudo con fajas de plata y gules de siete piezas, á uso de infante de Hungria, y esforzábase en aparecer correspondiente á la prez de su alcurnia; sobresaliendo tanto en las disposiciones y dotes del mandar, como en los ejercicios corporales, distintivos de las personas egregias en su época.

La historia de Guillermo de Croy, escrita por los españoles, abunda en sentimientos de profunda aversion, y odio irreconciliable.

Se le atribuyen toda especie de bajezas, venalidades, perfidias y villanias.

Se le acusa de una indecente prostitucion; de una inmoralidad escandalosa; de la rapacidad mas infame.

Estrangero: patrono de una nobleza estraña á estos reinos: influyente en el ánimo de un príncipe, ageno á las costumbres y prácticas de su nueva monarquía, y que por precision habia de chocar con las preeminencias de la grandeza española en paralelo irritante con la sumision de la flamenca: hostil á la ambicion del revoltoso don Juan Manuel; al orgullo intratable de don Diego de Guevara, y á las pretensiones audaces de tanto codicioso señor: exasperado por una animadversion tenaz... ¿Qué estraño es que no se manifestara simpático á los que le aborrecian á titulo de estrangero? ¿Qué maravilla puede causar que se rodeara de parciales compatricios, honrando la adscripcion á su causa, cuando tan cruda, implacable guerra se le hacia por esa turbulenta seccion, por esa casta de altivos infanzones, cuyas soberbias demasías costó tanto reprimir? ¿Qué cosa mas natural que se refiriesen á él todos los actos del príncipe, que desde luego empezaron á mirar los elementos anárquicos, aislados en poderes discordantes y émulos; cargando Cárlos con la imputacion de facil á perniciosos consejos; cargando Chievres con la odiosidad de los poderes atacados, en sus privilejios monstruosos? ¿Qué hay de singular en la oposicion de Guillermo á las miras de los grandes señores de España? Eran ellos descendientes de aquellas projenies

feudales en incesante lucha con el poder régio, con toda autoridad centralizadora; que derribaron de su trono á Pedro primero, para sentar en él á un bastardo, sometido á sus voluntades; que hicieron degollar al condestable Luna por los primeros conatos de su mision impuesta á su arrogancia; que destituyeron del mando á Enrique cuarto, profanando su efijie al que entonces aun se creia derivacion de la divinidad; que humillados temporalmente ante la pujanza de los reyes Católicos, tan pronto como falleció doña Isabel, demostraron su rencor al político Fernando; se reunieron satélites obsequiosos en torno del pródigo Felipe; se coligaron contra el eminente Cisneros, y llegaron á lisonjearse de recobrar su antigua preponderancia en el reinado del que juzgaban inesperto mozo; hasta que viendo frustrado su propósito recurrieron á la insurreccion; identificaron hipócritamente sus aspiraciones al predominio con las franquicias y fueros de las ciudades, peleando al grito de libertad; de esa libertad que constituye la emancipacion, que desune y discorda los miembros de un cuerpo entre sí, y conduce á la debilidad, á la confusion y á la ruina de los estados... ¿Qué se encuentra de inconcebible en las medidas que tomara de Croy, blanco de las iras de esa nobleza sediciosa, afiliada á los anhelos impacientes de la clase hidalga, que bullia en notabilidades aventureras, deseando una ocasion de salir á luz; esplotadora de su pueblo; terrible palanca á merced del primero que la empuñase para demoler el órden, y los fundamentos de un nuevo ser social?

No haremos el panegírico de el señor de Chievres, nientra en nuestro cálculo oscurecer sus defectos y vicios. Convendremos en que su manejo no fué puro, ni sus influencias desinteresadas: en que miró por su enriquecimiento y valia harto ambiciosamente; importando del norte ese tráfico inmoral del poder, que la España afortunadamente ignoraba.

Las impresiones de odio, bajo cuya inspiracion están

escritas las crónicas de aquellos tiempos, nos hacen sospechoso el retrato de este hombre público.

La esclavitud de las historias posteriores á la narracion de aquellos documentos, nos mueven á desconfiar de su contenido. El hombre que proporciona al jóven Cárlos una educacion militar y política tan brillante: que casi desde niño le acostumbra al raciocinio, le aficiona á las árduas tareas del gobierno y le imbuye la máxima de dirigir por sí mismo; que le sirve con tanta fidelidad y prepara la série de obras, que organizaron tan prodijiosamente el grandioso porvenir de su discípulo: ese hombre no es el mónstruo que presentan á la execracion de la posteridad los libelos que el encono hace pasar por crónicas.

El hombre que preside á los primeros pasos de Cárlos, y secunda la felicidad de su estrella con tanto tino, con tanto pulso, tiene demasiado talento, demasiada habilidad, para descender á la evidencia vergonzosa en que le sacan á la ignominia detractores encarnizados, y poco sesudos historiógrafos, que copian sin exámen y aceptan tradiciones sin precaucion.

Que Chievres fué granjero, absoluto, y demasiado propenso al favor de sus deudos y clientes, nos lo persuaden las quejas de los pueblos, unánimes en este punto; la invocacion de este pretesto por una nobleza revoltosa, y la confesion de sus escasísimos defensores.

Tal es nuestro humilde concepto de Guillermo de Croy: voto de nuestras leales convicciones, pronunciado despues del estudio detenido de sus hechos; del análisis de su era y el fallo de nuestra conciencia histórica.

Distantes del terreno de la difamacion sañuda, y de los gratuitos patrocinios, con la mano sobre el corazon, y el entendimiento convencido, esponemos nuestro parecer sobre el ayo de Cárlos V. Tenemos el derecho de hacerle respetar por lo que significa, no por lo que vale: porque es una decision basada en trabajos minuciosos y representa los esfuerzos de quien busca la verdad; no porque incluya

las pretensiones de imponer una creencia al criterio público.

Perdónesenos la digresion y volvamos al asunto.

Despues de Chievres y Córdoba entra el conde de Nassan, patricio austriaco, en la estimacion preferente del archiduque.

Astolfo Maximino Nassan es un modelo de aquellos antiguos patriarcas de la sociedad germánica, que figuran en la historia como lejítima representacion de un carácter escéntrico.

Veterano aguerrido, no abandona sus fórmulas militares en el seno de la corte, y es una sátira viviente de las afeminaciones y molicie de la vida cortesana.

Hombre de carácter áspero, no disimula su contrariedad obstinada á cierto género de cosas, y á cierta clase de hombres, y se impone el deber de decir la verdad de sus sentimientos por inconveniente que la verdad sea en palacio y descargada como una maza de fierro sobre las faces enmascaradas de los palaciegos.

Los que juzgan de los hombres por el esterior, tenian á Nassan por un verdadero Lucifer, á causa de su brusco tono, sus frases atroces, y los juramentos con que sazonaba su conversacion; pero tras de aquella corteza ingrata circulaba una savia generosa; aquellas formas de rabioso energúmeno encubrian un fondo inmejorable de magnanimidad y grandeza. El conde era de esa especie de criaturas que llenan de oro la mano de un necesitado diciéndole con voz de trueno:—«*Toma y vete*; *mil rayos te abrasen.*»

Nassan, hombre de confianza de Maximiliano, fué remitido á Cárlos como representante de su ilustre abuelo, y tuvo buen cuidado de llenar honrosamente su papel, imponiendo al príncipe un respeto casi filial, que mantenia con sus paternales exhortaciones, y sus pruebas constantes de adhesion.

Astolfo Maximino reprendia al archiduque con una libertad estraña, y don Cárlos, que tomó infinito cariño al

viejo palatino austriaco por conocer sus altas prendas y notables virtudes temia la reprobacion, tanto como anhelaba sus testimonios de simpatia.

Cuando Nassan frunciendo sus espesas cejas y empuñando su barba como la nieve con mano trémula, murmuraba un juramento colérico, el hijo de Felipe conocia que la accion ó palabra que daban márgen al enojo del conde estaban muy lejos de dirijirse al bien.

Cuando Astolfo se quedaba estático mirando á don Cárlos, brotaban de sus ojos lágrimas, y esclamaba enternecido:—¡*Dios bendiga á vuestra alteza*! estaba pagado el real mancebo del dicho ó acto que entusiasmaban al camarada militar del augusto emperador.

En resúmen, el conde gozaba en la corte flamenca la posicion mas envidiable para un hombre de su temple; nada tenia que sacrificar á la ambicion, porque nada ambicionaba; y en trueque de su desinterés el archiduque le amaba como á padre; cuyo nombre dábale algunas veces; Guillermo de Croy le profesaba un respeto que rayaba en veneracion: adquirió el derecho de hablar lo que sentia, sin que nadie osara murmurar de su ruda franqueza; sin que ningun codicioso le hostilizara ni le importunase; objeto de universales y merecidas consideraciones.

—Señor de Croy, (esclamó don Luis de Córdoba) permitidme que os dé las gracias en nombre de Castilla por el rey que la dais.

—Yo las devuelvo á la Providencia, señor don Luis.

—Yo las torno á dar al instrumento de la Providencia, señor duque. La educacion de su alteza es vuestra obra, y por cierto que esa educacion es rara al par que admirable. Es cosa que pasma ver á un jóven de diez y seis años fijar las cuestiones con tanta felicidad, oir con tanto discernimiento, y juzgar con semejante tino.

—Su alteza ha recibido de Dios unas disposiciones estraordinarias, dijo Guillermo con el orgullo de un padre.

—¿Pero cuántas disposiciones no han fracasado en la

inercia de las facultades por defecto de sábia direccion? repuso uno de los señores italianos.

—Señor de Chievres, (replicó el ingénuo Córdoba) teneis el insigne honor de presidir á los maravillosos destinos de su alteza, habiendo presidido á conciliar los méritos, que le harán acreedor al imperio del mundo.

El de Croy sonrió con satisfaccion íntima.

—¡Alma de Belcebú! (interrumpió Nassan) no piensan como vos muchos de esos infanzones de Castilla.

Don Luis se volvió con un movimiento iracundo.

—Traslado al almirante don Fadrique Enriquez, al duque de Alba, á don Diego Pacheco, al obispo de Sigüenza y al marqués de Villena, que negaron su voto á nuestro señor para el título de rey.

—Señor conde, (contestó Córdoba reprimiéndose) cada cual es dueño de su conviccion, y árbitro de su conciencia. La serenísima doña Juana vive aun y esos ilustres caballeros opinaron que mientras el derecho es inmediato, escluye al sucesivo. Creyeron y emitieron su fallo: están en su derecho de hacerle acatar.

—Sin duda alguna (respondió el de Chievres con sonrisa maliciosa, y que disimulaba un resentimiento comprimido hasta la ocasion propicia).

—Pero ya que gracias á los esfuerzos del dean de Lovaina es rey, (añadió el incorrejible Nassan) conocerán los poco dispuestos en favor de su altezeza...

—Señor conde, (repuso el altivo don Juan Manuel) no os hagais ilusiones respecto la poder de Adriano. No ha sido él ciertamente quien venció las oposiciones del consejo, sino la entereza del cardenal-rejente...

—Ademas (apoyó el obispo de Badajoz) que las oposiciones no incluian desvio del pretendiente, sino duda de la pretension. *Non in odio instituendi sed in dubio institutionis,* añadió marcando las diferencias.

—Y agréguese á esto (esforzó Córdoba) que si antes de conceder el título real á su alteza el archiduque, los no-

bles deliberantes estuvieron discordes; decidida la cuestion no quedan mas que vasallos leales, y defensores del trono y de la fe hasta su postrimer aliento.

—Ya lo veremos, señor don Luis, respondió Nassan con mal humor.

—Lo veremos, y la duda es un insulto, repuso Córdoba con exaltacion.

—Vamos señores, (intercedió el señor de Chievres) ¡de qué sirve recordar lo pasado! concedo que el dignísimo dean de Lovaina no haya conseguido el triunfo de los derechos de su alteza...

—La prez de la jornada pertenece al cardenal Jimenez,



que impuso con su resolucion al consejo (apoyó don Juan Manuel) este tributo de mi parte prueba mucho á favor de su eminencia; porque yo no me he tomado el trabajo de ocultar mis antipatías á un ministro, que no respeta franquicias ni costumbres, y se enreda en innovaciones peligrosas...

—*Laus inimici máxima gloria est,* esclamó don Alonso Manrique con entonacion enfática.

—Ya irá su alteza á España, y el eminentísimo Cisneros recibirá su pago, dijo Chievres con la espresion mas afable, y una hipócrita afectacion de respeto á las dotes del franciscano.

—Cuando su alteza pise nuestro territorio (añadió el fogoso don Luis) comprenderá la diferencia enorme entre lo que haya podido contársele, y lo que realmente pasa.

—¡Fuego del infierno! murmuró Nassan comprendiendo la alusion del garrido caballero.

—Su alteza no duda un punto de que en España correspondan así mismos los hidalgos vasallos de los serenísimos don Fernando, y doña Isabel, reyes Católicos; sus esclarecidos abuelos.

—Bien dicho, señor de Croy, se apresuró á esclamar el maestro Mota.

—Lo que hayan podido contarle (continuó el hábil Guillermo con intencion) no es para fundar prevenciones tenaces: cuando mas para ilustrar su juicio sobre lo pasado, y determinar su conducta para lo futuro...

—Segun lo que se diga á su alteza, objetó don Diego de Guevara.

—Su alteza no es de los príncipes acostumbrados á guiarse por lo que les digan, y harta oportunidad habeis tenido de juzgarlo, señores.

—Pero las noticias que se hagan llegar á su conocimiento...

—Esas noticias, señor de Guevara, producirán impresiones, que ni vos ni yo tendremos la audacia de querer penetrar.

—Ciertamente, repuso don Diego desconcertado.

—Unas entran en la clase de apuntes curiosos, y otras pertenecen á la categoría de advertencias importantes para el porvenir. Supongo inclusa en la primera, por ejemplo, la nueva de que su alteza el infante don Fernando, apenas difunto el que Dios haya, serenísimo rey de Aragon, goberna-

dor de Castilla, escribió á los señores del consejo firmando *el infante*, como acostumbran los rejentes de reinos; convocándoles á Guadalupe, su residencia, y dando lugar á que se le contestase por un ministro *non habemus regem nisi Caesarem.*

—Una palabra, señor de Chievres, (replicó don Luis con fuego) su alteza fuera incapaz de abrogarse primacías que no le corresponden. Si procedió de ese modo lo hizo ignorante de la mudanza en el testamento del serenísimo rey de Aragon, y en la creencia de que quedaba gobernador de los reinos, como se lo tenia anunciado su católico abuelo.

—Exactamente, afirmó el maestro Mota.

—Sigo suponiendo, en la clasificacion de apuntes curiosos otra noticia (continuó el de Croy): cazando en el Pardo su alteza fué detenido por un ermitaño de rarísima traza.... un santon... un adivinante. Parece que por allá abundan los profetas y se atienden sus profecías...

—¿Por qué lo decís, señor duque? preguntó con no poco alteramiento el orgulloso don Juan Manuel.

—Porque si no me engaño el serenísimo rey de Aragon atacado de la enfermedad que le llevó al sepulcro, resistia los auxilios espirituales fiado en las predicciones de cierta embaucadora...

—La beata del Barco de Avila, acordó el maestro Mota cándidamente.

—La misma; que le anunció de parte de Dios no habia de morir hasta que Segundo Godofre de Bullon ganase á Jerusalen. Volviendo á su alteza el infante don Fernando. El ermitaño singular le paró, profetizándole seria rey de Castilla, y que por ningun título resistiera la voluntad del cielo.

—¡Muerte y sangre! (profirió irritado Nassau) cien lanzas contra mi pecho si en lugar de su alteza no hago pernear al villano, colgado de la encina mas alta del monte.

—Su alteza ha tenido la dignacion de referir su aventura á cuantos amigos cuenta en la villa de Madrid, añadió Guillermo con irónico acento.

—Yo no creo semejante noticia, dijo don Diego de Guevara con desdeñosa indiferencia.

—Trabajan por la discordia de entrambos augustos señores don Cárlos y don Fernando, reforzó don Juan Manuel con enojo.

—Y tanto como trabajan, señor don Juan Manuel (prosiguió el duque de Sora con un ligero tinte sarcástico.) Figuraos que no se limitan á eso, sino que asedian á la serenísima reina doña Juana, abusando de...

—De su retiro, interrumpió el maestro Mota.

—Eso es, cabalmente; de su retiro para indisponerla con nuestro augusto señor...

—Aqui se calumnia á Castilla, esclamó el animoso don Luis no pudiendo soportar aquel cúmulo de acusaciones.

—¡Rayos y tempestades! aqui no se calumnia á nadie, replicó Nassan perdiendo los estribos.

—*Procedamus in pace,* medió don Alonso Manrique.

—Señores, calma en la discusion, apoyó un patricio italiano.

—Señor don Luis, (dijo el de Chievres con una sangre fria exasperadora) sois ligero en juzgar; os diré el suceso y luego la autoridad que le apoya. Un montero de su alteza serenísima doña Juana al entregarla carta de nuestro señor, el archiduque, la dijo:=Hé aqui letra del rey don Cárlos«= «En Castilla mando yo (contestó iracunda su alteza,) mi hijo no es mas que príncipe...

—Pero su grácia sabe muy bien (objetó un caballero austriaco saludando rendidamente á Croy) que la serenísima señora no disfruta de un juicio...

—Caballero (interrumpió don Juan Manuel) hablais de la reina de Castilla.

—Pero señor mio, todo el mundo sabe que su alteza serenísima doña Juana padece...

—Amigo Rudolstad (terció el ayo de don Cárlos con benevolente gesto) guardaos de concluir la frase. En España el trono es como el sol: nadie puede clavar en él la vista.

—Veamos, señor duque (repuso Córdoba con impaciencia.) Cumplid vuestra palabra de designarnos el conducto de la noticia.

—La noticia (repuso Chievres) forma parte de las razones que aduce, para persuadir al serenísimo don Cárlos la urgencia de su viaje á España el cardenal Jimenez de Cisneros.

—¡Acabárais señor duque! (esclamó don Diego de Guevara) ponderaciones de su eminencia, que solicita realzar sus méritos en sujetar rebeldías incesantes, velar sobre conatos de sedicion no interrumpidos, y hacerse el necesario.

—Conducta de los ministros, que tratan de perpetuarse en el poder, agregó un caballero italiano.

—Fray Jimenez de Cisneros no desea el poder, señor Marco de Pietra-Santa, opuso don Juan Manuel con entereza.

—¡Huracan del Diablo! (juró Nassan). Pues bien le defendió de los señores cuando le demandaron poderes.

—El cardenal aceptó el mando por obediencia (prosiguió don Juan Manuel), pero conservando la rijidez claustral en cuanto su destino se lo permite, sufre todas las graves molestias del cargo, sin ninguno de sus esplendores ni comodidades.

—Muy amigo os mostrais del cardenal, señor don Juan Manuel (observó Pietra-Santa con malicia.)

—Cabalmente por no serlo le defiendo de las acusaciones injustas. Táchese lo que hay en él de malo; su avidez, su indomable espíritu de preponderancia; el desvio con que trata á los próceres del reino; su obstinacion en las empresas; su manejo absoluto y su agresion osada á los fueros y esenciones de provincias, ciudades y vasallos; pero respétesele lo bueno que no puede serle negado: su integridad; su celo en el servicio; la severidad ascética de sus costumbres, y la elevacion de sus miras.

—Bien hablado, don Juan, aprobó Nassan, simpático á todo sentimiento noble y digno.

—Tenemos repetidas pruebas del celo de su eminencia (dijo el cáustico Chievres), de su afan por las rudas tareas

del gobierno. No ha consentido descargar el peso abrumador de los negocios públicos, en el dean de Lovaina nuestro amigo; ni en el señor de Lajao; ni en el hábil Armesto Tors, y tan avaro se muestra de fatigas para sí solo, que ni el trabajo de firmar las provisiones concede á los colegas, que su alteza nuestro señor se ha dignado enviarle.

—Dicen que el cardenal de España goza poca salud.

—*Improba labor, prematura mors,* repuso su ilustrísima don Alonso Manrique.

—Demasiada tarea, prematura muerte (repitió el de Croy con acento significativo), esto es lo que sucederá, y es de sentir, porque su eminencia es hombre muy apreciable, y su alteza serenísima le profesa una predileccion especial, señores.

—Viéndose hombre de condicion humilde, sobre los de alto glorioso nacimiento, los persigue y avasalla con harta inmoderacion, espresó don Diego de Guevara con amargura.

—El suprime oficios de la casa real; priva de salarios á cumplidos servidores, y suspende las rentas de caballeros principales, dando por razon la conveniencia de la corona, y las necesidades del erario exhausto por las últimas guerras, aumentó don Juan Manuel.

—Y acusa sin piedad á la nobleza, reparó el maestro Mota.

—No él solo sino el consejo (acordó el señor de Chievres). Los escándalos que en Andalucía han promovido el conde de Ureña y su hijo don Pedro Giron, moviendo tropas contra villas y lugares de don Alonso Perez de Guzman, duque de Medina-Sidonia, contienda en que el duque de Arcos le favorece, ha sido referida por el consejo, en carta respetuosa, á su alteza serenísima.

—La mayor culpa del cardenal de España, en mi leal entender (replicó don Luis de Córdoba), es esa estravagante, perniciosa ordenanza, que arma al pueblo; enagena de los nobles la direccion de los asuntos guerreros, y amengua la libertad de las ciudades, suponiendo á sus vecinos un ser-

vicio fatigoso; estimulando á muchos plebeyos díscolos á las alharacas militares, y preparando el campo á la sedicion, suministrándola elementos.

—Valladolid protesta con energía (reparó Guevara), y Salamanca, Segovia, Avila y Toledo se adhieren á la resistencia.

—Valladolid ha espuesto sus quejas á don Cárlos nuestro señor, dijo el obispo de Badajoz con júbilo, pues aborrecia de muerte al cardenal.

—¿Qué piensa de esto el reverendísimo padre Mota? preguntó socarronamente el de Croy al teólogo.

—*Qui quaerit salutem eam inveniet*, quien busca remedio le hallará, respondió su reverencia.

—Pues antes de ayer firmó su alteza serenísima la confirmacion terminante de la ordenanza del consejo, por respuesta á la carta del consejo, justicia, regidores y caballeros de la noble villa de Valladolid.

—Su alteza serenísima está en su derecho (replicó el bizarro Córdoba con acatamiento profundo). Solamente Dios, de quien recibe el poder, tiene la facultad de juzgarle, y pues manda, obedezca Valladolid mal que le pese.

—Eso es hablar, aprobó el conde de Nassan.

—Basta y sobra acerca del cardenal de Santa Sabina, (concluyó un patricio siciliano, Conrado de Monte-Leone); dejemos á su eminencia gobernando en España, y volvamos la vista á lo que hace Francisco de Francia en Italia.

—Continúa dueño del Milanesado, replicó Pietra-Santa.

—Y mas orgulloso que nunca (añadió Monte-Leone) ahora que acaba de fracasar la empresa de su magestad Cesárea, el emperador Maximiliano.

—¡Sangre y fuego! (esclamó el impetuoso Nassan;) ¡qué lástima de espedicion la de mi señor, tres veces augusto, el invicto Maximiliano primero de Austria; diez mil alemanes, la flor de la caballería germánica por gefes; la nata de los soldados del imperio; cinco mil ginetes bizarros y valientes como desesperados: los desterrados de Milan...

—El cardenal de Sion...

—Yo no cuento al cardenal, señor de Pietra-Santa, (repuso Nassan) trato de guerreros, de guerreros ¡muerte de satanás! y todos estos aprestos belicosos inútiles por veintemil suizos de cinco cantones.

—Es fatalidad, señor conde, respondió el de Croy, aficionado á exaltar á Nassan, cuyos raptos de ira le divertian sumamente.

—¡Cuernos de belcebú! ya lo creo que es fatalidad, duque. Esos esguízaros, la execracion de Dios los confunda, resistieron á lo mejor el pelear contra sus hermanos, asoldados en el ejército de Laustrec, y mas tarde pidieron su paga, marchándose por la Valterina, y dejando á mi señor el César, sin recursos; en la necesidad de volverse por donde habia venido ¡mil rayos!

—Los venecianos son dueños de Brescia; y á fuer de amigos de Valois esplotan el territorio, dijo Monte-Leone.

—¡Qué dia de gloria para Europa aquel en que la señora del Adriático reciba el escarmiento que sus dobleces, su falsía y su ambicion estan reclamando!

—No digais tal, Pietra-Santa, (contestó Monte-Leone) ¡qué dia de gloria aquel en que Francisco primero no posea un palmo en Italia!

—Quizá llegue mas pronto de lo que pensais ¡tempestad de lucifer!

—El cielo parece predestinar á nuestro archiduque para esa gran obra: (dijo Rudolstad con aire de conviccion) poderoso por la dominacion en estos paises, su alteza ciñe dos coronas ademas, reunidas en lazo de fortaleza por pingües conquistas, y un mundo nuevo le ofrece sus tesoros: la Alemania huérfana por pase á mejor vida del preclaro Maximiliano, no podria escojer mejor César, y si Francisco se atreve á contrarrestar al elejido de Dios... ¡mal año para las lises de oro, y la salamandra en el fuego, con el mote *nutrisco et estinguo*.

—Señor de Rudolstad, (interrumpió Nassan conmovido)

sois un digno noble austriaco, igual en todo á vuestro padre, mi escelente compañero de armas... ¡cuerpo de un buitre! buen acero, cabeza dura, y corazon de temple.

—Sin necesidad de que los electores den un imperio al serenísimo don Cárlos puede humillar la altivez del rey cristianísimo.

—Sobrados pretestos dará con sus altiveces á cualquier trance.

—Contando con los indisputables derechos de nuestro señor á lo que indebidamente retiene el de Valois, la lucha es segura y próxima.

—Aragon y Sicilia prestan sus quejas antiguas al heredero del rey Católico como precedente de futuras escaramuzas, fecundas en honra y provecho para todos, añadió el belicoso don Luis.

—Para todos, señor de Córdoba, (recalcó Rudolstad) porque alli irá á lucir su brio lo mejor de cada reino.

—¡Plegue á Dios que sea pronto! esclamó el hijo del conde de Cabra. Tengo necesidad de que veais combatir á esos andaluces fogosos; á esos castellanos intrépidos; á esos tenaces aragoneses; á los incontrastables catalanes; á los mañosos murcianos; á los bravos hijos del Turia, á esos navarros indómitos...

—Su fama les abona, contestó galantemente Chievres.

—No basta fama donde la fama halla mas empleo que para su cien leguas, tornó á responder don Luis con orgullo.

—Agregad á esos guerreros pueblos de la Iberia los aguerridos tercios de Germania, (apoyó Rudolstad) los veteranos que conocen palmo á palmo el territorio Itálico....

—Los soldados que suministren Sicilia, Cerdeña, el Rosellon, Nápoles y la Córcega, acordó Pietra-Santa.

—Pero nada de suizos. ¡Condenacion del infierno!

—*Liberanos, Domine,* murmuró el maestro Mota.

—La nobleza de tres paises y lo mejor de sus hijos contra Francisco primero... ¡Gran dia! esclamó Monte-Leone.

—Y á la cabeza de ese ejército formidable un jóven prín-

cipe de alma ardiente, generoso corazon y alientos heróicos, (esclamó Guillermo de Croy participando del entusiasmo de los demas) un soldado de diez y seis años, que se endurezca á la fatiga, como el último peon de los tercios; que coma el rancho de la tropa; ronde como cualquier oficial de las banderas, y se bata en primera línea como un jefe de Coronelia... Un príncipe que admire en el Consejo por su prudencia, su ilustracion y táctica; que se vulgarice con el soldado; se adune al simple oficial; se identifique á los superiores... Un príncipe que infunda orgullo á sus guerreros con esas palabras que encienden el pecho militar en fuego bélico; que inspire á los veteranos una ciega fé con las formas francamente rudas de un valor á toda prueba; que sepa mantener el espíritu entusiasta de sus huestes, valiéndose de esos elementos de popularidad que hacen al caudillo un semi-Dios, y convierten la estimacion de sus campeones en fanatismo.

—Eso ¡pardiez! (aplaudió don Luis de Córdoba) un rey asi, señor de Chievres y el mundo es nuestro.

—Un rey asi (repitió el bravo Rudolstad) concluyeron las pugnas entre súbditos de diferentes provincias, y no habrá mas que soldados que rivalizarán en proezas.

—Señores, por la fé de caballero, que el nieto de los reyes Católicos será tal como os lo he descrito.

—Señor de Croy (repuso Córdoba) yo no soy mas que un humilde capitan de caballos, levantados á mi costa; pero por la cruz de Santiago que llevo al pecho, que el dia que su alteza diga=¡*Al campo*!=no ha de quedar hombre útil en mis estados, que no ponga á sus órdenes.

—Su alteza cuenta con los valientes, añadió el duque de Sora y Arscot, tendiendo la mano al animoso don Luis.

—Su alteza cuenta con los suyos, contestó Córdoba estrechando la diestra de Guillermo de Croy.

—Señor de Chievres (replicó el austriaco) hay dos razones para que el jóven archiduque nuestro señor, sea lo que tan acertadamente acaba de pintar vuestra gracia; la

sangre que circula por sus venas, y la educacion que habeis proporcionado á tan bien dispuesto natural.

—Señores, (dijo el ayo de Cárlos con aire de íntima confianza) si como yo pudiérais seguir el curso de las ideas del augusto mancebo y alentar sus raptos espansivos para leer todos y cada uno de los pensamientos que germinan en aquella mente fogosa, comprenderíais hasta qué punto la Providencia cifra en él los brillantes destinos de los pueblos que rije y debe rejir algun dia....

—*Salus populi fortitudo regis,* interrumpió el obispo de Badajoz,

—Comprenderíais que se prepara un meteoro, que debe atravesar radiante el horizonte político; que despunta la aurora de un dia de grandeza, que Dios ha enviado al mundo uno de esos prodijios que demarcan los capítulos en la historia de la humanidad.

—¡Sangre y fuego! (reparó Nassan) ¡Quién comenzase ahora su juventud florida!

—La última palabra, señores, (concluyó Guillermo de Croy con acento conmovido). La fortuna mas espléndida señala el porvenir á ese mozo singular. Traed á la memoria sus favorecimientos estraordinarios... Don Juan y doña Isabel, sus tios, y su primo don Miguel de la Paz, sucumben para que reine... Todos los obstáculos desaparecen á su paso: el rey Católico se casa con Germana de Foix por tener un heredero de su corona, y fugaz relámpago nace y muere Juan de Aragon....

—Cierto, repuso Guevara con interés.

—Señores, no soy profeta, (prosiguió Chievres con eco solemne) pero hay en el hombre instintos que rara vez engañan. Un presentimiento vehemente me persuade que los fines corresponderán al comienzo.

Y acabada la frase de Croy despidió con gesto espresivo á la asamblea, que obedeció á la indicacion del privado, retirándose.

Nassan llamó aparte al duque.

—Su alteza anda en nocturnas aventuras, le dijo apresuradamente.

—¡Ola!

—Harencourt le encubre: sus pages Federico Lammergier y Edgardo Andersong, le incitan...

—¡Calle! repitió sonriendo Guillermo.

—Herman Stolk, el buen montero lo ha descubierto.

—¿Y sospechais la clase de aventuras que?...

—Amorios seguramente.

—Pues opino que debemos...

—Desterrar á Harencourt; encerrar á los pages.

—No. Hacer que guarden las espaldas á su alteza sin que lo note: resguardar su preciosa vida, y dejarle correr. Amigo Nassan, mancebo y calavera son sinónimos. Demos al tiempo lo que es suyo.

—¡Pobre mozo! aproveche los minutos. Muy luego el rey devorará al jóven... Dejemos una hora al corazon que harto queda que hacer á la cabeza.

. . . .

. . . .

. . . .

Parados ante el frontis de una bella casita, situada en el fondo de una calleja sin salida, se divisa á dos jóvenes embozados cautelosamente y absortos en escuchar un canto dulce y melancólico, entonado por una voz femenil de timbre purísimo.

La letra del cantar es lánguida y voluptuosa, y el acompañamiento del laud le presta una armonía arrulladora y suave.

Nuestros desconocidos parecen embebecerse en aquellas tiernas modulaciones.

La incógnita tras una breve pausa tornó á cantar:

Verle á mi lado deseo,
gentil, bizarro, galan:
que cesa cuando le veo

del triste seno el afan.
Y oir su acento querido,
impregnado de pasion,
que vibra dulce en mi oido
y penetra el corazon.

—Edgardo (esclamó uno de los jóvenes con eco conmovido). ¿La escuchaste?... ¿No es cosa de volverse loco por esa criatura bendecida?

—¡Soberbia moza, señor!

—Y luego... tu no sabes lo que es amar á una muger de su especie... tu no puedes figurártelo, amigo mio; porque yo mismo no podia imaginar lo que es esa alma... No hay nada semejante en el orbe, Edgardo. Desde que gozo de su conversacion me parece vulgar, mezquina y hastiadora la de aquellas damas de mayor estima en la corte por su produccion selecta y elegante: no es rica en espresiones, sino en conceptos; en conceptos que trastornan y hacen delirar de engreimiento y de orgullo...

—Pero, señor Federico, á todo esto ¿sois su amado ó su amante?

—Su amado.

—¿Y cuándo diablos conseguís la graduacion inmediata?

—Déjame, amigo mio; déjame toda la pureza de mis ilusiones; déjame el respeto á su honor, que soy enteramente árbitro de manchar, ó dejar inmaculado... Harto tengo que hacer con reprimir los movimientos de un natural fogoso, y acostumbrarme á respirar el aroma de la flor sin secarla con mi hálito.

—¡Pardiez, señor Federico! Haceis el enamorado mas raro de la época. Teneis una hermosura angelical...

—¡Angelical! ¡esa es una frase tan profanada! ¡Una hermosura sin paralelo, única...

—Teneis una hermosura sin paralelo, única; que vive vida de violeta escondida entre matas; que resiste obstinadamente salir del precioso asilo que en nombre de su alteza

el archiduque nuestro señor, la destinais; que pasa los dias en el humbroso jardin de su aislada mansion, á solas con la naturaleza, y la imájen de un gallardo mozo á quien ama.

—¡Oh! sí, estoy seguro. Me ama con frenesí; con ese amor que todo lo absorve en un solo objeto; anhelos, esperanza, ambicion...

—Venís todas las noches y pasais tres horas ó cuatro con la hada de este palacio de amor, y os contentais con estrechar suavemente una de aquellas manecitas de marfil; con pasar un brazo en torno de aquel talle tan esbelto; ó cuando mas, con juntar vuestros labios abrasadores con los corales de sus labios... ¡Vaya un galan!

—Edgardo, sois un diablo tentador...

—La misma jóven hallará singular semejante conducta. Se creerá desairada por vos...

—¡Desairada!

—Sí, por mi fé. No hay cosa como las osadias disculpadas con la provocacion de los hechizos de una beldad. Es un motivo de orgullo para las hijas de Eva trastornar á los descendientes de Adan, y hacerles perder el juicio, la mesura...

—¡Libertino!

—¡Caballero! os dicen al primer desman, dispuestas al parecer á mandar á sus criados que os voten por la ventana. Sois audaz y descomedido.—Hermosa dama (contestais con pasion) fuérais vos menos seductora; fuera yo mas respetuoso.

—Ninguna de vuestras tácticas tiene aplicacion al caso presente, señor galanteador. Se trata de una mujer que no se defiende porque no recela; que no rehurta sus gracias á vuestro tacto codicioso porque no desconfia de vuestras intenciones. Muger educada en la ignorancia de los resortes que se emplean para vencer el decoro, y triunfar del pudor. Niña que desconoce la defensa porque no tiene conocimiento del peligro, y no sospecha el camino por

donde se la puede arrastrar al fondo del abismo de la ignorancia....

—Ya; pero...

—Si la seduccion de una muger como Juana no es una baja perfidia, el asesinato deja de ser un crímen execrable.

—Llevais las cosas á un estremo que...

—En lo que digo no hay exajeracion. Tan infame seria el abuso de la inocencia de esa criatura escepcional en el mundo, como la muerte alevosa de un inerme; como clavar un puñal por la espalda al que os abrazara cariñoso.

—¡Cuán diferente de vos el héroe de *Rodegunda*!

—¡Libro maldito! (esclamó Federico estremeciéndose) Esos italianos son los escritores heróticos mas perniciosos; prestan á sus poemas libertinos toda la galanura de una rica imajinacion, todo el hechizo de una brillante fantasia, y aunque el asunto repugne á vuestra conciencia; aunque conozcais que su lectura infiltra en vuestros sentidos la ponzoña de la liviandad, no podeis defenderos de la fascinacion, y continuais devorando palpitante aquellas pájinas llenas de interés, de fuego, de imájenes incitadoras, de situaciones que exaltan, de pinturas que encandecen vuestra sangre.... Edgardo, sois mi áñgel malo: habeis colocado sobre mi mesa de noche el poema de *Gerardi la Rodegunda* para que una sobrescitacion lividinosa se uniese á los ímpetus de un temperamento comprimido en sus impetuosos deseos, y ahogando mis buenas disposiciones produjese la deshonra de esa pobre niña...

—Señor ¡que horrible trama! (repuso el paje del archiduque sonriendo maliciosamente) ¿Me creeríais capaz?...

—Sois un demonio, y los ángeles malos gozan con la derrota de la virud que aborrecen.

—No señor; yo no aborrezco la virtud de Juana: aborrezco la torpeza del paje Federico que en lugar de ostentarse triunfador é irresistible como el *Spoletto* de la *Rodegunda* aparece tímido como un fuldense, y desairado como el último mandria.

—¡Edgardo!

—Esta es la verdad sin ambaje ni circunloquios. Deshonra, ignominia, oprobio y baldon, vienen á ser anatemas furibundos con que la hipocresía de estos y la sórdida envidia de esotros se vengan de los placeres, que no gozan ó no pueden gozar. Seduccion, abuso, cobarde alevosía, infame sorpresa no son mas que palabrotas muy en boga entre padres y tutores, que rabian cuando sus hijas y pupilas disponen sus asuntos sin su previa autorizacion; entre hidalgos vanos que al primer desliz de sus mugeres juzgan emborronado su escudo, y entre algunos fanáticos de la escuela antigua, empeñados en que el mundo se estacione, y en resistir la intransijible ley del progreso...

—¡Escelente progreso!

—Mi tipo es el famoso *Spoletto*; *Spoletto*, conde de *Guicciardi*.

—Es decir, un hombre sin conciencia; un favorito de la fortuna que dotado de belleza y simpáticas dotes va esplotando la credulidad de cuantas infelices halla en su camino. Un demonio disfrazado de ángel bueno, que sacrifica víctimas á sus amor propio, y seco el corazon y sin fé, sin ilusiones, miente y finje por aumentar el catálogo de sus conquistas...

—Un apuesto jóven, que no encuentra fruicion mas que en la novedad; que se cansa pronto de los objetos; espíritu antipático á la monotonía... esto me sucede tambien.

—Ya lo creo.

—Y ¡qué infinidad de emociones no saborea en las diferentes aventuras de su vana existencia, dedicada al amor y á sus diversos episodios! Desde la dama libertina, que le concede sin lucha sus rápidos, pero ardientes favores, hasta la sencilla aldeana que se abandona trémula, presa del miedo y en el vértigo de una exaltacion desconocida á sus trasportes arrebatados. Desde la altiva señora feudal, que le recoje moribundo á las puertas de su morada habitacion; le asiste con el esmero mas esquisito, y cautiva de sus

prendas, mancha con el convaleciente el tálamo de Sijifredo Gotaldo, que ha partido á guerrear en Palestina, hasta la esclava *Zayda,* beldad de ébano, Diosa Venus de negro mármol, que enloquece con sus caricias y le llama *luz de mis ojos...*

—¿Y aquel tipo celestial, aquella gitana Novona...?

—¡Ah sí! *Novona* la ejipcia, aquella ideal bailarina en las plazas públicas; vestida tan pintorescamente, que saltaba como una corza repicando su pandero, y enardeciendo á los congregados en corro con su desenvoltura...

—Aquella muchacha tan cándida de alma; tan provocativa sin embargo; que educada para escitar el entusiasmo del vulgo aprendió los desplantes impudentes y la mímica desvergonzada de las saltimbanquis; pero que conservaba la virjinidad del ánimo como una asceta: aquel carácter tan orijnal, tan poético; conjunto estraordinario de cinismo, y pureza; de procacia y candor.

—Y la seduccion de *Novona* por *Spoletto* ¿puede darse pintura mas diestramente ejecutada?

—Cuando ella dice.

No sé que anhelas;
mas ningun voto de tu amor escluyo;
tu esclava soy; mi corazon es tuyo...

—Y cuando *Spoletto* ébrio de amor, estrecha á la delirante Ejipcia contra su pecho abrasado y la dice:

Ese de amor fuego interno
te revela de improviso
la dicha del paraiso
tras las penas del infierno,
cede á mi vehemente afan...

—¡Basta Edgardo! (esclamó Federico fuera de sí) esa fatal lectura revela los instintos malos del corazon, y deja una

larga huella en el espíritu; *Rodegunda* es un poema diabólico: el fruto del talento de un hombre maligno, que se goza en encender los deseos, en estragar las costumbres, en arrastrar á las sensualidades con sus cuadros que respiran voluptuosidad, como una danza chipriota.

—Pero, señor, aquel *Spoletto*...

—Aquel *Spoletto* no pasa de ser un mónstruo á quien con un rayo del sol de la belleza, y cierto tinte de locuacidad brillante se convierte en pérfido tipo de la traicion, que dejenera en pasatiempo; de la falacia que rodea de seducciones á un ser débil y oprimido, para abusar de la confianza que deposita en un miserable, indigno de ella...

—¡Profancion! ¡sacrilegio! (esclamó Edgardo herido en su fanatismo por el héroe de la *Rodegunda*) señor, no mereceis la suerte que el cielo os depara.

—¡Cómo!

—Entre esa turba de mugeres vulgares que puebla el orbe, vos habeis encontrado un tipo escéntrico: una singularidad; una idealidad del fantástico *Gerardi*; una *Novona*; una viandante.

—¡Edgardo!

—Y en vez de ser su *Spoletto*, su amo, su rey, la tratais fraternalmente; con una veneracion supersticiosa; con un acatamiento rendido, impropio de tan alto galan como vuestra...

—¡Basta he dicho, Edgardo!

—Perdonad señor; pero insisto en que no corresponde á vuestra categoría ese amor en la esfera en que le habeis colocado. Si Juana fuese vuestra amante en lugar de vuestra amada, nada tendría que decir, mas...

—Entre *Gerardi* con su poema, tu con esos consejos, yo con mis instintos, y Juana con su confiada inocencia, no sé lo que sucederá si Dios no me tiene de su mano.

—Sucederá lo que está en el órden regular de las cosas; que ella garrida y sin recelos; vos enamorado y sin obstáculos; la ocasion fácil; la vieja Uldemar prudente y retirada; y

el diablo en acecho de la feliz coyuntura...

—No acontecerá tal si la razon no me abandona.

—*Razon contra pasion derrota cierta* , *Guttemburg* lo ha dicho.

—Adios pues, Edgardo.

—Hasta las once.

—No, un poco antes: á las diez y media.

—No faltaré, señor *Spoletto.*

—Vuelta con *Spoletto* ¡ah! si cuando volvamos á palacio te ôlvidas de quitar de sobre mi mesa tu maldecido poema, cuenta con que lo reduzco á cenizas.

—Está bien, señor.

—A las diez y media en punto.

—Si Nantilde quiere sujetarme...

—Eso no es cuenta mia; yo espero.

—Hasta las diez y media.

Edgardo desapareció por las oscuras calles.

Federico dió tres palmadas.

Poco despues sonó el cerrojo de aquella aislada casita descorrido apresuradamente, y una de sus pesadas hojas rechinó al girar sobre sus goznes mohosos.

El galan se encaminó hácia el dintel.

—Buenas noches, Uldemar, dijo con acento cariñoso á la vieja siviente de su amada.

—Felices, mi gracioso señor, contestó la dueña con voz gangosa.

—¿Y mi hermosa Juana?

—Impaciente como la tortolilla cuando tarda su pareja.

—Cerrad, y subamos.

—Cierro y subo.

La hoja de la puerta tornó á gemir sobre sus goznes, y encajó en la otra que permanecia cerrada; el cerrojo quedó corrido entre las dos.

Dos hombres aparecieron entonces en la esquina, y quedáronse mirandô á la casa de la Cantadora.

—Entró, dijo el uno.



Cárlos V.
lám. 3.ª

—No hay mas que rondar hasta que salga, y escoltarle sin que se aperciba de ello.

—Tal es la órden del capitan.

—Escolta invisible.

—Unos se divierten, mientras que otros velan. Este es el mundo.

. . . .

. . . .

. . . .

—Adios, mi bien.

—Adios, mi noble mancebo. Creí que faltarías esta noche.

—¿He faltado alguna todavia, Juana?

—No: pero tampoco ninguna has tardado tanto como esta.

—¡Qué quieres ídolo mio! los que dependemos de una voluntad superior somos muy desgraciados: tenemos precision de resignar en ella nuestra voluntad propia...

—¿Y por eso te llamas desgraciado?

—Ya lo creo; el libre albedrío es un bien inapreciable.

—Pero unos no pueden, y otros no quieren tenerle.

—Esplícate, tesoro de mi alma.

—Su alteza serenísima, el archiduque, rey de España, mi protector, pájaro encerrado en jaula de oro, daria de buena gana un floron de su corona...

—Por tí...

—¡Lisonjero! por unas horas de libertad tan bien empleadas por su paje Federico Lammergier, en ver á la que tanto le ama, y oírselo repetir mil veces.

—Es verdad, Juana.

—Pero el buen don Cárlos circuido de respetuosos espías, y de personajes qne no le abandonan un momento no puede gozar ese albedrio que tu te quejas de no conocer.

—Vaya por los que no pueden. ¿Y los que no quieren disfrutar el libre albedrio de sus acciones?

—Yo por ejemplo.

—¡Tu!

—Yo, gracias á la augusta munificencia de su alteza serenísima, podia pasar una vida independiente; ser dueña de mi tiempo; disponer como me pareciese de mí; ya aislándome, ya rodeándome de un círculo de amigos, que entretuviesen mis ócios...

—Y bien, ¿no está en vuestras facultades todo eso?

—Pero no lo hago, Federico; porque vos ocupais mi corazon todo entero. Huyo el trato porque él os robaria algunos átomos de mi pensamiento, y yo os los dedico esclusivamente. Por la noche me duermo tranquila pensando en que habeis venido y que me amais: durante el dia pienso en que vendreis y en que tornareis á renovar vuestros juramentos, y á resarcirme con vuestras caricias cuantas soledades é impaciencia hayan turbado mis recuerdos deliciosos.

—¡Angel querido!

—Estoy pendiente de vuestras frases para comprender la idea de vuestros gustos, y arreglar á ellos mi sistema. Oigo con ansiedad la esplicacion que me dais de vuestro carácter, porque asi voy formando el mio á semejanza del vuestro. Si no os consultara sobre todo lo que me atañe no sabria obrar: el traje que me vistiera no me satisfaria hasta saber que le encontrabais lindo: las flores que en los pintados cestillos coloco no las creyera bien arregladas hasta que vos me dijéseis ¡*que bien está todo esto*!

—Juana, contigo no se vive: se sueña en un edem.

—Basta que ayer tuviéseis la bondad de hallar gracioso el vestido de conciertos que guardaba aquel armario, para que hoy me haya ocupado en componerle con el fin de llevarle esta noche.

Y al concluir la frase la pobre huérfana arrojó lejos de sí el roponcillo que la envolvia quedando en traje de trovadora.

—¡Dios mio! (esclamó Federico en un rapto de admiracion apasionada) ¡qué bella está!

Y efectivamente la hija del pobre Nenní, aparecia como

esas figuras fantásticas, donde el lapiz del pintor alardea todo su idealismo, y los pinceles toda su brillante variedad.

El vestido azul á media pierna, de anchos paños sujetos á la cintura en profusos pliegues; el justillo color de guinda, pródigamente bordado de oro y seda; la camisola de finísimo holan, cerrándose á la garganta con una gorguera de encajes erizados, espesos; la media de seda de un ajuste tentador á la pantorilla, imitando el tinte rosado de un límpido cútis: la bota de lana escocesa, cerrada sobre el tobillo con un galon forrado de piel de armiño; brazaletes de terciopelo, como la cinta que suspendia sobre el pecho una cruz de oro, en larga trenza á la espalda el dorado cabello, recogidas por un lazo sus puntas; un birretillo con garzota y broche de plata, picarescamente inclinado al lado izquierdo.

La flamenca estaba incomparablemente hermosa; con esa hermosura ante quien los artistas sienten sin poder el arte: el pintor anhelara las imágenes del poeta; el escultor envidia el lenguage universal del músico; el poeta las formas tangibles de la escultura; el músico el colorido material del pintor.

—¡Oh! ¿por qué te he arrebatado á la admiracion del mundo? (esclamó Federico). Soy un egoista...

—Porque amas. El amor y el egoismo se incluyen.

—Canta, mi trovadora, el laud está aquí. Canta; pero de pie como aparecias en los saraos de la nobleza, al lado de tu padre. Canta uno de esos romancillos de amor que enardecian á los concurrentes...

Juana no se hizo repetir el ruego.

Tomó el laud que Federico le alargaba; preludió suavemente; igualó una cuerda laxa, retorciendo la clavija, y con aire inspirado comenzó.

Yo ví su figura
de apuesto doncel
antes de aquel dia

en que le admiré:
yo le ví en un sueño
de dicha y de amor·
sueño ó profecia
de mi corazon.

—Adelante, mi sentida Cantadora, dijo el paje de su alteza con ese entusiamo, que toca los límites cercanos á la adoracion.

Juanita prosiguió de este modo:

Una fuerza interna
me arrastra hácia él:
es mi ser que busca
mitad de su ser.
Amarle es mi sino,
dispuesto por Dios;
pues le dá el imperio
de mi corazon.

Federico hizo un movimiento como para lanzarse á los brazos de la beldad; pero se contuvo, mirándola suspensa, los ojos clavados en sus ojos como esplorando si debia interrumpir ó continuar su trova, la dijo lleno de agitacion.

—Sigue hasta concluir.

Juana obedeció sonriendo con voluptuoso abandono.

Yo humilde villana
y él noble doncel,
qué suerte me espera
vislumbrar no sé;
mas labre mi dicha,
colme mi dolor...
yo acato sus leyes
cual leyes de Dios.

La protejida de su alteza el archiduque se acercó al sofá en que hallábase sentado Federico: dejó su laud en una silla próxima, y tomando entre sus pequeñas manos la cabeza de aquella gallarda adolescente imprimió un ósculo en las ondas de su profusa cabellera.

—Mi valiente defensor (le dijo instalándose cerca de él, y rodeando con su brazo desnudo el cuello del paje), estoy pagada de tu tardanza: me juzgas embellecida por mi antiguo traje de artista de salones; y te recreas en recordar mi vida pasada... ¿Nunca me viste en casa de Aremberg, de Horu, de Egmon, de Friburgo, ni Holsteinbach?

—Nunca, niña mia. Paje favorito de su alteza, no puede estar un momento sin mí; ni permite que asista á saraos á que no concurre.

—Te ama el archiduque... Eso prueba que tiene talento: conoce lo bueno, lo noble y generoso de tu ánimo, y te hace justicia; porque eres digno de que todos te amen, Federico; mi brillante cortesano; mi dulce amigo; mi tierno amante.

—¡Divina criatura!..

—Por supuesto que necesito toda la fé de mi corazon para ahogar las dudas terribles, que de contínuo me asaltan.

—¡Dudas!

—Sí por cierto, caballero mio. ¿No quereis que dude de vuestra fidelidad, sabiendo que haceis un importante papel en esa córte; donde asisten damas tan galanas y tan peligrosas, cual he oido decir, no recuerdo dónde ni á quién?

—¡Sospechar de mí! ¡único encanto de mi vida!

—Sospechar, no; pero no puedo defenderme de algunos accesos de desconfianza, que me mortifican horriblemente.

—¡Pobre Juana!

—Yo pienso algunas veces que la sonrisa de una de esas altas mugeres debe seducir, que al verte tan bizarro, tan cumplido, te consagrarán una mirada cariñosa, y en la fascinacion del momento, quizá olvides á la retraida muchacha, que pasa los dias embebida en tu memoria y llamando

á la amiga noche que te conduce á su retiro, á favor de la densidad de sus sombras.

—¡Qué locura! ¿Dónde hallára felicidad parecida á la que disfruto á tu lado?

—¿De veras, Federico, de veras? preguntó Juana con ansiosa idquisicion.

—Te lo juro por el cielo compendiado en tus ojos.

La Cantadora puso una mano sobre su corazon palpitante con fuerza tal, que parecia cercano á romper la cárcel del pecho.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! (esclamó la jóven adorable en la espresion de su gratitud, en la espansion de su ventura) En estos momentos debia sorprender la muerte á los humanos.

—Juana, (repuso con afan el mancebo) ¿correspondes á mi amor?

—¡Pregunta que si le amo! No, Federico; no es amor lo que siento por tí: es algo mas que amor y poco menos que culto.

—¡Hechizo de mi alma!

—¡Y cómo no amarte, Federico mio! En mis dias de luto y duelo apareces tú como un ángel de la guarda, multiplicando favores y agoviándome con deudas que no reconocen paga con el sacrificio de toda mi sangre...

—Exajeras, mi bien.

—No por cierto; yo tengo razon en decir que la Providencia se me ha hecho sensible por tu intermision, bendecida en mis acerbos pesares para trocarlo en plácida alegría.

—Basta, Juana; tus ponderaciones me avergüenzan.

—Déjame que recuerde tus jenerosas acciones porque asi me confirmo en mis propósitos de ciega adscripcion á tu destino.

—En hora buena.

—Una noche se me detiene al volver á mi casa por un feroz apasionado que furioso de mis desdenes recurre al rapto como medio de venganza...

—¿Quién era aquel hombre?

—Un miserable.

—¿Pero le conociste?

—Sí.

—Te pregunté quién fuese, y entonces me aseguraste no le conocias...

—¿Y tenia un estraño el derecho de saber mi secreto?

—Es verdad.

—Un espadachin, el valenton Mal-alma, proteje al robador, guardándole de un ataque repentino... El cielo parecia abandonarme al poder de aquellos forajidos... Ya me retenia el infame entre sus brazos casi privada de aliento... cuando apareces tú... Tú y Edgardo tu camarada.... al socorro de una muger que pide auxilio; de una muger que podia ser una aventurera, maltratada por gentes de su especie; una... qué sé yo...

—No, hermosa mia (se apresuró á interrumpir el mancebo). Cien veces te he dicho qne fuí á la catedral, curioso de conocer tu belleza, que tanto me celebraban; que tu vista hizo un efecto estraordinario en mí, y concluida la ceremonia me aposté en compañía de Edgardo á la puerta esterior de la sacristia de la capilla archiducal, con objeto de seguirte y averiguar tu residencia; que á respetuosa distancia fuimos escoltándote; que en la encrucijada te perdimos de vista, y dudosos del camino que habrias tomado, íbamos ya á volvernos sin cumplir nuestras intenciones, cuando tus gritos nos hicieron comprender tu direccion y un peligro que te arrancaba aquellas esclamaciones en demanda de favor.

—Me parece verte aun (replicó la prohijada de Nenní con júbilo). La espada teñida en sangre; pálido de cansancio y emocion; la voz alterada por la fatiga; pero dulcemente acariciadora cuando me dirijias preguntas llenas de interés....

—¡Tesoro mio!

—Yo te miraba aterrada y al mismo tiempo rendida al

encanto de tu fiera belleza. Sí: aterrada porque habias peleado cuerpo á cuerpo con Mal-alma y le habiais hecho morder el polvo...

—¿Tú conocias á Mal-alma?

—De reputacion y de vista. Sabia que era un antiguo maestro de esgrima sumamente versado en el manejo de las armas. Un desalmado duelista, que no habia encontrado rival en sus lances. Un mónstruo que ponia á merced de quien mejor le pagara su brazo diestro y su brutal valor...

—Dios le haya perdonado, repuso Federico con eco solemne.

—Y no podia separar mis ojos de tí en todo el tiempo que duró la escolta hasta mi casa. El respeto que me manifestabas, son tan pocos los hombres de tu clase que le consagran á las plebeyas, que involuntariamente rebosaban de mis párpados lágrimas de enternecimiento.

—Continúa, Juana.

—Tentada estuve de besar tu mano valerosa, que habia castigado al temible cómplice de mi raptor. Hasta me detuve para espresarte mi reconocimiento; pero me impusiste y callé...

—¡Te impuse!

—Es que tienes un aire de altivez real, un continente magestuoso, que inspiran sumision y subyugan como la presencia de un monarca.

—¡Visionaria!

—Te lo aseguro, Federico mio. Al lado del archiduque, y con iguales trajes, te tomarian por su alteza.

—Tu no conoces al archiduque Cárlos...

—Pero es imposible, que tenga un desplante tan garboso, tan bizarra apostura: traza tan señorial como tu.

—¡Loca!

—¡Oh! ¡qué deslumbrador estarias con su corona de piedras sin precio, su manto azul armiñado, su cetro y su armadura de acero y plata.

—¿Me amarias mas aun si yo fuese archiduque?

—No, entonces no te amaria.

—¿Y por qué?

—Porque un soberano está demasiado sobre los demas hombres para creer que se le ama por sí solo...

—Es verdad.

—Tiene mil razones para figurarse que la muger que merece sus solicitudes adora en él la idea de la escelsa supremacía; que satisface la pasion del orgullo, igualándose al ídolo de un reino, viendo de hinojos á sus pies al que hace bajar todas las cabezas, y doblar todas las rodillas con presentarse.

—Verdad.

—La que le ama por su persona y no por su rango, nunca debe estar tranquila, porque supondrá en la mente de su augusto amante la sospecha de otro interés que el del corazon, y esto destruirá la confianza, base de las relaciones amorosas. El vulgo profanará con su asquerosa maledicencia, la santidad de una pasion pura y noble; y la calumnia envenenará cuanto hubiese de grato en la amistad de la desigual pareja.

—Es tristemente positivo.

—Y ademas (prosiguió Juana con melancolía), que un rey paga bien caro los fueros de su esplendente dominacion; su persona pertenece á los intereses del estado: su mano es frecuentemente gaje de una necesaria alianza, de una deseada paz; sus relaciones de amor llegan á causar escándalo, y la odiosidad popular carga sobre la favorita, acusándola de cuantos desaciertos se cometen, de cuantos desórdenes suceden, hasta de las catástrofes que reconocen causas estrañas: las inoportunidades gubernativas son obra de la querida real; los rebeldes se dicen enemigos de la hembra artificiosa que embauca y prostituye al soberano: la peste, la guerra, el hambre, son para la multitud azotes divinos descargados sobre el pais que tiraniza la torpe manceba de un iluso monarca.

—Juana (esclamó Federico sobrecojido de admiracion), ¿quién te ha esplicado esa série de ideas?

—Nadie. Mi corazon siente, mi razon comprende, y mi lengua esplica cosas que tal vez carezcan de verdad; cosas que nunca sucedieron, ni quizá puedan acontecer.

—¡Oh! No: al contrario; pero sigue hasta finalizar tu anterior pensamiento.

—¡Ah! sí. Hay otra razon para que los amores de un príncipe no procuren mas que acerbos disgustos á la favorita; contando siempre con que sea muger de corazon y de alma recta...

—Por supuesto.

—Un rey se debe á los estados que rije, y cifran en él sus esperanzas, radican en él sus aspiraciones, y refieren á su imperio la tranquilidad, los prósperos adelantos, y el engrandecimiento de la monarquía, y ¿no temerá la dama régia absorver una atencion requerida por tantos y tan supremos asuntos?

—Eres incomparable, preciosa criatura.

—Si las duras necesidades del estado traen consigo la guerra, figúrate Federico mio, los cuidados incesantes de aquella muger que se agita en las crueles incertidumbres de dos caros destinos: el de la augusta persona que la dedica sus holocaustos; el de la patria, siempre amada por sus buenos hijos.

El paje de su alteza archiducal no puede contener sus emociones. Rodeó el talle de la Cantadora con sus brazos y estampó un ardiente beso en aquellas rosadas mejillas.

—Sigue, sigue, repitió con avidez.

—Y cuando llegue la hora de que el celibato real sea objeto de las murmuraciones de vasallos que vinculan sus garantias para el porvenir en unas nupcias, que al par fortifiquen los intereses políticos con alianzas de familia poderosa, y den sucesion directa á la corona, aquella hora es la hora del reo de muerte para la desventurada favorita...

—Tienes razon, dijo el mancebo estremeciéndose.

—Porque en aquella hora es de su deber inmolarse á lá felicidad de los pueblos, á la grandeza de su egregio galan.

Y ha de resistir los votos imprudentes del príncipe que se rebela contra el destino que el imponen las conveniencias públicas. Y ha de hablar contra sus propios derechos en nombre de la dignidad de la gerarquia; recordando las sagradas obligaciones del rango y los derechos de los súbditos, y ha de mostrarse firme y resoluta para quitar toda esperanza en lo sucesivo; para hacer entender á el enamorado que hay demasiada elevacion en el alma para variar de dictámen, una vez adoptada tan honrosa línea de conducta.

—¡Cuántos tesoros oculta tu inteligencia, bien mio!

—Y una vez ligado el monarca con los sacrosantos vínculos del himeneo, fuera culpable un suspiro escapado al opreso corazon, que le revelara las torturas de una pasion reprimida, porque es un crímen imperdonable robar á la esposa sus lejítimas caricias, y fuera la mas negra indignidad arrastrar al hombre, á cuya grandeza se sacrificaron los sentimientos mas dulces, á los placeres adúlteros.

—Basta, mi encanto. ¡A qué analizar esa tétrica idea! Afortunadamente yo no soy mas que un simple caballero; paje favorito del archiduque nuestro señor.

—Aun demasiado para mí.

—¡Qué dices Juana!

—Aun demasiado para mí, lo repito (continuó la jóven entrelazando sus brazos en torno del cuello de su amante con un movimiento apasionado). Yo pienso algunas veces que si no fueras un gentil-hombre, un hijo de gloriosa estirpe....

—¿Me querrias mas?

—No: te querria lo mismo; pero seria mas franca en demostrarte la inmensidad de mi afecto.

—¡Niña querida!

—Si fueses un huérfano como yo; un artista; un trovador pobre; pero inspirado como era Nenní, mi padre.... si no tuvieses familia á quien sacrificar tus amores y fuésemos libres como lo son las avecillas del cielo...

—¡Oh! entonces...

—Entonces en lugar de unas breves horas durante la noche pasariamos juntos el dia, ocupados en componer sentidas trovas, y arreglarlas á una música suave y lánguida como un arrullo de tórtola... Ganariamos nuestro pan recorriendo Alemania, Francia, Inglaterra y la Italia; allí donde tánto estiman á los trovadores... Yo y tú adelantariamos mas que ninguno; porque juntos estudiariamos, y en cuanto á la espresion ¿quién cantaria con mas fuego las endechas amorosas que nosotros? nosotros que hariamos de la música un eco del alma, impregnado de abrasadoras emociones.....

—¡Oh! ¡qué vida! el Paraiso, Juana.

—Dices bien, el Paraiso. Jóvenes y de simpática figura llamariamos la atencion por nuestros dotes artísticos y por nuestro amor exaltado. Yo no miraria á ningun circunstante por no suscitar en ti el menor movimiento celoso, y tú prescindirias de corresponder á las miradas de las damas ilustres por no robar un solo pensamiento á tu enamorada trovadora.

—Juana (esclamó Federico enardecido). Eres una ilusion del cielo.

—¡Federico mio! Qué bello estarias con el traje de trovador, tal como le llevan en Francia! Porque eres hermoso como pintan á San Juan el Evanjelista; de una hermosura melancólicamente grave...

El favorito de su alteza, cayó á los pies de la Cantadora abarcando con los brazos su breve cintura, y mirándola con inflamadas pupilas.

—Me figuro verte con el birretillo grana ladeado, de cuyo broche sale una garzota de pluma de cisne... con el capote de anchas mangas forrado de fina piel... los lujosos gregüescos, de bufos carmesies sobresaliendo del fondo blanco... el collar de oro, y el laud pendiente de los hombros por una cadenilla de plata.

—¿Por qué no es realizable tan halagüeña ilusion?

—¡Ah! ¿Por qué? repitió Juana suspirando.

—Entonces pudiera llamarte mia á la faz del mundo.

—¡Qué felicidad! (esclamó la trovadora con indecible júbilo). Entonces no pasara yo dias solitarios, vagando por las alamedas del parque sombrío, donde me refugio á pensar en ti en absoluto aislamiento...

—Recorreriamos la Europa en sabrosa compañia...

—Los dias destinados á estudiar, al adelanto en el arte, á la composicion de nuevas cantatas, al ensayo de los aires con que deberiamos escitar el entusiasmo en saraos y conciertos.

—Las noches...

—Las noches, repuso Juana, (con encantadora volubilidad) consagradas á lucir nuestros talentos, el uno al lado del otro, en las primeras casas de cada ciudad y ante lo mas noble y florido de la poblacion...

—Y despues....

—Despues de recojer entre aplausos el fruto de nuestras tareas, el precio de nuestra habilidad, volveriamos al seno de nuestros hogares á la obscuridad y al misterio que sirven de aureola al amor...

—Entonces no rehusarias ningun sacrificio á mi ternura.

Juana miró á su amante con estrañeza.

Federico prosiguió con creciente afan:

—No habria prueba de amor que me fuese negada.

—¿Y qué prueba, qué sacrificio te he negado jamás?

—¿Pero si lo exijiese todo...?

—Yo no sé lo que puedes exijir; pero sé que nada puedo rehusarte.

—Nada, Juana. ¡Nada, ídolo de mi corazon!

—Nada, Federico.

El adolescente en el delirio de su pasion, á tanta costa contenida, tomó asiento en el sofá, y apoderándose de la huérfana que no oponia la resistencia mas leve, la colocó sobre sus rodillas, besando sus manos en el transporte de su ardiente cariño, y devorando las gracias de aquella seductora criatura con mirada incandescente.

—¡Juana! (repitió Federico aun luchando con la tentacion poderosa) ¡nada niegas á mi afecto!

—Tu esclava soy, mi corazon es tuyo.

—¡Oh Dios mio! (esclamó el mancebo sintiendo débil su razon). ¡Profanar su inocencia!

La Cantadora, poseida de un desvanecimiento de los sentidos, reclinó la cabeza en el hombro del paje. . . . .
. . . .
. . . .

Federico al salir de la aislada casita encontro á Edgardo que le aguardaba.

—Ola (dijo el travieso pajecillo). Parece que se adelanta, cuando se tarda.

—Edgardo (respondió Federico). El amado ya es amante.

V.

El juramento.

Los hechos de que vamos á dar cuenta en este capítulo se refieren al postrer dia de agosto de 1517, y tienen por teatro la novilísima ciudad de Bruselas, residencia del archiduque, rey de España.

Todos los personajes de la poblacion han concurrido al besamanos de la despedida: pues en el próximo setiembre debe embarcarse don Cárlos para ir á tomar posesion de la Península ibérica.

En una antesala, cuyo destino es servir de salon de descanso para la servidumbre archiducal, conversan varias personas de la mayor importancia en la corte, y solo falta Guillermo de Croy, señor de Chievres, para completar el número de los primeros allegados al jóven soberano flamenco: D. Luis de Cordoba; D. Alonso Manrique, obispo de Badajoz ascendido ya á la silla cordobesa; el maestro Mota, electo obispo de Badajoz en la misma fecha que Adriano de Utrech, dean de Lovaina, fué nombrado para el episcopado tortosino: el veterano conde de Nassan: el valiente Rudolstad; Pietra-Santa; Monte-Leone; Juan Salvagio, canciller mayor; Lorenzo

Borrébot, gobernador de Bressa, elevado á la mayordomía mayor del archiduque; el caballerizo mayor, Juan de Lanoy; Lajao, y el anciano montero Herman Stolk, criado de íntima confianza de Felipe el Hermoso, y hombre de la mas señalada estimacion de su alteza por la virtud severa, la lealtad y desinterés de su ánimo.

—Lista de los que han recibido la órden de embarque, dijo el canciller mayor Juan Salvagio.

—*Nos Ildefonsus Manriquus, gratia Dei et Pontificia regiaque, auctoritatibus Episcopus Cordubensis,* replicó don Alonso Manrique como pudiera encabezar una pastoral á los fieles de su diócesis.

—*Nos quo que,* es decir yo tambien, añadió su ilustrísima de Badajoz.

—Dos, contó Salvagio.

—Yo.

—Y yo.

—La repuesta es inútil, señores Borrebot y Lanoy: no me dirijo á los empleados de la casa real, sino á los no inclusos en la servidumbre.

—Yo he recibido la órden ayer, replicó Pietra-Santa.

—En la mañana de hoy se me comunicó, repuso Monte-Leone.

—Esta misma tarde se ha dignado su alteza prevenirme disponga lo conveniente para asociarme á la comitiva, respondió Lajao.

—¿Y nos favorece el señor Córdoba sirviéndose decirnos si ha recibido igual invitacion de su alteza? preguntó el canciller con acento meloso.

—¡Y para qué! (contestó el castellano) su alteza sabe que yo vine por anticiparme á la honra de conocerle, antes de que pensara visitar sus dominios de España. Ahora que deja los Paises-Bajos, es natural que me restituya á mi patria en seguimiento del astro, que me adelanté á admirar.

—Sí; pero vos ignorais tal vez que á las órdenes de embarque acompaña una cédula espresiva del número que á cada

cual corresponde para su alojamiento en los buques; del nombre de la nao en que ha de colocar sus equipajes, y de la clase de servidores que se le permiten á bordo.

—Mi número es el veinte, espresó Pietra–Santa.

—En la urca *Tempestad* se me preceptúa consignar mis equipajes, agregó el caballero Monte–Leone.

—A mí se me permite un capellan, y un ayuda de cámara, manifestó el reciente obispo de Badajoz.

—Con que si no os han dado la órden, señor de Córdoba...

—No os inquieteis, señor Salvagio. Su alteza, harto benevolente conmigo no me dejará sin un hueco en sus naves: prueba de ello que antes de ayer me dijo lleno de afectuosa bondad=Córdoba, ponte bien con Dios, porque segun todos los marinos la estacion es pésima para nuestra espedicion á España.

—*Dómine, salvos, nos fac,* esclamó consternado el nuevo pastor Cordobés.

—Ya veis (prosiguió don Luis) que no entrará en los cálculos de su alteza serenísima dejarme en tierra de Flandes, ni cabe en su atencion soberana precisarme á los gastos de un flete para mí solo.

—Sin duda; pero un olvido de nuestro señor basta para que se os coloque á última hora en lugar inconveniente á vuestro rango y posicion en la corte.

—Me remito á lo que su alteza disponga.

—Francamente, señor don Luis (dijo el mayordomo mayor Borrebot) su alteza ha hecho despachar por la mayordomía de mi cargo las cédulas dirijidas á los señores que deben formar parte del ilustre acompañamiento; esceptuando los oficiales de la casa real, que reciben la órden directamente del serenísimo príncipe...

—Cabal; (apoyó Salvagio) y como quiera que no tengamos el honor de contaros en el número de los oficiales de la real casa, y en el concepto de agregado á la comitiva no figurais en la nómina pasada á la mayordomía, de aqui nuestra inda-

gacion, que podrá pareceros indiscreta, pero que lleva un noble fin.

—Le agradezco, aunque no le conozca, respondió el hijo del conde de Cabra, inclinándose lijeramente y sonriendo con malicia.

—Si conceptuarais útil un recuerdo á su alteza.... estoy pronto á....

—Gracias, señor Borrebot. Soy de esa clase de hombres, que si han de prosperar por favores y patrocinios prefieren la miseria.

—Orgulloso como un castellano. Bien dice el proverbio, repuso el gobernador de Bressa.

—Con mas franqueza aun, señor don Luis, (añadió el canciller) se dice que habeis debido á la generosidad del soberano cierto importante empleo.

—¡Con que se ha dicho así! replicó socarronamente el noble andaluz.

—Nos lo han asegurado, insistió el mayordomo.

—¡Vaya! ¿Y teneis la complacencia de participarnos el destino que su alteza serenísima os confiere?

—Así se preguntan las cosas señor canciller.

—¡Cómo!

—Desde que vuestra gracia comenzó por interrogarme acerca de si se me habia invitado á la espedicion comprendí el móvil de la pregunta; pero tengo la mania de querer que se aborden las cuestiones sin dobleces, ni rodeos, con una entera libertad....

—Creed que nosotros....

—Es un capricho, señores; (interrumpió don Luis) me repugna que se me procure hacer hablar, como se practica con los muchachos y las viejas á quienes basta con insinuar un punto, que se desee saber para que eharlen cuanto se quiera, y algo mas....

—Esto humilla...

—No llevamos la intencion de ofenderos en lo mas mínimo.

—Tal lo concibo. Asi pues, hice el reacio á las indicaciones, hasta que el digno señor canciller se ha servido conducir el asunto por sus trámites naturales. Es mas sencillo, mas correspondiente entrar de lleno en toda clase de cuestiones, como su gracia lo ha verificado.—¿Qué empleo os concede su alteza, don Luis?—Su camarero mayor.

—Mil veces enhorabuena.

—No pudiera nuestro señor conferir tal gracia á mas digna persona.

—Ya veis, señores (continuó el bizarro Córdoba) que con una sola contestacion queda satisfecho ese cúmulo de inquisitivas indirectas, anteriores á la pregunta del caso: porque claro es que el camarero mayor tiene el número dos en el órden de alojamiento; se le admite el equipo conveniente en el buque principal, y el resto de equipaje en la primera nave de carga, y se le conceden cuatro criados, un escudero, dos pajes y un mozo.

—Gracias por tan corteses instrucciones, replicó Borrebot amostazado.

—¿Y el señor Rudolstad siente mucho la ida á España de su alteza?

—No por cierto (esclamó el austriaco). Me congratulo infinitamente de ella; porque estoy en la creencia de que solo semejante medida puede atajar los males que se empiezan á esperimentar en aquellos reinos.

—Continúa la oposicion de Valladolid á la ordenanza del cardenal Jimenez y la resistencia de aquella noble y preciada villa estimula la insurreccion de Avila, Toledo y Segovia.

—Estais mal informado, señor canciller (opuso don Luis). Los vallesolitanos no se encuentran en pugna con su eminencia. Segun se les mandó en carta real han depuesto las armas, suprimido las cuadrillas y rondas, y levantado las sisas é imposiciones. Todo ha vuelto al ser y estado que tenia antes de la ordenanza, ocasion del descontento, y el cardenal hallándose en Torrelaguna, ha otorgado carta

de privilegio por la que concede á la villa síndicos del comun y procuradores generales, como la espidió á Búrgos don Alonso Onceno, de feliz memoria.

—¿Y sabeis si el pleito sobre el priorato de San Juan se arregló tan pacíficamente? interrogó Borrebot con fingido interés.

—Sí, sí, (añadió Salvagio secundando la intencion maligna) vos que estais tan al corriente de lo que pasa por allá ¿nada podeis noticiarnos acerca de esa famosa contienda entre don Antonio de Zúñiga, hermano del duque de Bejar, y don Diego de Toledo, hijo del duque de Alba?

—Muy poca cosa alcanzo de ese pleito. Con fecha quince de enero de este año de gracia 1517 se remitió despacho del consejo al cardenal previniendo á su eminencia que gestionara para que don Diego y su padre cediesen bien á bien el priorato en cuestion á don Antonio, y en último estremo despachase mandamiento de ejecucion de las sentencias y ejecutorias de la corte romana...

—Eso es lo que todos sabemos, adujo Pietra-Santa.

—Pues nada hay decidido en cuanto á la razon del litijio.

—Esplicaos, don Luis.

—El rey nuestro señor y su santidad favorecen á Zúñiga, pero en Rodas se tiene por prior á *Toledo*, y los San Juanistas solo á él obedecen como á superior inmediato...

—Pero ¿y la obediencia á los decretos de su santidad y alteza?

—Señor Borrebot, (contestó el canciller) la obediencia al papa y al rey de los señores. *Toledo*, consiste en ponerse en defensa contra el cardenal rejente; y alzar pendon contra los jefes de la Iglesia y del estado.

—¡Qué osadia!

—Asi os lo puedo mostrar en cartas, debidas á la pluma de personas fidedignas.

—¿Y esas personas fidedignas (preguntó con enojo Córdoba) por qué os han dejado de escribir que el capitan An-

drade marchó por órden del cardenal—ministro contra la villa de Consuegra, donde se decian enviados caudillo y tropas del duque de Alba, y entró en la villa sin hallar nada de lo que sin razon se aseguró?

—Porque no será tan cierto lo que decís como lo que yo he dicho.

—Lo que acabo de esponer se me refiere en carta de mi señor padre, el conde de Cabra, y es tan positivo como que hay muchos españoles, hez y escoria de su pais, empeñados en desacreditar á los primeros hombres de aquellas tierras.

—No os incomodeis tanto, señor de Córdoba, (replicó Lajao con su sarcasmo habitual) y sobre todo no lanceis amargas acusaciones que os atraigan odiosidades temibles.

—Yo no agradezco los consejos que no pido, respondió con altivez el fogoso Córdoba.

—*Dar buen consejo al que lo ha de menester,* dice la doctrina, (repuso Lajao) no al que lo demanda.

—Pues yo repito...

—Señores, (esclamó Nassan con voz tonante) estais en palacio. ¡Rayo del cielo!

—*Pax domini semper noviscum,* aumentó el reverendísimo, elevado á la silla de Badajoz.

En esto entraron don Juan Manuel y don Diego de Guevara.

Don Juan Manuel se dirijió á Nassan y Guevara á Rudolstad.

—Señor conde, ¿con que han sido infructuosas las súplicas de su alteza á decidiros á la partida para España?

—Con harto sentimiento me he negado á ellas, señor don Juan; bien lo sabe Dios; pero me es imposible acceder al augusto deseo. Vuelvo al Austria.

—Mi escelente amigo (dijo don Diego á Rudolstad) rehusais ver nuestro hermoso pais...

—¿Qué os ha hecho la España para que repugneis un

viaje á que nuestro serenísimo señor os invitara tan repetidamente?

—Creed señor don Diego, que solo causas poderosas me imposibilitan aceptar las lisonjeras invitaciones del glorioso archiduque; pero es urjente mi presencia en Viena y parto á donde me llama mi principal deber: servir al emperador.

—Respeto las razones que apoyen vuestra sensible negativa; (insistió don Juan Manuel) pero estad seguro de que los señores de España informados de vuestras prendas y condicion tendrán un verdadero sentimiento en no conocer al digno conde de Nassan, representante de su majestad Cesárea cerca de su escelso nieto, á quien su alteza suele dar el título de padre tan merecidamente.

—Acato vuestros motivos, señor Rudolstad (terminó Guevara con afectuoso tono) pero debo haceros manifiesto mi disgusto por ver privado á su alteza serenísima de un consejero, que tan cumplidamente llena los deberes de su honroso encargo.

—¡Sangre de un pagano! (esclamó Nassan). Soy un necio, un necio ridículo; lo conozco. Yo no sé por qué mil lejiones de demonios no podia figurarme que llegase este dia que encierra para mí la mas cruel de las desgracias. Cuando su alteza quedó huérfano de padre, el César invicto, Maximiliano de Austria, mi camarada de combates, mi amigo mas que mi señor, me llamó á su cámara.—«Alfonso (me dijo con las lágrimas corriendo por sus mejillas) mi hermoso hijo; mi Felipe; el mas apuesto príncipe de la cristiandad, ha muerto.—¡Truenos y rayos! (contesté yo) Si la muerte tuviese lo mismo con mi cuerpo que con otro ya estaba yo rescatando á vuestro gentil y malogrado Felipe—Queda mi nieto Cárlos en lugar suyo en mi corazon y en en el trono de Flandes. Quiero presidir á la educacion de ese niño querido; colocar á su lado una persona que le instruya en lo que yo pudiese hacerlo; una persona que me represente; que vele por él; que sea un reflejo de la

especie de providencia, que sobre él me corresponde como su abuelo; que le hable de continuo de mí; le acostumbre á la idea de mi afecto, y sirva de intérprete á la ternura que yo no puedo espresarle. Al efecto te escojo Nassan. Ninguno como tú para mi propósito.—Señor.—Yo te lo exijo como amigo: te lo mando como rey.—Aceptado ¡alma de belcebú! Contad conmigo, y ya sabe vuestra imperial majestad que mi palabra vale la fé de un hombre de honor. —Prometí y vine en cumplimiento de mi promesa á instalarme cerca del niño, cuya guarda cariñosa se me habia encomendado. Bastaba que el emperador, mi dueño, me hubiese trazado su plan para que yo no pensara en otra cosa que en secundar sus augustos fines. Soy torpe para todo lo que no sea de mi oficio; mandar tropas y batirme en frente de filas hasta que cejen los contrarios ó hasta que me den la órden de retroceder; pero no ocupándome mas que en cumplir la sagrada voluntad de mi amo, consagré todas mis horas al estudio de cuantos medios podian captarme el aprecio de su alteza archiducal, y sin vanagloria, señores, me parece haber triunfado en la empresa.

—Cuanto el escelso emperador se prometiera habeis conseguido sobradamente.

—Harto os ha demostrado su majestad imperial la satisfaccion grandisima por vuestros servicios cerca de su nieto en la revista que se dignó hacernos al principio de este año.

—Nada mas lisonjero que lo que de vos dijo á los príncipes electores, que vinieron en su compañia á Bruselas.

—He tenido la necesidad de figurarme que ninguna circunstancia me habia de separar de ese real niño, á quien amo como si fuese hijo mio: porque yo viejo soldado, duro como mi coraza; sin parientes remotos ni próximos; el postrero de mi estirpe; he depositado en él mis dos únicos afectos en la tierra: mi amistad por el intrépido emperador, mi compañero de armas, y mis recuerdos de aquel Cárlos de Nassan, mi segundo hermano, que murió en Bohemia á los diez y seis años de edad, defendiendo de los turcos la

bandera del imperio, y cayendo envuelto en sus pliegues.

Dos lágrimas surcaron las rugosas mejillas del anciano conde, que añadió con profundo sentimiento:

—Mil venablos me traspasen si me habia ocurrido jamás la idea de una separacion tan costosa. Y es fuerza ser un avestruz de mi especie para que con tantos motivos de caer en ello, nunca, ¡cuerpo de un buitre! nunca haya imaginado que llegaria un momento en que la jóven águila tendiese sus alas robustas para dejar el nido en que se la crió; y perder de vista la roca donde quedan los que ya no pueden volar, ¡sangre y fuego!

—Pero su alteza os ha rogado con la mas honorífica vehemencia que le acompañáseis á España.

—Es verdad, señor don Diego (respondió Nassan tristemente, pero es el caso que no puedo, aunque quisiera, acompañarle. ¡Esterminio y condenacion!

—Aun sois robusto, señor conde, y capaz de soportar las penalidades de la travesía marina.

—El clima de España es en sumo grado benigno, y vuestra naturaleza se acomodará á él con estrema facilidad.

—Tengo la misma edad que su magestad imperial; setenta y un años; pero me siento con brios, no digo yo para una navegacion á España, sino para las espediciones al Nuevo mundo, poseido por nuestro señor el archiduque. No hay clima que me arredre; ni por frijido ni por caluroso... mas no obstante todo esto, veré partir con el alma despedazada al ilustre adolescente, y tornaré á la corte de mi soberano á lamentar mi soledad; porque ¡fuego de Dios! no hay maldita la diferencia entre mí lejos del jóven monarca, y un perro que ha perdido al dueño que constantemente seguia á todas partes.

—Permitidme que os diga (objetó el canciller Salvagio con la inflexion de voz mas agasajadora) que será muy estrañable para los españoles la falta de los consejeros de Austria al lado de su alteza serenísima.

Nassan que odiaba de muerte al canciller, le fijó por toda

respuesta una mirada en que se traducia todo el encono de los naturales francos y notablemente ingénuos contra los caractéres falaces y pérfidos.

Rudolstad que despreciaba á Salvagio por el tráfico escandaloso que hacia de su influencia, y las torpes venalidades con que desacreditaba la administracion, lastimosamente cometida á su cuidado, se contentó con responder:

—Demasiada comitiva lleva su alteza para que los españoles echen de menos á seis individuos, que convencidos de que cada pais tiene hombres eminentes de sobra que ofrecer al ausilio del gobierno de sus reyes, rehusan sus cargos por no creerse indispensables; por no escitar malquerencias como estrangeros, y por descansar de árduas tareas, sin pensamiento de galardon para lo futuro.

El canciller se mordió los labios en su despecho.

El viejo conde dió las gracias á Rudolstad por su contestacion, con un movimiento aprobatorio de los mas espresivos.

La puerta de la cámara archiducal se abrió súbitamente, y el travieso paje, Edgardo Andersong, salió de ella con semblante melancólico.

—Señor conde de Nassan, el serenísimo señor archiduque me manda llamar á vuestra gracia, dijo con voz que en vano procuraba esforzarse por parecer serena.

—Soy con su alteza al momento.

—Señores, (continuó el entristecido paje en tono oficial) nuestro glorioso señor me previene deciros de su parte que mañana á las siete en punto debe ponerse en camino.

—Dios le haga venturoso y próspero, contestó el obispo de Córdoba.

—*Amen,* repuso el de Badajoz.

Edgardo saludó, desapareciendo por cierta puertecilla lateral, disimulada por un tapiz de ese mérito que la Europa admiraba; pagando á peso de oro á la industriosa Flandes.

Nassan se dirijió á la cámara archiducal.

Rudolstad hizo un signo amigable de despedida á don

Juan Manuel, Guevara, Córdoba y Lajao, y bajando la cabeza ceremoniosamente á los flamencos, reunidos en el alfeizar de una ventana, salió del salon.

Tras él y al poco tiempo evacuaron la antesala los ilustrísimos en compañía de Lajao, en gran manera afecto á don Alonso Manrique.

Pietra-Santa y Monte-Leone, notando que Borrebot, Salvagio y Lanoy, se habian congregado como queda dicho, y por otra parte don Júan, don Diego y don Luis, se agrupaban al estremo opuesto de la estancia, emprendiendo recatada conversacion, cambiaron un signo de inteligencia y evacuaron el aposento.



Fuera de las dos reuniones, hispana la una, flamenca la otra, solo restaba un personaje aislado en mitad del salon de descanso: Herman Stolk.

Herman Stolk, anciano melancólico, que jamás profería una palabra entre los grandes señores de la córte; quie-

nes atento al señalado favor que con don Cárlos gozaba tratábanle al par de Chievres el ayo del príncipe, y de Nassan representante de la providencia paternal de Maximiliano primero cerca del archiduque de Austria, su digno nieto.

Herman Stolk, que fué para el emperador Maximiliano en esos simulacros de la guerra, las monterías, lo que Astolfo Maximino de Nassan en las batallas; un infatigable compañero; un camarada leal; que pasó al servicio del hermoso Felipe, adquiriendo la confianza completa de su nuevo señor, y á la muerte de el esposo de Juana de Castilla fué incorporado á la servidumbre de don Cárlos en calidad de jefe de los trenes de caza; empleo en que no podian escederle ni *Conrado Van-Rat*, ni *Guillermo Van-Greissen*, capitanes de batida de su majestad Cesárea.

Herman Stolk, arrogante hijo de la naturaleza, cuya hermosura y típicas formas de hombre de rudas labores y ejercicios violentos, de fuerza y habilidad habian resistido al peso de los años; representando apenas cincuenta el que contaba setenta y seis.

Herman Stolk que desde la muerte de Felipe de Austria no habia tornado á sonreir; mostrándose sombrío y taciturno; pasando largas horas en abstraccion pesarosa, y en el hosco silencio de las personas preocupadas por acerbos dolores recónditos en el fondo del alma, parecia estraño á la sociedad de que formaba parte; por lo que se conversaba sin contar con él, y no habia inconveniente en prescindir de su presencia para tratar en corrillos negocios de cierto carácter, dejándole completamente aislado.

—Señores, (dijo don Luis á sus compatricios Guevara y Manuel) ¿sabeis lo que me escribe el conde, mi padre, con la reserva conveniente?

—Veámos.

—El infante y los gobernadores dejan á Madrid para trasladarse á la villa de Aranda de Duero con objeto de esperar aviso de la llegada de su alteza serenísima.

—El cardenal, ¿se ha repuesto de la indisposicion de que

se nos decia atacado en las últimas cartas? preguntó don Juan.

—El cardenal sigue peor cada dia.

—¿Y que auguran de esa dolencia?

—La muerte.

—¡Es posible!

—Señores, (añadió Córdoba con imponente misterio) su eminencia está envenenado. Los flamencos acusan á los rebeldes, y á los enemigos del ministro en el consejo de rejencia. Los españoles atribuyen este crímen á los temores de la ambicion flamenca; si don Cárlos se avistara con el franciscano, y á la resolucion de esos odiosos estrangeros de dominar sin obstáculo y á toda costa el ánimo del jóven monarca.

—¿Pero los síntomas del mal de Jimenez tienen una índole tal que no dejen espacio á dudas?

—Ninguno, señor don Diego. El mismo cardenal rejente lo conoce y de aquí la prisa; las instancias reiteradas; las incesantes comunicaciones á su alteza para que no pierda momento: para que pase á Castilla cuanto mas antes.... Su eminencia se siente morir, y no abandona un punto la idea de ver al soberano, de enterarle de la verdad de sus intereses segun comprende fray Francisco, de frustrar los propósitos de los consejeros de Flandes, cuya influencia reputa fatalisima, y de funestas trascendencias en los negocios de España.

—¡Qué hombre! (repuso don Juan Manuel con admiracion) bien le conocia el rey Católico. Bien dijo al doctor Carvajal que le propuso para rejente=*pronto sabreis su condicion de hierro*.

—Parece (continuó don Luis) que su médico trató de darle á entender que una causa estra-natural producia su padecimiento; valiéndose de esas indicaciones, que hacen decir al advertido lo que no se atreve á espresar el que avisa. El cardenal comprendió á la primera reticencia embarazosa del doctor Avilés.—Me lo habia sospechado (dijo con inalterable calma) pero ¿podré vivir dos, tres meses?—Tal vez mas (replicó pasmado el facultativo) y quizá sanar, eminencia, si. . Nada de esperanzas infundadas (esclamó firmemente fray

Francisco) los que me juzgan de sobra en el mundo no habrán sido tan estólidos que se contenten con una pócima dudosa. El tósigo debe ser lento para evitar el escándalo; seguro para conseguir el objeto.—Habeis acertado, señor, (confirmó tétricamente Avilés) pero el método puede prolongar vuestros dias.—Eso es lo que pido á la misericordia de Dios, y á vuestra ciencia (contestó el cardenal-ministro con alguna animacion), tres meses para prepararme á un dia, á una hora supremos en que yo alcance á besar la mano del rey, y ocupar su atencion soberana... Despues hágase en mí segun la voluntad de Dios.=

—Infamia (esclamó Guevara) soy enemigo particular de Cisneros; pero reconozco la última vileza en ese cobarde asesinato.

—Dios quiera que no nos pese la enemistad con el arzobispo Toledano, murmuró don Juan Manuel que empezaba á penetrar la ingratitud del señor de Chievres y los planes inícuos de los principales flamencos, constituidos en árbitros de la suerte de Castilla y Aragon.

— El cardenal receloso de toda su servidumbre ha tomado el pretesto de visitar el monasterio de Aguilar; rodeándose de religiosos de su propio instituto para garantizarse de la traicion, que sospecha de los que le asisten en palacio.

—Adriano de Utrech, instrumento del señor de Croy, vivia en Madrid con su eminencia, en las casas de don Pedro Laso de Castilla....

—Guevara, (replicó don Juan Manuel rechazando la suposicion de su amigo) de todos los flamencos no hay uno menos capaz de cometer accion semejante que el dean de Lovaina... Es hombre de mansa condicion; de hábitos modestos de saber y de virtud. Pongo las manos en el fuego por su inocencia en la villana alevosía.

—Conozco la injusticia de mi sospecha, señor don Juan; (replicó Guevara) pero en estos aciagos dias que atravesamos se ven tales fenómenos, que no hay virtud al abrigo de la suspicacia.

—El infante don Fernando conspira, dijo don Luis con voz apenas perceptible, y haciendo seña á sus paisanos de aproximarse para mayor sijilo de tan peligrosas comunicaciones.

—¡Qué decís! interrumpió Guevara, sobrecojido de asombro.

—Gonzalo Nuñez de Guzman, comendador de Calatrava, ayo de su alteza, sus sobrinos, los hijos de Ramiro Nuñez; el caballerizo don Suero de Aguila, el aya doña Isabel de Carvajal; su marido Sancho de Aguila y otra gran parte de la servidumbre incitan á don Fernando á seguir correspondencia con algunos grandes del reino, que han menester un nombre que sirva de bandera á sus pretensiones ambiciosas; un nombre que disfrace sus rebeldías; un nombre que suministre pretestos á sus instintos subversivos.

—Pierden miserablemente á su alteza, y comprometen al pais esos mal aconsejadores del infante.

—El marqués de Aguilar (añadió Córdoba) ha puesto á disposicion de Fray Francisco la epístola de su alteza en que se esploraban sus ánimos y harto claramente se le solicitaba para la colaboracion á una empresa próxima, que con toda libertad se le decia encaminada al mejor servicio de Dios y de la patria.

—¿Y su eminencia?

—Su eminencia se personó en la morada del infante pidiéndole una entrevista misteriosa á que el hermano de nuestro señor no tuvo mas recurso que acceder. Largo rato pasaron en secreto diálogo, notando Pevo-Fermonsella, ugier del infante que el cardenal pasaba desde el acento del respeto al de la conminacion, y su alteza del tono de la afabilidad al de la acritud...

—¡Con que ya indispuestos los que parecian tan amigos!

Al salir su eminencia se detuvo en el dintel de la puerta hasta donde le acompañaba el infante, diciéndole con voz firme:—¿Se niega vuestra alteza á todas las proposiciones que por su servicio, el del rey nuestro señor, y el de los reinos, acabo de hacerle?—Ninguna puedo aceptar sin men-

gua de mi decoro, respondió el infante con altivez.—Pues señor, (repuso el cardenal con aire decisivo) suceda lo que Dios quiera, sabré hacer lo que me toca; lo que mi conciencia me dicta; lo que repugna mi corazon; pero Dios y el rey antes que todo.—Obrad como gusteis, (replicó el príncipe con despego) Dejadme obrar como crea conveniente.—Señor, (añadió el primado de España con intencion profunda) plegue á Dios no os arrepintais de ese proceder.

—¡Fuerte es la frase!

—¿Y su alteza?..

—Su alteza (siguió diciendo Córdoba con la misma precaucion temerosa) como es un niño de catorce años...

—¡Un púbero que ambiciona impacientemente..!

—¡Querido de los españoles entre quienes se ha criado..!

—Un niño que al enterarse del testamento del rey Católico, y al leérsele por Carvajal la cláusula en que su alteza serenísima, que paz haya, dejaba las coronas de Aragon y Sicilia á don Cárlos, esclamó dando un suspiro:—¡*Cuatro reinos para uno*!

—Un mancebo que declama contra el derecho de primogenitura...!

—Su alteza como niño sin reserva, al salir de la entrevista con el arzobispo de Toledo se presentó en la cámara donde se hallaba su servidumbre, y sin calcular que si bien una parte de ella le sirve de cómplices...

—Son sus instigadores, señor don Luis.

—Que si cuenta con unos, otros le espian, (continuó Córdoba) y apenas interceptan una palabra sospechosa la comúnican al rejente, dijo estrechando la mano de su aya la Carvajal.—El franciscano ha husmado rastro, y queria que os despidiese, mis buenos amigos; pero... descuidad. Acabo de hablarle al alma.

—De suerte que...

—Su eminencia ha remitido al archiduque la carta del infante al marqués de Aguilar, con una queja sentida de

los que componen la servidumbre del segundo génito de España.

—Y en esa queja...

—En esa queja el ministro hace figurar al infante como víctima de intrigas, que ignora, y pide por único remedio del mal la separacion de los promovedores de tamaño escándalo.

—Es cuanto puede hacer por ese iluso jóven el rejente.

La puerta de la cámara archiducal tornó á abrirse, y el conde Astolfo Max'mino de Nassan salió de ella.

—Herman Stolk, su alteza os necesita, dijo al absorto montero.

Stolk se apresuró á entrar en la estancia de su augusto amo.

—Señores, si gustais aceptar mi franca invitacion (repuso el anciano conde dirijiéndose al grupo de los hispanós) probareis nuestro vino de Hungria, y unas cajas de confituras, confeccion de los monjes fuldenses.

—¡Tanta bondad..!

—Mi posada está próxima, y como quiera que solo nos resta un dia que pasar juntos, me apresuro á demostraros mi buen afecto.

—Aceptado, señor de Nassan.

—Que me place, respondió el veterano saliendo con los consejero sespañoles mas simpáticos á su carácter, que los disimulados flamencos, y los artificiosos italianos.

—Señores, (esclamó Juan Salvagio continuando el discurso en su voz natural una vez solos en el salon de descanso los ministros de Flandes) nuestro pontífice Leon décimo ha prometido el capelo cardenalicio al ilustre dean de Lovaina, tan pronto como arribe el archiduque á las costas de Asturias.

—¿Y es cierto que Guillermo de Croy, sobrino del alto y poderoso señor de Chievres, trata de hacerse eclesiástico, tan luego como cumpla la edad requerida por los cánones?

—Es positivo.

—No faltará alguna pingüe mitra al tal mozo en esa riquísima iglesia española.

—Su tio proveerá la primera vacante episcopal de aquellos reinos con un apóstol rubio: los prelados morenos, de ojos y cabellos de azabache, son demasiado comunes por allá y *la variedad prueba buen gusto.*

—Si el cardenal de Santa Sabina, arzobispo de Toledo, primado de España, Fray Francisco Jimenez de Cisneros, continúa en intercadencia, y llega á morir, no será estraño que el bizarro Guillermo, nuestro amigo, se haga con la primera dignidad eclesiástica de Castilla.

—Cuenta, señor canciller, (repuso Borrebot gravemente) cuenta con esos endiablados españoles, que son celosos de sus franquicias, preeminencias y fueros, tanto como de las consideraciones que creen exijibles á sus señores naturales.

—¡Pardiez! (apoyó Lanoy abundando en las ideas del gobernador de Bressa) Dice muy bien el señor de Borrebot. Cuidado no reciban esos altaneros infanzones, y severos hidalgos como un insulto la designacion de un flamenco para la primer silla patriarcal de su pais.

—El clero en España es un terrible poder político, y tanto por su saber como por su virtud, ejerce un influjo sin medida en todas las demas clases de la sociedad. Si considera escandalosa la promocion de un estraño á la primacía archiepiscopal, posicion tan codiciada, como propia de tantos varones eminentes que cuenta en su seno; si con noticias de algunos lances de la vida libertina del jóven Croy y aprovechando la menor falta canónica del electo se declara contra él, habrá una ruptura temible entre la corte y la Iglesia, y no saldrá bien librado en la contienda nuestro buen amigo.

—Sin contar con que ni nos acomoda poner tan al descubierto nuestras aspiraciones á la supremacia en el mando, que suscitemos una guerra tenaz contra nosotros; ni por un empeño exajerado, por un conato desmedido, debemos arriesgar una lucha con la opinion pública, en que es muy

factible una derrota, que ponga término á nuestros sucesivos planes.

—Por último, señor Salvagio. (dijo Borrebot con acento sentencioso) No fiemos el caudal á un naipe. La primera pérdida en el juego seria de una trascendencia fatal para los proyectos, que llevamos planteados á la Península.

—Señores, (contestó el canciller) teneis la desgracia de abultar de una manera disforme las dificultades, y esto prueba que pasan inútilmente ante vosotros los sucesos.

—¡Cómo!

—Llega Felipe á España, y la flor de Castilla le cerca obsequiosa; se le festeja como á un triunfador; se le rinde culto fanático, y todo por dar en rostro á Fernando Quinto, que tachaban de avaro porque no prodigaba el oro y el poder á la turba sedienta de riquezas y honores. Felipe comienza á repartir las mercedes, como un jefe corsario la presa; con el desprendimiento del que nada posee, y se halla de pronto rico. Los mas reacios á reconocer la dominacion del príncipe flamenco acuden á la montaña santa, de donde se desprende el maná de la grandeza en abundancia prodijiosa. ¿Y sabeis qué papel hacian los señores de Flandes entre los hidalgos vasallos de doña Juana? El de sacerdotes del ídolo: á ellos las primicias; á ellos las ofrendas por obtener de su intercesion unas gotas de aquel rocio de opulencia y orgullosas distinciones. Fallece el archiduque y se revocan alcabalas, rentas, tercias, juros, vasallos y jurisdicciones altas y bajas, y ni el escándalo de los patrocinios, que hicieron alcanzar las dádivas regias, ni la acritud del decreto de revocacion, que las arrancó, escitaron movimiento alguno entre esos altaneros infanzones... No es tan bravo el leon como se dice...

—Sin embargo...

—Llegaremos á Castilla, satélites de un príncipe estranjero, que naturalmente repugnará un tanto desconocido, y unas costumbres diametralmente opuestas á las suyas. Al paso que la arrogancia española y las pretensiones á la

esencion de aquellos poderes en continua lucha, choquen á su ánimo, las simpatias por nuestra afabilidad, y hábiles manejos irán en creces. Los señores de España se convencerán de que el conducto para obtener somos nosotros, y que sin nosotros, no pueden esperar aumento en sus fortunas. La atraccion para los mas díscolos se compensará con el rigor para los abiertamente hostiles. Desde que algunos dóciles prosperen, y reclutemos en nuestro partido hombres de significacion en el pais, todo irá á las mil maravillas. Tendremos cuidado de aceptar cierto número de personajes, á quienes se colocará en primer término para estímulo de las demas ambiciones; en ese primer término que significa mucho por lo que se brilla; nada por lo que se puede. Haremos acopio de reclamos para esa banda de pájaros rapaces, que saquean la miés del pueblo, con media docena de apellidos gloriosos, que vestiremos de reyes como un farsante á sus comparsas...

—Bien pensado, apoyó Lanoy.

—Apuesto á que la frase es del secretario del señor canciller.

—Justo, amigo Borrebot: del doctor Juquet, mi familiar.—Pues como iba diciendo, una vez constituidos en dispensadores de todas las gracias y todos los pingües beneficios; nuestra clientela se hará tan numerosa como servicial. Las concesiones mas árduas, como por ejemplo, la del arzobispado para Croy...

—Veamos, dijo Borrebot con sumo interés.

—Esas no se pretenderán, ni serán otorgadas por nosotros declaradamente; no por recelo.

—¡Vive Dios! Sino porque fuera una solemne estupidez arrostrar compromisos, que pueden evitarse... Para eso sirven los amigos... Hé ahí el empleo de esa media docena de nombres históricos, condecorados suntuosamente... Ved lo que nos valdrán esos comparsas vestidos con soberbia magnificencia; figurones de cera cubiertos de oropel.

—¡Escelente pensamiento!

—Nuestros amables prohijados presentarán la peticion como espontáneo tributo á los méritos del jóven pariente del de Sora y Arscot. El soberano movido por aquella declaracion de las dotes de un compatricio suyo, dada por los que debieran ser sus mas encarnizados rivales, no podrá menos de asentir, y antes de que la eleccion recaiga nos quedan los derechos de manifestar nuestro disgusto por la propuesta; quejarnos de que se da motivo á sospechar de nuestro desinterés; aconsejar al buen Guillermo que renuncie la primacía en gracia de tanto varon imponderable como la merece en el pais; presentar la renuncia del electo, y resignarnos á que insistan los Villenas, los Laras, los Toledos, Córdobas, Sandovales y Vargas, y á que su alteza serenísima condene á nuestro paisano al honor de la supremacía eclesiástica española, que aceptará por obediencia; virtud muy conocida para los que ambicionando dignidades pactan la insistencia de los electores para el alarde de grandeza rebozado en la modestia de una renuncia....

—¡Qué tal señores!

—¡Magnífico!

—¡Soberbio!

—Por eso decia que vosotros no sabiendo...

Guillermo de Croy, señor de Chievres, salió de la cámara archiducal, y reparando en nuestros interlocutores se acercó á ellos con premura.

—¡Buena nos la habian preparado los del consejo! (dijo con cierta inflexion entre irritada y burlona) Gracias á Dios y á mi estrella que el rey está de humor melancólico y he podido sustraer á su lectura esta esposicion infamante sin que absorto en su pena pudiese notarlo.

Y Chievres apretaba convulsivamente un pliego con el sello de el consejo supremo de Castilla, suscrito por todos los ilustres miembros de aquel cuerpo, á escepcion del cardenal.

—¿Qué contiene ese papel? preguntó con ansia Salvagio.

—Una denuncia de escándalos, tráficos, cohechos, ventas de oficios, redencion de vejaciones; provisiones por precio; sobornos, inmundicias y venalidades en que se mezclan nuestros nombres con el mas inaudito descaro.....

—¡Ira de Dios! Esclamó Lanoy furioso.

—Aquí se evoca la memoria de Enrique tercero, á quien se dice sabio conocedor de las buenas prendas, despues de relatar un largo catálogo de culpas que se nos achacan.....

—¡Oh! yo les juro...

—Señor Salvagio, (repuso el duque con severidad) abusais de mi tolerancia. Yo no impido á nadie que saque todo el partido posible de su influencia; pero un compromiso de mi nombre.

—Señor, protesto á vuestra gracia que...

—La corte es un mercado secreto; en horabuena; ese es un hecho antiquísimo y que no tiene opcion á sorprender mas que á los bobos de aldea; pero desde el momento en que el mercader sea demasiado insolente, y trafique sin precaucion alguna, se espone á suscitar un escándalo, y ese estremo no le sufro: os lo advierto.

—Señor, sois duro con un amigo que...

—Señor Salvagio, tornó á decir Chievres con irritacion violenta, es que en este papel se dicen cosas que hacen subir la sangre al rostro, es que se acompaña una carta firmada por vos en que acusais un recibo de dos mil escudos por un beneficio eclesiástico que teneis prometido; es que aquí se intercala mi nombre; se me designa á mí, á mí descendiente de reyes, hijo y hermano de los primeros hombres de Francia, Austria y Flandes, y se me pone junto al doctor Zuquet; ese redomado pillo, que os sirve de secretario...

El canciller bajó la cabeza para disimular la cólera que enrojecia su cara, y encendia sus ojos en un furor fosforescente, como el de las pupilas de un lobo.

—De todo lo que hagan los flamencos yo he de ser responsable (añadió el valido de don Cárlos); responsable

ante el pais y ante la historia. Porque mi nombre absorve vuestros nombres, y tanto el honor como la mengua, buscan la cabeza: laurel de victoria ó infamia del vencimiento ni distingue ni rebaja á la tropa, sino al jefe, al caudillo, á la figura de resalte en el cuadro. Señores mios, mientras vuestros negocios no estralimiten el círculo de las influencias, sigan los tratos adelante, pero cuando vuestro lucro mancille mi decoro y ponga en evidencia mi honra... ¡Alto allá!...

Borrebot y Lanoy dejaron pasar en silencio la nube amenazadora sobre sus cabezas.

—Y en cuanto á los señores que denuncian (prosiguió e de Croy con sorda rabia) les ha de costar caro su atrevimiento. ¡Oh! la villania de colocarme entre agentes secundarios de la venalidad ha de tener una espiacion tremenda ¡Ola, señores legistas, que citais la ley Julia de *ámbitus repetundarum*! ¡Ola, señores historiógrafos que poneis por ejemplo el reinado de Enrique el Doliente! ¡Ola, señores moralistas que decis *el quei elije mal es obligado á todos los daños, y mal ejemplo, que de tal eleccion se sigan...*!

—¡Eso dicen! esclamó el caballerizo mayor de su alteza.

—Eso dicen (repitió el duque en el colmo de su furia); pero que el martillo del verdugo aplaste uno á uno los cuarteles de mi escudo de nobleza, si los miserables dentro de poco no maldicen la hora en que pusieron sus firmas en este libelo disfamatorio.

Y Chievres rasgó el pliego, saliendo del salon de descanso, sin dignarse saludar á los atónitos testigos de sus raptos iracundos.

. . . .

. . . .

. . . .

Herman Stolk fué introducido en el aposento de Astolfo Maximino de Nassan.

—¡Ola, mi buen montero! ¿qué traes? le dijo con amistoso interés el conde.

—Vengo á despedirme de vuestra gracia, supuesto que mañana debo de partir.

—¿Para España, Herman?

—No señor.

—¿Pues para dónde?

—Su alteza serenísima me acaba de nombrar intendente de cotos con punto fijo en el de *Belle-chase.*

—Es estraño: (replicó el amigo del emperador) Yo juzgaba que por ningun título te separaria de sí.

—Ha dispuesto otra cosa y me toca obedecer.

—Pero bien se nota que vas mal de tu grado á ese destino.

—Lo confieso.

—¿Quieres que me interese con el archiduque en...?

—Nada de eso (interrumpió Herman con viveza) sé que le hago falta en el pais, y me quedo de todos modos; pero señor, es muy duro para mí tener que renunciar á seguirle, cuando verle, que me hablara y hablarle eran mis únicos goces... Qué feliz era yo cuando á la hora de audiencia entraba en su cámara entre los dignatarios, y me decia con su voz dulce y suave.—*¡Ola! mi antiguo Stolk ¿te sientes bien, mi viejo amigo?* Ya se acabó, señor conde. Se marcha á España y moriré lejos de él... Dice que volverá; que vendrá á visitar sus estados de Flandes, pero ¡quién sabe!

—¡Pobre Stolk!

—Y lo que mas me aflije es que vaya á España sin vos, que le amais tanto, que le servis casi de padre... Vuestra gracia no ha querido...

—Te comprendo, Herman. Me reputas culpable de indiferencia á la suerte de esa criatura, por quien los dos dariamos nuestras vidas...

—Señor...

—Sé franco. Juzgas que no correspondo á la fé que siempre he demostrado al nieto de nuestro emperador invicto......

—Juzgo que aunque el señor de Chievres es muy apto

para lo bueno; aunque es un digno ministro de su alteza, y nada que no sea justo pueda aconsejarle, vuestra gracia no estaria demás al lado del príncipe.

—Herman, (contestó Nassan con acento firme) mi honor antes que todo. Con tu señor va á España un bando de aves de rapiña...

—Ya lo sé.

—Van á esplotar el terreno; á repartirse una presa codiciada; á introducir en España la vanidad francesa; á denigrar, aventureros avaros de oro, el pais de que vienen...

—Y bien, vuestra gracia puede contrarrestar esos planes..

—Yo seria la voz que clama en el desierto (replicó el noble anciano). Croy es un hombre de conciencia poco severa, y que conceptúa esos tráficos asuntos de corte en que no debe intervenir la autoridad mientras el escándalo no la haga cómplice de los atentados. En España debe producir mucha sensacion ese impudente comercio de honores y destinos á cambio de dádivas corruptoras.... Yo tengo noticia de un buen número de inmorales tratos entre ambiciosos de allá y agentes de personajes muy bien colocados cerca de nuestro augusto señor.

—¡Infamia! esclamó el honrado montero.

—En Castilla se propalan especies que acreditan la era de impudor y torpeza inaugurada desde acá por indignos ministros, y el Consejo de regencia ha remitido sobre este punto al soberano cierta enérgica comunicacion, que de seguro será interceptada por quien debiera estimar su fama algo mas, y preciar algo menos los mezquinos intereses de fortuna.

—Y bien.

—Y bien; yo preveo los sucesos; me conozco insuficiente para evitar los males que alcanzo á descubrir, porque la verdad que yo dijera al monarca, seria esa verdad áspera que no se sabe insinuar con preparaciones oportunas; esa ruda verdad que lastima; esa verdad brusca que presenta los acontecimientos en toda su luz, ofendiendo la vista co-

mo las empañadas de un espejo herido por el sol....

—Dice bien vuestra gracia.

—¡Mil tempestades! Tras de mí vendria Croy con su lábia cortesana, con su dominio sobre el ánimo del escelso jóven y los fueros de ayo, maestro y amigo celoso. En un instante me presentaria como un visionario, como un viejo cócora que acogia sin exámen las hablillas de una tropa de detractores: su alteza se reiria del retrato, y al insistir yo en mis advertencias, diríame entre risueño y decisivo:—Calla, Nassan; calla, padre. Tu buen deseo te estravia y calumnias cruelmente á mis buenos flamencos, austriaco de mil demonios.—¡Sangre y fuego! Es cosa de perder el juicio. Yo que siempre he desdeñado esos parlanchines pulidos, esos habladores que llaman elocuentes, daria mis doce mejores batallas y mi toison de oro por su cabeza enredadora y su lengua diestra, porque para combatir á la cuadrilla de tunos que rodean á nuestro serenísimo señor, de nada sirve un corazon como el mio, ni toda la autoridad de once heridas y una vida pública y militar sin mancha.... ¡Condenacion!

—Es cierto.

—Sentado el principio de que me reconozco impotente para prevenir los acaecimientos que deploro, ¿qué haria yo en España?

—Siempre vuestros consejos....

—Nada, Stolk, nada. Consumirme en deseos de obrar sin adelantar un paso. Ver triunfante al descaro sin obtener la gloria de cerrarle el camino. ¡Trueno del cielo! Me voy al lado de Maximiliano I de Austria. Allí con el viejo soldado de Flandes, Italia y Borgoña; allí con mi antiguo camarada de proezas; allí á suspirar por aquellos hermosos tiempos en que él, príncipe de grandes esperanzas, pero pobre como un franciscano, venia á mi casa á beber mi vino y á pedirme dinero para sus francachelas; aquellos tiempos en que le acompañé á Borgoña á traer la princesa mas bella del continente, Maria la hija de Cárlos el Temerario, la pesadilla de Luis Onceno... aquellos tiempos en que ya emperador, organiza-

ba tan famosas monterias donde siempre nos distinguimos guiados por tí, montero ilustre....

—¡Oh! ¡qué tiempos! ¡Dios mio! dijo Herman deslumbrado por aquel panorama de una juventud activa, y deslizada entre fogosas emociones.

—Eso haré en lugar de ir á envilecer mi nombre con el oprobio de la venalidad flamenca.

—A vuestra gracia no puede llegar el oprobio nunca.

—Te equivocas, Stolk. En Austria y Flandes me conocen sobradamente y el que me disfamara no hallaria quien diera asenso á sus calumnias; pero en España no corre igual paridad, amigo mio, y entre los nombres de estranjeros, tachados de un tráfico ruin pudiera pronunciarse muy bien el mio.... Yo no he prodigado mi sangre en el campo del honor para que al fin de mis dias me esponga á dejar mi apellido presa de la mordacidad del vulgo, y tal vez escrito en una crónica inexacta ¡alma de Belcebú! arcaduz de infamia, que vácie nombre entre los de tantos miserables como se preparan á saquear esos ricos paises, allende los Pirineos.

—Vuestra gracia tiene razon.

—Herman, ¿por qué no renuncias tu nuevo destino y te reunes con nosotros, el emperador y yo; la trinidad venatoria; los *Nemrodes germanos*, como decía el doctor Salberg?

—Bien quisiera hacerlo pero su alteza me necesita.

—¡Bribon! Tú eras el confidente del archiduque Felipe en sus amoríos. ¿Sigues en los mismos tratos con don Cárlos?

—D. Cárlos no me dispensa tal confianza, señor.

. . . .

. . . .

. . . .

Dos aldabadas rigorosas en la puerta han hecho bajar la escalera á la anciana Uldemar con mas precipitacion de lo que sus años la permiten.

La vieja sirviente de Juana acercábase á la puerta para franquear el acceso al paje Federico, pues las tres palmadas, señal convenida, se lo habian dado á conocer cuando

el impaciente mancebo volvió á herir con el llamador la plancha de bronce, que servia de yunque.

—Allá van, allá van, repitió la senecta.

Uldemar dejó en el suelo la linterna, que alumbraba su marcha; corrió el cerrojo; desechó el picaporte del postigo, y dió entrada al jóven amante de su señora.

—Buenas noches, Uldemar, dijo Federico con tristeza.

—Buenas noches, mi gracioso señor, contestó la criada sollozando.

—¿Y Juana?...

—Oh! señor, señor, por amor de la madre de Cristo, haced que venga una nodriza á dar de mamar á esa pobre criaturita: ¿no piensa vuesa merced que la envenenan?

—Mi Cárlos.... ¡mísero niño!

—Está bebiendo ponzoña, gracioso señor, ponzoña. La madre no cesa de llorar un punto. Solo cuando venís se enjugan sus ojos, y cuando os vais su dolor no encuentra límites. Carlitos se está alimentando con una sangre hecha un tósigo, y de seguro se muere; se muere ese ángel de Dios.

—Seria una cruel desgracia, Uldemar, esclamó Federico en el mas penososo abatimiento.

—Hoy estaba pálido como un rayo de luna; él, que tiene por mejillas dos rosas. No ha dormido lo que acostumbra, y lloraba como un desesperado, cuando siempre parece un niño Jesus de pasta de almendra....

—Mañana enviaré una nodriza....es decir, haré que la envien; porque á las siete estaré de camino.

—No lo olvideis señor.

—¡Olvidarlo cuando se trata de mi hijo!

—Es verdad; pero los hombres.....

—Uldemar escucha. Tu has tenido numerosa sucesion.... esto da esperiencia....

—Catorce y todos varones, señor....

—Eres de un pais de costumbres puras, y en el que las mugeres no sacrifican á la conservacion de sus atractivos e

santo deber de amamantar á sus hijos....que estudian el cumplimiento de este deber....

—En Alsacia despreciarian á la que tal no hiciera, á no ser que la falta de leche....

—Oye, y no me interrumpas: ¿opinas que seria mejor criar á mi hermoso Cárlos con el nutrimento animal, que entregarle á los cuidados de un ama?

—No entiendo.

—¿Qué será mas acertado? ¿Traer á mi hijo una nodriza, ó hacer venir una cabra, ó dos, que le alimenten con abundancia?

—Diré á vuesa merced, yo no me atrevo á....

—Yo he visto criaturas, criadas á los pechos de cabras, ovejas y vacas, robustísimas, y de un desarrollo notable por lo precoz.

—Sin duda: pero, gracioso señor, en mi pais se dice *ni del oso el hombre, ni del hombre el oso.*

—Comprendo.

—La naturaleza busca lo suyo, y cuando se le puede dar es mas justo que proporcionarle lo estraño. La leche hace las entrañas, señor mio. La leche comunica al hombre los instintos de su especie, como dice el señor rector de mi pueblo. Cuando uno es malo y corresponde á los antecedentes de su familia todos repiten *por la teta le vá*: cuando por el contrario uno es bueno como sus antecesores todos esclaman *lo ha mamado*. Tu observacion es muy oportuna, Uldemar.

—Nunca me olvidaré de aquel Franz Dodller criado por una jumenta, que de seis años devoraba los desperdicios de las berzas, y las cáscaras de las frutas. Indudablemente algo se pega, señor. Nada; opto por la nodriza y dejémonos de hembras animales.

—Mañana haré que venga la mejor que sea posible hallar. Tanto la nutricion sana, como la vida campestre devolverán á mi Cárlos su preciosa salud, y ojalá que su madre deseche en la apacible calma de los campos la amar—

gura del trance mas crudo de su vida, y de la mia.

—¡Pobre señora!

—Uldemar, es un ángel....

—Un ángel del cielo, señor; un ángel de dulzura, y bondad.

—Dime ¿te parece que podrá dominar su pena, y que su vida no ha de comprometerse en una de esas dolencias fatales, que van aflojando lentamente los lazos del ser hasta romperlos?

Uldemar calló.

—Dios mio! (prosiguió el paje archiducal con espresion dolorida) Su existencia por todos los sueños de mi ambicion! yo renuncio á las aspiraciones de mi alma codiciosa porque la deis el aliento necesario, para sobreponerse á su negra melancolía!

La sirvienta con pretesto de correr el cerrojo, volvióse para ocultar sus lágrimas; cuando tornó el rostro Federico se habia apoderado de la linterna, y con un gesto le invitó á subir delante.

Uldemar obedeció.

Ya en el piso alto el mancebo entregó la luz á la vieja, que se retiró á las habitaciones interiores, mientras él se dirijia á la estancia de su amada.

Juana estaba desconocida. ¿Quién hubiera distinguido á la jóven, orgullo de los saráos aristocráticos en aquella muger pálida, demacrada, y que parecia, vestida de blanco, una de esas fantasmas cuya aparicion anuncia un próximo fin en los romances escoceses?

¿Qué grande señor flamenco hubiese reconocido en aquella doliente muger á la hija de Nenní, á la divina Cantadora, por cuyo mas ligero favor habian dado la mitad de sus blasones aquellos personajes ilustres, que se disputaban la satisfaccion de atraerla á sus festejos, como la notabilidad de la naturaleza y el arte?

¿Qué abismo se ha abierto en el destino de aquella criatura desde 1516 á 1517, un año! ¡Qué sucesos han podido

causar el trastorno de aquella vida, y convertir la galanura en desecacion; la lozanía en funesta desmejora; las rosas de la juventud, en los abrojos de la estension gradual!

Porque fácil es conocer que Juana se muere; que se muere con esa lentitud de la consuncion, que va evaporando partículas del alma al cielo. El menos advertido no puede prescindir de notar que aquella organizacion está disolviéndose por una parálisis de las fuerzas destinadas á mantenerla en todo su auge vigoroso. Basta una ojeada sobre aquella pálida sombra para advertir que va entorpeciéndose hasta detenerse la circulacion de la sávia vital en aquellas venas que resaltan por su azul cielo sobre el blanco de mármol de cútis ajado, como el cútis de una flor marchita.

Destroza el corazon mirar á la trovadora, cotejando lo que fué con lo que es, y aquella catástrofe ha tenido lugar en muy corto tiempo.

Juana desconocia el horror del principio á donde conduce un desliz, por mas que no ignorase que las mugeres refieren las adversidades de su destino á sus relaciones con los hombres. Pero si bien no se la pudo ocultar el riesgo, nunca llegó á comprender en qué consistiera. Estaba en la situacion del que emprende un camino que se le dice lleno de malos pasos y que no distingue las simas pérfidas, que una capa de verdura iguala al resto de la travesía.

Juana quedó sola en el mundo y creyéndose protejida del archiduque consideró como un ángel de aquella providencia augusta al apuesto Federico. Le amó y se entregó sin reserva al encanto de aquel afecto, que rodeaba su vida de huérfana de una tutela cariñosa. No se ocurrió á la Cantadora oponer el menor obstáculo á las pretensiones de su bizarro galan; porque igualmente no alcanzaba esas garantías del honor, que constituyen las leyes del decoro; parada que la sociedad enseña á las mugeres contra el ataque mañoso de la seduccion; y esas incitaciones hábiles de la hembra calculadora, que sin comprometer su honra en un azar, irrita las pasiones, provocándolas para que la ilusion au-

mente; conteniéndolas para guiarlas á su objeto; sin trascendencias para su vida moral; la reputacion.

Juana amada y amante era la muger en un estado muy parecido al estado primitivo de la humanidad: la muger que siente, y espresa lo que siente; la muger que no se desvia del objeto de su cariño cuando advierte el peligro de la fascinacion; sino que mariposa incauta gira en torno de la luz en que debe caer ciega y consumirse; la muger que deja hablar á sus instintos, tan alto como la inocencia puede trasmitir sus impresiones: la muger, mitad verdadera del linaje humano, que no enardece el apetito con la estratejia de las resistencias estudiadas, sino que una vez partícipe de las emociones del hombre sigue con él hasta el desenlace de la accion, como una colaboradora de los destinos á que el amor preside.

Llegó un dia que debia llegar; porque el amor es semejante á esos cuchillos de punta aguzada y corte finísimo que es imposible manejarles mucho sin que puncen ó corten alguna vez. Llegó ese dia funesto, y Juana en el febril delirio de una pasion arrebatada, libó el cáliz de los deleites.

Si la naturaleza hubiese permitido una escepcion de las leyes reproductivas que subsiguen á los goces sensuales en favor de la trovadora, ella habria sido feliz en el envilecimiento; realzada en su conciencia por su amor, tanto como hubiera parecido rebajada ante el mundo por su falta. Pero si al sufrir los anatemas no se creia digna de lástima, porque el sacrificio de los intereses mas caros á todo ser en la congregacion social, era la forma mas enérgica de su férvido culto al amado de su corazon; no así cuando el peso de esta falta recayó en el fruto de un trato ilícito, y justamente reprobado; porque no ofrece las garantías necesarias que consolidan los vínculos de familia; garantías que solo prestan esas solemnidades que dan el carácter de legitimidad y sancionan los votos del amor con el compromiso indisoluble que sirve de gaje al órden de las familias, que es el órden de los Estados.

Juana sintió el primer remordimiento cuando sintió la agitacion primera de su hijo, y el peso de un ser en sus entrañas descargó otro peso insoportable en su conciencia.

Durante el embarazo pensó en cuanto despues debia pasar; porque para mayor martirio de aquella desgraciada jóven, su imaginacion de privilegio, inerte para la concepcion de las consecuencias de una falta (que no tenia motivos de comprender por la ignorancia en que se la mantuvo del mal y los medios de evitarlo), la reveló súbitamente cuánto bastaba para el aprecio en toda su horrible verdad de su situacion deplorable. Juana concibió la idea de un legado de vergüenza para el hijo sin los precedentes que la sociedad y su código supremo, la religion, demarcan con objeto de fijar el indudable y reconocido orígen. Juana se convenció de la precaria suerte de una criatura que no puede gloriarse de su nacimiento, porque el nombre de su padre es la historia de oprobio de su madre. Juana se estremeció al meditar que los errores de la especie del suyo tienen un castigo tanto mas cruel, cuanto que dan como pena el premio de las uniones santificadas, la prole. Tembló pensando que sus caricias maternales tendrian lágrimas de amargura en lugar de lágrimas de placer. Se horrorizó al imaginar las ansiedades angustiosas que debian turbar las alegrias de la maternidad. Los cálculos del porvenir con que las madres entretienen la guardia del inocente sueño de sus hijos, para ella habrian de ser manantial inagotable de conjeturas siniestras. Juana reflexionó que el nombre de *bastardo* es un baldon que hace rugir de cólera al que le escucha, y que envuelve el desprecio de la sociedad, sangrienta venganza del desprecio de sus leyes. Juana sintió helada la sangre en sus venas al figurarse las preguntas de un niño que se vé escepcional frente á las reglas normales de las familias qeu observa y que interroga curioso, siendo preciso disfrazarle su situacion, mientras sea posible tan triste recurso. Juana esperimentó los dolores mas acerbos al alcanzar su inteligencia la reconvencion de un hijo que protesta del ser que recibió envuelto en la des-

honra; reconvencion si no pública, traducida por la vista perspicaz de una madre, en cada contraccion sombría del rostro filial.

Hé aqui esplicada la revolucion de aquella naturaleza tan bien constituida. En vano Federico redobló sus solicitudes; inútilmente la rodeara de afectuosas prevenciones. Juana esforzándose en aparecer contenta, era una contradiccion tan palpable, que causaba pena cuando mas queria manifestar buen humor; porque entre el rayo de alegria que alguna vez iluminaba su mirada, entre la sonrisa que en alguna ocasion animaba su semblante y la desmejora cada vez mas sensible de su organizacion, y el aniquilamiento que iba denunciándose en todo su ser, mediaba una sima que nada podia cubrir.

Juana fué madre y contó los placeres de la maternidad por los sinsabores que halló al fin de cada rapto de ternura. Su hijo era hermoso como esos niños Dios de la escuela flamenca, dormidos sobre la cruz: símbolos del presente descuidado de la infancia al borde de la sirte abierta para el porvenir.

Juana al besar el rostro de aquella linda criatura sintió casi simultáneamente un placer inefable y un desconsuelo infinito.—«*¡Qué bello es, pero qué desgraciado!*»—esclamó sonriendo y llorando al par.

Nunca se ocurrió á la Cantadora en nombre de aquel hijo exigir una reparacion al que la arrastrara á la ignominia. Sabia muy bien que su amante era noble y opulento y que por tanto conduciéndole á reconocer aquella prenda de su amor aseguraba para lo futuro su destino; mas la hija de Nenní tenia el alma demasiado altiva para reclamar derechos á quien se desentendia de obligaciones. Por otra parte Federico Lammergier era un mancebo de alcurnia escelsa; tenia su madre en España y la Cantadora le habia oido hablar de deudos altamente colocados en la corte imperial; todos aquellos miembros de una estirpe augusta podian muy bien tenerle desposado por palabra de futuro con alguna here-

dera de las genealogias feudales mas preeminentes; el archiduque no teniendo mas que cuatro años habia sido objeto de un pacto de alianza entre Felipe el Hermoso y Luis Doce, quedando ajustada su boda con Claudia, princesa que apenas contaba un lustro, y los grandes dignatarios de Europa, rivales de los soberanos en poder, tambien seguian la costumbre de afirmar por medio de estas ramificaciones familiares el crédito de sus casas.....La pensionista del patrimonio archiducal ponia su suerte y la de Cárlos al arbitrio de la Providencia sin tocar resorte alguno; dejando obrar las causas, esperando, en la apatía del dolor que ni busca consuelo, las resultas.

Un mal nunca viene solo dice el adajio. Para mayor desventura el archiduque impacientemente llamado á España, señaló el dia de partida, y la trovadora supo el 15 de agosto que el 6 de setiembre su amante se embarcaba para la Península. Este golpe adelantó los progresos del mal que atacaba sordamente los gérmenes vitales de la mísera Juana, y cuantas protestas, juramentos, y sagrados compromisos pueden testificar la fé de un hombre, fueron en vano prodigados por Federico.

—A nada te obligues, mi amor, (contestaba ella con el decaimiento moral mas temible) á nada te obligues por mí; sino por nuestro hijo. Solo á él encontrarás á tu regreso... Yo no puedo mas. La muerte es un bien que deberé muy pronto á la piedad divina.

Y en efecto; la pobre madre es hoy la antítesis de la hija de Nenní: la desolada amante de Federico es la contraposicion de la fresca hermosura, gala de los grandes saraos. Juana por lo que fué y lo que es puede cotejarse con esas banderas fúnebres que flotaban en las iglesias de los siglos catorce y quince, y en cuyo haz estaba pintada la cara de una hermosísima jóven, y en en el reves la figura simbólica de la muerte, *memento mori* que presentaba á la vista de los fieles los polos de una existencia fugaz, poema filosófico de la vida, compendiado en dos geroglíficos.

Tétricas son las reflexiones del paje favorito de su alteza, que entrando con precaucion suma y deteniéndose en la puerta del aposento, ha conseguido no llamar la atencion de Juanita, y observarla á su placer. Vestida de blanco, pálida, hundida en una poltrona, cerrados los ojos, una mano en la cuna donde reposa tranquilo su hijo, la otra apoyada en el brazo de la silla, sumida en una especie de modorra que equivale al mayor grado de insensibilidad, compatible con la existencia, la huérfana interesa á su amante; despedazando su seno el contemplarla tan próxima á un prematuro fin.

Un movimiento involuntario de Federico hizo abrir los ojos á la trovadora.

—Tesoro mio, mi único bien, esclamó el paje acercándose á ella, doblando la rodilla, y tomando una de sus manos de marfil, que llevó á sus labios con apasionada espresion.

Juana retiró su mano de entre las del mancebo, y sacando un papel doblado en forma de billete, que guardaba en el bolsillo de su ancha túnica de linó, entrególe al paje, diciéndole con voz apagada—«leed»

—¿Qué significa esto? preguntó asombrado Federico.

—Leed, replicó la jóven dando un fatigoso suspiro.

El paje de su alteza archiducal se incorporó con prontitud. Acercóse á una mesa inmediata donde ardia una lámpara de alabastro, y abriendo la misiva leyó en alta voz:

«Un dia llegué á ofrecerte con mi mano mi fortuna, y «me desdeñaste. Insistí prometiendo la reforma de mis cos«tumbres, y tuviste, mujer sin piedad, la cruel satisfaccion «de humillarme, negando oidos á mis ruegos.—Yo era un «demonio; una esperanza que de tí proviniese habria po«dido convertirme al bien; pero nada: Un hombre se in«terpuso en nuestro camino cuando nos iba á unir el de«lito... Ese hombre te aisló; se ha hecho amar y ha obte«nido la posesion de tu alma como Lucifer la de sus «víctimas.



Cárlos V.
lám. 4.ª

—¡Infame! esclamó Federico interrumpiendo su lectura.

—Seguid, repitió Juana con desaliento.

Federico obedeció.

«Yo no he perdido de vista á ese hombre, no para ma-«tarle rabioso de celos, no: sino por que él es el instru-«mento de la venganza debida á las torturas de mi feroz «desesperacion... Cuanto concebí se ha verificado. Eres «madre y tu hijo no tiene nombre; eres amante y tu galan «debe partir sin dilacion... Te he visto el domingo pasado «en el templo... Juana, orgullosa Juana, la vergüenza te «abruma; la humillacion te devora; la hiel que has bebido «en el fondo de la sabrosa copa del amor te mata. Estoy «vengado de tu dureza, pero necesito que sepas que no «abandono el derecho de devolverte en una carcajada de «escarnio cada maldicion que tu memoria me ha hecho «proferir en esas largas noches sin sueño de los amantes despreciados.

«Juana, tu mancebo Federico Lammergier, paje favorito «de su alteza serenísima el archiduque de Austria, rey «de los paises Bajos, y de Castilla y Aragon, es un fantas-«ma. Eres la querida de...

Federico lanzó un grito.

—Eres la querida de don Cárlos primero de España, nieto del emperador Maximiliano, concluyó Juana con un supremo esfuerzo, y cayendo postrada á tan violenta emocion con la barba sobre el pecho, las manos juntas y los ojos arrasados en lágrimas.

Federico devoró las líneas que faltaban para concluir el infame escrito.

«Eres la querida de don Cárlos primero de España, «nieto del emperador Maximiliano; la querida del archi-«duque, que te ha mentido su nombre para engañarte á «mansalva, y que luego no reconocieras al seductor en el «glorioso príncipe de mayores esperanzas en la cristian-«dad... Ni él tendrá ese logro, ni tú ignorarás la indigna «conducta de tu amante...estoy yo aqui para desenmas-

«carar al pérfido y hacer la dolorosa revelacion á la altiva «hembra que ha labrado mi infortunio.

El paje de su alteza se acercó á Juana.

—¿Quién es este hombre? la preguntó.

La Cantadora guardó silencio.

—¿Quién es este hombre? repitió con imperioso tono.

—¿Para qué lo quereis saber?

—Para concederle las albricias de la nueva que os da.

—¡Y qué nueva! ¡Dios mio! esclamó la huérfana con una esplosion de dolor profundo.

—Vamos, añadió el adolescente con risa sardónica; ya adivino. El miserable que en la noche de nuestro conocimiento te llevaba asida fuertemente es el autor de esa carta... Todo me lo revela... Su odio por tus desprecios; su anhelo de venganza; su misma frase *cuando nos iba á unir el delito*... ¡El nombre, el nombre de ese villano!..

—¿Y para qué? repitió Juana con fatiga.

—Para hacerle ahorcar ¡Ira de Dios!

—Señor, (dijo la Cantadora con toda la resolucion de que podia disponer su debiltado espíritu) ¿Ese hombre dice la verdad en cuanto á vuestro rango?

—Dice la verdad; replicó el régio mancebo con magestuosa calma.

—¡Con que sois!...

—Cárlos de Gante, nieto del emperador austriaco, de los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel; hijo de Felipe el Hermoso, y Juana de Castilla, por la gracia de Dios, archiduque de Austria, rey de los Paises-Bajos y de España...

—Señor, balbuceó Juana pugnando por incorporarse.

—Quieta, duquesa de Belle-Chasse (repuso don Cárlos reteniendo á la asombrada jóven en su silla). Quieta la señora de mi corazon, ante el rey, que aqui no es mas que su esclavo. Me alegro de esta circunstancia que me ha dado á conocer hoy, adelantando un dia la noticia que debiais recibir por conducto del montero Herman Stolk, encargado de entregaros la cédula real que os ennoblece y conduciros á

el retiro que os destino, para que en él, en la soledad de las campiñas, consagreis vuestras atenciones á la crianza del futuro infante de España, Cárlos de *Gand*.

—Señor, señor....

—Duquesa, alzad la frente con orgullo. Habeis amado al rey por su persona y no por su gerarquía. El título de grandeza con que os distingue no es el pago de esas complacencias de dama ambiciosa; sino el premio de un noble y desinteresado amor de que el rey se enorgullece; porque ha merecido por hombre lo que jamás hubiese logrado por monarca; porque sois el episodio de su vida, puesto que solo sus prendas le han valido vuestro afecto, bien que supera á cuantos da derecho una corona.

—Don Cárlos, recordad lo que un dia os dije acerca de las reales mancebas.

—Duquesa, vuestras reflexiones no tienen oportunidad en su mayor parte. Los inteseses del Estado podrán hacer que me enlace á una hija de sangre real, pero no por eso perdereis el sagrado derecho á mi cariño....

—Amores adúlteros ¡jamás!

—No amores adúlteros ¡pardiez! sino la parte inmaterial y pura del amor.... todo lo que pertenece á las fruiciones del espíritu, sin nada de lo que toca á la materialidad de los goces.... ¿Quién osaria mancillar este amor casto y digno, que se eleva á la estimacion de una amistad ardiente, sin un solo acto que desvirtúe la santidad de sus relaciones?

—¡Ah! Federico, Federico, esclamó la jóven con trasporte.

—¡Vos no me amais por mí solo! Pues bien, Juana; ¿qué os importa el rey de España y Flandes? En horabuena su alteza tenga necesidad de pasar el dia entre los afanes del gobierno y las atenciones de palacio. La parte de noche que Federico Lammergier viene á pasar en vuestra compañía os será dedicada, á vos y á vuestro hijo.... Sí; tan pronto como se fijen los inciertos destinos que voy á preparar; tan pronto como los trabajos para lo futuro, ayudados por cir-

cunstancias inmediatas, dén ó no su fruto, vivireis con nuestro Cárlos, en Madrid, en Bruselas; en Belsis; en Aislachapelle, segun mis obligaciones me trasladen á Castilla, Flandes, Alemania ó la ciudad señalada por la bula de oro para la coronacion de los emperadores; si es que dán resultado los esfuerzos de Maximiliano de Austria para asegurarme el imperio despues de su muerte, ó le obtengo contra los que se preparan á ser mis competidores en tal pretension.

Juana pasó la mano por su frente ardorosa.

Don Cárlos tomó asiento á su lado, y estrechándola contra su seno siguiò diciéndola, lleno de animacion.

—Escúchame, prenda mia; sin duda preguntarás por qué he mentido mi nombre; por qué no he tenido la nobleza de revelarle, seguro de que era amado por mí, solo por mi....Alza los ojos, Juana....No mantengas inclinada la frente....Mírame: así, bendicion de Dios, tesoro de mi alma.

La Cantadora sonrió con tristeza.

—He tenido una razon para obrar de ese modo (continúo el rey) Federico Lammergier es mi paje predilecto, y su nombre ha sido mi nombre de aventuras. Unas veces Federico, otras Edgardo Andersong me acompañaban á nocturnas escursiones. Cuando era Federico mi compañero le tenia prohibido darme el título de alteza, y le previne me considerara en todo como á Edgardo, llamándome asi. Cuando Edgardo era mi camarada debia guardarse de recordarme las preeminencias de mi rango, limitándose á tratarme con cierto respeto como á Federico. Edgardo es de los hombres á quienes deben ponerse justos límites cuando se les exime del yugo pesado de la etiqueta, porque sin trabas fácilmente abusarian de la concesion... ¡Oh! cómo conozco lo que pasa en tu alma, mi dulce encanto! ¡Cómo leo tu pensamiento en las líneas de tu celestial fisonomía!

Juana tornó á sonreir.

—Piensas que un rey de diez y seis años corriendo lances á favor de las sombras en compañía de sus pages, es una singularidad... ¿No es cierto? Pues bien, yo habia lei-

do la historia de Pedro Primero de Castilla, de ese real mancebo que salia del alcázar de su muy noble corte por una puerta escusada, y abdicaba sus fueros augustos para convertirse en galan caballero, en bravo rondador; que se trabó en disputa en la calle del Candilejo en Sevilla con un jayan, y peleó bizarramente hasta matar á su adversario; que vigilaba las rondas de sus justicias, y descubria como simple particular esos crímenes que encubre la noche en sus espesas nieblas...

Aquella estravagancia chocó infinitamente á mi fantasía, y determiné cerciorarme de si las escursiones aventureras podian incluir tantas emociones como en la crónica resaltan...

—Y bien, Cárlos...

—Y bien, Juana, juzga tú misma. En la noche del primero de año de 1516, siguiéndote á respetuosa distancia, con el fin de averiguar tu mansion, te pierdo de vista en el laberinto de aquellas oscuras calles... De repente tus gritos me advierten la direccion de tus pasos, y que un riesgo te amenaza... Corro allá, y mientras Edgardo se dirige á tu infame raptor, cejo con el feroz Perdona-vidas, que le defiende.

La Cantadora dejó caer la cabeza sobre el hombro del archiduque estasiada en contemplarle.

—¿No te parece interesante la situacion mia, mi bien? La punta de la espada de aquel forzudo mata-siete tocó en dos ó tres ocasiones mi ropilla, y si tardo en rechazarla, el el señor Mal-alma, deja á España sin el primogénito de su estirpe real; á Flandes sin rey, y al Austria sin archiduque... y sin embargo, aquel rufian me creia un osado mancebillo, engreido por algunos triunfos de asalto en la sala de armas, y rujia de mi resistencia, hasta que cayó... cayó herido de muerte por su señor natural; cayó en igual pelea con un adolescente, que hubiera perecido á sus manos sin pronunciar su nombre en resguardo de su vida; que aprendia á combatir de hombre á hombre, acostumbrándose á fiar su defensa en Dios y en su brazo, sin salvaguar-

dias que le infundieran aliento; que habia con brio la esperiencia de sus ánimos, tocando hasta qué punto podia contar el rey con la bravura del caballero y las fuerzas del hombre.

—Sigue, sigue, mi amor, repuso Juana con languidez dulcísima.

—Con el nombre de Federico probé mi esfuerzo, y merecí tu cariño; ya ves que este nombre debia serme caro sobre todas las cosas; porque como Cárlos de Austria, se me respeta y acata por lo que represento; como Federico merecí por lo que era. Un dia traté de confiarte un secreto que pesaba como un remordimiento sobre mi conciencia; aproveché una palabra para suscitar cierta conversacion que abriese camino á mis revelaciones; pero una frase tuya contuvo el arcano dentro de mi pecho=Si yo fuese el archiduque ¿me amarias aun mas? te pregunté =No (me respondiste.) Entonces no te amaria.

—Y sin embargo te amo (respondió la trovadora exaltada.) Te amo mas que á mí misma, pero cuando ese mísero niño cumpla un lustro, si aun vivo, iré á sepultarme en un cláustro...

—¡En un cláustro!

—Sí, para entonces serás el esposo de una digna princesa, flor de las damas de Europa. Yo no debo servir de obstáculo á su felicidad, ni robarla el menor de tus pensamientos. Ya nuestro hijo estará en aptitud de entrar en los institutos donde se atiende á la educacion de los jóvenes de su clase, y su madre resignará los derechos que la corresponden en tí, que le prodigarás cuantos cuidados amantes requiera el estímulo de sus labores y el adelanto en el destino que le reserves...

—Hé ahí una de las causas que me hacian rehusar el darme á conocer, Juana; ahorrarme el martirio de los insensatos proyectos con que habias de acibarar nuestras relaciones...

—¡Insensatos!

—Sí, Juana, insensatos. Por eso determiné que recibieses por mano del montero Stolk el título de nobleza que servia de testimonio de mi fé; y la órden de pasar á Belle-Chasse donde quiero que te establezcas para recobrar la salud en la vida agreste, y vigilar la nutricion de tu hijo por una buena nodriza; y por último, una comunicacion mia en que todo te lo esplicaba, concluyendo por ordenarte seguir las voluntades del anciano Herman, que al efecto dejo comisionado: voluntades que son las mias, Juana; voluntades que se reducen á que esperes la decision de un asunto de la mayor importancia en la tranquilidad de la existencia campesina, y sin inquietud por el porvenir, porque ¡por Santiago! como juran mis vasallos de Castilla, que cuantos sinsabores temes son visiones de una imaginacion hábil en mortificarse; son fantasmas de un cálculo que se exagera los inconvenientes, y toma las dificultades por barreras que no admiten franqueo.

—Señor, oidme....

—Ya os escucho, duquesa.

—¡Duquesa! repitió con cierta repugnancia la trovadora.

—Duquesa en la vida pública, como yo serenísimo señor: pero aqui Juana: mi Juana: el hechizo de mis sentidos, como yo Cárlos tu amante, el que siempre te rendirá culto; el que te tratará á la faz del universo como á la prenda de su corazon, como á la madre de su hijo.

—¡Cárlos! (esclamó la huérfana delirante de amor y de orgullo) ¡Qué bien me hacen tus promesas! ¡Qué feliz me truecas con tus palabras!

—Asi, asi quiero verte. Risueña, confiada, abierta el alma al bálsamo del consuelo.

—Pero tus promesas van mas allá de lo que puedes cumplir. Tus palabras son mas bellas que podrán ser positivas.

—¿Por qué?

—Reflexionas bien, Cárlos. Pon de un lado tus atenciones supremas, tus deberes, las necesidades de tu escelsa posicion. Pon del otro una pobre muger, su fama, las disensiones do-

mésticas que su trato pueden acarrearte....

—Te equivocas, tesoro de mis amores. Hay afectos que se pueden ostentar ante el mundo poniéndolos al abrigo de la maledicencia con la publicidad de las obras que no temen aparecer á la vista de todos....

—¿Y cómo?

—Establecida la duquesa de Belle-Chasse en la córte, recibirá todas las noches al rey que irá á visitar á su hijo el infante don Cárlos, que irá acompañado de alguno ó algunos de los palaciegos, cuidando de mudar frecuentemente de acompañantes para que por todos ellos sepa la plebe murmuradora, que Juana de Belle-Chasse; no es la manceba de Cárlos I, sino su amada, su amiga; el recuerdo mas preciado de su amor de adolescente, de su amor único....

La hija de Nenní estrechó entre las suyas las manos del monarca.

—Tal vez las combinaciones políticas hagan necesario el matrimonio del soberano de España y Flandes, aunque rehusará tal estremo cuanto le sea posible; pero entonces tambien os seguirá amando ante Dios y los hombres, sin dejar de veros un solo dia....

—La reina....

—La reina obtendrá mi mano; la mitad de mi sólio, y las atenciones debidas. Nada tendrá que ver con la madre de mi hijo, á quien me corresponde visitar, cuando mi visita por ningun concepto es sospechosa, y tiene lugar ante testigos.... ¿En qué puede perjudicarme ni perjudicarte este santo amor?

—En nada; respondió con alegria la huérfana.

—Pues en nombre de ese amor júrame secundar mis intenciones y aguardar tranquila á que se decida el lance, á cuyo final nos reuniremos para siempre en el mismo punto de residencia.

—Por nuestro hijo dormido en la cuna y velado por los ángeles, yo te lo juro.

CAPITULO V.

La enferma.

Una ojeada sobre Europa.

Un paralelo rápido entre la pasada y la éra á que nos referimos. El siglo XVI inaugura la revolucion en que hasta hoy batallamos. ¡Ni una tradicion ha de aceptar sin exámen! ¡Ni un instituto ha de recibir para mantenerle íntegro! ¡Ni una forma de existencia, ni una condicion social han de librarse de su análisis atrevido, de sus pretensiones innovadoras, de su ataque resuelto!

Seamos nuevos observadores del asombroso panorama. Limitémonos á ver ola tras ola de ese mar desencadenado que bate todo lo existente, y amenaza resolver en formidable cataclismo los cimientos de la obra de quince generaciones.

Renunciemos á juzgar, bastándonos seguir con mirada ansiosa el cuadro aterrador que la historia presenta á nuestra vista, y lejos del vanidoso pensamiento de presidir á esta imponente subversion de los destinos de la humanidad con esas apreciaciones filosóficas que desvirtuan la grandeza del espectáculo con la autopsia de sus fenómenos; contentémonos con revistar los pasmosos episodios de aquella tremenda lucha, y asistamos á los trances de la descomunal pelea entre lo *antiguo* y lo *nuevo*, sin entretenernos en la discusion de los elementos que chocan con ímpetu entre sí.

Colocados ante el siglo XVI como los afectos á escenas sublimes ante la fragosa tempestad, entreguemos los sentidos á la percepcion de tantas maravillas, y séanos grato sumir el alma en ese arredramiento que anuncia la presencia de lo grandioso, de lo terriblemente bello.

¿Quién es el hombre de ánimo apasionado á la observacion de la naturaleza en sus majestuosas convulsiones, que testigo de la borrasca, recuerde las esplicaciones imperfectas

de la física, en vez de concentrar su atencion en los portentos que se desarrollan á sus ojos?

¿No vale mas que las esplanaciones teóricas sobre el fluido eléctrico, las capas atmosféricas, la densidad del aire y la disolucion acuosa de las absorciones etéreas, deslumbrarse al fulgor del relámpago que serpea en las cenicientas nubes: estremecerse pavorido al zumbar del horrísono trueno, y ver desgajarse á torrentes la lluvia entre el pedrisco asolador que parece menudos fragmentos de una bóveda de cristal quebrado?

Pase ante nosotros el siglo XVI como esas brillantes comitivas cortesanas que atraviesan las pacíficas aldeas en sus giras bulliciosas, y dejan atónitos á sus sencillos vecinos, que con asombro se congregan al paso de aquella caravana de caballeros suntuosamente vestidos, y damas equipadas con soberbia magnificencia; nube de oro y vivos colores que pasa como la tromba arrebatada al escape de los trotones, y al raudo giro de las ruedas de sus carrozas.

Pase ante nosotros el siglo XVI como una fantasmagoría sorprendente, y en la que vayamos reconociendo á los soberanos guerreros: á los profundos políticos: á los generales famosos: á los audaces aventureros: á los novadores atrevidos: á los siniestros representantes de la barbárie desoladora; á los génios que continuan la obra del progreso encargada á sus luces por la Providencia: á los fatales génios que inspiran la ambicion, la soberbia ó la avaricia, contrapeso de Satanás á las voluntades de Dios.

No restan vestigios de las razas primitivas de Europa. Roma desnaturalizó cuantos paises entraron bajo su dominio, y la Jermania y despues el Africa y luego el Oriente, mezclaron sus mil progénies con aquellas castas ya latinas. Quedan tres familias distintas en el territorio europeo: la meridional, de idioma y civilizacion romanas: los franceses, españoles é italianos; la septentrional, de lengua y costumbres germánicas: alemanes, ingleses y escandinavos; la oriental, en gran mayoria de procedencia eslavona: polacos, húngaros y

rusos. La raza eslavona es la centinela avanzada de las barreras del continente. Los turcos y los mogoles asaltan con ímpetu el baluarte que resguarda la libertad de la primera parte del mundo. Mientras al otro cabo de Europa, la España interna la gente mora en el Africa y conquista en aquellos arenales tierras en que levantar una valla que cierre el paso á las tribus feroces, los de raza oriental prodigan su sangre á la defensa del resto de las razas europeas.

A la espalda de estos infatigables campeones de la emancipacion continental, las familias meridionales y septentrionales adelantan incalculablemente, y cuando ya no haya riesgo de invasion por parte de Turquía: cuando Soliman haya huido ante Cárlos V, junto á los muros de Guntz: cuando en las aguas de Lepanto háyase hundido la pujanza naval de los señores del Asia, al volverse hácia sus hermanos los eslavones, se admirarán de su civilizacion.

El feudalismo resplandece un punto antes de estinguirse, con la viva llamarada de la luz que muere, con el esfuerzo supremo del ser que va á espirar. Ha llegado la hora de las supremacías poderosas. La cadena de mil anillos que mantenia en equilibrio la preponderancia europea, caerá deshecha, como el nudo gordiano al corte de la espada del hijo de Filipo de Macedonia. La centralizacion de facultades dará por consecuencia la estincion de jurisdiciones forales altas y bajas. Los reyes empiezan á unirse con vínculos estrechos, y parte por conquista, parte por adquisiciones de familia, los fragmentos del territorio europeo constituido en feudo real, van formando provincias de reinos dilatados y pujantes. Bien pronto los monarcas chocarán con esos duques, landgraves, electores, barones, señores de horca y cuchillo, pendon y caldera, estados y justicia; y entonces se empezará la lucha, pero sin éxito para los dignatarios; una seccion rebelde perecerá en los cadalsos: otra será sojuzgada y aceptará el destino que plegue á la monarquia imponerla. Esa plebe sin derechos que entra en patrimonio de los señores feudales como un rebaño y en el acedamiento de humores

de un tiranuelo, se *enforca* sin mas formas de juicio que las empleadas por un carnicero para degollar la res que elije, comenzará muy pronto á ser una clase social. Desde que la servidumbre afloje sus hierros, la plebe dará soldados á los tercios reales que ciñan un dia la faja purpúrea; marinos que causen envidia á las demas potencias, ascendidos desde la mas humilde condicion de la armada; nombres ilustres á la galeria de notabilidades de todos géneros; porque faltando los motivos que hacian omnipotentes á los poderes opresores, la opresion se hará imposible, y al influjo del sol de la libertad política y religiosa habrá pueblo que juzgue, que obre y que pueda; y ni las voluntades despóticas formarán perpetua ley, ni se contará con la necesaria inercia de las grandes masas en los proyectos de la ambicion.

Lorenzo Córtes, natural de Harlem en Holanda, inventa en 1432 caractéres de madera, que graven en el *papirus* egipciaco los escritos. Guttemberg de Maguncia perfecciona el invento de Cóster en 1449 y la imprenta nace, recibiendo de los sabios contemporáneos la definicion de *mors oblivionis, arsque memoriœ* (muerte del olvido y arte de la memoria.)

La fútil ciencia de Pico de la Mirandola, ese fenómeno de la edad media cuyas tésis dan risa y lástima al par: risa por la insulsez de sus proposiciones: lástima por el tiempo perdido en combinarlas y sostenerlas; la metafísica de Aristóteles revuelta en cuestiones sútiles é insolubles: la vanidad escolástica alardeando sus distinciones innúmeras, su lenguaje bárbaro y sus luchas de vana palabreria; la soberbia del gremio científico dueño de los secretos del saber escondidos en manuscritos voluminosos y polvorientos; dragones del templo de las ciencias que vedaban el ingreso á las clases profanas.... la imprenta concluyó con todo esto.

La imprenta devolverá al mundo el saber que monopolizan unos cuantos: el talento tendrá un medio de emision: bajarán los rayos del sol de la inteligencia hasta las condi—

ciones mas humildes, y se arbitrará un recurso para protestar de las vejaciones sociales, de las esplotaciones odiosas, del despótico arbitramento que pesa sobre las creencias de toda especie, porque creando la publicidad, se creará ese juicio supremo de la opinion póblica: los emplazamientos no se harán ante el tribunal divino como el de los templarios á Felipe de Francia y Clemente V, como el de los Carbajales á Fernando IV: porque antes de tan estrema apelacion, quedará en la tierra el eco de una voz insofocable que trasmita el crímen y le haga objeto de eternas execraciones.

La perfeccion del invento de la pólvora, universalmente atribuida á un monge aleman, viene á trastornar las bases de una situacion caduca. Ese *fuego de Grecia* cuyo autor suponen á Calinico, arquitecto de Heliópolis, y que los sarracenos empleaban contra los cruzados, es el orígen de la invencion; pero el fraile germánico le aplica á la estrategia militar, y los ejércitos de Europa adoptan el socorro de la artilleria. El plomo mata al hierro, el bronce concluye con el acero.

En tanto que los combates eran cuerpo á cuerpo y brazo contra brazo, el valor personal fue un seguro medio de distincion. Dad á un hombre de grandes fuerzas y ejercitado en el manejo de las armas un vestido de hierro, un caballo resguardado con su armadura y cien soldados con el mismo equipo, y atravesará las filas de la infanteria que lancea á mansalva, y acuchillará quinientos paisanos armados, mientras el mas furioso golpe no hace mas que abollar su coraza, ó dejar una huella en su casco.

El señor feudal vé crecer á sus hijos entre las piezas de armadura: les coloca sobre el caballo apenas pueden guardar el equilibrio: les hace familiares las armas terribles de la caballeria, la formidable lanza, el pesado tajante, el hacha, la maza: sus juegos son los torneos: sus diversiones las correrias.... Valor, habilidad, fuerza y manejo, hé aqui los componentes de un héroe de aquella edad.

Asi se cuenta de Felipe Augusto, que derribado de su

caballo en la batalla de Bouvines, estuvo circuido por enemigos algun tiempo, sin que todos los golpes que se le asestaron bastaran á quebrantar la férrea cáscara que resguardaba su cuerpo, y en vano intentó un soldado aleman clavarle en la garganta un venablo de dos ganchos.

Cada noble caballero era un Aquiles invulnerable, y para mayor semejanza con el héroe de Grecia, asi como este podia ser muerto por herida en el talon, los guerreros de la alta clase no tenian mas riesgo en la pelea que descubrir el sobaco, indefenso por oponerse el libre juego de sus brazos á la cubierta de armadura.

La pólvora aplicada al lanzamiento de formidables proyectiles, y á vomitar el rayo en armas cada vez mas manuables y de adquisicion mas fácil, termina en esos semi-dioses de la espada, encerrados entre láminas de acero. Concluyendo con el prestigio de las reputaciones militares, establece la igualdad en el campo de batalla, y atravesando la coraza mas doble, nivela al hombre de armadura con el que dispara el arcabuz, al caballero con el villano; de suerte que un escuadron de nobles, vestidos de hierro, no arrollará impunemente á una infantería sin defensa contra adversarios tan bien defendidos; ni se contará en las crónicas que doscientos soldados persiguen y degüellan á cinco mil plebeyos de una banda revoltosa; porque popularizándose las armas de fuego, la mano de un niño dispone de la vida de un Cid, de un Martel, de un Ricardo Corazon de leon, de un Federico Barba-roja.

La forma militar que inaugura la invencion del fraile germano previene un mal de inmensa trascendencia. Estirpa esa barbarie belicosa, esas hordas aventureras que viven de la guerra; que alquilan sus auxilios, y son como los galos, hijos de un mundo salvaje, codiciosos de botin y curiosos de ver tierras, que á millaradas se desparraman por el orbe, imponiendo la ley marcial de aquellos tiempos: el tributo, el vasallaje ó el saqueo y el esterminio.

Castilla sufre el azote de las hermandades de armas. Bel-

tran de Guesclin y Oliveros de Clisson vienen en ayuda del bastardo real, Trastamara, y sojuzgado el reino, Enrique agota sus arcas y el numerario de su pueblo para satisfacer sus empeños con la cohorte auxiliar, ennobleciendo á los caudillos y capitanes.

La Italia se llena de *condottieri*, ó aventureros de todos los paises, que se organizan en huestes y viven del precio de su valor. No haya miedo que una paz de algunos años mantengan tranquilos los paises; los *condottieri* pedirán dinero á los ciudadanos, y estos pagarán el estipendio de su seguridad y la de sus intereses, por evitar contiendas con los bandidos belicosos. Pronto no bastó el oro á los jefes de aquellas falanges devastadoras: ambicionaron feudos; despues señoríos, luego soberanías. Los *Piccinino* y los *Sforzia*, obtinen una encumbrada posicion noviliaria en Nápoles, y el *condottiero* Francisco se sienta en el trono de Milan.

Si no se vulgariza el ejercicio de las armas, si no se coloca entre las manos del débil un poder nivelador de su escasa fuerza con la fuerza de los guerreros, la Europa está perdida. Las familias militares devoran al resto de poblacion; una irrupcion bárbara pugna contra el valladar que se la opone; una asolacion no menos bárbara veja el continente.

Los espíritus angustiados preveen una década de crueles infortunios, y eco de aquellos terrores el dominico Savonarola esclama en imitacion de los profetas judios ante Nínive y Babilonia: «*¡Oh Roma! ¡Oh Venecia! Milan! Italia, los bárbaros vienen como famélicos leones; os borrarán del catálogo de los demas pueblos... los enterradores gritarán por las vias públicas:* ¡QUIEN TIENE CADAVERES!....»

Pero la artillería se abre paso, y los aventureros pierden con su seguridad su bárbara audacia: los proyectiles diezman sus filas; un globo plomífero derriba sus mas intrépidos soldados; la metralla barre sus pelotones, como la escoba un monton de inmundicias. Al trueno del cañon se estremecen los hombres de hierro, y la preponderancia de los fuertes sucumbe al imperio del invento germano.

Los navegantes conocen la brújula y la direccion del imán permiten emprender largos viajes, que dan una nueva parte al mundo, y abren paso á las Indias por el Cabo de Buena-Esperanza. La poblacion aventurera tiene una salida que simultáneamente libra á la sociedad de las escrecencias peligrosas de su generacion, y utiliza la osadia y la bravura de aquellos hombres, entregados al azar, en conquistas pingües, que enriquecen los erarios, y facilitan las empresas monárquicas. El comercio marítimo vá á recibir un ensanche prodigioso, y el amor á la independencia y los medios de accion que suministra el crédito mercantil, destruirán la importancia de la orgullosa reina del Adriático, crearán la república de Holanda, y darán el tridente de Neptuno y cetro del mar, á la culta Inglaterra.

La aristocracia de la fortuna vá colocándose al nivel de la nobleza de espada. Los Médicis, opulentos mercaderes de Florencia, empiezan á ejercer una potestad sin título; impulsan el movimiento científico, artístico, industrial y literario, y desde Cosme, *padre de la patria,* los Médicis ciñen corona, y habitan en suntuoso palacio. Venecia, heredera del poder marítimo de las repúblicas meridionales, reconoce al comercio por sustentador de su pujanza y escoge sus pro-hombres entre las nombradías ilustres por esperiencia en vastos tráficos y sus dotes comerciales.

Guerras sangrientas preceden á la reconstruccion de poderes públicos, que se hace cada vez mas apremiante. Los príncipes luchan contra el hecho y el derecho, y así se titula rey de Francia el monarca inglés; Fernando V, y Luis XII se disputan las coronas y dictados de reyes de Nápoles, condes del Rosellon y Cerdeña. Cárlos VIII piensa en la conquista de Constantinopla y Jerusalen; Maximiliano de Austria combate sin tregua por la herencia de Cárlos el Temerario, la mano de Ana de Bretaña, y la prepotencia en el territorio itálico.

La religion cristiana vé levantarse á la reforma, rujiente como un mar embravecido; pero cuyas olas deben estrellar-

se contra la peña innaccesible á sus furores. Pelagio y San Agustin, el libre albedrío, y la divina gracia, libran la primera batalla, y el pelagianismo desaparece ante el asordador clamoreo de la invasion bárbara, que llena de tinieblas al mundo. Berengüer de Tours y Abelardo se encargan de la insensata apoteosis de la razon, entregada á sí misma, y San Bernardo les confunde fulminando la verdadera doctrina de la iglesia, y estirpando aquellas reminiscencias de Pelagio y Celestio. Llega Santo Tomas y ecléctico entre las escuelas de la gracia y el arbitrio humano, fija la regla, llamada *perenne* por Alberto el Grande. La razon humana y la gracia divina cuentan dos escuelas, tenaces en sus pretensiones absolutas, y razonadores y místicos, prosiguen su contienda, refugiados en la universidad de Paris, rival de Aviñon y Roma; en la escuela legista que lleva su discusion material y analítica á los insondables misterios de la fé, hasta Dubourg y Calvino, discípulo de los jurisconsultos de Orleans y Bourges; sostenidos en Alemania por los franciscanos, por Ruysbrok, y Tauler hasta Martin Lutero.

Asi es que la reforma no cojerá los frutos de predominio y magestuoso desarrollo que la unidad produce. Aun no ha levantado su bandera y ya discrepa en las dos profesiones de fé; la jinebrina será democrática; la de Witemberg aristocrática. La una llenará la Suiza de academias, escuelas y sectas en pugna; la otra se encerrará en abstracciones teológicas, que encadenen el vuelo del pensamiento. Zwingle secunda las ideas de Wiclef, y Juan Huss, y rebaja el dogma y el culto á la simplicidad de las costumbres rústicas; esto es, entrega al vulgo la religion desnuda de sus grandiosos símbolos, de sus arcanos y sublimidad, para lisonjear su amor propio vanidoso, que repugna lo que no penetra y se rebela contra los abismos en que se hunde la débil razon del hombre frente á la grandeza de Dios. Lutero esplota las flaquezas humanas para combatir la herencia divina; recoje los sarcasmos de los libelitas, y las represiones de los varones celosos para deslumbrar con ejemplos

y conducir á los ilusos á la denegacion del dogma poco á poco. Aprovecha las pretensiones ambiciosas de los príncipes y hace pedazos la tiara para repartirla á los reyes y grandes señores. La iglesia es rica, y Lutero, declara bienes de los sumos imperantes el patrimonio eclesiástico. Cada monarca es gefe de la iglesia de su reino; Cesar vuelve á unir la púrpura del imperio, y los signos del sumo pontificado.

No negaremos nosotros que las costumbres eclesiásticas sufrian una relajacion lamentable. No es ya Erasmo, espíritu incisivo, el que representa la disolucion espantosa de las costumbres; sino Budéo, y el piadoso Luis Vives; Hildeberto, obispo de Tours, y el entusiasta Dante lo confirman; y el gusto por las sátiras de Bocaccio y Rabelais indican que el clero comenzaba á perder la aureola de veneracion, que sus antiguas virtudes le captara.

Que la iglesia sufre los males anexos á las opulentas condiciones todo lo justifica. Los cargos eclesiásticos son una posicion culminante bajo el punto de vista positivo. El feudalismo se ha incoado en sus formas disciplinarias, y se conocen dignidades abaciales, que muran los conventos; mantienen tercios mercenarios, y administran justicia en su territorio feudal. Se han visto obispos presidir á la matanza en sangrientos combates; Guerin, recien electo para el episcopado de Senlis, ordena el ejército de Felipe Augusto en Bouvines, y tambien batalla en aquella jornada el obispo de Beauvais, que aplasta cabezas á diestro y siniestro con su maza, con lo que juzga no queda irregular pues no *derrama sangre*. Desde que la iglesia es rica descuida las ciencias, y renuncia á esa sabiduría que atrayéndola todos los espíritus amantes del saber, la valieron el acatamiento de la santidad y la sumision á la guia del genio. Enorgullecida por el fausto de su riqueza desdeña las ásperas labores, que trae consigo el estudio; y sin embargo no quiere abdicar el cetro del predominio científico y literario; por lo que se crea una ciencia, tan ampulosa como vana, la escolástica; que como

dice Erasmo con tanta oportunidad «*disputa sobre frioleras, y cuanto diserta mas, tanto mas se aleja de lo justo y verdadero.*» Una vez fuera del recto camino; una vez en las sombras de la metafísica; entre *ideas universales, quidditates,* y *ecceidates,* el adelanto es imposible: las ciencias se hacen legas, y en lugar de buscar su apoyo en la clase eclesiástica, el primer escollo del saber verdadero es la falsa sabiduría de doctores monacales, que opondrán en Salamanca un versículo mal interpretado á las demostraciones de Cristobal Colon, y encerrarán en Italia como herege al astrónomo Galileo.

Haciéndose feudal la iglesia, el pontificado se constituia en rival del imperio: centro de la feudalidad eclesiástica frente al núcleo de la feudalidad civil. Naturalmente un poder tuvo que competir con su émulo, y hé aqui á Gregorio VII, que ataca la simonía y el adulterio del rey de Francia; la posicion cismática de la Inglaterra; los fueros del emperador; que obliga á Enrique IV á solicitar audiencia descalzo, vestido un sayal, y con la soga al cuello en el patio del castillo de Canossa; que muere en el destierro con el orgullo de haber llevado dignamente la tiara, Y á Lotario de Sajonia jura en Worms no velar las elecciones eclesiásticas, y un legado pontificio preside á la dieta, llevando dos obispos el acta de eleccion á Roma para que Honorio la valide. Federico Barba-roja resiste las pretensiones pontificias y desciende hasta las gradas del solio de Alejandro III, que le coloca un pie sobre el cuello, mientras los cardenales cantan el versiculo, *super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem et draconem* (andarás sobre el aspid y el basilisco, y hollarás al leon y al dragon).

Bonifacio VIII representa la derrota de la supremacía pontifical. Prisionero en Agnani por órden de Felipe de Francia, es objeto de los ultrajes mas impíos, y la mano armada de ferreo guntelete del sacrílego Colonna sujetada por Nogaret cuando dirigia la espada contra el pecho del anciano, se descarga sobre el rostro del sucesor de Pedro. Aqui em-

pieza la *cautividad babilónica.* Durante un siglo el poder supremo de la iglesia gemirá esclavo de las potestades temporales, y el escándalo de las competencias entre anti-papas, anti-Césares, bulas contradictorias, y recíprocas escomuniones, hará estremecer al orbe católico: los rayos de la iglesia entrarán en el arsenal de los reyes, y mientras Josse de Brandeburgo, Sigismundo, y Wenceslao combaten por la púrpura del imperio, Benedicto XIII, Gregorio XII y Juan XXIII; fulminan anatemas á merced de sus protectores: los príncipes temporales se complacen en humillar á los papas que hacen elegir, y la iglesia para salvarse tuvo que proclamar el principio de superioridad del concilio sobre el pontífice.

Terminado en Pisa el cisma occidental, queda la era asquerosamente positiva de la Europa. La sed de oro, una sed insaciable de riquezas, se apodera de las dinastías imperantes. Felipe el Hermoso de Francia y Clemente V sacrifican la órden del Temple á la codicia de confiscar sus cuantiosos bienes. Juan; Eduardo III; el emperador Cárlos IV, dan el ejemplo de una avaricia nauseabunda: la silla de San Pedro no se liberta del espíritu atesorador; pasion de la época. Tras la venalidad que proporciona ilegítimas ganancias viene la soberbia de la ostentacion, y las prodigalidades de un lujo que devora los tesoros y arrastra á los potentados á escesos de todos géneros. La contraposicion entre los preceptos del dogma y los actos, alarma todas las conciencias. Alejandro VI y el belicoso Julio II son la antítesis de su carácter sacrosanto, y ciertos manejos harto inconsiderados dan pretesto á una rebelion impaciente.

Con semejantes desórdenes, la reforma se inaugura en el territorio germánico; simpática á los príncipes del imperio, blanco de las pretensiones antiguas del pontificado; por que venga los agravios pretéritos, y los exime de una dependencia, que choca á sus instintos de absoluto poder; acepta á los ánimos díscolos, que no pueden tolerar el reconocimiento de una direccion suprema, que dictando la regla típica de conducta, obstruye el camino á los caprichos dis-

cordantes; considerada como la bandera de emancipacion por los espíritus impetuosos; por esos apóstoles del renacimiento científico, que huyendo de la futilidad escolástica, de las vagas abstracciones aristotélicas, dan en el materialismo de la ciencia pagana y en la vanidad de su erudicion se despeñan por la pendiente de la filosofia escéptica y denegadora; recibida con entusiasmo por esa multitud miópe, que seduce un tribuno por medio de violentas declamatorias; porque tan ignorante como malévola se deja persuadir por la palabra del primero que combate la institucion que la impone deberes; la potestad que limita su arbitrio; la fuerza que obsta á sus veleidades.

La reforma principia arrastrándose hipócritamente humilde á las plantas del vicario de Cristo. En la era á que nos referimos Lutero acaba de escribir: *Yo me humillo á vuestra Santidad, y me pongo á sus pies con cuanto tengo y valgo... Padre Santo, matadme ó dadme vida. Bien podeis llamarme ó rechazarme; aborrecerme ó devolverme vuestra gracia. Yo siempre reconoceré en vuestra Santidad la voz de Cristo que en vos está y habla por vuestra boca.*

Mas adelante, rechazadas las subertidoras doctrinas, que procura hacer pasar á favor de estas falaces protestas de sumision, Lutero llamará á Leon X *el Anticristo de Roma*; derramará el vírus de su furia en el incendiario folleto *llamamiento á la nobleza cristiana de la nacion germánica*, y tomando el oficio de verdugo quemará por su propia mano el diez de diciembre de 1520 el *Decreto*; *las Decretales la Estravagante* y la bula pontificia en que se le declara hereje.

Los hombres de sentimientos religiosos deploran el estravio de tantas ilusas conciencias. Los superficiales políticos que llevan su arrogancia hasta el vaticinio, juzgarán herido de muerte el principio unitario de la Iglesia Católica, los adversarios del Vicariato Apostólico cantarán un himno de triunfo, reputando minada la base de la supremacía de Pedro, y los infinitos rebeldes secretos al yugo

de la autoridad y al réjimen de la disciplina, viendo acudir por Alemania, Inglaterra, Bohemia, Suiza y Francia las Teorias disidentes, recordarán las promesas del Salvador á su Iglesia: *portae inferi non praevalebunt adversus eam,* (las puertas del infierno no prevalecerán contra ella) y preguntarán con ironía qué auxilio espera la esposa de Cristo á quien sus fieles abandonan en tan crecido número...

En 1520 el heresiarca sajon quema públicamente en Witemberg los libros canónicos, y á esta declaracion de guerra á la Iglesia Romana responden los príncipes germánicos emancipándose de la comunion apostólica; el gran maestre de la órden Teutónica abjurando sus votos, y fundando por la traicion la dinastia prusiana; la *jóven iglesia* suiza; Muntzer con su cohorte anabaptista; los *hermanos convulsionarios*; Grebel y Mantz con sus *frenéticos,* las guerras en que la reforma alternativamente vencida y vencedora se consolidará en el Norte de Alemania, y por último, el contrapeso político de la dominacion espiritual, que ha menester un escarmiento á la vista para contener sus descarrios.

Pero esa artillería recien perfeccionada en la época á que hacemos relacion en nuestra revista, y que ha concluido con el sistema de hierro, es el instrumento misterioso de que la Providencia se vale en sus inescrutables designios para dar un defensor á la Iglesia, atacada en la integridad de su doctrina; para fundar un instituto que se contraponga á los adelantos de los innovadores; para parar los golpes que descarga el genio de la discordia al Santa-*Santorum* de la fé y del culto.

Una bala de cañon postra en el lecho de los dolores á cierto jóven y bizarro oficial español, en el sitio de Pamplona en 1521. Durante su forzada quietud se distrae con la lectura de dos piadosos libros, y su corazon siéntese tocado de la divina gracia. Hace el voto de consagrar su vida al servicio de la relijion del Crucificado, y apenas restablecido, se aplica á cumplir su juramento, y despues de

infinitas contrariedades erije con la pontificia autorizacion su órden. Este jóven fué Ignacio de Loyola: su fundacion la compañía de Jesus.



No es el instituto de Ignacio el reflejo de aquella exaltacion férvida de un culto de severa pureza, de ardiente misticismo, que llenó la Tebaida de celdas oscuras; las cavernas de bosques y montañas de penitentes moradores, y consagró las terribles sublimidades de una maceracion, que anonadaba la materia para emancipar el espíritu. No es el desprecio de las cosas terrenas, que creó la vida monacal, como renuncia del mundo y aspiracion á Dios en la soledad, y en las austeridades del ascetismo. No es la fundacion de Francisco de Asis que da el ejemplo de la grandeza de la criatura, que acepta como destino la indigencia, la humil-

dad, y la perpétua sujecion á una voluntad absoluta. No es la fundacion de Buenaventura, que formula las condiciones claustrales. No es la fundacion de Domingo de Guzman, que vincula la esplicacion de los misterios en una órden, destinada á tesoro de las ciencias sacras.

Loyola conoce su siglo: comprende las necesidades de su era, y arregla su instituto á las nuevas exigencias defensivas de la religion de Cristo. No se trata ya de perfeccionar las prácticas religiosas, llevando el culto al idealismo de los sacrificios costosos al último punto de victoria sobre la rebelde carne; sino de contrastar el efecto de los ministros insurgentes, que van predicando la cruzada contra Roma, gritando: (*sublevaos*) de aparecer fuertes con incontrastable fortaleza de la ciencia y la disciplina, para decir á los vacilantes, ¡*obediencia*!

Loyola no impone ayunos, cilicios, abstracciones, maceracion; ninguna obra que aisle: ninguna regla que alce un muro entre el mundo y el cláustro, ningun sistema de la vida estraordinaria. Los ignacianos necesitan actividad, energía, esperiencia, relaciones sociales. Son hombres de lucha: paladines de la fé cristiana. Deben recorrer de un cabo á otro del globo. Deben reunir á la elocuencia de los hombres eminentes el tacto de los hombres de mundo. Deben insinuarse en todos los ánimos con ayuda de esos resortes, que nunca toca en vano el talento favorecido por la habilidad. El protestantismo, su enemigo, se radica por las predicaciones de sus principios de insubordinacion á las tradiciones eclesiásticas, por sus llamamientos á la congregacion disidente, por los catecismos con que se inocula en la inteligencia de los párvulos. Los Jesuitas combatirán al *dragon del Apocalipsis* con las armas que emplea. Predicarán para confirmacion de las creencias débiles: correrán en misiones celosas las cuatro partes del orbe, y se apoderarán de la educacion para vigilar la insinuacion profana que un dia pudiese conducir á la pernioiosa teoria de la emancipacion de todo principio mas alto que la razon y la conciencia.

Los reformados y sus próximos, los secretamente hostiles á la autoridad de la Iglesia, podrian preguntar con irónico tono al despuntar el siglo XVI: *¿Qué será de Pedro?* ¡Insensatos! Por cada provincia germánica que ganen sus doctrinas, la compañía de Jesus dará al catolicismo cien territorios, y por cada reino que acepte una de las mil profesiones de fé que dividen y subdividen su escuela, los hijos de Ignacio de Loyola rendirán al dogma puro de nuestra comunion las mas remotas regiones de la tierra.

No se glorien de haber socabado los cimientos de la silla apostólica; de haber fulminado contra el vicario de Cristo la protesta de separacion de los dignatarios alemanes. Cuando quieran estender su dogma cismático hallarán, á los Jesuitas en la Italia septentrional fronteriza á la Germania; en Viena; en los cantones Suizos; en Flandes; en España; en Francia; donde quiera que fijen la vista. ¡Allí, dispuestos á la resistencia! ¡Allí, circunscribiendo por límites á la reforma el círculo de su accion primera!

Y mas allá, en indemnizacion de los paises segregados, Francisco Javier y sus misioneros avanzan afiliando á la Iglesia la India, el Africa, la China y el Paraguay. Aprendiendo los mil dialectos de las poblaciones salvajes; sometiendo á su amistad las tribus mas feroces: haciendo comprender la escelencia evangélica á hordas antropófagas; á familias que erigen en ley generacion la venganza del mas mínimo agravio, á imperios que divinizan las gerarquías políticas, y creen ocupado el acto por un Dios indolente que en nada se cuida de sus hechuras. El estudio de las costumbres les facilita la introduccion, y aposesionados del terreno, la catequizacion es indudable. Asi aparecen Saturnos del Paraguay llevando las nociones del culto agrícola, y derramando el cuerno de la abundancia sobre aquella tierra vírgen; mientras en China, pueblo sensible al lujo y que no comprende la grandeza sino entre los esplendores del fausto, truecan sus sayales y humildad por la magnificencia y el boato de los mandarines; porque para merecer consideracion y adquirir el derecho de

hablar con garantías de éxito, es forzoso el prestigio de la riqueza, y por este medio popularizan en el pais con la religion católica las artes europeas. Asi debe servir de valla á la rebelion religiosa que el siglo XVI inaugura, ese instituto grandioso que el cardenal de Bausset llama—«*cuerpo instituido con tan admirable perfeccion, que ni tuvo infancia ni decrepitud.*» . . . .

Fijándonos en el centro del poder público europeo: en la supremacía gerárquica occidental; en el sucesor de Cárlo Magno, hallamos vacante el imperio por muerte de Maximiliano I, y provisto el trono Cesáreo por eleccion de los siete electores imperiales en Cárlos I de Austria, rey de España y los Paises-Bajos, V en Alemania: héroe de la leyenda que tan laboriosamente confeccionamos con el único voto de propagar la novela histórica española, novela que presenta la historia sin aridez, historia que dé utilidad á las formas novelescas.

Hablemos de Maximiliano, supuesto que en él se representa la época de transicion del siglo XV al XVI; época que hemos querido abrazar en una rápida ojeada, revista que concluye personificando en dos términos de un periodo histórico Maximiliano y su nieto Cárlos, los precedentes de la revolucion social que venimos examinando con el doble interés de historiadores y novelistas.

Maximiliano, hijo de Federico III, subió al trono imperial á los treinta y cuatro años, y recibiendo el archiducado de Austria, los ducados de Estiria, Carintia y Carmola, les añadió en 1496 el Tirol, el Brigau y Sundgan, y el condado de Ferreti, ademas del ducado de Borgoña, Flándes, Limburgo, Hanonia, Holandia, Artesio, Zelandia y Güeldres que por el matrimonio con Maria de Borgoña le correspondieron. Su padre obtuvo de los electores que le nombraran rey de romanos en 1486, pero no llegó á coronarse, segun la ritualidad de la *Bula de oro*; código supremo que arreglaba las ceremonias de la investidura imperatoria, debido á Cárlos IV. Su ascension al sólio Cesáreo rodeó de prestigio al Austria,

porque aun príncipe, Maximiliano contrastó el poder de Luis XI, y le forzó á quemar á Mortaigne que pertenecia á la Francia, para contener la invasion borgoñona-germana en sus Estados. Sujetó las rebeldias flamencas y entró en Gante vencedor. Fue por capitan de ejército de su padre contra Matías, y despues de reconquistar en seis meses lo que el Bohemio conquistó en seis años, estipuló aquella convencion famosa que hizo á la Bohemia tributaria del imperio, y reservó la Hungria para los herederos del rey de romanos.

Maximiliano en su política interior tiende á pacificar sus dominios para emprender, desembarazado de intestinas divisiones, las guerras á que le provocan la ambicion francesa y la audacia de los príncipes sustraidos al respeto del poder imperial en vista de las debilidades de su antecesor en el mando. Al efecto reune en Worms la Dieta y prohibe toda agresion de los señores feudales entre sí y todo desafio, bajo pena del *bando del imperio,* multa de dos mil marcos de oro y pérdida de feudos y exenciones señoriales. Erije un tribunal supremo que conozca acerca de las violaciones de la paz pública bajo el nombre de *Cámara imperial,* y fija el poder del *Consejo áutico.*

Respecto á sus guerras, Maximiliano se alió con el Papa, con Luis el Moro, tutor del jóven duque de Milán, con la República de Venecia y Fernando el Católico, á fin de contrapesar la dominacion de Francia en el continente italiano. Vengó los ultrajes que osaron hacerle los Venecianos, tomándoles algunas ciudades del Tirol y de Istria. Cambió con Luis XII sus pretensiones renunciando el Milanesado á favor del francés con la condicion de ayudarle á obtener las coronas de Hungria y Bohemia. Francisco I se abre paso con aquella intrepidez y feliz estrella que le señalaron á la admiracion del mundo á su brillante aparicion de meteoro en el horizonte político, y en la jornada de Marignau redujo á la impotencia á todos los monarcas coligados contra su predominio en la Península itálica. El tratado de Bruselas renovado en Cambray el 11 de marzo de 1517 in-

cluyendo en sus estipulaciones á Cárlos ya rey de España y Flándes, contenia la renuncia del Milanesado que pasaba por esta cesion á Francisco, estableciéndose una liga defensiva entre el Austria, la Francia, España y los Paises-Bajos. Noyon fue el lugar destinado á las conferencias, y Guillermo de Chievres, ayo de don Cárlos, y Boissi, instructor de Francisco, terminaron un pacto de alianza que creyeron indisoluble; pero la esperiencia les hizo ver una tregua momentánea, lo que reputaron trato duradero y dificil de quebrantar.

Maximiliano, que segun Sandoval, *tardó los diez primeros años de su vida en hablar, por lo cual pensó el emperador Federico, su padre, que fuera mudo y bobo,* fue sin disputa uno de los Césares mas dignos de Germania. Se le reprende por los historiadores la inconstancia en sus empresas y la movilidad de su espíritu: pero todos á escepcion del poco concienzudo *Robertson,* están contestes en que no tuvo rival en su éra, ni en valor, ni en perspicacia, talentoy rectas intenciones.

Cuéntase que un caballero francés, famoso por sus proezas y su pujanza, hizo publicar en Worms un cartel de desafio, retó á toda la caballeria alemana emplazando á sus competidores y previniéndoles hora y sitio. Llegado el dia, el paladin franco salió á campaña y pasó largo tiempo sin que se presentase rival. Pero al fin entra en la liza un guerrero germánico, y trabándose la pelea, despues de una obstinada lucha, el incógnito derriba muerto de una lanzada al mantenedor. Pide el pueblo que el valiente aleman alce la visera de su casco, y reconoce al emperador Maximiliano en el campeon victorioso.

Comprendió sus intereses antes que ningun príncipe de su tiempo, y adivinando la hora del feudalismo, creó el primer ejército permanente conocido en Europa. Inventó dos lanzas de nueva forma generalizando su uso. La fundicion de la artilleria le reconoce por uno de sus perfeccionadores, y la fabricacion de armas de fuego le es acreedora de preciosos adelantos.

Al comenzar Lutero sus primeras hostilidades, Maximiliano quejoso del Papa y no muy complacido con la prepotencia de las dignidades archi-episcopales y soberanos teocráticos de su imperio, vió sin disgusto levantarse una contraposicion vigorosa al escándalo de los abusos y á la irritante venalidad de la curia romana. Si Martin Lutero se hubiese contentado con perfeccionar la obra de Erasmo; si hubiera sido anatema de los vicios de que este era la sátira, y en vez de atacar el dogma se limitara á denunciar los escesos que lastimaban la pureza de la disciplina, Maximiliano hubiera sido su mas declarado patrono; porque ademas de abundar en las ideas de reforma que se hacia necesaria, y por la que exigió de Leon X la convocacion de un concilio general, se resentía de las infidencias con que el Pontífice frustrara sus mejores proyectos en Italia, y de las exacciones ruinosas con que continuos legados y predicadores de indulgencias agotaban los recursos de sus pueblos. Mientras que el monge Agustino no fue mas que el opositor de Tetzel, y se circunscribió á protestar contra la mision del violento dominico, el emperador aplaudió sus brios, y en cierta ocasion dijo á un consejero del elector de Sajonia: «*Me gusta vuestro fraile; habla con entereza y toca en lo vivo las cuestiones. Cuidad de él que podemos necesitarle.*»

Maximiliano era hombre de gran corazon, y familiarizado con los riesgos desde jóven; endurecido en las fatigas del campamento, y acostumbrado á las rudas faenas de monterías y cabalgatas. Alternaba las ocupaciones militares, los afanes políticos, y los ejercicios del cuerpo, con estudios graves y de solaz. Aun conserva Alemania algunos de sus tratados sobre moral, táctica, arquitectura, y derecho público; como tambien acerca de alconería, floricultura, y hasta un arte de cocina.

Maximiliano hacia conducir no solo á sus espediciones belicosas, sino hasta á sus giras de placer, una pesada caja, donde segun el cronista Olivier iba su féretro.

Presidió el mas envidiable destino á el auge de su des—

cendencia, debido en gran parte á la inauguracion de política de alianzas, que el primero intentó en Europa; trabajando cuanto no es dable esplicar por reunir la Borgoña y las provincias flamencas al imperio que algun dia hizo estremecerse de pavor á Cárlos el Temerario.=*Hijo mio* (escribia á su nieto don Cárlos) *Los reyes tenemos el corazon en la cabeza: nada de princesas seductoras: una heredera de grandes feudos que añada un floron á la corona, ó cuando menos, una dama real que procure poderosas coaliciones.* Los consejos del emperador dieron su fruto, y merced á felices alianzas, la prole de Maximiliano reinó en una estension de territorio mas dilatada que la reunida por Cárlo-Magno á costa de tantas, tan largas y azarosas luchas. La prosperidad de la casa de Austria por el método de las alianzas bien calculadas, favorecidas por la Providencia, se esplica elocuentemente en un dístico latino, que se atribuye á Matías;

Bella gerant aliis, tu, felix Austria, nube;
Nam, quae Mars aliis, dat tibi regna Venus.
Combatan otros: Austria, consorcios—eslabonas,
y en vez del feroz Marte, Venus te da coronas.

Sintiendo su fin próximo Maximiliano, encargó á los electores imperiales que nombrasen por César á su nieto Cárlos, espresando en un razonamiento en estremo persuasivo las causas que apoyaban tal pretension de su parte; la naturaleza germánica de su protegido: la consideracion á los méritos de la casa de Habsburgo; la necesidad de un príncipe de por sí poderoso para robustecer el decaido crédito imperial, y finalmente, las grandes esperanzas que podian concebirse de un jóven de diez y nueve años, reputado en el continente por hombre de brillante talento, perspicacia suma y prudencia estraordinaria. La memoria de las exhortaciones de Maximiliano no fué el menor precedente de éxito para Cárlos V, ídolo del buen rey de romanos, que le llamaba mi tesoro.

Cercano á fallecer entró en la cámara Astolfo Maximiliano, conde de Nassau, camarada militar, inseparable compañero del moribundo emperador. El conde lloraba desolado. —Señor y glorioso César, (dijo á su ilustre coetáneo) juntos hemos vivido; juntos debemos morir. —Astolfo, (respondió con voz apagada el abuelo de Cárlos) el César no es el que muere, sino el hombre; llámale por su nombre pues: Maximiliano.

—¿Qué deseais, señor? preguntóle su canciller, viéndole revolverse intranquilo en el lecho. —Ser enterrado con doña Leonor de Portugal, mi madre, consecuente con la regla de física: *«el efecto vuelve á su causa.»*

Maximiliano murió en Belsis el miércoles 12 de enero de 1519, de resultas de la disenteria; de edad de 73 años.

Cinco meses estuvo vacante el imperio y las intrigas mas descaradas se pusieron en juego para obtener la supremacía feudal europea. Francisco Primero, al decir de Fleuranges, paseó por toda Alemania cuatrocientos mil escudos de oro, escoltados por cuatrocientos arqueros vestidos de malla de plata. Veinte mil infantes, cuatro mil caballos, y numerosos trenes de artilleria al mando del marqués de Brandeburgo y Sikingen, formaron una especie de bloqueo en torno de Francfort sobre el Mein, ciudad destinada por la *Bula de oro* á Congreso electivo. Enrique VIII negociaba, favorecido por Leon X; pero todos sus esfuerzos no bastaron á conquistarles un solo elector de los siete. Fray Tomás de Vio Cayetano, fraile dominico, legado del papa, conspiraba contra Cárlos, pugnando por los intereses de Francisco. El arzobispo de Tréveris comprado por el rey francés unia á los conatos del nuncio apostólico las mas activas diligencias en perjuicio del soberano español.

Despues de haber recojido las donaciones de los tres monarcas mas ricos y considerados del Continente, concordaron todos en elejir emperador al duque Federico, elector de Sajonia, príncipe el mas prudente, esforzado y opulento de su pais; pero el duque, grande amigo de Maximiliano,

recordó sus deberes y las consideraciones á que le era acreedora la memoria del difunto rey de romanos, y haciendo formal renuncia de la dignidad Cesárea, persuadió en un elocuente discurso á sus cólegas que hiciesen recaer la designacion en Cárlos de Absburgo, nieto de su protector y particular afecto.

Los electores eran el duque renunciante: Alberto, arzobispo de Maguncia: Hertuad, arzobispo de Colonia: Ricardo, arzobispo de Tréveris: Luís, rey de Bohemia y Hungria: Joaquin, marqués de Brandeburgo, y Luis, conde palatino de Rhin.

El arzobispo de Maguncia, el de Colonia, y el rey de Bohemia se declararon constantemente por Cárlos: el arzobispo de Tréveris, el marqués de Brandeburgo, y el conde Palatino sostenian á Francisco. Cuando Federico el Sajon dimitió el alto destino que le confirieran los electores, contentos de perder los intereses de sus respectivos patrocinados con tal de no arriesgarse á que preponderaran los de su rival, la defeccion vergonzosa del conde Palatino, pariente del francés, decidió al marqués de Brandeburgo á votar por emperador al rey Católico, temeroso de la venganza que pudiese tomar un dia de su disidencia, y puso á Ricardo de Tréveris en el duro trance de dar su voto á Cárlos, por no atraerse la nota de singularidad en el acuerdo de la asamblea de Francfort. Entonces fué (dice la crónica) cuando se gritó dentro de la suntuosa catedral ¡*Cárlos, rey Católico, emperador de Occidente*!

Francisco quedaba derrotado, y sus cuatrocientos mil escudos de oro, derramados con tanta prodigalidad no le habian servido mas que de retardar el éxito de la contienda y de rellenar sin fruto las escarcelas de aquellos potentados germánicos, tan codiciosos como ingratos. Cárlos ceñia la corona primera del mundo; pero entre el esplendor de su reciente gloria dedicaria algun pesaroso recuerdo á los ochocientos cincuenta y dos mil, ciento ochenta y nueve florines, empleados en saciar la avaricia de los venales elec-

tores, y tomados en préstamo de los Fugger, banqueros de Ausburgo.

Al oponerse el rey cristianísmo al imperio, dijo al Católico con su ordinaria viveza.—«*Entrambos cortejamos á una misma dama: empleemos uno y otro todos nuestros esfuerzos en salir bien; mas luego que la suerte haya escojido al rival afortunado, el deber del otro es resignarse, retirándose en paz.*» Estas protestas eran sin duda inspiradas por la mas esclarecida buena fé; pero entre la resignacion al vencimiento y el orgullo de Francisco mediaba una distancia insuperable. Concibió pues una profunda aversion hácia su favorecido émulo; y al recibir la nueva de la eleccion de Cárlos, esclamó con siniestra sonrisa.—«*Muchos florones cuenta la corona de Carlo-Magno; pero algunos he de hacer yo que venda el nuevo poseedor.*»

El nieto de Maximiliano fué advertido de su fortuna por personas deseosas de ganar las albricias, que en nueve dias atravesaron las trescientas leguas de Francfor á Barcelona para anunciar que el 28 de junio de 1519, habia sido pública y solemnemente proclamado.

Aun todavia tuvo Cárlos que vencer dificultades antes de partir para Alemania; pero llamado con instancias repetidas por los electores, y avisado de ciertos manejos entre Francisco y Enrique para impedirle el tránsito se dió á la vela en la Coruña el 22 de mayo; llegando á Flandes para poner en concierto los ánimos perturbados, y tomando de seguida la ruta de Aix la Chapelle, ciudad destinada por la *Bula de oro* á las consagraciones imperiales, como queda dicho, se hospedó en el palacio episcopal en la fecha á que nos referimos en este capítulo; el 22 de octubre de 1520, dia en que ha firmado la carta de privilejios é inmunidades del cuerpo germánico; capitulacion solemne, que sus embajadores aceptaron en su representacion, y garantiza de su escesivo poder la division política del imperio.

Cárlos, noticioso de la amenaza de Francisco, traduccion fidelísima de su despecho por la derrota de Francfort

replicó con reconcentrada cólera: —¡*Plegue á Dios que la corona de Cárlo-Magno no le cueste la de San Luis*!

. . . .

. . . .

. . . .

Una litera acababa de detenerse ante la puerta de cierta casa, sita cerca de la Plaza Mayor de Aix la Chapelle; al estremo de una calleja sin salida. La casa está denunciando en el escudo de mármol, sostenido por dos leones en la fachada, en las cuatro torrecillas de su terrado; y en las rejas laterales del balcon, al estilo de aquellos *nidos de golondrinas* de Luis Onceno, la procedencia feudal de su constructura.

Uno de los conductores se acercó á la portezuela, birrete en mano, y aplicó el oido. Sus signos dieron á entender la comprension de las órdenes que recibiera, y llegándose á la puerta hirió vigorosamente el yunque de fierro con el aldabon en figura de grifo.

Un mendigo cubierto de harapos y andando dificultosamente, merced á una muleta, se llegó á la ventanilla de la silla portátil, implorando misericordia; mas como no le respondiesen llevó la mano al cortinage de damasco, que obstruia la vista del interior de la litera. Un brazo robusto hizo atrás al pordiosero con viveza, y poco despues una mano cubierta de un guante de ámbar gris perla arrojó una moneda de plata al importuno, que la recojió refunfuñando y retiróse socorrido.

La puerta del caseron feudal fue abierta por un anciano venerable de larga barba y cabellos de una blancura nívea, que traia una lámpara de bronce para alumbrar el ingreso del esperado huesped.

No hizo mas que mostrarse el anciano, y el conductor pronunció con eco misterioso, *Sigilo*.

—Loado sea Dios, esclamó el viejo en el colmo del mas espresivo júbilo.

Un caballero cuidadosamente embozado salió de la lite-

ra, dirijiéndose hácia la casa consabida.

—Cristobal (dijo al sirviente que habia llamado) son las nueve; á las diez volverás.

El criado se inclinó profundamente respetuoso.

—Señor, señor, repuso trémulo de alegria el anciano vestido de riguroso luto... Bendita sea mi estrella pues vuelvo á veros.

—Cierra y subamos, Herman, replicó el incógnito.

Herman obedeció.

Una vez en el vestíbulo libre de la mirada de todo profano, el caballero separó el embozo de su rostro. Era Cárlos Primero de España, y Quinto de Alemania.

—¡Dios mio! (dijo Herman levantando las manos al cielo) ¡Gracias mil veces por haber prolongado mis dias hasta abrazar sus rodillas, y darle cuenta de la prenda que se dignó confiar á mis cuidados! Ya puedo morir tranquilo: están cumplidos mis únicos votos en la tierra.

—Mi buen Herman (contestó Cárlos conmovido, levantando cariñosamente al montero cuando este se arrojaba á sus plantas en la efusion de su alborozo) no á mis pies, sino en mis brazos, leal amigo, digno servidor de mi ilustre abuelo; depositario del tesoro mas caro á mi corazon.

—Señor, ¡qué hace Vuestra Magestad! interrumpió el montero esquivando su cuerpo al abrazo del César.

—Ven acá ¡Cuerpo de Cristo! Ven acá, viejo camarada de mi infancia! Quiero besar tu frente tostada por las intemperies; quiero estrechar tus manos ahora temblorosas, que lo mismo han blandido la lanza de los combates que el venablo venatorio.

Herman presentó su frente al ósculo del imperial mancebo, y tendió su mano al primer monarca de Europa.

—Mi pobre amigo (añadió Cárlos con melancolía) tú solo restas de los tres hombres que puso á mi lado el preclaro emperador, que Dios haya en su reino; tú solo quedas de aquellos bizarros servidores del príncipe mas bondadoso y bravo de su siglo. Mi respetable y franco amigo Nassan ha

muerto tres dias despues de su camarada de armas.

—El perro es el animal mas noble de las razas animales, Señor (observó el montero con tristeza) y no puede sobrevivir á su amo. Yo vivo porque mi vida os hace aun falta.

—Rudosltad ha perecido en Viena, oponiéndose á la sedicion de ese populacho vil, pagado por mi capital enemigo, el torpe Valois. Ha perecido batiéndose con la canalla, rodeado de cadáveres, y escarneciendo hasta el último suspiro la horda plebeya qûe le invitaba á gritar ¡*Viva el pueblo*! para salvarse de la muerte.

—Si ha muerto en vuestra defensa ha cumplido la obligacion de vasallo y de noble. Su muerte es envidiable. Dios la dé igual á mis hijos.

—¡Oh! (rugió furioso el César) Las circunstancias me obligan á disimular mi cólera, aplazando mi venganza. Mis consejeros me representan harto juiciosamente lo impolítico de inaugurar mi mando con el aparato terrible de la justicia severa; mas tan pronto como me sea dable, yo buscaré entre todos esos Calígulas de la hez de Viena el brazo traidor que descargó la maza sobre su cabeza; la mano alevosa que hundió el puñal de los asesinos en su intrépido corazon.

—Señor, esclamó el anciano deslumbrado por el relámpago de ira que despidieran los ojos del jóven monarca.

—Rudolstad, (concluyó el monarca con súbita y resuelta inspiracion) yo juro á tus manes una venganza terrible.... Venganza aplazada para un dia de suprema justicia. Venganza preferente á la satisfaccion de mis propios agravios.

—La peste aflige á Viena, observó Herman pesarosamente.

—La peste aflige á Viena (repitió el monarca con amargura) pero esos villanos, esos Nerones de la escoria popular, diezmados por la espada del angel esterminador, aun persisten en acabar con los leales; en sostener los indignos magistrados que tumultuosamente han erigido; en revolverlo todo al gusto de sus caudillos... de sesenta próceres... sesenta legos y eclesiásticos, entre los que figura como princi-

pal agitador de las desmandadas turbas Juan Seider, prior de los cartujos Mauverbacenses...

—¡El prior de cartujos!

—Ese fraile escandaloso que ha salido de su encerramiento como un demonio del antro infernal, y arrastra á los plebeyos con sus discursos rebeldes. Pero el dia llegará en que ese Judas de la órden de perpétua clausura salga otra vez á la plaza por mi mandato.

—Tranquilizaos, señor.

—Dices bien, Herman. Mañana debo ceñir la corona de Carlo-Magno, y el que recibe tan alta investidura, necesita acercarse á la grandeza de los semi-dioses: vencer su natural; rebelarse contra las propensiones que los demas seres juzgan irresistibles; someter á su férrea voluntad todos los movimientos del espíritu; sonreir cuando tenga el corazon despedazado; demostrar profunda tristeza cuando rebose la alegria en su alma.

—Es cierto.

—Y bien mirado, Herman ¿de qué sirven los juramentos y protestas de actos futuros que mil incidentes pueden determinar en contrario? ¿De qué sirven resoluciones y amenazas para lo venidero cuando cien motivos pueden trocar las condiciones de la situacion mas adversa? Dejemos un vacio en el corazon para archivar el sec eto de los rencores, de las venganzas en cálculo; de los odios que esperan oportunidad de satisfacerse. Sigamos la senda que el destino nos vaya trazando, y sigámosla con fé, con valor; sin volver atras la cara. Muy desafortunados seriamos si algun momento feliz no pusiera en nuestras manos la ocasion; esa diosa del paganismo, que pintaban calva, y cuyo único mechon en el vértice de la cabeza era forzoso asir á su velocísimo giro... Entonces salgan al esterior los recónditos enconos, y los comprimidos furores, y sáciese el Leon Real en la presa que la fortuna abate bajo sus garras... Mas hasta entonces nadie lea el despecho en sus ojos; ni adivine la impotencia de la furia que se exhala en estériles conminaciones.

—Vuestra Magestad es digno de su estrella.

—¿Y mi Cárlos? ¿y mi pobre hijo? preguntó el emperador con una de esas transiciones rápidas que denunciaban la celeridad pasmosa de su pensamiento.

—Tan hermoso, tan precoz física y moralmente: con el desarrollo de un niño de cuatro años: balbuceando palabras impropias de su edad, y revelando por signos una inteligencia privilegiada.

—¿Y mi Juana?

El montero bajó la cabeza.

—Veamos (repitió la Magestad Cesárea con ansioso interés) ¿Y la duquesa?

—Se muere, señor, (respondió Herman con sombrío tono.) su duracion sobrenatural es debida á la animacion de su espiritu por la espectativa de veros.

—¡Y hace un año me deciais!...

—Hace un año os decia la verdad. Cuando la consuncion pareciò mas declarada y todos los síntomas indicaban un fin próximo, hizo crisis la dolencia y una mejoría súbita desconcertó á los doctores que vaticinaron la estincion irremediable de sus decaidos alientos. Pero despues de tres ó cuatro meses de un alivio que sirvió á pronosticar la restitucion de la salud á los mas eminentes profesores, la señora tornó á caer en su habitual melancolía; y antes de recibir la carta en que vuestra Magestad...

—Dispénsate en darme ese titulo, amigo mio.

—Antes de recibir la carta en que nos mandabais trasladarnos á esta ciudad para octubre, temí perderla; porque un abatimiento inesplicable la embargaba sin tregua, y todos mis conatos para que se distrajese con la conversacion, con las gracias del interesante Cárlos, con vuestros recuerdos, eran impotentes para arrancarla á la modorra que cerraba sus ojos, y abatia su frente sobre las almohadas de la poltrona, en que reposaba en pesado letargo.

—¡Pobre Juana!

—Recibida vuestra carta todo ha cambiado. Parece que las sombras que ahogaban sus instintos vitales se despejan y

Juana vuelve á recobrar sus sentidos; pero ¡ay! Yo conozco que esa escitacion que la mantiene, esa chispa de fuego que brilla despedida de la llama, van á cesar, á estinguirse.

—Quizá te engañes, Stolk. Quizá una reaccion salutífera salve á nuestra desgraciada Juana, y reproduzca el prodigio, que otra vez la sustrajo á una muerte segura.

—¡Pluguiese al cielo! Mas todas las probabilidades están en contra de semejante esperanza. Si hubieseis visto, señor, el efecto de vuestra carta! ¡Ah! Esa muger os idolatra... no es amor lo que os profesa, sino esa adoracion casi sacrílega, que hace olvidar al Creador por la criatura... esa ceguedad frenética que no ve mas que un objeto; que escluye toda idea que no provenga de él, y que en él no refluya.

—Herman, me traspasas el corazon.

—Yo no he visto mas que otro amor de esa especie, mi noble amo: otro amor sin medida, otro amor por la eternidad. Amor delirante, que mas que una felicidad parece un castigo divino. Ese amor de doña Juana de Castilla, de vuestra madre, á mi escelo y malogrado señor, el archiduque Felipe el Hermoso. Ese amor que hizo de la princesa un ángel en sus éstasis dulces; una furia en sus raptos celosos... Ese amor que disputó un cadáver á la tumba, y paseó los restos de don Felipe por toda España al lado de una viuda sin punto de consuelo, y que la movió á despreciar los honores del rango soberano en la inmensidad de su dolor...

—Basta, interrumpió don Cárlos con agitacion suma y casi pavorosa.

—Señor (insistió el montero con acento solemnemente lúgubre) Amores de esta índole se asemejan mucho á una tremenda maldicion del cielo. Dos he conocido: doña Juana yace demente en Tordesillas; Juana está arriba anonadada, casi espirante...

—Stolk (repuso el César con grave autoridad) condúceme al cuarto de mi bello hijo, y luego al de su hermosa madre.

—Como gusteis, señor.

Y tomando su lámpara el montero, precediendo al nieto

de Maximiliano atravesó el patio sombrío de la casa feudal, y subió por una ancha escalera á las habitaciones del primer piso.

Mientras el César contempla su hijo dormido con ese tranquilo, apacible sueño de la inocencia; sueño que la fantasía de los pintores cristianos figura velado por un angel, que sonrie junto á la cuna, adelantémonos á penetrar en la sala adonde la Cantadora aguarda impaciente la visita de su augusto amante. Con adelantarnos á las vistas de los héroes de nuestra leyenda conseguimos comprender el estado de Juana, y entrar luego sin interrupcion en el interés de su diálogo.

La duquesa de Belle-Chasse nunca ha estado tan hermosa como ahora, si se comprende la hermosura como la comprendemos nosotros; no por la regularidad de las formas; no por lo típicamente bello de los detalles; sino por esa singularidad que conmueve; por ese atractivo que se capta todas las simpatías. ¡Cuántas mugeres de una beldad, rayana del idealismo, encuentran infinitos rebeldes á la seduccion de sus encantos, por falta de esa aureola; de esas tintas mágicas; de ese *no sé qué*; sol cuyos rayos todo lo coloran! ¡Cuántas hembras que desdeñarian por modelo la estatuaria, y la pintura, por falta de esa perfeccion física; de esa correspondencia de proporciones que constituyen la belleza material, ejercen una fascinacion irresistible, por ese rayo del alma, que resplandece en la fisonomía, y comunica al ser un prestigio que arrastra á su admiracion los ánimos!..

Y es que la hermosura no consiste solamente en la obra de la naturaleza; sino que es preciso que el alma, que ese principio inmaterial que vive en nosotros, resplandezca al esterior; iluminando las dotes corpóreas. Es que la idea de la hermosura no está adscrita á ciertas proporciones, á determinada configuracion; sino que estriba en el sentimiento apreciarla porque no es la percepcion de los ojos el medio transmisivo de su afecto para los seres que no se limitan á las impresiones puramente materiales. Es que siendo el ros-

tro el *espejo del alma* cuando el alma no se refleja en él, no pasa de ser una superficie tersa; pero sin color, sin vida.

Asi es que Juana á los umbrales del sepulcro, descompuesta la fisonomía, en la dejadez propia de su estado, interesa mas; parece mas hermosa que en los dias de sus triunfos artísticos; que en los dias de sus triunfos de amor. Han desaparecido de su rostro los colores de la salud y una palidez de cera virgen da á su cutis una blancura marmórea. Sus grandes ojos azules son el refugio de sus espíritus vitales y en una faz de santa doncella, dormida entre los pliegues del sudario mortuorio resplandecen aquellas pupilas azul-cielo como entre blanca celajería las porciones del diáfano espacio, que no ha podido ocultar. Sus cabellos de un rubio infantil caen en magnífica profusion de rizos, formando un cuadro á su cara, cortados sobre el cuello al igual, y ensortijándose en menudos anillos. Su boca no ha perdido el sonroseo de los labios; antes bien la intensa calentura que la devora los enciende en el rojo de la guinda. Contemplad el efecto admirable y conmovedor de la juventud y la beldad, destellando sus últimos fulgores, antes de hundirse en los abismos de la nada, con la magestad sombría de una gran bata de terciopelo, que envuelve en elegante holgura las formas, y á cuyo favor resalta la espiritual melancólica belleza de la moribunda, y hundidla en una poltrona de damasco verde esmeralda en la posicion del mas doliente abandono.

Hay una razon para que la protegida de Neuní seduzca mas ahora en la indolencia del sufrimiento que estermina lentamente, que antes en la brillantez de sus atractivos, en la lozanía de su privilejiada juventud: y es que en las dos épocas de su vida en que nuestros lectores la conocieron, Juana era la tímida trovadora que no osaba separarse de su padre en medio de los saraos, que estaba llamada á amenizar con sus talentos: la tierna amante que jugaba inesperta y audaz con el fuego en que habia de consumirse su honra. Hoy la huérfana presenta diferente aspecto; diversa faz.

Cercana á su fin; conociendo su situacion; solemne y reposada en sus discursos, la duquesa arranca el llanto á los ojos mas secos, y mueve el corazon mas empedernido: porque al mirar tanto hechizo entre los frios brazos de la muerte; al contemplarla resignada al borde de la tumba ocupándose de lo pasado como de un horizonte perdido, de lo actual con la sublime decision que hace tan importantes los últimos momentos de la criatura y de lo futuro con esa suprema confianza del ser que remite sus aspiraciones á la clemencia de Dios en los senos de la eternidad, no hay alma que resista tan lúgubres impresiones.

Juana tiene la perfecta conciencia de su estado y se dispone al trance fatal con todo el valor de un ánimo cristiano; con toda la entereza de una fé ardiente, y aceptando los postreros momentos amargos de la existencia, como espiatorios de su falta.

La huérfana, en espectacion de una hora decisiva, siente engrandecido su espíritu y vé los objetos mundanos cada vez mas pequeños á medida que se entreabren á sus ojos los espacios de lo infinito, apercibidas entre las sombras misteriosas en que llega recatada la muerte. Es madre y deplora la horfandad en que pronto quedará su hijo. Un amor inmenso hácia Cárlos de Austria ha sido el destino de su ser. Pero Juana en el dintel de la morada de eterna paz eleva á Dios su ánimo, y al par que ofrece en compensacion de su inocencia perdida la conformidad con su suerte pone bajo la salvaguardia de la Providencia los destinos de las prendas de su amor. El rumor de los cercanos pasos hizo estremecer á la hija de Neuní. Erguió la cabeza que reclinaba en el espaldar de su poltrona y un rayo de alegria iluminó su semblante.

Cárlos apareció á su vista y corriendo á postrarse á sus pies, abrazó sus rodillas ocultando el rostro en el seno de aquella pobre jóven tan amada, próxima á dejar este valle de duelo y lágrimas en que la retenia el último eslabon de una cadena de dolores.

—Juana, bien mio, esclamó el César con vehemente ternura, estrechando las formas de su amante contra su oprimido seno.

La Cantadora levantó al cielo una mirada impregnada de inefable gratitud, y que traducia la direccion de todos los sucesos de su agostada existencia á la fuente inagotable de la piedad divina.

El emperador se levantó súbitamente y tomando asiento en una silla colocada cerca de la poltrona, que arrimó hasta tocar con ella, asió las manos de la huérfana que no apartaba sus ojos humedecidos de él, preguntándola con dulzura: ¿Cómo te sientes, tesoro mio?

Juana sonrió con tristeza.

—Ahora bien, Cárlos: ahora vivo deseando morir; pues estas aquí para sostener mi cabeza y recibir mi postrimer suspiro.

—Juana, se trata de vivir para la felicidad de nuestro hijo.

—Cárlos, nada pierde perdiendo á su madre; le quedan Dios que es grande, y tu que eres poderoso.

—Juana, me hacen daño tus tétricos discursos.

—Pues bien, hablemos de tí que asciendes hoy á la cumbre de la grandeza humana: hablemos de tí ante quien sonrien los destinos mas prósperos, y que á los albores de tu vida toca ya el penúculo de la fortuna... No me preguntes nada de lo que me concierne; yo desciendo á las sombras del olvido, mientras tú fija tu planta en la eminencia gloriosa del poder terreno.....

—Alma mia, no volveremos á separarnos en lo sucesivo....

—Cárlos, (replicó la interesante beldad con nueva y mas triste sonrisa) ya te he dicho que hablemos de tí; en cuanto á la madre de tu hijo no se separará de tu lado en lo sucesivo; has pensado bien.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Dios permite á los que acoje á su gracia que velen como genios tutelares por los que merecieron su amor y quedan en la tierra.

—Hablemos de mí; tienes razon, contestó Cárlos estremeciéndose.

—Te encuentro una mudanza, una alteracion inesplicables. Estás hermoso, pero con una hermosura que arredra; con una hermosura que participa de la calma majestuosa del poderio, y la inspiracion de una mente ocupada por sueños de ambicion insaciable..... Espera. Hay en medio de tu frente.....no..... aquí cerca del promedio de tus cejas, una arruga que antes no habia notado. Has sonreido y tu sonrisa no es la misma, que otras veces..... no hay tanta jovial franqueza en ella.....es.....asi..... entre benévola y cortesanamente ceremoniosa..... Tiene algo de melancólica tambien... Tu gesto habitual ya no es una prevencion afectuosa, una dulzura infinita.....

—¡Loca!

—No. Yo descubro cierta contenida amargura en la serenidad aparente de tu rostro..... Tú has debido sufrir mucho en estos dos años ¡oh! mucho.

—Te equivocas Juana.

—Ciertamente no, Cárlos porque te miro con los ojos de amante y ya sabes la perspicacia de que tienen renombre. ¡Dios mio! Para cambiar tanto en tan corto tiempo es preciso haber esperimentado contrariedades que agrien el natural; reveses que llenen de hiel los dias alegres de la juventud; guardas en el fondo del corazon pasiones que acibaren la existencia.

—No he sido feliz....

—¡Ah! Bien lo creo.

—Pero tampoco desgraciado.

—Cuéntame tus pesares, amigo mio.

—No merecen ocupar tu atencion mi vida.

—O mi atencion no merece la honra de su confianza.

—¡Tal piensas!

—Tal pienso; mas sin quejarme de tu reserva. La confianza no se exije; se merece, y yo no he logrado tanto.

—¡Juana!

—Y ademas que ha sido en mí una presuncion vanidosa demandar que franqueases tus secretos de soberano á una muger ignorante y nula por su inesperiencia, buena solo para responder á tus triunfos con sus votos de prosperidad, y á tus dolores con los consuelos que su afecto la sujiera.

—Te engañas, prenda de mi corazon. Si he rehusado participarte cuanto me sucede, cuanto padezco y cuanto aguardo, es por ahorrarte las emociones ingratas de mis pesares....

—Y hacias mal, Carlos; pues no obstante que tus cartas nada contenian que no fuese respectivo á nuestro amor, estudiando el estilo, ya he diferenciado las unas de las otras, adivinando las impresiones bajo cuyo imperio escribiste cada cual.....

—¡Angel querido!

—Dos solamente respiran ese aura de bienestar, que se refleja en cuanto rodea al que se siente venturoso: porque hay momentos en que el alma se espacia en la dicha, y en que rebosa la felicidad como el dulce licor de una copa estrecha..... momentos en que un avaro seria pródigo en beneficios.....

—Es verdad.

—Y momentos por el contrario en que un alma magnánima seria cruel porque una mano feroz de hierro, comprime el corazon, y la desesperacion mas negra se enseñorea de nuestro seno; y en esos instantes en vano fuese pretender revestir nuestro trato de blandura y cortesania, el acibar se infiltra en la falsa dulcedumbre de una forzada jovialidad, y solo se consigue el engaño de los indiferentes.

—Pues bien, hechizo de mi alma, una vez que has adivinado mis ocultos pesares no trataré de guardar reserva contigo, que tanto derecho tienes á mi espontaneidad. En el estado de mi ser es tan dulce depositar sus penas en la confianza de una persona querida!

—Es cierto. Empieza.

—Juana ¡qué diferencia entre lo que pensé acerca de mis reinos, y lo que he visto y tocado! Cuando me embarqué

para Castilla llevaba pocas prevenciones desfavorables; innumerables esperanzas de un fausto porvenir. Las cartas del consejo me indicaban las agresiones de algunos díscolos; pero los mismos términos en que se hablaba de estos descarrios bastaban á sujerirme la idea del horror con que miraba al pais á los sediciosos. Tenia noticia de ciertos manejos de mi hermano, que deseaban traslucir su impaciente ambicion. Sabía que mi madre se esplicara en discursos adversos á mis intereres, y que tanto doña Juana como Fernando estaban sometidos á la instigacion de una turba de aduladores, que creian alcanzar grandes beneficios con escitar en daño mio y de los reinos á una maniaca y á un púbero engreido en codiciosos pensamientos.

—¡Qué infamia!

—Sabia todo esto, repito; pero juzgué que tan pronto como el soberano apareciese en sus dominios la hidra de la rebelion cayera abatida, y las pretensiones ambiciosas disimularan por no irritar mi cólera. Un hombre solo iba sentenciado en mi mente á desaparecer de la escena política; un fraile franciscano; ascendido por doña Isabel mi abuela, á la silla de Toledo, primacía eclesiástica de España; un plebeyo sobrepuesto á los próceres de Castilla; de un orgullo intratable; absoluto en sus decisiones y terco en sus proyectos; osado en sus advertencias, y que en mas de una ocasion me envió representaciones que hicieron subir la sangre á mi rostro; porque ni el emperador Maximiliano, mi abuelo, se hubiera permitido amonestarme con tal aire de autoridad. Despidamos de nuestro servicio al cardenal Jimenez; mudemos la servidumbre de doña Juana, observemos de cerca al infante y completemos las simpatías de nuestros vasallos, dije para mí, y todo concluirá por entrar en su órbita. Mi hermana doña Leonor, jóven de sanas intenciones, no cesaba de disculpar á don Fernando, representándome su corta edad, y el abuso que de sus pocos años hacia la malicia y dañadas miras de algunos intrigantes. Cuando arribamos á Villaviciosa el domingo diez y nueve de setiembre, al apercibir tierra

española, mi corazon palpitó de júbilo, dos lágrimas de placer brotaron de mis ojos, y en aquel momento, Juana, renuncié á todo plan vengativo para mostrarme magnánimo á los que atizaban la discordia contra mí. El cardenal, mi madre, mi hermano.....¡ni una sombra de resentimiento contra ninguno! A pesar de haberse prendido fuego á un navío de carga de la armada y perecido en él veinte y dos pages, el teniente de caballerizo mayor, y gentes de servicio marino, el obispo Mota quiso entonar el Te-Deum.—No, ilustrísima (le dije) el alborozo público seria una especie de olvido de la catástrofe pasada. Alegrémonos en secreto y bendigamos á Dios del fondo de nuetros corazones.

—Siempre noble y generoso!

—Noble y generoso. Decis perfectamente, Juana. Noble y generoso era el impulso de mi corazon en aquellos instantes, en que todos los pensamientos de odiosidad y desconfianza cedian el campo á la ternura y á la benevolencia. Salieron á recibirme mis nobles y ricos-hombres de Asturias, y todos sus agasajos no pudieron atraer mi atencion de tres cosas; la nobleza de aquel pais, el orgullo altanero de aquellos hidalgos y la repugnancia insolente con que trataron á la flor de mi nobleza flamenca los rudos habitantes de la mas triste provincia de aquellos reinos....

—¡Es posible!

—¡Pardiez! (continuó el emperador con amargura) tan escasa de recursos es aquella tierra que falto de provisiones mi acompañamiento tuve que ponerme en camino para Santander, y desde allí por travesías infernales pasamos á San Vicente de la Barquera. Allí recibimos la noticia de que agriados por las continuas asperezas del franciscano-ministro, varios señores del consejo con don Antonio de Rojas, arzobispo de Granada, su presidente, venian á elevar á mí las quejas de aquellos procederes insoportables del cardenal, pero esquivando entender todavia en las disidencias de gobierno les hice comunicar la órden de volver donde les llamaban sus cargos. Fray Francisco, remitió á Zapata, Vargas

y Carvajal para poner su descrédito cerca de mí á los querellantes, mas igualmente les ordené volver á ocupar sus destinos. El inflexible franciscano tornó á mandarme otra comision que diese crueles informes de sus enemigos; pero avisado por Chievres de la embajada hice detener á los emisarios del rencoroso prelado. No valió esta segunda negativa de audiencia para que renunciara el imperioso arzobispo á formular sus cargos contra los rebeldes á su tiránico yugo, y aprovechando la ocasion de remitirnos dinero, encargó la conducta de caudales al licenciado Vargas, que apenas insinuó su encargo secreto de prevenir mi ánimo contra los consejeros sustraidos al despotismo de su eminencia recibió la órden de partir al lado de su patrono y dejarnos en paz.

—¡Qué obstinacion!

—¡Y sabeis, Juana, lo que dijo ese monge atrevido al enterarse de mi firme propósito de no escuchar sus enviados! Chievres, que al momento entabla relaciones y mantiene inteligencias misteriosas, me mostró carta de un consejero, en que se le hacia sabedor de sus descomedidas palabras.= *Un dia vendrá* (dijo) *en que llore Cárlos su pertinacia en desoir los avisos de un consejero fiel y desinteresado.*

—Tal vez la malevolencia desfiguró ó supuso...

—No lo creas, Juana, el cardenal Jimenez era el asombro de los españoles por su indomable condicion, su firmeza y su altanería, y para que los Iberos se pasmen de la arogancia de alguno, es necesario que lleve su dignidad á tal estremo que pareciera intolerable en el mayor soberano de la tierra.

—¡Es increible!

—Figúrate, luz de mis ojos, un hombre que cifra su ambicion en burlarse de los goces de la ambicion, y vincula su grandeza en esquivar todos los aparatos que trae consigo la grandeza. Figúrate un fraile de la órden austera de S. Francisco, que repugna el cargo de confesor de doña Isabel; que renuncia por dos veces el arzobispado de Toledo; entra en el consejo por mandato apremiante de los reyes católicos, y

al aceptarel nombramiento que en su última disposicion hace don Fernando de su persona para la regencia de Castilla, esclama: =«*Faltaba esta espina para mi corona de martirio.*»=

—Era un alma grande, Cárlos.

—Sí; pero ferozmente grande; únicamente sublime, como la despreocupacion del estravagante Diógenes. El Franciscano no transigió con las formas de su gerarquía, ni con los miramientos requeridos por la condicion, que aceptara. Puso todo su conato en zaherir el prestigio mundano de su escelsa potestad en el gobierno, con ese desden monacal, que escarnece la opulencia, colocándola en antítesis con la miseria de que hace profesion; prescindió de las contemplaciones que apaciguan las revueltas, y las tácticas prudentes que conducen á preparar el cumplimiento de los fines políticos; importando á la corte el régimen severo del cláustro; exigiendo el sacrificio de voluntad, que basa la disciplina de los observantes, y queriendo sujetar á la *obediencia Franciscana* á cuantos dependian de sus atribuciones. Aquel anciano terrible vivia en un palacio; pero moraba en el aposento mas lóbrego; sin mas cama que una tarima. Le era preciso vestir de pontifical; pero bajo la púrpura llevaba el sayo de su órden, por sus propias manos remendado. En los convites se hacia servir el alimento ordinario de los religiosos de su instituto; legumbres cocidas y pan negro, y sin embargo, de esta humildad esterna, Jimenez incontrastable en sus resoluciones, ataca feudos, señoríos, y privilegios, reprime la turbulencia con mano fuerte, y predomina, pujante, precisando al orgullo castellano á doblegarse al sistema áspero que estableció; no disimulando sus antipatías á la magnificencia y boato cortesanos, y haciendo suceder á la éra caballeresca y galana de mi digna abuela una época triste; de temerosa sumision; de ascético recogimiento.

—¡Qué hombre!

—*Nadie es grande ante el rey,* dice un adagio francés, y aqui se ha cumplido, duquesa; (esclamó la Magestad Cesa-

rea con un desplante poderoso) una carta mia, traducida al español por el obispo Mota, en que mi cólera régia dejaba escapar un relámpago, hizo el efecto del rayo para el cardenal, que sucumbió á su despecho el 8 de diciembre.

—Cárlos, quizá seriais duro con ese buen servidor de vuestros católicos abuelos.

—No, bien mio. En la comunicacion daba gracias por su celoso interes á fray Francisco, anunciándole que me disponia á procurarle el reposo de que tanta necesidad tenian sus cansados años; mandándole acudir á Mojados para despedirle, restituyéndole á su diócesis de Toledo.

—¿Y no os parece que?....

—En paz descanse su eminencia (interrumpió el rey) Castilla quedó libre de un gobernador harto duro; la Majestad de un Consejero solícito hasta la osadía en prodigar sus advertencias. Su órden perdió un escelente relijioso; el colejio de san Ildefonso y la Universidad de Alcalá de Henares un protector dignísimo; la Iglesia de Toledo un Apóstol venerando: sin duda alguna.... Nuestros nobles de España tuvieron un dia de júbilo; no los adversarios declarados, ya por envidia de su poder, ya por despecho de su elevacion, ó ya por las coacciones que les impuso su espíritu dominante, sino los no vejados por sus decretos; hasta los afiliados á su servicio; porque aquel hombre mantenia un pánico terror como elementos de fuerza gubernamental..... Un rasgo solo concluirá de pintaros al difunto rejente, y terminaremos la conversacion á él respectiva. Mi abuelo don Fernando era todo un aragonés; el tipo de la tenacidad; y la personificacion mas completa de la perseverancia en sus propósitos. Tenia por hijo bastardo á don Juan de Aragon, Arzobispo de Zaragoza, y anhelaba ensalzarle á la primacía de España, para lo cual habló repetidamente; pero sin fruto al de Toledo, de vuelta este de su espedicion militar al Africa y tras la toma de Granada, don Fernando prometió á Cisneros hasta los honores de Generalismo de ejércitos y armada, y el feudo señorial mas estenso en Aragon, se concedia en ceder la mitra de Toledo

á su bastardo=No os canseis, serenísimo señor, (respondió con entereza el primado) por ningun título transijo en este punto. En mi convento me estaba: se me brindó y la rehusé: Su Santidad me mandó admitirla: la téngo, y solo Dios, el Papa y mis pecados me la quitarán. «Esto de hoy para siempre.»=

—En paz repose, dijo la duquesa con acatamiento á la memoria de un varon tan singular como le describia don Cárlos.

—Solo el vulgo profesa una especie de veneracion á su recuerdo, como el de un monge edificante, y exento de toda pasion depresiva de su ministerio santo.

—Y aun vos.....

—Yo, como todos sus contemporáneos, reconozco sus altas dotes y sus esclarecidas virtudes.....¡Basta del cardenal!

—Continúa, Cárlos, contínúa los pormenores de tu viaje.

—En Aguilar del Campo fuí recibido por un rey.....

—¡Por un rey!...

—Sí, por el marqués de Aguilar, que en Dios y en mi ánima, mas parecia mi compañero en rango que mi vasallo. Obsequioso hasta la esplendidez, festejador hasta la magnificencia; pero con una majestad, que igualaba á la mia, si no la superaba; como esa entonacion firme y decisiva, propia de los príncipes soberanos. Y no es un orgullo hinchado, un alarde vanidoso de exajerado poder, lo que hace tan irritante la dignidad de esos próceres. Lo ridículo lleva la pena en sus mismas pretensiones descabelladas; mas aquel aire de escelsitud es tan natural; aquellas maneras de emperador son tan fáciles; y la arrogancia de aquellos continentes tan en armonía con sus hábitos y sus menores detalles, que la grandeza mas parece en su natural que en su pasion. Entre las preciosidades de su casa figura una galería de cuadros de marfil en marcos de ébano con nombres de sus antepasados, circuidos de laurel«=Señor, (me dijo en aleman, que habla con prodijiosa soltura) cada uno de estos treinta cuadros contiene el nombre de un ascendiente mio, muerto en defensa de su

ley, de su patria, y de su monarca... Aquí están mi bisabuelo, y mi padre, que pereció en Africa, cuatro leguas de Bugia, en la sorpresa de Abderraman y muerto á manos del rey moro, cuando se disponía á cerrarle el paso....¿Sabeis lo que pido á Dios, alteza?=....¿Qué? preguntéle yo.=«Que mis hijos enseñen á los vuestros mi nombre al lado de estos nombres»—

—¡Hidalgo carácter!

—En Aguilar fuí visitado por los señores de la cámara, que me ostigaron para que les dejara servir sus destinos; yo, de acuerdo con Chievres, aplacé la cuestion, remitiéndoles á Valladolid, como al contador Fonseca, al obispo su hermano, al comendador mayor de Castilla, y otras dignidades. Aguilar trataba á mis flamencos con despego desdeñoso y cuando le invité á visitarme en Valladolid, para corresponder dignamente á su cumplida hospitalidad, sonrió con cierta malicia, replicando—«Dispénseme vuestra alteza; le sobran cortesanos: yo me reservo para la ocasion de los defensores»—

—¿Y ese tipo es comun en España? preguntó la duquesa con franca admiracion.

—Por desgracia mia, señora, (contestó don Cárlos impaciente) Salí de Aguilar y pasé á Becerril, adonde me aguardaba la pura sangre goda: el condestable de Castilla don Iñigo Fernandez de Velasco, acompañado de cincuenta caballeros, deudos suyos ¡Qué suntuosidad! ¡Qué fausto! Mis señores de Flandes parecian escuderos de aquellos infanzones. Mis nobles de los Paises-Bajos apenas podian servir de escolta á los soberbios parientes de don Iñigo. Con tan lucido acompañamiento llegué á Palencia y se incorporaron á la comitiva un escuadron de caballeros, compitiendo en bizarría y boato...Todos con esa gravedad señorial, que rinde homenaje sin rebajar un punto de su fuero en obsequio del poder que se halaga..... Todos en una regularidad severa que por ningun título prescinde de sus turnos: el dignatario antes que el prócer; el prócer antes que el señor; el señor antes que el caballero; el caballero antes que el noble; el

noble antes que el hidalgo; el hidalgo antes que el caballero pardo. Nada de apresuramientos que indican la solicitud agasajadora: Nada de ese tumulto, que rompe las leyes de la etiqueta al impulso de una escitacion entusiasta.... Todos en su círculo sin discrepar un ápice de su conducta; ni dando mas acatamiento que el debido á sus superiores; ni permitiendo á sus inferiores un punto menos del rendimiento servicial, á que les dá derecho su categoría.... Todos, viejos y jóvenes, principales y medianos, conspirando á presentar un todo de perfeccion admirable sin duda; pero estrictamente ceremonioso.... Todos instruidos de las atenciones, que deben guardar y las que deben exijir; obrando esclavos de formalidades sin escepcion, y circunscritos á su esfera sin permitirse, ni permitir estralimitaciones de ninguna especie.

—¡Admirable órden! Habeis dicho bien.

—En mis estados de Flandes las gerarquias no encierran á los que distinguen en una órbita insuperable; ni comunican á la corte ese aspecto austero y de monótona irregularidad. En una palabra, hay esa diferencia de buen gusto, esa variedad curiosa de un trato mas abierto; infinitamente menos restrinjido por opresoras fórmulas. Uno es galan y decidor; otro grave y profundo. Aquel, agrada por la libertad de sus conceptos; esotro, por la delicadeza de sus lisonjas. Tal se distingue por la espontaneidad de sus sentimientos; cual por su hábil disimulo.... En Castilla no gozais del placer de las diferencias: todos parecen iguales, porque todos están preocupados de una propia idea: lo que significan: lo que deben dar á los demas; ¡lo que han de exijir para ellos. En Castilla, el rey conoce á sus nobles á la segunda vez que los vé congregados: el que tiene derecho de cubrirse ante la magestad real, apenas inclina la cabeza; el dignatario la inclina ligeramente y torna á levantar su frente orgullosa: el prócer la inclina por dos veces; tres el señor; los caballeros la tienen inclinada hasta que su alteza pasa ó se sienta; los nobles é hidalgos doblan la rodilla: los caballeros pardos la hincan en tierra.... pero en todos aquellos rostros hay una

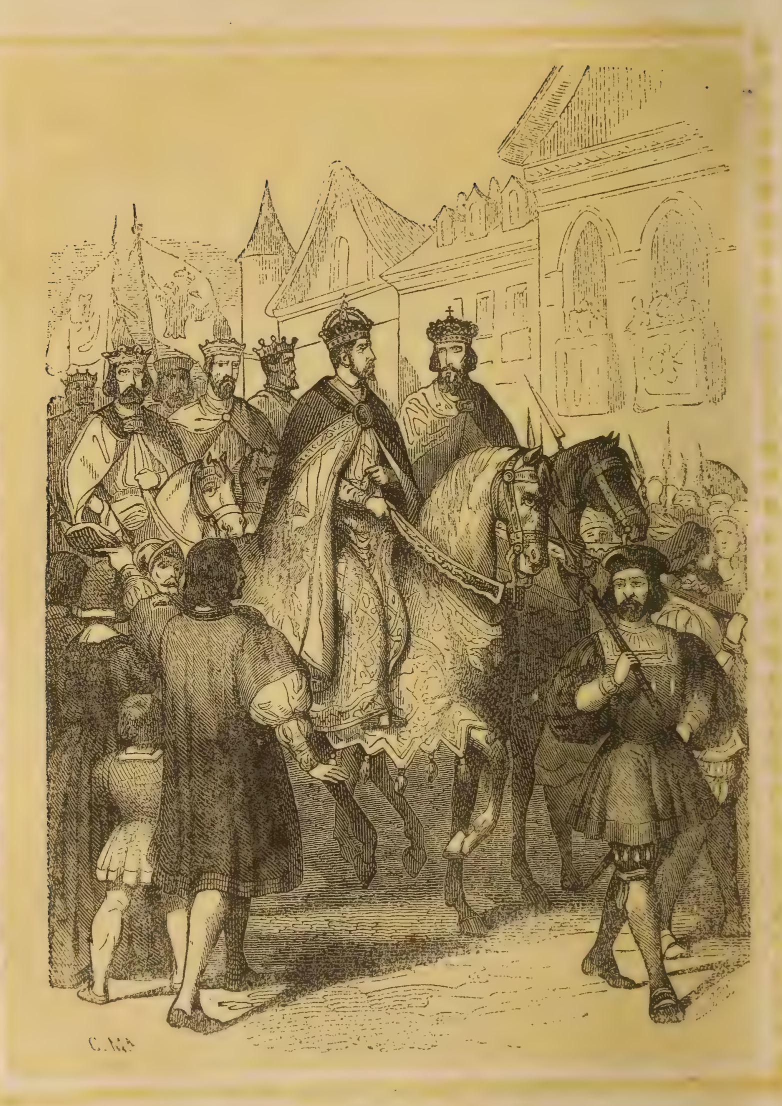
espresion reposada y de una tranquila dignidad, que exaspera por que parece que nadie tiene suficiente poder para turbar aquella calma; que no hay grandeza que admire á los españoles; que no hay majestad que perturbe aquellos ánimos.... El griego decia:—«*Roma es el pueblo rey.*» De los reinos que me dan el dictado de católico diria con razon:—«*España es un pueblo de reyes.*»

—¿Y esa galanteria tan ponderada?

—Esa galanteria española está muy lejos de consistir en las tiernas prevenciones, en el gesto acariciador, la afabilidad, ni el apasionado rendimiento. Ninguna de las formas graciosas de la cortesanía, ninguna de las afectuosidades lisonjeras que en las córtes de Europa acompañan los tributos caballerescos á la beldad, son conocidas en aquellos paises.... Un noble castelleno romperá cien lanzas sustentando la prez en hermosura de la dama que adora, y morirá de amor á los pies de su bella; pero no comprometerá su arrogancia ni rebajará su altiva apostura con osbequiosos halagos, que truecan la fuerza masculina en muelle abandono, en apasionada languidez....

—Cárlos, siento involuntarias simpatías hácia esa nacion que tienes la gloria de regir.

—Doña Leonor, mi hermana, marchaba tras de mí por el camino de Becerril á Palencia, entre Croy y Fernandez de Velasco. De repente cae de sus manos una rosa, y Chievres, veloz como el pensamiento, se arroja de su caballo, la coje, monta con estremada celeridad, se adelanta algunos pasos á la infanta, la presenta la flor rehurtando su brioso corcel para que doña Leonor pasara, y torna á entrar en línea entre los estrepitosos aplausos de los flamencos alborozados de la presteza, gallardia, finura y bizarro alarde de su jefe. Caminando de Palencia á Tordesillas, doña Leonor iba en litera entre dos hermosas mulas de Almagro, por no haber yo permitido cabalgase por travesias tan ásperas y de pasos tan difíciles. La senda que íbamos siguiendo estrechaba, elevándose hasta una especie de cordillera, cuyos costados for-



Carlos V.
lám. 5.a

maban dos derrumbaderos. De repente tropieza una mula en lo alto de la peligrosa eminencia. Mi hermana lanza un grito de terror. Asómase por la ventanilla, se vé suspendida sobre la pendiente, y retrocede dejando caer su bordado pañuelo. Yo distraido en plática de caza con Borrebot, me vuelvo y miro á un hombre que se arroja con su caballo de la altura á la escabrosa sima....

Juana dejó escapar una esclamacion de viva sorpresa.

—Ginete y caballo parecian el génio de la tempestad arrebatado en los remolinos de una tromba: Perséo que se arrojaba al vacio en el alígero Pegaso.... Un alarido general sirvió de intérprete al espanto de la comitiva. Yo mismo esclamé.—«*¡Se mata!*» y caballo y caballero, como centella desprendida de la nube: como exalacion que atraviesa rauda el firmamento, perdiéronse en el precipicio entre la maleza.... —«*¡Es don Iñigo: es el condestable!*»— repetian todos. —«*¡Se ha desbocado su caballo! ¡pobre Fernandez de Velasco!*»— decian algunos. Continuóse el camino en medio del sombrio silencio de tan hórrida preocupacion, despues de dar yo mis órdenes para que cuatro monteros de Espinosa corriesen á esplorar lo acontecido al condestable en su caida y á prestarle los auxilios á que hubiese lugar. Descendíamos de una altura por una pendiente mas ancha y suave, cuando esclamaciones de asombro en la cabeza del acompañamiento llamaron mi atencion. Figuraos mi admiracion, Juana, viendo al condestable á pie, pálido pero sereno: descompuestos los vestidos, arañados rostro y manos por los zarzales y abrojos que crecian en el fondo de la sima, sin capacete ni capeta, rasgada la ropilla por la espalda, teniendo el pañuelo de Leonor en actitud de presentarlo; la mirada tranquila; la frente sin una nube de disgusto por el riesgo pasado, sin un erguimiento arrogante por su hazaña. El caballo quedaba espirando fracturadas las piernas en la suerte en que su temerario dueño le precipitara. El brioso animal pudo sostener el equilibrio mientras sus herraduras encontraron una saliente, una piedrezuela en que apoyarse

y rebotar, descendiendo sin volcarse al abismo hasta muy cerca de las malezas; pero allí, haciendo hondonada el terreno en que aunque dificultosamente habia logrado apoyar sus cascos, y no siendo posible contener el ímpetu de su descenso, cayó sobre sus piernas quebrantadas y cayó sin abrumar con su peso al ginete, que sueltos los estribos, asido á las crines, con las rodillas afianzadas á su cuerpo, tuvo serenidad bastante para esquivar el choque saltando del malparado bruto al fondo del precipio. A poca distancia vió el pañuelo: recogióle, y sin atender al capacete y capeta que se dejaba allí, trepó por la falda de la colina paralela á la peligrosa cordillera que atravesábamos, y corrió á situarse al encuentro de la comitiva, pasando por un puentecillo de madera que reunia los caminos separados por el derrumbadero.

—¡Bien por el condestable!

—Doña Leonor al pasar cerca de don Inigo que le alargaba su pañuelo, le preguntó: —*¿Os habeis lastimado?* —No señora, contestó con la mayor naturalidad. El pobre Almanzor ha pagado por mí: el cielo os bendiga.— Y saludando con profundo respeto, dió dos pasos atrás para dejarme libre la travesia, y á poco tornó á incorporarse al acompañamiento con el sombrero, la capa y el corcel de uno de sus deudos. Los españoles no hicieron demostracion alguna de entusiasmo. Lanoy, mi caballerizo, dijo al marqués de Villena: —«Bravo es el señor condestable.» —«Sabe cumplir con los deberes de un caballero,» respondió el marqués con indiferencia, y cuidado que es su íntimo amigo y no seria por envidia de su arrojo.... ¡Qué orgullo! ¡qué orgullo, querida Juana!....

—¡Te dejas arrastrar por prevenciones injustas! Eso es mal hecho, Cárlos; interrumpió la huérfana en tono de cariñosa reprension.

—Quizás aciertes, tesoro de mi alma; (contestó el soberano con triste indolencia). Es un defecto de mi organizacion; un legado del seno maternal. Juzgo apasionadamente

como la muger; las primeras impresiones obran en mí con imperio, y amo y odio con vehemente imprudencia. Pero la educacion logrará corregir estas propensiones á términos exagerados.....

—Lo conseguirás, amor mio; (replicó la Cantadora con inefable ternura) tienes el primer elemento para alcanzar la perfeccion completa: la modestia de la docilidad.

—Llegué á Castilla, y todo se ha conjurado para formar tétricas ideas de los hombres y de las cosas; (añadió el rey católico con fatigoso acento). Hasta el idioma del pais esclu-ye los sentimientos confidenciales; se niega á las satisfaccio-nes de la intimidad; resístese á la espresion amigable....

—Oh! Pues todos convienen en que el español es una her-mosa lengua.

—Hermosa; habla sin rival; magnífica como su matriz la latina; elocuente como la arábiga, su aliada....

—Pues entonces.....

—Comprendo perfectamente su índole y sus giros; enten-diéndola por entero, aunque tenga dificultades en su pro-nunciacion, y repugne producirme en idioma tan abundante con escaso caudal de palabras. La lengua de Castilla es grave, sentenciosa y está llena de imponente majestad. Abunda en voces de una armonía imitativa sorprendente; vocablos so-noros, y de una significacion tan precisa como determinante. La fraseologia es rica y cuando crees espresar una idea, en-cuentras, merced al genial elevado de la diccion, con que sublimaste tu sencillo pensamiento al rango de los *apotegmas*, ó dichos notables; porque el concepto usual se convirtió, gracias á la elegancia ingénita del idioma en proverbio. Si escuchas á los españoles hablar entre sí juzgarás que repiten las órdenes imperiosas de un dominador; tal es la fuerza, concision y timbre heróico de su habla. El español que te dice—«*Dios le guarde*»—mas parece que te manda, que te saluda.

—Una súplica simula á los oidos del estraño un precepto...

—Siempre la prevencion!

—Oh! Juana; no es la prevencion ahora. Lo digo con toda la buena fé de que es capaz un ánimo franco, y que no desconoce los medios de elevarse de la atmósfera mezquina de preocupaciones, y meros impulsos. El francés se presenta maravillosamente á las hidalguias de las conversaciones amistosas. El italiano responde de una manera divina á la espansion de las emociones amantes. El aleman es el lenguaje mas á propósito para escitar impresiones rudas y violentas. El inglés conviene á las pláticas árduas, y á los asuntos dificultosos.... El español! Debiera ser el idioma de los reyes.... Mas aun; el idioma del hombre para con Dios.

—¡Cárlos!¡

—Juana; proposiciones que en otra lengua pasarian desapercibidas; dichas en español, hieren, y os rebelan contra su terminante significado. Yo quisiera que entendiéseis... que pudierais apreciar en todo su valor el testo de una súplica ó voto de las córtes de Valladolid, en que se me pedia concluyera de familiarizarme con el castellano.... Es imposible traducir este período.... No concebireis cuanto encierra desecamente apremiante.... cuanto incluye de imperativo....

—¿Y qué es ello?

—La demanda octava de los procuradores de las ciudades y villas de mis reinos, que conservo impresa en la memoria entre otros pedidos á cual mas osados y decisivos.... En Francia, en Flandes, en la misma rústica Alemania, se me hubiese dicho—« la nacion que se envanece con vuestro régimen; la monarquía que favorece la Providencia con vuestro mando; los pueblos que cifran en vos sus faustos destinos, se atreven á esperar de vuestra benigna complacencia se apliquen á conocer su habla nativa, para la mejor espedicion de los negocios públicos, y á fin de que....

—Y bien ¿en Castilla?...

—En Castilla, señora (prosiguió el monarca) se afecta ignorar esas lisonjeras formas, que testifican las contemplaciones de un respeto, que estudia la mas cumplida insinuacion de sus homenajes á la supremacia de poder. En Castilla

se hace gala de un laconismo indeferente con la propia magestad. En Castilla.... ¡Ira de Dios!.... se formulan paladinamente las exijencias populares, y del procerazgo; tratando al rey de potencia á potencia.

—¡Cuanto han irritado tu orgullo, fogoso jóven! esclamó Juana, sobrecojida de miedo al notar la escitacion colérica de don Carlos.

—Vamos (repuso con la vivacidad de una ira hirviente el César electo) yo no hallo voces con que haceros una version de esa demanda, que os hago concebir su torpe irreverencia.... Aver si acierto.... Dicen mis buenos procuradores— «*Que sea servido hablar castellano, porque haciéndolo así sabrálo mas presto, y podrán entenderle mejor sus vasallos, y él á ellos.*—»

—¡Asi os lo dijeron!

—Las córtes, Juana, son la humillacion de los príncipes de Castilla, y cuando las sesiones de ese poder del estado cesan, librando á los reyes de sus exijencias descomedidas, quedan las rivalidades eternas entre la aristocracia mas audaz del continente; las demasías contínuas de un estado llano, encastillado en cartas de privilegio y exenciones, que hacen de cada ciudad, de cada villa, un señorío aparte, ó ya una república federal.... Toledo, Valladolid, Segorbe, Salamanca, Sigüenza, Segovia; cada capital de estos pueblos castellanos tienen su carta constituyente; su consejo de nobles; sus diputados de la plebe; sus cuerpos gremiales; sus tércios; su jurisdiccion mas ó menos privilegiada; sus franquicias; su industria privativa.... Aquí no teneis derecho de alojar vuestros soldados, ni exijir bagajes para el transporte de efectos y pertrechos de guerra. Allá violais las inmunidades de San Fernando ó de Alonso onceno entrando á perseguir un malhechor asilado en los muros. Acullá se rehusa recibir al mismo rey sino jura á las puertas de la ciudad las libertades y cédulas de franquías, que la necesidad de atraerse la adhesion de los pueblos inquietos ó dudosos arrancaron á imperantes débiles. Hasta existe poblacion, cuyo munici—

pio os espera á la entrada de su sala de sesiones; os hace descubrir, y estar de pié, mientras los concejales toman asiento, caladas las gorras, y os dicen—«*Nos, que valemos tanto como vos, ó ayuntados podemos mas que vos*—»

—¡Es posible!

—Pero yo tengo en el pensamiento acabar con todas estas desigualdades, que obstan á la unidad de accion. Todas estas ruedas que girando en diversas direcciones se chocan, se embarazan, é introducen la confusion en el gobierno de la máquina política, yo las haré rodar sobre sus éjes en el propio sentido: yo lograré uniformar las costumbres aniquilando las distinciones entre hijos de un mismo suelo patrio, y vasallos de un propio monarca: no llevaré mi empresa hasta pugnar por destruir las distancias que dialectos diferentes, hábitos distintos, condiciones opuestas, y sistemas diversos, establecen entre el navarro y el valenciano; entre el catalán y aragonés; pero en un rádio de treinta leguas no consentiré que una ciudad entre en la esfera comun de las monarquías, mientras una villa goza preeminencias de estado independiente; que los fueros de un pueblo se limiten á las necesidades de buen réjimen, en tanto que los de otro la asciendan á la esfera de emancipacion de los cantones helvéticos....

—¡Cuánto habeis padecido en vuestra natural altivez!

—Demasiado, Juana: pero me consuela la espectativa de un grandioso porvenir que me promete un dia de gloria por cada minuto de amargura.

—¡Dios te conceda realizar tus grandiosos planes!

—Mira, sol de mi esperanza, (dijo el jóven César con amorosa confidencia) He preponderado contra todos mis rivales en la pretension de la corona imperial, y el despecho y las prevenciones apresuradas de mis contendientes me prueban que comprenden la importancia del poder, que la suerte pone á mi disposicion. Como rey de España soy rico hasta la maravilla; porque un mundo vírjen abre los veneros de una riqueza inagotable para rellenar mi erario. Como príncipe

flamenco tengo un puesto avanzado al centro de Europa; verdadero nido de águila, desde el que paseo mis pupilas por la faz de nuestro territorio; roca enmedio de esta seccion del globo desde donde el águila de dos cabezas puede lanzarse con su hambrienta familia sobre la presa que señale su voracidad. Como emperador de Alemania presido al congreso régio, y sostengo en mi diestra la balanza de los destinos de todo el continente. El orgullo de la grandeza española; el consentimiento presuntuoso de los nobles, las pretensiones abusivas del pueblo, ponen á raya mi potestad como soberano español. La rebeldía y la escitacion de algunos emisarios del malévolo y envidioso Valois, perturban hoy mis tranquilos Paises-Bajos. El desorden de una larga vacante de la soberanía suprema; las intrigas de no pocos príncipes avaros, y que medran á favor de los disturbios; las intelijencias de muchos perturbadores aventureros con los despechados émulos de mi fortuna, y la insolencia de una plebe, alentada por charlatanes y ajitadores, revuelven á Viena y parte del imperio en motines y organizada faccion.... las cuestiones relijiosas se complican, llegando á punto de ser inconjurable la ruptura, en cuyo caso la identidad de creencias, fundamento de las grandes asociaciones, sucumbirá al embate del cisma; privando al imperio de un elemento de fuerza, quizá el primero.....¿No es verdad que todo parece augurarme ruina? ¿No es verdad que todas estas coronas aglomeradas sobre mi cabeza amenazan hundirme á su peso abrumador?

—Oh! pero tal vez.....

—Pues no es así, Juana; lo futuro lo acreditará. Mi período de honor es llegado; la éra de supremacía, porque tanto suspiré, vá á inaugurarse.

—¡Bendita vuestra fé, señor! ¡mil veces bendita!

—Aun breves dias de prueba, y luego la gran obra. El mundo sabrá quien es el hijo de Felipe el hermoso. Mi estrella, eclipsada un momento, tornará á lucir con espléndidos fulgores. Yo nací sin esperanzas de heredar á mis cató—

licos abuelos; porque Miguel de la Paz, hijo de don Manuel de Lusitania y mi tia doña Isabel, era un niño bien conformado y robusto. Llegan á noticiar á mi escelsa abuela mi nacimiento en la fiesta del santo apóstol Matias, y esclama con súbita inspiracion=*Cedil sors super Mathiam*, Lorenzo Miniate, famoso astrólogo napolitano, me vaticina á la faz de Europa que seré el mayor capitan y el mas venturoso conquistador del siglo. Mi abuelo empieza á trabajar en mi favor, sintiendo cercano el término de sus dias, y avisándome de sus tareas para asegurarme la púrpura imperial me escribe=*Nada temais, mi buen hijo. Pedro Zanet, mi cabalista, no cesa de repetir que subireis al solio de Cárlo-Magno*= No hay adivino, zahorí, ejipcio; desde el astrólogo de un rey hasta la quiromáutica viandante que no me prediga igual brillante sino=¡*gloria y grandeza*!=

—Si el espíritu de los moribundos es atendible, Cárlos; si la voz del que confina con la tumba tiene algo de profética......

—Juana.....

—Yo siento en mí una secreta conviccion de tu prosperidad venidera. Yo veo mas allá del presente trabajoso en que luchas un horizonte sin límites de bonancible calma. Yo no puedo resistir al movimiento interior, que como una inspiracion de lo alto, me impulsa á repetirte las dos palabras, que simbolizan tu carrera en lo sucesivo. Yo obedezco á las sujestiones de mi conciencia, que lee tu horóscopo, reasumido en esas palabras=¡*Gloria y grandeza*!....

—Amor de mis amores, (replicó el bizarro mancebo) Un beso á tu frente, que oculta un tesoro de viva inteligencia! Un beso á tus labios, que profieren palabras tan halagüeñas!

La frente y los labios de la Cantadora recibieron dos ósculos apasionados del imperial jóven. Juana se estremeció de placer.

—Encanto de mi vida, (continuó el nieto de los reyes Católicos en el estremo de su júbilo) para tí mi grandeza ¡para tí mi gloria!

—Un gesto de doloroso decaimiento reemplazó á la primera sensacion de alegría que animó las facciones de la huérfana, cual la luz fugitiva del relámpago la oscuridad de un cénit envuelto en espesas nieblas.

Cárlos embebido en sus pensamientos de dominacion y soberbia preponderancia no descubrió la breve duracion del alborozo, que produjera en el ánimo desfalleciente de su amada.

—Bien mio, (prosiguió don Cárlos cada vez mas espresivo en su entusiasta adoracion).

—Tengamos fé, y marchemos juntos á la felicidad......

—Sigue tu relato, mi noble emperador.

La escitacion gozosa del adolescente espiró en su fisonomía, como en la de su manceba.

El recuerdo ingrato de sus reinos en discordia, y de las contrariedades, suscitadas á sus primeros pasos en la senda del poder, le arrancaron á la plácida ilusion de sus venturas en perspectiva encantadora; hundiéndole en las sombrías reflexiones de sus azares y angustiosa situacion.

El nieto de Maximiliano de Austria se tornó ceñudo, y al continuar la conversacion su tono recobró la dureza de las esplicaciones ingratas.

—Sigo la abandonada cuenta de mis humillaciones en Castilla, dijo suspirando hondamente.

—Si te cansa ó incomoda...

—No (apresuróse á contestar el César, no sin cierta irónica amargura), me conviene traer á mi recuerdo incesantemente los agravios, las lesiones á mi altivez, que he devorado en secreto en esos paises; tanto porque mantienen firme la resolucion de someter á un gobierno vigoroso y regulador implacable tantos elementos de contradiccion y disonancia; cuanto por justificar esa prevencion, que tachais de injusta...

—Yo no he dicho que...

—Déjame proseguir, ídolo mio; déjame proseguir. No hubo fiesta ni regocijo, destinados á solemnizar mis dias de

buena recordacion, que no fuesen perturbados en su contento por circunstancias trágicas de mal augurio. Por Navidad se dispusieron divertimientos públicos en Valladolid, justas, torneos, pasos de caballería, y lidias de toros. La concurrencia de altos personajes; gente bien acondicionada de los pueblos comarcanos, y menuda plebe fue inmensa, teniéndose que espulsar de la ciudad un sobrante de poblacion que incomodaba al vecindario, y á los forasteros que ya se procuraron cabida. Vistosas estuvieron las lizas; curiosos los lances de las contiendas; lucimiento imponderable obtuvieron los señores que tomaron parte en los festejos: pero no habian trascurrido quince dias, no habian desalojado la egregia ciudad la mitad de los curiosos huéspedes, que atrajeran sus caballerescos ejercicios, cuando *la peste negra* invadió á Valladolid, haciendo horribles destrozos; habiendo familia de veinte individuos que estinguió en un solo dia...

—¡Qué desolacion tan espantosa!

—El catorce de marzo tornó á celebrarse justa real en Valladolid, y cuando por la suntuosidad de los aprestos, por la hidalguia de los justadores, y mi presencia como lidiador en el palenque, todo prometia órden, bizarría y alborozo, convirtiéronse tan bien fundadas esperanzas en tétricas realidades. Quedaron contusos muchos; fueron heridos de mas ó menos gravedad bastantes, y siete perecieron á botes de lanza.

—Pero esas catástrofes...

—Esas catástrofes no pueden ser castigadas, aunque haya lugar á la sospecha de que la venganza palió su golpe en los alardes belicosos de la liza cortesana, y por mas que en esta todo induzca á persuadirme que los cuatro flamencos, derribados sin vida, han sido víctimas de pasiones envidiosas; como los tres castellanos sucumbieron en espiacion de aquellas derrotas á manos de los justadores de Flandes.

—¡Sangrienta colision!

—El vulgo no está lejos de semejante sospecha, y el de Castilla que reduce á cantares las honrosas efemérides, los

sucesos de alta importancia política, los acontecimientos de cuenta, repite:

Justa y zambra se preparan
allá por Valladolid,
donde Flandes y Castilla
sus fuerzas han de medir.
Madre, por Dios, non vayades;
no suceda por allí
lo del bando Abencerraje
contra del bando Zegrí»

—Justadores vengativos, alli conocidos ¿No es esto?

—Abencerrajes y Zegríes; bandos moros que escandalizaron á Granada con sus rivalidades: se dieron batalla cruenta en el palenque de los justadores, y perdieron el último reino musulman de Andalucía. Todas estas desgracias que turbaron mis jovialidades, y envenenaron mis satisfacciones, eran el anuncio de las repetidas pruebas á que iba á someterse mi sufrimiento. El infante don Fernando, que salió á recibirme á Valladolid, en vano pretendió disimular su despecho por la postergacion á que mi presencia le reducia. Acostumbrado á figurar como representante de la régia estirpe en todos los actos públicos, no podia resignarse á un rango secundario y satélite del astro nuevo, giraba desesperado en la órbita trazada en la esfera de la escelsitud para los inmediatos al trono. Mi madre, falta de juicio, seducida por... En fin, doña Juana no era muy afecta. Los embajadores del rey Francisco vinieron á demandarme la Navarra para Enrique de Albret, hijo del hereje don Juan: dejando traslucir las intenciones hostiles de su soberano.. Dilaté la respuesta, y pude aplazar para mejor dia la contestacion á demanda tan imposible de satisfacer, como injusta despues del tratado de Noyon. Llegaron las córtes. Los procuradores se juntaron en San Pablo, y tornaron á resucitar la cuestion de si me habian de jurar por rey, en vida de doña Juana, mi madre y señora; de si admitido por rey, en encabezamiento conjunto de las reales provisiones el nom-

bre de mi madre y el mio, se me debia exijir jurase los Capítulos del rey católico en las córtes de Burgos, año de 1511, antes de jurarme los reinos. Zumel, un doctor burgalés, hombre de condicion áspera y de ágrios humores, procurador de Burgos, propuso no fuesen recibidos estranjeros en el congreso, y se espresó en términos violentísimos contra los nobles de Flandes, tratándolos como á gentualla de ínfimo valer, indigna de penetrar en el seno de la representacion pública.

—¡Y los flamencos sufrieron tal baldon!

—Y ¿qué habian de hacer? Los diputados son inviolables. Cualquiera clase de satisfaccion que tomaran del insulto, me esponian á un choque con la ciudad representada. Servidores leales, sacrificaron su honra al reposo de su rey. Pasaron cosas notables entre el obispo Mota, Garcia de Padilla, Croy, y Zumel; resultando que el doctor de Burgos no cedió el terreno ni á las amenazas ni á las promesas de acrecentamiento de fortuna; hasta que en mi presencia repitió su insolente proposicion—«*Jurad nuestros fueros, y los capítulos de las córtes de Búrgos, y os juraremos de seguida*—»....¡Rayo de Dios! De buena gana me hubiese despojado por un momento de la investidura real, para chocar de hombre á hombre con aquel osado hidalgo, para ahogarle entre mis brazos: para destrozar aquel pigmeo que ponia condiciones al ungido de Dios.

—Cárlos, esos anhelos....

—Son indignos de mí, por eso los sepulté apenas se manifestaron. Todos los procuradores me juraron á escepcion de Zumel; Mendoza, y Medrano, procurador de Granada, y el de Salamanca don Pedro de Acuña. Cuando fueron á jurar los grandes moviéronse altercados gravísimos sobre haberlo hecho antes los procuradores que la nobleza: no habérseles citado en forma, y no deber prestar sus homenajes sino en fiesta relijiosa de preminencia. Por fin convinieron en hacerlo el domingo siguiente. Verificada la jura, entraron las pretensiones, formuladas por mis reinos—Que mandase

guardar lo que á doña Juana se debia.... Que don Fernando no saliera de España.... Que no confiriese empleos, dignidades ni oficios á mis buenos vasallos, de Flandes.... Que Arévalo y Olmedo, dados en señorio á doña Germana de Foix, viuda de don Fernando de Aragon, tornasen á la corona.... Que permitiese testar á los clérigos para evitar que la curia romana se apoderase de sus bienes.... Que vedase las mandas á monasterios, hospitales, y cofradias, para obstar á el monstruoso enriquecimiento de los institutos píos.. Que repremiera los abusos de la inquisicion, y velase porque no causara agravios inmerecidos.... Que mandase cumplir el testamento del cardenal.... Que no permitiera la saca de moneda....

—¿Y terminó en paz el asunto?

—Terminó en paz (respondió don Cárlos con sarcástica intencion) mudé por completo la servidumbre de doña Juana, y don Bernardo Sandoval y Rojas, marqués de Dénia recibió el encargo de rodear á su alteza, la viuda del archiduque Felipe el hermoso, de hechuras suyas en sustitucion de los desleales sirvientes, que hacian del palacio de Tordesillas un foco de insurrecciones contra la seguridad de mi gobierno.

—El infante....

—El infante confinado en Aranda de Duero, y vijilado muy de cerca por mis allegados, se espresaba en términos que esplicaban harto vivamente el enojo de sus frustrados cálculos; obrando de una manera inconveniente y desatentada. En consecuencia salió de España con el pretesto de gobernar á Flándes y *minheer Beurren* mi mayordomo mayor se embarcó en su compaña, en espionaje celoso de sus actos, y con encargo de participarme el primer paso descomedido; el primer conato de desobediencia á mis preceptos. Verificóse el matrimonio de doña Leonor con don Manuel de Portugal. Contínuos alardes de altiva dignidad de los próceres han mantenido en irritacion la profunda herida de mi régio orgullo. Celebrando capítulo de la órden del Toison concedí

la condecoracion borgoñona á los principales señores de Aragon y Castilla, y habiendo ofrecido el áureo vellocino al conde de Benavente, contestó que tenia en mas las órdenes y blasones de su patria que las honras estranjeras.

—¡Insolente respuesta!

—Las libertades que conducen á prestar un brillante testimonio á la verdad ó á la justicia, yo las comprendo; las admiro, y las he respetado en el conde de Nassan, cuya rudeza militar no le permitia consideraciones en sus consejos; pero esos descaros, fruto de la vanidosa jactancia, y de la osadia mas impudente, hacen estallar al hombre de paciencia acrisolada....

—¿Qué respondisteis?

—Reprimí mi primer ímpetu de indignacion, y aparentando la mayor sangre fria dije dirijiéndome al condestable Fernandez de Velasco y al duque de Alba—«Señores, Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, mi bisabuelo, fundó esta órden: los héroes no legan su patrimonio de gloria mas que á los héroes—»

—Sereis grande, Cárlos de Austria. Vencereis á vuestros contendientes, porque sabeis venceros á vos mismo: el mas dificil de los triunfos.

—Murió Maximiliano primero, y aquí entra la historia de mis sacrificios, de mis impaciencias, de mis fatigas y laboriosas combinaciones. Aquí principia la crónica de los manejos torpes y reprobados con que se ha querido dejar burladas mis lejitímas aspiraciones. Aquí tienen demarcado su oríjen los sufrimientos de mi espíritu; esos sufrimientos que han trocado la espresion benevolente de mi fisonomía en severidad y ceño: la sonrisa franca del archiduque en la sonrisa formularia y sin verdad del emperador, rey de romanos.... sufrimientos disimulados, que han trazado una arruga en mi frente, símbolo de la meditacion penosa; huella del recóndito pesar.

—Sigue tu interesante relacion, mi noble y generoso Cárlos.

—Dejemos las germanadas de Valencia, revueltas plebeyas contra el tiránico despotismo de soberbios próceres; dejemos las reclamaciones poco respetuosas de las ciudades contra el arrendamiento de las rentas públicas; la resistencia de las iglesias á pagar el décimo de sus propiedades, que me fué concedido por el Sumo Pontífice; menospreciando la censura *cessatio á divinis* que por via de apremio las fué impuesta, y espresándose con una enerjía imponderable. En todas las conjuraciones, sorprendidas en España, ya disfrazados sus objetos con la invocacion del nombre de mi madre; ya con el de mi hermano; ora con el sosten de los fueros del comun; ora con los capítulos de las córtes de Burgos; en todas, figuraba como primer instigador al desórden y faustor de la rebeldía Francisco de Francia.

—¡Es posible! ¡Un rey!

—Un rey pérfido y malvado, que siguiendo las huellas del miserable Luis Onceno, favorece los complots facciosos en mis dominios, como el hipócrita devoto, deshonra del trono francés, atizaba la discordia en los estados de Cárlos, el bravo, el leal borgoñon. Un rey que no se desdeña de contar como agentes de la insureccion con la gente de peor ralea, y hasta les escribe, alentándoles en las turbulentas faenas. Juana, no seré feliz hasta el dia en que reduzca á Francisco de Valois á la mas amarga de las condiciones; hasta la hora en que pise los laureles de Marignan como un harapo; hasta el instante que á la faz de Europa humille á ese presuntuoso, que se reputa el hombre de su era; porque la fortuna le ha quitado del frente los únicos obstáculos de su ficticia brillantez.

—Don Cárlos, esclamó la húerfana con meloso acento, tratando de templar la furia de su augusto amante.

—Pensando en la guerra, como medio de acrecentar mis reinos por conquista en las costas de Africa; como espediente para fijar la atencion pública, y desviar los ánimos de las ajitaciones intestinas, y por amor á la nombradía belicosa, puse al mando del entendido almirante Hugo de Moncada sesenta navíos y trece galeras equipadas con superabundancia,

con lucidísima gente de infantería y caballos para el desembarque en aquellas playas enemigas. Francisco frustró empresa tan bella, moviendo alborotos en Nápoles y en Sicilia, y haciendo maniobrar en amagos repetidos los tercios del traidor Pedro Navarro; forzándome á emplear en defensa de mis posesiones italianas las fuerzas destinadas á tomar la ofensiva en las costas de los Berberiscos.

—¡Poco generoso émulo!

—En cuanto adverso me suceda anda recatada la mano fatal de ese perpetuo enemigo de mi reposo. No se da una voz sediciosa en mis provincias que no haya recibido la prévia instruccion de ese adversario, mañoso en ruines complicaciones. No hay suceso lamentable en el curso de mis cortos ensayos régios, que desentrañado deje de reconocer por oríjen los emisarios secretos, los estímulos, la cooperacion, el oro corruptor de la Francia.

—¿Y estás seguro de esa mala obra? ¿Completamente seguro?

—¡Pardiez! (replicó el César) poseo las pruebas mas palmarias de procederes tan inícuos; correspondencias de Francisco con rebeldes de las últimas filas del populacho; instrucciones de su puño y letra, sorprendidas á misteriosos ajitadores.

—¿Y esos documentos?......

—No se les arrojo á la cara, acusándole ante Dios y el mundo de rey sin fé, caballero sin pundonor, y hombre sin decoro; porque necesito llegar al punto de donde debe partir mi fortuna militar y política, y para esto es menester la paz; aunque sea comprada con la resignacion á los mas duros desacatos; aunque tenga que cerrar los ojos á insultos manifiestos; aunque me imponga el deber de acallar los sentimientos de mi corazon... Pero todos estos sacrificios tienen su precio, y por la salvacion de mi alma, que han de costar muy caro á mi digno hermano, el de Valois.

—En vuestro dia de grandeza y gloria olvidareis todos esos rencores de hoy, como impropios de la supremacía que alcanzais.

—No; (repuso don Cárlos con absoluta firmeza) porque mi dia de grandeza y gloria será el dia en que abata la soberbia de ese rival aborrecido y dome la insufrible arrogancia de mis rebeldes magnates. Hasta entonces no tendré mas que un cúmulo de escelsos títulos, sin verdadera preponderancia. Derechos sin hechos son bien poca cosa. Francisco será mi víctima, que inmolaré sin piedad á la satisfaccion de mi dignidad vulnerada; Francisco está destinado á ser el poro de Alejandro, el Pompeyo de César.... Esto lo veo al nivel de mi engrandecimiento futuro.

—¿Y no te es posible prescindir de lo pasado, y poner coto á las hostilidades de tu rival con el nuevo poderío que obtienes, sin necesidad de una lucha á muerte en que jugueis corona contra corona?

—Imposible Juana, imposible. Los términos de nuestro desacuerdo no son capaces de transacion. Francisco se empeña en que devuelvan la Navarra á Juan de Abbret y yo no debo consentir en la devolucion de un feudo, que con tan leíjtima razon poseo en plena soberanía: afeándome como una usurpacion la tenencia de Navarra retiene la Borgoña, que el infame Luis Onceno unió á sus estados contra toda ley divina y humana. El guarda el ducado de Milan sin investidura, negando el feudo al imperio; mientras se querella de la falacia de Fernando Quinto, que despojara á su predecesor de la corona de Nápoles, y en tanto que fomenta de callada las disensiones en mis dominios, sostiene públicamente al duque de Güeldres, enemigo capital, y hereditario de mi estirpe.

—¡Funesta animosidad que promete dar de sí los frutos mas acerbos!

—Juana, un instinto secreto me advierte que he de salir vencedor en la contienda: que he de complementar mi venganza.

—¡Tu venganza! En los santos libros he leido.... creo que en el eclesiástico..... *¿El hombre guarda la ira para el hombre; y busca su remedio en Dios?*

—Sí; pero tambien dicen esos santos libros=«*La ira real*

es rujido de leon»= El leon ruje antes de despedazar á su presa.

—Sin embargo....

—Juana (interrumpió Cárlos Quinto con imponente majestad) Ya que me citais los libros santos he de recordaros un proverbio de Salomon, que manifiesta la altura de los pensamientos reales sobre los pensamientos del comun de los hombres. «*Como la division de las aguas, asi el corazon de los reyes en las manos de Dios: á lo que quiera le inclinará*=» Dios coloca á ese hombre en mi camino; sin que yo pueda resistir á la necesidad de chocar con su insolencia: nos pone en antagonismo declarado: sus anhelos se encuentran con los mios; su ambicion la escitan los propios alicientes que á mi ambicion; sus prosperidades son mis desgracias; mis triunfos sus derrotas.

—Cúmplase los designios de la Providencia; esclamó la Cantadora suspirando fatigosamente.

—Seguid los pasos de ese hombre y por mi ley, que habeis de convenceros de mi proposicion anterior=¡*Dios lo quiere*! como decian los cruzados: Francisco y Cárlos no pueden vivir en paz; porque han nacido el uno contra el otro; como el espíritu del bien y del mal en la teolojía indiana.

—Es cierto.

—Durante el Periodo de mis humillaciones, Francisco ha gozado de las ventajas de una fortuna halagüeña: cuando menos ha coartado los planes de ensanche á los dominios de España. Aliado con Enrique VIII de Inglaterra, hoy árbitro de la suerte de Europa por sus recientes victorias, ha pretendido cortarme los vuelos y á no ser por la insaciable avaricia, y la hidrópica sed de honores de Wolsey, verdadero soberano de la Gran Bretaña, como dueño absoluto del ánimo de Enrique, me hubiera visto sumamente embarazado para contrarestar los fines de semejante alianza. Promesas pingües al cardenal-ministro y raudales de oro me cuesta la amistad de Francisco con Enrique; gracias á Dios, hasta ahora en nada han convenido en mi daño.

—Dios te proteje visiblemente, Cárlos.

—¡Pero si supieras los trabajos de ese hombre por arrancarme la corona imperial!..,. ¡Cuántas injurias han vomitado sus agentes *La Roche Vermeille* (su mandatario en Alemania) decia el arzobispo de Colonia—«*es forzoso probar al nieto de Maximiliano, que el imperio es electivo: que se confiere al mérito, no á la intriga: al príncipe mas digno, no al mas locamente ambicioso—*»

—Desecha esos punzadores recuerdos, bien de mi vida; aparta de tu memoria esas oposiciones sin resultado. Mañana te saluda Aix la Chapelle por unjido del Señor.

—Pero Castilla apercibe sus fuerzas para luchar con mi autoridad en abierta rebeldía; Austria pulula en bandos civiles, y la rebelion religiosa mezcla sus primeros llamamientos á las proclamas incendiarias de la revolucion política; en Flandes arde la tea de la discordia, y Francisco entona el himno de su júbilo al resplandor del incendio, como Neron en la cima de la torre, desde la que veia consumirse entre llamas á la metrópoli del mundo.

—*La risa precede el llanto, y el sumo alborozo al dolor,* enseña la Escritura.

—Bien dicho, Juana (esclamó el César con exaltacion) la risa precede al llanto, y el sumo alborozo al dolor: esto ha de suceder bien pronto. Nos quedan dias difíciles; luego dias de encarnizados combates hasta rendir la rivalidad y la osadía; despues vendrán los dias de gloria y grandeza.

—Nuestro hijo participará de ellos. Yo los impetraré de la misericordia divina y me congratularé de vuestras mundanas prosperidades.

VI.

La corona de Cárlos-Magno.

La suntuosa capilla imperial de Aix la Chapelle contiene en sus ámbitos espaciosos la flor de la grandeza cristiana.

Cardenales, arzobispos y obispos de todas naciones, presididos por el nuncio apostólico:

Embajadores de todas las potencias del continente.

Altos representantes de las primeras razas feudales de Europa:

Las celebridades políticas, militares y científicas de primer rango:

Los patricios, doctores y principales hidalgos de la ciudad, en lucido cortejo del municipio:

Las justicias y autoridades gobernativas:

Diputados de todas las clases y gremios:

Una numerosa y bizarramente ataviada escolta, ó guardia de honor:

Un pueblo inmenso que suspende la respiracion para no confundir en sus rumores las palabras de la ceremonia mas augusta entre las solemnidades públicas del órbe católico. Innumerable muchedumbre, que se agolpa á la puerta de la capilla y pugnando por invadir su recinto, y estrellándose contra la concurrencia, que se estrecha en el vestíbulo del templo, retrocede haciendo ajitarse impaciente la compacta multitud, que obstruye la gran plaza; dejando apenas espacio á los tércios, que forman cordones paralelos, abriendo calle á la procesion triunfal, tan ávidamente esperada.

Los mas incomodados por la curiosidad del vulgo son sin duda alguna, los ocho guardias imperiales, que custodian el caballo del César, tenido de diestro por dos palafreneros, equipados costosamente.

—Mira que animal, Linda. De pura sangre árabe ¡qué cabeza! ¡qué recorte de formas! ¡qué ojo echando fuego!

—Compadre Baultrout, por vida de mi nombre, que la mantilla de ese troton vale un millon de florines, como estamos aquí.

—Compadre Fintzer, donde lo hay se luce. Su magestad imperial ha encontrado un mundo-nuevo, relleno de tesoros; y posee mas joyas qne los príncipes de todo el Universo.

—Comadre Epifania, mirad esas bordaduras.

—Madre, avancemos á examinar la granada de pedrería, que sostiene el penacho de ese brioso corcel.

—¡Jesus! ¡Cómo brilla!

—¡Adelante, vecino!

—¡A la carga! ¡Adelante!

Y la turba se adelantaba rujiente, impetuosa, como la ola que bate la playa, y aunque, contenida al principio por respeto á la formacion militar, detuviese su pujaute impulso cerca de los amostazados alabarderos, cada vez mas resuelta, retrogradaba para llegar en mayor empuje á romper las filas; hasta que conmovió la fuerza que servia de balladar á sus irrupciones, faltando poco para que derribase á los veteranos de la primera línea. Llenos de coraje los acometidos presentaron las puntas de sus alabardas á la agresiva plebe, y bastó su actitud amenazadora para dejar un claro anchuroso entre el cordon y el pueblo; poniendo en dispersion al tumultuoso tropel, harto audaz en sus esploraciones anteriores.

Era un espectáculo ostentoso el ofrecido por la lealtad del vecindario de Aix la Chapelle á la consideracion del mundo. Cárlos IV, que señaló en su *Bula de oro* á tal ciudad para el ceremonial escelso de la consagracion imperatoria, correspondió á lo que debia esperarse de su patriotismo, y adhesion á los árbitros de los destinos del Occidente.

Aix ha cubierto sus paredes de tapices, paños de brocado, damasco, y alfombras orientales; ha tendido por la carrera que debe llevar la procesion una tela de lana, teñida de púrpura, y ribeteada con galon de oro; ha elevado tres arcos triunfales en la travesía de su César; ha coronado de laurel las fachadas de los edificios públicos; esparce flores en el camino del unjido en su iglesia soberana; entolda las calles que ha de recorrer, con la propia tela, que alfombra el pavimento, sembrandola de estrellas de plata, y congrega al paso de la comitiva Cesárea su poblacion entusiasta, que se dispone á saludar al nieto del bravo Maximiliano con aclamaciones estrepitosas.

En el interior de la capilla desplégase una magnificencia incomparable. Nada mas deslumbrador que el altar de oro macizo, elevado sobre el ára principal del santuario, de jaspe. Nada mas rico que el dosel de terciopelo, galoneado de oro, en medio de cuyos paños resalta espléndidamente bordada el águila de dos cabezas del Imperio. Candelabros de los metales mas preciosos; de cincelado prolijo; de calado esquisito; incrustados con imponderable habilidad, cuajados de piedras preciosas; sostienen bujias de cera aromatizada en prodijiosa profusion. Arañas de cristal de roca, laborado con insuperable maestría, contienen velas espermáticas, en cuya confeccion entran los mas raros perfumes. Atriles, cruz, candeleros, y pebeteros laterales del altar son piezas del servicio sacro, que habria reservado en el mejor lugar de su tesoro el sacerdocio del templo de Salomon; porque tanto por su mérito intrínseco, como por su trabajo maravilloso no hubiesen tenido rival entre los portentos de un culto tan pródigo en la fastuosidad y pompa como nos pintan el culto hebraico las Escrituras. El arzobispo de Alejandria Alberto, desempeñaba oficio de celebrante, segun las constituciones del Imperio, ayudándole como diácono el de Colonia, y el de Tréveris de sub-diácono.

Luis, rey de Hungría y de Bohemia, Federico duque de Sajonia, Joaquin marques de Brandeburg, y el conde Palatino del Rhin, con las espadas desnudas, hacian custodia á izquierda y derecha del altar.

El legado pontificio, de pie á mano diestra del ára, tenia las palmas estendidas sobre la cabeza descubierta del emperador, prosternado ante el mandatario del poder supremo de la Iglesia. Dos obispos á un costado del nuncio presentaban uno el oleo Santo; otro el paño finisimo en que habia de limpiar sus dedos el representante del vicario de Cristo. Otros dos sucesores de los apóstoles sostenian un enorme azafate, cubierto por un paño de tela de plata, guarnecido de encajería del propio metal.

El enviado de Leon décimo hizo la señal de la cruz en la

frente de don Cárlos con el aceite bendito, pronunciando las oraciones canónicas.

—Pueblo cristiano, (gritó desde el púlpito el cardenal Encio de san Pedro) ¡Gloria y honor al ungido del señor de cielo y tierra!!



Un viva ensordecedor fue la respuesta del innúmero auditorio; viva, que repitió el pueblo en la plaza, como eco de la aclamacion del santuario.

El legado presentó sus manos al monarca que las besó con profundo respeto. La dominacion mundana pagaba este tributo de sumision filial á la potestad divina. Los siete electores del imperio se adelantaron.

Los arzobispos impusieron las manos al unjido.

Este era el último signo de sus derechos electorales, que cesaban por la consagracion del electo: la señal postrera de sus facultades constituyentes, que la sancion sacrosanta terminaba: el final acto de su alta comision, que comenzando

por la designacion del jefe del congreso régio, concluia por la *percusion de espada,* símbolo del poder trasmitido, y el homenaje de vasallo en seguida.

Los electores estendieron las diestras sobre la cabeza del emperador, y pronunciaron la fórmula de la eleccion= «*Carolus, Augustus, Felix, Egregius, Imperator Occidentis*=(Cárlos, Augusto, Feliz, Egregio, emperador del Occidente).»

—Pueblo cristiano (repitió con voz tonante el cardenal Enzio) ¡gloria al emperador!

Todos repitieron la aclamacion sagrada, á que correspondieron fuera los ecos populares.

Una ceremonia costosa al orgullo de Cárlos faltaba todavía.

Nuestros lectores no habrán olvidado el breve apunte histórico, que presentamos para ilustracion sobre la época, al ingreso del capítulo antecedente.

Recordarán lo que dejamos dicho acerca de las pretensiones pontificias á la investidura de las gerarquías supremas, y las controversias y encarnizados combates á que semejantes prerrogativas de la silla de San Pedro dieron lamentable ocasion.

El imperio tuvo que sufrir en los azares de su autoridad en decaimiento las supuestas atribuciones del Papado para investir y desposeer de feudos, señoríos y reinos; a los grandes de la tierra.

Cuando la fortuna se mostraba propicia á los emperadores entonces el vicario sumo tenia que someterse á las altiveces de los descendientes de Cárlo-Magno; perdiendo hasta la intervencion inmemorial y de meras ritualidades, en las ceremonias de su antagonista. De aquí datan los emperadores, penitentes humillados; despojado de su carácter primacial; deprecantes ante el trono pontificio; holladas las cervices por las sandalias del pescador de Galilea. De aquí descienden los padres de la cristiandad, muertos en la miseria del destierro; las violaciones de las inmunidades patriarcales en el malaventurado Bonifacio; las humillaciones de los anti-papas erijidos por los príncipes en contraposicion tenaz; las rebeldías relijiosas.

Como unos emperadores habian sancionado el principio de la dependencia feudal del sumo sacerdocio, y unos papas habian reconocido la independencia de las potestades terrenas de la supremacía eclesiástica no existia derecho público en este punto tan vital é interesante.

El pontífice aprovechando su buena posicion, ó esplotando la situacion *dificil* del electo para el imperio, resucitaba sus aspiraciones á la investidura, y añadia un caso mas á la nómina de sus intromisiones en los gobiernos temporales.

El emperador que á su ascenso al trono contaba con poder suficiente para coartar las miras ambiciosas del vicariato cristiano, y no tenia precision de plegarse á las condiciones humillantes del gefe de la Iglesia, rechazaba el pesado yugo, y alzábase sobre el sólio de los Césares, desdeñando admitir la menor cooperacion del poder espiritual á las ceremonias de su inauguracion solemne.

Leon Décimo hostil á don Cárlos; apasionado á Enrique de Inglaterra, que paladin del dogma, atacado vigorosamente por Lutero, habia respondido al heresiarca con acritud; afecto á Francisco, luego que se convenció de la inutilidad de sus gestiones á favor de Enrique; y que al proclamar los electores al hijo de Felipe el hermoso no disimuló su contrariedad, era hombre de demasiado talento para no aprovechar la hora de acreditar su poder á costa del rango soberano del Occidente.

Así es que comprendiendo la posicion escepcional de don Cárlos, en pugna con Francisco; en la necesidad de captarse las simpatías de Wolsey, verdadero dominador en la Gran Bretaña; revueltos sus reinos, y agotados sus fondos, y precisando la paz para consolidar la multitud de potestades, que reunia, Leon, supuso con sobrado fundamento que el jóven César no estaba en aptitud de oponerse á sus pretensiones, y por el contrario, recibiria la ley durísima de los actos jurisdiccionales, con que el pontífice alardeara su debatida supremacía sobre el imperio, en las propias solemnidades de la consagracion.

Apenas se abocaron con Su Santidad los embajadores del rey católico el sucesor de los Gregorios y Alejandros hizo patentes sus intenciones: dictando un ritual, que ponia en relieve las prerogativas de la sede Romana; yugo á que nunca prestaron espontáneo holocausto los investidos con la púrpura.

Los enviados del príncipe flamenco, amenazaron con que su señor se daria por satisfecho con la proclamacion en la iglesia de S. Pablo de Francforct sobre el Mein; sin consagrarse como Maximiliano, su abuelo, que fué rey de romanos con el mismo poder, que Federico III, aunque careciese de investidura, y rehusara las pompas de la excelsitud en su reconocimiento por el poder eclesiástico.

Bien se alcanzaba á Leon X que Cárlos no podia seguir la misma línea de conducta que su antecesor; habiendo menester todos los elementos constitutivos de la legitimidad, quien sufrió tan duros y ostinados ataques, aun en pretension de la preeminente jerarquía.

Obstinóse, pues, y las cosas habian llegado á términos, que los comisionados de su Alteza Española hicieron entrar la subversion de Lutero en sus planes, reprendiendo la codiciosa ambicion de la curia romana, con un estilo que recordaba las imprecaciones de las escuelas disidentes de Witemberg.

Una circunstancia imprevista evitó el rompimiento inminente, atendidos los polos diversos de la cuestion suscitada. Selim, sultan de los turcos, amagó á la cristiandad con una irrupcion terrible; que escojía por punto de ataque las costas italianas. Se ven precisados á impetrar el socorro de Cárlos, tuvo que ceder de sus exijencias en obsequio de su seguridad amenazada, y por último, se convino en que la coronacion del hijo de doña Juana, se verificaria bajo ciertas formas, que sin emancipar al imperio de todo reconocimiento de vasallaje á la iglesia, no acreditase á la Sede apostólica como inmediatamente superior á la dominacion prelativa de Europa.

Esta ceremonia era la que sublevó el ánimo de don Cárlos, al empezarse á cumplimentar por los electores.

El relámpago de ira que iluminó la mirada imperial no hirió la vista de los circunstantes; porque aquella mirada estaba fija en el suelo, en la postura humilde del César á los piés del nuncio.

Los electores se arrodillaron en torno del legado, detrás de su electo, y el arzobispo de Maguncia tomó la palabra en nombre de todos.

Aunque don Cárlos habia resistido aprender el idioma del Lacio no obstante las instancias de su preceptor Adriano del Trech, como en las estipulaciones entre el imperio y el papado se influyó la prez, que debia proferir el arzobispo maguntino, conocia el concepto por la traduccion, que de él se le hiciera.

Alberto de Maguncia, dijo así:

—«Los siete electores imperiales piden á su beatitud, mediante la preeminencia de la jerarquía y honor, que en la cristiandad le corresponde, dispense su sancion augusta al elegido; coronando su cabeza en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

El nuncio de Su Santidad, posó la mano sobre la cabeza del unjido, y con todo el énfasis de un poderío, triunfante y orgulloso de su triunfo, respondió segun las capitulaciones formadas por una potestad y otra, con las palabras mismas de la súplica:

—Nos, en nombre de su beatitud, mediante la preeminencia de jerarquía y honor, que en la cristiandad le corresponde, dispensamos la sancion augusta al elegido, y coronaremos su cabeza en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

—Amen, contestaron los electores levantándose.

Don Cárlos olvidando en su interna cólera los ritos de la solemnidad suprema se alzó de los piés del nuncio, la frente altiva, pálido y mirando á los electores, y al legado apostólico, fray Tomás de Vio Cayetano, que con tanta perseveran-

cia conspiró contra sus intereses en la cuestion del vacante imperio; designado ahora para representar las pretensiones, diestramente acreditadas del Sumo Pontificado, sobre la dignidad cesárea.

Los electores sintieron pasar aquella mirada deslumbradora como el fulgor de un relámpago; pero no adivinaron la protesta para lo futuro que encerraba.

El enviado del Pontífice se estremeció involuntariamente al encontrarse sus ojos con los relucientes ojos del emperador: mas no leyó en ellos el juramento de venganza con que relegaba al porvenir la pena de aquella explotacion de su embarazosa actualidad, para forzarle á reconocer derechos supremaciales, que el imperio consideró siempre como una usurpacion escandalosa.

Aquel mancebo que el nuncio y los electores, esto es, la soberanía eclesiástica, y la soberanía feudal; el principio de la investidura divina, y el principio de la investidura humana; tenian delante acabada de formular una muda apelacion, de entrambos poderes, que pusieron su paciencia á pruebas tan ásperas.

Aquel mancebo ofrecia en lo íntimo de su corazon lo que habia de cumplir en lo sucesivo, entre el pasmo y terror del Orbe.

Acabar con los poderes electivos del imperio que harto escandalizaron á la Europa con su avaricia, torpe venalidad, infidencia y reprobados tratos.

Escluir al Papa de toda intervencion fuera de la puramente espiritual en el imperio; cortando de una vez las disputas entre el supremo Sacerdocio y la primera jerarquía continental.

La Alemania veria entre los hierros de las prisiones, imperiales á los mas eminentes de sus príncipes, y la emancipacion de algunas provincias de la comunion católica, habia de rematar la obra electiva, inaugurándose el imperio hereditario.

El Universo debia presenciar la conclusion del predo-

minio pontificio, en los asuntos y derechos feudales; término de las arrogancias y atribuciones del sólio de S. Pedro, que estaba destinado á marcar Clemente VII prisionero del emperador en el castillo de *Sant'-Angelo*.

—De rodillas señor, repuso con cierta irónica dulzura el legado.

Cárlos tornó á prosternarse, sometiéndose á la necesidad de cumplir lo pactado con Leon X.

—Pueblo cristiano (gritó el cardenal Eucio). ¡Atencion!

Un murmullo desasosegado del pueblo, indicó la preparacion de escuchar y ver sin perder una sílaba, ni un acto.

El cardenal Vio Cayetano, profirió las preces del ritual, elevadas las manos al cielo; alzándose su talla sobre los arrodillados grandes (que por su jerarquía se hallaban en el presbiterio, separados por barandas de oro, del resto de la comitiva y concurrencia) como signo de la jurisdicion que representaba; tambien alzándose prepotente sobre las jurisdiciones y señoríos de la tierra.

Terminadas las preces del nuncio, descubrió el azafate, y tomó la corona imperial dejándola suspendida sobre la cabeza del electo.

—Pueblo cristiano (eslamó el cardenal Eucio). ¡De rodillas!

Los tambores y trompetas del primer tercio, situados á la puerta de la capilla, redoblaron y dieron al eco un sonido agudo; como aviso de la postrera ceremonia de la consagracion. A tal anuncio correspoudieron todas las bandas de los tercios, que se estendian por la carrera.

La campana mayor, *Stella Mariœ*, de la iglesia metropolitana de Aix, lanzó al espacio tres vibraciones acompasadas.

El cañon retumbó en un disparo solo; señal preventiva, á las baterías encargadas de la salva, que saludó al ungido de Dios, y coronado por la beatitud del Pontífice Romano.

—Pueblo cristiano (añadió el cardenal Eucio), ora por que el Señor derrame sus bendiciones y tesoros de gracia

sobre Cárlos, Augusto, Feliz, Egregio, emperador de Occidente.

Despues de un breve intérvalo de reoojimiento y piadosa absorcion, un susurro impaciente vino á manifestar el anhelo general, por el fin de la excelsa ceremonia.

—*Cárolus, Augustus, Felix, Egregius, accipe munera imperatoria, et coronam. Caroli-Magni imperatoris. Occidentis, de Pontificio auctoritate...*

—Cárlos Augusto, Feliz, Egregio, recibe la investidura imperial y la corona de Cárlo-Magno, emperador de Occidente, por la autoridad pontificia.

Fray Tomás ciñó las sienes de Cárlos de Gante, con la diadema del hijo de Pepino; pero no bien hubo sentido el roce de la famosa corona en su frente y cabellos, Cárlos de Austria se irguió con magestuosa gallardía, llevando la mano á ella y afirmándola con un movimiento de resolucion.

Cárlos estaba cubierto de una armadura resplandeciente como plata bruñida, fileteada de oro, y empavonada á listones oscuros, en los que lucian cincelados de un gusto sobresaliente.

Al resplandor de las luces del templo, brillaba el jóven emperador con su soberbia armadura, regalo de Toledo, como las aguas de trasparente lago en que riela la argentada luna.

Desnudó el acero y le presentó al Ara, como homenaje á la fé de Cristo y se volvió con imperioso ademan á los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris, que debian cubrir sus hombros con el manto de tercipelo color de púrpura; armiñado; como reprendiéndoles su tardanza en revestirle de las insignias de su preclaro destino.

Llegáronse á él con premura los mitrados, y mientras el de Tréveris y el de Colonia le envolvian en los anchos pliegues del manto, el de Maguncia arreglaba á su cuello el armiño, mientras Luis de Hungría y Bohemia prendía el broche de oro, en figura de águila de cabeza doble, blason de la dinastía imperial.

Don Cárlos se volvió al pueblo.

Un viva de frenético entusiasmo saludó al César.

Las bóvedas de la capilla retronaron con la aclamacion.

La plaza retembló al corresponder el inmenso gentío á la proclamacion asordadora de los asistentes al santuario.

Las capanas de la ciudad escojida, fueron ruidosamente echadas á vuelo.

Los cañones estallaron en salvas repetidas.

Las músicas militares y orquestas, colocadas de distancia en distancia por la carrera, sobre cadalsos alfombrados, y entre vistosas perspectivas, añadieron sus vibraciones al concierto festejador de la Magestad en todo su auge.

La ilustre sombra de Maximiliano I, vagaría por los espacios del Tabernáculo, gozando de la grandeza de su sucesor querido; si es que los que fueron son capaces de disfrutar con los sucesos mundanos.

Cárlos estaba hermoso en aquellos instantes.

Los ojos animados por una espresion de dignidad ufana.

Las morenas mejillas coloradas por el carmin del alborozo.

Los lábios entreabiertos para dejar escapar el suspiro de la jubilosa satisfaccion.

La postura de la cabeza de una arrogancia, que inspiraba sobrecojimiento respetuoso.

La rizada barba, y el mostacho de un castaño oscuro, completaban los naturales rasgos de virilidad poderosa en aquella fisonomía tan noblemente espresiva, tan altivamente señorial.

Y esta cara de verdadero César, saliendo del círculo refulgente de la diadema de Cárlo-Magno y resaltando entre el armiño, la púrpura y el oro del manto en que se envolvian sus formas parecia circuido de una fúlgida aureola; de tal modo el orgullo, la grandeza, y la felicidad, irradiaban en el semblante las vehementes impresiones del alma.

Dos pajes llegaron con el sillon de púrpura, y le colocaron de espaldas al Ara.

Don Cárlos entregó su espada al condestable, y tomó asiento con reposado continente. El nuncio apostólico bajó el segundo escalon del presbiterio; desaparecia el representante de la potestad pontificia en la ceremonia, quedando el embajador del Vicario de Cristo, acreditado cerca de la Magestad imperial.

Los emisarios de todos los príncipes europeos debian llegar por su turno á saludar al jefe de las dominaciones continentales.

Despues entraban los grandes dignatarios del imperio.

Luego por su órden los miembros de la feudalidad germánica.

La pesada corona de Carlo-Magno, de la que dijo Federico III.—«*Pesa como cien quintales de plomo*»—apenas parecía á Cárlos de Austria comparable con su casco de acero toledano, de visera primorosamente calada, como la mas rica y vaporosa encajería flamenca; cimera de oro con la figura del águila de duplo cuello, adornada de largas y ricas plumas; pieza de la armadura cesárea que Guillermo de Croy, señor de Chievres, tenia en un azafate de plata de labor morisca, obra de los artífices cordobeses, herederos del caprichoso gusto y prolijidad de los artistas árabes.

Mientras se rinde pleito homenaje por las categorías del estado, al primer monarca de Europa en rango de honor, y que pronto habia de acreditarse el primero en la esfera de las conquistas, y las dominaciones positivas, mientras van ligándose por el juramento las clases del imperio al Teniente del poder central; en tanto que llegan y se humillan desde los electores hasta los diputados de la plebe, ante el que ciñó la corona de Cárlo-Magno, fijemos nuestra vista en esa corona; traigamos á mientes al hombre que primero la llevó, y hagamos resplandecer la era fecunda en grandiosas reminiscencias, que ascendió la mayordomía de Ostrasia á imperio de Occidente.

Los francos salieron de la Germania entre las mil bárbaras progénies, que Dios concitó contra la decaida Roma,

y por mas que Fredegario se esfuerce en derivar la dinastía Merovinjia de los héroes reales de Troya, la historia no concede á la raza advenediza mas antecedentes que el resto de las familias germánicas que saliendo de sus antros tenebrosos, aparecieron á disputarse el botin de la desfalleciente señora del Universo.

Hlodovijio catequizado por la hermosa Clotilde, promete su conversion al cristianismo, si el Dios que se le invita á reconocer le dá la victoria contra los formidables alemanes, y alcanzada la victoria cumple su promesa, y con tres mil de sus mejores guerreros recibe el agua purificadora, abjurando del culto de Odin, el Marte del Alrunismo, ó religion escandinava.

La iglesia sufria una de las mas crueles pruebas, que habia de acrisolar el favorecimiento, de su divino institutor. La herejía de Arrio infestaba las tribus bárbaras, posesionadas de los despojos del imperio, y el césar de Constantinopla era perseguidor implacable y verdugo cruento de cuantos sostenian la divinidad de Jesu-Cristo.

La iglesia se alió al poder de los francos y dándoles sus elementos de vitalidad, aceptó su pujanza para concluir con la dominacion herética, y someter las cien castas, dueñas del territorio europeo, á una sola comunion relijiosa, á una sola dependencia política.

Una á una fueron sucumbiendo las diferentes potestades, rivales del único reino ortodoxo del mundo. Los visigodos, los galos, y los borgoñones; los daneses, suevos, bábaros, turinjios, sajones, griegos, godos, lombardos, avaros y esclavones, reciben la ley del Franco vencedor, y ya como señores absolutos por derecho de conquista; ya imponiendo tributos á los pueblos menos fuertes; yá robusteciéndose con numerosas confederaciones, que les proporcionaban contingentes considerables, los francos preponderan, haciendo preponderar el dogma puro de la creencia cristiana....

La creencia cristiana, que Constantino erijió en ley moral del imperio, traspasándola á diferentes cantones de Ger-

mania, Helvecia, Recia y Nóvicum, la reaccion bárbara vino á sustituir; pero no pudo estirpar la generacion convertida; empresa que por otra parte tampoco acometieron los pueblos, que medraron con la ruina de Roma.

El indiferentísmo minaba las creencias politeistas de familias peregrinas; engrosadas con la incorporacion de razas vagamundas; de hombres de toda especie y religion; del desecho de las mismas sociedades bárbaras que perdiendo toda afeccion de hogar, asociacion y rito, renunciaban con la pátria á la nacionalidad y sus consecuencias el espíritu de asimilacion en intereses morales y materiales; acostumbrándose á jurar por Odin, por Thor, por Irminsul y Cristo, como por las divinidades de su propia Teolojía.

La providencia en sus altos fines hizo al escepticísmo bárbaro primer resorte de la fé, fuente de eterna gracia. Muchos normandos, segun el testimonio del monje de san Galo, acudian á bautizarse por codicia de las vestiduras y ricos presentes, que los padrinos donaban á los catecúmenos. Infinitos pueblos se convirtieron al cristianismo por gozar las exenciones, concedidas á los que dejaban el culto idólatra. El bautismo fué la condicion impuesta á los vencidos.

La iglesia no se congratulaba de estas adquisiciones por el presente ni se engreia con tales adelantos, suponiendo la conversion de todo punto espontanéa. Solo pueden afirmarlo así impugnadores poco versados en la historia de las conquistas católicas. La iglesia adivinaba el porvenir. Gregorio el grande decia á los misioneros«—*Las generaciones primeras valdrán poco:—las siguientes irán dando el fruto.*»

Los esfuerzos aislados no conseguian el apetecido fruto: pero el Papa se encargó de la conversion de infieles y desde aquella fecha los mayordomos de Ostrasia impusieron á los pueblos diversos, dependientes de su poder, la adjuracion de sus principios religiosos, y la sumision á la iglesia apostólica. Los turinjios, trisios y sajones resistieron la conquista relijiosa-política con toda la impetuosidad de su feroz carácter, y mientras el medio-dia de Alemania recibia el bautis-

mo, los salvajes moradores del norte mataban á los misioneros; atacaban las iglesias de sus vecinos y llevaban á cabo la destruccion de los monumentos sagrados con toda la violencia del encono mas pertinaz.

Un espíritu de independencia ruda era la condicion característica de las razas del norte. Todas sus guerras con los ostrasianos tuvieron orijen en su adversion á recibir la ley de un señor. Aliados y no vasallos, repugnaban constantemente cualquier acto, que tendiera á destruir la integridad de su territorio, ó su consideracion de confederados, y en tanto que las fuerzas de la generacion franca no llegaron á poderles abrumar con su inmensa muchedumbre, los germanos Norticos conservaron el culto de Irminsul, y sus horribles sacrificios; como sus *gáus* ó madrigueras selváticas; como sus libertades de toda prestacion forzosa á la mayordomía franca de la Ostrasia.

Para el norte de Alemania los misioneros no eran ministros de un nuevo culto; catequistas por servicio á la religion que venian predicando; sino embaucadores á sueldo de Ostrasia que minaban las creencias para destruir su unidad; dando cima á la obra de identificar su pais con el de los francos; principiando por los elementos sacros y terminando por la confusion de intereses. Era demasiado profundo el ódio entre las dos razas para que semejante idea dejara de ser fatalísima á los eclesiásticos que aventuraban sus predicaciones en aquellas comarcas. Lejos de desvanecer los francos este pensamiento respecto á los misionarios parecian empeñarse en acreditarlos cuantas veces les era fácil. Antes de sus diferentes guerras con turinjios, sajones y fricios predicantes de la *comunion franca* visitaban los recónditos breñales de aquellas gentes incultas. Despues de la lucha, del descalabro, de las dolorosas pérdidas, de las razas nórticas venian los tributos, los rehenes, los pactos irritantes, y por complemento de su costosa humillacion llegaban los misioneros con órden de sus enemigos para hacerse escuchar y obedecer. Hé aquí como uniéndose al culto nuevo la idea

de la dependencia y la servidumbre se afianzaba al culto antiguo el espíritu de cohesion y de nacionalidad. Asi era imposible subyugar religiosamente á los hijos del norte, á no abatir el principio de libertad, y para ello necesitábase cargar sobre aquellas indómitas provincias con toda la preponderancia militar de un grande hombre.

Carlo-Magno fué el emisario de la Providencia para complementar la obra de sumision del continente á una misma ley religiosa y política, y dar el giro á la civilizacion fecunda que debia nacer de la unidad, manantial perenne de la grandeza.

Pepino de Heristal sujeta á los pueblos sustraidos á la obediencia de Ostrasia durante la decadente dominacion merovinjia. Cárlos Martel, su bastardo, es un capitan émulo de aquellos héroes aventureros como Alarico y Atila que salen de un centro pequeño para recorrer el mundo avasallándole, y atando los gefes de los pueblos que resisten su dominacion á su esplendoroso carro de victoria. Las orillas del Rhin, Unstrut y Lipo, son testigos de las derrotas de alemanes bávaros, turinjios, sajones y frisios.

Los árabes atraviesan el occeano, y los visigodos sucumben en las riberas del Guadalete, dejando la España esclava de la media luna. En nombre de los califas de Damasco los hijos de Ismael traspasan el Pirineo, vadeando el Ebro, y se lanza á la Galia. Abderramen los capitanea, y los sectarios de Mahoma se adelantan hasta Tolosa llevando el esterminio como símbolo de su paso, y acreciendo el terror de su nombre al espanto de su formidable invasion. En Poitiers esperaba el aguerrido mayordomo de Ostrasia. En aquellos campos, estremo del occidente, se encontraron cara á cara árabes y germanos; creyentes en Jesucristo, y creyentes en Mahoma; la cruz y la luna; el espiritualismo y el materialismo; la civilizacion en su gérmen; la barbarie en su alarde mas temible. La espada de Cárlos Martel decidió tan importante contienda: trescientos setenta y cinco mil sarracenos presentan las crónicas tendidos sobre el campo de

batalla. La Europa contuvo el empuje formidable del Asia circunscribiendo el islamismo á un círculo en que atacado con perseverancia, y al cabo de esfuerzos heróicos, quedó estirpado de nuestro continente.

El Pontífice Gregorio III hostigado por los lombardos le pidió socorro por medio de dos nuncios, que vinieron á presentarle las llaves del sepulcro de san Pedro apóstol; pero la muerte impidió á Cárlos favorecer al vicario de Cristo. De cualquier modo las bases de esta demanda de auxilio por parte del Papa, y la adhesion á su causa, manifestada por el bastardo de Pepino, sirvieron de procedencia á esa coalicion entre el sumo pontificado católico y el imperio occidental, que unidos debian dar una faz nueva á los destinos del universo.

Pepino, último mayordomo de Ostrasia, despues de hazañas felices consulta al supremo sacerdote Zacarias sobre si debe tomar la investidura régia, despojando de la dignidad á esos oscuros príncipes, en cuyo nombre gobernaba una familia de héroes: «—*Quien goza la potestad del rey, debe gozar su fuero*—» contesta el Papa y Pepino se corona segun el rito hebráico, consagrándose con el óleo bendito; marcando la portentosa correspondencia del sacerdocio y el imperio, que se adunan para ascender á la esfera, que en el porvenir histórico les tiene demarcado el dedo de Dios.

El obispo de Roma aspira á emanciparse del imperio constantinopolitano, que proteje la herejía iconoclástica; necesita un aliado poderoso que haga retroceder la projenie lombarda, en perenne amago contra su diócesis.

El rey franco ha menester un signo de legitimidad que robustezca su imperio porque los hombres, quieren una sancion suprema para los poderes, que se ofrecen á su acatamiento, y lo mismo procura Alejandro; que los sacerdotes de Libia le proclamen hijo de Júpiter Amnon, y dueño futuro del mundo, que Pepino la uncion sagrada del patriarca del occidente, que Napoleon el ceremonial imperatorio al estilo antiguo.

Zacarías no era aun el representante único de Dios sobre la tierra; no elevaba á dogma su infalibilidad; ni sustentaba el principio de supremacía sobre el cuerpo apostólico; pero los ilustres obispos de España le concedian la preeminencia de honor y jurisdiccion, y él marchaba á los escelsos fines, reservados á la diócesis de San Pedro, tomando á su cargo la conversion de infieles, y rodeando de su sacrosanto prestijio al poder, con cuya alianza habia de inaugurarse la era maravillosa, punto de partida del mundo, emancipado del yugo de la barbarie.

Faltaba uno de esos genios, que perfeccionan la obra dificultosa de generaciones obedientes á la ley del progreso: uno de esos héroes, que imprimen el sello de la consumacion á los trabajos de una época..... Este génio, este héroe, fué Cárlo-Magno.

Cárlo-Magno halla al este y al sudeste á Irminsul y Mahoma en arma contra Cristo: á los sajones y á los sarracenos, que amenazan una doble irrupcion en sus dominios.

El norte de Alemania, antipático á la raza franca, se rebela contra las concesiones sucesivas que la derrota de sus fuerzas le impusiera á favor de sus eternos enemigos. Los hombres de la *tierra encarnada,* como se denominan los sajones, habituados á vivir desconocidos en sus *marcas,* repartidas caprichosamente por los profundos claros de un bosque, que abrazaba un circuito de siete leguas; odiando con pertinacia los *mansi* ó tierras limitadas de los francos; resistiendo obstinadamente el censo, los padronamientos de riqueza, divisiones de territorio y sistema tributario, rompen resueltamente con los misioneros; matan á unos, espulsan á otros, y reducen á cenizas la iglesia de Daventer.

Cárlo-Magno les declara la guerra, y desengañado de la imposibilidad de mantener fieles aquellos paises, mientras no se les haga entrar en la condicion de pueblos francos; despues de mil pactos violados, y estipulaciones eludidas, carga sobre ellos con un ejército formidable, y á pesar de la resistencia opuesta por Witikindo, organiza la Sajonia con

ayuda de los misioneros, y somete el este, mientras el sudeste árabe retrocede ante sus armas victoriosas.

Pero si Cárlo-Magno como guerrero sojuzga la Sajonia; abate á los Esclavones; castiga á los Avaros; destroza á los Wiltozos, y hace purgar sus osadías á los Daneses, como lejislador, como político, y creador de un sistema social, es digno del alto renombre, que le señala á la admiracion de los *pósteros*.

El feudalismo le reconoce por fundador de sus bases; ese feudalismo que el siglo XVI ha de ver sucumbir ante la potestad monárquica; pero que cuando la barbarie llamaba á los pueblos á las armas cada dia salvó á la Europa del caos, y sirvió de dique á la caprichosa innundacion de las hordas en las sociedades sujetas á régimen fijo.

La máquina política que Cárlo-Magno inventó tenia por ajentes de la accion suprema los poderes militares gobernativos y civiles de duques, condes, vicarios, centenarios y *scabini*: al paso que los obispos reuniendo á su poder espiritual facultades de gobierno, ya de obra: ya de intervencion, ya de consejo meramente sujetaban á los pueblos á la disciplina *nemo canónica*; á la obediencia del pontífice y del emperador; al reconocimiento de vasallaje á los principios sagrado y público, marchando de consuno á la consolidacion de intereses, que instituyen una sociedad robusta, un porvenir para la civilizacion.

El feudalismo surje con los *missi dominici* por cuyo medio gobierna Cárlo-Magno á provincias distantes de su centro de accion; con los duques, que nombra á los pueblos asediados por enemigos de la paz, por vecinos de una fogosidad salvaje, con las gerarquias gubernamentales, con que asegura la espedicion de los asuntos del servicio público, y arregla las relaciones entre los estados que forman su dilatado imperio.

El feudalismo está destinado á mantener la integridad de las provincias aun cuando las circunstancias las desmembren del imperio; y si las complicaciones de los sucesos hacen pedazos la obra de la raza carlovinjia, cada pedazo se manten-

drá organizado, porque á falta del emperador, centro del poder militar, gobernativo y jurisdiccional, quedarán, duques, condes y barones, representaciones diminuta del coloso derribado; como globulillos de azogue á la presion del glóbulo que todos conservan materia y figura del glóbulo de que salieron.

Cárlo-Magno jamás imaginó haber construido un imperio al abrigo de la desmembracion; porque estando en la Gália Narbonense vió piratear unas barcas escandinavas dentro del mismo puerto, y llorando predijo á sus fieles las modificaciones que los restos de la barbarie habian de hacer en su obra; pero el sucesor de Pepino comprendió la importancia de sus trabajos para la suerte venidera de Europa, y perseveró en sus labores......

—¡¡Gloria y honor á Cárlo-Magno!!

La corona del héroe del siglo VIII, esa corona octógona de oro recamada de pedreria en cuya frente se alza una cruz sujeta por un aro de oro que de atras viene á reunirse con ella sienta á maravilla á la frente radiante de noble inspiracion del héroe del siglo XVI.

¡Singular destino! Leon y Cárlos eran los nombres de Pontifice y Emperador que presidieron á la era de construccion social, llevada á tan noble término en 700: Leon y Cárlos son los nombres de Pontifice y Emperador en la época de reorganizacion social de 1500.

Cárlos el grande salva á la Europa del caos por el feudalismo: Cárlos Quinto libra al continente de la anarquía por la unidad de poder que concluye con la feudalidad.

Leon tercero somete á la Sajonia á la obediencia católica: Leon décimo pierde á la Sajonia, rebelada por el heresiarca de Wirttemberg.

Volviendo al César, diremos que concluido el homenaje dió la señal para que se pusiera en marcha el triunfal cortejo que habia de recorrer las calles, para que el pueblo de Aix saludase al soberano señor de Alemania.

Empezaron á desfilar por su órden los dignatarios, y



Carlos V.
lám. 6.ª

próceres del imperio.

Los grandes oficiales de la corona salieron de la capilla detras de la primera nobleza.

Quedaban en el templo los siete electores, el Nuncio Apostólico y el Emperador.

—Vamos, señor, dijo Fray Tomás á don Cárlos con tono melífluo.

—Fray Tomás (repuso su Majestad césarea con dignidad severa), mañana sin falta salid de Alemania, y cuenta con que volvais á pisar mis dominios.

CAPITULO VII.

El último voto.

Guillermo de Croy, señor de Chievres, ayo de don Cárlos, acaba de penetrar en la cámara de su magestad Cesárea.

El sol ha desaparecido por completo, y la noche despliega su manto sombrío, envolviendo el horizonte en densa obscuridad. El aposento del monarca germánico está casi en tinieblas. Forrado de damasco negro; tapizado de una finísima bayeta, color de ceniza, bordada de lana gris; amueblado con sillería, banquetas, rinconeras, columnas y mesa de luciente ébano; la escasa luz que por dos ventanas entra en la habitacion, al través de los vidrios pintados, se debilita, falta de reflejo, en aquella lúgubre morada.

Guillermo se detuvo cerca de una ventana, y procuró á favor del ténue rayo lumínico, que por ella ingresaba en la cámara imperial, descubrir el augusto príncipe en cuya busca venia.

Nada consigió por este medio.

Aventuróse á dar algunos pasos en la tenebrosa estancia hasta aproximarse á la mesa de despacho, donde juzgaba se hallaría su escelso discípulo.

—¡Pardiez! (murmuró incómodo) Ese borracho de Blinter me ha engañado. ¡Diantre de hujier! Me dice que su ma-

gestad se encuentra solo en su gabinete, y es el gabinete el que se encuentra solo.

Guillermo se dirijió á la puerta con paso acelerado.

Apenas sonó el pestillo de la mampara acudió Blinter presuroso.

—Sois un estúpido, le dijo Chievres con acento duro.

—Gracioso señor....

—Su magestad ha salido.

—No hay mas salida que esta, gracioso señor, y á no ser qué....

—¿Hay cuarto secreto en ese gabinete?

—Sí, gracioso señor.

—¿Porqué no me lo habeis advertido?

—Porque juzgué que su gracia lo sabia.

Guillermo quedóse en estremo pensativo.

Blinter le miraba de hito en hito en la mayor ansiedad.

—¿Quién ha entrado aquí antes que yo?

—Su magestad entró despues de comer....

—A las cuatro y media....

—Justo. A la hora y minutos vino monseñor Alberto de Maguncia.

—¿Y salió pronto?

—A la media hora, gracioso señor....

—¿Y luego?

—Luego don Enrique de Laredo....

—¡Oh! (dijo para sí el de Croy) ¿Qué habrá venido á negociar el secretario de don Juan Manuel?

—Luego que salió don Enrique (continuó el hujier á una seña imperativa de Chievres) llegó Herman Stolk, montero decano de....

—Adelante.

—Cuando el montero evacuó la cámara me llamó su magestad para prevenirme que mientras hablaba con la persona que debia venir pronto, negase audiencia, y solo permitiese la entrada á Herman, en cuanto apareciera....

—¿Quién llegó pues?

—Su gracia el gran canciller, monseñor Mercurino Gatinara.

—¡Ira de Dios! esclamó Chievres sin poder reprimir su despecho á la noticia de haber merecido los favores de una entrevista sijilosa con el emperador su rival en privanza, su perpétuo antagonista en el valimiento del César.

—¿Y permanecen en sesion todavia su magestad y el gran canciller? Interrogó el duque de Sora y Arscot en el colmo de la inquietud.

—Ya sabe que no, su gracia.

—¡Cómo!

—Su gracia ha penetrado en la cámara, y si la audiencia del gran canciller no hubiese concluido, yo en cumplimiento de la órden de su magestad.....

—Me habriais cerrado la puerta..... Comprendo, señor Blinter.

—Crea vuestra gracia que....

—Traed luces, interrumpió Guillermo distraido en sus íntimos pensamientos.

—Las haré traer, repuso Blinter recalcando la frase; picado de que se le tomara por un lacayo.

—¡Bien, pronto! añadió impaciente el disgustado valido.

Blinter saludó y dirijióse á cumplimentar el mandato, mientras el señor de Chievres tornaba á entrar en el gabinete imperial cerrando la mampara y paseándose con lentitud de una ventana á la otra.

—Vamos despacio (pensaba el favorito). Parece que mi estrella se eclipsa. La proverbial fortuna de la familia de Croy comienza á decaer visiblemente. Cárlos se revela contra mi dominio, y mi antigua influencia va perdiendo terreno. Las escenas de España han producido una reaccion en su cariño hácia mí, que ya toca á un punto rayano de la indiferencia; que llegará al despecho; que se elevará hasta el desden; que concluirá por el hastío.... ¡Oh! Primero morir que tolerar ese tormento..... Y Chievres enjugó el sudor glacial de su frente.

—No (prosiguió mas alentado), es imposible que llegue á

tal estremo la ingratitud de ese ilustre jóven; que olvide mis buenos servicios; que pague con tan cruel desconocimiento mis afanes por su gloria; porque al fin yo he formado su alma; á mi se me deben esos bríos que le hacen el predestinado á la preponderancia en Europa; yo he presidido á todas las combinaciones en que han estribado sus planes; diplomático amigable en Noyon; agente celoso en Castilla; negociador hábil en Austria. No se pierde tan facil, ni tan pronto la costumbre de regirse por una voluntad superior... Veinte años no es la edad de emanciparse de un yugo tan diestramente impuesto, como el mio.... Porque Cárlos no es un don Juan segundo, ni yo un Alvaro de Luna.... no es un pupilo reducido á obedecer á quien insulta sus atribuciones.... Cárlos manda; Cárlos no es una sombra real, sino un rey; que reunido en consejo plantea las cuestiones, escucha los dictámenes, discute los pareceres, se decide, y lleva á término sus propósitos con perseverancia... Verdad es que le dirijo; pero no le dirijo ostensiblemente; de modo que él ni nadie se aperciba... Mis enemigos no pueden echarme en cara que esclavizo la voluntad réjia á mi voluntad; no pueden sujerirle la idea de sublevarse contra mi influjo, porque en nada rebajo su prestijio, en nada aparezco supeditando su alvedrio... Ellos conocen que reino en nombre suyo, y en vano indagan el secreto de mi poder... ¡Imbéciles! Si desde Séneca no se hubiese aprendido otro recurso de dominacion en el ánimo de los príncipes que el pedagógico, estábamos medrados. Los ayos gobiernan á los niños y á los jóvenes; no á los hombres. Neron se deshizo de Séneca y de Burrho; porque le incomodaban preceptores. Yo soy el padre de Cárlos quinto ¡Necios! Por eso rijo en su nombre y rejiré mal que os pese.

El orgullo engrió el ánimo de Guillermo en la meditacion de su poder, oscureciendo el pensamiento penoso de su decrecencia.

—Sí (continuó). Por mas que parezca bajar en su aprecio mientras permaneciere al lado de don Cárlos mis influjos pre-

cederán á sus resoluciones; porque no es un embaucamiento vergonzoso, no una tutela opresora, en los que le retengo, y asi no es de temer que estimulado el sentimiento de dignidad aborrezca á quien le prostituyó, á quien le rindiera á una dependencia ultrajante. Yo le hize gustar apasionadamente de la historia; y le identifiqué á mis sensaciones, estableciendo un lenguaje convencional en el juego de nuestras fisonomías, que pasa desapercibido por los demás; yo he formado su alma y poseo la clave de sus ideas, penetro el giro de sus pensamientos, y conozco los resortes que mueven su espíritu... Una cita histórica que parezca un rasgo de erudicion suscita en su ánimo una leccion política; recuérdale una de mis máximas; le trae á mientes uno de mis principios, que han formulado su sistema, y constituyen el caudal de sus conocimientos. Acostumbrado á respetarme desde sus mas tiernos años, involuntariamente consulta su mirada la espresion de mi semblante, que con una contraccion apenas perceptible desaprueba y corta el hilo de un discurso en que contraríe mis instintos; como con una dilatacion, que escapa á la observacion mas atenta, estimula, y da ensanche al propósito conforme con mis reservadas miras. Cárlos no esperimenta sensacion que yo no penetre; mis ojos leen en su corazon como los divinos. Una palabra mia envenena la herida de su orgullo: un monosílabo de mi boca templa su ira. Yo puedo decir en las tempestades el *quos ego* de Neptuno en la Eneida; porque á mi voz estallan y se comprimen las pasiones de ese adolescente, como á la voz del Dios marino las olas del proceloso mar.

Guillermo volvió á caer en el asunto de que partieran sus reflexiones.

—Pero es lo cierto (se dijo pesaroso), que don Cárlos me trata desde que vinimos á la Germania de distinto modo que antes. No hay duda que escasea las pruebas de distincion, con que continuamente me manifestaba su preferencia. Rehusa conferenciar conmigo. En las grandes ceremonias no dispone mi inmediata proximidad á su persona. Dos ó tres

veces ha combatido mi opinion en el consejo, y lo que es mas notable se ha decidido por el voto de Mercuriano Gatinara.... Algo se trama contra mí.... Los secuaces del archiduque don Felipe contra Fernando quinto, acaudillados por don Juan Manuel, se mueven en mi daño... Los flamencos prosélitos de Gatinara y de Beurren no desperdician ocasion...

Cuidado conmigo, señores conjurados! El puñal y el veneno de los españoles no han podido dar cuenta de mi vida, y si aprovecho un cuarto de hora del antiguo favor ¡mal para vosotros todos!

Blinter abrió la mampara.

Dos criados penetraron en el gabinete trayendo luces, que dejaron sobre la gran mesa del despacho.

Solo ya Guillermo prosiguió el curso de sus ideas.

—¿Habrán contado al monarca las especies con que los castellanos se vengan de mi poder, concitándole el descrédito?...Es probable: sí.... Le habrán dicho que á mí me llaman el *padre*, y *el hijo* á él; que otros me apodan con el nombre de *Midas*, porque convierto en oro cuanto mis manos tocan, segun ellos: que yo me vanaglorío de cuanto bueno se hace, descargando en el rey la culpa de lo malo: que vendo mitras, dignidades, oficios y mercedes; que ciertos doctorcillos me designan por *Catilina*; mientras una parte del populacho entona por las calles:

Doblon de á dos, norabuena estedes;
pués con vos no topó Chievres:

—Sí (añadió el de Croy en su mental monólogo con torvo gesto que indicaba el acerbo giro de sus meditaciones) Habrán tenido la osadía de decirle que yo absorví el oro de España; que por Barcelona salieron para Flandes setecientos cincuenta millones; novecientos cincuenta por la Coruña, y por otra parte ochocientos.... mas de dos millones y quinientos cuentos de oro; cifras mentidas con que el ódio castellano denigra la dominacion flamenca; guarismos falaces con que los

señores españoles imbuyen á la gentecilla un encono de muerte contra mi.... !Ah¡ Bien mirado, yo me tengo merecido estas implacables acusaciones... He patrocinado á los flamencos mas allá de lo que debia. Bastaba el título de paisano mio para autorizar con menguadas condescendencias los desórdenes y los descaros. Borrebot y Lanoy traficaban con una desvergüenza inaudita y Salvajio ha traspasado los límites del decoro con las especulaciones mas impudentes... Bueno que cada cual utilizase sus inteligencias.... esto pasa en todas las cortes de Europa... Es un precio de la privanza; una gabela de la pretension. Pero de ahí al escándalo media una distancia enorme, y yo sufriendo á los espoliadores he dejenerado en cómplice del espolio á la vista de los pueblos.... tal vez á los ojos de la posteridad... ¡Vive Cristo!

Chievres cerró los puños convulsivamente, y movió la cabeza en ademan cólerico.

—Tienen razon los españoles en acusarme de protector de las demasías flamencas (siguió pensando el de Croy), tienen razon sobrada en ese punto. Unos han hecho gala de mercaderes de honores y destinos, ostentando sus tráficos, que en todas las Córtes se hacen con cierta discrecion; mucho mas donde son nuevos. Otros faltaron á sus promesas, autorizando á los pretendientes burlados á la publicacion de su perfidia, tras del pregon de su venalidad. Estos han llamado *mis indios* á los orgullosos iberos. Esotros afectaron desprecio profundo á las costumbres españolas. Clérigos y seglares han echado el resto de su inmoralidad para mengua del pais de que venian. Seducciones, raptos, rapiñas, muertes, sacrilejios.... ante nada se ha detenido esa turba de miserables... ¡y siempre impunes!... Mi propio sobrino, el disipado Guillermo, me ha comprometido de una manera lamentable; primero, con sus orgías tumultuosas, cuya noticia ha hecho llegar á España la malevolencia de mis enemigos y los suyos; segundo, con su obstinacion en permanecer en Flandes y en los brazos de la impura *Rossina,* nombrado ya para la primacía eclesiástica de España..... ¡Protector de la maldad flamenca!... Aciertan

en llamármelo; porque cuando no hice colgar por los pies de una horca á los torpes tudescos, que asesinaron en Valladolid á un plebeyo acojido de su furor en la Magdalena, soy merecedor de que me marquen la cara como al último vagamundo.

Un sordo rumor imterrumpió la série de reflexiones de Guillermo.

Aplicó el oido con avidez; pero nada volvió á percibir.

—Es el rey que trabaja en el cuarto secreto (repuso para sí): esperemos á que termine sus labores. Provocaré con maña una esplicacion y sabré á qué atenerme...Recapitulemos las noticias de Blinter. Despues de Alberto de Maguncia vino don Enrique de Laredo, el secretario de don Juan Manuel, nombrado embajador de Roma.... don Enrique, como su principal, es acérrimo adversario de mi política. Quizá su venida en nada me concierna: pero mucho recelo que.... El personaje significativo para mí es Mercurino Gatinara... ese sí que me augura siniestras contrariedades con su entrevista recatada con don Cárlos. Hace dias que su insolencia acrece, afectando un aire de arrogancia conmigo, que por Dios vivo me irrita, como un agravio declarado..... Salgamos de una vez de incertidumbres... Diré á su majestad que necesito visitar mis estados... Esto es, si me dijere que puedo hacerlo cuando guste, adversa señal. Si por el contrario... La puerta secreta jiró sobre sus goznes sijilosos y don Cárlos salió, con una bujía en la diestra, de la pared, como un fantasma filtrado á través de los muros. La palidez de su rostro; las ojeras amoratadas que circuian sus ojos hinchados y brillantes con una febril escitacion; el desorden que reinaba en su persona y traje, de ordinario sometidos á ese arreglo, que sin descender á las afeminaciones de la compustura prolija, revelan la esmerada policía; todo denunciaba en el jóven César una perturbacion de ánimo profundo.

Cárlos pareció no haber reparado en su favorito.

Puso sobre una banqueta el legajo de papeles, que bajo el brazo traia. Encajó la puerta recatada en su disimulado



Cárlos y su Ayo.

marco, y á la presion de un microscópico botoncillo el gabinete misterioso quedó como la cueva do *Sésamo* de las mil y unas noches. Recojió los pliegos, por un momento abandonados, y dirijiéndose á la mesa se desembarazó del candelero, doblando el legajo, que guardó en su escarcela.

—Buenas noches, señor, dijo Guillermo.

Don Cárlos estremecióse como quien sale de un pesado sopor. Miró fijamente al de Croy; suspiró con fatiga, y haciendo un penoso esfuerzo contestó—«buenas noches.»

—Parece aflijido vuestra magestad, insistió Chievres con dulzura.

—¿Lo parezco? preguntó el monarca de España con amarga sonrisa.

—Sí por cierto.

—Pues lo estoy, replicó don Cárlos con tono sombrío.

—*Reinar no es vivir,* como decia el bisabuelo de vuestra magestad Federico III.

—No es eso: *Vivir es morir,* duque.

—Molestaré poco la atencion de vuestra magestad.

—¿Con negocios públicos? interrogó el emperador con acento que manifestaba una irritacion contenida.

—No señor; negocios mios puramente.

—¡Ah! yá. Negocios vuestros, respondió el nieto de Maximiliano con marcada lentitud.

Guillermo calló sobrecojido.

—Veamos duque. Habladme de ello.

Chievres tomó una resolucion enérjica.

—Señor (dijo con gravedad imponente; con la gravedad terrible del que juega toda su fortuna á una carta), necesito me concedais licencia ilimitada para abandonar vuestro servicio.

El César que habia tomado asiento en el sillon de cuero odorífico, colocado ante la mesa, se volvió con ímpetu hácia su antiguo valido.

—¡Licencia ilimitada! repitió con asombro.

—Si señor; repuso Chievres con firmeza.

—¿Y adónde vais, señor de Croy?

—A Flandes.

—¿Con qué objeto?

—Mi sobrina Beatriz padece y....

—Padece ha mucho tiempo, y nunca se os ha ocurrido el pensamiento de....

—Voy á órdenar lo conveniente para que marche á España, en compañía de su hermano el Arzobispo de Toledo. Mudando de aires quizás cure de su obstinada melancolía.

—¿Y vais á enviarla á Toledo?

—Tal lo tengo pensado.

—¿No sabeis que Toledo arde en el incendio de la guerra civil?

—Revueltas pasageras, señor, contestó encogiéndose de hombros Guillermo.

—Revueltas pasajeras... ¡eh!

—Así lo creo.

—¿No teneis noticia de lo que pasa en mis dominios de Iberia?

—Vuestra magestad sabe que nada se me alcanza de aquellos paises, desde que el gran canciller Mercurino Gatinara quedó encargado de los asuntos españoles, pasando yo á la gobernacion austriaca.

—Es verdad.

—Pero dejando á un lado los negocios públicos, que vuestra magestad parecia esquivar al principio de nuestra conversacion, y con licencia de vuestra bondad augusta, reitero la demanda de permiso....

—No puedo concedértelo, Croy.

—Vuestra magestad me causa un vivo sentimiento.

—Me haces falta, duque.

—No mucha, replicó Chievres con creciente audacia.

—¡Cómo!

—Vuestra magestad tiene de sobra ilustres consejeros que suplan mi ausencia, de modo que no se eche de ver mi falta.

Don Cárlos quedóse mirando con pertinancia á su favorito.

—Para los asuntos flamencos, Salvajio; es un hombre de tacto finísimo, para los negocios del imperio, Brandeburg es persona de indisputable aptitud; para los españoles sobra Mercurino Gatinara.

—¡Miserable! esclamó don Cárlos.

—Señor....

—¡Miserable Gatinara! El ha comprometido mi dignidad, haciéndome suscribir una carta vergonzosa, que solo por sorpresa hubiera llevado mi firma.

El júbilo dejó á Guillermo sin voz.

—Ha concluido su encargo, y vuelves tú á ocuparte de su negociado.

—Señor, reflexiónelo bien vuestra magestad.

—Lo está de sobra, Guillermo.

—Un error en los hombres públicos no prueba ineptitud. En politica no hay regla inmutable, principio seguro, y el mas ilustre ingenio, la mas recta intencion, fracasan en sus proyectos.

—¿Disculpas á Gatinara?

—Ignoro en qué consiste el error porque vuestra magestad le priva de su encargo; pero de cualquier manera me atrevo á salir garante de la lealtad de sus propósitos, y fiador de sus buenas intenciones.

—¡Pardiez! (esclamó admirado el César.) Eres un hombre singular.

—¿Por qué señor?

—¿Yo te hacia enemigo del canciller?

—No soy de sus amigos.

—Mercurino ha conspirado contra tí.

—Lo sé.

—Me persuadió que los españoles reconcentraban en ti todo su ódio.

—Es natural.

—Me convenció de que ciertos procederes tuyos habian envenenado en vez de templar las discordias; que tu empe-

ño en conocer las peticiones antes que me fuesen dirijidas contribuia á inculcar la idea de mi sumision á las voluntades; me hizo ver que aun inocente de todas las acusaciones que eras blanco en España, hacia yo mal en mantener al frente de los negocios de la Península ibérica un gobernante universalmente aborrecido....

—Todo eso lo sabia y de sobra.

—A las reiteradas sujestiones de Gatinara cedí por via de ensayo, y dándote el cargo de la gobernacion austriaca, consentí en confiar la direcion del régimen español á Mercurino siempre como prueba....

—Yo acepto cuantas ocasiones se ofrecen de hacer alarde de mi celo por el servicio de vuestra magestad. Lo mismo en Flandes, en Austria, que en España. Si el canciller creyó desairarme promoviendo mi remocion del gobierno hispano, mucho se ha equivocado.

—Gatinara me ha comprometido....

—¿De qué modo?

—En primer lugar, ocultándome las comunicaciones recibidas de España, que daban una exacta idea de la rebelion, y mostrándome las que desnaturalizando la índole de aquellos movimientos las presentaban como asonadas tumultuosas, que fácilmente se podrán reprimir.

Guillermo sonrió con una de aquellas sonrisas en que su discípulo avezado á leer en sus gestos la espresion de sus ideas, interpretó el desden de los hombres superiores á los manejos vulgares.

—En segundo lugar, haciéndome firmar como documento del despacho ordinario, una misiva á los sublevados de Valladolid y Toledo en que doy esplicaciones, hago promesas, y me humillo á los revoltosos.

—Señor. ¡Qué decis!

—¡Ira de Dios! La verdad... Tan verdad como tengo el corazon despedazado... Todo se conjura en contra mia, Guillermo. Apenas promete Viena entrar en razon, despues de los escándalos pasados, Sicilia, Cerdeña, Castilla, se levan-

tan concitadas por un vértigo de furiosa inobediencia... Y un suceso... un suceso sobre todo....

—¿Puedo saberlo, señor?

—No hagas caso de él (respondió el César pugnando por dominarse). En nada interesa al estado.

—Como plazca á vuestra magestad.

—En fin (dijo bruscamente don Cárlos), necesito que tomes por tu cuenta los asuntos de España.

—Permitidme ligerísimas observaciones.

—Veamos, respondió con muestras de impaciencia el monarca.

—He menester partir para Bruselas.

—No partireis duque.

—Mi sobrina Beatriz...

—Ese es un pretesto.

—¡Podeis creerlo así!

—Lo creo.

—Me hace vuestra magestad un agravio notorío.

—Sí, Guillermo. Yo he conocido desde que te hice variar de puesto en gobernacion que tu ánimo esperimentaba un despecho reprimido. Altivo y digno como todo verdadero dignatario ni proferiste una queja: ni diste una señal de disgusto. Tal vez comprendias mi pensamiento: variar de personalidad en el réjimen para hacer la prueba de si los disturbios nacian de encono contra el ajente del poder, como afirmaba Gatinara, y te sometiste á los resultados, sacrificando á mi ilustracion tu herida delicadeza. Tal vez conociendo á Mercurino callaste en la esperanza de que sus desaciertos abriéndome los ojos te vengáran de tu detractor y sustituto.

—Juro á vuestra magestad que...

—Hoy toca el desengaño. Los españoles te odian porque temen tus talentos: te acusan porque anhelan desprestigiar al que con sus dotes de mando, tendria á raya sus espíritus de insubordinacion: representan contra tí porque desean remover el principal estorbo, que preveen sus rebeldías ambiciosas.

—Gracias, señor.

—El iluso Gatinara, aminorando á sus propios ojos el riesgo, se congratuló de conjurale con medidas ordinarias; pero advertido de la inminencia de la situacion, y alarmado del vuelo prodijioso de esas subversiones, no ha encontrado medio mas llano de apaciguar los tumultos que sorprender mi confianza, y arrancarme un documento vergonzoso, que me presenta á la faz de Europa tratando de potencia á potencia con los revolucionarios.... ¡á mí Cárlos de Austria, emperador de Occidente! ¡Oh! ¡Cómo habrá gozado Francisco de Valois, cuya mano enredadora anda en todo esto!

—Calmaos señor.

—Yo no puedo proclamar alto que se abusó de mí para arrancarme la firma de ese padron de infamia; porque es preciso que presente en una mano la protesta de mi carta á Valladolid y Toledo, y en la otra la cabeza del ministro, que aprovechando mis tristes preocupaciones, me arrancó la rúbrica que me prostituye ante los fautores de las revueltas de Castilla...

—Eso es en alto grado inconveniente.

—Así lo comprendo, duque. Dirian que Gatinara fué la víctima de mis ímpetus iracundos; que como mónstruos coronados de Roma, desahogaba mis raptos de furor en la primera presa que se ofrecia á mi apetito de venganza. Tal vez llegarian hasta suponer que arrepentido de la bajeza de mis comunicaciones con los rebeldes, inmolaba á Mercurino á la enmienda de mi medrosa conducta.

—Volviendo á mis observaciones, señor; yo no debo aceptar el mando que vuestra magestad me propone, aun cuando otras circunstancias no me lo impidiesen; mientras crean personas ilustradas que soy la personificacion del ódio de los españoles.

—Por eso mismo, Guillermo.... ¡Guerra á muerte! Tu designacion para el gobierno de España equivale á una amenaza terrible. Te odian porque temen; porque ven en tu enerjía y en tus insignes dotes la rémora de sus propósitos

sediciosos; pues que te hallen opuesto á sus escesos; que te miren blandir la formidable espada de la ley; que sea tu mano la que fulmine el rayo de mi cólera.

—Señor; me haceis el culebron de la fábula de Esopo, que Júpiter dió por soberano á las ranas importunas.

—Concluyamos de una vez (dijo el César con ademan resuelto); no admito réplicas; es preciso que acepteis, duque.

—Señor (contestó el de Croy animado por una inspiracion osada), la primera condicion de un ministro, que estime su fama y crédito, es la confianza de quien le emplea; yo tengo fuertes motivos para dudar de la que parece dispensarme vuestra imperial magestad.

—Me parece haber dicho (replicó don Cárlos con inflexion terminante) que si consentí en reemplazaros con Gatinara fue por via de prueba.

—Señor, harto he disimulado mis pensamientos, (esclamó Chievres continuando en su sistema de provocar una esplicacion decisiva y á todo trance) tiempo me parece de espontanear mis ideas, y decidido estoy á verificarlo, cueste lo que cueste.

—Adelante.

—Vuestra magestad relevándome de entender en los negocios españoles ha dado asenso á los cargos, que se me hacen por el encono de vasallos temerarios, y la malevolencia de enemigos tenaces....

—Franqueza por franqueza, mi querido ayo.

—Dios recompense á vuestra magestad el placer que me causa con tan bondadosa condescendencia.

—Tanto me dijeron que creí.

—¿Y qué pruebas?...

—Creí lo que te he dicho, duque: que la pertinacia de los rebelados nacia del perseverante encono hácia tí. Como indirecta concesion determiné tu remplazo, y Gatinara se me figuró un sustituto bastante aceptable por via de prueba.

—Vuestra magestad me ha dado pruebas ostensibles de despego en mas de una ocasion.

—Estais equivocado, señor de Chievres, respondió el emperador con resentimiento.

—Perdonad, señor, á un hombre que siempre mereciera vuestros envidiables testimonios de aprecio los penosos cálculos de una temerosa suspicacia. Es inherente á las grandes felicidades el contínuo recelo de su pérdida y cuando las indicaciones de haber sufrido alteracion los grados del cariño que le envanecian se multiplican, no es estraño....

—Te equivocas Guillermo. Bien sabes que las ocupaciones contínuas de esta pretension imperial, tan fatigosa como árdua, han absorvido mi atencion completamente haciéndome descuidar hasta obligaciones imperiosas....



—Al empezar á dirijiros la palabra esta misma noche advertí vuestro penoso embarazo, y hasta llegué á comprender en vuestros discursos cierto enojo.... cierta sequedad....

—Guillermo (esclamó el rey con espansion dolorida), estoy á la espectativa de una crisis tremenda....

—No os dejeis abatir por las contrariedades políticas.

—No pertenece á la vida del soberano el azar que corre mi destino; sino á la vida del hombre. Respeta mis secretos, duque. No me preguntes sobre lo que me consterna.

—Me guardaré muy bien.

—Ten la seguridad de mi afecto, y confianza, y acepta el gobierno de los complicados asuntos de Castilla.

—La última observacion, señor....

—¡Mas aun!

—Gatinara estaba en el caso de representar la política conciliadora y vírjen de juicios desfavorables; pero yo, señor, personifico un sistema resistente, y sin contemplaciones.

—Asi lo quiero, Croy.

—Con designarme para entender en las cosas de España decís, implícitamente, á los comuneros que no deben esperar otra cosa que guerra hasta rendir sus atentatorios brios.

—Justo.

—Y si mañana conviene ensayar las vias conciliatorias, y cuadra á vuestras miras contemporizar con las comunidades, mi nombramiento perjudica tales designios futuros.

—Antes que imponerme tan afrentosa humillacion haré pedazos la corona de Ataulfo.

—Hacéos cargo, señor, que repuesto en la plaza del consejo gubernativo en los negocios de Iberia mi deber se reduce á combatir sin descanso esas germadas insolentes; cifrando mis votos en vengar la magestad vulnerada ilesa de los escandalosos atrevimientos, con que una aristocracia ambiciosa y una plebe desenfrenada la pretenden allanar á sus caprichos....

—Guillermo (interrumpió don Cárlos chispeante la mirada, altivamente erguida la cabeza, estendido el brazo derecho en actitud de imperioso precepto) os mando aceptar el réjimen de España.

—Pero, señor....

—Lo mando, repitió el rey.

—Lo acepto; mas con dos cláusulas prévias.

—¡Condiciones! esclamó el emperador con muestras de

irritacion vehemente.

—Dios me libre, señor, no son condiciones; sino meros deseos, demasiado conformes con la razon y la conveniencia para que vuestra magestad les niegue oidos ni les desapruebe despues de escuchados.

—Decid, duque.

—Hace poco tuvo vuestra magestad la dignacion de reconocer la diferencia de sentimientos entre Gatinara y yo...

—Cabalmente.

—Aunque me asistan sobrados motivos para creer que el señor Mercurion no ha perdonado resorte con el fin de malquistarme, me juzgo en la obligacion de hacer presente á mi benigno soberano que la primera muestra de su favor hácia mí confio será el perdon de la imprudencia lamentable, con que ha comprometido vuestro nombre, atrayéndose el desagrado de vuestra magestad.

—Otorgado (repuso el monarca). Bastante ha sufrido su orgullo en la sesion que tuvimos esta tarde.

—Vuestra magestad debe tratarle con dulzura para que no pueda acusarme de ponerle en mal lugar en vuestro ánimo; acusacion que sentiria infinito tuviera visos de verosimilitud.

—Lo haré como lo pides. Veamos la segunda cláusula prévia.

—Imitar la conducta de las germanías de Valencia del Cid.

—¡Cómo!

—Mis correspondentes en aquella ciudad me notician que advertidos los agermanados de que el virey don Diego de Mendoza se hallaba en Dénia, determinaron enviar gente que le diese caza, y espulsara del reino. Con esta resolucion Juan Caro y el pelaire Sorolla aprontaron mas de diez mil hombres....

El rey no alcanzó á reprimir un estremecimiento de furor.

—La clerecía valenciana (continuó Chievres pausadamente) salió en procesion devota con sus capirotes de luto, ha–

chas encendidas, y cruces en las manos, colocándose á la puerta del carrer de san Vicente.... ¡Pobres apóstoles de Paz! En vano al pasar los comuneros gritaban clérigos y religiosos «—*Señores, misericordia, misericordia*!» Ellos burlándose contestaban«—*Justicia, justicia, cuerpo de Dios*!»

—Comprendo, duque, (contestó don Cárlos complacido por esta proposicion amenazadora. El lema de tu política conviene con mis intenciones. Tu no sabes hasta qué punto llega la osadía de esa coalicion de canallas y descarados aventureros.

—Sucumbirán, señor. Sois emperador de Austria, y á punto de apaciguarse los disturbios del imperio; comprada la paz con las potencias de Europa á costa de esas concesiones, que á nada comprometen por de pronto; procediendo con tino en la controversia religiosa, de modo que al paso que os capteis la amistad del pontífice no rompais del todo con los altos príncipes disidentes, cargareis con todas las fuerzas del Imperio y los Paises-Bajos sobre las autoridades hordas de España, si es que no acontece que se devoren entre sí los comuneros, antes que tengamos que recurrir al remedio heróico.

—Podrá muy bien suceder que se destruyan por sí mismos.

—Sobran elementos para juzgarlo asi. Repasad la lista de los principales rebeldes y escuchad lo que sus mismos partidarios les imputan. A don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, que se alzó por despecho de habérsele escapado la mitra toledana: al conde de Salvatierra que se reveló por hacerse Merino; á Juan de Padilla por codicia del maestrazgo de Santiago; á don Pedro Laso por el señorío de Toledo: Quintanilla por mandar en Medina del Campo: el abad de Compludo por llegar á obispo de Zamora: el licenciado Bernardino por ascender á oidor de la chancillería de Valladolid: Fernando de Ulloa por lanzar de Toro á su hermano: Fernando de Ávalos por satisfacer agravios personales: don Pedro Giron....

—Por el estado de Medina (se apresuró á interrumpir el

César exaltada la bilis); por el estado de Medina-Sidonia.... El día en que don Pedro tuvo la torpeza de declarar ante nos, y Villena, Alburquerque, Haro, Benavente, Miranda, Castro, Palma y Brandeburg, que pues resistiamos hacerle justicia sabria tomársela por su mano, aquel dia, Guillermo, hubiera sido acuerdo prudente hacerle cortar la cabeza.

—¿Pero vuestra magestad no reflexiona que en aquellas circunstancias?...

—Habia que resignarse á tolerarlo todo: aquel atrevimiento; la resolucion de Toledo en dirijirse á las demas ciudades para impedir mi partida; las predicaciones sediciosas de frailes tumultuarios; las alteraciones de Valladolid; los desacatos, las tropelias; el motin en que amenazaron tu vida....

Chievres se encojió de hombros.

—Las insoportables pretensiones de Toledo, Sevilla, Córdoba, Salamanca, Zamora, Toro y Avila en las córtes de Santiago: el levantamiento de Toledo al influjo de los traidores Avalos y Padilla....

—¡A qué fatigar vuestra memoria, señor! Como lobos famélicos se devorarán entre sí y cuando vayamos á descargarles el golpe de muerte ya estarán moribundas las comunidades.

—Duque, Dios te oiga.

—Al tiempo me remito.

—Nuestro amigo don Juan Manuel ha hecho el alto servicio de desempeñar mi ánimo remitiéndome su correspondencia con las personas mas fidedignas de España.

—Don Juan Manuel es un cumplido caballero.

—Un martir ilustre de la fidelidad. Afecto á mi padre, que Dios tenga en su santo reino, y habiéndoles asistido en su lucha política contra don Fernando, partido que hubo el archiduque de este mundo al otro, fué rigurosamente aprisonado hasta el fallecimiento del vengativo aragonés.

—Y por conducto de don Enrique de Laredo sin duda.....

—Me ha enviado los documentos, que atestiguan la gravedad de los sucesos en Castilla y la ocultacion de sus principales circunstancias, con que ha creido Gatinara poderme

entretener por algun tiempo.

—¡Pobre Mercurino!

—Si vieras, Guillermo, cuan confuso quedó el canciller al escuchar de mis labios la relacion de cuantas ocurrencias me habia cuidadosamente ocultado! Y luego oyó palabras duras.... muy duras.....

—Señor....

—Muy duras; lo conozco. Hay dias en que todo se vuelve desgracias, y hoy me encuentro en uno de esos dias. Reunido á mi desesperacion el enojo de esas súbitas revelaciones, y el despecho de advertirme sí no engañado, imbuido en creencias inexactas al menos, mi lenguaje se resintió de la acritud de mis humores, y por mi fé, que estoy pesaroso de haber proferido algunas frases, que no convienen nunca en la boca de los hombres, porque hacen enemigos, y en la de los reyes crean traidores.

—Gatinara tendrá un lenitivo de su resentimiento en vuestras futuras bondades.

—Sí; le resaciremos de la sesion de hoy con alguna prueba de aprecio.

—Ya pensaremos en ella en su dia; por ahora.....

—Por ahora atendamos á lo que urge.

Don Cárlos sacó de su escarcela los pliegos que por Laredo le fueran entregados, y alargándolos á Chievres le dijo:

—Repasa esas noticias á tu despacio: entérate bien del contenido de esas cartas y mañana me darás tu parecer.

Guillermo sonrió.

—Guardad vuestras notas, hijo mio, (repuso con acento paternal) Yo tengo mi correspondencia que avanza á mas que la de don Juan Manuel, y estoy al corriente de los acaecimientos españoles mejor de lo que me pondrian esas líneas.

—Ola! (replicó el príncipe con resentimiento) ¿luego sabíais los pormenores de las sucesivas derrotas de mi autoridad?...

—Exactamente.

—¿Conocíais los progresos de la rebelion?

—Punto por punto.

—¿Y se os alcanzó que Gatinara no me decia la verdad de aquellos trastornos?

—Tenia motivos de saberlo á ciencia cierta.

— Fidelísimo duque, (esclamó con amarga ironía el soberano) ¡y vos callado! y vos sufriendo que se me ocultára lo cierto! y vos resuelto á retiraros de la corte, con un pretesto especioso!

—¿Y qué podia yo hacer?

—Venir á mí con los fueros de ayo y maestro á descubrirme la conducta de mis consejeros, y los errores en que mantenian mi espíritu....

—Señor, ya los asuntos de España no eran de mi incumbencia, y como ministro nada sabia de ellos, aunque como particular estuviese minuciosamente informado.

—¡Y así por etiquetas!...Ah! naturaleza cortesana!

—Hubieran pensado y V. M. el primero, que mis revelaciones llevaban por fin derrocar á mi sustituto, y entre autorizar vuestro engaño con mi silencio, ó atraerme la nota de envidioso intrigante con descubrir á mi supuesto rival, escojisté el recurso mas óbvio; pretestar negocios de familia y obteniendo licencia ilimitada de vuestra escelsitud, esperar en el recojimiento de la vida privada la ocasion de seros útil, ó vivir en plácido reposo, en la sabrosa calma del hogar tranquilo, si no me habian menester en la esfera de los supremos poderes.

—De cualquier modo tu silencio ha sido culpable.

—Ya se me ha impuesto la pena.

—¿Cuál?

—La desaprobacion del príncipe á quien há diez y seis años consagro mis desvelos, respondió el de Croy.

—No se hable mas de ello, duque.

—Gracias, señor.

—¿Y qué te parece lo de España?

—Una verdadera calamidad.

—Oh! venganza, duque! venganza de esos hombres que han roto la cadena que liga su condicion al centro del poder!

¡venganza de esos caudillos insolentes, que han sustituido, á mis gobernantes sus facciosos ajitadores! ¡venganza de esos capitanes improvisados que alzan los estandartes de ciudades rebeldes sobre el pendon real!

—Fé, don Cárlos.

—La tengo.

—Pues mostradla.

—¡Cómo!

—Los arrebatos prueban el despecho.

—Tienes razon, contestó el príncipe recobrándose algun tanto.

—Destruyamos sin misericordia las comunidades.

—Tal es mi voto mas férvido.

—La horca para los canallas insurjentes; el tajo para los nobles rebeldes.

—No merecen piedad.

—No merecen piedad (repitió Chievres con eco lúgubre) Ellos han castigado la obediencia al rey en los diputados de sus ciudades y villas. Tordesillas, Mota, y otros han perecido á manos del vil populacho, ya en persona, ya en efijie. Ellos han acabado con infinitos leales, sacrificando al ínclito Jofre en Burgos; arrasando las casas de cuantos fieles cuenta la causa real. Ellos han concitado á Medina para que negara á Fonseca artillería con que sojuzgar á Segovia. Ellos han hecho armas contra Ronquillo. Ellos han inquietado á cuantos hidalgos disienten de sus alborotos; testigo Juan Arias de Avila, cuyo valor y denuedo ha premiado vuestra majestad con el título de conde de Puño en rostro. Ellos han puesto en armas tercios facciosos al mando de Padilla, Ayala, Bravo y Figueroa. Ellos sostienen por fautores de la sedicion y cabecillas del tumulto á Bobadilla el tundidor Medmense; al pellejero salamanquino Villoria; al tejedor segoviano Antonio Casado; Anton Cuchillero; y Bernal de Quijada en Burgos: y el tundidor de Avila Pinillos; ellos han esparcido por el reino unas profecias, que atribuyen á San Isidoro los unos, otros á Fray Juan de Rocacelsa; quiénes á Merlin, quié-

nes á San Juan Damasceno, en que se dice será cruel tirano, y devastador de las tierras de España un Cárlos á quien vencerá y echará de sus reinos un valiente y poderoso príncipe.....

—Francisco de Valois (esclamó don Cárlos en el último punto de furiosa escitacion) reconozco tus mezquinas intelijencias con esos miserables.

—Me resisto á dar asenso á tales perfidias en el rey cristianísimo, replicó prontamente Guillermo de Croy, amigo secreto del frances, y que decian pensionado por la corte de Francia, como por la de España Wolsey.

—Estoy seguro de ello (contestó violentamente el emperador) poseo los comprobantes de su infame cooperacion con mis vasallos rebeldes, y dudaré de la fidelidad de cuantos defiendan al digno sucesor de Luis Onceno.....

—Señor, repuso Chievres ofendido.

—Dudaré de su perspicacia, ya que no de sus intenciones, rectificó el heredero de Maximiliano.

—Sigamos con las comunidades, dijo el duque de Sora.

—Bien.

—Dos crímenes (continuó el de Croy) dos enormes crímenes hacen necesaria una espiacion tremenda. Nada de piedad despues de la victoria. Si bien estoy conforme con que al principio se hubiera debido contemporizar con las circunstancias, como sabiamente proponia don Alonso Tellez Giron, y no romper sin miramiento alguno como hizo Adriano, adherido al parecer de don Antonio de Rojas, hoy estamos en el caso de proceder con el rigor mas absoluto. Nada de procesos! Identificacion de persona, un sacerdote, el verdugo, y todo concluido.

—Apruebo el sistema.

—El primer crímen fue sustituir á V. M. prendiendo al consejo, reduciendo á los rejentes á la condicion de particulares, y llevando al gobierno intruso los libros de contaduría, el sello real......

—Asi dice á don Juan Manuel un su particular ami-



La Reina
Doña Juana·

go=«*Padilla ha emprendido tal y tanto que muchos principales comuneros le han espresado su disgusto*»=

—El segundo crímen (prosiguió Chievres) hace merecer á Padilla mil muertes si posible fuera....

—¿Cuál? preguntó don Cárlos con voz sorda.

—Porque sabed, señor, (añadió Guillermo bajando el tono y articulando sus palabras con intencion) que nuestro secretó, está enteramente á disposicion de Juan Padilla.

El emperador se puso lívido.

—Enteramente (repitió el de Croy); porque el consejo, tratando de robustecer su autoridad, por consejo de Gatinara, sacó á la reina, vuestra madre, de su reclusion.

—¡Ira del cielo!.

—Sorprendieron al marques de Denia, y comenzaron á ocuparla de los asuntos públicos. Todas nuestras máquinas vinieron por tierra naturalmente, y doña Juana supo cuanto habíamos conseguido que ignorase: la muerte de su padre; vuestro nombramiento......

—¡Fatalidad!

—La reina se quejó de vos, y habló de mí con la mayor dureza=*Todos me han sido desleales, dijo furiosa.*=*El primero que me ha mentido es el marqués.*=Y entonces Denia; tuvo la debilidad de arrodillarse llorando, y respondió=«*verdad que os he mentido, Señora; pero lo hice por quitaros de algunas pasiones: y confieso que el rey, vuestro padre, es fallecido, y yo lo enterré*»=

—¡Menguado alcaide!

—Padilla supo esta escena, y al apoderarse de Tordesillas, tuvo buen cuidado de estimular la locuacidad de doña Juana; de modo que conoce todos nuestros trabajos, los engaños á cuyo favor hemos obtenido la aquiescencia de esa muger formidable; las creencias erróneas en que hemos mantenido su ánimo; las supuestas órdenes de don Fernando Quinto, por cuyo medio logramos mantener en la inaccion esa dama, cuyo carácter escéntrico nos ha valido el que se la crea demente. Tiene en su poder la última falsa misiva del difunto

rey de Aragon; en que se aconsejaba á la prisionera la conformidad con su destino, sino queria promover una lucha horrible entre su hijo y su padre.....

—Maldicion. ¿Y á estas horas correrá por Castilla la nueva de que doña Juana la loca?...

—Por fortuna Juan de Padilla es hijo de noble familia, y arraigado en él la idea del acatamiento debido á las reales personas por mas que levante pendones rebeldes, resiste entregar al descrédito la alcurnia de sus naturales señores.

—¡Rayo del infierno! (esclamó don Cárlos) esa circunstancia redobla mi furor!

—Mi honra suspendida sobre el abismo de la infamia por la hidalguía de un enemigo! ¡Mísera posicion! Humillante estado!.

—Vuestra honra está tan segura como el cielo de los asaltos de Babel.

—Pero si Padilla se aprovecha de la irritacion de doña Juana y legaliza las declaraciones, que en su irritacion hace mi madre; si cunden por Castilla esos auténticos testimonios de mi ambicion y tu política.....

—En primer lugar que á doña Juana se la reputa loca con sobrado fundamento. Sus arrebatos; su amor delirante al finado archiduque; sus rasgos de una romancesca orijinalidad, han robustecido esta creencia, y justifican el concepto público, que con tanto tino hemos coadyuvado á formar. Los mismos comuneros, noticiosos del acta de la sesion de sus diputados con vuestra madre, juzgan supuestos los discursos razonados y juiciosos de que se les dió cuenta, y acusan de falsedad al notario en la redaccion de sus palabras.

—Pero si Padilla....

—Padilla está en el firme propósito de callar lo que ha sabido, y aun aconsejó á vuestra madre que guardára el mayor sijilo.....

—¡Es posible!

—Su secretario particular; el traidor navarro Pero Anselmo, me comunica cuanto concierne á este punto; y ved aquí

lo que me dice.

Chievres sacó de su limosnero una carta; buscó el párrafo que interesaba á la conversacion, y acercándose á uno de los candelabros para ver con mas comodidad sus menudos caractéres, leyó lo que sigue:

«Cuando Padilla tornó de palacio, le advertí sombrío. En «vano le pregunté la causa de su triste distraccion: resistió «contestarme y hasta se enojó por mi insistencia, reprendien-«do mi curiosa importunidad. En esta disposicion se mantuvo «todo el tiempo que pasamos en la mesa. Al final de la co-«mida, pareció inclinarse á desahogar sus pesares en el seno «de mi confianza...

—¡Escelente confianza! interrumpió el emperador con profundo disgusto, antipático como toda naturaleza generosa á la perfidia y á la cobarde alevosía.

—«Aproveché la ocasion; (prosiguió Chievres en su lectu-«ra) y á las primeras tentativas obtuve el resultado apeteci-«do. Don Juan suspiró penosamente, y me dijo=Pero Ansel-«mo, soy dueño de un secreto real terrible; secreto que com-«promete al jóven rey, y á su torpe valido—«Truene el in-«fierno, contesté yo; esparcidlo—Me guardaré muy bien (re-«puso) no solo morirá conmigo, á fuer de hidalgo; sino que «convencí á la reina, nuestra señora, á que nada diga para «evitar el escándalo y las osadías de la bestia vil del vulgo, «que pudiera aprovechar la mengua del regio decoro, para «llevar las cosas mas lejos de lo que conviene......»

—Respiro, esclamó el rey.

—Los caballeros se guardan de la plebe, y recelan descubrir cuanto puede suministrar pretestos á las demasías del insolente populacho. Este es un elemento de ruina para las comunidades, como vuestra majestad tiene lugar de notarlo en el periodo que sigue:

«Los caballeros amigos, y cómplices de don Juan; se «lamentan de la necesidad que tienen de contemporizar con «cabecillas de la ínfima clase, y no alcanzan á poner en olvi-«do las humillaciones que por precision han soportado. Co-

«nocen que las pasiones populares que irritáran para produ-
«cir la revolucion, imponente al poder, no querrá dete-
«nerse en el punto adonde la nobleza rebelada trata de con-
«ducirlas; que las cuadrillas organizadas, las rondas, los gefes
«de seccion plebeya no renunciarán á sus fueros cuando los
«directores del tumulto les digan=*todo se acabó*=:» que los
«feroces canallas, ídolos de la multitud, se quejan de la no-
«bleza, porque les arrebata víctimas que se juzgan autoriza-
«dos á devorar: reprimen sus ímpetus, y esplotan su fuerza.
«Los hombres de alta clase se estremecen de los horrores,
«que preveen para lo sucesivo, y llega el caso de echarse en
«cara los desórdenes irremediables, que se preparan. Se ir-
«ritan tanto mas con los crímenes que en todas partes han
«inaugurado los alzamientos cuanto que se hallan en la im-
«posibilidad de castigarlos, y por consecuencia aparecen so-
«lidariamente responsables de los atentados que deploran.
«Suelen preguntarse qué será de ellos en lucha con el poder
«real, y espuestos á las instrucciones de la peor.....

Blinter abrió la mampara.

—Soberano señor. (dijo inclinándose profundamente) El montero Herman.

El César que habia recobrado sus colores se puso estremadamente pálido.

—Entre al punto; dijo con sobresalto.

Chievres observó la alteracion del sembante de su discípulo.

Herman entró en la cámara. Todo indicaba desolacion en su fisonomía.

El emperador se levantó precipitadamente y salió á su encuentro.

—¿Qué ocurre? preguntó en voz baja y angustiosa.

—Señor, (respondió el montero trémulo y acongojado ¡qué desgracia!

—¿Ha muerto? volvió á preguntar el emperador, temblando como si el intenso frio de la Siberia helara sus miembros.

—No: pero se muere.

—¡Se muere!

—Acudid si quereis verla. El doctor no la da de vida un cuarto de hora.

—Corre Herman, (esclamó don Cárlos fuera de sí) busca á mi ayuda de cámara Laureano Sprentzel y ordénale de parte mia que apronte la litera de incógnito.....

—Señor; ah! Señor, interrumpió Herman sollozando.

—Al momento..... corre..... no perdamos un minuto.

El anciano salió ocultando el rostro entre sus manos rugosas.

—Blinter, clamó el emperador con un esfuerzo de voz que hizo acudir al hujier con ansiosa premura.

—Señor.

—Avisad á mi gentil hombre de servicio, que pase á mi cuarto.... Si estuviere al paso Matías de Lebell, dadle á él la órden..... Con la celeridad del rayo, Blinter.

El hujier desapareció como por ensalmo.

Cuando el César se adelantó hácia Guillermo de Croy la espresion del semblante del regio mancebo traducia mortal angustia.

—¿Qué sucede á vuestra magestad? preguntó el privado con viva inquietud.

—Nada, respondió don Cárlos con ese anonadamiento, que sigue á las primeras punzadas de un agudo dolor.

—Me creo con derecho á vuestra confianza, hijo mio, repuso Chievres tomando la inflexion melancólicamente dulce, que recordaba al educando la autoridad paternal del que habia presidido á su vida de niño, púbero y adolescente.

—Volved mañana, dijo el soberano sin saber lo que decia.

—Volveré mañana, respondió con tristeza Guillermo.

—¡Mañana! (esclamó el monarca en súbita esplosion de amargura), mañana quizás habré perdido mi tesoro.

—Señor (insistió Croy con firmeza). Por Dios vivo, que no me hareis el agravio de callarme vuestros dolores....

—¡Qué os importan! contestó duramente el emperador.

—Cárlos (añadió el duque de Sora con las lágrimas brotando de sus párpados), como rey os sirvo, como hombre soy vuestro segundo padre, y tengo derecho á la alegría de vuestra alegría, y al pesar de vuestro pesar.

El acento del ministro era una veracidad conmovedora. Chievres el cortesano, hacia entrar al rey en los planes de su ambicion, y no escrupulizaba recurrir á las ficciones de la intriga palaciega: Chievres el ayo de don Cárlos, amaba á su interesante alumno con la mas esquisita ternura, y hubiera dado su sangre toda por ahorrar una gota de la de su discípulo.

El César se enterneció al sonido de aquella voz impregnada de sentimiento; al ver brotar el llanto de aquellos párpados.

—Guillermo, voy á perder la flor de mis primeros amores.

—¡Valor, hijo mio!

—La mujer que me amó sin conocer mi clase; por mí solo...

—¿Muy jóven?

—Mi edad próximamente... ¡oh! ¡Dios mio!

—No quiero deteneros, id, Cárlos; id á recojer sus últimas palabras; á recibir su último beso.

—¡Desgraciada Juana!... Escuchad, duque; yo la he dado el título de duquesa de Belle-Chasse; si perece, tu te encargarás de unos funerales soberbios... como los de una reina.... como la señora del emperador de Occidente.

Don Cárlos parecia loco en fuerza de tanto sufrir.

—Bien, señor; bien (repitió el duque contemporizando con los raptos del espíritu ajitado del monarca), se hará como lo deseais.

—¡Mísero Cárlos! ¡mísero hijo mio!

—¿Teneis un hijo, señor!

—Un hijo que se vá á quedar sin madre.

—Un cardenal para la Iglesia.

—No (repitió el sucesor de Cárlo-Magno con ímpetu). No; sino un guerrero. Mi bastardo no sucumbirá á la dura ley

de la razon de estado.

—Pero reflexione vuestra Magestad...

—Yo no inmolo mi sangre á los intereses futuros. Capitan, político, marino.... será lo que quiera... pero su madre, su triste madre.

—¿Es soltera, señor?

—Independiente, libre (se apresuró á replicar don Cárlos con la viveza de las emociones fuertes). Mi amor no le mancha el adulterio. No hay crímen en él; sino falta, y yo borraré la huella de esa falta.

—¡Qué decis!

—Yo legitimaré el nacimiento de mi Cárlos con un matrimonio *in estremis.*

—Señor (dijo Chievres.) Pensad que un paso de tal naturaleza compromete la paz de vuestros estados. No se necesita tanto para formular un pretesto de guerra durante vuestra vida, y despues una lucha horrible entre vuestros hijos... Esasé y Jacob disputándose la primojenitura... los hijos de Edipo...

—Guillermo, déjame deliberar. ¿No conoces que la pena me vuelve loco?

Blinter apareció en la puerta.

—Señor (dijo anhelante y entrecortada la respiracion), vuestra magestad está obedecido. Matías Lebell espera.

—Adios, duque (repuso don Cárlos pasándose la mano por la frente, bañada en un copioso sudor calenturiento.) Adios, y creo inútil encargarte el sijilo. Las breves páginas de mi felicidad ignorada y de mi pesar secreto, no quiero que pasen de las crónicas contemporáneas á la posteridad histórica.

— Partid, tranquilo sobre ese punto.

El emperador salió con aceleramiento.

—¡Anda con Dios, brioso mancebo! (murmuró el duque de Sora siguiéndole con la vista.) Ruje, leon pujante, al sentirte herido por la flecha punzadora... Un dia vendrá en que agotado el cáliz de la amargura sonreirás con desden

al recuerdo de esta libacion primera; hallando exajerado el *ay* que te arranca este tormento. Vamos á la tarea. Haré que avisen á don Enrique de Laredo que le aguardo mañana á comer. Importa apoyarse algun tanto en don Juan Manuel, ya que el viento parece soplar de su lado... El emperador le estima como un mártir de la fidelidad á la causa del finado archiduque; ha contribuido á la derrota de Gatinara, y será prudente hacerse amigo suyo, hasta donde un cortesano puede ser amigo de otro; mientras le necesite ó le tema.... ¡Ola señor canciller! Pronto se dió el vuelco. Ese Mercurino siempre fué un atolondrado, un hombre imprevisor, pagado de su sabiduría y creyendo una magnífica combinacion política cada golpe de aventurero temerario... ¡Qué bien dice el hijo de David!

—« *Vanidad de vanidades y todo vanidad.*

Y soriendo con esa sonrisa escarnecedora del escepticismo, que en un hombre del temple de Croy no era el hastío, sino la burla de hiel, la mofa terrible del ambicioso, que ha ido tocando por grados con las grandezas las decepciones, salió de la cámara imperial con paso lento.

Blinter acudió á franquearle la puerta apenas sintió el rumor de sus pisadas.

—Dios nos conserve á su gracia, dijo con voz halagadora.

—Sois muy cumplido, amigo Blinter, replicó el de Croy con afable sonrisa.

El hugier correspondió á la bondad del duque con la mas rendida reverencia.

—¿Estais de servicio hasta muy tarde?

—Hasta las diez, gracioso señor.

—A las nueve, os traerá mi ayuda de cámara unos cincuenta escudos de los nuevamente acuñados con la efigie de nuestro glorioso amo, el emperador.

—Señor, tanta bondad me...

—Aun no han circulado, y son tan lindos que hareis saltar á su vista á vuestros chicuelos, como pollos en torno de la gallina que les trae en que picotear.

—Larga vida y gloria á vuestra gracia.

Guillermo de Croy se alejó diciendo entre sí.

—Habia tratado con demasiada dureza á ese pobre criado, y era justo resarcirle algun tanto... ¡Cuesta tan poco remediar una injusticia!

. . . .

. . . .

. . . .

Juana se muere.

Su naturaleza, minada por la accion de una dolencia de lentos progresos, descubre de repente la estincion de los gérmenes vitales, y una vez roto el equilibrio entre una propension á la consuncion gradual de su ser y la resistencia de la primera juventud; la hermosa y desgracida duquesa declina con rapidez alarmante, y puede repetir aquella triste frase de Job=«*como la flor nace y se seca: desaparece cual la sombra.*»

Los doctores han declarado impotente el arte divino de Esculapio para salvarla. Juana conoce que su fin se acerca, y atiende á la seguridad de sus intereses. Herman; ha ido en busca de Cárlos, que alarmado por los síntomas desoladores de la última recaida, se hace informar cada tres horas del estado de su amante. La duquesa hizo traer á su hijo, ansiosa de consagrar á sus caricias alguna parte de su postrero tiempo. Un confesor, el reverendo padre *Hildebrand,* franciscano, aguarda el instante en que la huérfana, concluidas sus relaciones en el mundo, se entregue á los auxilios de la religion, que constituyen los peldaños de esa misteriosa escala que lleva de la tierra al cielo, vista en sueños por Jacob.

Juana ha desahogado en el seno del ministro de las misericordias el peso de sus culpas, y cercana al plazo supremo prepárase á garantizar la condicion del ser que deja huérfano con la sagrada influencia que adquiere el moribundo: dispónese á dar el último adios á la criatura, que ha merecido su amor ardiente, y libre de toda inquietud que per-

turbe su piadoso recojimiento, desimpresionada de toda afeccion terrena, trata de refugiarse al regazo de esa fé cristiana, que prodiga al ánimo desfalleciente los tesoros de la esperanza; las prevenciones tiernísimas de la caridad; el manantial de consuelos de su dogma; los inefables auxilios de su piadosa práctica.

Juana tiene á su hijo cerca de sí. El ama enjuga sus ojos con el delantal. Cárlos duerme sosegado.

—¡Hijo mio! esclama la duquesa de vez en cuando, y volviéndose con bastante fatiga hácia el fruto de sus amores estampa un beso en aquella rosada cara de ángel, que Murillo hubiera colocado entre dos alas perdidas entre nubes, cerca de la Madre de Dios, arrebatada al empíreo.

Juana brilla con esa belleza de las santas inspiraciones de una mártir, que aceptando su penoso destino, ofrece sus padecimientos en pago de sus faltas al Dios, que redimió de la muerte por la muerte.

Juana sentia una opresion estrema, y suplicó á la nodriza de su hijo que la ayudara á incorporarse para probar si se encontraria menos incomoda variando de posicion.

—Ketty (dijo con voz lánguida, ya sentada en el lecho) ponedme sobre las rodillas á mi pobre hijo.

La nodriza obedeció.

—Triste niño! (murmuró dolorosamente) ¡Qué sosegado sueño! ¡Qué descuidado reposa, mientras cruza una negra nube por el horizonte de su destino!

Una lágrima, abrasadora como gota de lava hirviente, cayó de los párpados de la madre á la mejilla del hijo, y corrió por ella cual desprendida de aquellos cerrados ojos del infante.

Juana estrechó á Carlos contra su corazon con estremecimiento convulsivo.

Una punzada aguda en el pecho hízola creer que la muerte se aproximaba y quiso exalar su postrimer aliento en un rapto de su ternura maternal.

—Dios mio! Señora, (esclamó Ketty) dejad que lleve de aquí á ese desgraciado niño: vais á despertarle.

—Dejadme un momento mas, respondió la duquesa melancólicamente.

Ketty se volvió para no presenciar aquella escena, que despedazaba las entrañas.

—Hijo mio, (decia la moribunda con acento desfalleciente como si hablara con quien la entendiese) te quedas sin madre, cuando no sabes aun qué dulces son sus cariños; qué halagüeños sus cuidados continuos; qué grandiosa su providencia...

La desolada madre sellaba los entreabiertos labios del inocente con un ósculo apasionado.

—Yo hubiera empezado á repetirte los nombres fáciles á tu balbuciente pronunciacion. Yo te hubiese hecho proferir de rodillas sobre mis rodillas tus primeras plegarias al Señor. Yo hubiera fijado tus manecitas y tus ojos espresivos en los primeros caractéres que dan vida al pensamiento......

La Cantadora acarició los sedosos bucles de la rizada caballera de su hijo, continuando con efusion adolorida:

—Nada de esto, mísera criatura: nada de esto será posible. Te queda el amparo de un hombre poderoso; pero un hombre no sabe velar por vosotros con la afectuosidad prolija de las madres, seres recien inscriptos en el libro de la vida. La voz de un hombre os aterra por su vibracion grave y hueca.... necesitais la voz de una muger que recree vuestro oido, sin asustar vuestros tímidos corazones con entonacion severa.... Huérfano, verás con envidia el niño que chupa el pecho maternal, el pequeñuelo que jugetea al rededor de su madre; la madre que conduce de la mano á sus hijos....

—Señora, volvió á decir Ketty suplicante.

Juana prosiguió absorta en sus tétricas reflexiones.

—Yo lloraba cuando veia á un infante entre los brazos de su madre; porque echaba de menos una asiduidad tan solícita en mi vida de huérfana, como la que hiriendo mis ojos, lastimaba mi corazon. Tu llorarás tambien, pobre huérfano, entregado á la tutela mercenaria.... te preguntará una voz amiga *¿qué tienes?* como me preguntaba Nenní, y responderás cohibido y temeroso de herir con tu queja á los que te aman,

lo que yo respondia al buen trovador «=*nada padre mio*»=

—Basta, señora, basta por los magos de Colonia, interrumpió la nodriza sin poder reprimir su penosa impaciencia.

—Ven acá, Ketty (continuó Juana con esa fatiga que denuncia el colmo de la angustia mas abrumadora) ¿No es verdad que Dios no puede reprobar que se sienta abandonar la tierra por el cielo, cuando se deja una prenda tan querida en el valle de la azarosa peregrinacion?

—¡Oh! sin duda, mi buen ama.

—Sí (repuso la duquesa con la conviccion mas consoladora) el Dios de la piedad inagotable no tomará en cuenta á las madres, que se sienten morir el grito de consternacion por los pedazos de su sér, en presencia del ángel de la muerte.

—Es cierto, pero dejad que me lleve de aquí á Cárlos.

—Un instante Ketty (replicó la moribunda deshaciéndose en llanto) ¡Oh Dios mio! Yo no os pido la vida; cúmplase en mí vuestra voluntad: yo digo como la santa madre del redentor=«*he aquí vuestra esclava*=» Pero aceptad mi sumision en prenda de mis votos por la felicidad de este niño.... Yo tenia derecho á reclamar ¡*tan jóven morir*! y este lamento al hundirme en el polvo hubiera sido la espontaneidad de los instintos de vida, la voz de la naturaleza. En vez de esto, repito, *héme aquí pronta*: domar las pasiones, formar vuestra doctrina sagrada y los costosos triunfos sobre sí propio, son méritos á vuestra escelsa consideracion, No apliqueis al bien de mi alma la recompensa de este sacrificio: computadle en provecho de este inocente, y de sus destinos futuros.

La Cantadora dejó caer su cabeza sobre el seno, como cae la corola de una flor marchita sobre su tallo.

Ketty quiso retirar al infante de sus rodillas.

—No, no (esclamó la amada de Cárlos Quinto con ansiedad, comprimiendo contra su regazo al bastardo régio) El beso último ¡el último, hijo mio, mi solo amor sin remordimientos ni vergüenza!

La Cantadora cayó rendida al combate de tan fuerte emo–

cion, y la nodriza se apoderó resuelta del niño, que al roce de los lábios ásperos y agrieteados de la enferma y el estallido del ósculo anhelante que estampara en su frente suspiro como para despertar, moviendo su linda cabeza de Querubin en lánguido desperezo.

Cuando Juana recobró, sus cansados alientos y tornó á pugnar por incorporarse, Ketty habia desaparecido con su amable cria.

La duquesa levantó las manos al cielo en intensa oracion.

Una especie de somnolencia preindicaba el agotamiento de sus gérmenes vitales: cerró los ojos, y tan profundo era el sopor que embargaba sus facultades, que su brazo que posaba sobre la cubierta de sus ropas se deslizó poco á poco, cayendo oscilante como inerte miembro.

Su cabello desatado vela el pecho que la descompuesta bata deja emular con la blanquísima batista, y en desórden los sedosos rizos caen al rededor de su garganta cual caireles de oro de un prendido.

La luz triste de una lámpara de búcaro lusitano destella sobre su fisonomía dando resalte á la palidez que la hace mas interesante, y prestando tintas mas sombrias á las ojeras violáceas que circuyen sus ojos.

El Angel de la hora postrera cubre con sus álas aquel lecho, y fija en la que ha de sostener en los trances de la próxima agonia, esa mirada que infunde transportes de viva contricion en el ánimo de los que espiran.

El espíritu de las tinieblas no se levanta orgulloso frente á su antagonista, porque no puede disputarle la posesion de aquel alma, que por la confesion acaba de purificarse de sus manchas; pero aguarda un instante todavia. Juana espera á Cárlos. La vista del objeto de su amor puede suscitar un pensamiento liviano en aquella mente débil, y el espíritu de los abismos espia aquel momento, como el monstruoso boa la oportunidad de asir la victima que aguarda sofocar entre sus roscas aceradas y devorarla en seguida.

—Juana, tesoro mio, mi único amor, gritó el César entran-

do con frenético apresuramiento en el cuarto de su querida, y arrodillándose al lado de la cama cojió entre sus manos las de la duquesa, que bañó de lágrimas cubriéndolas de besos.

—Cárlos, dijo la jóven con apagada voz.

—Vive, ídolo de mi alma, vive, esclamó don Cárlos desesperado.

—Cárlos (repitió la agonizante con esa precipitacion de los que temen perder un minuto en tan tremendas y solemnes circunstancias) No hablemos de mí, tratemos de nuestro hijo.

—Juana, vive ó llévame donde vas.

—Por favor.... escúchame (replicó la Cantadora con imponderable avidez) Yo conozco que se acerca el plazo de nuestra separacion.... Cárlos, que yo no muera sin espresarte mi último voto.

—Tu no puedes serme arrancada (dijo el mancebo con delirante exaltacion). Seria demasiada crueldad en el árbitro de nuestra suerte....

—Cárlos, interrumpió la duquesa con severidad.

—No: eso no puede ser (repitió el emperador con acento que estremecia) Fuera una burla desapiadada de la Providencia darte las esperanzas de la vida para fenecer en la flor de tu juventud.

—Cárlos! (insistió la jóven con la majestad de la indignacion en las almas fuertes por la fé). Si habeis venido al lecho de los dolores á blasfemar como los réprobos, dejadme morir en pensamientos penitentes, y no hagais el papel de Satanás.

—Perdon! perdon, Juana! repuso el descendiente de sangre real, sollozando y escondiendo el rostro entre las manos de su amada, que mantenia estrechamente asidas.

El montero Stolk penetró consternado en la estancia, y aproximóse á los amantes con lentitud.

El César se levantó de repente. Una inspiracion súbita brillaba en su semblante.

—Juana, el sacerdote espera en una pieza inmediata...

—¿Qué quieres decir?...

—Venga luego y bendiga nuestra union.

—¿Quieres hacerme tu esposa? preguntó la duquesa rebosando alegría su demudado rostro.

—Sí, Juana. No hay que perder un segundo....

—Detente, Cárlos, eso no puede verificarse.

—¿Por qué?

—Porque tú no debes unir tu destino al de una oscura plebeya.... Faltarias á tus deberes de rey; á los estatutos de tus estados....

—¿Y qué importa?

—No puede verificarse. La razon de estado se opone: el padre *Hildebrand* me esplicó mil consideracienes de política que comprendo, aunque no acierte á espresarlas..... ¡Imposible!

—Pero....

—Que no, te digo....

—Tu alegria de hace poco....

—Mi alegria era el testimonio de mi gratitud; no la aspiracion ambiciosa de mi alma. Déjame concluir como he principiado: amándote por ti mismo; sin una idea que se eleve á tu rango soberano.

—Pero, un matrimonio secreto....

La mano de la duquesa cerró los lábios del monarca.

—Déjame vivir algunos minutos mas. (replicó sonriendo Juana) ¿No conoces que el júbilo de nuestro amor, coronado por Himeneo, me mataria de placer. La demasiada felicidad anonada como el estremado dolor.

—Habla, mi bien ¿qué deseas?

—Cárlos (dijo la huérfana con un gesto suplicante) voy á pedirte una gracia, que no me negará tu corazon magnánimo.

—¿Qué puedo yo negarte?

—Reflexiona que es el último voto de la que tanto te amó......

—No dudes de mí, Juana.

—Sé que voy á exijirte una promesa inconveniente; que dejes de hacer lo que en tu caso hacen los príncipes de la cristiandad: que no prevengan las contingencias futuras, que

en situaciones como la presente previenen las testas coronadas.....

—Te juro por la memoria de mi padre cumplir fielmente tus designios cualquiera que ellos sean.

—Cárlos, mi digno, mi grande soberano.....

—Aunque me mandáras olvidar las mas atroces injurias; reconciliarme con mi mas capital enemigo; jurar alianza eterna con el mismo Francisco de Valois, serias obedecida.

La duquesa llevo á sus lábios las manos del César de Occidente, en un transporte de agradecimiento infinito.

—Oyeme (repuso con ternura). Yo sé que los bastardos tienen impuesto un destino, que les inutilice para los proyectos insensatos de una ambicion audaz. He leido la historia de tus dominios de España en mi retiro de Belle-Chasse, y sé que Alonso Onceno dejó á Castilla una horrible guerra civil en su hijo legítimo y en sus hijos adulterinos: que los hijos de Leonor de Guzman fueron los constantes adversarios del hijo de doña María de Portugal: que Montiel fué el hórrido teatro del fratricidio, y el solio castellano fué hollado por el bastardo Enrique.....

—Y bien, interrumpió don Cárlos impaciente.

—Desde entonces (continuó Juana cada vez mas despacio y con mayor fatiga) los bastardos se alejan del trono por la imposicion de un destino que incluya la renuncia á las grandezas mundanas.... Tu abuelo don Fernando el Católico hizo á su hijo de ilejítima union arzobispo de Zaragoza, y á sus dos hermanas monjas agustinas del convento de Madrigal.....

—Comprendo.

—Cárlos (añadió la moribunda en ademan de impetrar su benevolencia) educa á nuestro hijo con la humildad de un labriego; alejale del trono que pudiera un dia ser objeto de sus anhelos; pero no le fuerces á vestir el traje de los sacerdotes: no le obligues á pronunciar los votos de los consagrados al servicio divino.....

El rey quiso hablar; pero Juana prosiguió con vehemencia:

—Los deberes del ministerio santo, son de una imponente

severidad; la renuncia á cuantos goces y pompas ofrece el panorama vistoso del Universo demasiado costoso; la responsabilidad del que acepta el augusto carácter sin llenar las estrictas condiciones, sin cumplir los venerandos compromisos, harto estrecha para con los hombres y con Dios.... Cárlos, no inmoles á mi hijo á la implacable razon de estado....

—Te lo juro por mi gloria de rey, por mi fé de caballero.

—Oh! gracias, mi adorado Cárlos, (contestó con efusion gozosa la enferma). Me acabas de quitar un peso insoportable, que gravitaba aquí.... sobre mi corazon.

—No es necesario criarle en la obscuridad para curarle de la ambicion: le daramos otra religion mas noble; la de la gloria. Guerrero esforzado, codiciará esos laureles que brillan mas que la pedreria de una corona regia. Me prometo dejar á mi hijo, con el auxilio de Dios, demasiado grande por sí propio, para que tenga que recurrir á las bastardías de la usurpacion para alcanzar la escelsitud.

—¡Cuánto bien me haces con estas palabras!

—¿Qué mas deseas? Nada me reserves.

—Quiero que sepas mi único secreto.

—Te escucho.

—Yo no soy la hija de Nenní...

—¡Cómo!

—Poco antes de espirar el anciano trovador me contó esta historia sijilosa.

—¡Es posible!

—Segun le dijo el encargado en hacerme desaparecer por mandato de una celosa dama, desciendo de un alto personaje y una ilustre prócer... llevo al cuello cierta medalla de oro, que servia de señal de mi orígen... Tómala Cárlos; el dia en que nací me la pendieron: el dia en que voy á morir, la traspaso como recuerdo del fruto de nuestros amores...

El emperador tomó de manos de su amada la medalla de oro, y la besó con relijioso respeto; despues guardóla en su escarcela.

—Es mi voluntad, dijo la duquesa con acento, (que iba de-

bilitándose por grados) que nuestro hijo la lleve como yo al cuello, y que sepa un dia que tal fué el postrer deseo de su madre.

—Sereis puntualmente obedecida, señora (esclamó el anciano Stolk, con eco solemne y reposado), porque mientras Dios me conserve la existencia no me he de separar un punto de esa criatura.

La duquesa tendió su mano descarnada al leal montero, que la oprimió entre sus manos ásperas y rugosas.

—Si la piedad del Señor prolonga mis dias (continuó el honrado Herman), si está en estado de comprenderme, antes que yo sucumba al peso de mi edad avanzada, yo le diré lo que era su madre: un ángel de bondad y resignacion, que vivió mártir de un solo desliz; y murió con la muerte reposada de los bienaventurados.

—Herman, el cielo te lo recompense, respondió Juana dejándose caer sobre la almohada falta de fuerzas y sintiendo la debilidad precursora de la agonía.

—Juana, Juana, gritó el César temblando, y apresurándose á levantar á la decaida hermosura.

—Déjame, replicó la moribunda ajitándose con aliento fatigado.

—Juana, repuso don Cárlos con acento furioso como el torcedor tormento de su seno.

—Herman, avisa al padre Hildebrand (dijo la duquesa); avísale Stolk.

—Stolk, aguarda todavia.

—¡Por favor!.... Cárlos, déjame morir al lado de un sacerdote,

—Pero si no me has dado el último adios.

Juana se incorporó con sumo trabajo.

Sus miradas vagaban empañadas por el velo de la muerte.

Tendió sus brazos al emperador que se precipitó en ellos.

—Tesoro mio, encanto de mi ser...

—¡Adios Cárlos! ¡Adios por la eternidad!

—¡Un beso á tus ojos que fueron mis soles!... ¡Un beso á

tú boca que ha pronunciado las palabras que me hacian feliz!

—Basta, (dijo penosamente la duquesa debatiéndose entre los lazos en que la sujetaba su amante en el delirio de sus dolorosos estremos), basta, Cárlos. No suscites mis recuerdos... permite que deseche las imágenes profanas...

—Sí, mujer, olvídame (replicó el emperador exasperado). Destiérrame de tu memoria: haz conmigo como con lucifer; apártame de tu lecho.

—Cárlos (esclamó la moribunda con crecientes afanes.) Solo esto me faltaba... reconvenciones en esta hora...

—¿Pues qué (repuso el soberano con irritacion demente)? ¿Es tan grande tu crímen, que la relijion te exija despues de confesarle, y ya perdonado, que rechaces al que mereció tu amor...?

—No es eso, contestó desfallecida Juana.

—Pues habla... dí...

—Para conformarse á morir resignada, es preciso mucha fuerza moral...

—¡Oh! sí, mucho.

—Desechar recuerdos ternísimos... amorosos...

—Cierto.

—Apartar los ojos del mundo que bulle, se agita, y brinda emociones sin cuento...

—Prosigue.

—Tapar los oidos para no escuchar una voz íntima que repite.=¡*Tan jóven y morir*!... otra voz que reproduce los lances gratos de la vida, que se evapora... las voces del mundo que incesantemente se oye en estas horas supremas, convidando á sus deleites, á sus festines, á sus palpitante conmociones...

—Y bien...

—Y bien Cárlos: tú eres para mí una tentacion poderosa...

—¡El ángel malo!...

—No (respondió con desaliento Juana), pero ¿cómo quieres que no me revele contra el destino, que mi fé ordena

aceptar, cuando con tu presencia me acuerdas la ventura que disfrutara, y la dicha que voy á perder para siempre?

—Angel de mis ilusiones perdóname.

—Cárlos ven acá, amigo mio... dáme tu mano...

—Juana, mi solo amor...

—No me olvides.

—¡Olvidarte! ¡Dios mio!

—Nadie te amará cual yo te he amado.

—Juana...

—¡Adios! Dáme la última prueba de tu cariño... retírate.

Herman observó la postracion de aquel ánimo y quiso ahorrar á su jóven señor el espectáculo de una agonía, que comenzaba á significar sus combates en gestos, y estremecimientos convulsivos.

Dirijióse al monarca, y tomándole del brazo, díjole con resolucion:

—Nada tenemos que hacer aquí: usurpamos el puesto del sacerdote.

—Mírala (dijo don Cárlos señalando á la agonizante, y sonriendo con una sonrisa glacial; sonrisa sin dolor; sonrisa sin alegria; sonrisa de insensato), se muere.

—Vámonos de aquí, repuso el anciano montero imperial.

—No; espera aun.

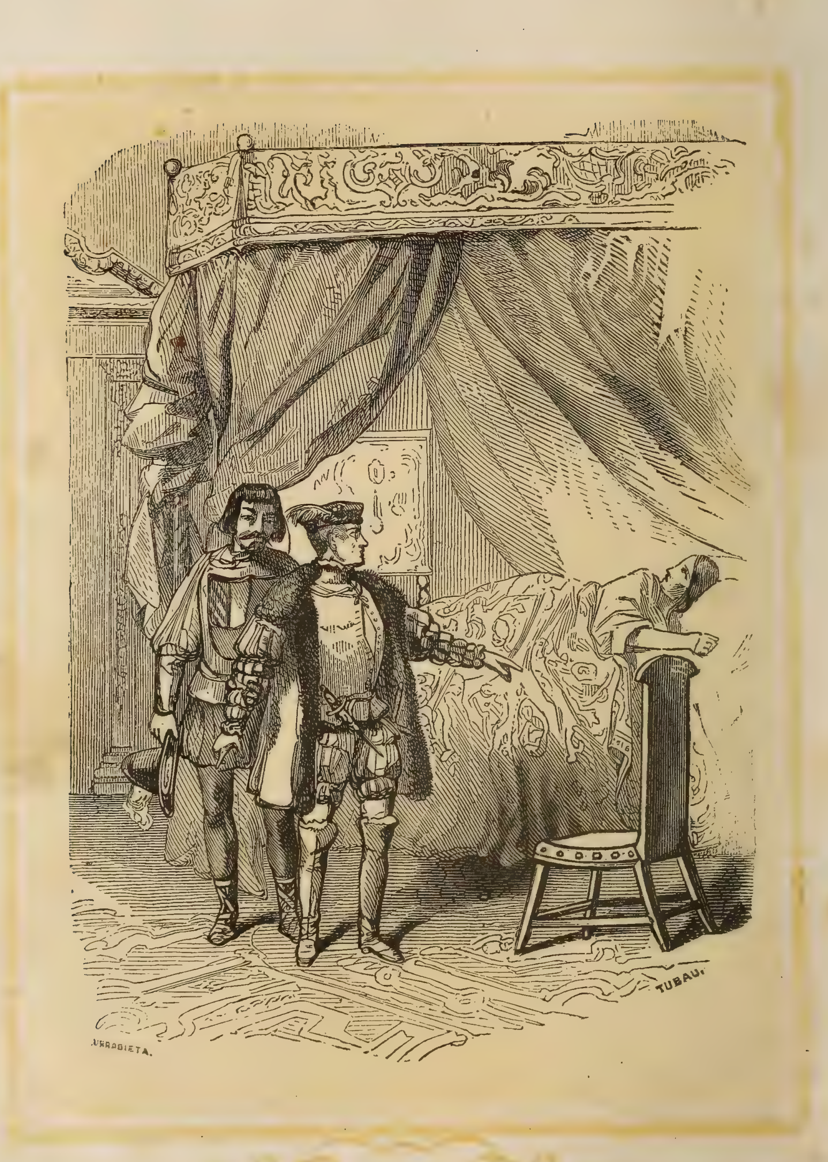
—Vámonos (gritó Stolk empujando vigorosamente al mancebo.) Ni nuestros cuidados pueden prolongar su vida; ni merecer su postrer mirada de gratitud.

Y arrebatando á don Cárlos del lado de la que parecia exalar el espíritu en cada gemido estertoroso de su pecho, le condujo por el brazo fuera de la fúnebre estancia.

El César salió como el idiota á quien guia un encargado de los faltos de razon, y que sigue al que le lleva con indiferencia inalterable.

El padre Hildebrand entró al poco tiempo.

El génio del abismo que fiaba en los pensamiento mundanos, que la presencia de su amante escitasen en Juana, hu-



Cárlos V.
lám.7.ª

yó al aproximarse el ministro del Señor, á la que en vano acechara en sus últimos momentos.

El ángel de los finales dolores sonrió en su victoria, y estendió sus manos para recojer aquel soplo de la boca divina que los hombres llaman el alma y que el invisible guardian de nuestros espíritus eleva á los piés del Ser Supremo, para responder de la custodia que le está confiada, y entregarla segun sus méritos á las inefables delicias de la gloria, ó á los tormentos sin término de la reprobacion.

Cuando tornó á salir al cabo de un cuarto de hora el franciscano, Herman le salió al encuentro.

—Descansa en paz (dijo el monje con voz serena.) Su muerte ha sido la muerte de los justos.

VIII.

Herman Stolk.

Valerio de San-Medardo, conocido por el Virgilio germánico en las córtes de Cárlos y Enrique, era un jóven de diez y ocho primaveras, hermoso como pinta Ovidio al Narciso de la fábula pagana; cándido como un infante; de imajinacion fecunda, de talento claro y erudicion admirable en sus años y en su época.

Valerio, de oríjen flamenco, habia probado en Bruselas su descendencia de Federico II por el precioso príncipe Enzio, el de los cabellos rubios, tan inhumanamente sacrificado. El matrimonio secreto del príncipe con una hidalga inauguró la rama, de que fruto privilegiado, vino al mundo, el Virgilio aleman, y desde tal prueba, Valerio añadió á la estimacion de sus insignes dotes, el prestijio de su augusto linaje y el cariño á la reminiscencia de su familia, de aquella estirpe heróica y desafortunada, cuyo tráfico ya deploran tristísimas, antiguas leyendas; ya sobre la deposicion de Federico por Inocencio IV en el concilio de Leon; ya sobre su muerte de tristeza en Florentino; ya sobre la prision en una

jaula férrea de Enzio; ya sobre la decapitacion de Conradin en Nápoles; atentado execrable de Cárlos de Aujou.

Valerio, educado en el Seminario de Nobles en Bruselas, manifestó desde sus años mas tiernos inclinaciones felices á las artes; sus maestros en historia, literatura, filosofía, y música; le reputaron una estraordinaria capacidad, y cuando el púbero abandonó las áulas, por la voluntad de su tutor, sus condiscípulos rindieron ovaciones en alto grado honoríficas al talento y á las virtudes del egrejio compañero, que dejaba privado al seminario de su mejor alumno.

El descendiente de la casa de Suabia resistió entrar en el claustro, como su tutor le propusiera, y asimismo repugnó las profesiones de médico y preceptor de artes en Institutos públicos, ambicioso de la gloria de Blondel de Nesle cerca de Ricardo Corazon de leon; de la estimacion que obtuvo Juan de Mena en la córte de Juan II; de este ministerio de grato solaz que desempeñaron en la Roma de Augusto, Ovidio, Virjilio y Horacio. Valerio conocia el tipo de la belleza poética de griegos y latinos. Habia bebido en las sacras fuentes de la escritura el gusto oriental en la magnífica sencillez de su estilo, en la riqueza de sus conceptos. Conocia lo poco que se conoce de esa época artística, que la arquitectura llama *bizantina,* y en la literatura ha dejado escasos recuerdos de aquella fusion entre el Occidente y el Oriente, que marca la historia en la traslacion de residencia imperial de Roma á Constantinopla; en la reunion de una civilizacion decadente con otra civilizacion que tornaba á renacer de los restos de otra esplendorosa.

Valerio estudió las épocas literarias del Norte, desde los cantares sagrados del feroz Alvunismo, hasta los himnos belicosos de las guerreras tribus; desde las canciones marinas del pirata sajon ó Scandinavo, hasta las leyendas caballerescas; desde las melancólicas historias fantásticas, hasta los poemas con que iba la Alemania preparando el camino á la revolucion literaria.

Valerio habia adoptado unas formas especiales en su poe-

sía; y que participando de las condiciones clásicas de la veneranda antigüedad, daba entrada en sus concepciones á la índole de la belleza germánica; á su naturalidad á esa enerjía de la concision; á esa osadía del pensamiento, apenas trazado en su idioma lacónico y de frases brevísimas.

En cuanto al género de sus composiciones, San-Medardo huyendo de la monotonía inherente á las obras trazadas por el modelo de época, busca una especialidad, y la encontró resucitando las reminiscencias solemnes de la antigua germania, manantial inagotable de inspiracion valiente, porque la sublimidad de asunto y la orijinalidad de las costumbres incógnitas, dan interés, y mantienen en espectacion curiosa al público, cansado de las fórmulas de esos partos del injenio, que se van encadenando á las propias leyes de escuela hasta hacerse insoportables.

No de otro modo Walter Scott, próximo á nuestros dias, se apartó tanto de la novela hastiadora de la córte de Luis XV, en que Ciro, Bruto, Xerxes, y Rómulo; hablaban con la rimbombancia y la rebuscada galantería de aquella era, cuanto del género sentimental que produjo á Clarissa Harlowe, para poner en accion los siglos caballerescos, los episodios de la edad media; y á brillantes y gloriosos como los de las cruzadas en *Ricardo en Palestina*; ya siniestros como la figura arrogantemente delineada de Luis XI en *Quintin Duwar*.

Valerio se dió á conocer en la córte de Maximiliano dedicando al hijo de Federico III tres cantos magníficos: *Hagessen*, (la vírjen del bosque) *Arvernes* (hombre de las altas montañas) y *Fara* (jefe lombardo).

Hagessen se remontaba á los fastos de la relijion primitiva de los pueblos germánicos. Era la espresion del culto material de la naturaleza, con su *Ertha*, diosa de la tierra, su veneracion por los sombrios bosques, por las espesas selvas, por los manantiales brotando entre las rocas. Despues, la mitológia escandinava, introducida por la raza goda; trajo su *Odeis*, y su vida futura con su *Walhalla*, ó lugar de pre-

mios y castigos; su melancólica teolojía de la perpétua mutacion, y su *Asgarda* ó ciudad de dioses; anhelacion á la felicidad suprema. Las *Alvunas* se retiraban á los bosques, y allí en la soledad y el misterio entregábanse á la adivinacion; apareciendo entre las tribus que tanto las respetaban, para producir los triunfos ó las derrotas de sus hermanos; recojer datos para formar la genealogía de las razas del norte, y distribuir las varitas que servian de talisman á los guerreros.



Arvenes, ó el hombre de las altas montañas, vocablo compuesto de *ar* alto, y *verau*, comarca, trazaba la vida agreste de las tribus nórticas, que poblaban las rejiones montañosas de la Germania, y se distinguian de los bárbaros de las llanuras por la dureza de su trato, indomabilidad de su carácter y pasmosa intrepidez. En aquella cántiga se describia la infansia de aquellos terribles hijos de la naturaleza; su niñez y pubertad, empleadas en acostumbrarse á la intemperie, y su juventud compartida entre las rudas faenas del montero, las guerras con sus vecinos, ó la invasion aventurera en los dominios estensos del imperio romano.

El *Fara* ó jefe lombardo, revelaba un estudio concienzudo del oríjen del feudalismo en Italia. Los compañeros de Alboino se reparten el pais conquistado haciéndose duques; pero erijen colonias militares al mando de nobles y valientes caudillos subalternos, que en sus asambleas ó *gastalds* arreglan los negocios públicos, manteniendo el territorio sometido á su jurisdiccion bajo la dependeecia de su duque. Los *faras* recibirán luego el nombre de *farones*, y corrompido mas tarde el idioma de estos pueblos se conocerán los *barones*, lugar-tenientes de los duques, y en otras partes de los condes.

Maximiliano colmó de favores y honras á San-Medardo, y queriendo hacerle lucir en su patria misma, le envió á Bruselas con buena suma de escudos y una carta de recomendacion en que decia á su muy querido nieto:—«Despues »que admireis los talentos insignes de ese jóven singular, »recomendadle al monarca de Inglaterra, á cuya córte piensa »trasladarse próximamente.»

Valerio fué recibido con muestras de la mas lisonjera estimacion por el jóven archiduque, y Guillermo de Croy, personaje de tan eminentes conocimientos históricos, despues de varias sesiones con el Virjilio flamenco, hizo el mas cumplido elojio de su erudicion y selecto gusto.

El trovador pagó la recepcion halagüeña de don Cárlos dedicándole su *Hermann*, canto fúnebre á la memoria de aquel varon germano, que no perdió el amor á su patria por la educacion romana; llevó á cabo el heróico proyecto de libertar á su pais del yugo latino; y pereció asesinado por sus parientes; dejando á la posteridad el recuerdo de sus hazañas, la gloria de los cheruscos, y el orgullo de haber consternado á la Roma prepotente de Augusto.

Chievres hizo imprimir en Holanda, donde la tipografía alardeaba estraordinarios adelantos, la *Batalla de Ultra-Rhin*, que Valerio puso bajo su proteccion, agradecido á los reiterados testimonios de consideracion del privado de su real Mecenas. Este cantar era una sátira, digna de Horacio: el

relato de la ridícula espedicion de Calígula mas allá de las provincias rinihanas. En aquella trova presentábase al abominable tirano imperial, rodeado de doscientos mil lejionarios; retrocediendo lleno de pavor sin haber encontrado el enemigo; transido del hielo del espanto al oir á un centurion, que si aparecian los enemigos se hallarian embarazados; haciéndose pasar de mano en mano por cima de las cabezas de sus tropas; preparando una falsa sorpresa para finjir ímpetus belicosos; haciendo dar libertad á niños y jóvenes que tenia en rehenes, para salir en su busca á la cabeza de su caballería, y tornar á traerlos cargados de cadenas. Esta fué la *batalla de Ultra-Rhin*. Por conclusion de tales proezas ofrecia San-Medardo el espectáculo de aquel loco déspota, tan cobarde como jactancioso, escribiendo al senado y pueblo de Roma que era repugnante se entregáran á los placeres, mientras César combatia, esponiéndose á los riesgos mas atroces; haciéndose proclamar siete veces *imperator*, en las riberas del Rhin, y añadiendo á sus dictados el de *germánico*.

La maledicencia que jamás reposa, dió el carácter de infamante alegoría á este poema, y se cundió la especie de que Valerio aludia á la victoria de Marignan, obtenida por Francisco primero, y que con tan fundado motivo constituia un preciado timbre de sus fastos.

Del propio modo se creyó despues de Cervantes, que el *Quijote* incluia una burla al espíritu emprendedor y á la condicion romanescamente hidalga de Cárlos quinto; burla que como buen español, y hombre de jénio jamás cupo en el inolvidable manco de Lepanto.

Sabedor del monstruoso sentido, dado á su *batalla de Ultra Rhin*, Valerio renunció á visitar la córte de Francia, para cuyo soberano tenia compuesto un romance, intitulado *Argobasto*. Argobasto fué un franco á sueldo del imperio que en las luchas de Maximino contra Graciano. fué ascendido á general en jefe del ejército galo, posesionado de Roma por Valentiniano el jóven. Todos los empleos, así los militares co-

mo los civiles, fueron confiados por el franco á los de su nacion, y rodeando al César de bárbaros, hechuras suyas, mas parecia retenerle prisionero que hacerle la corte como á señor y amo. Asi aconteció que el dia en que Valentiniano le hizo leer la sentencia que le desposeyera de su militar encargo, Argobasto dijo con desprecio=*mi poder no pende del capricho ó de la ira de tan menguado príncipe.*=Y algunos dias despues, Valentiniano fué hallado muerto en su cama. El franco despreció la mancillada púrpura imperatoria, y siguió gobernando la Italia y el occidente en nombre del retórico Eugenio, fantasma coronado que hizo subir al trono vacío.

San-Medardo fué convidado á pasar á Inglaterra por el ilustrado Enrique, quien habiendo oido celebrar el génio de aquel adolescente, y el mérito de sus recitaciones poéticas al compás de lentos y melodiosos acordes, quiso poseer por algun tiempo al Virgilio aleman, y juzgar del nuevo género con que enriqueciera la poesía; reducida á la sazon á crónicas caballerescas, abundantes en encantadores, descomunales batallas, y demas episodios amanerados á que Cervantes dió el golpe de muerte con su burlesca epopeya.

Aceptó la invitacion Valerio, y pidió licencia á don Cárlos para trasladarse á la Gran Bretaña; licencia que no sin sentimiento le fué concedida.

—¿Cuándo volvereis, mi sabio amigo? le preguntó el nieto de Maximiliano.

—Cuando vuestra alteza sea emperador (contestó Valerio); es decir pronto.

San-Medardo sin cuidarse de los asuntos de corte habia sido informado de las promesas obtenidas de los electores por el viejo rey de romanos.

Llegado que hubo á Inglaterra, Valerio fué tratado con la mayor distincion. Enrique era un rey muy letrado que conocia las ciencias humanas, y las divinas, en la esfera en que giraban los conocimientos de la época bajo las condiciones escolásticas. Aficionado á las disputas académicas, y á

los aparatos ostentosos de la ilustracion superficial de los eruditos de su era, el monarca inglés acojia con un verdadero entusiasmo á los hombres eminentes, y habia dado una prueba de su decidida propension á la controversia, impugnando á Lutero en una obra sobre los siete Sacramentos de la Iglesia, en que paladin del dogma mereció los ultrajes del irascible rector de Wittemberg.

Valerio consecuente en su costumbre de consagrar una de sus obras á sus augustos protectores, compuso el *Pirata Escandinavo,* cancion marina dedicada á Enrique.

En este canto naval, el poeta daba cuenta de la invasion de las razas normandas de que se enorgullecen de descender las familias señoriales británicas. Pintaba la audacia de aquellos reyes del mar, que navegantes espertos, cual los primitivos sajones, caian sobre las costas, entraban al saco los pueblos, y retirándose ricos de botin no renunciaban al despojo de cuantas naves encontraran en su formidable travesía. Puso en relieve la grandeza de ánimo de aquellas bandas corsarias, que vagando por el Occéano germánico en demanda de tributos á su señorío, cargadas de preseas sus naos, y careciendo de víveres, merodeaban en la primera playa que se presentaba á su vista, y entraron un dia á piratear en el puerto de una ciudad de la galia Narbonense, á los ojos del mismo Cárlo-Magno. Admitido en la córte de Enrique con todas las demostraciones simpáticas que pueden satisfacer el amor propio, Valerio se detuvo en ella mas de lo que habia pensado, por las instancias de la hermosa Catalina, hija cuarta de los Reyes Católicos, desposada con el soberano breton á la muerte de su primer marido, Eduardo príncipe de Gales.

Doña Catalina gustaba infinito de la poesía, y no se cansaba de admirar aquellas trovas, que simultáneamente cautivaban la atencion por la singularidad de las costumbres que describian, y el oido por el sonoroso metro que iba modulándose á los acordes del laud. Valerio acostumbrado á cantar las salvajes pasiones del invasor y el pirata, la terrible

solemnidad de la *Alruna*, y la Sacerdotisa Cimbria, consiguió dulcificar su entonacion hasta la ternura del idilio, en el poemita conocido por *Morgengabe* (el regalo de boda), que compuso en obsequio de su protectora.

Fué preciso á San-Medardo toda la firmeza de sus resoluciones peregrinas, para resistir á los ruegos de los reyes Anglos, opuestos á su marcha; mas el poeta pretestó la santidad de un voto piadoso que le forzaba á dirijirse á Roma, y provisto de cartas comendatorias para la beatitud de Leon X, se puso en camino para la ciudad cabeza del orbe cristiano.

Leon X era el patrono de las artes: su corte no se componia de amables prelados como la de Alejandro VI, ni de militares como la del belicoso Julio II; sino de artistas. Recibió en consecuencia al cantor aleman con las señales mas inequívocas de aprecio, y fijó dia para el alarde de sus dotes en la cámara pontificia.

Valerio tenia la imaginacion volcanizada al aspecto de aquella Italia tan prodijiosamente rica en tradiciones grandiosas. Como lo confiesa el heresiárca Sajon, inspira un respeto pavoroso cada monumento que se alza recordando ya la Roma, árbitra de la suerte del Universo por sus armas; y á la Roma, metrópoli de la cristiandad por la silla de Simon el pescador galileo. Valerio ante esas dos Romas; la una en ruinas, la otra ostentosamente alzada entre despojos de la primera; ante la Roma republicano-imperial destrozada, y la Roma episcopal-pontificia floreciente, se arrodilló con lágrimas en los ojos. Pasaron ante él los fantasmas de Rómulo que inauguró los destinos de la una, de Pedro que fundó la primacía de la otra; le pareció que se dibujaban en el espacio las formas de una procesion de espectros en que reconocia los héroes de los tiempos primitivos; los dominadores osados de la decadente familia Romana; los mónstruos de sevicia; los tipos de ridícula veleidad, los cobardes césares de la década del envilecimiento. Paralela á esa fila de los hombres de politeismo, creyó descubrir otra procesion de sombras en que alcanzaba á divisar á Pedro y á Pablo

que dieron la vida por su fé; á los mártires, innumerable cohorte, compuesta de mancebos en la flor de sus años; hombres en todo el vigor de la virilidad; ancianos agoviados por su edad ó por sus dolencias; matronas; doncellas cándidas; ancianas y niñas; héroes sin aspiracion á la inmortalidad de sus nombres; héroes sin altivez del triunfo, sin el desden de sus contrarios; que confesaban sus creencias ante los potros, garfios, y ruedas aceradas; buscaban en el cielo con mirada moribunda los signos de aceptacion de su sacrificio, y exalaban su postrer hálito rogando por sus verdugos....

Valerio estendió los brazos y esclamó. «=Ciudades de los palacios en escombros y los templos portentosos, yo os saludo!»=

En consecuencia de estas impresiones el trovador flamenco vaciló entre elejir un asunto de los tiempos gentílicos, ó de la era cristiana; pero en breve se decidió: el cristianismo le brindaba sus bellezas de un género mas puro, mas tierno, que la mitolojía de Valerio sin renunciar á las tintas germánicas, supo encontrar un argumento fecundo y digno de escitar las intenciones en la espiritual corte de Leon.

La conversion de Hlodovijio fué el argumento de su poema.

Los francos victoriosos de los alemanes, refieren esta victoria á la intercesion de Clotilde con el dios de los cristianos, y aceptan la ley de gracia abjurando de Odin. Hlodovijio dobla la rodilla con la prez de sus guerreros ante las aras de aquel dios de quien dijo:=*ni prueba su poder, ni su descendencia de las razas de los dioses.* Anastasio papa, consagra aquel primer reino ortodoxo de la barbarie dominadora, y se echan los cimientos de la obra político-relijiosa, que ha de civilizar al mundo.

Leon X versadísimo en la mayor parte de los idiomas de Europa, pudo apreciar todo el mérito de aquel canto histórico, pero nunca el oido de un italiano llega á familiarizarse con los rudos acentos del Norte, y al mismo tiempo el or-

gullo de esos hijos de Italia, maestra de las letras y artes en el Occidente, repugna aceptar otras formas de la emision del pensamiento que las impuestas por sus modelos, y aceptadas por los discípulos de su escuela, que hasta la deben la índole de su lengua. Leon y los mas instruidos de sus artistas, oyeron á San-Medardo con ese mudo asombro de quien asiste á un espectáculo curioso enmedio de incidentes desagradables.

Aquella gutural pronunciacion; aquellas frases ásperas; aquel estilo lacónico, debian parecer necesariamente chocantes á hombres acostumbrados á pronunciácion suave y grata; á frases de una pomposa sonoridad; á un estilo florido y de elegante galanura. Tal debieron sentir los antiguos romanos el dia en que oyeron las embajadas de aquellos projénies desconocidas, que se amontonaban contra las vacilantes barreras de su imperio.

Los completamente estraños al conocimiento del idioma y literatura de la Germania, no comprendieron el aplauso que la seccion intelijente dió á estas frases puestas en boca de Hlodovijio en la trova de Valerio.

Odiu fué dios de nuestros padres: ¡Cristo es nuestro dios! La concha sagrada derrame el agua en nuestras cabezas: humillémonos ante la cruz, que nos exalta: si ha sido el suplicio de Cristo tambien fué la bandera de victoria de los francos. Alguno de los artistas se preguntaron entre sí: ¿merece este cantor de las rejiones nórticas mezclar sus graznidos al trinar de los ruiseñores itálicos? Valerio conoció que su aceptacion en Roma no llegaba á lo que se habia figurado, y que el desden de Italia hácia toda literatura distinta de su clasicismo, obstruia el paso de la fama que deseaba alcanzar en Roma.

Como Lutero, San-Medardo sintió la hiel del ódio hácia aquella orgullosa capital, que se aferraba en no aceptar las inspiraciones independientes de su inspiracion; y reconociendo la valía de sus pensamientos, no era bastante generosa para perdonarle la espresion escéntrica que adoptaba.

Valerio habia hecho un estudio concienzudo de la antigüedad bárbara, y en todas sus poesías desarrollábase el espíritu de aquellas razas de orijen incógnito que aparecian con su relijion, sus leyes y sus condiciones belicosas, impulsadas todas por una inspiracion de lo alto contra la Sodoma y Gomorra del Occidente; contra aquel pueblo infestado en crímenes; que Dios no quiso destruir por el fuego como las ciudades malditas; sino entregarle á las generaciones del Norte en una larga y dolorosa espiacion, seguida de la purificacion y la nueva era.

La Roma de los papas conservaba las pretensiones de la Roma de los Césares, y no pudo prescindir de un movimiento de disgusto en presencia del cantor de los francos, de los visigodos y los germanos; que traducia el pensamiento hostil de las estirpes bárbaras contra la señora del orbe; que rebuscaba sus tipos entre aquellos pueblos siempre rebeldes al yugo romano; que celebró á *Hermann*, derrotando las lejiones de Varo, general de Augusto; que reunia materiales históricos para cantar á Alarico y Atila, los dos espantosos azotes de la dominacion romana.

Valerio obsequiado por Leon X y los mas ilustres de su córte, no tuvo el derecho de quejarse de la galantería italiana; pero concibió una aversion profunda á el clasicismo de aquel pais y resolvió segregar de sus trovas toda reminiscencia de los modelos griegos y latinos, confirmándose en la idea de identificar sus composiciones á la genialidad de la época á que se referia, y por este medio desahogar sus resentimientos, contra la estrañeza de los italianos á su escuela en el grito de encono con que espresara la concitacion de las hordas bélicas en desgracia de Roma.

Dos hombres del Norte habian caido de rodillas ante la ciudad veneranda sobrecojidos de un relijioso terror. Lutero y San-Medardo. Roma habia hecho alarde de su escepticismo, de su profanidad, de sus tráficos inmorales ante el uno; Roma habia rechazado desdeñosa la ilustracion del otro, desechando su naturalidad, sus sencillas bellezas, por chocar

con las ostentaciones y el brillo de su diccion majistral.

Lutero volvió á su patria renegando de la Roma imprudente.

Valerio se restituyó á su pais descontento de la Roma presuntuosa.

Cuando Cárlos I fué Cárlos V de Alemania, San-Medardo que retraido en una linda casa agreste de Bruselas estudiaba perseverante los antiguos cantares del Norte, se apresuró á ponerse en camino para AixlaChapelle, ciudad señalada por la *Bula de oro* para las consagraciones imperiales.

Recibido por el emperador con el aprecio mas lisonjeramente testimoniado, Valerio se incorporó á su comitiva, y príncipe de las letras figuró en las ceremonias de la coronacion augusta entre los dignatarios del imperio.

Un acontecimiento súbito privó al trovador flamenco de solemnizar las festividades gloriosas de Aix, con una sesion poética, en que recitára al blando compás de su laud un canto, dedicado al soberano de Alemania.

Don Cárlos pretestando pasion de ánimo, no salió en una semana de su cámara, y tuvieron que retardarse por consiguiente las ceremonias de la recepcion de embajadores, y pleito homenaje de los señores que tenian feudos de la corona.

La víspera de aquellas ceremonias estaba señalada la hora posterior á la comida, para la sesion poética en que Valerio habia de ofrecer al César el tributo de sus talentos.

La sesion ha principiado.

Don Cárlos, pálido pero tranquilo, está sentado sobre una pila de almohadones de terciopelo color de grana, ribeteados de galon de oro con flecos caprichosos. Está rigorosamente vestido de negro, y en ocasiones cruza una nube sombría por su frente, cuya huella se apresura á borrar.

A su lado Guillermo de Croy, su ministro, parece ocuparse en distraer su ánimo de las preocupaciones siniestras, que á ratos le asaltan. Mercurino Gatinara, Brandeburg,

Borrebot, Lanoy, el arzobispo de Colonia, don Enrique de Laredo y muchos otros próceres, se forman en semicírculo á espaldas del emperador.

Valerio medio sentado en un taburete delante del César, preludia ténuemente en su laud, y aguarda la órden de don Cárlos, á quien el señor de Chievres no cesa de dirijir la palabra en secreto, escitando en sus lábios una sonrisa melancólica, y animando su aliento decaido.

Un murmullo confuso circula por la asamblea, eco de las conversaciones á media voz entabladas por los circunstantes á la espectativa de la seccion poética.

—Señores atencion, esclamó el favorito de don Cárlos.

El gabinete quedó silencioso como una tumba.

—Valerio (dijo su majestad imperial con acento cariñoso). la indisposicion de mi buena salud me privó del placer de oirte en el plazo antes fijado; pero, gracias á nuestro Señor, voy á ganar el tiempo perdido escuchando tus cantares.

—Señor! pudo solo responder el poeta, confuso con tan benévolas palabras.

—¿Cuál es el título de tu trova?

—*El Vargo*»

—Señores, (continuó el emperador dirijiéndose á sus cortesanos) los ilustres patricios de Augusto se estasiaban con las hodas de Horacio: Valerio es el Horacio de nuestra edad.

Un rumor de aprobacion acojió estas palabras, y aunque en las cortes nada signifiquen las señales de aprobacion á los discursos de los poderosos, esta vez la aprobacion era espontánea: San-Medardo merecia la predileccion que se le dispensaba.

—*El Vargo*, (repitió el príncipe) el desterrado de las sociedades primitivas del Norte; el hombre que no cabia en el gremio de las familias bárbaras. ¡Soberbio asunto!

—¡Ojalá parezca á vuestra majestad aceptable el desempeño!

—Empieza.

—Siempre obediente á vuestra magestad, replicó el Vir-

gilio germánico doblando la rodilla en saludo rendido, y volviendo á ocupar el taburete á la indicacion afable de su Mecenas.

Ese susurro de un concurso que se prepara á prestar su atencion á unincitante espectáculo, ajitó durante un momento la tibia y perfumada atmósfera del gabinete imperial.

San-Medardo se ocupaba en afinar una cuerda de su melódico instrumento.

Guillermo; dijo rápidamente al oido de don Cárlos.

—Perseverancia, señor; firmeza de espíritu. Es preciso disimular un dolor que no puede revelar su causa.

—Ya lo ves, Guillermo (respondió el monarca con muestras de interna fatiga), parezco tranquilo y tengo traspasado el corazon.

Valerio empezó su canto:

El Vargo.

«La luna riela en las aguas del Pó: sus resplandores bañan las blancas tiendas del campamento de Atila, que parecen fantasmas asentadas en las verdes llanuras de la dilatada ribera.»

«Todo reposa en el campamento de Atila, escepto Atila mismo, Aquilea, Altinum, Pádua, y Concordia, desaparecieron del haz de la tierra, Vicenza, Verona y Berganco quedan asoladas y exhaustas por implacable saqueo. Pavia y Milan, han comprado su vida á peso de todo su oro.»

«El azote de Dios piensa lanzar sus humos sobre Cómo, Turin y Módena: luego se arroja sobre la Venecia. Perezca la Lombardia, ha dicho en su furor el que no quiere que nazca la yerba por donde pisara su caballo.»

«Los jefes duermen sobre los sacos llenos del botin: los soldados yacen tendidos en torno á las tiendas de sus caudillos en que se hallan reservadas las preseas de su afortunado pillaje... ¡Muerte al que entre en el depósito de sus tesoros durante la noche! ¡Para él no habrá salvacion!»

«Las aguas del Pó, entregan á las brisas nocturnas los ecos del murmullo de su corriente. Se diria que aquel arrullar tétrico es el gemido de la Italia bajo el peso de sus incontrastables dominadores.»

«El ojo del pájaro nocturno, que revolotea en torno de las tiendas agrupadas, descubre al franco que duerme abrazado á su frámea: al aleman que aun en el descanso del sueño no abandona su hacha: al germano que reposa con la mano puesta sobre su corta espada: al Jépido que ampara con su estendido cuerpo la prolongada pica: al escita, armado de su temible arco, con el rostro contra la tierra, sujeto á la espalda el largo carcax: algunos tránsfugas godos con su venablo de dos garfios al lado: el alano, hondero formidable: el sueco con su porra rodeada de puntas: el albanés lijero; el caspio inaccesible á la fatiga: el huno, ginete incansable... hasta romanos y griegos, rebelados contra la vergonzosa paz de emtrambos imperios; adscriptos á el partido de los fuertes... Almas ávidas de las riquezas que se adquieren con la gloria, y de la gloria que se obtiene con las riquezas... Jensérico decia á el piloto que le pidió instrucciones sobre su ruta.=« *Vamos á donde nos lleva el viento...* »=Los griegos y romanos afiliados á los hunos se han dicho.«=*Vamos á donde nos lleve la guerra.*»

«Los carros forman un circuito al campamento: muralla débil, que en Chalons contuvo á los romanos, burgondos, sajones, francos, alanos y visigodos; valla que defendió las vidas de los soldados, de Atila... Campos cataláunicos cargados de muertos, decid si un guerrero se defiende bien tras los armazones de un carro, si una tribu vencedora puede retroceder ante tan flaco parapeto...»

«Vijilantes centinelas distribuidos en círculo, resguardan el campamento de Atila... Ginetes hunos sobre caballos, hijos del vendabal, pasan de tiempo en tiempo á escape: son las avanzadas que recorren la circunferencia del campo, para asegurarle de sorpresas y cautelosas embestidas.»



El Vardo.

«Ninguna palabra humana se cambia entre los que velan ni los que rondan. ¿Cómo se entenderian entre sí los hijos de cien diversas familias; los hombres de mil razas diferentes? Allí no hay contraseña que entender: en aquella confusion de idiomas y pueblos, la naturaleza recobra su espresion primaria. Al pasar el jefe de la avanzada por donde hay colocado un centinela deja escapar un lijero grito, al que contestá el infante con otro análogo. Esto significa *no hay riesgo*, Dos gritos quieren decir, *avisa que hay novedad*.»

«No hay novedad: no hay motivo de alarma. La Italia que atras queda, duerme con el sueño de los muertos: y yace en la calma de las ruinas, ó calla en el parasismo del terror vehemente. La Italia, que se ofrece á la mirada codiciosa de los bárbaros, está desierta por el espanto de la invasion, ó muda al efecto de su medroso pasmo.»

«¿Quién es aquel centinela guarecido bajo un árbol frondoso? En sus manos se divisa una red... ¿Es por ventura un pescador que se dispone á sacar de su elemento á los moradores de las ondas del Pó? es un *retiario* germánico: un pescador de hombres. En la pelea ese lidiador envuelve en las mallas de sus redes al enemigo; le atrae y privada de movimiento la víctima, aloja el puñal en las cavidades de su pecho.»

«Aquel guerrero singular, tostado por el sol su cútis; pintados sus párpados de rojo; de torvo gesto; de estatura colosal, inspira miedo. Se asemeja á un espíritu de la devastacion, sonriendo entre los escombros humeantes de una ciudad incendiada.»

«Aquella criatura no tiene nombre, patria, familia, ni fé: no cabe en la asociacion pacífica de los hogares; desecho de la sociedad bárbara es bandido, invasor, y soldado de las tribus conquistadoras: es *un varqo*.

«Nacido en la tierra de los cimbrios, á orillas del mar de los Suevos, entre los teuctones, los sajones, los causos y los varinos, esa criatura recibió el nombre de Boiorix, como

se llamaba el rey de los cimbrios, que pereció con sus valientes tribus en las riberas del Adige.»

«Descendiente de una raza esforzada de guerreros, Boiorix, habia perdido toda la gloria de su estirpe en una invasion de lombardos. Sus riquezas le fueron arrebatadas: los vencedores se llevaron sus ganados, le despojaron de su caballo de batalla, de sus armas, hasta el casco de su padre... aquel casco que remataba en la cabeza de un oso boquiabierto con dos alas de águila por cimera. Boiorix escapó al esterminio de su comarca. Marchó á una marca vecina y allí fué recibido con desden.»

«Los hombres de aquella poblacion dicen al verle= *¿Por qué no ha muerto al lado de sus hermanos?*=Le dan tierra para que edifique una cabaña, un hacha de dos filos, y un arco. Las mujeres murmuran entre sí.=*Quién es este estranjero solo en medio de nosotros como la peña negra del vecino mar entre las olas?*»

«Boiorix, desea enlazar su vida solitaria á la vida de una mujer; suspira por la hermosa y fuerte Oldina, hija de Teuton Sejesto; ¿pero con qué regalos la pedirá á su padre? El peregrino no posee bueyes que remitir á Sejesto en la demanda nupcial, un caballo guerreramente ataviado que ofrecer al *Assa* de la rica tribu; un reluciente escudo con la pica y el machete con que obsequiar á la jóven, indicándole con tales símbolos el destino marcial de la mujer bárbara, que combate al lado de su esposo.»

«Boiorix, ve todos los dias al declinar el sol á la doncella por quien suspira en secreto. Oldina viene al frente de las esclavas de su padre, que conducen en vasijas de barro el agua pura de un raudal escondido entre peñas... El mísero huesped de los teutones no se atreve á esplicar su pasion... Estiende la mano hácia el Oriente y dice á la belleza teutona:=«*Eres tan grata á los ojos mortales, como Siwa á los de Odin.*»=Siwa es la diosa de la juventud y la hermosura: Oldina parece su primojénita; la hija de sus primeros amores, la primicia de sus entrañas, fecundadas en

los trasportes de la noche primera de amor.»

«Alderman su noble prometido, sabe la frase con que saluda el tétrico huesped á la prenda de su corazon y la ira fermenta en su seno como el veneno de la sierpe en sus fauces. Se coloca cerca de la cabaña aislada; vé pasar á Oldina; escucha el saludo del estranjero y acude temblando de furor.»

«—Perro lanzado de tu cueva, escóndete cuando cruce esta senda la hija del *Assa*. Sejesto (le dice): porque por el nombre sagrado de Thor, que si asomas tu cabeza de jabalí, te haré poner el bocado de doma de mis caballos.

—Yo no soy un esclavo (replicó Boiorix con amargura), ni un estranjero. Soy un cimbrio de la marca destruida de Treva, descendiente de los baldos. Mi pobreza procede de la irrupccion longobarda. No puedes mandarme; ni tienes sobre mí el derecho de castigo.»

Alderman alza la mano y la descarga violentamente sobre el rostro de Boiorix.»

«El cimbrio, rápido como la estrella que rueda de una nube á otra, engasta una hoja de limpio acero en el pecho de su ofensor. Cae Aderman con los brazos abiertos; cerrados los ojos; traspasado el seno por el cuchillo... La sangre ha manchado la tierra... Un cadáver sangriento pesa sobre el suelo de la marca... Una diestra destructora ha inmolado á un hombre en la calma de los hogares pacíficos... Pronto pedirán justicia los habitantes de aquella poblacion salvaje... Llamarán al *Assa*, acusarán al asesino y se le impondrá el *Werhgeld:* el precio de la sangre derramada, ó estrañacion de los vargos.»

¡*El werhgeld*! ¡la paga de los homicidas!... ¿Con qué ha de satisfacerle Boiorix? *El werhgeld* se satisface por los parientes cuando el matador no posee lo bastante para indemnizar á la asociacion de su atentado: Boiorix es solo entre los teutones, cual la peña negra del mar de los suevos entre las olas, como decian las mujeres del pais.»

—«Pues sino puedes pagar (sentencia el *Assa*) sé *var-*

go.»—Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Boiorix: las últimas de sus ojos; lágrimas tan gruesas como dos gotas de agua sobre el peñasco salpicado por las olas: lágrimas en que rebosó todo lo que restaba de humano dentro de aquel hombre convertido por la ley en fiera vagamunda, sin derecho á penetrar en las marcas, arrojado del trato racional, declarado el maldito errante en la naturaleza; la sola madre que no repele á sus hijos.»

«El *vargo* saltó la cerca de su cabaña apoyado en un largo palo. Los gritos de la multitud le despidieron. Se volvió con la sonrisa de hiel y correspondió á la tumultuosa despedida. Boiorix no podia dirijirse á ninguna otra marca: su relijion se lo veda. El *vargo*, es el cain de la mitolojía scandinava. La espiacion de su crímen, es la pérdida de todos sus derechos. Puede buscar las hordas de *vargos* que admiten á los malditos como ellos, y aventureros militares recorren en banda feroz la germania y las provincias del imperio.

«El *vargo* está facultado á reclutarse en las escuadrillas sajonas y piratear por las costas germánicas, atacando las galeras romanas, saqueando las poblaciones establecidas en las playas, jugando su vida y la fortuna de sus sorpresas á los azares del proceloso piélago. El *vargo* no tiene prohibido por su fé alistarse en las hordas que se lanzan sobre las provincias del imperio, en busca de las riquezas de los pueblos civilizados, del oro de los convoyes con que Europa mantiene la opulencia de la capital del Occidente; del tributo con que Roma incita la avaricia de los bávaros, creyendo contenerlos con arrojarles los despojos de su tiránica depredacion.»

«Pero ya pirata sajon, ya soldado de Jensérico ó de Atila, el *vargo* no tiene nombre. Se distingue por llevar el brazo derecho desnudo, por su sombrio silencio, por su valor desesperado; su desapiadada condicion. Obediente al jefe que le manda, mientras pelea es un tigre hambriento cuando dá la señal de degüello, del pillaje ó la tala. En los momentos del

peligro mas inminente, cuando los mas esforzados claman ¡*atras!* el *vargo* grita ¡*adelante*!... ¿Qué tiene él que perder? Solo la vida. ¿Y qué importa la vida del vargo?

«Vargo y terror son dos palabras gemelas. El vargo es un objeto de veneracion temerosa para las razas del norte; ha muerto para la sociedad de los bárbaros, es un cadáver que solo vivifica la atmósfera abrasadora de los combates. Los adalides que le dan plaza en sus falanges le miran con supersticiosa prevencion: un hombre que al avanzar hácia el enemigo, no siente flaquear sus brios á los santos recuerdos de patria familia y deudos, puede hacer alarde de los últimos grados de temeridad. Un hombre que lo mismo sigue á su caudillo por las fértiles llanuras del pais itálico, que por las ásperas montañas de la Grecia septentrional, que ni desea hacer alto en las comarcas risueñas, ni murmura acampado en los arenales del Africa es un verdadero tesoro para el capitan invasor: asi es que el vargo es soldado de primera línea; se trata de tomar un punto inaccesible por la fortaleza de quien le defiende; de morir un centenar para que otro centenar se enseñoree de alguna posicion; el jefe pregunta á su tercio:=*¿quién desea morir ó vencer? Nosotros,* replican los *vargos* saliendo de sus filas, alegres cual si fueran á una espedicion placentera.»

«Y el *vargo* que en la lid calla, y ni mezcla sus alaridos á los alaridos de la multitud guerrera, ni tiene derecho para entonar con la banda militar á que pertenece el *bardit,* ó canto bélico-religioso cuando suena la hora del saqueo, de la carniceria, del incendio, desahoga su reprimido furor en gritos que nada tienen de humano, en ahullidos que espantarian á las fieras... En el campo de batalla recibe y causa profundas heridas sin una esclamacion de dolor y cruel júbilo... Mata y muere sin hacer escuhar su voz...»

«Pero llega el momento de la devastacion... Los mismos bárbaros del Asia se admiran de la ferocidad del *vargo*.... Ciudades que os estendiais del Ponto Euxino al mar Adriático; Narsius, Simium, Batiaria, Marcianópolis, Sárdeca, y

setenta florecientes poblaciones ¿quién os ha destruido? Atila ¿cuál de sus soldados se encarnizó mas en destruir vuestros monumentos, en degollar á vuestros hijos, en arrasar vuestros edificios y murallas? El *vargo.*»

«El *vargo* deja el cofrecillo de las preciadas alhajas por esterminar á los moradores de la casa en qué penetra... Poco le importa que llegue un albanés un visi-godo y se apodere de los objetos de valor, con tal que no le arranque el gefe de familia á quien derriba de un hachazo; el niño de pecho á quien clava en su pica.»

«Donde hay que ver al *vargo* es en el asolamiento de una construccion ostentosa... En la mano la incendiaria tea; corriendo desatentado como la Bacante romana; trayendo haces para las piras; amontonando combustibles sobre las maravillas del arte; saltando por entre las gigantes llamas para abrir respiradero al fuego ahogado entre las masas desplomadas; palmoteando de gozo al observar los progresos del elemento devorador, triscando por entre las derruidas fábricas como los corzos entre sus jarales.»

«El *vargo* no es avaro mas que para la destruccion. Jamas cuestiona por riquezas. Frecuentemente cede su parte en el botin á los descontentos del pillaje. La interposicion entre él y su víctima le irritaria, la menor objecion que opusieran á sus desolaciones enardeceria su comprimida furia. Su codicia es de lágrimas de sangre. Goza de ver una familia pedirle la vida de hinojos; las manos juntas, descompuestos los semblantes por la consternacion. Goza en probar su corazon de fiera, que nadie ni nada puede ablandar.»

«Este es Boiorix convertido en vargo.»

«¿Y qué pensamientos se ajitan en la mente de este soldado de Atila, vijilante del campo del rey de los Hunos? Aprovechad el silencio de la noche para oir el canto que murmura en la soledad de su cuidadosa guarda... Ese canto es el grito de la barbarie contra Roma: es la amenaza de las sociedades infantes contra la civilizacion decrépita: es la señal del destino que empieza para los hijos de un mun-

do ignorado, que concluye para la despótica dominadora del universo.»

«El vargo canta:

«Mañana alzará el sol su frente: nosotros nuestro campamento. Vamos hácia los que Odin quiere castigar.»

«¡Perezca la ciudad de los palacios! ¡Esterminio á la raza de Rómulo vejadora de los débiles; esclava de los fuertes! La que hizo siervos será sierva. La que humilló, será humillada. ¡Justicia del cielo!»

«Ha llamado asi los bárbaros para oponerles á los bárbaros. Cuando se ha defendido no hemos hallado romanos: hijos del Norte; del Asia, del Africa, hasta *vargos* disfrazados con el *sagum,* de los legionarios. No la servirán por mucho tiempo. Atila nos guia: una voz de lo alto nos manda: un instinto irresistible nos impele.»

«¡Nada de tributos! ¡Nada de cobardes concesiones!.... No queremos mas oro, no deseamos esclavos! sino arrasar. Rómulo la edificó, dicen ahora; Atila la derribó dirán en lo futuro.»

«¡A qué pedir lo que podemos tomar! ¡A qué tomar á plazos lo que podemos adquirir de una vez! Roma espera aun breves dias... vamos por lo que tienes; pasaremos sobre tí como una manga de fuego, y la tierra en que te alzas la sembraremos de sal.»

«Mañana alzará el sol su frente: nosotros nuestro campamento. Vamos hácia lo que Odin quiere castigar.»

«El galope de los caballos de la avanzada interrumpió el canto del *vargo,* pasaron los ginetes Hunos como arrebatados por una ráfaga del huracan. El gefe dió el grito de costumbre. El centinela respondió con otro.»

«No hay novedad en torno del campamento.»

«En el campo de Atila todos reposan, escepto Atila mismo.»

—Bien, mi ilustre amigo, (esclamó don Cárlos con entusiasta emocion) reconozco todo el detenido estudio de las costumbres bárbaras, realzadas en su palpitante interés por tu genio.

—Señor, murmuró San-Medardo sin ser poderoso á seguir el discurso en el trasporte de su satisfaccion por los elogios del príncipe.

—Guillermo (dijo el César á su privado) entregareis á ese insigne jóven la cadena que llevábamos al cuello el dia de nuestra coronacion imperial.

Valerio cayó de rodillas.

—Señores, (añadió la magestad Cesárea con animacion estrema) la joya de un emperador bien está sobre el pecho de tan inspirado artista. Alejandro dijo del filósofo cínico— *si no fuese Alejandro, deseara ser Diójenes*—Con mejor razon os digo que si la corona mas preclara del orbe no circuyera mi frente, ambicionara el laurel de este mancebo.

—Señor, sois un dios sobre la tierra, contestó Valerio en el colmo de exaltacion de su alborozada gratitud.

—Espero que esta trova se dé á la estampa.

—Y acojida á vuestro patrocinio, señor, si lo permitís.

—No lo permito, lo exijo.

—¡Escelsa bondad!

Don Cárlos se levantó, hizo un saludo amigable á San-Medardo; un signo de benévola despedida á los señores de su corte que inclinaban sus cabezas divididos en dos filas, y penetró en las habitaciones interiores de aquel departamento.

Guillermo de Croy reemplazó al rey Católico en la presidencia de aquella reunion cortesana, exigiendo al Virgilio aleman, que recitase el *Morgengabe,* (regalo de boda) poema dedicado á la reina Catalina de Inglaterra.

. . . .

El anciano Herman esperaba á don Cárlos en su retrete.

Imponia respeto aquel venerable montero, rigorosamente cubierto de luto: resaltando sobre la piel negra del capotillo sus largos cabellos blancos, sobre el peto del jubon de vellorí su barba de nieve.

Era triste la espresion de su fisonomía; de una tristeza que participaba del pesar y del horror.

Apoyado en el alfeizar de una ventana, tenia fija la vista en los caprichosos mosáicos del pavimento: las manos cruzadas, el un pie sobre el otro.

El emperador se adelantó á su encuentro apresurado.

—Adios Stolk, le dijo con prevencion afectuosa.

—Adios soberana magestad, respondió el viejo.

—Siéntate, repuso el monarca recostándose en una otomaua con muestras de fatiga.

—Permítame vuestra magestad permanecer de pié, replicó Herman.

—Como te plazca.

Stolk daba vueltas al capacete entre sus manos trémulas como indeciso entre empezar su plática ó esperar la escitacion del rey á que esplicase su pensamiento.

Don Cárlos comprendió los embarazos de aquella posicion del fiel criado de su padre.

—He recibido tu aviso (le dijo con afabilidad) y consecuente á tu demanda, estoy dispuesto á oirte en sigilosa conferencia.

—Señor, (esclamó el montero estraordinariamente afectado) bien sabe el cielo que antes de resolverme á esta estremidad, consulté todo mi valor, despues de consultar mi conciencia.....

El emperador se incorporó alarmado por este exordio.

—Sí, gracioso señor, (insistió el anciano, cada vez mas resoluto) algunos dias he pasado en meditar cuál debiera ser mi conducta en circunstancias tan difíciles...

—Pero ¿qué es ello? interrogó el César lleno de sobresalto.

—Un incidente de que no puede V. M. formar idea.

—¿Alguna desgracia?

Herman calló.

—¿Y mi hijo? preguntó don Cárlos con angustia.

—Goza de la mas envidiable salud.

El César respiró libre de sus terribles inquietudes por Cárlos.

—Señor (dijo el montero con solemnidad), antes de mi esplicacion debo consultaros sobre su díficil punto.

—Veamos, contestó la magestad Cesárea conteniendo su curiosidad impaciente.

—¿Qué es preferible, saber la desgracia que nos rodea sin ser apercibida, ó ignorarla?

—Esplícate mas.

—¿Qué es mejor, conocer la fatalidad en todos sus horribles pormenores, ó sentir su golpe sin analizar sus causas?

—Enigmático estás, mi buen Stolk.

—Procuraré aclarar la idea cuanto me sea dable.

—Prosigue.

—Supongamos que sin saberlo matara un hombre á su padre...

—Bien, la historia de Edipo.

—Matar á un hombre es un crímen, pero privar de la vida á su padre es un atentado espantoso...

—Pero si fué sin saberlo, que es tu suposicion, es un crímen y una desgracia, que sin embargo no constituye el parricidio, porque el ánimo la intencion, precedente del crímen, faltan en este caso.

—Convenido; pero volvamos á mi propósito.

—En hora buena.

—El que viniese á decir al homicida.=« *Yo sé que tu víctima te habia dado el ser y aquí tienes las pruebas...*

—Esa revelacion fuera cruel.

—Pero vos señor, vos en el caso del homicida...

—Yo, en el caso del homicida...

—¿Cómo recibierais semejante esplicacion?

—Segun.

—Hacedme el favor de ampliar ese segun.

—La revelacion podia ser obra de un amigo, ó un enemigo.

—Es verdad.

—O nacia de sentimiento leal, ó de un malévolo fin: ó tenia por objeto ilustrarme sobre un punto interesante de

mi conducta pasada, ó aumentar el remordimiento de mi falta.

—La revelacion es de un amigo.

—¡Cómo!

—Digo que supongamos á la amistad móvil de la declaracion del terrible secreto.

—Entonces...

—Continuad, señor.

—Herman, tu consulta me inquieta sumamente.

—No me interrumpa vuestra magestad... entonces...

—La agradeceria, siempre es bueno esplicarse todo: hasta las desgracias que mas nos aflijen.

—¡Con que lo agradeceria vuestra magestad!

—Sin duda.

—¿Y el que le patentizara el misterio de su proceder, el conjunto de circunstancias ignoradas, el cúmulo de coincidencias fatales, que le habian conducido á..?

—Stolk ¡pronto! ¡Ese secreto!

—¡Qué secreto, señor!

—El que palian tus preguntas azoradas; el que encubre tu consulta ansiosa, el que estoy adivinando en todo el terror de tu importancia en la zozobra que te ajita.

—Aseguro á vuestra magestad que...

—Montero (esclamó don Cárlos entre imperativo y temeroso) no retrocedas un paso de tu franca posicion.

—No retrocederé, repuso Herman con firmeza.

—Asi mi valiente amigo.

—He vacilado en agravar vuestros dolores..:

—Soy fuerte, Herman.

—Mi revelacion es espantosa señor.

—Nada temas.

—Escuchadla.

—Siéntate.

El anciano obedeció.

—Empieza dijo el emperador con una calma imponente.

—Habeis oido decir que yo era el secretario íntimo del ar-

—Habeis oido decir que yo era el secretario íntimo del archiduque don Felipe; su *mercurio*, cual me llamaba el difunto conde de Nassan....

—Efectivamente.

—Vuestro padre era un jóven de una belleza ideal. Las damas de Francia que vieron su retrato en el libro de la caballería del Toison, tenian por muy venturosa á la mujer que gozaba de tal marido....

—Continúa.

—Vuestra madre amaba á don Felipe con una idólatra ceguedad. Tenia celos de su sombra por tocar antes que ella á tan hermoso consorte. Hizo quitar de su oratorio una santa de que el archiduque gustaba infinito, mirándola con aficion cada vez que entraba en aquel lugar sagrado...

—Los celos de doña Juana han dado mas de un escándalo.

—Y han causado mas de una una desgracia.

—Adelante, Stolk.

—Don Felipe no amaba á su esposa; la razon de estado le unió á ella, y el mismo amor frenético que manifestó doña Juana, contribuyó á desviarle de sus incesantes solicitudes. Entre las nobles meninas y damas que formaban el cortejo de vuestra madre, vino á los Paises-Bajos la duquesa de Via-Sacra, y ¡ójala nunca viniera!

—¿Quién era esa muger?

—Una hija de cierto hidalgo de Asturias, que por espléndida beldad prendó al duque de Via-Sacra, y fue ascendida al rango escelso de prima de sus reyes, como se titulan los próceres de primera gerarquía en España, segun he oido contar.

—¿Y dices que era hermosa?

—Como un ángel... no, como Lucifer antes de su culpa.

—Sigue tu relato.

—El archiduque se anamoró perdidamente de la duquesa, y la duquesa del archiduque. Yo fuí el secretario de estos amores. Nada advirtieron en la córte; mas doña Juana

tenia dada comision de espiar á su marido á un montero español, á un montero de Espinosa; un demonio en figura humana: pero leal á la hija de los reyes católicos hasta verter por ella toda su sangre: criatura singular dotada de la astucia de la raposa, y de la bravura del leon.

—¿Y ese montero?

—Todo lo descubrió; y lo reveló todo á su señora: las relaciones adúlteras; el lugar de las citas; la hora; el estado de la duquesa, que recelando conociesen el fruto de sus culpables complacencias, habia obtenido, bajo pretesto de enfermedad, relevo de sus servicios en palacio por cierto tiempo... Doña Juana sorprendió á los amantes y la escena fue desastrosa... Vuestra madre en el colmo del furor cortó las magníficas trenzas de la querida de don Felipe... y el archiduque, arrebatado por la ira, dió una bofetada á su augusta consorte...

—Basta, interrumpió don Cárlos consternado.

—No habia tiempo que perder: doña Juana escribió al duque la tremenda historia de su ignominia. El duque era uno de esos orgullosos castellanos que sacrifican todo á su honor, y á la primera noticia del ultraje que recibiera, su venganza no se haria esperar. En consecuencia de las órdenes de don Felipe, me puse en camino en compañía de la duquesa y la llevé á Bruselas, á donde entre las agonías de una cruda desesperacion, dió á luz una hermosa niña...

—¿Y esa niña?

—El emisario de doña Juana nos habia seguido de cerca.

—Supo que los adúlteros amores habian tenido consecuencia, y resolvió robarnos al mísero ser nacido entre las sombras de la medrosa ocultacion...

—¿Y llegó á verificarlo?

—Logró su intento ¡Oh! Era un hombre atrevido y sin mas voluntad que la de ejecutar á toda costa la voluntad de su dueña. Penetró en el silencio de una noche por la ventana, cuya aldabilla levantó por el hueco de un cristal quebrado; asesinó á un page que rendido por la fatiga, se ha-

bia dormido á la entrada, y se precipitó por la ventana... La duquesa despertó, vió la cuna vacia, la escala pendiente. Lancéme en seguimiento del raptor... recorrí toda la ciudad; ¡inútil tarea!.. La niña no fue encontrada á pesar de innumerables diligencias, y la madre abatida por tan fiera desgracia, falleció entre mis brazos...

—Y bien...



—Y bien, el montero de Espinosa murió á mis manos, rehusando revelar el paradero de la niña, dos meses despues del rapto. Vuestro padre pereció de repente; de resultas de haber bebido agua acabando de jugar á la pelota en casa de don Juan Manuel, y el vaso fue alargado por el duque de Via-Sacra, que en seguida marchó á las guerras de Africa, donde murió en la toma del Peñon de Velez de la Gomera.

—¿Y esa niña?

—Esa niña llevaba al cuello una señal dada á mí por su padre: una medalla de oro que decia en un *mote* al rededor del sol entre nubes:=*Oriam et videbis lucem.*=Esa niña

era Juana, duquesa de Belle-Chasse, madre de vuestro hijo; hija de vuestro padre... recordad sus palabras antes de fallecer... ha llevado este indicio de su nacimiento desde la infancia, y hasta...

—Herman (gritó el César con exaltacion formidable). Ese horrible secreto quede entre Dios, el revelador, y el maldecido por el cielo en sus primeros amores.

FIN DEL TOMO BRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE COMPRENDE ESTE TOMO.

ADVERTENCIA.

Habiendo tenido que, sacar los asuntos para la ilustracion con anterioridad á la publicacion, no ha sido posible dar las láminas que corresponden á el tomo 1.°, y por lo tanto, la plantilla para la colocacion de estas, se dará junta en el tomo 2.°

Se están preparando los trabajos para una vez terminado Cárlos Quinto, dar principio á Felipe Segundo de Castilla.

OBRAS PUBLICADAS.

Escuela del gran Mundo.	28 rs.
Ernestina, dos tomos.	10
La hija del Asia.	Id.
Leyla en Oriente.	6
Delfina, ó el casamiento despues de su muerte. .	8
Isaura, ó la venganza de una muger.	10
Los dos Robertos.	50
El valle de lágrimas.	40

DE LA HISTORIA NOVELESCA.

Doña Urraca, ó la corte y sus intrigas.	14 rs.
Fernando IV.	16
Alonso XI.	27
Don Pedro I y Enrique II.	47
Don Juan I.	33
Enrique III.	14
Don Juan II.	40
Enrique IV.	40
Cárlos I, ó los siete embajadores.	35

CONDES DE CATALUÑA.

Wifredo el Velloso.	12 rs.

Historia novelesca Española.

CÁRLOS QUINTO,

ó

VENGANZAS REALES,

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. José Velazquez y Sanchez.

TOMO SEGUNDO.

Publicada por D. J. Ruiz de Morales.

OLMO, 8, PRINCIPAL.

MADRID.—1854.

1522.

LAS COMUNIDADES DE CASTILLA.

I.

Que trata de las comunidades de Castilla, y de la jornada en Villalar.

Cuando me propuse escribir para la Galeria régia, que bajo el título de *Historia novelesca española* se publica con tan merecido éxito, el arrogante tipo de Cárlos Quinto fue de mi predileccion; tanto por prestarse á maravilla á la trama de una interesante leyenda su fecunda historia, cuanto por los estudios especiales que sobre la España del siglo XVI tenia motivos de haber reunido.

Desde luego concebí el plan de una novela histórica, en que la novela se desarrollara sin perjuicio de la historia: donde la fábula no alterase fechas, ni tuviese que mudar sitios, personas ni condiciones, ni la exactitud histórica perjudicara el efecto de los episodios, ó comunicase un carácter demasiado concienzudo á mi obra.

Perseverante en este propósito, dí comienzo á la tarea entre las dos especies de tipos, *el novelesco y el histórico*; esforzándome en cautivar la imaginacion de mis lectores con los esfuerzos fantásticos y la combinacion de acaecimientos figurados; al par que refiriéndome á la verdad de aquella época, he puesto mi entero cuidado en caracterizar la éra con sus fieles rasgos y determinantes cualidades, para satisfacer la necesidad de instruccion en las producciones dedicadas al recreo, que sienten los aficionados á este género de lecturas.

En una palabra, no es una novela, una obra de mero entretenimiento lo que escribo: tampoco una historia, un trabajo de alta enseñanza y detenido análisis. Las formas de la novela de pura invencion, no complementan las aspiraciones de nuestra sociedad, que reclama de los novelistas algo mas que fértil imaginacion y florido lenguaje. Las formas de la historia no son atractivas á todos, porque la gravedad del asunto y de su esplicacion retraen los ánimos de un estudio en que no hay intérvalos de soláz sino laboriosas fatigas. Adoptemos el término medio (dije para mí): entretengamos con fruto, y enseñemos sin cansar; y el producto de tal resolucion es este libro.

Mis lectores habrán seguido con algun interés los trances de la aventura amorosa en que mi fantasía ha descrito el carácter de Cárlos Quinto, adolescente. Este episodio ideal, ha dado márgen á la esplanacion de muchos rasgos históricos, y de este modo el que anhelaba enterarse de los lances de invencion, ha encontrado al paso de su curiosidad los acaecimientos reales consignados en la historia, ya emitidos en el curso de los diálogos, ya traidos á cuento en el giro de los hechos figurados.

La fiesta del Asno, la coronacion imperial y el cuadro del siglo XVI, como enlaces á la accion novelesca, habrán merecido los honores de una grata acogida, que no hubieran alcanzado de otra suerte; pero suponiendo en un folleto cada uno de estos tres asuntos, la mitad de los lectores habrian pasado en esquivo desapercibimiento su contenido, como indigestos frutos de la erudicion; cuando entre la série de sucesos de una entretenida fábula no rehuyen dar pacto al entendimiento, en los periodos del solaz.

Si Dios se digna concederme su soberana ayuda, y sostenido con ella concluyo mi pensamiento tal como hierve en mi mente, habré ensayado un género literario de porvenir; género que reuna el gusto y el provecho; la diversion y la enseñanza; el pasatiempo y la ilustracion. El capítulo histórico al lado del capítulo novelesco; la verdad engalanada,

y la ficcion conduciendo á los dominios de la realidad histórica por sus senderos de flores; el juicio crítico y la pintura de hombres y cosas resaltando entre las combinaciones de su género; hé aqui los resortes de que pienso valerme con la fé de las rectas intenciones para llegar á mi objeto.

Ahora nos corresponde tratar de las comunidades de Castilla, de que ya mis lectores tienen conocimiento por los diálogos de la precedente introduccion; pero esto no basta á mi fin. Yo quiero que al concluir mi obra, el lector conozca el siglo XVI, y pueda apreciar las importantes revoluciones religioso–políticas que le agitaron, el estremecimiento que aun se siente en nuestra época.

Las comunidades en España representan el último esfuerzo del feudalismo destinado á la estincion de los poderes caducos: no figuran en la órbita de las revueltas, sino en la esfera de las luchas sociales en que se juega el porvenir del universo: no son coliciones entre partidos, sino el solemne combate de lo antiguo con lo nuevo; de lo destinado á vivir, y lo destinado á estinguirse; de lo que llega á fundar un órden de cosas, y lo que debe desaparecer por innecesario; de la obra de progreso que se desenvuelve, y el instituto decaido á quien toca hundirse ante las reformas providenciales.

Renuncien mis lectores á la novela, porque en el periodo que vamos á trazar, la historia es mas dramática que puede serlo la invencion; porque hay mas grandeza en los cuadros de la verdad, que cabe en las quimeras de la ficcion novelesca; porque el interés de los sucesos presentados en su faz propia, vale mas que los exhornos de mis dotes de inventor.

En este capítulo la esposicion de aquellas contiendas memorandas entre el principio monárquico, el elemento feudal y la clase pleveya, que se desborda soliviantada por la aristocracia, hasta la jornada de Villalar; golpe de muerte dado á la nobleza; rebelde á los destinos de sumision, que el auje del poder régio los impusiera.

En el capítulo siguiente mostraremos á los jefes comuneros sucumbiendo con esa gloria del heroismo, que alza sobre el cadalso el pedestal de deificacion humana. Allí daremos en el patíbulo á nuestros lectores las notabilidades de la rebelion, arrastrando los horrores del suplicio, el uno con la frente serena; el otro con despreciativa sonrisa; el tercero con la resignacion de los mártires.

Comienze nuestra tarea.

No es comun la imparcialidad en materias históricas; siendo muy frecuente por el contrario la decision apasionada por personas y estatutos contrapuestos á otros.

Esto depende, ó bien del carácter, ó bien de la falta de meditado estudio, de instituciones y sugetos, ó ya de carecer de comprension para ponerse al alcance de las épocas y aplicar á las conductas el espíritu de edad, que en gran parte las determinaron.

Las comunidades han sufrido encarnizadas acusaciones, y fueron objeto de obstinadas defensas; quien apostrofa á los comuneros como enemigos de la patria; quien los ensalza al rango de los Tell y los Wasingthon, libertadores de su nativo suelo. Ya detestada su memoria como execrable recordacion de mónstruos, ya enaltecida como sagradas reminiscencias de semi–dioses, Cárlos Quinto es para unos el represor poderoso de la ambicion feudal; el tirano cruento que vigoriza su mando con el sacrificio de los hombres independientes para los otros.

Ninguno de ambos estremos está conforme con la verdad.

Tanto el anatema, como la apoteosis de las comunidades, son una renuncia á los datos históricos y á su rigorosa apreciacion: tanto la censura absoluta como el encomio total, revelan poca profundidad en el conocimiento de aquellos tiempos.

Nuestro dictámen quedará consignado aqui, para que la demostracion vaya surgiendo de los hechos, que nos proponemos relatar.

Las comunidades adoptaron por pretesto las infraccio–

nes de derechos forales y esenciones dimanadas del feudalismo, y sus pretestos eran verdad; pero es preciso convenir en que esos derechos y esenciones eran la desorganizacion de los estados, y terminada la mision de los cien mandatarios, llegada la hora de la reunion de mil cuerpos en uno, era fuerza atacar esas franquicias, esas deferencias de constitucion, y buscar el equilibrio allanando el desnivel; y esta no fue empresa de Cárlos Quinto: los reyes Católicos la conmenzaron con prudencia, y su nieto la dió cima con feliz audacia. Los comuneros eran nobles que ejercian derechos casi reales, que adquirieron sus progenitores esplotando la posicion precaria de los monarcas de Castilla; próceres ascendidos al patriciado por las cartas de privilegio, y fueros que lograron para sus villas y señoríos; notabilidades elevadas á la sombra de los municipios, ó al influjo de esas oposiciones políticas que venden su caudal de influencia; ó estallan en formidables amagos, para hacerse pagar su inaccion. Ellos preveian en la fortuna próspera del jóven rey el término de la empresa que minaba los cimientos de su pujanza, y encastillados en sus concesiones y garantías, empezaron á acumular los obstáculos en el camino de su soberano, porque le vieron reunir la fuerza de poder suficiente para atacarles en las trincheras de la gerarquía feudal. Inevitable fue la lucha. Ni el rey pudo detenerse, provocado por los aparatos defensivos de las clases constituidas en defensa, ni esas clases debieron retroceder una vez empeñadas en el mantenimiento de su causa, amenazada, mas que por la ambicion de Cárlos, por la preindicacion de los designios supremos, que entregaban á los poderosos príncipes las comparticiones de Europa, presididas por impotentes dignatarios; porque la fusion de razas habia concluido en lo físico, y la consolidacion de intereses empezaba en lo moral.

Cárlos tuvo que violar las leyes constitutivas de España, porque aquella figura de coloso no cabia dentro de tan reducido cuadro. En buen hora un sucesor vulgar del patrimonio régio acepte las condiciones que limitaban su accion;

pero Cárlos no se hallaba en este caso: Cárlos debia robustecer su soberanía con las fuerzas del imperio; disputar el prestigio á tantos hombres eminentes de aquella edad fecunda; presidir á la pasmosa subersion de los destinos occidentales; hacerse árbitro de los sucesos contemporáneos, y las trabas que hubiese podido respetar un monarca en otra posicion menos culminante; hubieron de caer ante el elegido de Dios, como las ligaduras de Dálila en los brazos potentes de Sanson.

Los desórdenes flamencos, la venalidad cortesana, la injusticia de los ministros de don Cárlos, serian grandes sin duda. Yo no pretendo negar crédito, aunque tan fundadamente pudiera, á cuanto nos transmiten, sobre estos particulares, memorias, crónicas, y polvorientos manuscritos; pero las comunidades no partieron de aquí, por mas que estas causas les sirviesen de alegacion y escusa del alzamiento. No hay mas que observar las turbulencias anteriores: la permanente actitud sediciosa de los nobles, su insubordinacion periódica á los propósitos del trono, la marcada hostilidad de los señores contra el núcleo de centralizacion de facultades, neutralizadas por las complicaciones recíprocas.

Toda causa tiene sus razones; el usurpador invoca la mision civilizadora, y hace pasar sus bayonetas por antorchas de ilustracion y conductores eléctricos de la felicidad pública: el pretendiente mas injusto se dice, inspirado por la conviccion de la legitimidad, y como el error y las debilidades son la funesta herencia de la progenie humana, nunca faltan recriminaciones que hacerse á los partidos; jamás dejan los adversarios de hallar lodo que arrojar á la cara de la opuesta banderia: siempre hay una página sangrienta con que argüir en abominacion de los enemigos.

Aquellos que por desgracia no saben prescindir de su pasion, y contraidos á solo una época, y esta mal apreciada, faltan en definitiva, intermediando entre los opositores para coronar á los unos, y execrar á los otros, al llegar á las

comunidades, ó consagran todas sus simpatías á los comuneros, cargando á Cárlos Quinto con todo el peso de su odio, ó no encuentran términos hábiles para reconocer el triunfo brillante y el auxilio divino de la monarquía, sin rebajar á los campeones de la feudalidad resistente á la condicion de facciosos innobles, de insurgentes indignos.

Es necesario prescindir de las personas, y elevarse á los principios. Los principios tenian necesidad de chocar entre sí; porque no se comprende la reedificacion sin la ruina de una fábrica, y la fundacion de otra. El feudalismo fué el áncora de salvacion de la sociedad que fundia sus mil familias en una sola para usuformar la Europa; para llegar por las confusiones á la total confusion. La sociedad infante se formó en sociedades, y convino á los fines de la Providencia que se dividiera y se subdividiera el continente para el fenómeno de la total asimilacion. El mundo necesitó para que le contuvieran en su ruina esa red de mil mallas; esas cabezas de tribu, que recibieron una fraccion del Globo; y una fraccion de poder para restituirlas á la unidad moral y politica, el dia en que la unidad se la demandara. La monarquía tuvo que crear la feudalidad para conservar sus dominios en las luchas sin tregua en que se veia envuelta, y desprovista de recursos propios, impetró ayuda de los próceres, y afianzó sus adquisiciones con menoscabo de su autoridad. Siempre que pudo hacerlo, combatió la preponderancia de un poder, que olvidándose de su orígen, atendia sus pretensiones mas allá de la línea trazada. Siempre que la feudalidad pudo desentenderse de sus rivalidades, y acudir al socorro de su combatido instituto, la monarquía humilló sus aspiraciones á la emancipacion de una tutela vejatoria, comprando la paz á costa de privilegios é inmunidades que incluian el sacrificio de su poderío y de sus atribuciones. En ninguna época, como en la de Pedro primero de Castilla, resalta mas esta encarnizadora contraposicion de intereses: el soberano revolviéndose como un javalí herido contra el cazador; vengando los ultrajes á su real decoro;

castigando las rebeldías de sus próceres con la sevicia de la irritacion furiosa: los señores conspirando contra el que coartaba sus miras de engrandecimiento, y acabando por destronar á su legítimo rey, y hacer empuñar el cetro al bastardo fatricida.

Sonó en Castilla la hora de la reorganizacion, y por consecuencia los poderes fraccionados debian dimitir sus prerogativas en manos de la ciudad real. Los reyes Católicos obtuvieron el respeto por la ayuda de dos reinos en su principio: despues por las empresas coronadas por el éxito mas fausto; luego por el favorecimiento singular con que el cielo les distinguiera abriendo los senos de un mundo desconocido á la luz del Evangelio y á la dominacion de las unidas coronas.

Príncipes menores de edad son el peor legado que puede hacer un rey á sus súbditos. Los regentes de mejores disposiciones para el mando fracasan contra el atrevimiento que inspira á la sedicion la interinidad de la supremacía. Esta coyuntura aprovecharon los subversivos nobles del reino, para manifestar sus instintos al desórden, comprimidos ante la magestuosa fortuna de las católicas altezas. Jimenez de Cisneros, el mas ilustre varon de su siglo, por lo tocante á las dotes que puede requerir la escrupulosidad mas esquisita en los ministros, tuvo bien que lamentarse de la procacia aristocrática, y la sospecha de su envenenamiento está compartida entre los dignatarios de Flandes y los de Castilla. Al arribo de don Cárlos á España, ya saben mis lectores las contrariedades que acibararon sus primeros dias de régimen; mas al fin llegó el tiempo de las pretensiones imperiales, y necesitó dinero, pues que la infame avaricia requeria tributos grandiosos para utilizar los fueros de que hacia un asqueroso tráfico. Contraidos empeños sagrados, Cárlos preponderó entre los aspirantes á la púrpura Cesárea, y hubo menester marchar al territorio aleman para recibir la investidura imperatoria. Los destinos le llamaban: iba á cumplir los fallos de la Providencia: su pié debia hollar el sólio de

Cárlo-Magno, escabel de su grandeza venidera: España se opuso á el contingente y á la partida: la resolucion de don Cárlos á concluir la obra empezada dió motivo á la insurreccion.

La insurreccion apeló á las usurpaciones: al gobierno sustituyó las juntas; profanó el retiro de una dama real para escudar en su nombre la dictadura, y resucitó las tropelías de los tiempos pretéritos. La medida estaba colmada Empezóse la contienda, y ya se pusieron frente á frente el feudalismo con la arrogancia de sus frecuentes victorias, la monarquía con el acrecimiento de su potestad. Sucedió lo que estaba escrito. La monarquía triunfó de sus rivales y marchó omnipotente sobre las ruinas de su enemiga institucion. Cárlos triunfó con gloria: los jefes comuneros sucumbieron con dignidad.

Los diputados de las ciudades y villas con votos en córtes, fueron las víctimas primeras de la plebe escitada á desmanes por la coaligada nobleza. Todavia se muestra en Segovia la casa de la vida y la muerte, cuya historia daremos con brevedad. Antonio de Tordesillas, regidor del ayuntamiento de Segovia, diputado por la ciudad en las córtes, convencido de la necesidad y utilidad de la partida de don Cárlos á Alemania otorgó el servicio que por su alteza se pidió á los reinos. Llegado que hubo de las córtes apresuróse á dirigirse al concejo para dar cuenta del desempeño de su cargo, cabalmente en los dias en que el populacho desenfrenado habia suspendido de la horca á Melon y Portalejo, dos míseros alguaciles. Gran número de cardadores y pelaires acudieron á San Miguel, y escalando las puertas y ventanas, sacarónle arrastrando de la iglesia. En vano el regidor les suplicaba que oyesen la cuenta de su comision, ó leyeran los capitulos que traia. Teníale en medio la turba furiosa.«= *Llevémosle á Santa Olaya*«=decian los unos.=¡A *la picota*! =replicaban otros.=«*dadnos los capítulos*»=esclamó una seccion.»=*Tomadlos*»=respondió el diputado; pero los rasgaron, gritando que fuese conducido á la cárcel, mientras no

se averiguase su traicion. En el camino de la cárcel una faccion cruenta salió al encuentro del tropel; deteniéndole en su marcha—«*Dad acá una soga, y llevémosle á la horca luego*»—clamó un foragido, capitan de la nueva falange plebeya, y su demanda fué sostenida por aquel vulgo ébrio, y en el frenesí de sus instintos crueles.«—¡*Muera*, muera!»—repetian los verdugos, y echándole á la garganta una soga derribáronle en el suelo, y le arrastraron dándole en la cabeza y costillas grandes golpes con los pomos de sus espadas siempre que en los esfuerzos de la agonía trataba de levantarse ó aflojar el lazo que le oprimia las fáuces.

—¡Confesion! decia con voz ahogada el infeliz...

—¡Muera! respondió la canalla con un rugido espantoso.

—Oidme, señores: ¿por qué me matais? preguntaba en la desesperacion de su doloroso martirio el víctima de tan bárbaro encono.

—¡Muera! tornaba á replicar la vil muchedumbre.

Al llegar á San Francisco, contuvo á los vándalos una procesion compuesta del dean y canónigos con el Sacramento de la Eucaristía; la comunidad de San Francisco y un hermano de Tordesillas, fraile de la misma órden, grave y docto varon, revestido, y el Santísimo Sacramento en las manos. Los ministros del culto se arrodillaron, y por amor del que murió en la cruz, pidieron á la multitud que perdonáse al regidor medio estrangulado y lamentosamente contuso.

Hubo un momento de vacilacion: los menos empedernidos se retiraron: una gran parte de los sediciosos retrocedieron ante el imponente espectáculo de la Magestad divina, mediando entre los ejecutores del feroz asesinato y del objeto de su saña: los mas dispuestos á la crueldad no se atrevieron á estinguir la piadosa exhortacion con sus esclamaciones sanguinarias.

Una mano benéfica cortó la soga por dos partes.

Tordesillas abrió los ojos y pudo exhalar un suspiro, sin que la cuerda de esparto se detuviese en la garganta á los fuertes tirones de la hez y escoria del vecindario.



Cárlos V.
lám. 8.ª

El deán, hizo el último esfuerzo para ablandar aquellas entrañas.

—Hijos mios, les dijo, leo en vuestros ojos los impulsos de la misericordia. Perdonad para que Dios nuestro Señor os perdone. Dad por satisfechos vuestros enojos, y abandonaos á los movimientos de la hidalga generosidad...

Un murmullo sordo testificó los encontrados afectos del concurso.

—Segovianos, gritó el predicador con emocion conmiseratoria, en nombre de Jesucristo nuestro Redentor; piedad para esa miserable criatura! ¡Ah! os apartais del intento: le dejais en paz ¡gracias os sean dadas! ¡La soga se ha roto.... Dios le escude, y os bendiga por vuestro respeto á su intercesion sagrada.

El silencio de los sepulcros reinó en el conmovido auditorio.

—Segovianos, esclama una voz trémula y cascada.

Todos vuelven sus rostros hácia la ventana de una aislada casilla: en ella aparece una hórrida mequera, una formidable enménide, una vieja asquerosa, cuya fisonomía de furia infernal arredra á los circunstantes.

—Segovianos, repite con diabólica sonrisa, ajitando en su diestra un largo cordon de crines bastante grueso.

La faccion menos accesible al ruego de los sacerdotes, exhaló en un asordador alarido de irascibilidad por algun tiempo reprimida.

—Si se ha roto la soga, alla vá ese cordon, repuso la execrable vieja, arrojando á los caníbales el instrumento del suspenso suplicio.

Aquella tribu avara de sangre se lanzó al espirante Tordesillas, y arrebatándole en su raudo torbellino, le llevó á la horca, colgándole de los piés entre las otras dos víctimas de su implacable ira. Tal es el recuerdo de la casa llamada en Segovia de la vida y la muerte, padron de las ferocidades populares.

Fuera tarea enojosa traer á cuenta los desórdenes de la plebe alborotada, tanto mas, cuanto que en diálogos quedan

apuntados con la debida brevedad. Los obscuros villanos, que dieron sus nombres á las páginas sangrientas de las conmociones del comun, unas veces adictos á los jefes del bando aristocrático, y otros representantes de la insolencia popular, concitaron el odio á la liga de los desafueros, torpezas y atentados, con que acreditaron su funesta celebridad.

Bernal de la Rifa, oficial cuchillero de Burgos, agradecido de don Pedro Suarez de Velasco, fué parte para impedir que las insurgentes masas cometiesen buen número de tropelías; pero su colega Anton Cuchillero, dependiente de un señor, afiliado á la coalicion noviliaria, contrabalanceó sus influjos, y lanzó á sus secuaces en los escesos del saqueo, el incendio y las mas despiadadas violencias.

El tundidor Pinillos, presidió en Avila á la junta de los procuradores de Toledo, Madrid, Guadalajara, Soria, Murcia, Cuenca, Segovia, Salamanca, Toro, Zamora, Leon, Valladolid, Burgos y Ciudad-Rodrigo. Colocado en un banquillo, en medio de los hombres de mas valía de la comunidad, diputado de un vulgo ciego y sin brida á sus terribles antojos, Pinillos señalaba con su vara al que le placia dejar esplicarse, y sin este señalamiento, ni prócer, ni eclesiástico, ni respetable varon, ni fogoso tribuno, osaban interrumpir el silencio, ni mezclarse en las discusiones que el tundidor permitia.

Las ambiciones se aliaron para preponderar con la fuerza de los motines, y comprometiendo la causa de las alteraciones con la de sus intereses, confiar á la fortuna de los levantamientos del pais el logro de sus aspiraciones respectivas. Ya sabe el lector lo que se decia de los principales comuneros, y los motivos que generalmente se atribuyeron á su conducta; por lo que completaremos el cuadro con una ligera apuetacion sobre los antecedentes de estos caudillos, y en la índole y procederes de estos cabezas de la sedicion se hallarán esplicados los móviles de la Santa Liga, y los precedentes de sus desastres.

El obispo de Zamora, don Antonio de Acuña, de una

ilusire familia, fué consagrado al ministerio eclesiástico contra su temperamento, sus aficiones y su voluntad. Dedicado al ejercicio de las armas, Acuña hubiera sido la prez de los militares; forzado á entrar en el augusto gremio de los ministros del culto, falto de mansedumbre, y esquivo á la dignidad de la condicion humilde, don Antonio fué el escándalo de la Iglesia española, y una ignominia para el partido que le contó en su seno. El rey católicco don Fernando tuvo la adversa eleccion de Acuña para embajador en Francia y Navarra; cargo que requeria un diplomático, consumado, tipo de habilidad, prudencia y tacto. Fogoso, incapaz de dominar sus ímpetus arrogantes el arcediano de Valpuesta, comprometió las negociaciones, se hizo insufrible al orgullo francès, con su orgullo, y disgustando sobremanera al rey católico, dió lugar á que le retirasen los poderes bajo el pretesto de nombrarle para la silla episcopal de Zamora. Queriendo presidir al gobierno de la ciudad el dominante prelado, entró en rivalidades enconadas con un pariente del duque de Alba, el conde de *Alba Lista*; dando ocasion á perturbaciones del público sosiego con banderias y revueltas, que robaban el tiempo á los legítimos intereses del comun. Al levantarse el pais, don Antonio y el conde disputaron la primacía en favor del pueblo. El obispo salió vencido y desesperado; yéndose á Tordesillas á brindar sus servicios á la junta rebelde, que tuvo la iniquidad de loar las intenciones sañudas de aquel apóstata de la Pastoral Comunion, ayudando sus propósitos de venganza y sevicia. Marchó hácia Zamora con gente y pertrechos de guerra, y habiendo precisado á su enemigo á poner en salvo su persona por la fuga, entró en la ciudad triunfante.

Este hombre incompatible con su ministerio, fuerte como un atleta, diestro en el manejo de las armas, esforzado y de unos brios estraordinarios, necesitaba rodearse de parciales análogos á él: sacerdotes y soldados, sujetos á la doble disciplina eclesiástica y militar. Por tanto, no levantó mano hasta formar un escuadron de cuatrocientos clérigos armados perfec-

tamente y de gran valor, con quienes entraba á los enemigos el primero, gritando al arremeter: «AQUI MIS CLÉRIGOS.»

Don Pedro de Ayala, conde de Salvatierra, oriundo de una de las casas mas esclarecidas y poderosas de Castilla, era hombre intratable por su soberbia, altivo desabrimiento y rebeldia á toda autoridad sobrepuesta á la suya. Enviándole la junta de Valladolid requerimiento para que librase á Bribiesca del Condestable que sin descanso le combatia, volvió las espaldas al mensajero, ofendido de los términos imperativos con que le comunicaba sus órdenes el gobierno provisional. Noticioso de que los comuneros sospechaban de su adhesion á la Liga en virtud de aquellas muestras de desvío, escribió dos cartas, una á la junta y otra á Valladolid, documentos redactados con la insolencia mas irritante, y modelos de una jactancia que debió poner á prueba la prudencia de los que tales escritos recibieran; sufriendo un ataque de cólera que le puso en eminente riesgo de la vida. Notable por una bravura de leon, neutralizaba los efectos de sus victorias con la imprudencia de sus manejos y la imprevision de sus planes. Terminó sus dias desangrado, despues de mil desdichas.

Don Pedro Giron, primogénito del conde de Ureña, fue siempre reconocido por un mancebo audaz y de condicion resuelta y demandada. Pretendia los estados de Medina-Sidonia en nombre de su muger, y sobre cierta cédula real en que se le prometia justicia, atrevióse á reconvenir á don Cárlos con sobrado ardimiento. Descontento de la córte, abrazó la ocasion propicia de colocarse en abierta hostilidad con los intereses monárquicos, y en Medina, aliado con don Antonio de Acuña, puso en grande aprieto al Almirante y á los caballeros alli congregados; pero como al afiliarse á la comunidad Giron no llevaba convicciones sino despecho, hizo lo que el conde de Mirabeau con la córte francesa: arredrarla para hacerse comprar su recatado ausilio. Se le acusa de haberse concertado con los realistas para levantar el sitio de Medina, dando lugar á que los caballeros leales se

apoderasen de Tordesillas, y quitaran á los rebeldes el escudo de las ordenanzas de doña Juana. Enemigo de Padilla, en lucha perenne con este leal comunero, Giron fue igualmente odioso á los partidarios nobles de una y otra causa; porque, desidente de los caballeros leales, aceptó el mando de las fuerzas de la comunidad, y general del ejército comunero, llevó á la Liga el espíritu de discordia y la envidia de la presuntuosidad al verdadero mérito.

Don Pedro Laso, notabilidad por su alcurnia, y nulidad por su carácter, mezcla rarísima de ambicion y desaliento, comprometido en la Santa Liga por sus anhelos incesantes de predominar en Toledo, desairado por la córte y receloso de la reputacion de los hombres de génio que la revolucion ponia en evidencia, tardó en desertar de sus banderas, lo que tardaron en proponerle la compra de sus principios y la lucrativa apostasía. Pro-hombre de Toledo por la influencia de sus amistades, respetos y consideraciones, títulos válidos en épocas de calma, tembló por su autoridad y la sintió desmoronarse apenas fue preciso manifestar otros antecedentes que los de relaciones é inteligencias; apenas salieron á luz en la perentoriedad de las circunstancias, los hombres de recursos propios, los hombres que refirieran á sí mismos su valia. Concibió rabiosos celos de Padilla, y creyéndose oscurecido por las dotes de tan buen caballero, ideó rehabilitar su auge con el pase de un campo al otro, buscando las ventajas del que se hace pagar su conciencia á razon de lo que significa la fe que en él se tuvo.

Don Pedro Maldonado, nieto del doctor de Talavera, y don Francisco Maldonado, fueron dos caballeros obstinados en aquellas contiendas de sujetos influyentes, que revolvian los concejos y mantenian en permanente intranquilidad las ciudades mas pacíficas. Ambos eran de buen entendimiento, pero díscolos y tenaces en sus conatos de prepotencia: valerosos, pero sin ninguna de las cualidades que requieren los puestos superiores de la milicia.

Ramiro Nuñez de Guzman, servidor de doña Juana,

herido en su amor propio porque se le despidió por el consejo del servicio de la reina y del infante don Fernanda, aplaudió los objetos de la comunidad, y despues de una escena violenta con el conde de Luna, diputado por Leon en las córtes de la Coruña, le hizo salir de la ciudad apoderándose del mando en nombre de la sacra junta, y siendo un gobernador de segundo órden, bastante notable por su constancia y arrojo.

Juan Bravo, capitan de los tercios de Segovia, merece una mencion especialísima por sus escelentes dotes y esforzada resolucion. Guerrero intrépido, hombre popular y de leales convicciones, comprendido en la causa de las comunidades el pretesto, y no el verdadero motivo; el lema de la bandera, y no el propósito de la sublevacion; sacrificándose al servicio de los fueros del comun con un desvelo infatigable; organizando las fuerzas defensivas de su ciudad con un esmero superior á todo elogio, y entrando en las combinaciones militares de la junta, esento de toda rivalidad con los demas capitanes; enteramente ocupado en secundar con toda eficacia los planes de operacion trazados por el gobierno de la Santa Liga. Bravo, fué de los pocos ilusos que no vieron á través de las proclamas brillantes en que se pedia la emancipacion de los pueblos, y la inviolabilidad de sus constituciones, la ambicion que remitia su preponderancia al éxito de una empresa contra lo existente en la esfera del poder, las mañosas pretensiones de tantos notables, impacientes tras los próceres, que cifraban su elevacion á las gerarquías reconocidas en concejos y ayuntamientos, como peldaños de esplendentes carreras políticas. Juan Bravo, hidalgo de ánimo candoroso, intenciones sanas, incapaz de falsía, y poco apto para el conocimiento de los hombres, se indignó contra los escándalos flamencos; se horrorizó de su depredacion, y creyó que don Cárlos se ausentaba de sus dominios españoles para no mas volver, y entregar á gobernantes codiciosos el régimen del pais, mientras ocupaba el sólio de Cárlo-Magno. Vió en la comunidad el remedio de tantos daños; la con-

servacion de las esenciones populares; el mantenimiento de aquellas prerogativas patricias y del comun, que enfrenaban las voluntades monárquicas, y una vez aceptada la creencia, entregó la vida á las instituciones, que respetó convenientes á la felicidad de su patria. Los enemigos de las comunidades, que han descubierto las aspiraciones recatadas de los principales caudillos de aquellos movimientos, no han podido formular un cargo que haga á la ambicion móvil de la conducta de Juan Bravo. Figuró sin mancha en los anales de la revolucion, como capitan digno de alta prez, y feneció mártir de sus opiniones, víctima de las iras del partido realista; dejando una memoria ilesa, un nombre puro, á quien es grato recordar con respeto al que traza este bosquejo histórico; porque ensancha el corazon hallar entre las cábalas, los cálculos, las interesadas miras, y la máscara patriótica de los anhelos egoistas, una conciencia recta, una fé acrisolada, una conviccion perseverante.

El hombre de genio, el verdadero caudillo de la comunidad fué Juan de Padilla, primogénito del comendador castellano; caballero jóven, dice Robertson, que unia á un alma arrogante, y á un valor invencible, todas las prendas y ambicion que pueden, en tiempos de revueltas y de guerras civiles, ensalzar á un hombre á un grado eminente de poderío y autoridad.

Padilla concibió el proyecto de establecer la correspondencia entre los pueblos rebelados, y para fijar las bases de tal confederacion, propuso la junta general en Avila, de donde se originó el nombre de Santa Liga y la cohesion de intereses públicos. Apenas pudo ponerse en campaña Padilla, aprovechó un descuido del regente Adriano, y despues de libertar á Segovia del alcalde Ronquillo, marchó á Tordesillas, punto de residencia de doña Juana, y apoderándose de la ciudad, puso á disposicion de la junta un poder de que quedó asombrada.

La memoria de doña Isabel, era objeto de un culto ferviente por parte de los españoles, y en doña Juana estaba vin-

culado un cariño de relacion á memoria tan querida. Ademas decíase con todo el secreto que requieren noticias semejantes, que la viuda del Archiduque don Felipe, no era loca cual se queria suponer, sino que aprovechando las singularidades de su natural romancesco, la ambicion de Maximiliano por el engrandecimiento de su nieto, habia combinado los artificios, á cuyo favor, sin ninguna declaracion solemne de demencia, la infeliz doña Juana habia sido confinada á una especie de reclusion; tomándose su nombre para unirle al de don Cárlos en las provisiones y cédulas, como mero tributo de fórmula á un derecho sin ejercicio real.



Robustecer la autoridad revolucionaria con una autoridad efectiva, acepta al pais, y tanto mas apreciable, cuanto que en el concepto público aparecia libertada de coacciones tiránicas que la impedian el uso de un poder tan legítimo, fué paso gigantesco que la junta debió al valor y á la auda-

cia de Juan Padilla. Desde aquel momento, la Liga, llamada Santa, pudo tomar un carácter agresivamente franco y hablar de sus derechos sin miedo de que se la replicase con el título de facciosa. Padilla besó la mano á la Reina, y despues de adquirir el convencimiento de su buena razon, la dió cuenta exacta de los sucesos de Castilla, maravillándose de la ignorancia en que se la tenia de todo; pues hasta suponian vivo, á la buena señora, á su padre, el rey de Aragon. Confirmado por su alteza en el puesto de capitan general, Padilla movió á la junta del reino á trasladarse á Tordesillas en el instante; pues á la sombra de doña Juana, el gobierno de los comunes adquiria la autoridad suficiente para emprender con buen éxito lo que antes se hubiese guardado de intentar.

El testimonio de la sesion pública de la junta, autorizado con la presencia de su alteza real, llenó de entusiasmo á las ciudades, de espanto al consejo de Valladolid y de consternacion al Príncipe, que se hallaba en Alemania.

Deponer al consejo fué otro paso atrevido que surgió del pensamiento de Padilla, y á pesar de la objeciones de una mayoría irresoluta, de las réplicas en contrario de algunos pusilánimes y de la vacilacion de los mas declarados por las decisiones estremas, el capitan general de la Liga marchó á Valladolid, redujo á prision á los doctores Beltran, Tello y Cornejo y al licenciado Herrera, alcaldes, y apoderándose de los libros de contaduría y sello real, dejando reducido al cardenal regente á la esfera de un particular ciudadano, tornó poderoso á entregar á la junta las preseas de su victoria; los signos de mando que autorizaban las provisiones supremas y producian la obediencia de los pueblos.

Padilla, halagado por la fortuna, ídolo de la multitud, gerente de los negocios políticos y gefe superior de las fuerzas de la Liga, no se contentó con lo hecho. Indujo á la junta la idea de redactar una representacion al soberano espresiva de las quejas de sus súbditos de España, y en la que despues de relatar lo acaecido, se pidiese lo conveniente á

la gobernacion de los reinos, conforme á las voluntades del comun. Vencidos mil obstáculos con una perseverancia acreedora al mas subido encomio, la famosa representacion fué redactada, comprendiendo veinte y cuatro capítulos que reformaban las alteraciones del derecho público español, puntos administrativos, jurídicos, rentísticos, gubernamentales y económicos.

Tal representacion es admirable como documento público por la firmeza de su estilo, órden de materia y espíritu de adelanto; pues bien puede decirse que los comuneros de España precedieron á las teorías constitucionales con una anticipacion en fondo y formas, que basta á enorgullecer al pais menos propenso á engreirse con los brillantes rasgos de una precoz cultura. Si la comunidad hubiera sido lo que de su manifiesto parecia, ninguna causa mas justa, mas noble, mas santa, que su causa; pero por desdicha no era de este modo. Apenas el emperador nombró en compañía del cardenal Adriano, para constituir la regencia, al almirante don Fadrique Enriquez, y al condestable don Iñigo de Velasco, una gran parte de los próceres, fautores de las primeras asonadas, prometiéndose mejor partido de uno ú otro que antes pudieran esperar del regente flamenco, desampararon á los comunes para engrosar las filas realistas. Muchos nobles se arredraron al observar que ya no se trataba de corregir los abusos flamencos y poner coto á los ardientes conatos del jóven Rey, sino que se exigia la restriccion de las demasias aristocráticas; al paso que se sacrificaba á la moralidad mas severa las estralimitaciones de las leyes orgánicas del pais que les habian valido títulos y goces en abundancia. En consecuencia de esto desertaron, pasando con armas y bagajes al campamento de los contrarios. Los nobles, individuos de concejos y municipios, creyéndose suficientemente escudados por las prósperas circunstancias para arrostrarlo todo, trataron de elevar los poderes populares ganando terreno, tanto á la monarquía como á la aristocrácia. A la sombra de las libertades y esenciones de fueros comunes,

debian medrar las notabilidades de segundo órden, y mientras mas facultades acreciesen y mientras menos estuvieran autorizados á cohivir sus funciones, tanto el poder régio como el aristocrático, tanto mas se encontraban en posicion de imponer la ley, de obtar á los designios de los demas poderes, de hacerse valer en el concepto público, de llegar á las supremacías en perspectiva constante á sus inquietas ambiciones.

Esta fué la causa verdadera de la comunidad; por mas que algunos hombres de buena fé sostuviesen con sus briosos esfuerzos los principios proclamados, como si ellos no fuesen para la generalidad una especiosa cubierta de sus egoistas cálculos; como si en aquella jugada azarosa contra intereses pujantes comprometieran sus cabezas, interesados en solo el bien procomunal.

Los diputados de la Liga designados para entregar en propia mano al emperador la esposicion de la junta, pusiéronse en camino para Alemania; mas hicieron llegar á su noticia avisos de los riesgos que corrian presentándose en la córte, y cerciorados de que se les preparaba un recibimiento fatal, escribieron á la junta dándola parte de lo que acontecia. Estremada fué la indignacion de los comunes al enterarse de los torpes manejos empleados para estorbar el paso á sus quejas, y en los primeros raptos de furia hiciéronse proposiciones á la Liga á cual mas violentas. Unos aconsejaban la destitucion del Rey, mientras viviera doña Juana; apoyándose en que la falsa creencia de hallarse demente la legítima sucesora, habia dado orígen al reconocimiento de don Cárlos por monarca. Otros fueron de dictámen que se diese por adjunto á doña Juana el príncipe de Calabria, heredero de los reyes de Nápoles, de la casa de Aragon, prisionero en España desde que don Fernando V arrebató á sus abuelos el trono. No faltó quien propusiera un enlace entre doña Juana y el Príncipe despojado. Padilla hizo rechazar todas las insistencias en propósitos de este género, y resolvió apelar á la fuerza de las armas, ya que

emisarios y medios respetuosos merecian tan dura repulsion. El monarca y gran parte de la nobleza, disidente de la comunidad, cuanto afectó sus intereses y prerogativas, preparábanse á sostener sus fueros. Juan de Padilla se dispuso al ataque, y agotados los recursos de súplica y queja, determinó abatir el orgullo soberano y la altivez feudal, imponiendo á la junta el deber de coadyuvar á sus fines con el respeto de sus altas dotes y su inmensa popularidad.

Las comunidades salieron á campaña con veinte mil hombres. Padilla, favorito del pueblo y de los soldados, era el predestinado al mando superior de aquel ejército; pero Giron, mancebo de la primera gerarquía, se presentó á la junta en rivalidad con don Juan, y fué preferido por los vocales, no tanto por acatamiento á la escelsitud de su orígen, cuanto por mortificar á Padilla, que con el acero popular, el brillo de su genio y los servicios ilustres á su causa, los mantenia en dependencia de sus proyectos. Ingratos aquellos hombres á quienes la osadía del capitan de Toledo constituyera en el poder, dieron pago tan ruin á su valedor y primer caudillo de su bando, recibiendo la pena de su injusticia en los descalabros debidos á la inesperiencia y debilidad del prócer que prefirieron á Padilla.

El cardenal-rejente, el almirante y condestable, el conde de Haro y muchos principales caballeros, tenian establecido cuartel general en Rioseco. El marqués de Astorga, trajo al ejército realista ochocientos ballesteros, doscientos escopeteros, cuatrocientos empavesados con sus casquetes, doscientas lanzas, y cien ginetes: el conde de Benavente dos mil y quinientos hombres y doscientas cincuenta lanzas: mil y quinientos infantes el conde de Lemos, y otros mil el de Valencia: el señor de Grafal, trescientos y cincuenta hombres. Agregóse á este contingente, los tercios que incorporaron con el ejército realista los condes de Oñate y Osorno; el marqués de Falces, el mariscal de Fromesta, don García Manrique y don Alonso de Peralta.

La junta contaba con una infantería compuesta de arte-

sanos y gente del pueblo, no acostumbrada á los ejercicios militares, y que traducia el espíritu guerrero por insolencia y esquivez á los rigores de la disciplina: su caballería aun era inferior á los peones y tropa ligera; porque mal armada, visoña en las evoluciones, y contrapuesta á la fuerza mejor del ejército realista, consistente en ginetes amaestrados, carecia de idoneidad para las combinaciones en que tanto decide la tropa montada.

Ya saben mis lectores la imprudente táctica de Giron, y la traicion villana, en cuya virtud avanzó en actitud de asaltar á Villalpando, para dejar espuesta á Tordesillas al ataque de los regentes.—El batallon sacerdotal de don Antonio de Acuña, único presidio de este pueblo, se defendió con heróica bizarría; pero todas sus proezas fueron infructuosas, y el conde de Haro se hízo dueño de la villa, recobrando los signos del consejo, y privando á la Liga de la autoridad de la mísera doña Juana, que volvió á entrar en estrecha reclusion, despues del desengaño de las malas artes, á cuyo influjo se la retuvo en la inércia y en el abandono de sus derechos. Quedaron en poder de los realistas algunos individuos de la junta, víctimas guardadas para un futuro y cruento sacrificio.

Imponderable sensacion produjo en los ánimos de los comuneros la nueva de tan desastroso golpe. Muchos nobles é hidalgos abjuraron los principios de independencia, invocados por la Liga, y fueron á engrosar las filas del realismo; mezquinos tránsfugas de una causa, que consideraban perdida. Acusaron de traicion al primogénito del conde de Ureña, y al grito execratorio de la comunidad, don Pedro Giron sin crédito y sin honra, tuvo que retirarse del palenque; yendo á encerrarse en uno de sus castillos.

Desmembrada la junta, sin general el ejército, sin arbibitrios el gobierno revolucionario, recurrió, como á un salvador, á Padilla, tan bajamente postergado á un aventurero sin talentos ni fé. Padilla no se hizo sordo á las invitaciones de sus parciales. Por su consejo se nombraron diputados en

reemplazo de los que gemian en prisiones. Aceptó el mando de las tropas, y su consorte la varonil doña María Pacheco halló recursos, comprometiendo al cabildo catedral de Toledo á dar sus alhajas al pueblo que en procesion solemne fué á pedirlas para sufragar los gastos de la guerra.

La desafeccion de tantos nobles á los primeros reveses de la comunidad, y la traicion del primogénito de Ureña, apartaron á los coaligados del órden aristocrático, pero de tal suerte que olvidando sus resentimientos contra las depredaciones flamencas, y las osadias monárquicas, convirtieron sus enconos contra la feudalidad. En vano los caballeros adictos á la regencia propusieron á los comunes el abandono de algunos artículos de los que reputaban mas atentatorios á la autoridad real, y que vejaban la clase inmediata al trono, prometiendo gestionar la aprobacion de los demas pedidos; inútilmente una fraccion de la nobleza se comprometia á hacer causa comun con la Liga, si esta transacion fuese desechada por el emperador; infructuosamente se demostró á la Santa Alianza, que separados en cruda lucha los poderes feudales y del comun, la monarquía hallaria abierto el camino á la usurpacion, dominando con facilidad á los divididos, y reasumiendo en la suya las principales atribuciones de entrambas clases, que constituian el baluarte de las libertades públicas. Contra el parecer de algunos hombres sensatos y mesurados, los individuos de la junta desoyeron advertencias, proposiciones, y amigables compromisos, y declarándose acérrimos enemigos de la aristocracia, replicaron á sus proyectos de negociacion, declarándola sus intentos de coartar las esenciones de su gerarquía, y llevando su espiritu de obstinada animadversion hasta el punto de amenazarla con la reversion á la corona de cuantos feudos, señoríos, privilegios, tenencias, juros y heredades, no tuvieran un origen de estricta legalidad: esto es, abolir los timbres de casi toda la nobleza castellana,

Por otro lado las ciudades confederadas rompian poco á poco los vínculos con que al principio se ligaron. Contra-

puestos intereses, rivalidades comerciales, pretensiones altivas, envidiosas disidencias, prevenciones tenaces, iban minando la obra de una sublevacion entusiasta. Burgos aceptó el gobierno real, y otras villas de menos consideracion cedieron á las invitaciones de algunos señores respetados en el pais.

Juan de Padilla, era el hombre propio para rehabilitar la causa de los comunes por su popularidad y estimacion entre las fuerzas militares de la Liga; pero la junta tratándole con ciertas predilecciones como á quien podia disponer de mas elementos para ella, no perdonaba ocasion de asegurarse contra los riesgos que recelaba de sus influjos, el dia en que cansado de obrar por ajena inspiracion, utilizara en provecho suyo sus favorables circunstancias.

Ya no habia términos de avenimiento entre caballeros y comunidades: las escaramuzas primeras habian enconado los ánimos; las comunicaciones posteriores concluyeron por hacer imposible otro desenlace de la cuestion, que la guerra. Requerida Valladolid por los caballeros para que cediese de sus rebeldias, y entrara en el servicio de sus reyes, contestó, entre otras cosas, lo que sigue, y copiamos por lo notable del concepto.

«¿Quién prendió al rey don Juan segundo, sino los gran»des? ¿Quién le soltó, é hizo reinar sino las comunidades? »especialmente la nuestra, cuando en Portillo le tuvieron »preso. Véase la historia, que claro lo dice. Sucedió al rey »don Juan el rey don Enrique, su hijo, al cual los grandes »depusieron de rey, alzando otro rey en Avila. Las comuni»dades, especialmente la nuestra de Valladolid, le volvieron »su cetro y silla real, echando á los traidores de ella. Bien »saben VV. SS. que al rey de Portugal los grandes le me»tieron en Castilla, porque los reyes de gloriosa memoria, »don Fernando y doña Isabel no reinasen: las comunidades »le vencieron y echaron de Castilla, é hicieron pacíficamen»te reinar sus naturales reyes. Y no hallarán VV. SS. que »jamás en España ha habido desobediencia sino en los caba-

»lleros; ni obediencias, ni lealtades sino de los comunes. Y
»si VV. SS. quieren ver en lo que toca á la hacienda, ve-
»rán claro que los pueblos son los que al rey enriquecen, é
»los grandes son los que le han empobrecido y á todo el reino.
»Vasallos, alcabalas y otras rentas reales, que eran del rey,
»é los pueblos las pagan ¿quién las ha quitado á SS. MM.
»sino los grandes?...»

Señalada de esta suerte con tanta claridad, demarcada la distancia entre la grandeza y el comun, era inevitable venir á las manos. La grandeza ya no se aliaba al principio monárquico, sino que se defendia de un enemigo mas temible; de la clase media, que se abria paso en el terreno político para revisar los títulos de aquellas pingües adquisiciones, á cuya sombra se abrigaban las mil tiranías feudales. El comun no queria convenios de ninguna especie con aquel órden aristocrático, perpétuo émulo del poder real, perenne opresor de las clases inferiores, que unas veces por debilidad, otras por interés, sacrificaba á los pueblos, que se confiaron á su patrocinio. La grandeza pensó anonadar á los comunes insurgentes, y ofreciendo sus despojos á la monarquía, repartirse en el dia de victoria el poder y las riquezas del triunfo, juntamente con el poder real, y en la calma del espanto de los subyugados pueblos. Los comunes idearon abatir al antagonista del trono y cimentar la paz entre el soberano y su pueblo, sobre las ruinas de aquel feudalismo insolente, erguido con arrogancia ante la magestad, puesto el pié sobre la garganta de las clases productoras... ¡Vanos pensamientos! Esopo parecia alcanzar los fines de esta contienda rencorosa, cuando en su apólogo pinta al caballo sediento de venganza contra el ciervo, y recurriendo para conseguirla al hombre, que destruye al segundo sobre los lomos del primero, reduciende á esclavitud al vengativo cuadrúpedo.

Simancas hostilizaba sin reposo á Valladolid; Padilla determinó castigar las correrías y talas de los realistas, para cuyo efecto hizo marchar parte de sus tropas con el mayor sigilo, y haciendo parada en Zaratan, aldea sita á una

legua de Valladolid, salió con cuarenta caballos para Simancas. Toparon en un cerro al atalaya, y pensando él, que fuesen aquellos ginetes de los corredores de campo de su bando, les notició haber visto entrar en Zaratan muchas gentes, lo cual pesábale por ser poca la de Simancas. Pasado el lugar de Arroyo encontróse con los corredores de la ciudad, y dándoles una rigurosa carga les hizo entrarse dentro de murallas, quitándoles gran presa de ganados. Acudieron en torno de Simancas con Padilla, Maldonado, Brave y el obispo de Zamora, que á pesar de sus dolencias y sus sesenta años, siendo requerido de sus afectos á que guardase quietud por algunos dias, replicó.=«*¡Al campo, muerto ó vivo.!*»

Padilla pidió á Medina aquella artillería real que guardaba en depósito, y cuando Fonseca la fué á buscar para combatir á Segovia, defendió con teson tan heróico, sufriendo los horrores del voraz incendio. Venidos los tiros en la noche del jueves 21 de febrero de 1522, salieron las huestes comuneras de Zaratan, y comprendiendo el arrabal de Torrelobaton anunciaron con el estruendo de sus cajas de guerra á don García Osorio, gobernador de la villa, las represálias que venia á tomar el comun, de las tropelías cometidas por los corredores de Simancas y aquel pueblo sobre Valladolid.

El viernes comenzaron á batir los muros con las piezas de mayor calibre, y á favor de la niebla que de repente sobrevino, allegáronse á las murallas buen número de sitiadores, que vigorosamente rechazados por la guarnicion, tornaban á cargar con creciente brio; cejaban asombrados de la resistencia que se les oponia; trepaban de nuevo por las escalas y despues de un destrozo y carnicería horrendos, se veian precisados á retirarse. Esta lucha, con pocos intérvalos de reposo, duró todo el viernes. El sábado amanecieron las baterías en otro punto; pero en vez de obrar los disparos sobre la parte mas flaca de las fortificaciones, lo hicieron sobre la mas fuerte, por lo que nada se adelantó. El

domingo se consiguió abrir brecha, y el asalto dado con toda la fuerza de una soldadesca animosa de botin y exasperada por la constante oposicion de los sitiados se estrelló contra la defensa mas gallarda.

El conde de Haro acudió á la defensa de Torrelobaton; pero despues de costosas escaramuzas tuvo que retirarse á la proximidad de tres mil infantes y cuatrocientos caballos que Valladolid enviaba de refuerzo al capitan general de la Liga. Aun los cercados se sostuvieron con noble bizarría; mas al darse un asalto general no bastaron á reforzar todos los puntos, y Padilla se apoderó de aquel mísero pueblo, estimulando el ardor de su hueste con la promesa de entrarle á saqueo. Las crueles escenas de la ferocidad militar se renovaron en aquel vecindario, fiel á la causa realista, y los sangrientos escesos de una saña impaciente señalaron su implacable satisfaccion. A otro dia fué tomada la fortaleza, asilo, mas que de soldados, de niños y mugeres que compraron el seguro de la vida con entregar sus haciendas. Los comuneros se cebaron en el botin como hambrientos lobos en despedazada red, y aun no contentos con las riquezas de los particulares, allanaron los templos á su registro ansioso; y no solamente se apoderaron de cuantas alhajas entraban en el servicio divino, sino que profanaron la paz de las sepulturas rebuscando entre los despojos de la muerte, ya el escondite de los vecinos temerosos por su oro, ya las galas con que fueron inhumados aquellos restos.

El efecto de la toma de Torrelobaton por la comunidad, fue inmenso en sus consecuencias, si bien no supieron aprovecharla los pro-hombres de la Santa Alianza. El terror de los realistas llegó á colmo: á tres leguas de Tordesillas, punto de residencia de los regentes, campeaba victorioso el ejército popular: tanto el gobernador de la villa saqueada, como el conde de Haro, que acudia en su auxilio, habia tenido que ceder á las fuerzas rebeldes: el condestable, que noticioso de aquel revés salió de Búrgos con cuatro mil soldados y varias piezas de artillería, fué forzado á retroceder

por don Juan de Mendoza que le embarazó el paso con gente de Valladolid y de las baterías de Becerril y Palencia. Si Padilla concentra sus fuerzas, y aprovechando el entusiasmo de la reciente victoria de los suyos, como la consternacion del próximo desastre de los otros, dirige sus operaciones á invadir el cuartel general de los realistas, contando con la inferioridad numérica de los caballeros y la division de sus tropas en cuerpos separados por la interposicion de las ciudades rebeladas, los comunes abruman á sus enemigos. Mas los caballeros piden ocho dias de tregua á Juan de Padilla; este consulta el caso en Valladolid; y de sesion en sesion, de trato en trato, de ajuste en convenio, pasaron dias, semanas y meses; y mientras los realistas preparaban sus operaciones, los soldados de Padilla, unos cansados del yugo de la disciplina, otros satisfechos de lo pasado y procurando resguardarse de lo futuro, y muchos con el propósito de poner en parte segura las riquezas adquiridas en el saqueo de Torrelobaton abandonaron el ejército, y tras ellos los mas ardientes voluntarios, opuestos á que se concediese una tregua de minutos á los aliados de la monarquía, que con la prontitud de operaciones podian ser completamente desbaratados.

Los nobles no perdieron el tiempo como la Liga. Espirada la tregua el condestable se unió al conde de Haro, no obstante los movimientos de Padilla para impedir tan fatal alianza. Los tercios reunidos del condestable y el conde avanzaron á marchas forzadas hácia Torrelobaton, no quedando mas recurso al debilitado ejército comunero que retirarse á Toro, esquivando la batalla en el lastimoso estado de las tropas.

En poco estuvo la salvacion de la causa popular; porque si Juan de Padilla acierta á llevar á cabo su retirada sin el trance del combate, la invasion de Francisco I en la Navarra hubiese dividido por necesidad las fuerzas congregadas del ejército realista, y reforzado el de la junta con nueva gente, hubiera bastado á tomar la ofensiva con todo

vigor. Haro, primogénito del condestable don Iñigo de Velasco, jóven de un valor á toda prueba, y de prudencia suma, comprendió la precision de caer sobre Padilla á toda costa, cogiéndole en los instantes de confusion y apresuramiento, á cuyo fin se adelantó á la cabeza de su mejor caballería con tanta prisa que alcanzó á los tercios de los comunes, y sin aguardar á los infantes dió principio á la memoranda jornada de Villalar.

Tracemos el cuadro de aquel encuentro famoso: dia de victoria para la monarquía: dia de luto para los poderes populares.

Antes de que amaneciese, martes 23 de abril, dia de San Jorge, Padilla se puso en marcha camino de Toro, componiendo su vanguardia la artillería y la infantería en dos cuerpos, y yendo la caballería en retaguardia con el general.

En Medina de Rioseco le acometió por retaguardia la caballería realista. La vanguardia fue atacada por la parte de Tordesillas, y por Simancas combatieron los flancos: pero hasta Villalar los comuneros marcharon en buen órden, rechazando al enemigo, que contento con fatigarles con sus escaramuzas, no empeñaba el combate. Las operaciones de los caballeros se resentian de la diversidad de pareceres de los capitanes. Unos reputaban arriesgado empeñar la pelea con solo la caballería siendo la infantería comunera mucha y bien disciplinada. Otros querian perseguir á Padilla entreteniéndole mientras llegaba la infantería del condestable. El marqués de Astorga, el prior de San Juan y el conde de Alba eran de dictámen que se trabara la accion sin mas dilaciones ni reparos.

Habia llovido copiosamente en aquellos campos, y el terreno labrado que atravesaba el ejército comunero, se hundia bajo sus plantas. Atascados en aquellos lodazales los infantes de Padilla, por necesidad se descompuso el órden de formacion y embarrancóse la artillería, y los caballos rompieron en dos hileras en que marchaban los escuadrones.

Este fué el momento en que los realistas decidieron el ataque.

—¡Santa María y Cárlos! gritaron los gefes, y descubriendo la artillería que tenian preparada, la pusieron en juego, cayendo en monton los míseros soldados de la Liga.

—¡Santiago y libertad! contestó Padilla corriendo la línea con cinco bizarros escuderos para contener la dispersion y comunicar rápidas instrucciones á los gefes á fin de mantener el campo contra la repentina acometida.

El artillero mayor, Saldaña, natural de Toledo, se fugó con dos servidores de baterías, pasándose á los contrarios y dejando volcadas en los barbechos sus piezas.

Un tercio de hombres de armas, vendido al adversario, arrojó las cruces rojas *de la comunidad* y poniéndose las blancas, señal de los realistas, se confundió con ellos, dejando un claro en la infantería y la fuerza montada que hacia cara al enemigo con desesperado valor.

—¡Traidores! esclamó Juan de Padilla con un rugido de inesplicable furia, y metiendo espuelas al caballo voló al auxilio de los diezmados tercios de Juan Bravo.

Maldonado fué cojido por los ginetes del conde de Haro.

El viento sopló con violencia; las nubes descargaron un menudo aguacero que daba de cara á los soldados del comun, y los realistas cargaban con creciente denuedo, mientras que atascados en los barrizales los de Padilla no podian retroceder á su formidable embestida.

Juan Bravo enardecido, desesperado de sus segovianos, circuido de cadáveres, dió una carcajada convulsiva, y se precipitó como hambrienta fiera sobre los caballeros, desapareciendo en el peloton de lanceros y tornando á descubrirse al corto espacio cubierto de sangre, desarmado, y entre dos custodios.

Padilla entonces levantó al cielo el puño cerrado, profiriendo una de esas execraciones desesperadas, que hacen estremecer.

Un ginete pasó con la celeridad del relámpago cerca del capitan de la Santa Liga.

—Padilla, gritó.

Don Juan tornó la cara.

El fugitivo era Hernando de Ulloa, sobre Abonkir, corcel árabe, animada flecha en su rauda carrera.

—¡A Toro! ¡Seguid tras de mí!

—No (contestó Padilla con una sonrisa siniestra, y señalando al campo de su derrota.) ¡Allí! ¡á perecer con los mios!

Hernando de Ulloa siguió al escape la ruta de salvacion. Dos ó tres lanceros del ejército realista hicieron un movimiento para seguirle los alcances; pero sujetaron el primer ímpetu, asombrados de aquella fuga tan rápida por entre fango y tierras movedizas.

—¡Santiago y libertad! esclamó el general de la junta, arrancando con sus cinco fieles escuderos hácia la caballería del conde de Benavente.

No era posible pasar desapercibido á Padilla. Sobre su casco flotaba un rojo lloron: una banda, bordada de oro sobre fondo grana por doña María Pacheco, descendia de sus hombros al costado: un pendon verde tremolaba en su barreada lanza. En defecto de signos de mando su apostura, su gallardia y brioso acometimiento habrian denunciado al capitan superior de las comunidades.

Cuatro ginetes, los primeros que no quisieron apartarse al paso de aquellos seis desesperados, cayeron á bote de lanza.

Don Pedro Bazan, señor de Valduerna, salió al encuentro de Padilla.

—Daos á prision, gritóle al verle llegar.

Dos escuderos de don Juan, mordieron el polvo.

—Tóme el buen caballero, replicó Padilla alargando la pesada lanza contra don Pedro Bazan.

El golpe dirigido al pecho, por un movimiento feliz del caballo de Bazan, paró en el costado del señor de Valduerna, quien no pudo impedir su caida.



Cárlos V.
lám. 9.

—¡Santiago y libertad! repitió Padilla, siguiendo adelante.

Otros dos escuderos cayeron mortalmente heridos.

La lanza del regidor toledano se quebró en sus contrarios.

Un gemido y un golpe sonaron á sus espaldas. Padilla se volvió. El último de sus valientes escuderos yacia por tierra atravesado de parte á parte.

—Guillen, esclamó don Juan con eco lúgubre.

—Señor... rendios, murmuró el escudero.

—Dáte, Juan de Padilla, gritó don Alonso de la Cueva, derribándole de un bote ligero en la pierna derecha.

—Toma, repuso el mísero capitan, presentando á don Alonso, en señal de confesarse su prisionero, su espada y su manopla.

—Atrás, mandó don Alonso á los que se acercaban al rendido: reclamo la fé de mi palabra.

Los perseguidores de Padilla se desparramaron por el campo, anunciando hallarse preso el temible general de la Liga.

Don Alonso de Vera se apeó del caballo, y ayudó á don Juan á subir en el suyo.

Cuatro escuderos de don Alonso, hacian la guardia al detenido.

Comenzaron á venir caballeros á ver el terror de la causa realista. Ni un insultante gesto, ni una palabra de reconvencion empeoraron el triste estado del vencido.

Padilla, alzada la visera del casco, miraba á sus triunfantes enemigos con impavidez.

Un guerrero se abrió paso entre los que rodeaban al ilustre capitan de los comunes. Era su aire el de un furioso.

—¿Eres tú Juan de Padilla? preguntó con fiereza al prisionero.

—El mismo, respondió este con inalterable serenidad.

—Pues toma, repuso el menguado dando una cuchillada en el rostro del vencido, que por fortuna solo hizo un rasguño en la nariz.

—¡Cobarde! esclamó don Juan, escupiendo á la cara del innoble caballero.

Este mal caballero, nombrado Juan de Ulloa, fué retirado de aquel sitio entre los murmullos de indignacion de la misma soldadesca.

El clarin anunció el final de la pelea, y el término de la matanza.

Un destacamento condujo á Padilla, Bravo y los Maldonados, Pedro y Francisco, á la próxima fortaleza de Villalba, propia del miserable Juan de Ulloa.

Los nobles dejaron ir en paz á los soldados rasos hechos prisioneros en la batalla.

II.

En que trata de los comuneros de Castilla y de sus trágicos fines.

Apenas cundió entre los pueblos levantados por la comunidad la nueva de la funesta derrota de Padilla, sospechóse de su fé. Unos dijeron que don Pedro Maldonado, de concierto con el conde de Benavente, su tio, habia embarrancado la artillería para seguridad de los realistas; aseguraron otros que Juan de Padilla recibió el precio de la traicion, y no faltó quien afirmara que los capitanes de la insurreccion se habian acogido al indulto de sus rebeldías, á condicion de robustecer el bando monárquico con una señalada victoria sobre los tercios populares.

Así se calumniaba á los vencidos por sus parciales propios, y en el espacio, de horas, suficiente para estenderse la noticia de su infortunio, fueron objeto de acusaciones encarnizadas y cálculos infamatorios. El tajo y el hacha del verdugo reservaban á los leales gefes del ejército comunero una triste pero gloriosa rehabilitacion.

Una fuerte escolta mandada por don Pedro de la Cueva, marchó á Villalba para conducir á Villalar á los prisioneros.

Juan Bravo manifestaba una irritacion de ánimo que tocaba á los límites del frenesí.

Padilla estaba sereno como en un lance de la vida ordinaria.

Don Pedro Maldonado sumamente abatido. Don Francisco, en medio de su gravedad, dejaba conocer las preocupaciones siniestras que combatian su espíritu.

Cuando se pusieron en marcha, Juan Bravo, volviéndose con arrogancia á don Pedro de la Cueva le dijo:=*¿Dónde bueno nos lleva el señor capitan?*

—A Villalba, respondió de la Cueva con esquisita cortesanía.

—¿Y de allí? interrogó Juan de Padilla.

—A Villalar, si Dios fuese servido, contestó el gefe de la escolta.

Ninguna frase mas tornó á escucharse á los prisioneros. Pararon en Villalba, y despues de una hora de reposo, continuaron el camino de Villalar, donde aguardaba á los vencidos la curiosidad importuna de ese vulgo que siempre ávido de emociones, se congrega tumultuoso en la carrera triunfal del héroe y se arremolina al paso del reo conducido al suplicio; los prisioneros fueron llevados á una de las mejores casas de la villa, custodiados con las mas solícitas precauciones, á donde se les permitió permanecer reunidos, si bien en la mas completa incomunicacion con toda persona de fuera.

Los gobernadores se reunieron en consejo.

Todos estuvieron conformes en que el vigor era el mas precioso elemento de auge para su causa. La ejemplaridad del castigo despues de la gloriosa jornada, debian producir un movimiento de terror, que bien aprovechado, daria por fruto la sumision de ciudades y villas rebeldes.

Por unanimidad se acordó la pena de muerte contra Bravo, Padilla y uno de los dos Maldonados.

Hubo discordancia entre los consejeros sobre si el Maldonado que debia figurar en el sangriento teatro de la ven—

ganza monárquica fuese don Pedro ó don Francisco.

La mayoría votó la muerte de don Pedro y la prision de don Francisco en Tordesillas, y al efecto se mandó llamar al teniente Balmaseda, valiente oficial á las órdenes de don Diego Hurtado de Mendoza, dándole comision de conducir al libertado del patíbulo á su destino.

Balmaseda llegó á la casa prision y mostrando la órden del consejo, fué introducido por el oficial de guardia en la cámara de los reos.

—¡Don Francisco Maldonado! dijo en tono de llamada.

—Presente, replicó el capitan salamanquino disimulando con bastante presencia de espíritu su viva inquietud.

—De órden del consejo, sígame vuesa merced.

Don Francisco se levantó con pausa, tomó el capacete, que sobre una mesa próxima tenia, y paseó una mirada indagatoria sobre sus compañeros en desventuras.

—Vaya con Dios, don Francisco (esclamó Bravo con sonrisa irónica), vaya con Dios, y tenga mejor suerte que nosotros.

El comunero Bravo nunca tuvo fé en los Maldonados, y su parentesco con el conde de Benavente se los hacia sospechosos, redoblándose sus dudas por la facilidad con que se rindieron en los primeros trances de la jornada.

—Don Francisco (añadió Padilla con afabilidad), apartaros de nosotros, es de buen augurio para vos.

Don Francisco clavó la vista en don Pedro, que ocultaba la cabeza entre sus manos.

—¡Adios! le dijo con tono solemne.

—¡Adios! contestó don Pedro con voz ahogada.

Don Pedro fiaba en el conde de Benavente, su tio, sus esperanzas de vida, y estas se desvanecian con la llamada de don Francisco. Al oir el rumor de los pasos que se perdia á lo largo de los corredores del vasto caseron, don Pedro no pudo contener un penoso gemido.

Juan Bravo señaló á Padilla con un gesto la desolacion del colega de sus desdichas.

Padilla le impuso silencio con un signo elocuente.

Fuera de la cárcel don Francisco Maldonado, respiró con el ánsia de un ave tenida por algunos segundos en el vacío de cristal del aparato neumático.

—¿Puedo saber dónde se me conduce? preguntó á Balmaseda con alguna timidez.

—A Tordesillas (respondió el teniente) y á su fortaleza.

—¡Hágase en mí la voluntad de Dios! repuso el prisionero ocultando el transporte de su alegría con aquella esclamacion piadosa.

En esto Alonso Ortiz, jurado toledano, agente de los caballeros, mediador infatigable entre el bando realista y don Pedro Laso, en la traicion del último á la comunidad, detuvo á don Francisco para ofrecerse á su socorro.

—El señor os lo premie, señor Ortiz (dijo Maldonado con la emocion mas profunda de agradecimiento.) Ya veis cual me ha despojado la soldadesca; he menester ropa, y algun dinero...

—Antes de llegar á Tordesillas tendreis lo uno y lo otro, respondió Alonso Ortiz.

—Y si fuerais servido de hacer avisar á Salamanca á mi suegro...

—Al señor director de la reina? interrumpió el jurado de Toledo.

—El mismo. Quisiera fuese avisado para que pusiera remedio en mis tristes negocios.

—Os lo prometo, mi pobre amigo.

—Adios, y cuenta con mi encargo.

—Confiad en mi palabra de honor.

—El que todo lo puede os galardone cual cumple á tan hidalga generosidad. No siempre llueve, señor de Ortiz, y tal vez en el buen tiempo muestre yo que de bien nacidos es bien agradecer.

Una lágrima rodó por la mejilla del prisionero, que bajando la cabeza se puso en camino hácia las afueras de Villalar, donde le tenian preparado un caballo para la jornada.

Don Francisco no estaba dotado de un temple de alma heróico; pero no carecia ni de firmeza ni de dignidad.

Como á todos los jefes comuneros vencidos, la idea de la muerte se presentó á su imaginacion, dura consecuencia de su derrota.

Padilla cuya perspicacia era acreditada entre sus parciales habia dicho en el Consejo=«ya no hay mas que apretar los puños; pues el que caiga debajo ha de quedar por traidor.»

Don Francisco despues de los primeros instantes de sobrecojimiento habia conseguido triunfar de las preocupaciones que tendian á debilitar su ánimo, y poco á poco llegó á tomar un continente de menosprecio, máscara con que se proponia escarnecer la inquisitiva mirada de sus verdugos. El amor propio, el despecho de hallarse á merced de sus enemigos, y el pensamiento en esa posteridad, que al evocar los fantasmas de las edades pasadas rebusca en sus rostros la espresion de las pasiones que hicieron histórica su existencia le infundieron el necesario valor.

Pero al verse arrancado de la prision, y al saber que se le conducia á la fortaleza de Tordesillas, don Francisco tuvo que apelar á todo su imperio sobre sí mismo para no prorumpir en esclamaciones de alborozo. Porque aquel hombre para resignarse á morir, para llegar al disimulo de su desesperacion por medio de una careta de sonrisa indiferente, habia tenido que desechar de su memoria las imágenes queridas de su mujer, jóven beldad que pagaba su amor con idolatría, y dos vínculos de aquel ardiente cariño, dos hijos en la tierna infancia; y al sentirse restituido al ser desde las sombras de la nada en hórrida perspectiva, Maldonado esperimentó ese intenso júbilo del ciego, que torna á ver la luz, muerta para sus ojos; y las imágenes desechadas de su mente volvieron á renacer con un tesoro de halagüeñas esperanzas para el porvenir.

Balmaseda mandó hacer alto á la salida de Villalar, ordenando á uno de la escolta que trajese el caballo desti-

nado á don Francisco, quien esperó sentado sobre una piedra.

El general de los Dominicos llegó apresuradamente, y retirándose aparte con Balmaseda trabaron animada conversacion.

—Contra órden del Consejo, dijo su reverencia.

—¡Es posible!

—El conde de Benavente llegó despues de terminada la sesion; y todo lo ha barajado.

—De modo que...

—De modo que ahora es don Pedro el conducido á Tordesillas y don Francisco el ejecutado en su lugar, con los demas capitanes rebeldes.

—Qué mudanzas! el conde ha pedido que no le afrenten degollando á su sobrino; ofreciendo á la venganza del rey, nuestro señor, su otro pariente mas lejano.

—Con que á ese don Pedro?..

—Ha salido un instante para Tordesillas, y yo he recibido el encargo de haceros volver con don Francisco, en cumplimiento de las voluntades del consejo.

—Serán obedecidas, reverendísima paternidad, contestó Balmaseda, pero por la sangre de Cristo...

—No jure, interrumpió su reverencia.

—Por la salvacion de mi alma, que me pesa tener que decir á ese pobre caballero=«atrás, y nada de lo dicho.»

El dominico se encojió de hombros, y volvió las espaldas.

El militar murmuró algunos de esos refranes en que los frailes no salen bien parados, y se acercó á su prisionero: mi teniente (dijo el soldado que recibió la órden de traer la cabalgadura de don Francisco), ahí está el caballo para este señor.

—Ya no hace falta (respondió Balmaseda separando la vista de Maldonado, y esforzándose en tono de brusca dureza.) Volvemos en el momento á Villalar.

Don Francisco palideció.

—Ea (contestó el teniente dirijiéndose á sus peones), nosotros en marcha para la villa.

Los infantes se colocaron en hileras de cuatro en fondo, dejando al medio de la formacion espacio para el preso y el jefe su guardian.

—Vosotros, añadió Balmaseda encarándose con los soldados de caballería que apostados á la salida de Villalar, aguardaban al reo para reforzar la escolta, vosotros á vuestro alojamiento.

—¡Márchen! clamó con aire ceñudo y entonacion severa, colocándose junto á don Francisco, esquivando mirarle.

Mientras duró la marcha, el triste Maldonado con ese instinto de las situaciones estremas adivinó todo lo sucedido. Don Pedro era salvado, mientras libre por unos minutos de sus temores, él era sentenciado segunda vez á la prision precursora de la última pena; retificado el error que le sustrajera al cadalso, ó conseguido el trueque de destinos por influencias poderosas.

La desesperacion se apoderó de aquel hombre, y en sus primeros ímpetus dió un paso para precipitarse sobre la alabarda de un peon y defendiéndose á acabar su vida; pero Balmaseda le detuvo.

—Despacio, señor caballero (díjole con irónica calma), andad derecho el camino; que no es tan largo.

—Es verdad, respondió Maldonado comprendiendo la intencion de la frase.

Cuando llegaron cerca de la plaza, Alonso Ortiz esperaba el tránsito de su pobre amigo. El jurado de Toledo lo sabia todo: asi lo significaba la tristeza retratada en su semblante.

—Gracias por las intenciones (le dijo Maldonado saludándole afectuosamente con la diestra.) Todo lo que sucediere participarlo á mi suegro: ya que nada remedie, que todo lo sepa.

Alonso Ortiz, se inclinó en señal de asentimiento, no pudiendo responder, temeroso de revelar en su voz la emocion dolorosa de su alma.

Un grupo de caballeros se alineó para ver pasar á don Francisco. El capitan de Salamanca, se violentó por aparecer sereno prestando el oido á sus discursos.

—Tranquilo vá el valiente, dijo uno.

—Sonrie con altivez, añadió otro.

—Buen aspecto ante la muerte, si dura, observó el de mas allá.

—Bien, corazon mio, dijo Maldonado para sí.

El prisionero habia recobrado el antifaz que ocultaba á la vista del público, sus tormentos interiores, y despues del rayo de esperanza que le fué dado vislumbrar; pasado el primer esceso de furor aquella careta del estoicismo, separada de su rostro á la salida de su prision, cubríale al penetrar en ella; prófugo de los dominios de la muerte, que tornaba á su imperio tenebroso.

Al penetrar en la estancia donde aun permanecian Padilla y Bravo, don Francisco esclamó con eco firme:

—Aquí estamos todos

—Don Francisco, repuso Padilla. ¿Qué significa este regreso?

—Que hacer, faltan tres cabezas de cuatro.

—¡Pardiez! (contestó el capitan de Segovia), llegué á creer que se contentaban con dos.

—Vengan por las que quieran, replicó Maldonado tomando asiento entre sus compañeros.

—Don Francisco (dijo Bravo con viveza) ¿á dónde se os conducia?

—A Tordesillas; pero fue una equivocacion, segun veo.

—Sí, don Pedro era el favorecido y no vos.

—Exactamente.

—Pues bien, amigo (añadió Juan Bravo con sequedad), el que pueda que muera como mueren los leales.

—Así moriré yo (respondió con vehemencia don Francisco), porque gracias á Dios, señor Bravo, no vengo de raza de traidores.

—Ante la muerte se dice la verdad, señor Maldonado

(insistió el capitan de Segovia con franca resolucion). He creido que no estabais puro de toda mancha en la jornada de ayer.

—¿Sospechabais de mí?

—Y tenia razon.

—¡Cómo!

—Haya paz, señores, medió Padilla.

—El primer rendido fue don Pedro, que huyó volcando nuestras piezas: el segundo vos...

—Y es verdad, replicó con amargura don Francisco.

—Rendido sin un rasguño. ¡Ira de Dios! continuó Bravo exaltándose. Rendido sin una señal de lucha con los contrarios...

—Y bien, interrumpió Maldonado impaciente.

—Y bien (prosiguió Bravo). ¡Cómo esplicais que de cuatro gefes de un ejército derrotado uno tenga una formidable cuchillada en el hombro; otro un lanzazo en la pierna, y otros dos no muestren ni un ligero refilonazo! Los dos ilesos deben recelar que sus amigos duden de su fé por las consideraciones que han merecido á sus adversarios.

—En primer lugar, os haré presente, que me hallaba cerca de la compañía de voluntarios de Burgos, vendida al enemigo, y que al pasar á sus filas, me llevó desarmado y prisionero.

—Don Francisco (esclamó Juan de Padilla), no os disculpeis. Nunca creí en vuestra mengua. Sois desgraciado; pero no culpable.

—Os poneis en la justo, señor don Juan, repuso Maldonado tendiendo la mano á su gefe, que la estrechó con toda cordialidad.

—Consuela creer (observó Bravo dando un suspiro), y es dulce confiar con los que nos rodean. Señor Maldonado, perdonad la ruda franqueza de mi esplicacion pasada: pero yo soy así: digo lo que siento, aunque despues sienta lo que dije.

—Estais perdonado, señor Bravo, respondió el capitan salamanquino con un resto de enojo.

—¡Torrelobaton! (esclamó Padilla) ¿Por qué me detuve allí?

—Pensemos en otra cosa (dijo Juan Bravo). ¡Qué diablos! Lo que no tiene remedio, olvidarlo es lo mejor.

—¡Fatal saqueo! (repitió don Juan Padilla). ¡Tregua infausta! Si hubiésemos negado todo amisticio á los señores rejentes; si hubiéramos marchado hácia Tordesillas...

—Hácia allá vá don Pedro Maldonado, dijo Bravo con una carcajada sardónica.

—Entonces (siguió Padilla cada vez mas animado en sus infructosos cálculos), divididos nuestros enemigos, sin apoyo en el país, sin medios de oposicion, habríamos corrido tras ellos cien leguas de Valladolid á Santiago, sin dejarles parar en los tres pueblos que tenian por suyos...

—Lo positivo es, que estamos aquí aguardando lo que les plazca disponer de nosotros, interrumpió Bavo encojiéndose de hombros con desdén.

—¡Y pensar que por mi causa teneis el cuchillo al cuello, señores!

—Vamos, señor don Juan, repuso Maldonado con disgusto.

—¡Oh! ¡Cómo engrie la prosperidad! ¡Cómo desvanecen los halagos de la fortuna! ¿Dónde tenia yo la cabeza, el dia maldecido en que consentí en la suspension de las hostilidades?

—Señor Padilla (replicó Juan Bravo con tono áspero), ¿quién se queja de vos?

—Nadie; pero...

—¡Pues á qué vienen esas lamentaciones!

—Teneis razon, señor Bravo, repuso don Juan suspirando penosamente.

Los reos callaron durante algunos segundos.

El oficial de guardia apareció en la puerta,

—Señores (dijo con tono solemne), el señor licenciado Zárate, alcalde de la real chancillería de Valladolid.

—Pase su señoría, respondió el capitan toledano.

El alcalde Zárate seguido de dos alguaciles, se adelantó gravemente hasta situarse frente á los detenidos; tomando

asiento en una silla de banqueta, contigua á la alambrada ventana por donde penetraba la luz en el aposento.

—Dios guarde á vuesamercedes, dijo el juez con acento pausado.

—A vuestra órden, señor alcalde, contestó Padilla.

Hubo un momento de silencio. Los presos examinaron con curiosidad al alcalde. Era uno de esos severos golillas, rectos como sus varas; fieles aplicadores de la ley; sordos á toda súplica, ciegos al aspecto de la desolacion de los que herian con la espada de la justicia. Aquellos hombres sombríos con los corazones helados bajo sus garnachas negras, caudillos de una siniestra milicia que tenia por último soldado al verdugo, habian hecho un formidable papel en las revueltas de la comunidad. El alcalde Ronquillo habia venido sobre Segovia con el ejército realista, representante inflexible de la venganza fulminada sobre la ciudad insurrecta. El alcalde Legizama llevó igual mision á Murcia. Tras de cada levantamiento se disputaba uno de estos agentes del poder represor, que todo embebido en el pensamiento de cumplir su encargo, no respetaba nada ni nadie hasta conseguir los duros propósitos de la comision. Así un alcalde significaba para los comuneros la venganza de los realistas, que venia encubierta con las fórmulas del juicio á establecer los precedentes para el turno del ejecutor.

—Señores (dijo el licenciado Zárate con su calma habitual.) ¿Quién de vosotros es Juan de Padilla?

—Presente.

—¿Quién es Juan Bravo de Segovia?

—Presente, replicó Bravo con ironía.

—¿Quién es Francisco Maldonado?

—Presente, respondió Francisco con firmeza.

—Pues Juan de Padilla, Juan Bravo y vos, Francisco Maldonado, de órden del Consejo, preparaos á morir dentro de dos horas.

—¿Sin formacion de causa, señor alcalde? interrogó Padilla.

—La evidencia de los hechos, y la calidad del delito, escluyen todo acto mas que la indentidad de personas y la aplicacion de la pena, repuso el alcalde con su inalterable gravedad.

—Bien hecho (dijo Bravo.) Así me gusta. Al grano; sin rodeos.

—Señor alcalde (observó Maldonado), nos acaba de hablar vueseñoría sin el tratamiento que nos es correspondiente.

—¡Cómo!

—En vez de decir Juan Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado, debisteis preguntar por don Juan Padilla, don Juan Bravo y don Francisco Maldonado: somos caballeros.

—Vuesamercedes no debieron responder, si tal creian, objetó el alcalde sin la alteracion mas mínima.

—La pena de los caballeros reclamamos: la degollacion.

—Tal lo dice vuestra sentencia.

—Entonces nada tenemos que pedir, concluyó don Francisco.

—Sí tal (repuso Padilla). Creo, señor alcalde, que hay un deber de cumplir las voluntades de los sentenciados á muerte...

—En cuanto sean de cumplir en razon y no se opongan á la ley, objetó el licenciado Zárate.

—Convenido. Pido un confesor letrado.

—Bien conoceis el lugar en que nos encontramos y el poco recaudo que se halla en él de grandes ausilios, pero se buscará con toda diligencia, y en último estremo os conformareis con lo que hubiese.

—Pero queda dicho que se buscará letrado, insistió Padilla.

—Sin duda, respondió el alcalde con positiva afirmacion.

—Deseo que venga un escribano con el competente número de testigos.

—¿Y para qué? preguntó con aire de estrañeza el licenciado Zárate.

—Para otorgar mi última disposicion.

—Es inútil, señor Padilla, (dijo el alcalde con aquel aplomo singular que le hacia tan respetable.) Vuestros bienes, como los de estos señores, quedan confiscados para la cámara de S. M.

—En buen hora (contestó don Juan sin muestra visible de disgusto). Pues en este caso agradeciera se me permitiese escribir á Toledo, y á mi esposa, doña María Pacheco.

—El consejo ha previsto ese deseo, y no solo me autoriza á conceder á vuesamerced lo que me pide, sino que ha retenido á Pedro Sosa, vuestro criado, para que pueda serviros de mensajero. ¿Teneis mas qué pedir?

—Nada.

—¿Y vuesamercedes, señores?

—Nada, contestaron á la par Bravo y Maldonado.

—Pues ya están dispuestas dos habitaciones para estos dos señores, donde recibirán los socorros espirituales, y podrán platicar libremente con sus auxiliantes.

—Vamos á donde gusteis, respondió don Francisco.

—Palacios, Hernandez, esclamó el alcalde dirigiéndose á los alguaciles de guardia en la puerta, y que se inclinaron con respeto ante su gefe.

—Llevad á sus habitaciones correspondientes á estos cacaballeros, añadió el licenciado Zárate, señalando á Bravo y á don Francisco, quienes se dispusieron á seguir á sus conductores.

—Que Dios, Nuestro Señor, os conceda su divina gracia, continuó el juez con su pasmosa impasibilidad, acercándose á Padilla.

—Hasta luego, don Juan, dijo Bravo desde la puerta.

—Hasta luego, repitió Maldonado al salir tras de su guia.

—Hasta luego, replicó don Juan conmovido.

—Señor Padilla (tornó á decir el alcalde), voy á que os traigan recado de escribir, y á que Pedro Sosa se ponga á vuestras órdenes, para llevar los pliegos á su destino.

—El confesor, letrado, señor alcalde. En los últimos momentos de la vida importa mucho una inteligencia que do—

mine nuestra inteligencia, y es muy conveniente que el eco transmita la magestad de la voz.

—Si hay en Villalar un confesor letrado, no dudeis que vendrá aquí, señor don Juan.

—Hasta luego, señor alcalde.

—Para llevaros al final destino, vendrá el alcalde de córte licenciado Cornejo.

—¿Y vos?

—Yo, es la última vez que os hablo.

—Pues guardeos Dios.

—El os ampare, contestó el magistrado, saludándole y evacuando la estancia.

En la mirada última del ministro de justicia hubo un rayo de inteligencia, que transmitió al reo la sincera compasion, rebozada bajo aquella esterioridad de imponente ceño.

Don Juan quedó solo.

La puerta fué asegurada con el cerrojo tras de la salida del alcalde. Se oyeron los pasos de la comitiva que se alejaba lentamente. Don Juan alargó ansiosamente el oido: ni el mas leve rumor que denunciara la proximidad de un viviente á la puerta de la cámara.

Padilla se levantó con lentitud de su asiento. Llevó al corazon una mano que estendida sobre él y pareció contener sus violentas pulsaciones. Sus ojos buscaron la luz que penetraba vívida y esplendente en aquella sala oscura y de ahumados muros, sus lábios se abrieron en una aspiracion avida del ambiente esterior. Exhaló un suspiro largo espacio comprimido, y abriendo los brazos en actitud desesperada esclamó con eco doliente.

—¡Adios, sueños ambiciosos! ¡Adios, brillantes ilusiones de gloria! ¡Adios tambien santos goces de familia!

Estas esclamaciones desahogaron el recóndito pesar de aquella criatura, que en la lozanía de su juventud, en toda la fuerza de una briosa virilidad, colocaban ante el umbral de los tristes dominios de la muerte.

El aspecto de Padilla pasó en un punto de lo sublime de

la emocion, á lo sublime de la mas heróica impasibilidad. Aproximó á la mesa la silla cercana, y sentándose, apoyó



los codos en la mesa, y el rostro entre las manos. Dios cuya mirada penetra al través de todo, pudiera solamente apreciar la resolucion de aquella naturaleza, hasta revelar en la fisonomía, la calma y la resignacion risueña de un cristiano.

La puerta se abrió con estrépito, dando paso á un hombre, que traia lo necesario para escribir, y puso su recado á disposicion del prisionero.

—¿Y mi criado, Pedro de Sosa? preguntó Padilla.

—Abajo espera las órdenes de vueseñoría.

—¡Pobre Pedro!

—Llora como un niño.

Don Juan tornó la cara para que el carcelero no pudiese sorprender el esfuerzo del llanto, que pugnaba por brotar de sus ojos.

—¿Quiere vueseñoria que suba?

—No (respondió el capitan toledano resueltamente.) Daré

dos golpes á la puerta y acudireis á recojer las cartas para entregárselas.

—Corriente.

—Me pareceis hombre honrado.

—Por tal me tienen, á Dios gracias.

—Voy á daros una prueba de que me fio de vos.

—¡Cómo! esclamó el guardian retrocediendo con desconfianza.

—No se asuste, buen amigo, (repuso don Juan sonriendo.) Entregareis con las cartas este bolsillo.

Padilla le alargó una bolsa de malla de seda y oro.

—En él hay cincuenta doblas: diez para vos y cuarenta para él; para mi criado. Ved cual me fio de vos.

—Gracias.

—Hasta que yo llame.

—Aqui cerca espero.

Padilla quedó solo.

Pareció dudar un momento con dos medios pliegos delante de sí.

—¡A Toledo! (murmuró) ¡A María!.... Primero á María, dijo decididamente, y poniéndose á la tarea dió principio á ese documento inmortal, que la historia se ha creido en el deber de trasmitir, como el final suspiro de un gran corazon; como el eco de un adios elocuente, proferido al borde de la tumba.

La carta de Juan de Padilla á su esposa estaba concebida en estos términos:

—«Señora: si vuestra pena no me lastimara mas que mi »muerte, yo me tuviera, enteramente por bienaventurado.= »Que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al »que la dá tal, aunque sea de muchos plañida y de él recibida »en algun servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo »para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni á mi »me lo dan ni yo querria mas dilacion en recibir la corona que »espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha y »no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser

»llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vues-»tras manos.=Vos, señora, hacedlo con ella, como con la »cosa que mas os quiso. A Pero Lopez mi señor, no escribo »porque no oso; que aunque fuí su hijo en osar perder la »vida, no fuí su heredero en la ventura. No quiero mas di-»latar, por no dar pena al verdugo que me espera, ni dar »sospecha que por alargar la vida alargo la carta. Mi criado »Sosa como testigo de vista, os dirá lo demas que aquí falta, »y asi quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de »vuestro dolor y mi descanso.»

Una lágrima cayó de los ojos de Padilla, el fúnebre escrito; rúbrica del dolor que suplia la rúbrica del doliente. Don Juan besó la carta, y despues de cerrarla, quedóse mirándola un buen rato.

Asi miraria Ovidio en su penosa relegacion al Ponto aquellos libros, tambien llamados *Tristium*, á quienes dijo:

»*Parves nec invideo, sine me, liber, ibis in urbem,*
¡*Hei mihi, quo domino non licet in tuo....*»
»*Iras á la ciudad, pequeño libro,*
¡*Ay de mí! que tu autor no puede tal...*»

—A Toledo ahora (esclamó el noble patricio con férvido entusiasmo.) A Toledo por cuya causa voy á dar mi sangre.

Volvió á tomar la pluma y su amor pátrio se exhaló en este brillante desahogo:

«A tí, corona de España y luz de todo el mundo, desde los »altos godos muy libertada. A tí, que por derramamientos »de sangres estrañas como de las tuyas, cobraste libertad para »tí é para tus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo Juan de Pa-»dilla, te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se »refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me »dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la »culpa fue mi mala dicha, y no mi buena voluntad. La cual »como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió »mas que perder por tí, de lo que aventuré. Mas me pesa »de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son veces »de la fortuna, que jamás tienen sosiego. Solo voy con un

»consuelo, muy alegre, que yo el menor de los tuyos morir »por tí; é que tú has criado á tus pechos, á quien podrá to- »mar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que con- »tarán mi muerte, que aun yo no lo sé, aunque la tengo »bien cerca: mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi áni- »ma te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del »cuerpo no hago nada, pues ya no es mio, ni puedo mas »escribir, porque al punto que esta acabo, tengo á la gar- »ganta el cuchillo, con mas pasion de tu enojo que temor de »mi pena.»

—Adios, pedazos de mi corazon (dijo Padilla estrechando contra su seno las epístolas, cuidadosamente cerradas). Adios últimos pensamientos de la tierra. Dios reclama mis postreros instantes. Llevaos, dolientes escritos, los finales latidos de mi pecho por los objetos que dejo en el mundo.

Levantóse apresurado, y llegándose á la puerta, hizo la señal convenida: el carcelero acudió al momento.

—Estos pliegos á su destino.

—Perfectamente, señor.

—¿Ha venido algun religioso para mi socorro espiritual?

—Ahí está el padre Moncada.

—Rogadle que no se detenga, y cumplid la comision que habeis aceptado hace poco.

—Será vueseñoría servido.

No habria transcurrido un minuto, cuando el padre Moncada penetró en el aposento de don Juan.

No era menester preguntar si el clérigo era letrado ó no. El padre Moncada tenia esa figura típica del ministro que nuestro pueblo llama con tanta oportunidad de *Misa* y *Olla.*

—Caballero (dijo el clérigo confuso), siento no ser de la clase de los que vuesamerced pidió al señor alcalde; pero...

—No tenga por ello pena alguna (contestó Padilla con amable sonrisa). Héme aquí pronto á desahogar mis culpas en el seno de vuestra confianza.

—Haré lo que pueda en vuestro servicio.

—Gracias, padre, contestó don Juan ocultando su disgusto.

—Válgame Dios (esclamó el ignorante presbítero). ¡Tan jóven y brioso y va á morir!

Padilla se levantó de su asiento con una agitacion estremadamente.

—Dios me ampare (dijo trémulo de emocion), busco quien me haga olvidar, con sus discursos piadosos, el horror de mi suerte, y os poneis de acuerdo con la voz secreta de mi alma, con esa voz de los instintos de vida, que no puedo ahogar frente al cadalso.

—Vuesamerced perdone, replicó el ministro vergonzoso por su hierro.

—No hay de qué, padre, repuso Padilla, reponiéndose de su zozobra.

—La falta de costumbre...

—Cabalmente.

—Empiece su confesion; en el nombre de Dios, trino y uno...

La puerta se abrió, entrando el carcelero con premura.

—El señor alcalde Zárate envia á un reverendo padre de la órden de San Francisco.

Un rayo de alegria brotó por las pupilas de don Juan.

—Entre su reverencia, dijo el padre Moncada gozoso de librarse de los embarazos de su posicion con remplazo tan inesperado.

—Con vos tengo suficiente, repuso Padilla.

—Entre su reverencia, repitió el clérigo.

El carcelero salió para regresar al punto, con un venerable religioso, consumado en letras y esperiencia; precioso hallazgo del alcalde Zárate; favor que estimó Padilla á par del alma; porque cuantos recursos supremos guarda la religion para conformar el espíritu humano, á los mas infaustos destinos, otros tantos prodigó el sabio monge á nuestro héroe. . . . .

. . . .

Aun no existen hermandades de caridad, que rodeando de solicitudes al reo de muerte, representan la misericordia

que no abandona al desgraciado, que la inflexible justicia hace sucumbir al golpe de su espada vengadora.

Una escolta que imponga al pueblo el respeto á las víctimas de la ley: un alcalde que autorice con su presencia el terrible acto: un escribano para dar fé del cruento sacrificio: alguaciles que conduzcan las mulas gualdrapadas de negro, en que cabalgan los sentenciados: el pregonero que publique el cartel condenatorio; hé aquí los requisitos de una ejecucion en el siglo XVI, en cuanto al cortejo de los condenados al suplicio.

Pero si aun no existen hermandades de Caridad que con sus tiernas, afectuosas prevenciones mitiguen el acerbo pesar del que llevan al patíbulo, en cambio el verdugo no forma parte del acompañamiento; lo que ahorra á los sentenciados el espectáculo constante de aquel ministro que alquila su brazo á las iras del poder social.

El verdugo espera en el tablado, protejido en sus faenas preparatorias por cuatro centinelas que contienen la curiosa muchedumbre.

El tajo se levanta en un ángulo del cadalso, tres tablones pintados de rojo, suspenden ganchos en que se aseguran las cabezas despues de cortadas. Esto es lo que denominan picotas.

Una especie de ancho cubo lleno de aserrin está destinado á recibir la sangre que salga del tronco.

Maese ejecutor mira al hacha cortante como un cuchillo montero ahogado en un espadon de filo, imperceptible sustituto del hacha si esta llega á mellarse.

Toda la poblacion de Villalar está repartida entre la carrera, que deben traer los capitanes de la comunidad condenados á la decapitacion, y la plaza en que se levanta el patíbulo.

Los caballeros del ejército realista reunidos en grupos transcurren por entre las filas de la apiñada multitud con aire indiferente. El oficial que debe formar el cuadro en torno del suplicio don Enrique de Sandoval y Rojas, primojé-

nito del marqués de Dénia, ha prometido colocarlos entre las dos filas de peones, para presenciar á su sabor los últimos trances de aquellas ilustres vidas inmoladas á la venganza real.

Los soldados francos de servicio se mezclan con el pueblo y algunos mas espansivos que sus colegas narran la jornada del dia precedente; estendiéndose sobre el buen ánimo de Bravo que se entró por la caballería como un furioso y la intrepidez de Padilla que en su primer arranque arrolló un tercio de fuerza montada.

La hora fatal llegó.

La infinidad de ansiosos vecinos, que se agolpaban frente á la morada de los reos, dejó escapar un murmullo impaciente.

Los soldados de la escolta hicieron atras á los mas avanzados, los alguaciles aproximaron las mulas á la puerta. El alcalde Cornejo seguido del peon público, vino á colocarse á la salida de aquella mansion convertida en cárcel.

El alcalde Cornejo era un tipo de los que pocos quedan en nuestro órden judicial. Hombre de índole sanguinaria, comprendia su mision con un exagerado rigorísimo y á la vez que cedia con pesar por falta de comprobantes la presa de sus instintivos furores, se gozaba en esgrimir la tremenda espada de la justicia, cuando debia ser, la cuchilla de un sacerdote druídico, sacrificador de víctimas humanas.

El alcalde Cornejo hizo una señal al alguacil mayor, que se entró apresuradamente en la casa

La multitud entendió aquella escena muda.

—Ya los traen. Ya vienen, esclamaron diferentes voces.

En efecto, los comuneros aparecieron al breve rato entre las picas y los arcabuces de sus custodios.

Juan Bravo tenía el rostro encendido: los ojos brillantes, su aire era el de un hombre que deja libre curso á su arrogancia; con animoso desafío á la fuerza que con su peso le abruma.

Juan de Padilla no presentaba en su faz la mas leve hue-

lla por donde pudiera conocerse lo estraordinario de su situacion. Conocíasele por uno de los que iban á morir por la posicion que ocupaba: de ningun modo por alteracion de su ordinario gesto.

Francisco Maldonado estaba pálido: una sonrisa de amargura contraia sus lábios cárdenos; sarcástica sonrisa que vengaba á la víctima de sus verdugos, protesta elocuente de la libertad moral á que no llega el yugo de la justicia humana, y que se patentiza en un signo de desdeñoso menosprecio, ante el aparato terrorífico del poder represor en su mas alto ejercicio.

Gracias á la hidalguía de algunos caballeros, los condenados iban con traje negro bastante lujoso, habiéndose desnudado de las maltratadas ropas que de la batalla sacaron. En este trueque nada ganaba el verdugo; pues aunque ya era libre de pedidos, monedas pechos y derechos reales, y concejales y tenia sueldo fijo de los fondos del consejo, por ordenanza de don Juan segundo en Madrid en 1435, todavia don Cárlos no habia como en 1525, mandado que las ropas de los reos pertenecieran al ejecutor, ni don Felipe su hijo y la princesa en su ausencia confirmado este y otros fueros del ministro de las justicias y su colega el peon público cual lo verificaron en 1556 en Valladolid.

Padilla y Bravo tenian el cabello corto, pero don Francisco que gastaba melena, tuvo que resignarse á que cayesen sus negros cabellos al corte de las tijeras de un sayon.

Juan Bravo saltó sobre una mula sin poner el pié en el estribo, Juan de Padilla subió en la suya con una precision de movimientos enteramente militar.

Francisco Maldonado tuvo necesidad de que le ayudasen algun tanto los dos alguaciles que le servian de escuderos.

Juan Bravo salió delante; detras Padilla, el último don Francisco.

Al llegar á la primera esquina hizo alto la comitiva. Habia llegado la ocasion de utilizar al pregonero publicando la sentencia de los capitanes de la comunidad.

El alcalde Cornejo leia la condena: el peon público repetia sus frases con ese tono acompasado que quita á la Providencia una gran parte de su solemnidad.

Así decia el pregon:

«*Esta es la justicia que manda hacer S. M., y su con-*
»*destable y los gobernadores en su nombre de estos caballe-*
»*ros, mandándolos degollar por traidores y alborotadores de*
»*pueblos, y usurpadores de la corona real: quien tal hizo que*
»*tal pague.*»

No pudo reprimir don Juan Bravo su furia al escuchar los términos de la sentencia, y volviéndose al pregonero con ademan iracundo, le dijo brotando de sus ojos llamaradas de indignacion y con voz de trueno:

—Mientes tú, villano, y quien te lo manda decir. No traidores, sino celosos del bien público y defensores de las libertades del reino.

Un murmullo de aprobacion circuló por el concurso; testimonio de simpatía á la decision enégica del segoviano.

—Calle y repórtese (esclamó el alcalde Cornejo con vivo enojo); piense que va á morir.

—Ya lo sé; pues que te veo, precursor del verdugo, contestó con desprecio Bravo.

Ciego de ira el alcalde dió con la vara en los pechos del capitan de Segovia, diciéndole al propio tiempo.

—Mire el paso en que vá y no cure de vanidades.

El comunero hizo un movimiento para saltar de la mula y arrojarse al alcalde, mas los alguaciles lo contuvieron.

—Señor Juan Bravo (díjole Padilla), ayer era dia de pelear como caballero, hoy de morir como cristiano.

Juan Bravo calló al peso de tan nobles razones.

La comitiva continuó su marcha.

A la parada segunda, Francisco Maldonado pidió un vaso de agua para refrescar sus secos y dorosos labios. Un mulato tabernero se llegó á brindarle un vaso de vino, diciéndole con sorna.

—Vaya, señor caballero; con esto disimular la flaqueza.

—Guarda tu vino, ruin bellaco, replicó Maldonado estrellando el cristal contra el suelo.

Un soldado, testigo de esta escena, hizo atras al desalmado plebeyo de un empellon vigoroso.

El pueblo persiguió al escarnecedor de don Francisco con sus imprecaciones, hasta que desapareció en la oscuridad de su tenducho.

Por fin, el cortejo llegó á la plaza y al pié del patíbulo.

Juan Bravo subió el primero, entre el alcalde y dos alguaciles. Hizo un signo de despedida á sus compañeros de infortunio, y se adelantó con seguro paso hácia el ejecutor.

—Aquí está, maese, al feroz ministro.

Tiéndase vueseñoría sobre este repostero, contestó maese.

—Eso no, cuerpo de Cristo (esclamó Bravo), tiéndanse otros, que yo no tomo la muerte por mi voluntad.

El verdugo se volvió tranquilamente á dos vigorosos ayudantes, situados á sus espaldas, y les hizo un signo misterioso...

Ellos se dirigieron á Bravo que ninguna resistencia opuso, y le tendieron á la camilla de madera dejándole al descubierto la nuca, blanco del filo del hacha, antesala de la libertad, aquí me tienes, murmuró el comunero.

El verdugo levantó su arma terrible, y la descargó con violencia sobre la cerviz del capitan segoviano.

La cabeza quedó pendiente de algunas fibras y vasos magullados. La sangre salió á borbotones de aquel cuerpo truncado por la segur.

Maese apartó la vista de aquel repugnante cuadro.

—¿Qué es eso? (preguntó el alcalde Cornejo con imperioso tono) corta la cabeza enteramente, así se hace con los traidores.

El verdugo echó mano de la espada que cerca tenia y completó la degollacion.

—Enséñala al pueblo, y pónla en la picota; repitió el alcalde.

Sus órdenes fueron puntualmente obedecidas.

El pueblo saludó la justicia del gobierno al grito de ¡viva el rey!

Llegó el turno á Juan de Padilla.

Ascendió á la altura con aire de entera seguridad, dirigiéndose con grave cortesanía al alcalde Cornejo, y le dijo:

—¿Me permite vueseñoria hacer el último encargo?

El alcalde no respondió.

—Quien calla otorga (continuó el capitan toledano, haciendo al hombre de la garnacha negra un profundo saludo). Estais comprendido. Señor don Enrique de Sandoval y Rojas (continuó volviéndose al oficial del piquete, colocado en el último peldaño de la escalera). ¿Aceptais mi postrera condicion?

Don Enrique por toda respuesta subió al cadalso, poniéndose al lado de Padilla.

Don Juan se quitó del cuello un cordon de seda, que suspendia sobre su pecho algunas reliquias, y las entregó al primogénito del marqués de Denia, diciéndole:

—Llevadlas con vos el tiempo que dure la guerra, y hasta que halleis modo de que lleguen con seguridad á poder de doña María Pacheco, mi esposa.

—Morid tranquilo, replicó don Enrique dando muestras de su dolorosa conmocion.

Ambos caballeros se separaron sin proferir una palabra mas. Don Enrique marchó á su puesto: Padilla fué á tenderse sobre el repostero manchado de sangre.

El tronco de Juan Bravo, yacía bajo la camilla.

—Ahí estais vos, buen caballero, esclamó don Juan.

El verdugo mismo ató al general de la Santa Liga con esquisitas precauciones. No hay naturaleza sin simpatías y prevenciones antipáticas. Maese habia simpatizado con su segunda víctima: no podia escusar su muerte; pero estaba en su poder hacerla mas pronta. En consecuencia arregló la cabeza de Padilla del mejor modo posible; diciéndole á media voz=«*así: firme y caerá de un solo golpe.*»

El sayon se hizo atras; empuñó el hacha; la levantó so-



Cárlos V.
lám. 10

bre el lado derecho, y con formidable empuje la descargó como un rayo sobre la cabeza del héroe, que rodó por el tablado.

—¡Ave María purísima! gritó el pueblo consternado al ver aquella cabeza que el ejecutor le presentaba manando sangre, y que fué suspendida del garfio, contigua al del primer ajusticiado.

Al mismo tiempo que Maldonado aparecia en la cima fatal una voz de entre las masas populares gritó ¡perdon!

Don Francisco miró con ánsia al pueblo que oscilaba como las ondas de un revuelto mar. Los soldados se volvieron al concurso para defender de su misericordia la última venganza de sus jefes. Los ayudantes del ejecutor ataron al reo precipitadamente. El alcalde alentó al ministro de las justicias con un signo que entregaba á su merced aquella criatura, ligada al ara del espantoso sacrificio. Maese comprendió la señal. Levantó su homicida instrumento; pero sus fuerzas estaban agotadas, y hubo menester descargar tres golpes para que la justicia del consejo quedara cumplida en todas sus partes.

. . . .

No se engañaron en sus cálculos los aliados del poder real. Despues del terrible escarmiento, que dejo referido, Valladolid capituló con las tropas leales, y movidos del trato benigno que recibió la metrópoli de la rebeldia. Medina del Campo, Segovia, y las demas ciudades siguieron el ejemplo de Valladolid.

Por mas que la invasion francesa en Navarra desmembró el ejército realista, no fué posible á los comuneros hacer frente á la reaccion, ni tornaron á oponer sus fuerzas á las de los gobernadores; siquiera en la mas insignificante escaramuza. Prueba de la falta de acuerdo de aquellos jefes de la insurreccion, cuya incapacidad en unos casos, mala fé en otros, y rivalidades mezquinas en casi todos, frustraron una empresa que bajo los pretestos mas justos y la invocacion mas noble paliaba una desmedida ambicion; una desenfrenada codicia.

Pero el empeño en que desmayaba el patriotismo, y de que renegaba la sed de honores, le sostuvo con asombro de sus enemigos y pasmo del mundo, la venganza de una heróica mujer; Doña María de Pacheco, viuda de don Juan de Padilla.

El prestigio de una singular hermosura, de un nacimiento escelso, de un ánimo estraordinario, y de un terrible infortunio, rodearon á doña María de una aureola de atraccion irresistible para los moradores de Toledo.

A la noticia del trájico fin de su consorte la bizarra viuda organizó una procesion fúnebre, en la que hizo figurar á su pequeño hijo, vestido de luto, caballero sobre una mula luctuosamente enjaezada: delante del huérfano ondeaba una negra bandera en que se veia pintada la imágan del suplicio de su projenitor. El entusiasmo del pueblo rayó en el frenesí: cabalmente lo que pretendia la heroina toledana.

Incansable con sus propósitos, alentó á las ciudades sublevadas conforme iban resistiendo el movimiento reaccionario, que concluia por someterlas. Levantó soldados y comprometió al cabildo á franquear sus arcas para su manutencion. Fortificó á Toledo, pertrechándola con todo lo preciso; en una palabra, se hizo dueña de los ánimos de tal modo que la mayor parte por adhesion y los demas por necesidad, se adhirieron á mantenerse en insurgencia frente al poder triunfante, y en medio de tantos pueblos rendidos á su dominacion.

Ocupado el ejército en rechazar á los franceses de Navarra, los gobernadores no se atrevieron á emprender la lucha con Toledo y entablaron infructuosas negociaciones con doña María para reducirla á ceder en sus vengativos designios.

¡Tarea inútil! Pingües promesas, sordas maquinaciones, la intermision de su hermano el marqués de Mondejar, nada consiguieron de la viuda, aferrada en sus proyectos y dotada de una perseverancia, que hubiera honrado las facultades del capitan mas intrépido del mundo.

Terminó la guerra de Navarra y los regentes pudieron al fin disponer de aquel ejército; no tardando en dirijirle contra el foco de la rebelion, sino el tiempo que tardó en llegar á Castilla. Todas las fuerzas de España cargaron sobre la ciudad, que al mando de doña María contuvo el ímpetu de sus enemigos derrotándolos ignominiosamente en las continuas salidas de sus defensores.

En estas circunstancias murió Guillermo de Croy, arzobispo flamenco, blanco del ódio de todo el clero de su diócesis, y que para su designacion para la mitra archi-episcopal toledana, habia reunido con el pueblo rebelado al estado eclesiástico herido en su amor propio y en su espíritu de nacionalidad. Don Cárlos amaestrado por las duras lecciones de la esperiencia, instruido de los tristes efectos de su predileccion por todo Flandes, y libre de las influencias de Chievres, que habia muerto en 1521, se guardó muy bien de elegir para la primacía española, otro sugeto que un castellano; don Alfonso de Fonseca.

En virtud de este nombramiento el clero toledano se reconcilió con el trono, y como quiera que pesaba sobre él esclusivamente los gastos de la guerra, determinó combatir el influjo de doña María, enagenarla el crédito á que debia el sosten la revolucion, y minar su poderío, apoyándose de las menguadas supersticiones de un vulgo tan crédulo como voltario.

La tarea eclesiástica comenzó.

Pronto se esparció por la plebe, que la viuda de Padilla debia su aliento á la mágia: que tenia un demonio familiar bajo la forma de una esclava negra: que por sus sortilegios salian vencidos los realistas en las escursiones de los sitiados: especies que poco á poco la fueron atrayendo la repugnancia de aquellos plebeyos mas favorecidos antes en su servicio.

Inseguras ya las bases en que descansaba la preponderancia de la viuda de Padilla, el clero y una seccion de hombres influyentes afiliados á su causa, se declararon abiertamente contra ella, y con ayuda del cardenal Merino y el

mariscal Rivera, iduzaron de la ciudad á los mantenedores de aquel empeño; precisando á doña María á salir disfrazada de labradora con unos ausures en la mano sobre un anillo, con cuyo disfraz logró refugiarse á Lusitania al lado de unos parientes; posesionando de Toledo á las tropas del rey.

El obispo de Zamora, don Antonio de Acuña, fue preso en Villavamediana á una legua de Logroño por el alferez Perote, estando ya cerca de los franceses, á favor de cuya insurreccion pensaba refugiarse en Navarra, y pasar desde allí al territorio franco, salvando con su persona las riquezas que adquirió en la contienda civil.

Entregado al duque de Nájera, estuvo en riguroso depósito hasta que don Cárlos le mandó conducir á la fortaleza de Simancas.

Sometidas las comunidades, publicóse un perdon general con escepcion de doscientas personas, que constituian la lista de notabilidades de aquellos movimientos. Don Pedro Pimentel de Talavera, valiente capitan hecho prisionero al propio tiempo que Padilla, Bravo y los Maldonados, fué llevado á Palencia, en cuya plaza terminó sus dia del propio modo que sus infortunados compañeros.

Cuando por la maliciosa contramarcha de don Pedro Giron los caballeros se apoderaron de Tordesillas, recordarán nuestros lectores que dijimos haber sido presos algunos diputados de la Sacra Junta. Estos eran los procuradores de Guadalajara, los de Segovia y algunos otros que provisionalmente fueron encarcelados en la Mota de Medina del Campo. El alcalde Legizama destinó á siete de ellos á la venganza del principio monárquico. Medina presenció el terrible sacrificio: los procuradores fueron sacados á degollarles; montados sobre asnos con las gargantas circuidas de sogas, y publicándolos el pregonero traidores. Murieron con valor; haciéndose dignos de ese respeto de la posteridad que alza un monumento conmemoratorio sobre la fosa infamante en que la venganza de sus contemporáneos sepulta á los hombres de probada valía.

Otras justicias, como la del pellejero de Segovia, que

en Vitoria pereció ahorcado con otros dos ó tres mónstruos de su especie, contentaron mas que la de los gefes comuneros. A merced de la revolucion se desencadenan las torpes pasiones de algunos miserables, escoria de la sociedad, y repudiar los frenesíes de esos bandidos; es el primer deber de la bandería á que afectan estar adscriptos, como castigarlos la obligacion del partido opuesto.



Venido el emperador á España, cercáronle de solicitudes á favor de la mayor parte de esceptuados del perdon general, y si bien no otorgó todos los indultos que se le pedian, dió la órden secreta á sus lugar-tenientes de disimular la existencia recatada de no pocos proscriptos en los reinos.

El obispo de Zamora don Antonio de Acuña, estaba como dejamos dicho en la fortaleza de Simancas. El alcaide le guardaba toda especie de consideraciones, tanto por el sagrado carácter de que estaba revestido, como por su ancianidad. Por tanto tenia concedido el salir de sus habitaciones, y aun penetrar en las del viejo gobernador cuantas veces se

le antojaba. Cansado de permanecer en la prision desde 1522 hasta 1526, concibió el proyecto de fugarse; escogiendo el departamento de su custodio como punto mas fácil de salida. Una noche oscura de las de enero en que los centinela se guarecen en sus garitas, y los soldados temporalmente esentos de servicio se refugian al hogar del cuerpo de guardia.

El obispo entró en el aposento del alcaide. El antiguo militar dormia sentado al brasero y al amor de la lumbre. Sobre una silla próxima se veian el capoton de capucha, y el cinturon que ciñéndole al cuerpo sujetaba un manojo de llaves. Encima de la mesa descubríase la linterna de critales de colores, que solo usaba el gobernador, y cuyas luces varias no aquietaban á los centinelas, vagando por los ámbitos del castillo. Acercóse paso entre paso al alcaide: sacó de la bolsa de su Breviario un ladrillo, y reuniendo sus fuerzas le descargó sobre el raso cráneo de su custodio, que cayó sin exhalar un ay. El obispo se apoderó de las ropas de su víctima; encendió la linterna, y se dirigió á la puerta calándose la capucha. El hijo del asesinado entró en aquel instante.

Don Antonio quedóse inmóvil. El mancebo dió un grito al ver al autor de sus dias con los cascos quebrantados; echó mano al puñal que llevaba al cinto, y le alzó sobre el corazon de aquel sanguinario viejo; pero la mano armada se paró en la mitad del espacio de que debia descender, y dando con su pito la señal de alarma acudieron los carceleros, y llevaron á un calabozo al indigno sacerdote. Ronquillo vino á juzgar al reo, y en virtud de cierto breve de su Santidad, obtenido por don Cárlos, para conocer los escesos de los eclesiásticos irregulares, le hizo dar garrote, teniéndole un dia completo colgado de una almena su cadáver.

Don Pedro de Ayala, conde de Salvatierra, fue retenido en las casas del conde de Salinas hasta el año de 1524, en tal miseria, que el pintor Leon Pitardo le daba de comer de limosna. El altivo capitan de las merindades, el magnate que una carta de la Junta aseguraba su descendencia goda de sena en vena, fue mandado sangrar del pié hasta que espiró

Lleváronle á enterrar con los pies fuera de las andas, y con pesados grillos. Cumplida la sentencia del conde, el emperador dió cuarenta mil maravedís á don Atanasio, su hijo, y le adscribió á su servicio.

Dando los gobernadores cuenta de las justicias ejecutadas al regreso de don Cárlos á Castilla, se levantó con el semblante demudado, y esclamando con acento conmovido:= «*Basta, señores. No se derrame mas sangre.*»

Fernando de Abalos, caballero de Toledo, primer secuaz de doña María, era uno de los esceptuados del perdon general. Andaba escondido en la córte; procurando una ocasion solemne de presentarse al César y obtener gracia. Un criado de S. M. noticioso de su paradero lo puso en conocimiento del rey, que oyó el aviso sin proferir palabra. Como el criado notase que su aviso no tenia resultas creyéndolo efecto olvido de su señor, le repitió las señas de la morada del proscripto.

—Mejor hubierais hecho (esclamó don Cárlos irritado) en advertir á ese hombre que aquí estoy yo para perdonar, que á mí donde está él para castigarle.

1522.

Cuadro histórico.

I

Francisco de Valois y Cárlos de Hapsburgo habian hecho todo lo posible por resistir al inconjurable sino que los arrebataba por las pendientes del antagonismo á los manejos de la rivalidad, y de allí á los escesos; de ese encono, que hace de dos vidas un largo duelo, cuyos intérvalos de reposo embeben el acecho sañudo de la ocasion propicia para renovar los suspendidos furores.

Desde que Luis XII dejó el trono á Francisco, los intereses contrapuestos le hacian enemigo natural de España.

Como vecino de Iberia tenia que chocar por precision por la Navarra; que en virtud de despojo de investidura por el Pontífice, habia sido arrebatada á Juan de Albret, segun el derecho del primer ocupante en feudo sin señor, por Fernando V. En Italia el futuro vencedor de Mariñan hallaba siempre en torno de sí los tercios españoles, que le cerraban el paso, mientras que los embajadores del rey aragonés, reclamaban el cumplimiento de los mil tratados, pactos y convenios, que envolvian en inestricable laberinto las adquisiciones del imperio, Francia y España en la Península italiana. Dotado de un aliento superior á sus fuerzas, Francisco encontró la Europa del siglo XV representada en Maximiliano de Austria, anciano de brios poderosos, pero inconstante en sus empresas; en Fernando V, viejo positivista, que se encaminaba al provecho; indiferente aun por las vías de la gloria; fija la atencion en los resultados; en príncipes y señores, que principiaban por formidables armamentos, seguian con pobres escaramuzas, para concluir sin reportar una sola ventaja. Francisco traia al siglo XV los instintos del XVI. Apareció en la escena política con arrogancia, y desde luego cambió los procedimientos de su córte en los asuntos itálicos. Los copartícipes de sus conquistas se convencieron de que aquel jóven no sufriria las situaciones equívocas á que se habian resignado Cárlos VIII y Luis XII, y que con él no habia que pensar en amaños diplomáticos, y paulatinas usurpaciones. La Francia no era fuerte en aquel periodo. Austria y Aragon hablaron alto. Francisco recogió el guante y vino á jugar su dominacion en Italia en aquel arriesgado lance, que le valió la mas completa victoria, con la mas envidiable nombradia. Impotentes para resistirle los primeros poderes continentales, Francisco se halló naturalmente á la cabeza de esos poderes por cima de los que pasó en su espléndido triunfo, y la voz universal le indicaba como á uno de esos genios, que de era en era destina Dios á subvertir los hados de las generaciones. El alma de aquel bizarro monarca sonrió á la ambicion, y tras la sucesiva caida de aquellas potencias caducas

columbró el porvenir mas grandioso. Gefe de la cristiandad; emperador de Occidente; rey del pueblo mas apropósito para las altas empresas; único en Italia; valedor de los vejados; esto era lo que constituia los sueños de aquel ánimo insaciable. Miraba en derredor de sí, Francisco, y nadie, ni nada veia que pudiese frustrar tan supremos designios; por lo que llegó á figurarse omnipotente. Los destinos providenciales guardaban al engreido soberano una de sus mas duras acepciones. Toda una generacion de héroes debia surgir en torno del que se reputaba el hombre de su siglo.

Cárlos, humilde archiduque, entró en posesion de la herencia de los Reyes Católicos. España empezaba á tener una significacion envidiable entre las potencias de primer órden. Reunidas en una de las coronas de Castilla y Aragon, Castilla trae al poder combinado sus ricos territorios, aumentados con las conquistas en el litoral africano, y los dominios de aquel Nuevo-Mundo, que la heroina castellana doña Isabel compró al precio de sus joyas, mientras Aragon entregaba á el gobierno unido una pingüe porcion de Italia, y la Navarra, que el anatema pontificio arrebató á la casa de Albret, y adjudicó á don Fernando. Agregados á este pingüe patrimonio los Paises-Bajos, el dote de María de Borgoña y las conquistas de Maximiliano archiduque, la posicion no podia ser mas excelsa.

Cárlos, jóven de diez y nueve abriles, sorprendió á Europa por lo fausto de su estrella, y la noticia de su selecta educacion, como de sus escelentes disposiciones. Todos sabian que Maximiliano no perdonaba medio de asegurarle la corona imperial y se preveia que la fortuna de aquel mancebo, tan repetidamente probada, reservaba este éxito á sus ambiciosas aspiraciones.

Desde luego Francisco comprendió la oposicion de su destino con el de Cárlos, y concibiendo una aversion profunda al único rival de sus pretensionos para lo futuro, no desaprovechó coyuntura de contrariar los fines políticos de su émulo, para lo que no faltaban pretestos ciertamente; como en la

introduccion de nuestra leyenda han tenido lugar de conocerlo nuestros lectores.

A la muerte de Maximiliano, Francisco, conforme á su genial caballeresco, que le presentaba asequibles los mayores sacrificios del amor propio, propuso á Cárlos pretender la investidura Cesárea como los favores de una dama hermosa; quedando el favorecido en posesion pacífica de sus gracias; retirándose el desairado con la mas digna resignacion. Sucedió lo que debia suceder. Los embajadores de una y otra parte se valieron de medios que arruinaban el concepto de uno para dejar franco paso á la pretension del otro. Los franceses clamaron contra lo que llamaban usurpaciones de la casa de Austria, que trataba de incoar por herencia de su familia el rango electivo. Los emisarios de Cárlos rechazaban esta imputacion apelando al espíritu de nacionalidad germánica; presentando á la consideracion de los electores las diferencias de costumbres, gobierno y carácter del príncipe estranjero, que disputaba á su señor la supremacia continental. Hacian valer los representantes de Valois su reputacion guerrera como valla de los proyectos amenazadores de Selim, sultan de los turcos, que asegurado en la paz interior, por su victoria contra los mamelucos, amagaba una invasion formidable en los dominios eslavos. A esto respondian los abogados de la casa de Hapsburgo, que no era un brazo lo que habia menester la Alemania en caso de irrupcion, sino un príncipe como don Cárlos que prestara á el imperio las fuerzas de una opulenta monarquía las menas del Nuevo-Mundo, y los tesoros del comercio de los Paises-Bajos. Francisco hizo pasear su oro sobre caballerías por las tierras del imperio; alarde vergonzoso para el que enviaba el precio de la corrupcion; infamante testimonio para aquellos á quienes venia destinado. Cárlos contrajo empeños de enorme cuantía para contrarrestar aquel método de corrupcion. Las combinaciones y las intrigas puestas en juego en el intérvalo de cinco meses y dias causan la atencion por sus revueltos giros. El 28 de junio de 1519 Cárlos fue solemnemente

proclamado emperador, y Francisco supo con el mas violento despecho que, segun las condiciones de la estipulacion por él mismo propuesta, le tocaba retirarse en paz, dejando libre el campo al *caballero que le soplaba la dama*.

Juan de Albret suministró un pretesto á su encono. Castilla estaba revuelta en los bandos de la comunidad: el emperador en Alemania, enredado en cuestiones religioso-políticas de la mayor importancia: Navarra desguarnecida: el tratado de Noyon, efímera tregua de aquella obstinada lucha, reconoció de derecho lo que de hecho estaba muy distante de cumplirse. No se atrevia Francisco á entrar á cara descubierta en el palenque, receloso de la liga de Cárlos y Enrique VIII, recientemente establecida; pero bajo el nombre de Enrique de Albret hizo alistar tropas que invadieron la Navarra hasta Pamplona, y tuvieron la imprudencia de llegar á los muros de Logroño. Los comuneros habian sucumbido en Villalar, y las comunidades no contaban mas que con Toledo. Los regentes hicieron marchar sus fuerzas contra Andres de Foix, y este aventurero sin dotes y enorgullecido por su primera felicidad, habiendo atacado á los tercios castellanos cerca de Pamplona, despues de una derrota completa, quedó en poder de los enemigos con todo su estado mayor; recobrando España lo perdido en menos espacio que los franceses á favor de las circunstancias mas prósperas lo ganaron en una no interrumpida marcha.

No contento con esta tentativa malograda, el odio de Francisco buscó un adversario á su rival en los dominios de Alemania. Roberto de la Mark, señor de Bouillon, pequeño estado de Luxemburgo, en las fronteras de Champaña, tenia resentimientos del consejo áulico por supuestos agravios á su jurisdiccion. Tan orgulloso como menguado Roberto, devoraba sus rencores en la misteriosa desesperacion de la impotencia; pero los embajadores del soberano francés fueron á brindar á su cólera los pujantes recursos de la Francia, y de tal modo le persuadieron de los auxilios de Francisco en su demanda, que el pigmeo no vaciló en man-

dar á Worms un heraldo que declarase la guerra en toda forma al gefe de la feudalidad europea. Cárlos adivinó tras de aquella estravagante ceremonia, la influencia de su envidioso émulo, y determinó responder de un modo terminante al encubierto tiro. Al frente de tercios franceses Roberto asoló la primera provincia del imperio germánico. Nassan con veinte mil hombres se posesionó en nombre de emperador del patrimonio del osado La Mark, invadiendo la Champaña; y dando principio á las hostilidades directas, que duraron largo tiempo sin provecho de ninguno y con graves pérdidas de todos.

La lucha tuvo su principal teatro en la Lombardía. Leon X buscaba un pretesto plausible para romper con los franceses, antipáticos en sumo grado á la índole italiana, y que soportables bajo el régimen paternal del buen Luis XII, se habian hecho de una procacia sin ejemplo bajo el mando imperioso del rapaz mariscal de Lautrec. Con la recepcion en los estados pontificios de los desterrados y proscritos de Milan, Lautrec se creyó autorizado á embestir á Reggio, en los dominios del papa. Leon se declaró aliado de Cárlos, y Próspero Colonna, el mas distinguido general que contaba Italia, recibió el mando de los ejércitos confederados. La torpe, villana perfidia de Luisa de Saboya, jurada enemiga de Lautrec, detuvo los socorros destinados á conjurar la tempestad. El cardenal de Sion tuvo la habilidad de hacer llegar á los suizos del ejército francés la órden de sus cantones que mandaba volver á los batallones helvéticos, mientras sus hermanos, al servicio de España y Roma nada supieron. Colonna llegó á las puertas de Milan, y un desconocido le prometió de parte de la faccion Gibelina, hacerle dueño de la plaza, en cuanto un destacamento de los suyos se aproximase á las murallas favorecido de las tinieblas nocturnas. El marqués de Pescara con la infantería española, se encargó con su ordinario arrojo de tan azarosa comision, y la verificaron con tal fortuna, que sorprendidos los custodios de las primeras fortificaciones, se entraron por la ciu-

dad adelante con escasa pérdida, haciendo huir al mariscal Lautrec con las reliquias de sus tercios, tan llenos de desaliento, que en breves dias Francisco no poseia en Italia mas que á Cremona, el castillo de Milan y algun que otro castillejo, mal situado y peor guarnecido. El canciller Moron y Guicciardini escarmentaron á Lautrec en sus diferentes intentonas, para recuperar el Milanesado, y Parma y Plasencia, incorporadas al patrimonio de San Pedro.

El placer de la victoria costó la vida á Leon. Una fiebre intensa se apoderó de él; y le condujo á la tumba en pocos dias. Francisco abrigaba entre sus pretensiones la de presidir á la eleccion de Pontifices, como muchos de sus predecesores en rango. No era solo por orgullo por lo que Valois buscaba ocasion de elevar un patrocinado á la silla del vicariato apostólico: el interés guiaba sus miras. La alianza con el Papa era una palanca poderosa para los príncipes que se disputaban el territorio itálico, y Francisco habia menester el auxilio de un padre de los fieles, que reconociéndole por orígen de su fortuna, no pudiese negarle la cooperacion á sus proyectos. Cárlos se habia servido de Wolsey para mover á Enrique VIII contra la Francia, prometiendo al cardenal británico su apoyo en sus aspiraciones á la tiara. Francisco tenia formal empeño en burlar á Wolsey, humillando á Cárlos, y al efecto habia preparado sus maquinaciones en favor de Julio de Médicis, sobrino de Leon. Vacante la sede apostólica en las referidas adversas circunstancias, Francisco quedaba reducido á la nulidad en los manejos de Roma, y mas poderoso que nunca el emperador estaba en aptitud de disponer los asuntos á su acomodo. Don Juan Manuel esplotó las discordias del partido anciano y el jóven, y llevando las cosas con un tacto admirable, el cónclave por unanimidad aclamó al cardenal Adriano supremo Pontífice, que tomó el nombre de Adriano VI.

Cuantas ventajas habia deseado obtener Francisco, conseguia su eterno rival; Cárlos de Gante, con mas que al ascender al solio eclesiástico Julio de Médicis, Francisco, á los

ojos del mundo pasaba por un calculador; pero al elevarse con ayuda de Cárlos Adriano de Utrech, el emperador daba un brillante testimonio de gratitud á su preceptor, y una prueba de la magnanimidad con que recompensaba los servicios de sus reales afectos.

Francisco en el colmo de la exasperacion por las propiedades de su émulo, hizo un esfuerzo penoso para resistir el curso de aquellos triunfos que se fundaban en sus derrotas, y reforzando sus maltratados tercios con diez mil esguízaros, y remitiendo fondos á Lautrec, consiguió recobrar algunas plazas de su perdido territorio. La jornada de Bicoque, en la que empeñó al general de los franceses la exigencia de los suizos, atrajo á Francisco con el descrédito de la derrota el dolor de perder cuanto poseia en Italia, incluso Génova, que la faccion de los Adornas entregó al emperador. Al propio tiempo un heraldo de la Gran Bretaña declaraba la guerra al vencedor de Marignan, y Surrey con su escuadra asolaba las costas de Normandía para venir sobre la Picardia despues con un ejército de diez y seis mil hombres.

Al tiempo que Cárlos aportaba en España, Adriano se hacia á la vela para el continente itálico. Roma iba á tener un Pontífice aleman como el adversario de Witemberg. La Iglesia latina, aquella Iglesia cuyo genial chocaba al severo misticismo de la Germania, debia sufrir un desengaño de su pompa en las costumbres sencillas, en la rectitud invariable de la índole del dean de Lobayna en Flandes, obispo de Tortosa en nuestro pais. Los romanos no recibieron bien al preceptor de Cárlos V, y esto constituye el mas subido elogio que la historia puede consagrar á las virtudes del eminente varon; porque aquel pueblo acostumbrado á esas esterioridades brillantes con que la pequeñez simula la grandeza, y á ese aparato deslumbrador con que á falta de escelsitud intrínseca el orgullo se atrae la admiracion vulgar, antipatizaba con la austeridad de costumbres, con la dignidad de la sencillez evangélica, con el anhelo de purificar una corrup-

cion que á todos promete lucro: en una palabra, Roma se dejaba regir con mas gusto del príncipe eclesiástico que del Apóstol: preferia un Julio II con su fastuoso cortejo militar, un Leon X con su séquito de artistas, á un Adriano que hizo punto de conciencia de no promover á cargo alguno á sus deudos y amigos: que guiado por un sentimiento de justicia devolvió el ducado de Urbino á la Rovere y restituyó al duque de Ferrara las usurpaciones del gobierno pontificio. El primer cuidado de Adriano fue desmentir las sospecha de parcialidad que se le suponia á favor de su discípulo, y comprendiendo el papel de padre comun de la cristiandad, solicitó la concordia de todos los príncipes, y la conversion de sus armas contra Soliman, emperador de los turcos, que habia conquistado la isla de Rodas. Todo el continente deseaba la paz. Francisco no podia desearla, supuesto que aquella paz era la pérdida de sus dominios en Italia. La guerra tornó á encenderse mas terrible que nunca para la Francia, pues hasta la república de Venecia, su final aliada, entró en la liga con Adriano, Cárlos y los poderes del Lacio contra ella.

Cuando Francisco (mas rey que Cárlos y Enrique porque no teniendo necesidad de pedir subsidios á los parlamentos y córtes, recaudaba mas pronto los tributos y podia imponer á su arbitrio las contribuciones estraordinarias que le pluguiesen) se preparó á contrarrestar tan temible alianza la conspiracion del condestable de Francia, duque de Borbon, paralizó sus comenzadas operaciones, y se hizo estremecer al medir con espantados ojos la profundidad del abismo en que estuvo á punto de hundirse su monarquía.

Bonnivet marchó en su lugar á Italia al frente de treinta mil hombres, y aunque á pesar de Colonna pasó el Tessino y con dirigirse á Milan hubiérase hecho dueño de ella, en el estado deplorable del ejército confederado, perdió una semana; tiempo suficiente para que los milaneses se fortificasen de modo que estrellaron contra sus obras la impetuosidad de los ataques de sus antiguos dominadores, que se

retiraron á sus cuarteles de invierno.

Por fallecimiento de Adriano fue promovido al sumo sacedocio Julio de Médicis que tomó el nombre de Clemente VII. Siendo cardenal para captarse las simpatías de don Cárlos, se mostró acérrimo enemigo de la Francia; pero al poner en su dedo el anillo del pescador, cambió de tono y siguió la línea de conducta de Adriano, invitando á los reyes á la paz con todo el influjo de un mediador celoso. Sus esfuerzos no tuvieron el éxito apetecible; ambos poderes rivales aprontaron sus fuerzas, y en breve empeñaron la interrumpida lucha.

Pescara y Borbon hallaron tremendos obstáculos para hacer maniobrar sus tropas. Cárlos no estaba en posicion de remitirles dinero, y faltos de pago los tercios imperiales, se amotinaron amenazando saquear las tierras milanesas Moron vino en ayuda de los apurados capitanes, y por un voluntario anticipo de los milaneses, satisfechos ya los haberes militares, el ejército salió á campaña contra Bonnivet, cuyo único dote consistia en el valor personal, insuficiente en la contienda con dos tan buenos jefes como los del emperador.

Al cabo de mil escaramuzas en que Bonnivet ofrecia la batalla y los imperiales rehusándola iban arruinando sus fuerzas, interceptándole socorros y conduciéndole diestramente lejos del teatro de sus primeras operaciones, los franceses tuvieron que retirarse hácia Turin. A orillas del Sessia, Borbon y Pescara cargaron sobre la retaguardia de Bonnivet, que al recibir una herida de mosquete se retiró precipitadamente, dejando el mando de las tropas al insigne caballero Bayardo y á Vendenese, hermano del mariscal La Palice. Bayardo á la cabeza de su gendarmeria contuvo á los imperiales, y salvó la retaguardia de un inminente destrozo, aunque este hecho imponderable le costara la vida.

Una bala de mosquete le rindió, y moribundo se hizo apoyar contra un árbol vuelto el rostro hácia el enemigo

clavada la vista en el puño de su espada que tenia figura de cruz. Borbon vino á visitarle.

—Valiente caballero, (dijo el duque), ¿debíais concluir de ese modo? ¡Vos el blason de Francia, el pasmo del mundo!

—No me compadezcais, (replicó el ilustre vencido con voz desfalleciente); muero como todos los de mi raza: fiel á mi ley, á mi patria y á mi rey: entre los mios, y ante sus comunes adversarios.

El duque bajó la cabeza.

Bayardo continuó con tono profético:

—Compadeced á los armados contra su pais. Su fin es trágico; su memoria vergonzosa.

—¡Adelante! (esclamó Borbon animando á su tercio) ¡A perseguir á los fugitivos!

El duque y los suyos salieron al escape, como legion diabólica que cabalga sobre las alas del desenfrenado huracan.

El marqués de Pescara acudió poco despues al sitio en que espiraba lentamente el mejor caballero de la corte de Francisco de Valois. Hizo levantar una tienda de campaña en la imposibilidad de traslacion del herido á lugar mas conveniente, y dejó para su custodia una guardia de honor, como para su auxilio los mejores cirujanos con que contaba el ejército. Todos los cuidados fueron inútiles: Bayardo pereció, y Pescara, habiendo hecho embalsamar su cadáver por los mas entendidos profesores de Italia, le remitió á sus parientes con todas las muestras de respeto que merecia tan esclarecido héroe, y bastaban á acreditar la hidalga bizarría de un noble enemigo. Por todo el tránsito hasta Francia, los restos de Bayardo recibieron el homenaje de veneracion mas eminente. Bonnivet volvió á su pais con los residuos de su ejército, sin dejar en Italia un palmo de terreno sometido á su rey; sin que este contara con un solo aliado en aquella península.

Clemente VII, que en su liga con Cárlos habia tenido por objeto asegurarse su influencia en el cónclave, y colocar

á Sforzia en sus estados hereditarios, se inclinó á Francisco tan pronto como los triunfos imperiales le hicieron recelar la dominacion esclusiva de Cárlos en Italia. El emperador rechazó con desden sus proposiciones, y solicitado por Borbon á invadir la Francia, entró por la Provenza un ejército al mando de Pescara y el duque de Borbon. El último, pasados los Alpes, y atacado la Provenza, queria marchar hácia Leon, confiando en el crédito que creia gozar en aquel territorio. Cárlos se obstinó en apoderarse de Marsella, anhelando poseer un puerto que le abriera siempre el camino al interior de la Francia. Esta fue la salvacion del pais invadido. Los franceses talaron sus tierras para abrir un desierto á los ojos del enemigo, y dedicaron todos sus conatos en fortificar y guarnecer la plaza sitiada. Cuarenta dias duró el asedio. La pericia de Pescara y el furor de Borbon se estrellaron contra aquellos baluartes tan briosamente defendidos, y en tanto Francisco, habiendo juntado un contingente respetable, avanzó desde Aviñon hácia Marsella, haciendo levantar el sitio á sus contrarios, y repasar los Alpes con harta celeridad.

La venganza del emperador habia errado el golpe. Francisco á su vez se decidió por la ofensiva. Inútilmente le representaron los inconvenientes palpables de su proceder. En vano Luisa de Saboya, su madre, se puso en camino para llegar á contener sus primeros ímpetus. Antes de que Luisa entrase en Provenza, Francisco pasaba con sus soldados el Mon-Cenis á marchas forzadas, remitiendo con un correo los despachos que daban la regencia del reino á su madre. Pescara, al tener noticia de la ruta emprendida por los franceses, revolvió á jornadas dobles sobre Milan, teniedo apenas espacio de guarnecer la ciudadela, y convencerse de la imposibilidad de defender aquella ciudad desgraciada, que abandonó á sus enemigos. Si despues de esta feliz operacion Francisco emprende sin levantar mano con los generales de Cárlos, hubiese conseguido evitar las desventajosas condiciones que sus consejeros tuvieron en cuenta al re-

traerse de sus planes; mas engreido en su victoria dejó á Lanoy que empeñando las rentas de Nápoles encontrara dinero; á Pescara que reanimase el valor de su temida infantería española, haciéndola jurar que se batiria hasta el último trance sin pedir su soldada cual la tropa mercenaria; á Borbon que diese en prenda sus joyas para reclutar con el producto un cuerpo respetable en Alemania.

En lugar de dirijirse á Lodi y á las orillas del Adda, desesperada posicion de Pescara, Francisco, por consejo de Bonnivet, fue á cercar á Pavía, que aunque plaza de consideracion, y de cualidades útiles á los propósitos de dominar aquel continente, atendidos lo adelantado de la estacion, á las obras de defensa, al número y mérito de los defensores, y á gobernarla Antonio de Leiva, no prometia los resultados deseables; al paso que impedia empresas de un éxito mas productivo.

Antonio de Leiva oriundo de una esclarecida familia, tenia en toda su noble integridad ese orgullo de raza, que tan legítimo aparece cuando los hechos de actualidad continúan los timbres del pasado. Militar pundonoroso, tan activo como bravo; tan obediente de inferior, cual de superior constante; reuniendo á un arrojo heróico, una estremada prudencia; sufrido como el mas resignado de sus guardias españolas; tenaz en sus ideas con ese empeño hijo de la madurez de reflexion, Leiva era el enemigo mas á propósito para desesperar á Francisco cuyo irritable temperamento se enardecia con la oposicion á sus tremendos brios. Durante tres meses Leiva estuvo resistiendo cuantos sistemas de asedio conocia la táctica de la época: el valor y el ingenio, la fuerza y la industria conspirando de consuno á un fin impacientemente ambicionado; y sin que los generales del imperio pudiesen socorrerle, ni distraer la atencion de los sitiadores. Los romanos, espíritus inclinados á la burla, celebraban infinito el chiste de un pasquin; en que se prometia gratificar á quien descubriese el paradero de los gefes imperiales, que se habian perdido por octubre en las montañas intermedias

entre Lombardía y Francia.

Este fue el momento escojido por Clemente VII para su defeccion de la causa imperial. En Italia se admiraba la gallarda defensa de Pavía con que Leiva inmortalizaba su nombre; pero era una creencia universalmente reconocida que por mas esfuerzos brillantes que hiciese el gobernador preclaro, la plaza tendria que sucumbir. Clemente, impulsado por tal creencia, rompió sus empeños con Cárlos Quinto, y se apresuró á entablar negociaciones con Francisco Primero. Se puso de acuerdo con las volubles potencias italianas, y convinieron en proponer al emperador una paz deshonrosa, por la que el rey de Francia quedase dueño de lo últimamente conquistado; mientras el hijo de doña Juana retirase sus tropas del territorio cedido, Cárlos rechazó con menosprecio tales propuestas, quejándose con amargura del Pontífice, que con la inconsecuencia mas notable frustraba como vicario de Cristo la empresa que alentó como consejero y sobrino de Leon X; pero sin atender á semejantes quejas, Clemente firmó con Francisco un tratado de neutralidad en que arrastró tras sí la república de Florencia. Francisco se reservó la ignominia de hacer inútiles todos los elementos que determinaban su auge con esa ambicion desmedida y loca que le hizo el juguete de sus prosperidades.

De repente concibe el disparatado pensamiento de atacar el reino de Nápoles, desmembrando sus fuerzas con el envio de seis mil hombres al mando del duque de Albania, Juan de Stuard. Pescara, general de un golpe de vista de verdadero génio, comprendia que la suerte de los imperiales en Italia dependia de la suerte del Milanesado y no de aquella amenazadora diversion, y aconsejó á Lanoy que esperasen á Borbon para marchar sobre Pavia. Dos mil alemanes reclutados por el duque reforzaron el ejército de Cárlos, y ya con iguales fuerzas parecieron aquellos tercios que el pasquin de Roma habia señalado prófugos ante los victoriosos franceses.

Los alemanes de la guarnicion de Pavia reclamaban el

pago de sus sueldos, amenazando con entregar la plaza al enemigo. El hambre desolaba á sus infelices moradores. Solo la lealtad de Leiva sostenia las águilas del imperio sobre aquellos muros, semi-arruinados por la artillería francesa. Socorrer á Pavía á todo trance, era la obligacion que se habia impuesto el ejército de Cárlos: los españoles capitaneados por Pescara juraron perecer en el intento ó triunfar. Con tales disposiciones asaltaron la *villa de Castello Sant Angelo* que se rindió con la adjunta fortaleza; acercándose sin perder tiempo al campamento de Francisco.

Todos los capitanes esperimentados del rey de Francia, le dieron el dictámen de que se retirara; evitando el choque con un enemigo que venia desesperado á buscarle. Con esperar algunos dias resguardado tras sus trincheras, los imperiales faltos de recursos, animados á pelear por las promesas del lucro de la jornada, y desesperanzados del combate en que cifraban el fin de su precaria situacion, promoverian un tumulto que diese por término el abandono de sus banderas. Francisco nada escuchó.—«*Me buscan; pues que me encuentren,*»—respondió á lo héroe de romance, y de entera conformidad con el consejo de Bonnivet, determinó aceptar la batalla á que le provocaban los caudillos del ejército de su constante rival. Algunos historiadores han escrito que Francisco aceptó el reto por cumplir su palabra á una dama de llevarle buenas noticias de Pavía.

II.

Traslademonos á la tienda de campaña del duque de Borbon, frontera al castillo de Mirabel; en las altas horas de la noche del 23 de febrero de 1525.

Sentado ante una mesilla de tablero sobre pies de catre, escribe apresuradamente un militar de aspecto ceñudo y torbo lo que le dicta un apuesto capitan de caballos, que se pasea por la tienda con lentitud.

Todo revela en el amanuense al soldado germánico. Su

fisonomía es de esa típica nacionalidad, que constituye el stigmate de las razas: largos mostachos rubios, ojos de un azul claro, colorados mofletes. Esa espresion flemática, que tanto caracteriza al aleman, ha sido reemplazada por la contraccion severa y dura del aventurero, que se hace pagar los riesgos de su vida, alquilada á los príncipes que se disputan la Italia, y que sin espíritu patrio, móvil generoso de los grandes hechos militares, la juega en aquellas azarosas jornadas por un puñado de escudos al fin de cada mes.

El capitan es un bizarro jóven, de rostro agraciado, estatura aventajada, y que realza su buena disposicion con un equipo bélico de los mas lujosos. Su armadura de acero templado en Africa, es de un trabajo admirable en su grabado y empavono, y está fileteada de plata profusamente. El birrete de terciopelo grana, que cae con singular gracejo sobre su oreja derecha, luce un joyel de bastante valor, del que sale vaporosa como los hilos de la gasa, una garzotilla de pluma de cisne.

La espresion fisionómica del capitan es de una bravura reposada: y en su mirada serena y de una fijeza suma, se adivina al hombre leal, y de carácter firme.

—Capitan Monte-fiorito, (dijo el escribiente con voz gutural) no falta mas que la firma de su gracia el señor duque.

—Está bien, cabo Wolfang, (contestó Monte-fiorito.) Toma otro pliego y vamos á otra cosa.

El amanuense obedeció.

—Vamos á otra cosa, repuso el cabo mojando la pluma, y volviéndose á su gefe en signo de aguardar su dictado.

—Sr. coronel de voluntarios de Franconia, empezó el capitan.

Wolfang se puso á la tarea.

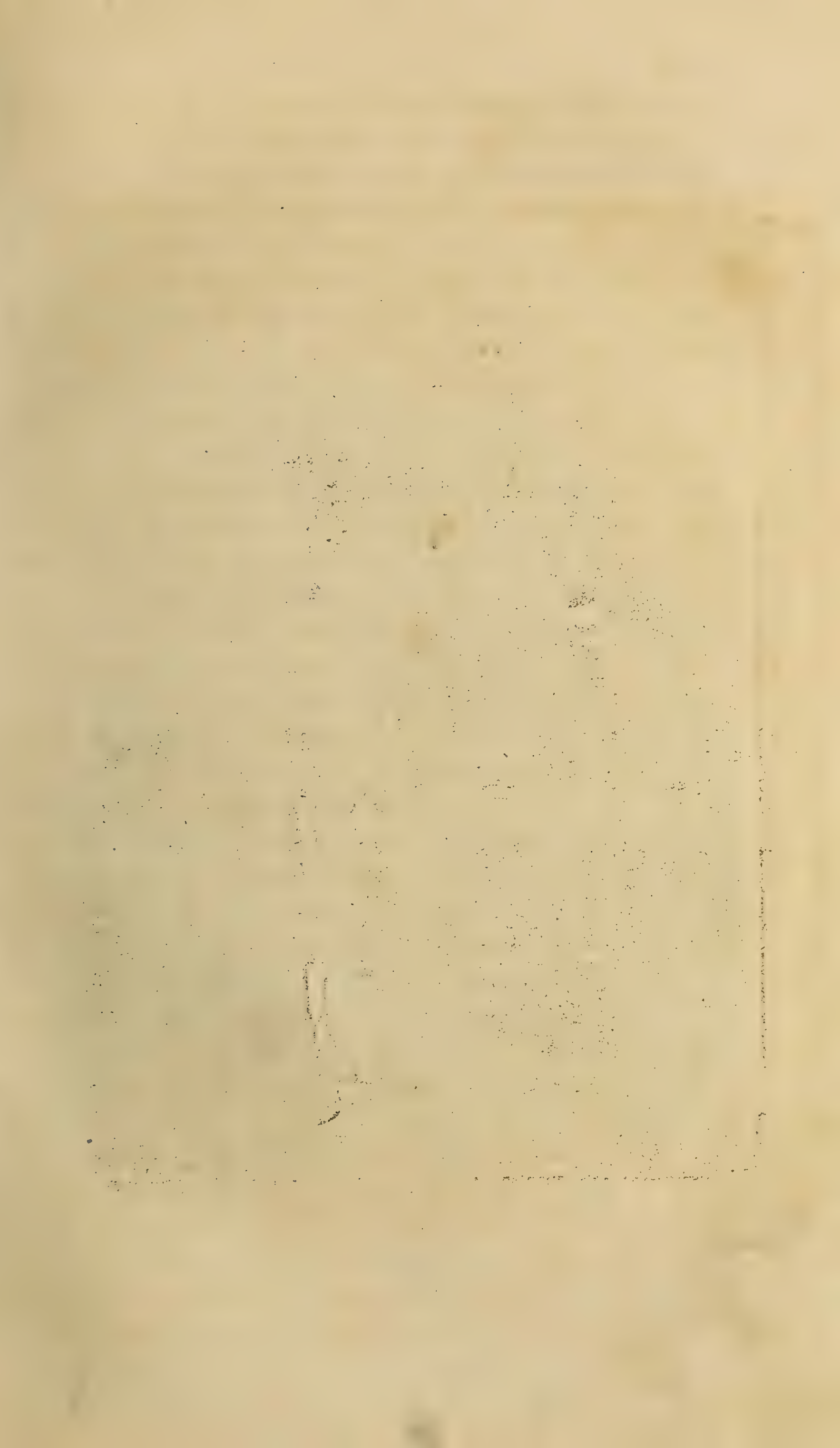
—Franconia, repitió.

—De órden de su gracia, el general...

—El general.

—Cuidará V. S. que ningun individuo...

—Individuo.





Cárlos V.
lám. 11.

—De su cuerpo.

—Adelante.

—Que ningun individuo de su cuerpo, (volvió á decir Monte-fiorito) salga de su campo.

—Campo.

—Ni se comunique con otros soldados de los demas tercios alemanes...

—Alemanes.

—Ni españoles.

—Ni españoles.

El capitan se acercó á la mesa y reparó lo escrito, indicando su aprobacion con un movimiento de cabeza.

—Punto y aparte, dijo continuando sus pausados giros por la tienda.

Wolfang tornó el rostro hácia su jefe.

—Al efecto, prosiguió el jóven.

—Efecto.

—Su gracia manda que ronde un oficial de toda la confianza de V. S. por el circuito del campo, á fin de....

—Poco á poco, mi capitan (interrumpió el cabo aturdido.) Mas despacio si se sirve vueseñoria.

—A fin de... concluyó Wolfang.

—Buena memoria.

—No es mala. A fin de...

—Evitar que haya comunicaciones entre los demas tercios...

—Tercios.

—Y el que V. S. manda.

—Anda.

—Dios guarde, etcetera.

El amanuense siguió en la forma de costumbre.

—Ya está, dijo levantándose de su asiento.

Monte-fiorito ocupó su lugar para la autorizacion de la órden con su firma.

Mientras el capitan escribia el cabo empapaba en tinta el sello de la comandancia general alemana, que estampó en la cabeza del márgen del oficio.

—Que cerrado conduzcan este pliego á su destino, repuso el secretario de su gracia, el duque de Borbon, cediendo al cabo su puesto en la mesa.

En un instante fué la comunicacon doblada, metida en un sobre, lacrados los picos de la cubierta y dirijida por conducto de uno de los ordenanzas, que en diferentes grupos mantenian recatadas conversaciones á la puerta de la tienda de su general.

—¿Recordais bien el testo de esa órden? preguntó á Wolfang Monte-fiorito.

—Perfectamente.

—Pues en ese caso estended cinco en sentido análogo para los coroneles de Altemburgo, Trisia, Sajonia, Hungria y Friburgo, mientras que doy una vuelta por los alrededores del Consejo.

—Entendido, mi capitan.

—Pronto doy la vuelta: tenedlo todo preparado para cuando yo regrese; firmo y á su destino cada órden.

El cabo se inclinó en señal de respetuosa obediencia.

Monte-fiorito evacuó el local con paso reposado; acariciando las hebras de ébano de su sedoso bigote, que rodeaba en dos rizos los bien dibujados contornos de su boca; tarareando uno de esos aires de los montañeses lombardos, tan dulcemente monótonos como el arrullo de la tórtola en umbrosa enramada.

Al salir el capitan se oyó el golpe de la alabarda del centinela hiriendo el suelo en el saludo militar, y calló el susurro de las conversaciones de los ordenanzas.

—¡Rayo de Dios! (murmuró el cabo de la escolta del duque con acrimonia.) ¡Buen animal he sido en incorporarme al estado mayor de su gracia! Trabajar cuando los demas reposan, y el dia del bateo adelante!

El aleman se encojió de hombros, comprendiendo las ventajas de la resignacion en los casos irremediables, y poniéndose á trabajar con esa fé del que cumple de todas veras con los encargos que se le confian.

Apenas terminadas tres comunicaciones apareció en la tienda un arcabucero de Pescara, con su arcabuz al hombro, y un abultado pliego en la mano.

Al ruido de su pesada arma que descansó en tierra, Wolfang tornó la cara con sobresalto.

—¡Ola! dijo examinando con curiosidad al arcabucero.

—¡Ola! contestó el español con la arrogancia de los valientes.

—¿Qué trae de bueno el señor del arcabuz?

—El corazon y el brazo, replicó con despegado tono el ibero.

—Dios se los conserve, repuso Wolfang.

—Amen, concluyó el ordenanza de Pescara.

—¿A qué viene?

—A entregar este oficio para su gracia el señor duque de Borbon de mi general el marqués de Pescara.

—Venga pues.

—Vaya.

El cabo examinó curiosamente el sobrescrito.

El arcabucero se quitó el bacinete y sacando un roto pañuelo, limpióse el sudor que corria por su rostro en copiosa abundancia.

El equipo de aquellos dignos hijos de España no podia ser mas sencillo. Sobre la coraza traian un sayo á modo de camisa con medias mangas, de color blanco, y de franela en cuyo distitivo se reconocian de noche en las acometidas misteriosas, y aventurados saltamientos á que les guiaba su intrépido general. El arcabuz era sumamente pesado, y para sostenerle llevaban una horquilla sobre un baston que terminaba en pica para clavarle en tierra; como para prender fuego á la chimenea ó bombilla tenian un manojo de mechas, asido por una hebilla al cinturon.

—Está bien, señor español (esclamó Wolfang.) El pliego será entregado á su gracia.

—Me alegro.

—¿Cómo vamos de sueldo?

—A las mil maravillas.

—¡Bah!

—No hay mas *bah* que es lo cierto, señor cabo; aquí os paga el emperador; allá nos paga el rey de Francia.

—¡El rey de Francia!

—Francisco primero. Entramos de noche en su campo y despues de armar la de Dios es Cristo nos traemos lo que hay por el camino: alhajas, víveres, dinero y hombres; asi se va pasando.

—Por eso dormís todo el dia como lirones en invierno.

—Cabalmente.

—Para salir á merodear en camisa.

—Para salir á merodear en camisa?

—Para salir á buscar que comer, ya que nuestro pan os lo damos: dijo el arcabucero con gesto desdeñoso.

Wolfang murmuró un juramento germánico.

—No hay mas jurar, que es positivo. Nosotros, los españoles, no cobramos la soldada, y hemos cedido nuestros atrasos en beneficio vuestro. Esto lo sabe todo el ejército imperial, señores mercenarios de Alemania.

—Cada cual es dueño de su vida.

—Concedido. Vosotros la vendeis: nosotros la damos.

—¿Por qué dejasteis marchar á los prisioneros que hicísteis en vuestra última sorpresa nocturna al campo francés?

—Bastante oposicion hubo entre nosotros.

—El prisionero es propiedad de quien le rinde.

—Está claro. Sin contar que habia pájaros muy gordos: cinco jefes de tercios; dos señores, y seis ó siete hijos de dignatarios.

—¡Rica presa!

—Los tambores y trompetas del enemigo que llegaron al campamento al dia siguiente, venian ofreciendo rescates cuantiosos. Por un hijo del mariscal La Paliza, á quien yo prendí, daban dos mil y quinientos escudos....

—¡Sangre y trueno! ¿y por qué consentísteis en soltarle sin hacerle pagar la libertad?

—Porque lo mandó el marqués: respondió el arcabucero con ese tono decisivo que escluye toda idea contradictoria á una voluntad irresistible.

—El marqués, el marqués, repitió con sorna Wolfang.

—El marqués que nos hizo presente que habia algunos imperiales prisioneros de los franceses malditos, y tratados con la mas inícua dureza....

—Por lo mismo...

—Por lo mismo deseaba que diéramos una leccion de generosidad á los gabachos, y....

—Necios! (esclamó el aleman). Y por ese deseo abandonásteis tan pingüe ganancia! Fuego de Dios!

—El marqués hace de nosotros lo que quiere.

—Ya se conoce, interrumpió con sarcasmo Wolfang.

—Nos dejariamos hacer trizas por él (añadió el arcabucero con animacion entusiasta) porque es un leon ¡Vive Cristo! Duro como una peña, fuerte como un Sanson; chancero como una cantinera andaluza, y luego hablando á el alma; diciendo unas cosas que.... vamos; en un minuto nos hace llorar como mugeres ó reir como chicuelos. Cuando nos dice ¡*España; adelante*! nos convierte en fieras.

—Ya; ya sabe llavearos.

—Aquello no es un general ¡vive Cristo! Es un camarada. Se ofreció trepar por los muros de Santangel y allá vá mi marqués con su espada y una rodela muy cuca; con su calavera y dos huesos cruzados: allá vá con una buena armadura... si... escelente: calzas de grana y jubon carmesí, como si fuéramos á un baile. ¡Y qué baile! por Santiago! Las piedras y las balas llovian: hondas y arcabuces no se daban tregua en sus disparos, y mi marqués delante de todo el mundo en el escalo y en la brecha. ¿Quién dejaba allí aquel diablo! Arriba hijos, y arriba todos. Cayeron seis ó siete. El capitan Quesada, una especie de lucifer en las jaranas de esta clase, se mete entre el marqués y el portillo para entrar el primero. Facil fuera.=Capitan Quesada (le dice el general cojiéndole por un brazo) buen amigo es el

que quiere quitar la honra á su amigo. Dios no me ayude si tal consiento.

—Eso sí (repuso Wolfang con íntima conviccion) es un héroe.

—¡Y en Melza! ¡Cuerpo de Cristo! (esclamó el arcabucero, inagotable en punto á elojios de Pescara). Nos habiamos dejado los zapatos en la nieve del camino... ¡Qué camino!... El del infierno en su comparacion es un jardin. Llegamos al rio, y allí empezó lo bueno.=Meten las piernas en el agua los de primera fila ¡¡ooof!! Parecía que nos cortaban los huesos.=Entre el demonio en el agua, dijimos nosotros haciéndonos atrás. Entonces el marqués se apea de su cuartazgo, y hace á la caballería que se ponga en hilera á lo ancho de aquella corriente que arrebataba cada témpano de nieve como el tablero de esa mesa.=Ea, señores, haced todos como yo=esclama con su risita de niño Jesus, y metiéndose en el agua echa á andar como dama por tapiz flamenco. Era una mala vergüenza mostrarnos melindrosos ante aquel caballero de la primera sangre española, envuelto al nacer en paños de Olán y mantillas de brocado: criado entre el terciopelo y el tisú de oro, y que se zambullia en agua de nieve, como quien se baña en agua de rosa. Cerramos los ojos y ¡plun! allá vamos todos. En medio del rio el agua daba á los pechos. Todos marchábamos en silencio dándonos al diablo; sin chistar por temor de que se nos helára el aliento en la boca; sosteniéndonos en los caballos, que hacian sus pasamanos de mi flor, y el marqués canta que canta:

Que malos moros me lleven
en dura cautividad
si lo que intente el mas hombre
no consigo ejecutar.

—Sí; es un héroe (repitió el cabo germánico); pero ni el mismo Júlio César me hace soltar gratis un prisionero por quien me daban de rescate dos mil quinientos escudos.

—¡Tiene un modo de decir las cosas ese diablo de marqués! Cuando nos llamó para proponernos la devolucion de los presos sin precio de libertad, nos quedamos asi... como disgustados! como...

—Es muy natural.

—Como quien dice, *no me acomoda,* sin decirlo. Mi marqués frunce el entrecejo, se levanta echando un voto, y dice: =¡Mala canalla! ¡vais á regatear por sardinas habiendo salmones en la red! Bergantes. ¿No están ahí tres reyes, el de Francia, el de Navarra y el de Escocia, para ponerles tasa á vuestro sabor?=

—Ya lo contaba por hecho, interrumpió Wolfang con sonrisa burlona.

—Uno de nosotros cedió la presa. Nadie quiere ser menos que nadie. Siguió el uno; luego el otro; yo el cuarto, y por último, todos entregaron sus franceses, y Sacramento del altar.

—Como cedieron el sueldo; como cedieron parte de los víveres; como cedereis las camisas si él os la pide. Sois unos majaderos, señores del arcabuz.

—Señor cabo de tudescos, (dijo el español empezando á enojarse de aquellas frases poco mesuradas. Quisiera veros incorporado á nuestra cuadrilla, y que os hablara el marqués, como su señoría lo hace cuando quiere, y mal año para mí si no os arrojábais de lo alto de una torre en cuanto os lo demandara dos veces.

—¡Bah! replicó el tudesco.

—¡Vive Dios! (insistió el del arcabuz.) Al pasar hoy revista se llegó á nosotros como se llega un camarada á sus camaradas.=¡Ola muchachos! Mañana es viernes, nos dijo. =Por todo el dia, respondió el truhan de Diego Pardo.= El caso es que es dia de vigilia y no tenemos mas que carne de caballo, y esa no muy buena=contestó.=A caballo presentado no hay que mirarle el diente, saltó el capitan Quesada, que es duro como un trozo de hierro.=¡Vaya! dijo el marqués sin quitarnos ojo: ¿Qué os pareceria si nos

fuésemos á comer de vigilia al campo de los franceses? ¡Viva! gritamos entusiasmados.=¡Silencio en las filas! clamó el capitan Oropesa, veterano endiablado, que es una ordenanza ambulante. El marqués prosiguió:=No es mala idea la mia ¿verdad? Alli tienen pan de sobra, y escelentes truchas, y riquísimos carpiones del lago de Pesquera.

—Alli están guardados para vosotros, respondió Wolfang moviendo la cabeza en ademan irónico.

—Pues allá iremos mañana (replicó el arcabucero en decision enérgica.) Iremos, sí; porque el marqués nos aseguró que asi lo propondria en el consejo de esta noche, y el marqués cumple lo que promete.

—Aqui manda su gracia el duque de Borbon, y si él se opone al voto del marqués, comereis carne de caballo mañana como todos los dias, señores arcabuceros.

—Apuesto doscientos escudos, precio del prisionero decente á quien eché mano, que mañana damos un meneo de gusto á Mincer Francisco y á su tropa.

—No apostaré yo tal; porque todo pudiera suceder.

El arcabucero se echó al hombro su arma, y arreglando los pliegues de la camisa de franela, que sobre sus vestidos traia se dispuso á salir.

—¿Se os ofrece alguna cosa para el campamento español? preguntó al germánico.

—¡Buen viaje!

—Hasta mañana, que segun todas mis conjeturas, nos veremos en el calor de un trance apretadillo.

—Guardadme algunas truchas de las que cojais á los franceses.

—Lo haré si puedo, señor aleman; porque como dice un proverbio de mi pais=*no se cojen truchas á bragas enjutas.*= y pudiese acontecer que yo no estuviera en disposicion de llevároslas, como podria ser que vos no quedarais en guisa de recibirlas...

—Adios, dijo Wolfang, volviéndose á seguir sus interrumpidas comunicaciones.

—Dios le guarde, contestó el arcabucero, dejando solo al amanuense del capitan Monte-fiorito.

—¡Marrano español! murmuró el aleman poniéndose al trabajo

—¡Canalla de alemanes! ¡Vaya una granuja! dijo para sí el arcabucero al salir de la tienda.

Parándose un poco á la salida, advirtió á lo lejos y en direccion á Pavía una llama súbita como la que resulta de prender fuego á una masa de pólvora.

—Señal tenemos, (esclamó pensativo.) ¿Qué diantre será? siguió con la vista fija en aquel lejano punto del horizonte, de donde habia brotado la llama; otra llamarada partió de parte opuesta.

—¡Ola! ¡ola! (continuó pensando el español.) Esto significa algo.

Al cabo de algunos instantes una tercera llamarada iluminó el espacio á igual distancia de la segunda, que esta de la primera.

Pavía anunciaba de este modo que habia penetrado en sus murallas el capitan Arriano, que á riesgo de su vida, y disfrazado de soldado de Joanin de Médicis, llevaba la comision de prevenir á Leiva las determinaciones ofensivas del ejército imperial contra Francisco primero; quedando convenidas las señales con que el campo español se debia de significar á la ciudad sitiada lo que se acordara en el consejo de guerra de la noche. El arcabucero no apartaba la vista del estremo del horizonte en que brotaron las tres llamas.

—Paso, le dijo una voz sonora con imperio.

El soldado se apartó.

El capitan Monte-fiorito penetró en la tienda.

—Decididamente, no hay mas fuegos (murmuró el español.) La señal ha concluido.

Emprendió el camino hácia su campo; pero al pasar la primera hilera de tiendas, y en un claro á especie de vasta plazoleta, advirtió un grupo que parecia trabajar asiduamente en sigilosa operacion.

Movido por la curiosidad, dirijióse con premura á la colina en que los incógnitos se hallaban embebidos en su faena: cabalmente en el sitio mas elevado del terreno en que se alzaban los campos imperiales, y desde el que se dominaba toda la campiña; columbrándose Pavía allá en lontananza como esos fuegos fosfóricos que en la oscuridad de la noche exhalan las sepulturas.

—Atrás! esclamó uno de los misteroriosos operarios viendo llegar al arcabucero.

El español siguió imperturbable su marcha.

—Atrás, se ha dicho, gritó uno de los desconocidos con acento colérico.

El arcabucero se estremeció al eco de aquella voz de vibracion fuerte y que conoció al momento, quedando inmóvil como una estátua en el punto en que le fue dada la órden segunda de parar su esploracion.

Los desconocidos se apartaron á buen trecho de la cima de la colina en que solo quedaron dos bultos: el uno sin movimiento; el otro agitándose en torno del objeto fijo. De repente el bulto movil se hizo atrás: una mecha fuese acercando á el otro, y al resplandor de una llama que se lanzó al espacio silvando en su impetuoso ascenso, vióse al duque de Borbon con la mecha en la mano, que miraba los efectos de la combustion de la pez, pólvora y azufre contenidos en un enorme brasero; con cuya señal se notificaba á Pavía que al dia siguiente se jugaria al azar de una cruenta batalla, su destino futuro, del que estaba pendiente la suerte del imperio en los asuntos de Italia.

El arcabucero no quiso ver mas, y siguió su interrumpida ruta; mientras que el duque tornaba á incorporarse con sus edecanes; tomando el camino de su tienda á cuyo dintel despidió á los que le acompañaban, diciéndoles:

—A tomar una hora de descanso, señores, que bien lo habemos menester para el dia que nos espera.

Los gefes desearon algun reposo á su general y se alejaron en diferentes direcciones á escepcion de uno.

—La Motte, dijo Borbon con acento cariñoso, entrad.

Wolfang habia terminado su tarea, y firmados por Montefiorito los oficios á los coroneles de los cinco cuerpos alemanes, los conducia en la forma correspondiente para entregarlos á los respectivos ordenanzas.

El capitan leia la comunicacion traida por el arcabucero y que daba parte al duque de que las tiendas, chozas, pertrechos inutilizados debian arder dentro de una hora para engañar á los franceses que con esto creerian que se quemaban los alojamientos por los imperiales para retirarse, evitando la batalla; convencidos de la inutilidad de sus fuerzas para socorrer á Pavía.

—¿Qué es eso, Monte-fiorito? preguntó el duque á su secretario.

El capitan levantándose del asiento invitó á ocuparle á su gefe, alargándole la comunicacion.

Borbon aceptó el sitio y tomó la carta.

—Sentaos La Motte, dijo á su favorito con estremada afabilidad.

—La Motte se dejó caer sobre una pila de almohadones de tela grosera rellenos de paja.

—Wolfang.

—¿Qué manda vuestra gracia?

—Prevenid á mi escudero Laon que venga luego: necesíto vestir la armadura de combate... ¡Ah! le direis que saque de mis arcas el sayo de bayeta que aun no estrené.

El cabo salió á cumplir la recibida comision.

—Id á tomar algun descanso, mi buen Monte-fiorito, continuó el duque.

—¿Nada tiene que ocuparme por ahora vuestra gracia?

—Nada absolutamente.

—Pues hasta luego, replicó el jóven saludando con noble marcialidad á su caudillo, y haciendo un signo amistoso á la Motte, que le correspondió con graciosa benevolencia, desalojando el local con paso mesurado.

El duque se puso á leer la comunicacion del campo

ibero. La Motte, en tanto se entretenia en limpiar con su guante de piel de gamuza, la dorada hebilla de su cinturon.

El duque, que era digno del sobrenombre de *Marte Frances,* que por las damas se le habia dado en la corte de Francisco de Valois. Hombre de una estatura atlética, de proporciones típicas, tenia la traza mas arrogante y mas apropósito para imponer la veneracion á sus tropas y el terror á las enemigas.

Forzudo como un Hércules; ligero como un hijo de las montañas criado entre los corzos; ginete infatigable; diestro en el manejo de todas armas; Borbon era un soldado en la acepcion mas heróica de este vocablo. Como general el excondestable francés reunia á sus brillantes talentos una esperiencia poco comun, y la resolucion mas poderosa. En todos conceptos Cárlos de Borbon era un hombre estraordinario, y si la nota de traidor no pesára sobre su fama, la posteridad no hallaria muchos hombres de su mérito á quienes alzar monumentos de recordacion gloriosa.

La fisonomía del duque era de una hermosura viril, majestuosa belleza de los predestinados á la distincion á quienes la naturaleza próvida preindica con sus dotes para los fastos de la celebridad. Pero en aquel rostro de grande hombre habian impreso sus terribles huellas todos los pesares que pueden abrumar el alma de la criatura humana, y en todas las situaciones de Cárlos de Borbon se notaba el efecto de esas acerbas pesadumbres, que hacen imposible la espresion afectuosa de la mirada; que juntan las cejas en una habitual contraccion sañuda; que destierran para siempre del lábio la sonrisa franca; que escluyen de la faz toda animacion espansiva.

La Motte sin tener nada notable en sus facciones, indicaba mas que suficientemente una perspicacia singular en el movimiento de sus pequeños ojos.

Borbon arrojando lejos de sí la comunicacion de Pescara, se levantó acercándose á su primer ayudante.

—Llegó la suspirada hora, esclamó con eco sombrío.

—Llegó por fin, respondió La Motte.

Los piqueros marchan cautelosamente á derribar el muro del parque, para abrir camino á la esplanada á nuestro ejército, ganoso de combatir con sus triunfantes adversarios.

Pescara previene su incontrastable infantería, esos tercios españoles que conduce á morir sin un escudo en la escarcela. Lanoy revista sus lanceros y los continuos de Nápoles. Hernando de Alarcon arregla sus hombres de armas. Yo formaré bien pronto mis compañías germánicas, y mi estado mayor á que vendrá á incorporarse el marqués del Vasto. La aurora nos sorprenderá en órden de batalla junto á Mirabel, y el sol alumbrará el sangriento duelo... ¡Gracias á Dios! mi deseo se cumple; mis votos se realizan. He querido penetrar hasta el corazon de la Francia para hallarme cara á cara con ese hombre: para hacer chocar mis fuerzas con las suyas hasta encontrarle á mi paso, hasta dejar mi corazon en la punta de su espada, ó llevarme su infame cabeza en la gurupa de mi caballo. El destino implacable que me persigue ha frustrado mis cálculos. Yo retrocedí despechado, y él quedó orgulloso tras los amagos de mi encono. Pero ahora no será, no puede ser así... Tiene que pelear sin mas remedio... Ofreció la batalla; nos desafió el insolente. Allá iremos, rey que te engries con el dictado de primer caballero de la Francia; que te vienes á batir rodeado de reyes y príncipes con las galas de los torneos; que mandas carteles de reto y prometes veinte mil escudos de gratificacion, al que salga á contrastar tu brio. Espéranos Francisco de Valois. Pescara lo prometió por bizarría, yo lo acepto por necesidad el entrar en lid contigo; por necesidad sí. ¡Rayo de Dios! porque tú y yo no cabemos en el mundo: es preciso que uno muera para que el otro viva...

—Hacia tiempo (interrumpió La Motte) que vuestros ódios no rebosaban al lábio tanto que creí estinguido el rencor.

—Estinguido! (repitió el duque con sorda furia) ¿No es

él el hijo de esa impura Luisa de Saboya, que aborrecia de muerte á mi familia porque Ana de Bretaña la consagraba estimacion? ¿No es él quien bajamente envidioso procuraba rebajar todos mis actos, ya que no podia salir obscureciéndome¿ No es él quien testigo de mis hechos, en Marignan los desconoció hasta negarme el mezquino premio de la mencion honorífica? ¿No es él quien me hizo llamar de Milan, en cuyo gobierno apuré todos mis recursos para recibirme con la indignidad mas torpe, retirarme mis sueldos, y dar al inútil Alenzon el mando de mis tropas? ¿No es él quien tuvo la audacia de declararme el amor de su impúdica madre, y exijirme que me desposara con aquella execrable Mesalina? Y cuando exasperado por tan ultrajante proposicion le dige que nunca uniria mi diestra con la de una muger desopinada ¿no puso su mano en mi rostro, último agravio que á un hombre puede hacerse?

—¡Es posible! esclamó La Motte que ignoraba esta cruel ofensa, inferida al duque por el rey.

—De ahí datan las persecuciones tremendas de que he sido objeto. La prostituta y su vil aliado el canciller Duprat recurrieron á los tribunales, que afiliaron á la obra de mi ruina. Bajo frívolos pretestos secuestraron mis bienes; declaróse que una mitad debia revertir á la corona, que la otra tocaba á Luisa por parienta de mi difunta consorte, y ese monarca menguado, juguete de su villana madre, dejó que se dispusiera del honor y la fortuna de su *camarada de armas*, como el hipócrita me solia llamar en sus raptos de mentida ternura.

—Basta, señor, dijo La Motte temiendo por su gracia las resultas de una escitacion tan violenta.

—No basta, (respondió el duque). Es preciso que mantenga vivos los recuerdos de tantas injurias en la víspera del desagravio; porque ese hombre y el mónstruo que le dió el ser, me tienen aquí entre mis naturales enemigos, contra mis hermanos; porque ellos han hecho sucumbir mi honor, á mi sed de venganza; porque soy un miserable trai-

dor, y mi oprobio es obra suya; ellos me han hecho retroceder paso á paso de la senda de los buenos, para precipitarme en el abismo de la desesperacion, y de allí á la ignominia; porque forzándome á trocar la banda blanca de Francia por la roja del Imperio, el corazon que late bajo la última, no alienta por la gloria, sino por el afan de devolver el inmenso mal que le han hecho.

El duque calló de repente; se repuso de su emocion, y concluyó con acento lúgubre:

—La Motte, la suerte está echada, y Dios debe decidir nuestro litis. Mañana ó Francisco de Valois ó Cárlos de Borbon: no hay mas medio.

El escudero Laon, entró con la armadura para vestir á su gracia.

III.

Despunta el alba.

Viacampo, Herrera y Gayoso, capitanes nombrados por el marqués de Pescara para velar el campamento, é impedir tanto las escursiones como la incursion, se acaban de incorporar con los guardias á sus tercios respectivos ante la brecha abierta en el sólido muro del parque de la dehesa, propiedad de la suntuosa Cartuja de Pavia.

Salcedo y Santa Cruz, capitanes de las compañías de zapadores y arcabuceros, han concluido de destruir un buen trozo del muro de aquel parque estenso, que por una parte confina con Grabalon, rio tributario del Tessino, y por la otra sigue hasta Pavia por medio de una cerca de regular altura y respetable espesor.

Hácia la mitad de la dehesa Mirabel, casita rústica, convertida en fortin, rodeado de un ancho foso que merced á un arroyo próximo puede llenarse de agua, abriendo las compuertas de un subterráneo conducto. El ejército francés, que rodea la ciudad se interna en el parque y tiene alzados gran porcion de sus reales en su recinto. Acá y allá se descubren pequeñas arboledas, que en el espacioso terreno en que se levantan parecen grupos de jigantescos combatientes

descansando en fracciones en aquellos dilatados llanos. Fuera del parque todo es viñedos, espesas arboledas y tierras labradas. incapaces de servir de teatro á la jornada terrible que se apercibia.

Conforme á las órdenes del Consejo fueron quemadas las tiendas, chozas y pertrechos inútiles, sucediendo lo que habian previsto los generales de don Cárlos; que los franceses anunciaron á su rey la retirada del ejército imperial, y que Francisco gozoso de su soñada victoria contra el dictámen de los capitanes viejos, despues de mil burlas sobre el parecer que le habian dado, dejó hasta el dia el arreglo, de una espedicion, que persiguiera á sus fugitivos adversarios hasta espulsarlos de los estados milaneses.

Los tercios y escuadrones han ido llegando por vez encamisados, y formándose junto al muro que abatian los piqueros, con gran dificultad y cuidadosas precauciones. La noche ha sido serena, pero estremadamente fria; pareciendo de una duracion enorme á la impaciencia de los que aguardan con ansiedad los acontecimientos que penden de la aparicion de la luz divina. Los capellanes de las compañías, sentados sobre las cajas de guerra á retaguardia de formacion, escucharon las confesiones de sus subordinados espirituales. Ordenáronse testamentos en la forma reconocida para esta solemnidad en circunstancias escepcionales. No pocos enemigos se buscaron para conciliarse á la espectiva de un trance tan azaroso. El bizarro capitan don Alonso de Córdova hizo conducir á las cercanias del parque á su manceba doña Teresa de quien tuvo dos hijos; desposándose con ella entre recíprocas demostraciones de afectuosa ternura. Pedro Caraez y Juan de Medina, que tenian apalabrado un desafío á muerte, convinieron en pedir licencia para salir al enemigo, diez y siete pasos mas adelante de fila y probar cuál de ambos era mas hombre. Los camaradas juntábanse á platicar de sus asuntos, haciéndose encargos, para el caso de perecer en la batalla. El marqués no habia disimulado á su tropa los peligros de la situacion, y entre

otras frases del discurso en que les pintó la inminencia de sus riesgos, usó una que sirvió de refran en lo sucesivo.= «*Deme Dios cien años de guerra y no un dia de batalla.*

La aurora disipa las nieblas de la noche. El portillo mandado abrir en la cerca, está terminado completamente y recojido en dos voluminosos montones el cascote de la demolicion. El capitan Salcedo dió aviso á Pescara de haber cumplido sus mandatos, y el marqués con cinco banderas de españoles, y cinco de alemanes, penetró por aquel hueco en el parque, en reconocimiento del campo. Ha mandado parar la gente, y él solo guarecido en la espesura de una reducida arboleda consiguió descubrir que los tercios franceses se formaban con lentitud, sacando del campamento la artillería, y previniéndose á picar la retaguardia de aquel ejército imperial que suponian en retirada, y que venia á presentarles el combate.

El marqués tornó á los suyos para arreglar los batallones. Separó los tercios de España de los tudescos, y queriendo dividir en dos partes su infantería mandó al jefe de los peones italianos que por ser ellos pocos se agregasen mitad á una y mitad á otra de las dos masas.

Violentos murmullos en las filas de las compañías de Italia, llamaron la atencion del marqués que se acercó á ellas preguntando.—¿Qué significa esa bulla?

—Mi general (respondió el jefe), los muchachos resisten incorporarse con alemanes ni españoles.

—¡Cómo es eso!

—Dicen que si la batalla se pierde llevarán la carga por disculpa de unos y otros, y si se gana, lo que Dios quiera, llevarán la gloria las dos naciones; sin que nadie se acuerde de ellos.

—¡Nada! clamaron los mas audaces; ¡honor ó deshonra por nuestra cuenta! Solos formaremos un solo cuerpo.

—Está bien, repuso Pescara.

—¡Viva! gritaron aquellos pundonorosos militares.

—¡Silencio! (repuso el marqués.) Señor Papapoda, con-

tinuó dirijiéndose al jefe) ademas de vuestros peones cuidareis de la artillería, que mandaré se os incorpore. Me respondeis de las piezas con el valor de esta buena gente.

El entusiasmo de los italianos estalló en otro viva al héroe español, quien volviéndoles la espalda dió comision á un ayudante para que continuase entrando en el parque el ejército, esplorado el terreno con entera felicidad.

Cárlos de Lanoy, virey de Nápoles, arrogante señor flamenco, iba precedido de seis trompetas en traje de grana y amarillo, con bandoloras de raso en los instrumentos, y en ellas bordadas las armas imperiales. El virey traia cubierta la espléndida armadura, con un sayo de brocado carmesí, profusamente galoneado de oro. La parte de armadura que envolvia los brazos era de una labor esquisita por su prolijidad y riqueza. De su almete salia un penacho rojo y jalde que ondeaba al soplo del frio viento matinal. Cabalgaba sobre un fogoso ruano, encubertado con ricas mantas de los espresados colores, entre cincuenta alabarderos; infantes que al romper la accion tenian prevenido recojerse á la seccion de infantería mas próxima. Seguian en vistoso escuadron á Lanoy doscientas lanzas, y hasta otros cientos entre continuos de Nápoles y caballeros de la corte vice-real.

Cárlos de Borbon, lugar-teniente de su magestad Cesárea, iba en el puesto que le correspondia segun su rango; á la cabeza del segundo escuadron en batalla, compuesto de doscientos lanceros y entre un numeroso estado mayor, cuyo jefe inmediato era el marqués del Vasto, sobrino de Pescara; que condujo al mando del duque una seccion de gendarmería española. Todos los ayudantes de campo del duque habíanse aderezado lo mas suntuosamente posible; no solo por decoro de sus personas, sino por emular con los gentiles hombres franceses, que desplegaban estraordinario boato en honra de aquel príncipe tan afecto á los alardes de la fastuosidad. Armaduras costosas; sayos de preciadas telas, ornados de lujosa pasamaneria; gualdrapas de admirable trabajo; plumas rarísimas, de una longitud increible, y una

vaporosidad asombrosa... Todos los prodigios en fin de la opulencia militar de aquellos tiempos. Y en medio de aquel tropel de caballeros radiantes, el lugar-teniente del emperador marchaba sombrío como el paladin de la venganza; no ufano como el campeon que busca la prez de los buenos entre el estrago de las revueltas jornadas. La armadura negra hacia sobresalir los brazos y las piernas de Borbon, saliendo



del sayo de franela blanca, que ajustándose á la cintura por el tahalí de cuero charolado, caia en faldilla sobre sus muslos. En lugar de cruzarse sobre el costado izquierdo los picos de la banda purpúrea, augusto signo de mando, que pasaban del hombro al pecho y espalda, Borbon se hacia distinguir por una calabera de paño negro, cosida al sayo al lado del corazon. Este símbolo que podia muy bien equivaler á la divisa=«*llevo la muerte en mi corazon*»=recordaba

aquel proverbio de rey sábio que dice:=*la senda de los que se divorcian de sus deberes conduce á la muerte.*»=Negra era la pluma que descollaba en su almete: negro el corcel cuyos lomos oprimia.

El escuadron de retaguardia iba mandado por Alarcon, y le componian hasta doscientas lanzas. Don Hernando de Alarcon notable por su índole severa, vestia armadura de acero sin filetes, empavono, grabados, ni remates; una sobrevesta de terciopelo negro, sin un cordon que la guarneciese. En la cimera de su casco meciase una garzotilla de crines, teñidas de rojo y amarillo. El morcillo brioso que montaba resguardado por una pesada armadura, sacudia su arrogante cabeza, haciendo ondear un penacho de crines granas y jaldas, y resonar las cadenillas que aseguraban las riendas y bridas del corte de las hachas con que los peones solian quitar al caballero el réjimen de sus corceles de batalla.

Habiendo penetrado la fuerza montada en el parque, se dió la voz de *lanza en cuja* por los jefes, retirándose á los tercios de infantería los alabarderos que marchaban en escolta de honor al lado de los comandantes de divisiones. Avanzó á vanguardia, la caballería ligera, fuerte de cuatrocientos hombres mandada por el marqués de *Civitá di Sant Angelo,* que sobre un buen caballo castaño oscuro iba galan con un sayo de terciopelo carmesí como los paramentos de su cabalgadura, aunque descuidado en sus aprestos rijiese al animal con bandas de tissú, sin cadenas, ni seguros para un percance.

Fué dada la comision al marqués que reconociese la casa de Mirabel, desembarazándola de la gente que por fuera la guardaba, porque allí tenian demarcada su posicion los escuadrones. El reconocimiento tuvo el mejor resultado, pues la caballería ligera italiana puso en fuga á los destacamentos franceses, que rondaban por las inmediaciones del fortin. El marqués, despejado el campo, volvió á incorporarse al ejército; determinando el movimiento de las tro-

pas, con la noticia de su esploracion.

El marqués de Pescara, pidió á un escudero su caballo, que en retaguardia conducia un asistente. *Mantuano*, era el apelativo de aquel tordillo famoso, que como el *Bucéfalo* de Alejandro, y el *Babieca* del Cid ha consignado en la historia la participacion en las hazañas de su dueño. *Mantuano* era una verdadera alhaja, y al pasar llevado de las riendas por un palafrenero ante las filas, seguianle todos con mirada codiciosa, esclamando involuntariamente: ¡*Soberbio animal*!

La infantería española estaba formada en un solo cuerpo de hasta seis mil hombres, constituyendo la vanguardia. Pescara iba con su ordinaria divisa, calzas de grana y jubon de raso carmesí, con un sayo de tela de oro, recamado de preciosa pedreria, sus continuos gentiles-hombres y capitanes, formaban un estado mayor lucido hasta no mas, marchando en órden rigoroso tras del héroe, que haciendo escardear al diestro *Mantuano*, risueño como en vistosa cabalgata de justa real, alegraba los corazones de aquellos bravos hijos de la España, dispuestos á sacrificarse mil veces al mandato de aquel capitan, que emuló en la península italiana los arrojos prodijiosos del otro capitan apellidado *el Grande*: Gonzalo de Córdova.

Detrás de los españoles, formando centro de batalla, seguian doce mil tudescos por *minheér* Jorge, animoso coronel germánico. *Minheér* Jorge era tan buen camarada en el servicio como en la cantina. Tenia asombrados á sus mercenarios por el valor de su brazo férreo, y la capacidad de su estómago. Al par se referian por sus admiradores, el dia de gloria en que derribó con su formidable pica hasta treinta enemigos, uno tras de otro, y la noche de borrasca en que devoró la cena de siete oficiales, haciendo un lago de licor su cuerpo. *Minheér* no habia nacido para general: carecia de inspiraciones propias, y nulo para comprender las combinaciones de grandes masas, no sabia moverse sin órden superior, en las perentorias circunstancias; si bien era el je-

fe mas á propósito para mandar los alemanes; palanca irresistible en las jornadas de la época, por la obstinacion con que proseguian hasta morir todos la empresa á que un caudillo como *Minheér* Jorge los conducia. *Minheér* era el hombre mas cándido del mundo, y oyendo referir á un soldado italiano de Papapoda los portentos debidos á la devocion á San Francisco de Asis, se encomendó al santo prometiéndole entre cuatro ó seis espantosos juramentos llevar una pieza de su venerando hábito en la empeñada lid; con lo que se creia mas al abrigo de los azares guerreros que si hubiese encomendado su ánima á su ordinario patron San Bonifacio. *Minheér* á pié, con una pica digna de la diestra de Goliath, llevando sobre el sayo y el corselete una capilla de fraile francisco, pasó ante la caballería del virey, sufriendo impávido las chanzonetas de Lanoy y de sus ayudantes.

En la retaguardia venian hasta dos mil infantes italianos, capitaneados por Papapoda y César de Nápoles.—La artillería marchaba á continuacion conduciendo las municiones sobre yeguas; á dos en fila, una con los costales de pólvora y otra con las balas acomodadas en capachos.

El desenfado militar abrumó á los artilleros con las mas picantes chufletas.

Uno decia aludiendo á los serones de pelotas de plomo:

—Seor huésped, sírvame una racion de esas almóndigas.

—¿Dónde vá la compañía de Júpiter? preguntaba el otro con voz atronadora.

—Poco á poco, espanto de Francia, clamaba un tercero, al observar que algunas parejas de yeguas se descomponian.

—Allá lo veredes, espanta-moscas.

—Callen ginetes y hablen caballos que será mejor, contestaban los artilleros á los zumbones hombres de armas del virey de Nápoles.

El sol empezaba á resplandecer.

El ejército de Francisco avanzó por la izquierda en ór-

den de batalla. Frente á Pavia dejaban los franceses diez mil hombres para mantener el cerco, impidiendo tanto que los sitiados hiciesen una salida, cuanto que los imperiales destacasen algunas fuerzas en su socorro.

Monsieur de Alenzon mandaba la vanguardia, compuesta de quinientos gendarmes, y cinco mil esguízaros, compartidos en tres masas. En el centro venia el rey, entre Enrique *de Albret*, rey titulado de Navarra, y el príncipe real de Escocia; el almirante. El mariscal La Palisse, el conde de Saint-Paul, el marqués d'Avennes, La-Trimoville, el Mariscal de Lescun, el Bastardo de Saboya, Fleuranges, Brion, Montmorency, Bonnivet, Aubiqui, San Severin, Lambese, Curton, Montejani, Bochepot, Lorges, Monpesat, Langey, y hasta sesenta caballeros, flor y nata de la aristocracia militar del reino vecino; ataviados con una opulencia inaudita, que eclipsaba con su suntuoso equipo el fastuoso monarca.

Iba Francisco primero sobre un caballo rucio, rival del *Mantuano* en bizarría y escuela. Sobre aquella armadura, trofeo de nuestra Real Armería, llevaba un sayo de brocado y terciopelo morado, á escaques; con FF. de terciopelo en el brocado, y de brocado en el terciopelo, ribeteadas de grueso cordon de oro. Del almete de su casco salia una pluma de tan estraordinaria longitud, que acariciaba con su remate las ancas del caballo. En el pendoncillo de su lanza de terciopelo morado, veíase la Salamandra en el fuego con el mote *nutrisco et estinguo*, su divisa, y por la otra haz del banderin, una F. de tela de oro con el mote: *ista vice et non plus: (esta vez y no mas.)* Esta vez y no mas, era el símbolo de aquel vanidoso engreimiento del soberano francés, que en una jornada se proponia quedar señor absoluto de la Italia. Un escuadron de dos mil lanzas seguian tras el rey y la nobleza. Avanzaban en hileras de combate quince mil tudescos, cruzado el pecho de una banda negra; bandera de muerte izada frente al enemigo; amenaza á los ojos, mientras no llegaba el punto de las obras. Diez mil

suizos les seguian, en formacion igual, componiendo el centro con quince mil italianos. La retaguardia la constituian como hasta diez mil bearneses y gascones, peones de tanto esfuerzo como constancia, cual lo supieron bien probar.

La artillería francesa era superior á la imperial en número de piezas, en calidad y servicio; constando de treinta bocas de mayor calibre, y otras varias entre sacres, falconetes y bastardas.

El marqués de Pescara picó espuelas á *Mantuano*, y se adelantó solo largo trecho. Al volver á su escuadron, encarándose con la primera fila les dijo:

—¿Sabeis el bando que acaba de echar el rey Francisco? Que nadie dé cuartel á los españoles.

Un murmullo de indignacion respondió á esta noticia.

El marqués continuó:

—Y añade el bando que quien reciba español á seguro de vida, será castigado con perder la suya. ¡Los presuntuosos! Ya piensan tenernos en su poder, atadas las manos.

La furia de aquellos militares exalóse en un aterrador rugido, seguido del confuso murmullo de los mas próximos, que trasmitian la noticia á los mas remotos. Algunos entendieron la traza del marqués, pero se guardaron de contrariar el fingimiento. La generalidad creyó esta insolente halaraca de un rey tan amigo de aparatos y tan pródigo de romanescas ceremonias.

Los atambores tocaron á la órden. Recojiéronse á sus puestos los jefes y oficiales, y ese silencio solemne que precede á la decision del temible choque, reinó en el ejército imperial.

El ejército francés hizo alto. Las cajas de guerra repitieron el toque de órden, ya dado por los contrarios.

—Señor (dijo un ayudante á Pescara), grande recordacion tendrá el 24 de febrero de 1525, si no me engañan mis barruntos.

El marqués se sintió inspirado por un súbito pensamiento, que cual rayo de luz hirió su mente.

Tornó el caballo frente á las filas, y con semblante radioso, y voz enérgica, levantando en alto su luciente espada, esclamó:

—Muchachos, ¿no habeis pensado en la fecha de este dia?

El silencio de la confusion dejó al general sin respuesta.

—Es el 24 de febrero (continuó con exaltacion el marqués.) El 24 de febrero de 1525. El 24 de febrero de 1500 nació el emperador.

—¡Viva el emperador! gritaron los españoles, atronando los ecos.

IV.

La infantería española se dirige á Mirabel, dejando á mano izquierda los enemigos, cuya artillería les ha causado alguna pérdida en vivos disparos. Va protejida por ella alguna artillería italiana, con objeto de hostilizar por el flanco á los franceses desde un altillo, próximo á Mirabel.

Los españoles atraviesan el arroyo, que cercano á perderse en el Grabalon viene hinchado, y estenso, dando el agua mas arriba de la rodilla, y se acercan á la casa fortificada, de cuyas inmediaciones desalojó algunos destacamentos, y mercaderes, la caballería ligera, mandada por *Saint-Angelo.* En el cerrillo pusieron las dos piezas que traian, y se dió principio al fuego. Las yeguas en que conducíanse las municiones, espantadas del estruendo, dan á huir, sin que los asistentes fuesen bastante á retenerlas. El marqués avisado por un esplorador de que Monsieur de Alenzon se dirigia hácia él, rodeando por detras de una arboleda para tomar el paso por donde entraron, y atacarlos por retaguardia, dá la órden de marchar, dejando á la infantería italiana para sostener la retirada de los demas peones, conteniendo á los adversarios apercibidos á la sorpresa. Españoles y tudescos á paso forzado se recojieron á la otra parte de Mirabel, avanzando en direccion opuesta á la ruta

de Alenzon, sus gendarmes y esguízaros; haciendo alto á buena distancia del punto amenazado por la vanguardia francesa.

Al ver llegar tal multitud de enemigos Papapoda, dijo lleno de sobresalto.=Bueno seria recojernos en alguna arboleda.=Un alferez, que detras del capitan estaba formado le replicó.=¡Aquí firmes! Honra buscamos antes que vida. Para esto nos paga el emperador. Si volveis atras la cara os embuto la pica en el corazon.

Los enemigos atacan con ímpetu irresistible. Dos veces son rechazados, con notable pérdida; pero alentados por el corto número de la gente de Italia, repiten el ataque con mayor encarnizamiento; entrando por las filas como leones famélicos; derribando piqueros y gente de alabarda; aunque dejando tendidos á buena parte de los suyos. Deshechos los italianos, abandonan la artillería, y César de Nápoles conduce un cuerpo en retirada al que van uniéndose los fugitivos y dispersos de la desbaratada formacion en líneas de combate.

Los franceses se apoderan de la artillería, disparan las piezas contra los imperiales, y dan el grito de ¡*Francia y victoria*!—El virey noticioso de aquel descalabro, hace partir á su ayudante Aguayo, para que comunique al marqués de Pescara la órden de recojerse á toda prisa en el fortin de Mirabel; manteniéndose allí en seguridad.

Aguayo llega á todo escape y transmite á Pescara las instrucciones de Lanoy. El marqués con la viveza de su talento militar comprende el absurdo de aquella órden. Una vez recogida la infantería á Mirabel, ademas de desamparar la gente de armas, en gran manera inferior á la francesa, se espone á sufrir un bloqueo que no podria resistir dos dias, si perdida la batalla, los enemigos, se volvian contra la fortificacion.

—Señor, continuó (respondió el capitan Aguayo en voz que todos lo entendieran), decid al virey que acometa con su gente, que yo seré luego en su ayuda.

El ayudante salió con la rapidez de la flecha.

—Reniego de los flamencos, murmuró Pescara irritado.

Con la misma celeridad volvió Aguayo con la respuesta del virey.

—Señor (dijo con aliento fatigoso), el virey manda que V. S. tome luego á Mirabel como lo dice; que lo demas seria ir á buscar la muerte á sabiendas.

No pudo reprimir su ira el marqués al escuchar tan pertinaz mandato, y con centellante mirada y ademan resuelto le respondió:

—Capitan Aguayo, decid al virey que acometa á sus enemigos; que pues la muerte no deja de alcanzar á los que huyen, mas vale buscarla con honor, que huirla con afrenta.

—Adelante, mis leones (esclamó dirigiéndose á su heróica infantería), vamos á la batalla.

El contínuo se dirijió á todo correr de su caballo hácia los escuadrones de Cárlos de Lanoy.

Pescara hizo apear á sus ayudantes, contínuos y escuderos, incorporándolos á la tercera fila; pasando el arroyo con toda diligencia, y mandando salir delante sus arcabuceros, á cuya cabeza se puso, llevando al estribo derecho á Juan de Medina, y al izquierdo Pedro Caraez, los que cual dicho queda, pidieron licencia para mostrar en rivalidad sus brios.

Viendo en tierra una lanza de hombre de armas, arrojada al huir por algun tránsfuga, pidió á Caraez que se la diera. Púsola en la cuja, y la enristró al aire varias veces. No debió quedar contento de ella cuando la arrojó lejos de si, diciendo:=¡Fuera estorbos!=y sacando la espada examinó con satisfaccion su fino corte, y buen temple al blandirla.

En tanto Aguayo llegó al virey con la respuesta de Pescara; la cual oida por él se volvió á su caballería esclamando:=«Ea, señores; aquí del auxilio de Dios. Haced todos »lo que yo hiciere, y cumplamos como buenos»=y llamando á Waldreins y Fezzolin les mandó llevar á Borbon y á Alarcon

la órden de atacar. Despachados estos mensajes, Lanoy hizo sobre sí la señal de la cruz, y se adelantó en el mejor ordenamiento á encontrar el centro francés. Cuando Waldreins mandó empeñar la batalla al duque de Borbon, este valiente caudillo que maldecia la tardanza en venir á las manos con sus compatriotas, levantó las manos en alto con la efusion mas ardiente de gratitud.

—¡Gracias al cielo! (esclamó con frenético alborozo.) Rey sin fe, caballero sin honor (añadió tendiendo el brazo hácia sus enemigos.) Voy á buscarte para verter tu sangre vil.

—Señores (prosiguió volviéndose á sus ayudantes con acento terrible), ninguno de vosotros toque al rey de Francia: es mi presa. Su vida me pertenece.

—Soldados, (continuó cada vez mas enardecido.) Cinco mil ducados prometo al que me entregue las cabezas de Montmorencey y Alenzon; cinco mil ducados.

A su señal los clarines tocaron á marcha al galope.

Hernando de Alarcon avanzó en órden inmejorable tras del centro al mando del duque, como lugar-teniente imperial.

Francisco primero dirijiéndose á la artillería, mandó á Enrique de Albret, al conde de Saint-Paul y al mariscal Montmorency, que se encargasen de conducir la vanguardia á la pelea.

A corta distancia entrambas líneas, la voz de *lanza en ristre*, fué dada por los jefes, y al clamar los comandantes *al escape* los gritos de ¡*Santiago y España*! ¡*Francia y Saint-Denis*! sirvieron de preludio al mas rudo encuentro de las dos valerosas huestes.

Entre una nube de polvo revolviéronse aquellos hombres en su choque impetuoso; como aristas que arrebatadas por furioso remolino, se quiebran unas contra otras.

Los gritos de guerra de ambas naciones; los alaridos de los que encarnizados en la contienda olvidaban la aclamacion patria, recurriendo al salvaje idioma de la naturaleza para traducir su furor; el relinchar de los caballos; los gol-

pes de las lanzas al traspasar en sus botes las cotas y carnes que defendian; el ruido del acero ofensor resbalando de rechazo por los aceros defensivos; el gemido de los que recibian el golpe de muerte; el estallido de las lanzas al quebrarse; el retemblar de la tierra al caer caballos y caballeros, privados de vida, la confusa algaravía de maldiciones, juramentos y blasfemias ahogando las esclamaciones, ayes, é invocaciones supremas; convertian aquellos campos en un infierno.

De vez en cuando salian de aquella nube de polvo bien un caballo desbocado sin ginete; ya un hombre de armas, que respiraba fuera de aquella atmósfera de fuego y sangre y volvia á mezclarse en la lid; bien un moribundo que derribado, horriblemente herido y contuso por los cascos ferrados de los corceles, se arrastraba con el desesperado esfuerzo de la agonía, fuera de aquel teatro de horrores, para espirar lejos de él.

Pescara que con su infantería llegaba por el flanco derecho, recelando que el mayor número de los gendarmes franceses abrumase á los imperiales, se volvió á sus arcabuceros.

—Muchachos (les dijo), vamos en socorro de esa buena gente. Capitan Quesada, meteos con vuestra compañía en la refriega, y dadme cuenta de esa mala canalla francesa que nos ha pregonado como bandidos.

El capitan Quesada sonriendo salió de las filas con su arcabuz en la mano, vestida una cuera de ante con mangas de malla, morrion, sayo y banda roja. Sin necesidad de cabos ni sargentos formóse la compañía, en número de doscientos arcabuceros; veteranos imponentes, que se introdujeron en el espacio ocupado por la caballería; mientras el marqués continuaba marchando hácia la derecha para trabar la accion con la infantería de la vanguardia de Francisco.

—¡Santiago y España! gritaban los arcabuceros de Quesada al penetrar por entre los combatientes.

El estruendo de la arcabucería ahogó el estruendo de la pelea.—Los tiradores apuntaban con predileccion á los sayos de brocado, y á las camisas de terciopelo, con lo que en breve espacio derribaron de sus caballos á los nobles de la guardia de honor del rey de Francia, mas empeñados en la contienda. El fragor de las descargas, el humo de la pólvora espantaron muchos caballos, y en breve la compañía logró dividir en secciones la batalla, reuniéndose ella en peloton, que abatia en tierra á cuanto francés pasaba por sus costados y frente. Cuantos pechos ceñia la banda de raso blanco, bordada de flores de lis, signo de la aristocracia franca, sirvieron de puntería á los españoles; quienes no contentos con el estrago, que en reunion hacian, enviaban partidas sueltas á hostilizar los destacamentos que llegaban á sostener á sus hermanos, y á concluir con los que resistian el ímpetu de la caballería imperial, animada por el inesperado refuerzo.

Los franceses que se salian de la batalla vendíanse á quien pensaban les salvaria las vidas. Muchos caballeros prometieron cuantiosos rescastes á sus aprehensores; pero las partidas de Quesada no daban cuartel, y entre otras víctimas de su sañudo encono La--Palisse, que habia sido recibido á seguro de vida por el capitan Chuchar, jefe de caballería flamenca, ofreciéndole veinte mil ducados de talla, cayó al tiro de un arcabucero.

Lanoy se portaba bizarramente, cargando al frente de los suyos, rehechos los escuadrones.

Borbon derribando cuantos se oponian á su encuentro discurria por entre las filas, como loba que busca á sus cachorros, gritando:=¿Adónde estás, mengua de los reyes, y oprobio de los hombres?

—¡Traidor! le dijo un distinguido combatiente, dirijiéndose á él lanza en ristre. La lanza del caballero sentida en tantos botes se quebró contra la armadura de Borbon, que vaciló sobre su caballo del negro de la endrina, aunque reponiéndose con estremada prontitud.

—¡Ah! ¡infame Bonnivet! gritó el duque espoleando su

cabalgadura, y asestando su lanza al pecho del general de Francisco.

—Toma, judas, esclamó derribando cadáver á su enemigo personal que hollaron las herraduras de su morcillo en el ímpetu de su carrera.

El marqués del Vasto pasó ante los arcabuceros á la cabeza de cien hombres de armas, para ir en auxilio de Alarcon que sostenia con su retaguardia el último estremo de los enemigos.

—¡Honor á los valientes! clamó al pasar, saludando á los infantes del digno mando de su tio.

—Allá van con V. S. veinte y cinco arcabuceros, replicó el bravo Quesada, contestando al saludo.

El cabo Roldan comisionado para este servicio salió á paso doble con sus alentados tiradores de España; repitiéndose la escena antes descrita; introduciendo la confusion en los franceses con sus certeros disparos; elijiendo los pechos de jefes y oficiales para alojar su plomo; espantando con el estruendo y el humo los caballos de sus adversarios, que encabritándose, sacaban de la lid á sus ginetes; y arredrando con sus ataques á la imprevista á los gendarmes del ejército real.

Hernando de Alarcon se batia como un Aquiles; volviéndose y revolviéndose entre los contrarios con un aliento fuera de toda ponderacion. El arcabucero Jorge de Sevilla, derribado por un hombre de armas, tenia á media cuarta del pecho la punta de la lanza del francés. Alarcon corrió al encuentro del gendarme y antes que llegara al arcabucero le volcó á tierra de un bote en la cara por entre las vistas de la celada.

—Levántate, muchacho, dijo al español protejiéndole con el cuerpo de su morcillo.

—Gracias, mi general, esclamó trasportado de agradecimiento el infante auxiliar de la caballería. A vuestro lado he de ir hasta pagaros la deuda.

Alarcon sonrió, y punzando los hijares de su caballo,

tornó á metérse en lo mas récio del combate.

El marqués de *Civita di Saint' Angelo,* comandante de la caballería ligera, cargó con sus escuadrones, peleando con una tremenda maza de hierro, que al caer derribaba irremisiblemente un enemigo, asestada y descargada con tanta habilidad como hercúlea fuerza.

Yendo de esta suerte, un caporal suizo armado de un hacha, y que derribado del caballo acometia á cuantos le cerraban el paso, con el denuedo de la desesperacion, acertó á pasar junto al marqués que levantaba en el aire su maza, y notando que no llevaba aseguradas con cadenillas las riendas se las cortó de un hachazo.

Sin guia el caballo, y herido en la boca dió á correr alocado por medio de los enemigos, y sacando á su señor de aquel tropel lo condujo á donde venia el rey de Francia, quien saliéndole al encuentro con su robusto lanzon, como el marqués iba á la estradiota, ó lijera, fácilmente le traspasó y rindió en tierra sin vital aliento.

Jorge de Sevilla agregado á otros arcabuceros seguia mezclándose entre los combatientes á caballo, y aprovechando sus balas en las cruces blancas y en los sayos de tela de oro.

Uno de sus compañeros apuntó á Sanseverin que hácia ellos venia.

La bala atravesó la garganta del buen caballero, que cayó exánime.

El bayo que montaba siguió en su carrera hasta Jorge que le asió por las abandonadas bridas.

—Arcabuceros ¡á mí! gritó una voz anhelante.

Volvióse Jorge, y vió á Hernando de Alarcon perseguido por un señor francés que seguia los alcances al caudillo de la retaguardia imperial, cuyo caballo con las ansias de la muerte, venia vacilando para desplomarse.

Al mismo tiempo cayeron el morcillo de Alarcon, y el señor Aubigni, perseguidor de don Hernando, muerto de un arcabuzazo disparado por Jorge de Sevilla.

—Gracias, mi buen amigo; esclamó Alarcon sacando con dificultad una pierna de debajo de su noble compañero de glorias que por tierra yacia.

—Vaya un caballo, mi general (repuso el arcabucero, trayendo á don Hernando el bayo de Sanseverin.) Arriba y buena fortuna.

—¿Cómo te llamas, bravo arcabucero? preguntó Alarcon á su favorecedor, poniendo el pié en el estribo de su nueva cabalgadura.

—Jorge de Sevilla.

—Pues Jorge, (replicó don Hernando ya en la silla y tomando la lanza que el arcabucero le presentó.) Por Jesucristo vivo, que si salimos de esta con vida, te he de probar mi reconocimiento.

—Vida con vida se paga, contestó Jorge. Me salvasteis, os salvé. Quedamos en paz y jugando.

—Hasta la vista arcabucero.

—Hasta la vista mi general.

Alarcon se metió por los enemigos, gritando:—«*Santia-»go y España..! A ellos hijos mios;* que empiezan á cejar.»

V.

Sigamos á la infantería de la vanguardia que avanzando por la derecha vió venir en direccion á sus tercíos otro escuadron de peones.

—¡Ola mis leones de España! (esclamó Pescara con apacible semblante.) Ha llegado el momento de matar el hambre de gloria, que siempre mostrais. Para esto os ha traido Dios tanta multitud de pécoras en que podeis cebaros á placer. Aquel escuadron que de lejos viene me se figura de la gente de Pavia.

—¡Gente de Pavia! replicaron admirados algunos españoles.

—Gente de Pavia (repitió alborozado el marqués), que con el propio deseo de honra que vosotros ha salido para

juntarse con nosotros en el empeño. Vamos á recibir á nuestros hermanos.

—Vamos, pues, gritaron los cándidos infantes de Pescara.

—Vamos, (añadió el artificioso general.) Ya unidos con ellos tornaremos sobre mano izquierda, y entraremos por los centros enemigos.

Y acabada la alocucion para distraer á sus peones salió escarceando con *Mantuano*; haciéndole levantarse sobre las piernas; saltar de costado; piafar, y revolverse sobre los cuartos traseros.

—¡Bien por Dios! clamó el capitan Bobadilla, cordobés y por tanto acostumbrado á la vista de los mejores caballos de Iberia.

—Capitan Bobadilla (replicó mostrando sumo regocijo), por veinte mil ducados no he querido venderle. Si volveis á demostrar que os agrada os le regalo, que querais que no.

—Bien está en poder de quien le rige, contestó el capitan orgulloso por la cortesanía del marqués.

Al arcabucero Silva se le cayó la mecha de las manos, sin que engolfado en la marcha lo sintiera.

—¡Eh! Silva, Silva (gritó Pescara), hijo mio torna por la mecha, torna por la mecha que vas sin castañetas al baile.

Silva obedeció confuso.

—Adivinanza, adivinanza; (pero siguió el chancero gefe español), allá vá, y viva quien lo acierte:

Tiene vaina como el haba;
engrandece capitanes;
lleva en un cabo la muerte;
y en el otro gavilanes.

—Tiene vaina, como el haba (repitió un arcabucero.) ¿Será el guisante?

—Calla, cernícalo.

—Y en el otro gavilanes, dijo un alferez fijando las emblemáticas señas.

—Capitanes engrandece. Es la espada, la espada (repuso el capitan Bobadilla), tiene vaina como el haba; lleva en un cabo la muerte y gavilanes en el otro; no hay mas, la espada es.

—Adelante, y buen ánimo, clamó el marqués haciendo caracolear á su tordillo.

En esto la infantería tudesca imperial estaba formada en mitad del campo. Algunos pelotones de arcabuceros, que deshechas las filas de la caballería enemiga, tornaban á incorporarse al cuerpo principal á las órdenes de Quesada, pasaban al sitio en que los peones alemanes aguardaban la órden para maniobrar. *Minheér* Jorge salió á detenerlos y cerrándoles el paso les decia, *fermi, fermi,* esto es, quietos, quietos; haciéndolos incorporar á la masa que mandaba; por cuyo medio juntó á su tropa mas de treinta arcabuceros, que holgaron reunirse á tan buena compañia, y recibir los obsequios afectuosos de *Minheér*.

Volviendo á la infantería española, como llegase á tal distancia del supuesto escuadron de la gente de Pavia, que alcanzase á ver las cruces blancas y bandas negras de los tudescos al servicio de Francisco, escapóse de entre sus filas un murmullo de sorpresa; pues distinguia perfectamente los doscientos escopeteros de avanzada, y cuatro mil coseletes escojidos de vanguardia.

Los gritos de *¡hen! ¡hen!* (¡arma! ¡arma!) y el calar de las picas no les dejó duda alguna.

—¡Cuerpo de Dios! (esclamó Pescara fingiendo asombro.) Engañados veniamos; que son enemigos. ¡Sus! ¡rodilla en tierra, y nadie se levante hasta que yo lo ordene!

Los arcabuceros encendieron las mechas, metiéndose en la boca cuatro ó cinco balas, para cargar de presto.

—¡Rodilla en tierra! gritó el marqués con voz de trueno.

Los enemigos admirados de aquella pronta evolucion creyeron que antes de combatir los imperiales rezaban, encomendando sus ánimas á Dios, como buenos católicos, y no queriendo ser menos se pusieron asimismo de hinojos.

De repente los escopeteros alemanes levantáronse y adelantando diez pasos hicieron una descarga que por la complicacion mecánica de sus escopetas sin punteria fija no causó daño alguno.

Despues de disparar los tudescos volvieron espaldas para meterse á cargar sus armas entre la filas.

—¡*Santiago y España*! (gritó el heroico general.) ¡Arriba y á ellos, que huyen como bando de liebres.

Los arcabuceros se alzaron á una, y avanzando en formacion compacta, dieron comienzo á sus mortíferos disparos.

Veíase ondular como una cinta de fuego entre olas de humo; un horrisonante fragor asordaba los ecos, y entre el relámpago y el rayo caian los alemanes, dejando en las filas claros estensos, que inútilmente procuraban cubrir los de atrás; porque una nueva descarga diezmaba el frente de combate, abriendo mayor brecha; mientras aquellos temibles, infatigables tiradores continuaban adelantando, seguidos de la infantería.

Los hombres de las picas no podian dar un paso: aquellas armas mirábanse caer unas sobre otras á cada nutrida descarga, como las tiernas cañas de un espeso cañaveral al soplo de un furioso viento: seis, ocho y diez tiros era la tarea de cada arcabucero en aquel brevísimo espacio; asi hubo coselete aleman de tres, cuatro y cinco arcabuzazos en el peto: así perecieron mas de cinco mil hombres en un punto. Tan espesa y acertada fué la puntería.

—¡A ellos mis infantes! esclamó Pescara cargando con su vanguardia á los tercios enemigos en desórden; y metiéndose con furia tal por los tudescos, que su gente le perdió de vista, entre las hileras descompuestas de los arrollados escuadrones.

Aquell o no fué lucha, sino horrenda carnicería.

Los arcabuceros se replegaron á uno y otro flanco de las líneas de batalla, desde donde hacian caer á todo peloton de tudescos fugitivos que se salia de la pelea.

Los piqueros y alabarderos arrollando en formacion formidable batallones y tercios, destacaban partidas que acabasen, con los adversarios desunidos; cebándose en la matanza y dejando tras sí un valladar de cadáveres. Allí no habia moribundos: el que gemia derribado recibia el golpe de muerte del que venia detras buscando víctimas; pecho que palpitaba en los finales estertores, servia de vaina al hierro aguzado de una pica; el que acababa de espirar era aun perforado por el acero para mayor seguridad del encono.

Un tercio aleman logró rehacerse, y saliendo de la batalla servia de punto de reunion á los dispersos; mas toparon con la compañía de Quesada, que venia de socorrer á la caballería imperial, y volaba en auxilio de la infantería española, y los arcabuceros á las descargas primeras rompiéronlos y quedó desbaratado aquel cuerpo, último residuo de la vanguardia francesa que conservase posicion militar.

Un hombre de armas dió la noticia de haber fenecido el marqués de *Civita di Sant'-Angelo.* Como en la prisa de la relacion no entendieran el título del marqués, pensaron que se referia á Pescara, y corriendo entre los peones tal nueva encendiéronse en violenta ira, y asi fué que con lágrimas de furor, y las esclamaciones—¡*ah marranos*!—¡ah vil canalla!—cargaron sin piedad á los deshechos enemigos.

Acrecentóse la saña con haber visto retirar del combate mal herido al capitan Quesada, que en la toma de la artillería francesa recibió un escopetazo por la espalda, que le rindió entre los brazos de cuatro fieles compañeros de gloria militar. Mandados por el alferez Pelegrin los arcabuceros de Quesada, se abalanzaron á las baterías en menos de cinco minutos, los artilleros yacian por tierra; los caballos caian desjarretados y los trenes volcados y en monton servian de trofeo á la indómita pujanza de aquellos irresistibles tercios españoles.

Al arrollar el postrer escuadron enemigo, los peones del

ejército imperial, vieron salir de entre las rotas filas al marqués de Pescara, herido en el rostro cerca de la nariz en la mano derecha; traspasado el peto de una bala; desgarrado el sayo, y señalada la armadura con mil cuchilladas, albardazos, golpes de pica, y cortes de hachas. *Mantuano* mostraba una herida enorme en las mandíbulas, y otra que habiéndole abierto el vientre le hacia colgar las entrañas de los bordes sangrientos de la mortal lesion.

—¡Viva nuestro general! gritaron los valerosos infantes con imponderable alegria.

El buen *Mantuano* respondió á este grito entusiasta con un relincho de satisfaccion. El moribundo tordillo reconocia á los suyos, entre los que tornaba á morir.

—M*antauno* (esclamó Pescara, acariciando el cuello de su cabalgadura), ese es el cantar del cisne.

Cuatro contínuos llegaron al marqués, y le ayudaron á bajar del caballo, que comenzaba á vacilar en las finales fatigas.

—Llevadse ese pobre amigo (repuso Pescara tristemente) que muera sin que me vea morir.

—¿Estais herido de muerte? preguntó con ansiedad el gentil hombre Antonio de Vega.

—Enmedio del pecho, respondió el héroe.

En un momento Vega le quitó los correones del coselete, y metiéndole la mano en el pecho halló la bala aplastada por la resistencia de la armadura; aun tibia junto á la carne.

—Albricias, señor (dijo Vega enagenado de gozo.) No estais herido del modo que pensabais.

Y le mostró la pelota hecha tortilla.

—Armadme. ¡Nombre de Dios! (replicó Pescara con animacion jubilosa); ¡venga un caballo!

En un punto fué obedecido.

Revestido de sus armas, caballero sobre un buen alazan, y recojiendo como hasta dos tercios de su infantería, que no se habian desmandado á proseguir la victoria como



Cárlos V.
lám. 12.

los demas, se fué para el puente del Tessino, por donde se precipitaban en fuga los desbaratados escuadrones de la caballería francesa.

A la sazon volvió un gentil hombre del rey Francisco, comisionado para pedir refuerzo á Guevara, traidor capitan al servicio de la Francia, que frente á Pavia habia quedado con diez mil hombres; trayendo al monarca la noticia mas adversa.

Antonio de Leiva, agoviado por una aguda enfermedad, se hizo conducir á la muralla en una silla; y dió órden á un cuerpo de mil imperiales, entre españoles y tudescos, que trabaran escaramuza con los sitiadores, de suerte que no les permitieran marchar en ayuda del ejército, caso que de ellos necesitasen.

Los escaramuzadores lo hacian tan bien que el capitan traidor viendo amenazadas sus posiciones á cada instante no osaba desmembrar sus huestes.

—¡Rayo del cielo! (esclamó Francisco desesperado.) ¡Perdida la caballería! ¡Hechos pedazos mis tudescos! Conduzcamos al campo á los suizos.

Los suizos resistieron el primer mandato real.

Francisco mezclaba promesas, insultos y amenazas.

—Soldados (les dijo con espresion desesperada). ¿Sereis bastante cobardes para abandonar á un señor que trata de morir como valiente entre vosotros?

—Soldados (añadió el viejo capitan Shauloppe, veterano, objeto de un culto reverente entre los helvéticos, por su dilatada esperiencia y acrisolado valor), vamos á reunirnos con los gascones y la gente del Bearn, y entremos en combate.

Los esguízaros se pusieron en marcha á la invitacion del decano de sus gefes.

—¡Gracias á Dios! esclamó Francisco poniendo al trote su caballo al flanco derecho de las primeras filas.

Los suizos tenian que pasar por junto á los tudescos de *Minheér* Jorge para reunirse con los bearneses y frantopines.

Los gascones y gentes del Bearn notando que los esguízaros venian á incorporárseles, cobraron aliento y marcharon en direccion á sus favorecedores.

—Ahí vienen mis buenos bearneses y mis valientes soldados de Gascuña, clamó el soberano francés con animosos brios.

Minheér Jorge que vió llegar hácia su falange aquel cuerpo de tropa en órden de batalla, dijo á los arcabuceros en un castellano barbarizado:=espaniol, avánti; in descoberta é fuógo.»

Los arcabuceros salieron al frente de los alemanes á sueldo del imperio, y al llegar los suizos recibiéronlos con terribles descargas.

Al fragor de la arcabucería, la compañía de Quesada que acababa de volcar los trenes de la artillería francesa, acudió presurosa en auxilio de sus hermanos, y en tanto que los suizos detenidos por el nutrido fuego de los auxiliares de *Minheér*, se remolinaban girando en confusion como torada que contiene un círculo de amenazadoras garrochas, cargó desapiadadamente por un flanco de los frantopines, que íbanse acercando á los tercios esguízaros, poniendo en desórden las primeras filas.

La infantería española que destrozada la vanguardia del ejército francés avanzaba en busca del centro y retaguardia enemigos, se precipitó sobre los frantopines con un encarnizamiento sin igual; tanto mas enardecida cuanto que gascones y bearneses en medio del silencio sombrío de las resoluciones estremas hacian una resistencia feroz; sirviendo de parapetos á los combatientes, diezmados los cadáveres de sus camaradas, hacinados á toda priesa por los caporales y sargentos menores.

Pescara, deseoso de volver á monsieur de Alenzon el descalabro que le hizo sufrir al principio del choque, avanzó en su seguimiento con los dos batallones que habia reunido; pero el príncipe francés, advirtiendo el desbarate de las tropas de su rey, y notando que si cortaban el puente echado

sobre el Grabalon quedarian todos en poder del enemigo, habíase apoderado del puente; y por él se precipitaban multitud de vencidos. Alenzon despues de favorecer en lo posible á los derrotados, se proponia cortar el puente y retirarse á Begeven, villa á diez y ocho leguas escasas de Pavia; donde los franceses tenian aposentamientos y un corto presidio.

Minheér Jorge, que se vió tan eficazmente protejido por los arcabuceros, se creyó en el deber de caer sobre los adversarios para convertir la confusion de los franceses en derrota, y poniéndose delante de sus tudescos, enristrando su larga y pesada pica, gritó con voz que hubiese envidiado un capitan de los titanes que escalaron el olimpo mitológico:= ¡hen! ¡hen!

Los alemanes adelantáronse con las picas enristradas, y cojiendo por un costado á los frantopines y á la cabeza del tercio suizo, los envolvieron en la arremetida.

Los germanos giraron sobre las guias de la izquierda no hallando adversarios por el frente, y entraron por los bearneses y gascones, que bizarros se defendian contra los infantes de España. A esta evolucion debió el salvarse la tropa suiza, que pudo ganar el puente, guardado por Alenzon.

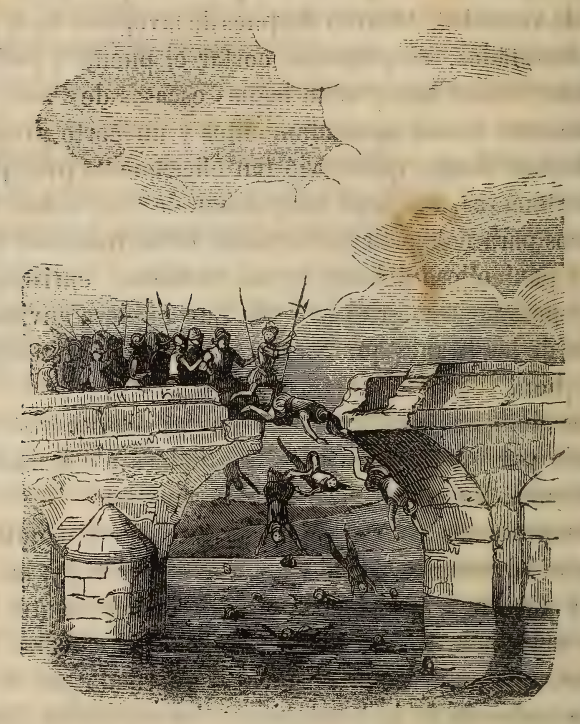
Los tudescos de la banda negra, los esguízaros, hombres de armas y frantopines, que conseguian escapar de la matanza, se reunian en fracciones activamente perseguida, y que se esforzaban en llegar á la puente salvadora.

Pescara se aproximaba á el único punto de salida de aquel campo de horrorosa carnicería. Alenzon mandó cortar el puente y emprender la retirada.

Llegaban las secciones de fugitivos y lanzábanse á las aguas del Grabalon desatalentados. Seis mil infelices perecieron entre las ondas.

Quedaban en el parque los frantopines que caian uno sobre otros sin dar un paso atrás, defendiéndose hasta el último trance; sucumbiendo sin exhalar un gemido. Caballeros que escapaban por aquellas llanuras seguidos de peones y ginetes. Fugitivos que preferian perder la vida en el Gra-

balon á caer en manos de los imperiales. Soldados inermes que de rodillas pedian la vida á sus aprehensores. Rendidos



que escoltados por el vencedor conjuraban su misericordia.

VI.

Cuando Francisco se convenció de que los suizos no volvian al campo de batalla, por mas exortaciones que al efecto les dirijiera, tornó hácia los frantopines para tentar el postrer lance, y en todo caso retirarse con algun tercio de aquellos gascones y bearneses tan dignos de suerte mejor.

Los frantopines estaban envueltos por todas partes ya por los arcabuceros, ya por peones alemanes ó españoles, que estrechándolos en círculo los esterminaban sin compasion, en ese frenesí sanguinario de una soldadesca que irritan los desesperados esfuerzos de valor de un enemigo que sucumbe.

Francisco detuvo el galope de su rucio ante aquellos implacables sacrificadores de sus leales guerreros.

Los gritos de los imperiales que de todos los puntos del campo acudian al degüello del último cuerpo francés, helaron la sangre en las venas del monarca.

Los que corrian á incorporarse á los autores de aquel cruento sacrificio, ó no reparaban en el soberano ó le tomaban por un jefe de la caballería de Borbon.

—Adios, nobles y desgraciados defensores de mi corona, esclamó sollozando y tendiendo su diestra hácia los mismos frantopines.

Un moribundo esguízaro tendido cerca de Francisco se incorporó con suma dificultad. Su vista que empezaba á turbarse con las sombras de la muerte, alcanzó á descubrir al abandonado señor de la Francia. Hizo el final esfuerzo y le gritó;=Salvaos, rey Francisco.

Algunos alabarderos que se acercaban oyeron esta esclamacion, y reparando en el equipo fastuoso de aquel capitan se dirijieron á él con ánimos hostiles.

Francisco hundió los acicates en el vientre de su rucio, que sintiendo las riendas abandonadas sobre su cuello, salió como flecha al tenderse la recojida cuerda del arco.

El alabardero que avanzó antes que todos descubriendo al suizo aun incorporado y siguiendo con la vista á su señor, le traspasó por los lomos, dejándole libre de penas.

Francisco, advirtiendo el tropel tumultuoso que se precipitaba hácia la puente, creyó espedito el paso, y volvió el caballo en direccion al esclusivo punto de salida de aquel teatro de su cruel derrota.

Habia abandonado su lanzon, y solo tenia para defenderse la maza de armas y la espada. Blandia la maza con ademan amenazador para despejar el paso de algunos peones, que mirándole correr de aquella guisa mostraban intenciones de detenerle, cuando un arcabucero haciéndole puntería, traspasó por el pecho á su rucio, que viniendo á tierra le cojió la pierna derecha debajo.

Juanes de Urbieta, natural de Hermani en Guipúzcoa, hombre de armas en la compañía de don Diego de Mendoza, se fué para él poniéndole el estoque al pecho, y diciéndole: —*Date alma de Dios.*

—*Tenez; je suis le roy,* contestó con dignidad Francisco.

—¿Qué eres el rey? preguntó Urbieta.

El monarca hizo un enérgico signo de afirmacion.

—Pues rendios.

—*Je me reus,* repuso el soberano.

Una docena de suizos atacaban con furor á un alferez, pugnando por arrancar de sus manos la bandera de un tercio.

—Micer (dijo el vascongado á Francisco), ¿os declarais mi prisionero de guerra?

—*Oni.*

—Pues por esto me conocereis, añadió Juanes, alzando la visera del almete, mostrando á el rendido su falta de los dientes incisivos superiores, y corriendo en auxilio de la bandera cuya defensa habia jurado solemnemente.

Diego de Avila, otro hombre de armas, granadino de naturaleza, se llegó á Francisco con la misma pretension de Juanes; que se rindiera.

—El rey, esclamó Francisco, recordando aquellas palabras recientemente pronunciadas por Urbieta.

—¡El rey Francisco! repitió Avila corriendo á su socorro.

—*Sí Francisco. El mísero Francisco,* respondió la magestad cristianísima en italiano, como idioma mas intelijible á un español que el suyo.

El gallego Pita pasaba por allí cerca.

—Pita (gritó Diego de Avila), ven á darme auxilio.

—¿Prisioneiro, prisioneiro? acudió interrogando el galileo.

—Vamos (interrumpió el granadero.) Saquemos debajo de ese rucio á este buen señor.

La operacion fué breve. Al levantarse el rey, Pita le desató el lazo grana que le sujetaba á su cuello el espléndido collar de la órden de San Miguel.

—*Lasciatemi questo pegno, é vi daró sei mile duccati,* dijo el rey: esto es=*dejadme esa prenda y os daré seis mil ducados.*

Pita que habia hecho en Italia dos campañas y comprendia perfectamente el idioma del pais, aunque le hablara con dificultad, replicó con tanto laconismo como arrogancia:= «*E per l' imperator*»=*es para el emperador.*

Estando ya de pie el rey de Francia, acertaron á pasar por allí algunos arcabuceros.

—Mira aquel micer, esclamó uno.

—¡Ola! ¡ola! (añadió otro.) Degollemos al gabacho.

—¡A él! ¡á él! gritaron los demas.

—¡Alto, señores! (dijo Avila conteniéndolos.) Es el rey Francisco.

—Quítate de ahí (replicó uno de los acometedores.) Por tomar rescate de ese mozo nos le hace pasar por rey.

—¡Fuego! interrumpió un moceton de seis pies menos líneas, apuntando al monarca con su temible arcabuz.

Pita se le arrancó de las manos.

—Está rendido ¡*votu au demu*! le dijo.

—Pizarroso (clamó Avila llamando á un piquero que próximo estaba), ven á impedir que los señores arcabuceros nos maten un ilustre vencido.

Pizarroso acudió blandiendo su pica.

La lucha iba á empezar, cuando un gefe de caballería acudió á impedirlo.

—¿Qué es eso? preguntó con tono imperioso.

—Señor (respondió Avila), que esta gente intenta concluir con el rey Francisco.

Oir esto y apearse de un salto el capitan todo fué uno.

—¿Quién es el rey? interrogó con ansiedad.

Francisco alzada la visera se adelántó diciendo:

—*Me voice, La Motte.* (La Motte, héme aquí.)

La Motte cayó de rodillas ante la magestad prisionera.

—¡Cuerpo de Dios! Es el rey, murmuraron los arcabuceros.

Francisco se quitó el casco, que dió á su defensor, Diego

de Avila. Limpióse el sudor de la frente, y como traia herida una mano se ensangrentó el rostro.

—¿Os han herido estos soldados, señor? preguntóle el confidente del duque con interés.

—No. En la batalla, dijo el rey con abatimiento.

—Señor marqués (gritó un arcabucero con todos sus pulmones.)

—Aquí tenemos al rey Francisco.

—Sin duda no te oyó (le hizo observar otro), porque pasa largo.

—Avisad al marqués de Pescara que quiero verle, dijo el monarca rendido; La Motte se apartó para dar á un hombre de armas la comision de llamar á Pescara.

En tan breve espacio despojó la soldadesca al ilustre vencido de penacho, bandereta y joyas. El sayo se le cortaron en mil trozos que guardaban como reliquias de su victoria. A todo esto Francisco callaba traspasado de íntima pena.

—¡Qué gente tan fiera! murmuró el rey examinando los marciales semblantes de los soldados iberos que le circuian.

—¡Atrás! les dijo La Motte con aire de mando.

—Aquí viene el marqués de Pescara, anunció un arcabucero.

El marqués acudia á todo correr.

Apeóse con suma celeridad, y fué á ponerse de hinojos ante el augusto vencido.

—A vuestros pies, alteza (le dijo con el mas profundo respeto), dadme á besar vuestra escelsa mano.

—Alzad, ilustre marqués (contestó el monarca acompañando la órden con la accion), y seais bien venido.

—Mande vuestra alteza. Aquí estoy para cumplir su mandato.

—Marqués, cuartel para mis pobres compañeros.

—Soldados (dijo Pescara á los que le rodeaban), id á decir de mi parte que se admita á seguro de vida á todo enemigo.

Los soldados partieron dilijentes á evacuar el encargo de su general.

—El marqués siguió hablando francés con su egregio prisionero, con la pronunciacion mas pura, y la diccion mas correcta.

—Señor, ¡ánimo! Todo no está perdido.

—Todo se ha perdido menos el honor; contestó el rey con ese caballero énfasis de la noble frase que sirvió de emblema á su desgracia.

El marqués del Vasto llegó á presencia del monarca y este viéndole de tan arrogante apostura, le dijo con afable sonrisa:

—Mucho he deseado veros, galan marqués; pero no por este camino: bien lo sabe Dios.

—Señor (le contestó el del Vasto con señales de vivo enternecimiento.) Gloria deseaba mi corazon; mas no á tanta costa vuestra.

Alarcon y Lanoy llegaron casi al mismo tiempo, y demostraron el acatamiento condigno al vencido de Pavia; siendo aceptados sus homenages por él con la mayor gentileza.

A esta sazon el duque de Borbon venia blandiendo el estoque teñido en sangre de sus compatricios; salpicado de sangre el sayo; el furor pintado en la faz; una feroz alegria brillando en sus ojos.

—Por fin caiste (clamaba al acercarse al grupo que tenia en medio á su mortal adversario.) Por fin te encuentro rey sin fé, caballero sin honra.

Pescara salió á detenerle, mientras Francisco sin poder ocultar su turbacion bajó la vista.

—Señor duque, (dijo Pescara) déme vuestra gracia ese estoque.

—Tómele V. S. ilustre vencedor, repuso Borbon entregándosele.

—Respetad al vencido.

—Bien, pero quiero verle.

—Duque...

—Marqués! Yo venia frenético; pero acabo de reflexionar que antes que todo soy caballero.

—Allí está, replicó Pescara, señalando al rendido.

Borbon llegó á donde Francisco se encontraba.

El rey fijó en él una mirada entre bondadosa y dolorida.

El duque sintió herido por la piedad su corazon.

Las lágrimas se agolparon á sus ojos.

Francés pasado al partido del imperio el ex-condestable, en aquel punto esperimentó una revolucion de cuanto los rencores no habian estirpado de generoso y bueno en su alma.

—¡Ah! (esclamó con emocion poderosa) si de otro modo se atendieran mis consejos, en sus dias se hubiese ahorrado esta catástrofe.

Francisco se estremeció al oirle.

Alzó las manos al cielo, y con un profundo suspiro esclamó:

—Paciencia, pues falta ventura.

La Motte consiguió llevarse al duque, cuya vista apesadumbraba al rey.

—Ea señor, (dijo Pescara presentando al monarca un hermoso Cuartago) subid en este animal y hacednos la merced de seguirnos.

Francisco I no se hizo repetir la súplica.

Mientras un soldado le presentaba un sombrero blanco de fieltro, propio del virey el anciano capitan Santa-Cruz, le quitaba las espuelas con la reverencia debida.

Lanoy, Alarcon, y los marqueses de Pescara y del Vasto, montaron asimismo en sus cabalgaduras, y al frente de una escolta de caballería, llevando al medio al soberano francés, se pusieron en camino hacia Pavia, libertada del cerco por tan señalada victoria.

Por el camino iban encontrando secciones de arcabuceros, hombres de armas, peones y coseletes que se detenian para ver pasar al sucesor de Luis XII.

—Señor, (le dijo un hombre de armas). En estos lances se prueba el valor de los príncipes.

Mas allá un tudesco se aproximó á él y accionando

grotescamente esclamó: mejor trato recibirá del Emperador, que él le habria dado.

Francisco se hacia traducir por el obsequioso Pescara cada una de estas frases.

Un soldado de la caballería ligera del malogrado Saint-Angelo se llegó al monarca para gritarle:

—Regocíjese V. A. de haber sido preso por la nacion mas valiente de Europa.

Francisco se esforzaba por parecer tranquilo, y aun sonreia; pero con esa sonrisa falaz, que denuncia el mecanismo del esfuerzo; impotente para finjir la espontaneidad de la naturaleza.

Siguiendo el camino vió una infinidad de prisioneros, escoltados por un tercio de gentes de arcabuz. Entre los rendidos iban muchos señores de la primera nobleza, que holgaron ser vistos de su rey.

Francisco los saludó con buen semblante, haciéndose la mayor violencia para decirles en tono festivo:

—Procurad aprender el español, señores, aunque sospecho que los maestros os han de llevar muy caro.

Aun seguia con vista dolorida á los prisioneros, cuando una descarga de arcabuceros le hizo salir de sus tétricas reflexiones.

Volvió la cara y descubrió una compañía de arcabuceros, formada sobre la izquierda en columna de honor, y que le habia dedicado una salva; tributo militar de los leones españoles á la soberanía, aun en la postracion del vencimiento.

El sargento mayor Roldan se adelantó hasta parar el caballo del rey alargóle una bala de oro, y le dijo con notable despejo:

—Señor, ayer fundí seis balas de plata y una de oro: las primeras para vuestros gentiles hombres; la última para V. A. Pensaba daros la mas honrosa muerte del mundo. He aprovechado cuatro de plata en sayos de brocado y petos de terciopelo carmesí. Hé aqui la de oro: tomadla en la mano

pues no puedo dárosla por el pecho. Ocho ducados pesa una onza. Recibidla para ayuda del rescate.

Francisco la tomó, y siéndole traducido por el marqués de Pescara el discurso del arcabucero, celebró infinito el rasgo.

A la conclusion del camino la comitiva avistó los muros de Pavía. El monarca palideció, y detuvo el cuartago.

—Señor marqués (dijo al de Pescara) libradme de la afrenta.

—Allí no pude entrar vencedor: no quiero entrar vencido.

Pescara hizo una seña al marqués del Vasto, que ocupó su lugar junto al soberano francés, mientras retirado á corta distancia con Alarcon y Lanoy conferenciaba sobre la pretension del ilustre prisionero.

Despues de unos minutos de consejo, los capitanes tornaron al lado de Francisco.

—¿Qué habeis determinado? preguntó el mísero rey con ansiedad.

—Señor, (le respondió Pescara) no entrará V. A. en Pavia, sino que será conducido al castillo de Sizzighitone; confiada su custodia al capitan don Hernando de Alarcon.

VII.

El emperador, retirado en un gabinete de su alcázar, dá cuenta al doctor Herranz, acreditado facultativo castellano, de los síntomas que van determinando los progresos de la dolencia que le tiene flaco y deshecho.

—Estas cuartanas presentan mal aspecto, seor Hipócrates; (decia el César con indolente familiaridad.) Hace cerca de dos meses que no disfruto un dia de salud. Cuando no me hace tiritar un frio que me hiela hasta la médula de los huesos, cuando una fiebre devoradora no me abate, siento una postracion, un malestar, que no son tanto huellas del sufrimiento pasado, como anuncios de los que llegan á consumirme.

—Hoy es el dia de entrada de la cuartana (repuso el doc–

tor Herranz) y así no es estraño que el abatimiento sea mas sensible, segun la marcha de la enfermedad....

—Segun la marcha de la enfermedad (repitió don Cárlos con desaliento) el pobre emperador austriaco, rey de España, se irá desecando como una planta sin sol ni riego, y despues de un periodo de trabajosa lucha, entre la vida y la muerte, enterrarán un esqueleto en la capilla real de Granada.

El doctor se levantó lleno de sobresalto y alzando las manos al cielo y moviendo la cabeza en señal de su íntima pena, esclamó con voz conmovida:

—¡Dios mio! esto nos faltaba para término de todas nuestras fatigas; pierda V. M. la fé, y con la desconfianza de su naturaleza juvenil, y de mi cuidadosa asistencia, no adelantaríamos un paso.

—Vaya, mi buen Galeno, (replicó S. M. con bondadosa sonrisa), tranquilízate. Convengo contigo en que soy el peor enfermo del mundo.

—Señor, yo no he dicho tal.

—Pero yo lo conozco. Mira: ayer despues del consejo, al pasar á mi cámara, tuve la curiosidad de mirarme en aquel espejo magnífico que los venecianos regalaron al emperador mi abuelo, y con tantas precauciones hice conducir para colocarle en la galeria de mi departamento habitual. ¡Válgame Dios! Herranz, estoy hecho un cadáver; es preciso que se diga en la córte que el emperador no promete larga duracion; á esta fecha han comunicado á mi hermano de Valois que apriete sin miedo en Italia, porque Cárlos de Gante tiene un pie en el sepulcro....

—¡Señor! interrumpió el médico consternado.

—Sí, sí: (continuó el César persistiendo en su amarga broma, con esa tenacidad de un doliente exasperado). Si me rodearan príncipes herederos, ya conoceria los síntomas de la terrible crisis en las solicitudes de esa caterva cortesana que vuelve la cara al sol que nace y las espaldas al que muere...

—¡Señor! repitió Herranz con dolorosa impaciencia.

—Escucha: (replicó don Cárlos redoblando su acerba espresion) no ha de faltar quien diga que me hirió la cólera divina porque acusé de ingrato el vicario de Cristo, y la viuda de algun pellejero de Segovia, ó la madre de cualquier pelaire de Valladolid que mis justicias hayan enforcado por los escesos de aquellos fatales dias de 1522, repetirán que muero ahogado por la sangre de los hijos de la santa Liga.

—Vuestra Magestad es objeto de cuidados inútiles, y todos los profesores que el arte de curar cuenta en el orbe, desde el mas profundo conocedor hasta el mas superficial curandero, tienen que convenir en que aqui nada pueden los recursos del arte.

—¡Tan desesperado es el caso! esclamó el rey sin poder disimular sus vivas inquietudes.

—No está en eso el mal, (repuso el doctor) sino que se trata de una dolencia que no es mas que la forma de otra dolencia, á la que no llegan drogas ni combaten medicamentos.

—Metafísico estais.

—Se trata de una enfermedad sostenida por una predisposicion del ánimo; provocada por las circunstancias especiales del individuo, y que no es otra cosa que el efecto de una causa: mientras la causa subsista, el efecto subsistirá; en cuanto la causa cese, los efectos deben cesar tambien.

—Bien: ¿y á qué vienen esos razonamientos?

—A probar que....

—A probar que si muero, este efecto procede de la causa de la muerte, y que el enterrarme será efecto del efecto de la causa de morirme....

—Señor, (replicó Herranz ofendido) no me creia en la opinion de un charlatan cualquiera que disculpa con palabras las faltas de sus obras, y merece la burla de los que no sabe alucinar con sus esplicaciones.

—Seor Galeno, (contestó el César) teneis la indignacion

mas cómica imaginable; pero venid acá, alma de Dios, ¿no conoceis que estoy en uno de esos accesos de alegria que ocultan la hiel que baña mi alma?

El doctor miró á don Cárlos con ese anhelo de los observadores que descubren un fenómeno escapado á sus indagaciones antecedentes, y le siguen con la codicia de los espíritus curiosos.

—¿No habeis echado de ver (continuó el monarca) que cuando terribles leyes, cuales son las de la imperiosa necesidad, pesan sobre mí y me reducen á una inaccion forzada, en vez de estallar mi despecho en arrebatos de impotente furor, ridículo estremo de la debilidad, rio, chancéo y me burlo; porque todo eso desahoga, y las penas tienen su risa de alegria como el placer sus sentidas lágrimas?

—En eso iba á parar mi razonamiento, añadió el doctor.

—Vuestros razonamientos paran en todo, señor Hipócrates; (siguió el César con la jovialidad convulsiva de los que dan esa máscara á sus dolores secretos). Pero es singular, amigo mio, que no hayais penetrado en estos periodos de verba chancera las inquietudes, la zozobra, el hastío de esperar desenlaces de crisis tremendas, el coraje de hallar trabas á cuantos proyectos intento poner en ejecucion.

—¿Y cómo habeis llegado á?..

—¿Que cómo he llegado á vencerme hasta reir cuando sufro?

—¿Es esto lo que ibas á preguntar?

—Cabalmente, señor, cabalmente.

—Es muy fácil. Te acostumbran desde pequeño á la ficcion. Palacio es un teatro como nunca le pudo concebir aquel Esquiles famoso, que con una de sus tragedias, hizo malparir embarazadas, y morir chiquillos de susto.

Herranz rió de esta cita histórica.

Don Cárlos prosiguió con mayor viveza.

—Ves á tu padre que acaba de jurar desesperado; á tu madre que no hace mas que enjugar su llanto... Salen ante el pueblo, y sonrien y agitan el pañuelo, y saludan gozo-

sos, y las faces radiantes al vulgo que los victorea; y tú, pobre niño, que conservas la impresion de aquella escena; que vas con el rostro asombrado aun por los juramentos del rey, y preñados los ojos de lágrimas por el pesar de la reina; eres cojido en brazos cariñosamente por la una, mientras el otro estrechándote la mano con dulce afectuosidad, te dice:=*Sonrie, niño mio, sonrie,*=y tu madre, asiéndote el brazo te hace mover la diestra en un signo de pláceme agradecido, añadiendo:=*Saluda, prenda mia, saluda,*=y el pueblo clama y repite que aquella escelsa familia es un modelo de concordia, y un tipo de humana ventura...

—Bien, bien; cálmese V. M., dijo el doctor alarmado por aquella escitacion vehemente.

—Y luego de mayor te reprenden cuando das muestras de antipatía al que te choca, y te imbuyen en la creencia de que no conviene á tu decoro repetir las señales de estimacion á los que amas; porque pueden abusar; porque escitas rivalidades peligrosas; porque te supondrán supeditado... en fin, por los mil y un motivos que te alegan para probarte que has nacido en un rango que te impone deberes que repugnan, y repugnar la mitad de lo que te inspiran tus sentimientos... Y llega otra edad y comienzas á tomar parte en el Consejo; á recibir las embajadas; á estipular condiciones políticas; á disponer con una palabra de la espada de Marte, ó la pacífica oliva de Minerva; y entonces sabes que debes sonreir al nuncio de un príncipe insolente, cuya altiva embajada te sugieren tus brios contestar con el rayo de la guerra, que es preciso no dejar traslucir tus disposiciones hostiles ó benévolas, porque desde la cámara del Consejo hasta el gabinete del tocador hay quien recoja una frase tuya y esta vuela por las cortes de Europa como un augurio, un dato, un antecedente, que se repite, se comenta y complica las situaciones, hasta cambiar la marcha de los procedimientos diplomáticos....

—Es increible; interrumpió el doctor embebido en aquel rápido cuadro de la existencia escepcional de los príncipes.

—Y cuando ya inaugurada tu política (siguió diciendo don Cárlos creciendo en animacion) cuando ya planteado tu sistema peculiar, te aplaudes de haber concluido con esos legados incómodos del antecesor, que obstan á las miras del que viene á regir una monarquía, y has comenzado con felicidad tus empresas, y has preponderado en tus primeros propósitos ¿no es verdad que debes sufrir mucho cuando juegas á un azar peligroso todo el fruto de tus afanes; no solo lo que has adquirido á costa de imponderables fatigas, sino lo que te propones para el porvenir?

—Ya lo creo.

—Pues si conoces en medio de todo eso que con indicar tus temores, tu impaciencia, tu exasperacion, despues de no adelantar maldita de Dios la cosa, estás espuesto á que tu menor palabra se traduzca, se haga blanco de cien observaciones, y llegue hasta los tuyos como un suspiro de desaliento, y los enemigos como un gemido de dolor, que los anima en su obra, ¿no te empeñarás en aparecer no ya tranquilo, sino feliz para que los noticiosos de tu riesgo, no interpreten tu ansiedad, y ya que no te crean seguro del triunfo, que no se persuadan de que tienes la conviccion de tu derrota?

—Es claro. ¡Dichoso quien asi puede reprimirse!

—¡Dichoso! (repitió el César con sardónica sonrisa). Dichoso el que carece de espias; el que halla un confidente, seguro en cuanto cabe que lo sea un habitante de esta tierra de maldicion; el que dentro de la esfera comun de los sucesos humanos, no tiene que aceptar con la estraordinaria posicion sus estraordinarias cargas...

—Aquí tenemos á Horacio, el poeta predilecto de la córte de Augusto; al favorito de Mecenas; al Adonis de las mas bellas mugeres galantes de Roma; al génio de las risas y los amores, que en un rapto de mal humor escribe aquello de

odi profanum vulgus, et arceo.

—No, Herranz (respondió el monarca), no es un rapto de

mal humor lo que me hace esplicar de este modo; sino la necesidad de probarte que entiendo la causa de mi dolencia tanto como tú mismo...

—Vea V. M. Ilma. por qué dije la causa de ese efecto...

—De sobra te entendí, doctor (se apresuró á decir don Cárlos). Estas cuartanas que me aniquilan no son mas que...

—Efectos de una causa puramente moral. Habia predisposiciones en vuestra naturaleza mas en favor de esa forma de dolencia que de otras ciento que pudieron surgir á virtud de esa escitacion del ánimo, y ese ha sido el carácter con que se ha formulado al esterior la causa eficiente interna. Mientras el gérmen de ese padecimiento no...

—Convenidos (interrumpió la majestad imperatoria con triste fatiga). Yo no me debo impacientar porque esto dure, porque es una revolucion física que corresponde á otra revolucion moral, como el eco corresponde á la voz.

—Justo.

—En cuanto al método curativo el mismo siempre.

—Mientras las indicaciones sintomáticas no varien, no hay razon para alterar el sistema instituido.

—Tu dices que no hay motivos de alarma...

—Ninguno, señor, hasta la actualidad.

—No hay mas que aguardar á que...

—A que... (tartamudeó el facultivo) á que...

—¡A qué!.. esclamó don Cárlos con acento decisivo.

—A que lleguen noticias de Italia, replicó el Galeno resueltamente.

El emperador quedósele mirando de hito en hito. El médico sostuvo aquella mirada con valentía.

El César concluyó por sonreir.

—¡Ola, seor Herranz! (dijo con pausada entonacion) ¡Con que esas tenemos! Tras de maestro en el arte de curar, profesor en *adivinanza,* como decia en sus partidas mi augusto abuelo el décimo Alonso.

—¡Famosa adivinanza! (objetó el doctor). Tiene V. M. un ejército pregonado en los pasquines de Roma por perdido;

un enemigo ensoñoreado del terreno; la plaza mas importante cercada por un adversario audaz y con grandes recursos; no puede socorrer con soldados ni dinero las tropas, que apoyan allá sus intereses; le anuncian sus generales que van á obrar á la desesperada, y hace dos meses y pico que nada sabe de la jugada aventurera, en que comprometen el destino de sus armas en Italia...

—¡Pardiez, señor Herranz! (dijo don Cárlos, cediendo al encanto del hombre, cuyo pensamiento fijo interpretan, y rompe la valla del silencio costoso en que le retiene). Ya conozco que es inútil el disimuló con vos: ademas sois un hombre honrado...

—*Medicus: vir probus moedendi peritus*: ese há sido mi lema.

—Traducídmele. Soy una nulidad en la lengua latina.

—El médico es un varon probo, perito en curar, recalcó el doctor.

—Pues bien; si hoy viniesen á decirme:=«has perdido la Italia; víctimas de su arrojo Pescara, Borbon, Alarcon y Lanoy, han quedado en el campo de batalla; en poder del enemigo; huyeron deshechos sus escuadrones; Francisco impera insolente en tus conquistas; no te resta un soldado, ni un palmo de terreno:»=al que me diese tal nueva le mandaria dar veinte mil escudos, tan cierto como me estoy aqui consumiendo de tedio mortal; de irresistible hastio.

—¡Es posible!

—Y tan posible Herranz. No me abatiria la derrota: llorara en buen hora á mis valientes caudillos, muertos en el campo del honor; sintiera mis bravos capitanes aprisionados; mis pobres defensores anonadados por los franceses; pero ya perdiera mis esperanzas por la actualidad, y estuviera maniobrando para lo futuro. Pero en la agonia de esperar; entre una ilusion fugaz de triunfo, y una sospecha fundada de descalabro...

Una ruidosa griteria en la plaza de palacio interrumpió al rey, que calló prestando el oido á la repentina algazara.

—¿Qué será eso?

—Nada en sustancia, (respondió el facultativo, encogiéndose de hombros) alguna quimera de mugeres, que alborota al sexo fuerte como el mejor torneo; ó bien algun tudesco beodo, que se habrá enredado á cuchilladas con algun guarda—canton. Iba diciendo vuestra magestad...

—Iba diciendo (repitió don Cárlos), que esta situacion no puede durar mucho tiempo. Ira de Dios!

—Tal debe pensarlo vuestra...

El rey le interrumpió acaloradamente:

—Porque si lo que todas las probabilidades inducen á creer, á estas horas la hiena ha devorado á mis hijos; si esa Italia maldita, que bebe la sangre y sorbe el oro de las primeras potencias del mundo, no es hollada hoy por un tercio imperial, venderé como doña Isabel, mi abuela, las joyas de la corona, y á costa de los sacrificios mas duros, iré á probar al rey de Francia, que...

Un rumor vivísimo en las galerías de palacio cortó el concepto del César, que prestó una atencion ávida á el inusitado estruendo de agitadas conversaciones.

—¿Qué significan esos murmullos? preguntó al doctor.

—No puedo colegir...

El ruido de abrir las puertas del departamento retirado en que se encontraba el emperador, hizo á S. M. incorporarse en la otomana en que se hallaba recostado.

La puerta anterior á la del gabinete se abrió con estrépito, denunciando el impulso de una mano vigorosa.

—Id á averiguar lo que sucede, dijo el soberano á su médico.

El doctor hizo un movimiento para salir; pero la puerta del gabinete se abrió, dando paso á un caballero en equipo de viage, que con rostro alegre, y llevando en la diestra un voluminoso pliego, fue á ponerse de rodillas ante el nieto de los reyes católicos.

—Peñalosa, esclamó don Cárlos con muestras de júbilo.

—Señor, (contestó el comendador sin ocultar el alborozo

que le habia hecho penetrar tan atropelladamente hasta aquel recinto) comience V. M. Cesárea por dispensarme la brusca invasion...

—¡Dispensaros! (repuso el rey con efusion gozosa) ¡Dispensaros de que me traigais una feliz nueva en la animacion



de vuestro semblante! Habeis prescindido de etiquetas ceremoniosas, para venir á contarme que...

—Que podeis decir como el príncipe César=«*veni vidi, vici*».

—¡Victoria! (clamó don Cárlos enagenado de placer) doctor Herranz, ya siento desaparecer con la causa los efectos. Empezaban á helarse las estremidades, mientras la cabeza se me ardia: el calor se reparte en perfecta igualdad por todo mi cuerpo.

—Ya observo vuestra crisis, respondió el Galeno estre-

madamente complacido.

—Veamos vuestros pliegos, señor Peñalosa.

—Hélos aquí.

—Levantaos, marqués del Sotillo.

Peñalosa quedóse atónito.

—Levantaos, marqués del Sotillo, repitió el soberano tendiendo su diestra al comendador, que besándola con profundo respeto, obedeció la órden de su monarca.

Mientras don Cárlos leia, el doctor y el recien elevado á marqués por la benevolencia imperial observaban todas impresiones, vieron sucesivamente palidecer y encenderse sus mejillas; brillar con un rayo de alegría, y fulgurar con un relámpago siniestro sus grandes ojos; contenerse la respiracion en su pecho comprimido, y desahogarse en un suspiro de satisfaccion íntima. Dos ó tres veces detúvose en la garganta del emperador un grito, que se disolvió en un murmullo confuso. En dos ó tres ocasiones un estremecimiento de todo su ser, reveló esa emocion honda que hace vibrar todas las fibras. Por mas de cinco minutos tuvo interrumpida la lectura don Cárlos. Quedóse reflexivo; apoyado un codo en el descanso de la otomana; oculta la faz por la mano derecha; en la izquierda las comunicaciones de su lugar-teniente en Italia, el duque de Borbon; pugnando por sobreponerse á su conmocion jubilosa.

Cuando volvió á leer don Cárlos no conservaba huella de la agitacion, que quiso ocultar á la vista indagadora de los testigos de sus impresiones primeras.

Terminó el parte de la famosa batalla, rico en pormenores de heroicidad, de fortuna, y de legítimo engreimiento en tan grandioso suceso, y abrió la carta en que Francisco se recomendaba á su magnanimidad; documento que leyó y releyó, saboreando el goce de la venganza; repitiéndose las frases humildes de aquel soberano tan arrogante y amenazador hacia poco; abrazando en rápida consideracion todo el fondo de amargura que habria encerrado en su alma aquel hombre antes de resolverse á firmar una epístola en que

impetraba la bondad de su triunfante enemigo; se sometia á su mandado; se titulaba su esclavo, y concluia *por no vos enojar mas con mis razones*, cual pudiera decir un inferior á la persona de quien depende.

El César pasó de la carta de Francisco á la que su madre Luisa de Saboya le remitia en apoyo de las demandas del prisionero.

—Luisa, la adversaria implacable de Cárlos; la que con auxilio del canciller Duprat complicó tantas veces las negociaciones de la eleccion imperial; la que dirijia al rey contra la casa de Hapsburgo; llamando *monseñor y mi buen hijo* á Cárlos recomendaba á su benevolencia la suerte del preso en *Sizzighitone.*

—Caballeros, (dijo S. M. tranquilamente) pasad á el salon de audiencia pública, preparado para la recepcion ordinaria de hoy: vos, doctor Herranz, como gentil—hombre de cámara que os hago, avisareis al secretario Cobos que le he menester al instante.

—Alto y poderoso señor, tartamudeó confuso el médico.

—Vos, marqués del Sotillo, tendreis la complacencia de advertir al señor Juan Velazquez, secretario del consejo, que acuda al punto á este sitio.

Los dos favorecidos saludaron, yendo en seguida á desempeñar sus respectivas comisiones.

Ya solo el emperador se levantó de la otomana con brio impropio de un doliente, respiró como el que ha logrado encerrar sus pasiones en la mas incómoda reserva, por miedo á los importunos y se halla en libertad de permitirlas toda la espansion que los grandes, afectos requieren, y empezando á dar paseos por la cámara desahogó su alegria en frases, al principio inconexas, luego mejor coordinadas, y que por último formularon sus pensamientos para el porvenir.

—Sí, (esclamó despues de tomar aliento tras un largo período), es forzoso que ese hombre sienta cuantos sinsabores me ha hecho apurar con sus perfidias: es menester que

mi competidor de Francfort sobre el Mein, conozca que sé llevar la corona que por tan rateros medios me disputó; que llore tantas lágrimas como gotas de sangre ha hecho derramar en Navarra; que el ajitador de los bandos de Castilla reciba el pago de sus inícuas gestiones; es preciso que el patrono de Juan de Albret, el favorecedor del duque de Gueldres, el instigador de Roberto la Mará, gima bajo las bóvedas de una prision; que España tenga á Francisco primero apresado en Pavía como Inglaterra á Juan primero cojido en Poitiers; es necesario que el que tanto honró al conde Pedro Navarro para despecho mio, sea testigo de las distinciones que Cárlos de Borbon merece á mi afecto...Algunos me aconsejarán que reduzca á perpétua cárcel á mi eterno implacable adversario...¡Imposible!...Ademas de mil inconvenientes el que mayor me pareciera seria la imputacion de terror á su poder...¡Yo temerle! ¡Yo que le venzo con un ejército sin paga, hambriento, sin recursos en el pais, que libra á una batalla la subsistencia!...Otros me dirán que le suelte al momento para formar contraste mi hidalguía con su doblez; mi generosidad con su mañosa artería... Nécia magnanimidad de que se reirian los políticos del continente! Nada; despues de esperimentar la humillacion del cautiverio vuelva al trono; pero suelte la Borgoña; ceda el Delfinado á Borbon que ciña una corona; satisfaga las exijencias de la Gran Bretaña, y renuncie á todos cuantos territorios posee en Italia; es decir, que el vencedor de Marignan, pierda en un dia el litijio que sustenta con la Europa, y por via de costas un pedazo de sus dominios á favor de su contrario mas aborrecido, el ex-condestable de Francia.

Don Cárlos tomó asiento en la otomana, y recojiendo los documentos traidos por el comendador Peñalosa, que sobre ella yacian, los puso sobre una mesa próxima que tenia la hechura de velador.

De repente cojió la carta del rey Francisco, y con intencion orgullosa leyó los dos párrafos, que mas significaban en ella:

«Mucho vos suplico que comenceis á determinar en vuestro corazon qué es lo que vos placerá facer de mí.»

—Ya lo vereis, mi buen hermano Valois, (esclamó el César con cruel ironía), aunque demasiado debeis juzgar de mis intenciones por las vuestras.

«Si vos pluguiere haber piedad de mí, sed cierto y seguro que en lugar de un príncipe inútil cobrareis un rey por esclavo....»

—Hermano Valois, (repitió el rey español) dejad á cargo mio lo futuro ¡oh! como yo pueda, libre y sobre el trono de Francia, habeis de ser mas inútil que os reputais en Pizzigithone.

«Mas provechoso vos será me cobreis por fiel amigo, que no que muera aqui desesperado...»

—¡Que muera aqui desesperado! (recalcó la magestad imperial.) Pronto desesperais, rey Francisco.

Una contraccion sombría del rostro pálido de Cárlos, determinó el punto en qué se agolpaban á su imaginacion todos sus rencores; todos los motivos de acerbo disgusto que la conducta de su rival le habia proporcionado.

La puerta del gabinete fué franqueada por el secretario del consejo Juan Velazquez.

—Señor Velazquez, (le dijo el emperador correspondiendo al profundo saludo del secretario) ¿conoceis la nobleza de la casa de Peñalosa y sus servicios?..

El secretario se inclinó en señal de asentimiento.

—En atencion á esa nobleza y en consideracion á esos servicios, nombro al comendador Peñalosa, marqués del Sotillo, con alcaidía, y guardia del castillo de Toledo, décima en propios de la dicha ciudad; y cien mil maravedis de renta sobre fondos del real patronazgo.

El secretario se habia aproximado al velador, y colocando sobre él su cartera, estrajo de ella lapiz y una hoja de apuntes en que fué consignando las concesiones del monarca al nuevo dignatario.

—Estendereis la carta régia, y mañana la presentareis al

despacho en la sesion del consejo.

Velazquez tornó á saludar.

—Registrareis el archivo noviliario para mencionar los gloriosos antecedentes de esa familia, y concluireis con alegar por última razon de la real gracia, el celoso desempeño de comisiones delicadísimas del servicio de que es deudora la corona al insigne comendador.

Juan Velazquez trazó rápidos signos en sus apuntes.

—¿Está entendido?

—Entendido, respondió el secretario con toda la gravedad de la alta curia española.

—El doctor Pedro Herranz, mi primer médico de cámara, hidalgo aragonés, ha merecido por sus relevantes pruebas de adhesion que le nombre gentil—hombre de mi cámara. Le estendereis el nombramiento, que firmaré esta noche misma.

Velazquez lo sentó asi en su hoja de memoria.

—Hé aqui todo, concluyó el César.

—¿Tiene V. M. que mandarme?

—Nada absolutamente.

Juan Velazquez, despidiéndose con una reverencia rendida, se dirijió á la puerta que entreabria el secretario Francisco de los Cobos para entrar, y despues de una cortés insistencia sobre pasar uno antes que otro, salió Velazquez, y Cobos penetró en el gabinete, con su enorme cartera bajo del brazo, y su tintero prevenido en un canuto de plata; dije que contenia, desde la pluma de marfil, hasta la barra de lacre, todos los utensilios del servicio peculiar del notariado.

—Ola don Francisco, esclamó el César que profesaba al secretario Cobos una particular predileccion por su perspicacia, claro talento, y espedicion rápida en los mas delicados asuntos.

—A vuestro mandado, señor.

—Vos comprendeis á maravilla el lenguaje de las difíciles circunstancias: me consta.

—Vuestra augusta bondad....

—Demostrar grandes alegrías y grandes pesares, indica que rebosan de un ánimo pequeño, ¿no es asi?

—Sin duda alguna.

—Pues yo deseo comunicar á los reinos una noticia que arrancára esclamaciones de júbilo á Carlo-Magno; noticia contenida en estos pliegos.

El emperador entregó al secretario el parte de Borbon, guardando las cartas de Francisco y de Luisa de Saboya.

—Y al participar esa nueva (continuó el jóven rey de España), quiero que admiren todos la moderacion con que narro mi victoria, y la modestia de mi alma en tan brillante triunfo...

—Comprendo, interrumpió de los Cobos, fulgurando en sus ojos un rayo de viva inteligencia.

—Enteraos de esa comunicacion, (prosiguió don Cárlos) mientras doy gracias á nuestro Señor por el amparo de mis armas en la capilla próxima. Sentaos, y despues de leer, trazad un borrador de la carta en que debo dar cuenta de mi victoria, dirijiéndola á mi primo el marqués de Denia. Cuando salga del oratorio para ir á la sala de audiencia, estará concluida.

—Asi será, señor, replicó el secretario.

El César, sonriendo á su notario preferido, tomó el camino de una capilla contigua, cuya puerta disimulaba una especie de caja de armario, mientras Cobos arreglando los avios de su empleo sobre la mesilla, sentóse en la otomana y repasó el parte de la jornada de Pavia, tras cuya lectura pensó un breve rato, poniéndose con todo empeño á la tarea señalada por S. M.

Cuando Cárlos salió del oratorio al cabo de media hora larga, venia repitiendo aquel versículo de los salmos de David, (el cuarto del capítulo sesenta y nueve que dice:= «*Retrocedan confundidos cuantos me desean mal.*» Aquel versículo grabado en el pedestal de una columna del Tabernáculo habia llamado la atencion del César, como un presa-

gio divino de su futura suerte.

—Veamos vuestro trabajo, dijo á Cobos con afable gesto.

El secretario de S. M. se levantó apresuradamente, y puso en sus manos la terminada misiva, que decia de este modo:

«Marqués primo. Ya sabeis como el rey de Francia con »muy gran aparato, pasó en persona á Italia, con fin de to»mar y usurpar las tierras del nuestro imperio, y el nuestro »reino de Nápoles, donde habia enviado al duque de Alba»nia con gente á le conquistar, y tenia cercada la ciudad de »Pavía. Agora sabed que el dia de San Matias, y dia de »nuestro nacimiento, que fueron el 24 de febrero, aunque »el dicho rey de Francia, por tener su campo en sitio muy »fuerte, y á su propósito no tenia voluntad de aceptar la »batalla, fuele forzado, porque nuestro ejército pasó con no »pequeño trabajo á donde estaba, y asi la dieron.»

—Perfectamente esplicado, clamó el rey interrumpiendo la lectura para mirar con satisfaccion gozosa al intérprete de sus sentimientos.

Francisco de los Cobos demostró su gratitud con una inclinacion veneratoria.

Don Cárlos siguió leyendo.

«Plugo á nuestro Señor, que sabe cuán justa es nuestra »causa, darnos victoria. Fué preso el dicho rey de Francia, »y el príncipe de Bearne, señor de Labriet, y otros caba»lleros principales, y muertos el almirante de Francia y »Mr. de la Tremulla, y Mr. de la Palisa, y otros muchos; de »manera, que todos los principales que allí se hallaron, fueron »muertos ó presos.»

—Menos el duque de Alenzon, dijo el César dando un suspiro.

El hombre que tenia prisionera la flor de la caballería de Francia, suspiraba porque un magnate escapó á los hierros de la cautividad. Alejandro que sometió á su imperio, el orbe de su época, lloraba porque faltaba un palmo de tierra incógnita á sus conquistas... ¡Insaciable condicion humana!

La imperial magestad prosiguió:

«Escriben que de su campo murieron quince mil hom»bres, y del nuestro hasta setecientos. Y por todo he dado »y doy muchas gracias á Nuestro Señor; y así se las debe»mos todos dar, porque espero que esto será causa de una »paz universal á la cristiandad, que es lo que siempre yo he »deseado; y acordé de hacéroslo saber; porque sé que de »ello habeis de holgar. De Madrid, á 15 de marzo de 1525 »años.»

«Por mandato de S. M.=Francisco de los Cobos.»

—¡Magnífico! (esclamó el emperador con suma complacencia). Por mi fé, que habeis adivinado el fondo de mi pensamiento. Id á que copien la epístola, y tomadla á la firma.

El soberano salió del gabinete mientras el secretario recojia sus utensilios, para correr á cumplir la escelsa órden.

Al aparecer el César en la sala de recepcion, fué saludado con el grito de ¡*viva el rey*! por una numerosa córte.

En la misma plaza de palacio habia caido reventado el caballo de Peñalosa, y como la multitud que acudió al rededor suyo compadeciese al pobre animal, el comendador dijo:

—Con este van tres tronados por el camino; y bien merece tal prisa la nueva; porque hemos vencido á los franceses, y el rey Francisco queda prisionero en Pizzighitone.

La esclamacion de alegría de la muchedumbre interrumpió con sus ruidosos ecos el diálogo de don Cárlos con el doctor Herranz.

Al penetrar en palacio Peñalosa, algunos principales caballeros quisieron detenerle.

—Dispensen usias, señores mios, (les replicó el mensajero de la victoria) impórtame ver á S. M. para anunciarle nuestro completo triunfo, y la prision del soberano francés.

Los cortesanos se reunieron, entablando aquella estrepitosa conversacion, que tronando en las bóvedas de la galería, fué á escitar la atencion del doliente César, retraido en su gabinete.

La noticia circuló por Madrid con la rapidez consiguiente al doble vehículo por donde la trasmitia el comendador. La aristocracia y el pueblo tomaron activa parte en la fiesta. Los embajadores, los grandes señores, los caballeros y muchos hombres de la clase media, acudieron al régio alcázar á besar la mano del príncipe, á quien Dios entregaba atados sus mas crueles enemigos. El pueblo llenó la plaza, aclamando con frenético entusiasmo al unjido del Señor que ponia bajo las garras del leon castellano las lises francesas.

—¡Viva el rey! tornó á clamar la córte.

—¡Viva! respondió el pueblo, que llenaba la plaza de palacio.

—Señores, (dijo con la calma de los grandes ánimos el victoreado soberano) demos gracias á Dios por su alto favorecimiento: en su diestra está la causa del bien y del mal; nos ha dispensado el primero: bendigamos su nombre.

—Gracias, señor, (repuso el duque de Castro, uno de los mas galanes próceres del reino) pido á vuestra magestad el destino de mantenedor en los torneos, que para celebrar la victoria deben hacerse.

—Imperial magestad, (añadió el conde de Benavente, anciano de condicion festiva) cedo mi casa á la juventud cortesana para un sarao, que tendreis la dignacion de presidir.

—Señores, (contestó el emperador con tono sentencioso) las victorias obtenidas sobre príncipes cristianos, mas requieren duelos, que fiestas. Acepto esas señales de alegria para cuando triunfemos de Soliman el Magnífico.

Los cortesanos se miraron entre sí con mucho pasmo.

—Reverendo padre maestro, (continuó Cárlos V, dirijiéndose al prior de dominicos de santa María de Atocha), mañana asistiremos á la funcion solemne y *te-deum*, con procesion y letanía, con que vuestro monasterio solemnizará este suceso.

—Magestad, (replicó gravemente el prior) mi convento ofrece seis mil hogazas para los necesitados de Madrid.

—Abrid ese balcon, dijo el rey á un gentil-hombre.

El pueblo agolpado ante la fachada de palacio, vió aparecer risueño á su rey, y saludó con vivas aclamaciones su presencia.

VIII.

Sandoval dice hablando de la consulta de Cárlos V, sobre la suerte de su prisionero:

«Tres pareceres hubo principales:

«El uno que lo tuviesen perpétuamente preso, si bien »con la reverencia debida.

«El segundo que lo soltasen, con que se obligara y diese »seguro de que jamás haria guerra.

«El tercero, que con la brevedad posible, y con las me»jores condiciones que ser pudiera, fuese suelto.

«Del primer parecer no se hizo caso. El segundo fué del »obispo de Osma, confesor del emperador, parte del cual »se tomó y parte se dejó. El tercero, tuvo el duque de Alba, »don Fadrique de Toledo, digno de quien el fué...»

El conde de Roeux, recibió el encargo de visitar al preso en *Pizzighitone*, proponiéndole la cesion de la Borgoña; dar á Borbon la Provenza y el Delfinado para erigir entrambos feudos en monarquía; satisfacer las pretensiones de Enrique octavo, y renunciar á todos los territorios de Italia: en una palabra, suscribir á su humillacion y vergüenza; estremo á que el carácter caballeresco de Francisco preferia mil veces la muerte.

Asi cuando Mr. de Roeux concluyó de relatar las exigencias imperiales, el monarca prisionero, poseido de viva indignacion, y echando mano al pomo de su daga esclamó:=*Mas valdrá morir como rey.*=Lo cual visto y oido por Alarcon retuvo la diestra del desgraciado príncipe, representándole lo inconveniente de tal acto, y arrancándole el arma de que intentó valerse contra sí mismo.=«Está bien »(dijo Francisco I, con amargura); pero antes la perpétua »cárcel que la deshonra.»

Lanoy logró persuadirle de que lo rigoroso de aquellas proposiciones dimanaban del consejo mas bien que del emperador, y que avistándose con la majestad Cesárea obtendria mejor partido, que tratando desde lejos. En virtud de sus persuasiones Francisco convino con Lanoy su pase misterioso á España, contando con Alarcon para burlar la vijilancia de Borbon y Pescara, interesados en retenerle en la Península itálica, y embarcándose en Génova, con el pretesto de trasladarse á Nápoles por mar, cingló la escuadrilla hácia las costas francesas, á las que distinguian los ojos del vencido entre la bruma marina y el anublamiento de silenciosas lágrimas de pesar; llegando en breves dias á Barcelona y poniéndose en camino para Madrid, á donde fué hospedado en la torre del alcázar por el mes de julio; bajo la celosa custodia de Fernando de Alarcon.

Pronto tuvo ocasion de desengañarse el crédulo monarca de aquellas creencias en que le imbuyera Lanoy. Cárlos ocupado en las córtes de Toledo, envió un encargado de saludar en su nombre al rendido; mientras dispensó un recibimiento magnífico á Borbon que por noviembre aportó á España, cruelmente ofendido por la trama de Lanoy, y con ánimos de vengarse: Villena proporcionó al soberano francés la satisfaccion de un agravio á su implacable enemigo. Suplicándole don Cárlos que hospedara en su casa al duque, Villena contestó con una entereza hidalga que no podia rehusar á la majestad imperatoria demanda alguna; mas que cuanto saliera de su morada el ex-condestable la pegaria fuego, haciendo arrasar los cimientos tambien; porque bajo el techo que habia cobijado á un traidor no debia vivir un caballero.

Francisco cayó en una sombría tristeza, que fué graduándose hasta convertirse en una enfermedad en estremo peligrosa. En sus momentos de mejoría no cesaba de instar á cuantos le rodeaban avisaran al emperador que deseaba verle, y tanto se radicó en su mente esta idea que los maestros en el arte de curar que le asistian, hicieron saber á

don Cárlos que de su visita estaba pendiente una crisis saludable para el prisionero, á quien el despecho del vencimiento, la angustiosa espectativa de su suerte, y lo acerbo de la última decepcion, habian conducido al borde del sepulcro.

En consecuencia de estas noticias don Cárlos abandonó á Toledo y con toda diligencia pasó á Madrid, haciendo avisar su llegada al monarca enfermo, y dándole seguridad de que al otro dia á punto de las doce iria á visitarle.

El 28 de setiembre es el prefijado para tal entrevista, y al sonar la primera campanada de las doce, el doliente Francisco escuchó las pisadas de los caballos de la imperial comitiva, que denunciaban el trote largo á que venia la lucida cabalgata. Las voces de mando del jefe de la escolta, el saludo de los clarines, y ese murmullo popular que subsigue á las grandes ceremonias públicas, como desahogo del silencio espectativo, hicieron palpitar el corazon del prisionero, que en su natural siempre accesible á las impresiones del momento olvidó el desdeñoso olvido de dos meses por aquella atencion de un dia.

En el primer ímpetu de su gozo Francisco quiso saltar del lecho, y á no ser porque el doctor Herranz le detuvo, en bata sale al encuentro de el nieto de Maximiliano.

—¡Gracias á Dios! esclamó levantando las manos al cielo, y arrasados los ojos en llanto.

Alarcon, penetró en la estancia.

—Alteza, (dijo á su custodiado ceremoniosamente) su majestad imperial pide la vénia para.....

—Verle, verle al instante, interrumpió el rey con ansiedad.

Alarcon saludó, y evacuó el aposento.

El emperador seguido de su primer ministro Mercurino Gatinara, y como hasta una docena de altos dignatarios, se presentó en el dintel de la puerta.

Con un movimiento lleno de dignidad entregó su sombrero al duque de Calabria, y alargó su capotillo al de Nájera, dirigiéndose á la cama de Francisco con la sonrisa en

los labios, y los brazos abiertos en ademan de amorosa concordia.

Francisco le recibió del mismo modo, y los dos adversarios se unieron en estrechísimo abrazo.

—Señor, dijo el rey.=Aqui teneis á vuestro esclavo.

—¡No por Dios! (contestó el César) sino á un hermano y á un amigo,

—No sino vuestro esclavo, repitió Francisco de Valois.

—No sino á un buen hermano, y á un franco amigo, replicó Cárlos de Hapsburgo, desenlazándose del prisionero, dejando su mano diestra entre las descarnadas manos del enfermo, y tomando asiento en una poltrona colocada á la cabecera de aquel lecho de los crueles dolores.

—Al fin vinisteis, depuso Francisco exhalando en un suspiro profundo su larga y penosa impaciencia.

—Hermano mio, (replicó don Cárlos con afectuosa animacion) el árreglo de negocios de Estado de una urjencia imponderable, me han impedido seguir los impulsos de mis mas fervientes deseos.

—¡Oh! ¡qué terriblemente dilatado es el tiempo para quien le cuenta en una prision! esclamó el príncipe francés con eco sombrío.

—Hermano Valois (le dijo el César con la dulzura fraterna mas esquisita) no os asalten esos recuerdos, que como á vos me torturan: un velo á lo pasado y tras la tempestad llega la bonancible calma.

—Dios, nuestro Señor, os recompense el consuelo supremo, que me dais con esa promesa, aunque vaga, aunque incierta......

—¡Vaga! incierta! (repitió el soberano español en tono de reconvencion amigable) ¿podeis creerlo asi?

—¡Ah! los desgraciados pierden hasta la fe.

—¡Los desgraciados! Vencedor de Marignan, no es estraño que una derrota despües de tantos triunfos desaliente de esa manera al mimado de la fortuna; pero por el nombre de mi padre que errais en perder la fe en mi cariño

fraternal, en vuestro brillante destino.

—Cárlos, (dijo Francisco estrechando la diestra de su enemigo), no deis oidos á los que acumulen cargos sobre mí para escitaros en daño de mis intereses.

—Descuidad, (replicó don Cárlos con la sonrisa mas benévola en apariencia, pero que hizo estremecer á Gatinara, que comprendia la significacion de aquella amable sonrisa) sé lo bastante para no guiarme por lo que me dijeren de vos.

—Escuchad las inspiraciones de vuestro ánimo real, que antes que todo interés y toda ganancia os ha de sugerir el pensamiento de obligarme con el vínculo indisoluble de la magnanimidad.

—Hermano mio, (repitió el emperador redoblando la espresion afectuosa de la frase) no os atormenten recelos de ninguna especie; estais en la corte de un amigo que deplora los primeros rigores de una situacion violenta, y que os da palabra de compensar los disgustos pretéritos con la concordia futura.

—Y ganareis un buen amigo, Cárlos, hermano, (respondió con transporte el doliente) yo os lo fio.

—Asi lo espero, asi lo espero, contestó el César cruzando sobre el pecho de Francisco la bata que le dejaba desabrigado al abrirse.

—Vuestras primeras condiciones me hicieron desear la muerte....¡Oh! vos no las dictasteis tales como me fueron propuestas; de seguro: era mas de lo que bastaba para arrancar una negacion absoluta al príncipe mas débil, y cobarde del orbe.

—Porfiado, (esclamó el emperador en tono chancero), vuelta á las memorias de lo que pasó....Ahora se trata de recobrar la salud pronto, muy pronto, y luego de arreglar los asuntos con urjencia en pró de nuestra concordia, y en favor de nuestros pueblos.

—Sí; contad conmigo para todo lo que no me humille á la faz de Europa, ni me haga odioso á mi pueblo, ni me neutralice para los altos destinos que me están señalados.

Tratadme como á un hermano que entre sus ofertas os hace la demanda de una hermosa y digna hija del archiduque Felipe para ascenderla al trono, que tanto engrandeció Blanca de Castilla.

—Todo se arreglará satisfactoriamente, hermano Valois; no lo dudeis.

—Me haceis revivir.

—Desechad toda reminiscencia ingrata; tratad de restableceros cuanto antes, y me atrevo á responder que los franceses no estarán huérfanos mas que el brevísimo espacio de firmar nuestro convenio amistoso.

—¡Mis buenos franceses! (dijo Francisco con tierna melancolía) ya tenia perdidas las esperanzas de verme rodeado de sus obsequiosos testimonios.

—¡Es posible!

—Sí; (respondió la magestad francesa con aire lúgubre y acento tétrico) y tan perdidas: bien lo sabe Dios. Ya tenia firmada la cesion de mis derechos soberanos en el Delfin, mi hijo...

Don Cárlos palideció á pesar de su sangre fria.

—Legaba á Francisco la autoridad real, y anunciaba mi resolucion, de aceptar la eterna clausura; el cegamiento y la profesion religiosa del siglo de Cárlo-Magno, si era menester antes que comprar la libertad con ignominia.

—Hombre de poca fé, replicó don Cárlos, con gesto benevolente.

—Pero todo ha cambiado ¿no es así? (preguntó Francisco con ávida esploracion), ¿no es cierto, hermano mio?

—Cabalmente, señor incrédulo (se apresuró á replicar el emperador insistiendo en su entonacion festiva) y mi deseo principal es el recobro de vuestra salud vigorosa para que en un plazo brevísimo, transijamos nuestras diferencias de familia, como buenos hermanos.

—Asi será, si vos retirais aquellas malhadadas proposiciones, comunicadas por Roeux, y aceptais las bases de la franca alianza, que estoy dispuesto á someter á vuestra consideracion.

—Por retiradas las primeras.

Francisco sonrió con espresion de inefable contento.

—Por aceptadas las segundas, añadió la magestad imperial, pasando un brazo por la espalda del enfermo, con una cordialidad la mas afectuosa.

—¿De veras? interrogó el soberano francés no pudiendo concebir tanta bondad, despues de lo pasado.

—Vos no podeis proponerme nada que no sea razonable y yo cederé aun de lo que me sea debido con tal de estinguir esas discordias entre nosotros, que han causado tantos daños á la cristiandad.

—¡Ay! Eso es tristemente positivo, repuso Francisco con sentimiento.

—Somos responsables de la pérdida de Rodas, ese baluarte de los cristianos de Occidente contra el Islamismo, y por mas que en nuestros recíprocos enojos nos hayamos lanzado la acusacion de alentar al turco con nuestras discusiones, el mundo hoy, la historia mañana, nos harán compartir ese vituperio.

—Teneis razon, contestó Francisco con la frente abatida.

—Pero no pensemos en ello (continuó el César trocando la solemnidad de su tono, por el aire de franca jovialidad mas placentero) ocupémonos de vuestra salud, y una vez en estado de tratar los asuntos políticos, creed que el término de la situacion no se hará esperar, mi caro hermano.

—Ante todo, hermano, (dijo el prisionero) como primera cláusula de nuestros convenios futuros, figura el consorcio por que suspiro con la escelsa viuda de Manuel de Portugal, la reina doña Leonor, vuestra hermana.

—Ved aquí á un enfermo singular (replicó don Cárlos con aire de broma.) Entre los achaques y las dolencias ocupa su imaginacion en el panorama de las fiestas nupciales. ¡Cuánto os envidio esa fantasia privilegiada de que me habeis dado tan brillantes muestras!

—Pero en fin.....

—Pero en fin, (interrumpió don Cárlos). Ahora lo prime-

ro es vuestra salud; que recupereis las fuerzas; que vuelvan á colorearse vuestras mejillas; que la savia fecunda de una robusta virilidad circule activa por vuestras venas. Inmediatamente despues vendrán los capítulos de los pactos, la discusion de las proposiciones, y por último la augusta alianza, que devolviendo á la Francia su rey, asegura un aliado á la España, y un amigo al imperio.

—Gracias á vos, hermano Cárlos, (respondió el vencido en Pavía) mi restablecimiento será rápido y completo. En una naturaleza como la mia, una impresion mata ó sana, y la que ha producido en mí vuestra visita me acaba de arrancar á la desesperacion; me ha sustraido al imperio de la muerte.

—Loado sea Dios por todo, concluyó el César con aire grave.

—Mi buena Margarita de Alenzon, mi querida hermana, debe llegar próximamente.

—Quizá esta noche.

—La vista de esa noble criatura, que ha sido un ángel de bondad para mí, debe ayudar eficazmente á la impresion saludable de nuestra entrevista.

—Así me parece (respondió Cárlos Quinto levantándose y cogiendo entre sus manos las de Francisco Primero). A restablecerse pues, y á ver cuándo os permiten los doctores pasear la villa á caballo, esto os distraerá.

—Pardiez! (repuso Francisco moviendo la cabeza en signo de recordacion infausta). Aunque me fuera en ello la vida, no consentiria salir como antes en una mula, entre soldados de caballería, y con dos escuderos asidos al freno de mi pacífica cabalgadura de Almagro.

Cárlos volvió á tender los brazos á su rival, que le estrechó en ellos con efusion agradecida.

—¿Cuándo volvereis, hermano? preguntó Francisco á Cárlos, sin ser bastante á contener su desconfiada inquietud.

—En cuanto llegue vuestra digna hermana Margarita.

—Adios, nobles señores, esclamó Francisco, saludando con

agasajadora cortesia á los magnates de la comitiva imperial.

—Que vuestra magestad logre entero alivio, replicó en nombre de todos Mercurino Gatinara, mientras se inclinaban aquellas arrogantes cabezas en saludo reverente.

Ya en el dintel de la puerta el emperador se volvió al prisionero, y con un gracioso signo de despedida le dijo= «Cuidaos, mi querido hermano.»

—Sereis obedecido, le respondió con las propias muestras de galantería el enfermo.

El César y su córte se alejaron, denunciando su salida del alcázar los murmullos del pueblo; la voz de mando del gefe de la escolta y el toque de los clarines.

Francisco se dejó caer sobre el lecho con el suspiro desahogado de un hombre que acaba de salir de las agonías de una horrorosa incertidumbre.

IX.

No bien sanó Francisco Primero, recordó sus promesas á Cárlos Quinto. Como habia dicho el emperador, la primera cláusula de los artículos, que sometió á su exámen, fué el matrimonio con doña Leonor de Austria. Esta hermosa y esclarecida viuda del monarca Lusitano, habia sido tratada de casar con el duque de Borbon, si bien la magestad imperatoria preferia dar su hermana á un príncipe reinánte mas bien que á un proscripto, execrado por la traicion á su patria; esclavo de su oferta, no se atrevió á decidirse por su interes con preferencia á su compromiso. La defuncion de Pescara, víctima de una tisis pulmonar, dió un motivo para romper el proyecto de enlace entre el ex-condestable de Francia y la reina; que, Cárlos de Borbon admitió en cambio de la mano de Eleonora la imbestidura del ducado soberano de Milan, confiscado á Sforzia, y el carácter de primer caudillo del ejército imperial en Italia.

La restitucion de la Borgoña fué el punto en que Cárlos insistió con una inflexibilidad, inaccesible á toda propuesta

compensatoria; inexorable á toda cesion diferente, aun de mayor cuantía. Francisco se escusaba de esta devolucion, alegando que las leyes fundamentales de su reino declaraban nulo todo desmembramiento de provincia: consentia en ceder á su adversario aquella Italia funesta, teatro de glorias sin fruto; campo de colision perenne; osario de los mejores guerreros de Europa; abismo donde iban á sepultarse raudales de sangre y raudales de oro. Convenia en renunciar á toda posesion en los Paises Bajos; restituir á Borbon y los complicados en su causa, cuantos bienes les fueron confiscados; pagar finalmente un rescate subidísimo.

A todas estas ofertas, replicó don Cárlos con una constante repulsa. La Borgoña era su pedido primero, y la herencia de Cárlos el temerario, tan enteramente retenida por Luis el Onceno, como costosa á Maximiliano, la condicion *sine qua non de* todo convenio entre él y Francisco. Fueron infructuosas todas las gestiones, y la bella y persuasiva Margarita de Alenzon, nada obtuvo del César, á pesar de los multiplicados recursos de su genio diplomático.

El prisionero pensó en el medio que habia mencionado en la entrevista con su enemigo: abdicar en el Delfin y preferir la prision perpétua á la infamia. Firmó el acta que traspasaba á su hijo la soberanía; otorgó poder á Margarita para presentarla al registro en todos los parlamentos de sus estados, y declaró al emperador que contara con un príncipe sin feudos, y tuviera por conveniente señalarle punto de residencia por el resto de sus dias.

Dos circunstancias acercaron el fin de aquellas disidencias, y dieron de sí la celebracion del pacto de alianza.

Enrique de Albret, príncipe del Bearne, pretendiente de la Navarra, se fugó de la fortaleza de Pavía con cuatro de sus guardianes, y poco tiempo despues Champion, criado del rey Francisco, dió parte al César de una combinacion ingeniosa á cuyo favor debia evadirse el régio prisionero. Cárlos temió perderlo todo por la fuga de su rival, y la esperiencia de Enrique de Albret le hizo desconfiar de la vi-

jilancia de sus oficiales y la incorruptibilidad de sus carceleros.

Francisco fué avisado de cierta recatada liga, que el papa, los venecianos, y algunos príncipes de Italia, formaban contra el poder imperial; consecuentes con el eterno principio de la política italiana; enredar en lucha las grandes potencias aspirantes al dominio en aquel territorio, y coaligarse contra la que amenazaba con el predominio absoluto. El voluble Enrique octavo, habia brindado su cooperacion á los esfuerzos de la Francia por la libertad de su rey. Francisco determinó acceder á cuanto de él se pretendia, recobrar la libertad; volver á sus reinos; espiar la ocasion propicia y vengarse.

Al fin quedaron estipuladas las condiciones, y el 14 de enero de 1526, firmóse el tratado de Madrid, que demarcando los puntos de conveniencia entre España, Francia y el imperio, devolvia la libertad á Francisco.

La Borgoña era restituida, y para asegurar esta devolucion, como quiera que don Cárlos consentia en la soltura del rey de Francia, en el instante daria este en prenda de su palabra al Delfin, al duque de Orleans, y en lugar de este último, doce dignatarios señalados por el emperador.

Francisco renunciaba asimismo toda soberanía en Flandes y Artois, y á toda dominacion en Italia: se obligaba á emplear su crédito con Enrique de Albret para hacerle desistir de sus proyectos sobre Navarra, y á negarle auxilio en sus intentonas: convenia en devolver á Borbon y sus cómplices los bienes confiscados con indemnizacion de los perjuicios sufridos: finalmente, juraba por la fé de cristiano y el honor de caballero, restituirse á la prision si dejaba de cumplir lo solemnemente pactado.

Como cláusulas secundarias figuraban la de que restituida la Borgoña, y devueltos los rehenes, Francisco enviaria á España á su tercer hijo el duque de Angulema para su educacion en la córte imperial: que en toda guerra del imperio ó de España, Francisco suministraria en clase de aliado

un contingente de tropas ó dinero: que casaria con la reina viuda de Portugal, declarando por bastante dote los condados de Masconais, Ausestrois, y Valsobresena, con doscientos mil escudos de sol: que hasta la ratificacion del tratado por el parlamento, Francisco permaneceria en España en clase de detenido, jurando no evadirse por los Santos Evangelios.

Celebróse el matrimonio de doña Leonor con el vencido de Pavia; pero Cárlos no permitió la consumacion hasta que llegara la ratificacion de los estados del reino francés.

El emperador y el rey viajaron juntos en litera; pasearon á caballo por las poblaciones entre víctores entusiastas, se prodigaron muestras de fraternalidad amorosa, rivalizaron en esplendidez cortesana; pero Cárlos desconfiaba y Francisco finjia; mientras el pueblo prometíase una era de dulce concordia, y los políticos auguraban desastrosos resultados tras de aquella comedia de corteses prevenciones y afables tratos.

En el camino que comparte las rutas de Madrid para Illescas y á Torrejon, los dos príncipes se apartaron de la comitiva.

—Hermano Valois, (dijo don Cárlos) ¿os acordais de nuestro convenio?

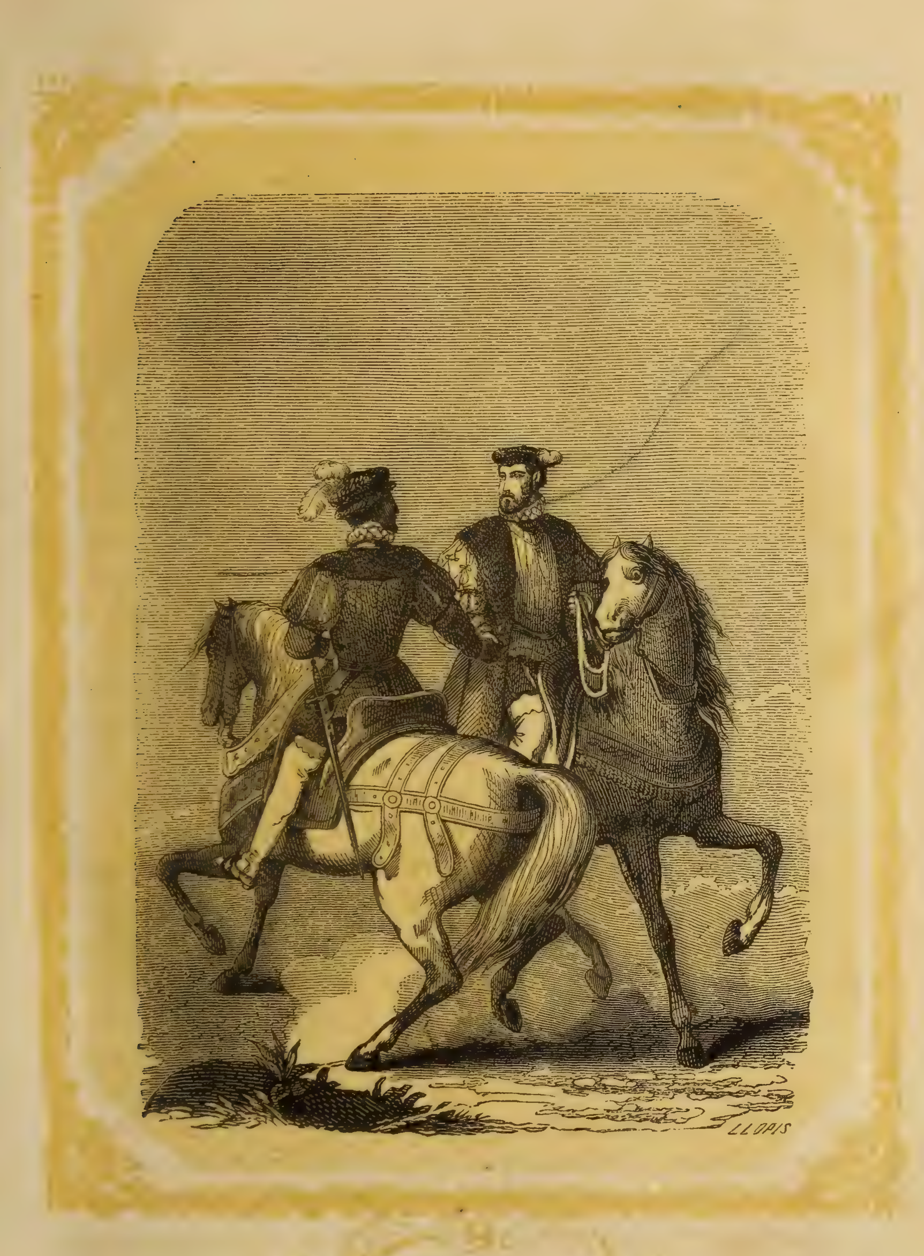
—Punto, por punto (respondió Francisco) ¿quereis que os lo repita?

—No, (replicó el emperador) pero con la lealtad de un caballero, decidme si teneis voluntad de alterarle; que aun estamos á tiempo, y se evitarán escandalosas diferencias.

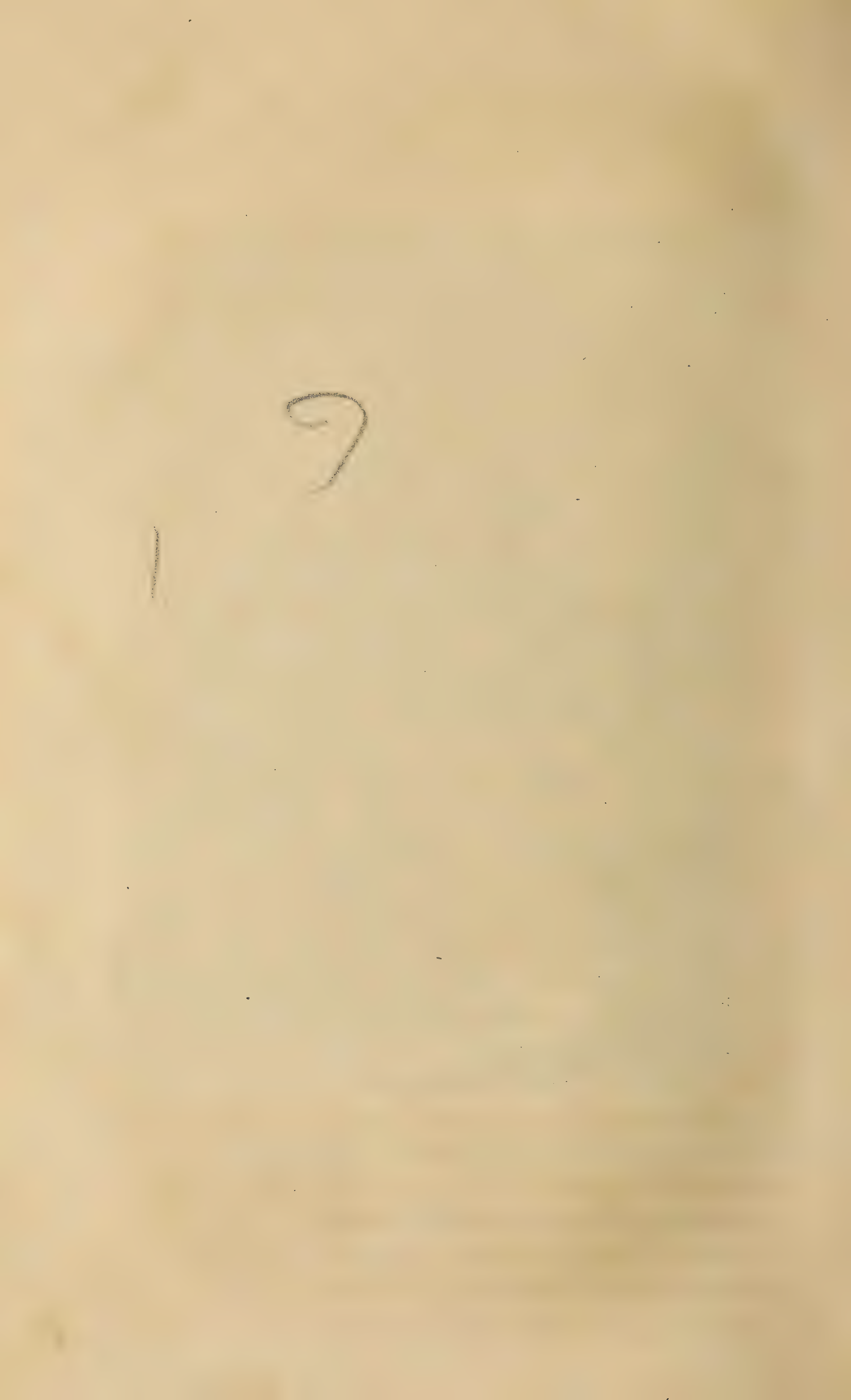
—Si no le cumpliere (contestó el rey) llamadme á la faz del universo, cobarde y menguado.

—Una sola cosa os pido (insistió el César con tono solemne) que si habeis de faltar á todo ó parte de nuestro tratado, por el nombre de Dios, Francisco no me ultrajeis en mi hermana.

—¡Faltar á mi esposa! esclamó el soberano francés con viva exaltacion.



Cárlos V.
lám. 13.



—No lo creo, (se apresuró á decir Cárlos) porque en tal caso mi venganza seria tremenda, hermano: ó vos ó yo; un recurso.

—Me haceis un agravio en suponer tal indignidad.

Cárlos de Hapsburgo tendió francamente la diestra á Francisco de Valois, que la estrechó con igual espresion de cordial afecto.

Dichas estas palabras, entrambos quitáronse el sombrero, diciendo:=*«hermano, Dios vaya en vuestra guarda.»*

El nieto de los reyes católicos se dirigió por el camino que conduce á Toledo, adonde le llamaban urjentes asuntos de estado. El sucesor de Luis XII, tomó la direccion de Madrid para de allí emprender la marcha á Fuenterrabía, ya libre.

Los historiadores que tanto declaman contra el abuso de nuestro rey en obligar á estremos costosos al prisionero de Pavia, consagran periodo harto breve para dar cuenta en sus historias de la ruin perfidia de un soberano, que antes de jurar como cristiano por los Santos Evangelios y el Sacramento de la Eucaristía, y como caballero por la cruz de su espada y la mano sobre el corazon, habia hecho redactar por un notario francés y ante sus consejeros un acta en que protestaba del juramento que iba á prestar; y daba por nulas la fé del cristiano y la palabra del caballero.

Este fué el mismo hombre que para tranquilizar al receloso César, le dijo:=«Si no cumpliere lo convenido tenedme por *lache* y *mechant.*»=Esto es, por *cobarde* y *mezquino.*

X.

Son las tres de la tarde del dia 19 de marzo de 1526.

Los cien caballeros franceses que rondan las costas de España, (como la de Francia) es vijilada por cien caballeros españoles, se colocan en dos hileras á los lados del embarcadero del Vidasoa á donde debe llegar en breve el rey Francisco. Van Praet y Darmair en compañía de los princi-

pes dados en cange á España, se descubren en la orilla opuesta aguardando la barca lujosamente empavesada, que ha de trasladar á la ribera de sus reinos al monarca libre.

Pronto apareció la escolta de Francisco primero, compuesta de doce señores castellanos, armados solo con daga segun lo convenido; Lanoy iba á la izquierda del rey; Alarcon á la derecha.

En medio del Vidasoa descubríase una gran barca amarrada con seis áncoras, donde debia de verificarse el cangeo. De cada orilla partieron los decorados lanchones que habian de venir á juntarse en la nao amarrada. El rey, Alarcon y Lanoy con doce caballeros iban en uno: el Delfin, el duque de Orleans, Lautrech y doce caballeros en el otro.

Llegados á la barca frente los príncipes se arrojaron á los brazos de su padre, que los estrechó en ellos con ternura. Los señores franceses besaron la mano á su señor. Los españoles le pidieron igual honra. A invitacion de Lanoy, el Delfin su hermano y un hijo del Almirante de Francia, entraron en el lanchon en que habia venido Francisco, con los doce españoles y el rey se dispuso á penetrar en el barquichuelo en que llegaron los augustos rehenes.

—A dios hijos mios, esclamó Valois saludando á los bellos frutos de su union con la virtuosa Claudia.

—A dios padre, contestó enternecido el Delfin.

—Señor (dijo el virey de Nápoles con entonacion severa) ya estais en libertad. Cuide V. A. de cumplir como buen rey lo prometido.

Francisco que habia saltado al lanchon, que habia de de devolverle á sus reinos, tornóse al virey para replicarle con intencionada lentitud.—Haré lo que deba señor príncipe de Salmona.

Los remeros bogaron con estremada celeridad; solo quedó en la barca-puente un obscuro marinero navarro, que con sonrisa maliciosa seguia ya el curso de una, ya el de otra nave, murmurando entre sí:=Cosas del mundo, unos vienen y otros van.

El rey de Francia volvió una sola vez el rostro hácia la nao que trasportaba á sus dos mayores hijos al territorio español.—En su impaciencia por verse en tierra de Francia Francisco se puso de pies sobre la proa del barco, y faltando media vara para llegar á la costa se lanzó á ella mojándose hasta mas arriba de la rodilla.

Ya le esperaba un escudero, teniendo de las bridas á *Bayaceto*, soberbio caballo turco, regalo de Soliman.

—Que me sigan al trote á San Juan de Luz, dijo subiendo al fogoso corcel, y poniéndole las piernas salió al escape, levantando el brazo derecho en alto y gritando=*jesuis le Roy*=Yo soy el rey,

—¡Vive le Roy! esclamó un campesino, testigo de tan estravagante señal de alborozo.

Francisco detuvo á *Bayaceto*, llamó al rústico, se arrancó del lado la escarcela, y la entregó con cien escudos de oro al villano que repitió su aclamacion, encantado de semejante liberalidad.

Bayaceto al sentir el acicate salió como una centella.

El camino se dividia en dos ramales: Francisco se detuvo, preguntó á un chicuelo, que jugaba con un enorme perro de ganado por el que conducia á San Juan, y salió á todo correr apenas instruido por él de la via recta.

—Hermano Cárlos (esclamó en su frenética marcha) pierda yo mi nombre sino os devuelvo la desesperada agonía en que me habeis retenido un año.

1527.

ROMA.

CUADRO HISTÓRICO.

I.

Julio de Médicis cardenal favorito de Leon décimo, habíase mostrado acérrimo partidario del emperador; sosteniendo con todos los elementos de su crédito, con todos los

resortes de su influencia, los intereses de Cárlos quinto.

Julio de Médicis, ascendido á la dignidad pontificia, con el nombre de Clemente séptimo, olvidó la deuda de gratitud contraida con el César y se coaligó con los capitanes enemigos del imperio, con esa vergonzosa hostilidad, que sin la franca declaracion de miras dañosas acechan la ocasion de causar perjuicios, y reserva la insolente halaraca para el dia de triunfo, ó la retractacion y las sumisiones para el caso de abortar sus planes.

Mientras Cárlos predominó en Italia Clemente halagó sus pretensiones, y no solo contribuyó al logro de los vastos propósitos imperiales, sino que tomó una espontánea iniciativa en cuantas combinaciones se dirijieron á desterrar de la península Itálica á los franceses. El temor de ofender á un monarca tan poderoso, al jefe de la feudalidad europea por el rango y méritos, inspiró al sobrino de Leon diez, no ya la política de complacencias, sino la de eficaz servicialidad.

Cuando invadida la Francia se mostró tan heróica y Francisco acreditándose de bizarro defensor cobró alientos para tomar el papel de ofensor temible, Clemente receló un compromiso, si la Italia en los azares de una nueva revuelta volvia á ser recuperada por las armas francesas y dejó traslucir esas disposiciones benevolentes que constituyen los preliminares de una alianza.

Francisco aceptó estas insinuaciones, comprendiendo lo conveniente de atraer á su partido al jefe de las potencias italianas, y separarle de la coalicion con su rival eterno.

Clemente empezó á dejar conocer sus concesiones, misteriosas al principio, á medida que Cárlos esperimentaba contrariedades, y su enemigo reunia elementos de preponderancia.

Tan ambicioso como irresoluto, al paso que asociando sus aspiraciones á las de los poderes engrandecidos se prometia ganancias, en su participacion, estaba pronto á las defecciones mas impudentes en el punto que sus aliados sufrieran el primer revés en que columbrara compromiso de

su parte. Bien puede decirse que Julio de Médicis, elevado al solio de San Pedro, era un propio representante de aquella Italia débil y cobarde, que se defendia de la dominacion estraña con las arterías de una política desleal; y cuando pasando por todo género de humillaciones besaba la mano del victorioso ofendido, urdia la tenebrosa trama de un ánimo pérfido y rencoroso.

Apretado el cerco de Pavía, hambriento y fujitivo el ejército imperial, dominadores los franceses en aquella península, Clemente se apresuró á demarcar el momento del abandono de su alianza con Cárlos quinto. Incapaz de las decisiones valientes, que dan tanta honra á los felices, como rodean de respeto á los desafortunados, el papa no se atrevió á romper abiertamente con su antiguo amigo, ni á dar al nuevo un brillante testimonio de adhesion: fué disimuladamente ingrato al uno, sin ser paladinamente útil al otro.

Comenzó sus servicios á la Francia tomando el carácter conciliatorio, y persuadiendo á Cárlos (tal creia poder conseguirlo) de las ventajas de una paz, por la que Francisco adquiriese las conquistas recien hechas, y Cárlos comprara un fragmento de la Italia por las mas pingües de sus adquisiciones. Tal propuesta era inaceptable, y Clemente lo sabia demasiado bien; pero al rechazar el emperador semejantes proposiciones, el pontífice aprovechaba aquella repulsa como un desaire para pretesto de segregacion de intereses políticos. Hizo pública ostentacion de su júbilo al recobrar el Milanesado el soberano francés, y concluyó un tratado de neutralidad con la Francia al que arrastró á la república de Florencia: entonces fue cuando Cárlos profirió aquellas amargas espresiones, quejándose de la volubilidad del hombre que siendo cardenal le habia inducido á invadir el territorio Milanés, y ya pontífice le exhortara á dar cima á la empresa.

La jornada de Pavía frustró las esperanzas de Clemente, destruyendo las de Francisco, y nunca un príncipe artificioso, adulador de los favoritos de la fortuna, y confiado en el curso de plácidos destinos, sufrió desengaño mas tremen-

do, ni se encontró á la espectativa de mayores aflicciones; consecuencias precisas de sus inconstancias y mezquinos transfugios.

Desde luego Lanoy supo esplotar la sensacion terrorífica de los poderes italianos.—Aquellos poderes que dirijian todos sus manejos á equilibrar los influjos de los soberanos, interesados en el territorio, y que incoaban su seguridad en la contraposicion de los aspirantes al predominio, no vieron sin espanto destruido en un solo azar el poderío francés, y pujante su contrario. Las ambiciones de Cárlos se habian esplicado lo suficiente para inspirar sérios recelos á las reducidas potencias latinas, y confirmarlas en las sospechas de una aspiracion impaciente á la conquista del pais, bajo los títulos del emperador y rey de Nápoles. En la premura de la situacion deliberaron sobre los medios de conjurar aquellos proyectos audaces, alentados por el éxito pasmoso de una tentativa desesperada; mas el mismo sobresalto de la inminencia del riesgo impidió el concierto del plan oportuno á prevenir las contingencias fatales, que preveian, y aunque la república de Venecia convino en algunos puntos con el papa, tan luego como Lanoy amenazó con la cólera del príncipe triunfante, Clemente aprontó la crecida suma que le fué exigida, y su oro sirvió para satisfacer las pagas de aquella soldadesca hispano-germánica, que habia desterrado las lises del continente italiano.

Italia hizo lo que siempre: dobló sumisa la rodilla ante el dominador, y bajando la cabeza hasta imprimir sus labios en el pedestal, buscó una hendidura por donde socabar y abatir el ídolo, que mal de su grado incensaba.

El voltario Enrique desertó del partido imperial, y mientras se aliaba á la Francia con una inconsecuencia notable, Italia fraguaba en el misterio la conjuracion siniestra, que debia dar por fruto la ruina de Cárlos en aquella península. Moron, canciller de Milan, temia que se incorporase su patria como una provincia, á las demas adquisiciones italianas. Partidario de Sforzia concibió antipatía profunda al

patronazgo del imperio, que principiando por diferir la investidura ducal de su pro-hombre, concluyó por concederla para tranquilizar al papa y á los venecianos con tantas reservas y condiciones, que mas bien que feudo imperial el ducado parecia lugar-tenencia ó vireinato.

Moron era hombre de talento privilejiado, y ardiente patriotismo. Como á todos los grandes políticos de su pais el pensamiento de emancipar la Italia se presentaba á su imaginacion, como el objeto mas eminente á que podian aspirar los genios osados. La esperiencia de sus dotes para las empresas arriesgadas le sujeria valor para acometer tan difícil obra, y el que con tanta felicidad espulsó del Milanesado á los franceses veia bastante asequible la libertad de Nápoles del yugo español. El plan de Moron tenia todo el atrevimiento de las intentonas aventureras; de esas resoluciones á todo trance que admira el mundo en su logro, y de las que se burla en su malogramiento: era uno de esos golpes de fortuna, que guian á lo estraordinario por las vias de la singularidad, y que el éxito eleva á la esfera del heroismo, cual la derrota idéntifica á las locuras como las de Colon que dió al mundo una parte mas; locuras como la de Cortés que con un puñado de aventureros sojuzgó el imperio mas pujante de la América.

Borbon y Pescara mostraron un vivo resentimiento á la noticia del artificio, por cuyo medio llevó al rey Francisco á tierra de España el mañoso Lanoy. El duque partió con toda diligencia para Castilla, dejando conferido su alto carácter al marqués y comprometiéndose á representar la venganza de dos denodados capitanes contra un compañero débil en los momentos del peligro, y astutamente maquinador en daño de sus émulos para quitarlos los ópimos frutos de la victoria.

Pescara, á quien la opinion persuadia de acuerdo con su conciencia, del concepto militar que por sus proezas habia alcanzado, no solo se quejó de Lanoy acusándole de menguado y pusilánime en la batalla, y pérfido para sus colegas,

en mando, superiores en hechos, sino que hizo estensivas sus quejas al emperador que decia no apreciaba en su valor verdadero los servicios de tan famosa jornada.

Moron, noticioso del descontento que Pescara no ponia cuidado alguno en ocultar, creyó haber encontrado el hombre conveniente á la ejecucion de la obra que meditaba, y al efecto comenzó por lisonjear los rencores del marqués, que indignado tan justamente con el general flamenco, y creyéndose mal remunerado por la corte imperial, acojia los pensamientos conformes al suyo. Cuando el canciller de Sforzia vió exasperado violentamente al caudillo español, empezó á desarrollar su panorama con esa estratejia política que haria tan grandes á los diplomáticos italianos, si el poder estuviese en razon directa de la habilidad. Pescara quedó deslumbrado al primer vívido rayo de luz que iluminó la creacion fecunda del genio milanés. Moron interpretó aquel pasmo por la tentacion ambiciosa y redobló sus esfuerzos. El marqués descubrió á Clemente sétimo, á Sforzia, á Venecia y Florencia, interesados en un proyecto, que contando con él para hacer obra, lo que no pasaba de conjuracion, le brindaba la corona de Nápoles; el mando del ejército italiano; la nombradía de libertador del Lacio y la grandeza del antagonismo con Cárlos Quinto y Francisco Primero, espulsados de aquel continente. Moron por trazar los fines de este plan, no habia descuidado la escofitacion cautelosa de los medios. Cárlos habia tenido necesidad de despedir de su servicio á los alemanes, y hombres de armas estranjeros, no pudiendo sostener aquellas fuerzas, y solo quedaban los españoles, distribuidos en presidios por las ciudades sometidas al imperio. Aminoradas las guarniciones, y repartidos los soldados de España por las villas y aldeas, al dar una señal, el pueblo se encargaba de reproducir los horrores de las Vísperas Sicilianas, y sin ejército Cárlos, prisionero Francisco, y descubierta de improviso la Liga con todo el prestijio de la audacia y la fuerza de la estrecha coalicion, tenian sobrado lugar los poderes de Italia de consolidarse antes que ningun

príncipe europeo alcanzára los medios de contrastar sus progresos.

Historiadores hay que sin ningun dato que venga en comprobacion de sus asertos, han escrito que Pescara se dejó seducir por las tentadoras promesas de Moron. Al lado de acusacion semejante debia figurar una prueba; cuando menos un indicio de los que se reconocen por vehementes; porque el carácter de historiador se confunde con el torpe papel del disfamador libelista, alli donde se estampa el vituperio, falto de comprobantes; sin mas autoridad que el mero dicho. Italianos y franceses, igualmente enemigos del gran capitan de Pavía no vacilaron en continuar el oprobio de su fama en la irritacion de sus enconos, y los escritores poco concienzudos como Robertson, han acojido las calumnias de Guicciardini, Fobio, Ruscelli y Heuter; sin reparar en que nada mas fácil que arrojar el lodo de la infamia sobre la losa de un sepulcro, y que el hombre de talento y corazon que revista los hombres y los hechos pasados, presenta el cargo como un juez que sentencia atento á las pruebas, pero pesaroso del mal necesario que causa la pena que tiene precision de imponer.

El emperador fue informado por Pescara de aquella conjuracion terrible en que el Papa, Sforzia y dos repúblicas aparecian misteriosamente comprometidas. Cárlos le mandó continuar en su finjida incertidumbre para cerciorarse de la perfidia de Clemente y la negra ingratitud de Sforzia. Moron prosiguiendo en sus confidencias seductoras, hizo al duque de Milan dar mas de una garantía al lugar del teniente de Cárlos Quinto, y el vicario de Dios le remitió apoyándola una decision teológica de los mas reputados doctores de la corte romana en que se establecia:=«*que un súbdito podia legalmente armarse contra su soberano inmediato por obedecer al señor feudal de quien el mismo estado dependia.*»

Decision digna de aquella autoridad eclesiástica, que absolvió al rey Francisco de su juramento de cristiano y de su palabra de caballero.

Los detractores de Pescara, no sabiendo cómo esplicar que el marqués á quien suponen cómplice de Moron en los primeros pasos de la intriga, diese cuenta de la conspiracion al nieto de Maximiliano, fundan el arrepentimiento repentino del general español, en la esperanza de obtener el ducado de Milan como premio de su leal proceder, y pago de su ilustre nombradía; pero no piensan que Borbon era el primero á quien don Cárlos hubiese ceñido una corona en la disposicion de feudos, y que todos los hombres que figuraban en España al lado del ex-condestable, tenian que reconocer la primacía del caudillo á quien el emperador habia prometido en matrimonio la reina de Portugal, su hermana.

Ya contando por los pormenores del plan, y gajes de su próxima ejecucion, don Cárlos ordenó á Pescara que cortase la trama con un golpe súbito.

El canciller milanés fue preso por Antonio de Leiva, y Sforzia declarado traidor á su señor, el César fue desposeido de todas las plazas que componian su feudo, á escepcion de Milan y Cremona, bloqueadas por los imperiales estrechamente.

Francisco Primero habia salido de su prision, y puesto de acuerdo con Enrique VIII, hizo saber á las potencias italianas su decision á negar lo pactado en Madrid; formando una liga ofensiva contra su rival.

Sforzia, sitiado en el castillo de la capital de sus estados, impetraba inútilmente socorro.

El tratado contra el emperador se llevó á efecto, y Clemente, Venecia y los emisarios del duque de Milan, convinieron en aprontar treinta y cinco mil hombres contra los tercios imperiales si Cárlos no se resignaba á ceder la Borgoña, á devolver mediante rescate los hijos de Francia tenidos en Castilla por rehenes, y á reponer en su ducado al ingrato Sforzia. El 21 de mayo de 1526 se firmó en Cognae este documento, que para el caso de guerra prometia al rey de la Gran Bretaña un principado importante en el reino de Nápoles, un pingüe feudo á Wolsey, y el título de patrono

de la liga á Enrique, como á Clemente el de gefe supremo.

Clemente que si bien de ánimo irresoluto, era crédulo en ocasiones hasta la prudencia mas inconcebible, creyó que la llamada Santa Liga, no podia menos de abrumar á Cárlos y ensalzar á Francisco, núcleo de las combinaciones. En consecuencia, fácil siempre á servir el crédito de los preponderantes, como al abandono de los que amenazaba la desgracia, no dudó en prestarse á la cooperacion mas indecorosa, á la perfidia mas villana. Que Francisco, á quien los poetas de su córte llamaban el *primer caballero francés* negara libre lo que juró cautivo, indignidad apareció á los ojos de todos los hombres pundonorosos; pero que el Sumo Pontífice consagrara tal torpeza absolviendo al cristiano de su juramento por la sagrada forma y los Santos Evangelios, y al caballero de su promesa solemne, escándalo fué que la cristiandad presenciara con un estremecimiento doloroso, y la reforma aceptó como una prueba de aquellos abusos contra los que levantó su primer clamoreo.

Clemente esperaba una pronta decision del monarca francés en amparo de Sforzia; precedente infalible de la lucha que anhelaba ver empeñada. Francisco, requerido por Alarcon y Lanoy á que cumpliera el convenio de Madrid, respondió con una farsa incapaz de engañar á los embajadores de don Cárlos, que al retirarse del reino oyeron la publicacion de la Liga, y supieron todos los incidentes de esta coalicion. Cárlos se espresó en los términos debidos. Acusó de felonía y vileza al soberano de Francia, y reprobó la conducta del Vicario de Cristo, tan acreedora á la censura bajo toda especie de conceptos. La convocacion de un Concilio general era la mas formidable amenaza que podia hacerse á un Papa del siglo diez y seis: porque resucitar la cuestion de supremacia de la Iglesia sobre el sucesor de san Pedro cuando la reforma se desbordaba contra su autoridad en tésis violentas, y el clero mas ilustre daba por causa del cisma los desafueros y tropelias de la curia romana, era sujetar al Sumo Pontífice á un juicio severo, colocarle en la

evidencia mas penosa. Clemente hubiera temblado á tal intimacion en otra época; pero entonces no cedió un ápice de sus designios, comprendiendo que en la posicion de Cárlos V, no eran amagos sino la guerra lo que habia de oponer á las provocaciones de la Liga romano-britano-franco-itálica.

Tocaba inaugurar las operaciones á Francisco; pero la cruel esperiencia de Pavía templó los brios impetuosos del héroe de Marignan, y en vez de tomar la iniciativa en la campaña, sus aspiraciones estaban reducidas á intimidar á su enemigo con los ruidosos aparatos de una coalicion robusta para obtener la cesion de la Borgoña y la libertad de sus hijos. Desconfiaba de aquellas potencias italianas que con su mala fé y defecciones impudentes, comprometian los intereses de sus aliados, y sabia cuán divididos estaban entre sí aquellos poderes para fiar en su cooperacion franca á ninguna empresa. Francisco se mantuvo quieto en el instante preciso de la obra, y con su inaccion no solo perdió la causa de la Liga, sino que la hizo primero ridícula, pues que las tropas del Papa y de Venecia avanzaron en aguardo de los franceses y retrocedieron ante las del imperio, inferiores con mucho en número y recurso de toda especie.

Borbon investido con el ducado de Milan por don Cárlos, vino con cuerpos auxiliares á reforzar los tercios que asediaban á Sforzia reducido al último apuro, y tanto apretó el cerco, que el despojado señor tuvo que rendirse y retirarse á Lodi, dejando al ex-condestable francés dueño del territorio y de la corona.

Entonces sufrió Francisco las reconvenciones de toda Europa.

Cárlos le echaba en cara su doblez y sus vergonzosos artificios. Enrique de Inglaterra el retraimiento de un pacto de alianza que fué uno de los primeros en entablar. Los Italianos el abandono de sus planes y el egoismo de aprovechar los aprestos de la Liga para el crédito de sus negociaciones en Madrid, sin arriesgarse en las jugadas azarosas. Clemente era el mas violento en sus quejas. El

padre de los fieles le recordó con amargura la enormidad de los compromisos que arrostrara por servir á sus intereses: los preliminares de una lucha entre el imperio y la Iglesia; cuando el uno se hallaba en el auge de su poder, la otra en las tribulaciones de una disidencia profunda. Francisco se consolaba de estos descalabros en su reputacion con la fastuosidad de los saraos cortesanos, y el monarca acusado de desleal, y el caballero increpado de falta de pundonor, se aturdia en los festines y se embriagaba en los placeres para desechar penosas reminiscencias que suscitasen sus remordimientos.

Entre tanto que el ejército de la Liga se debilitaba, el imperial crecia amenazando con su número y su carencia de recursos al pais que dominaba con su muchedumbre, y mantenia en consternacion á la espectativa de las exacciones para subsistir, y el saqueo cuando los impuestos no pudieran satisfacer. Seis mil españoles al mando de Alarcon engrosaron primeramente las filas, y *minheer* Jorge Fronsperg vino con siete mil tudescos á incorporárseles; no haciéndose esperar mucho tiempo otros siete mil con dos mil hombres de armas que el archiduque Fernando hizo reclutar en los Estados germánicos. El emperador habia remitido hasta el último escudo de la suma que tenia disponible: las córtes de España, á pesar de todos los manejos del César, no otorgaban servicio alguno: Alemania no estaba en disposicion de contribuir con los necesarios socorros, y Flandes, recargada estraordinariamente, inquiria si se trataba de arruinar su industria y anonadar su comercio en aquella tierra maldita que devoraba vidas y fortunas sin ningun resultado duradero. Borbon habia tambien agotado sus rentas en proporcionar dinero á los reclutadores, y cuando no sabiendo cómo pagar á los soldados de España, vió llegar á Frondsperg con sus alemanes hambrientos y alentados hasta el cuartel general por la esperanza de una paga completa imposible de satisfacer, comprendió la necesidad de pelear por desesperacion cual se verificó en Pavía. Solo un hombre

del genio y el valor de Borbon hubiese contrastado tan adversas circunstancias. Solo un talento de la grandeza del suyo hubiera dominado elementos tan fatales. Al estudiar la situacion apreciando los datos que de sí arroja la historia, es forzoso convenir en que el ex–canciller de Francia era un coloso asediado por pigmeos, y el ánimo arrebatado en la admiracion de sus insignes prendas, olvida que la nota de traidor manchaba aquel ilustre renombre; que aquella corona de laurel y oro, de general y duque, estaba salpicada de lodo; que un anatema reprobatorio pesaba sobre aquella egregia reputacion político–militar.

Los Colonnas, gibelinos constantes, y amigos ardientes



del emperador, eran antipáticos á Clemente VII, ya por su influencia en la ciudad de Rómulo; ya por sus opiniones harto marcadas contra los enemigos de Cárlos; ya por la ambicion de Pompeyo, su gefe, que no podia disimular el despecho de un vencimiento doloroso. El cardenal Colonna, aspirante á la tiara en la vacante de la sede apostólica por de–

funcion de Adriano, no podia perdonar á Clemente su triunfo, que decia comprado á fuerza de sumisiones indignas á Cárlos Quinto, y aunque aceptó empleos en la córte de su antagonista sirvió sus destinos de tal modo, que el sucesor del apostol primado no pudiendo sufrir tanta insolencia, comenzó por disminuirlos y concluyó por destituirle de todos ellos.

La sed de venganza ahogaba al soberbio cardenal, injuriado por aquella paladina resolucion. Para colmo de su impaciencia, Clemente sospechoso de su influjo, y recelando que se valiera de su poder en contra de sus intereses le cercó de espias, y los esbirros seguian su litera tenazmente, y bajo mil especiosos pretestos los esploradores del Papa se introducian en su casa á todas horas con molestas comisiones y enfadosas consultas. Pompeyo ardia en deseos de abrumar á su adversario bajo el peso de una catástrofe horrorosa, y su rencor tomaba esas proporciones trágicas, cuyo relato arredra á la curiosa posteridad, ya en las fieles páginas históricas, ya en la escena, en accion, en un cuadro repugnante. El escándalo no atemorizaba á los Colonnas. Destituir á Clemente; hacerle reconocer por el Anti-Cristo anunciado en las Escrituras, y entregarle al verdugo, tal era el proyecto de aquella familia orgullosa, altamente simpática á los romanos por la firmeza de sus resoluciones y el arrojo en sus empresas, en contraste con aquellos accesos de indecision, convulsiva fuerza y súbito desaliento que hacian tan despreciable el gobierno temporal de Clemente.

No tardó en presentarse la apetecida oportunidad. Pompeyo diestramente aconsejado por don Hugo de Moncada, embajador del imperio, preparó tropas á sus espensas que invadiesen los estados pontificios no bien Clemente mandara á Lombardia el ejército prometido á la Liga Santa. En efecto, Colonna reclutó tres mil hombres con un sigilo imponderable, y apenas el duque de Urbino pisó con los soldados del Papa el territorio lombardo, Pompeyo se evadió, y tomando el puesto de caudillo, cargó sobre Roma sin que el

Pontífice supiera de él, hasta que vino un mensajero consternado á darle aviso de que gente armada en son de guerra y clamando ¡*libertad*! se entraba por la puerta de san Juan Lateranense adelante.

La sorpresa, el furor y el miedo sacaron de sí al Papa, y no hallándose con brios para esperar el nublado que encima se le venia, dió la órden á sus guardias de perecer en defensa del Vaticano, y se fugó al castillo de Saint-Angelo, por el pasadizo recatado que junta el alcázar á la fortaleza. Los romanos recibieron á Colonna en triunfo, y dignos hijos de los vasallos de Neron y Caracalla aclamaron con alborozo al cardenal, que invadia el pueblo cabeza del orbe católico con tres mil aventureros, que no guardando respeto á gefes, ni consideracion á vecinos, se dividieron en bandas para saquear el Vaticano San Pedro, y las casas principales del ***Burgo***. A duras penas se consiguió reunir aquella insolente milicia, y llevarla ante el asilo de Clemente, que desprovisto de todo, y desfallecido de pavor, pedia capitular.

Colonna tocaba ya su venganza. Allí tenia rigurosamente asediado á su capital enemigo: un avance y Clemente caia en sus manos, y aquellos sueños de deposicion y condena de su rival, se hacian efectivos con aplauso de aquella Roma, que aplaudia los actos de todo vencedor.

Moncada se interpuso entre Pompeyo y Clemente á nombre del César, cuyos fines estaban muy lejos de coincidir con los propósitos sañudos del cardenal; limitándose á separar de la Liga al vicario de Cristo, frustrando de este modo los planes de la coalicion; sin dejar de obtener para los fieles Colonnas las condiciones razonables que sus auxilios y constante adhesion les daban derecho á exigir.

Clemente otorgó cuantas cláusulas le fueron dictadas por don Hugo, y reprimiendo la rabia que destrozaba su corazon rencoroso, convino en renunciar á las resoluciones de la Liga; en retirar su ejército de la confederacion; pagar las tropas aventureras que le tenian cercado; una suma cuantiosa en clase de socorro á los tercios hispano-alemanes, al

mando de Borbon, y sobre todo, la mas cruel para un hombre de índole altanera, admitir á los Colonnas en su gracia con devolucion de todos sus empleos, declarando que volvian á su goce por conocimiento de su mérito y fidelidad.

Pompeyo Colonna reclamó en vano contra este convenio; representando á Moncada que no habia confianza posible en el supremo sacerdote, que absolvia á Francisco de su solemne juramento, y que no bien libre de aquel apremio, el Papa anhelando saciar sus resentimientos contra los que tan diestramente habian espiado la ocasion de imponerle la ley, no solo faltaria á lo prometido al emperador, sino que haria recaer sobre los Colonnas el peso de sus primeras iras. Moncada se mantuvo inflexible, y haciendo firmar los tratados, y dejando cumplidos los capítulos, licenció sus aventureros, que ricos de botin y exactamente pagados, marcharon á incorporarse al ejército imperial, ponderando las riquezas de Roma; escitando la envidia de sus camaradas con la ostentacion del fruto de sus rapiñas; encendiendo la codicia de la soldadesca acosada por el hambre y sin sueldo, cuando al reclutarse les halagaba la idea del saqueo y las preseas de brillantes victorias; socavando las bases de la disciplina con sus escitaciones y ejemplos de insubordinacion; nutriendo con sus clamores facciosos los murmullos de queja de un ejército que inútilmente trataban de someter al yugo del órden, frente á esa rica Italia en panorama tentador con sus tesoros á la rapacidad de ávidos militares que de todo carecian.

Clemente procedió como el cardenal Colonna habia previsto.

Apenas una parte de su ejército penetró en la capital, Pompeyo fué degradado; sujetos á la escomunion sus deudos; desmanteladas las plazas y taladas las tierras del patrimonio de aquella familia, y satisfechos sus ódios contra los aliados del emperador, el iracundo pontífice en combinacion con la escuadra francesa á las órdenes del gran marino Andrés Doria, convirtió sus armas contra Nápoles, y buscó el pabe-

llon imperial para vengar los agravios que los Colonnas habian purgado primero.

—Señor, (dijo un enviado de la córte de España, al irritado padre de la cristiandad) reflexione vuestra beatitud, que moviendo guerra al rey de Nápoles, concita contra sí al emperador de Austria, al rey de España, y al archiduque flamenco.

—El papa lo siente mucho (respondió Clemente) pero el rey está en su derecho.

Esta distincion de *papa* y *rey* debia costar muy cara á Clemente; porque siguiendo la letra de su frase Cárlos V podia descargar su mano poderosa sobre el *rey*, salvo siempre el respeto debido al *papa*.

Borbon habia recurrido á violencias contrarias á su natural generoso para procurarse dinero. El Milanesado estaba exhausto. La alternativa era inminente: ó licenciar las tropas, ó lanzarlas como aves de presa sobre los reinos itálicos, no esquilmados por la devastacion militar. Venecia se habia puesto á buen recaudo concentrando en sus fronteras al ejército de la Liga.

La república de Florencia y los estados pontificios ofrecian mayores probabilidades de éxito en una invasion, al par que contaban con mejores condiciones para esplotar el pais en provecho de un considerable cuerpo de tropas.

Veinte y cinco mil hombres de naciones, costumbres y lenguas diferentes, mantenidos con una escasez penosa; acreedores al tesoro de sumas crecidas; sin almacenes, bagages, artillería, ni pertrecho alguno; en lo mas crudo del invierno; ante un pais, erizado de ásperas montañas y cortado por caudalosos rios; á la vista de un ejército superior en número y en armonía con los moradores de aquella tierra, y finalmente en el mas desastroso abandono, no pedian mas que ser conducidos á través de aquella Italia, tan fértil y opulenta para ganar pan y oro al precio de su sangre.

—Que nos pongan donde lo haya (decian los animosos infantes españoles, tan altamente reputados en aquellas ter-

ribles campañas). Nosotros lo sabremos tomar.

—¡Por los magos de Colonia! (esclamaban encolerizados los alemanes). Ya que no nos dan nuestros sueldos que nos permitan cobrarlos de las cajas italianas.

Plasencia, Bolonia y Roma eran las ciudades amagadas por aquella plaga espantosa. Plasencia reunió en torno de sí una division respetable del ejército confederado. Bolonia dió asilo á una fuerte guarnicion, fortificándose apresuradamente. Roma era la mas desamparada. El carácter irresoluto de Clemente impedia toda coordinacion de medios defensivos. El genial de los romanos era el menos á propósito para las bizarrias de una intrépida decision.

Los imperiales optaban por el saqueo de Roma con preferencia á toda otra ciudad; primero porque allí estaba el Pontífice, jurado y tenaz enemigo del César; despues por la noticia de los fabulosos tesoros, que los aventureros de Colonna, afirmaban existir en la metrópoli del universo cristiano.

Inútilmente Borbon prometia el saqueo de esta y otra opulenta capital. Los imperiales sin rehusar el botin de aquellos pueblos, no cesaban de repetir como los vándalos de Jenserico. ¡*A Roma!* ¡*A Roma*!

II.

Antonio Magariños de Couto, bizarro hidalgo gallego, acaba de introducir al caballero La Motte, deudo y secretario del duque de Borbon, en la cámara de recepciones estraordinarias, destinada por don Cárlos á las audiencias secretas y de graves intereses.

El emperador registraba una coleccion de láminas magníficas, retratos de los Césares alemanes, que el grabador Hollins le habia remitido en prueba de agradecimiento á sus altos y repetidos favores.

Al entrar Monsieur de La Motte en el aposento, don Cárlos le indicó con gesto bondadoso una banqueta próxima á

la mesa del despacho; haciéndole entender que aguardara sentado á que terminase el exámen de aquellas obras artísticas, dignas por cierto de la atencion soberana.

La Motte rehusó primero; mas al repetir su signo con positiva insistencia el emperador, tomó asiento, frunciendo las cejas en un gesto de marcada contrariedad.

El pariente de Borbon habia visto las láminas, y le costaba repugnancia comprender que se dilatara un punto la urgente contestacion al importante mensaje que á España le trajera por repasar aquella galeria de rostros imperiales.

Despues de un buen rato el César arregló por su órden las láminas esparcidas sobre la mesa, y encerrándolas dentro de una caja de piel, fileteada de oro, tomó un voluminoso pliego, que alargó al comisionado de Borbon.

—Caballero La Motte, (le dijo) ahí va todo lo que puedo daros; ámplias facultades para obrar. Ya que desgraciadamente no me es dable remitir un escudo á mis tropas de Italia; ya que no alcanzo á remediar la carencia de pertrechos y municiones, allá va mi corona. En estos pliegos confiero la plenitud de mi poder al duque. No es un lugar-teniente imperial por estos despachos: es el emperador.

—Majestad (replicó La Motte), mi pariente el duque me encargó ante todas cosas el informe sobre el precario estado de sus fuerzas sobre los primeros síntomas de.....

—Sí, sí, (le interrumpió don Cárlos) ya me lo dijistes ayer, y creed señor La Motte que vuestras consideraciones me han traspasado el corazon. Es muy duro para mí, saber que mis bravos defensores sufren todo género de molestias en un pais agotado por la permanencia constante de asoladores ejércitos. Padezco infinito al considerar que les falta lo indispensable para mover el destacamento mas reducido. Me consumo en la impaciencia al reflexionar que toda operacion es imposible con elementos tan fatales; ¿pero qué quereis caballeros? Estériles son las quejas, infructuosos mis buenos deseos y mis aspiraciones. Nos estrellamos contra el escollo mas duro: no hay dinero. Castilla no concede un subsidio

para el esterior, ni de dos maravedís. Mis estados de Flandes no pueden con las cargas, y ya seria no esquilar el ganado sino degollarle. Austria absorve triplicado lo que se la exacciona: se la pide treinta mil escudos y tres pagas de sus reclutas, se llevan lo que queda....¡Pardiez! Buen La Motte, y á un rey como yo se le cree rico? Porque en Europa se me reputa por el mas opulento de los príncipes. Y bien, ya lo veis. No tengo un real que daros para mis valientes soldados de Italia. Habeis venido á presentarme el cuadro tristísimo de la penuria en que se halla mi tropa y á confiarme que la remita un socorro, precioso por mas mezquino que fuese, porque el que nada tiene con algo se contenta. Pues hé aqui que de las dos partes de vuestro encargo dejais una perfectamente cumplida y volveis sin la otra: esta es la impresion dolorosa de aquellas miserias, queda torturando mi alma, pero tornais con las manos vacías á Milan; porque ese emperador, cuyo poder y riquezas tanto se preconizan, ni puede imponer tributos ni exigir rentas para favorecer á sus tercios en peligro; ni tiene un miserable centenar de doblones que remitir á sus exhaustas pagadurias.

—Señor, (repuso La Motte) líbreme Dios de añadir motivos de disgusto á los que le inspiran las escaseces de estos tiempos calamitosos; pero si el duque ha recurrido á vuestra majestad, bien puede estar seguro de que és en el último estremo.

—Así lo juzgo, La Motte.

—Por veinte mil escudos ha concedido vida y libertad al canciller Moron, despues del arresto de los principales milaneses y la exijencia de gruesas sumas por via de rescate; despues de despojar á las iglesias de todos sus objetos de valor; despues de multar so pretesto de desafeccion á las instituciones; á cuantos poseian un escudo....

—¡Tristes recuerdos!

—Pero necesario espediente (contestó con energia La Motte.)

—Gracias á la habilidad imponderable del duque, los sol-

dados se apaciguan con la quinta parte de sus haberes, y cuando parecen dispuestos á la insurreccion mas desenfrenada, una familiaridad de su caudillo, un testimonio de interés, una promesa para lo futuro, templa los ánimos exarcebados, y mantienen la disciplina hasta otra circunstancia difícil; hasta otra perentoria necesidad.

—Debemos mucho al duque; mucho.

—Cuando he llegado á los pies de vuestra majestad de su parte, es porque ya no resta un solo resorte que tocar; porque en el Milanesado no se encuentra una blanca; porque no hay un óbolo con que acallar el grito de la soldadesca que pide su soldada; porque cuando se encuentran sin sueldo, sin víveres, sin municiones, estallarán en una rebelion terrible los contenidos movimientos, y toda la elocuencia de Julio César y todo el amor de sus tropas, que hace tan grande al héroe Macedonio, no bastarán á reprimir los motines; y entonces.....

—Basta, caballero La Motte, (esclamó don Cárlos pálido de fatigosa emocion): basta por todos los santos del cielo.

—Señor, (añadió el pariente del ex-condestable francés, inexorable en su fidelísimo relato) perdóneme vuestra imperial majestad si le conmueven de una manera desagradable mis palabras; pero la situacion no puede presentarse con menos dureza.

—Y volvemos á lo mismo, (contestó el César con tono acre). Señor La Motte, por la salvacion de mi alma, que no parece si no que se duda de la verdad de mis humillantes confesiones.

—¡Puede creerlo asi vuestra majestad! esclamó La Motte confuso, y pesaroso de haber irritado al monarca.

—¿No he dicho que no tengo un escudo, un miserable escudo? (repuso don Cárlos con amargura) ¡ira de Dios! ¿Soy yo un Luis onceno, atesorador perdurable, que hubiese dejado perecer una provincia por no vaciar un talego de oro?

—Pero, señor, tartamudeó La Motte desconcertado.

Si hubiese un medio siquiera de recaudar una decente

suma, ¿dejará Cárlos quinto en tan fiero compromiso al duque de Milan, y en tan crudo trance á los valientes soldados que acaudilla?

—Suplico á vuestra gracia que.....

—Caballero La Motte, (prosiguió el príncipe con entonacion acerba), yo no supongo que vos dudeis de mi veracidad.

La Motte respiró.

—Pero el pensamiento de que otros duden, me ponen fuera de mí (continuó el César), y es seguro que dudarán. ¿No soy yo el dueño de la mitad del mundo? ¿No descubren por cuenta mia paises desconocidos en una parte nueva del universo? ¿Y ese hombre que la fortuna asciende á su brillante valimiento puede creerse que no disponga de un doblon para su empresa mas importante?

La Motte desasosegado se agitaba en su banqueta.

—Vamos (dijo el emperador calmándose gradualmente). Es preciso desechar tan atormentadoras consideraciones, puesto que nada se remedia con ocupar el espíritu de semejantes asuntos.

—Es lo mejor, replicó La Motte.

—Si mal no recuerdo, (respondió don Cárlos lentamente y con intencionada indagacion) en nuestra entrevista de ayer dijisteis que si nos era imposible arbitrar recursos, las instrucciones suplieran la falta de otro mas eficaz auxilio.

—¡Cómo! esclamó el mensajero con sobresalto.

—Sí, (apoyó el nieto de Maximiliano mirando con fijeza á La Motte) creo que no tratasteis de este punto: que ya que por mala ventura no nos halláramos en situacion de remitir fondos, autorizáramos completamente al duque para emprender las operaciones conducentes á proveer sus tropas de lo necesario por cualquier via.

—Nada recuerdo haber hablado de lo que V. M. me dice, respondió sorprendido La Motte.

Y esta sorpresa del capitan francés provenia de que don Cárlos hubiese penetrado lo recóndito de su pensamiento; porque efectivamente Borbon le habia enviado á Madrid con

dos instrucciones: primera, trazar el cuadro de las huestes faltas de todo, y próximas á la insubordinacion para mover al César á suministrar contingentes, que le era difícil conseguir, y ademas repugnaba remesar, temiendo que pagadas prolongasen la inaccion á vista de el ejército de la Liga: segunda, que desesperanzado de obtener estos socorros consultara el ánimo imperial, á fin de inquirir si reprobaria los propósitos del duque; y bien esplorara diestramente las intenciones del soberano, ó bien alcanzase una plenitud de poder que permitiera á Borbon poner en planta su atrevido proyecto.

En una palabra; el duque de Milan procuraba dinero; saber si un sistema de invasion audaz, merodeo y pillaje disgustaria al emperador; indagar si participaba de los sentimientos vengativos que contra la Liga encendia los brios del ejército imperial; ó merecer poderes latos para caer con sus áridos guerreros sobre Roma.

La Motte no habia cumplido mas que la primera parte de su comision. Se limitaba á insistir sobre la carencia de recursos de las tropas; persuadido de que don Cárlos haria el último esfuerzo por reunir una respetable cantidad, con destino al ejército de Italia. No sabia que el César, rehusaba tal sacrificio por obligar á sus generales á un nuevo desesperado arrojo como el de Pavía; cálculo que coronó el éxito mas feliz para sus armas; irresistible cuanto peor atendidas.

Natural era la sorpresa de La Motte al oir adivinada la segunda parte de su encargo, y no pudo menos de manifestarlo en la espresion de su semblante.

—¡Vaya! Recordad, caballero, le dijo don Cárlos con irónica sonrisa.

La Motte aceptó el terreno que brindaban á sus esplicitudes.

—Efectivamente, (respondió como el que trae á la memoria una circunstancia, obscurecida en el fondo de su reminiscencia) ahora caigo en que algo me espliqué sobre ese particular; pero de seguro, no serian mas que insinuacio-

nes..... el bosquejo de la idea.....

—Pero yo que no peco, á Dios gracias, de torpe, (repuso la majestad imperatoria) deduje lo bastante de aquella indicacion discreta. Y era natural que asi sucediese. El duque sabia que estábamos muy pobres en estas tierras de España; no tanto como Enrique tercero que vendió su gaban para comer; pero casi tanto como doña Isabel, nuestra ilustre abuela, al comenzar su grandioso reinado. Varias veces le hemos mandado á decir que no podiamos socorrerle, y por tanto al dirijirnos vuestro mensaje, algo mas que impetrar fondos se proponia. Esto lo alcanza el menos avisado.

—Pues bien, señor, (dijo La Motte con resolucion briosa); el duque me encargó instar con todo empeño en los socorros para la manutencion y equipo de vuestros defensores: esto como primero y principal punto; como gestion capital; como.....

—Basta: á lo dicho: no ha lugar á la pretension, con harto sentimiento de mi parte; pero si Europa viese mi caja de Estado se asombraria del Estado de mi caja.

La Motte no pudo reprimir una sonrisa.

—Voy á ser franco, (añadió el César con lenta y marcada entonacion). Hay desgracias que se resuelven en fortunas, y mi probreza actual pertenece á esta clase de infortunios felices.

—No alcanzo á comprender.....

—Me esplicaré. Si tuviera dinero ó posibilidad de obtenerle, y fueseis portador de una crecida suma, se distribuiria una parte en pagar sueldos y atrasos; otra en adquirir tantos utensilios como aquellos buenos militares necesitan; otra en procurar medios de subsistencia á fin de mantenerse al acecho de la ocasion propia para inaugurar las operaciones; pasaria el invierno en esta inaccion costosa; se gastarian los escudos y la necesidad seria mas perentoria en los instantes precisos de comenzar la campaña en la favorable estacion.

—Sí; mas piense vuestra majestad que...

—No tengo un maravedí (prosiguió don Cárlos encojiéndose de hombros), ni una blanca que enviar al jefe de mis animosos tercios. Estoy en el caso de jugar el todo por el todo como en Pavía...Oh! Y ¡Qué bien me salió aquella jugada, La Motte!

Mis reinos se quejan de que los esquilmo á beneficio de esa Italia funesta y siempre rebelada; y dicen bien: estoy haciendo el ridículo papel de esos diablos de alquimistas que gastan su caudal y su vida en trabajar por una riqueza imajinada. Me mueven guerra: pues que paguen los gastos de esa guerra: me son desleales; pues que sufran los furores de los ministros de mi poder. Carezco de elementos para sustentar las tropas que defienden mis territorios; pues que esas tropas tomen lo que no me es dable proporcionarlas; y cuando los leones tengan hambre, ya buscarán su presa, como la buscaron en Pavía... ¡Ah! y la buscarán á toda costa...

—Pero si la insubordinacion, si la indisciplina...

—¡Bah! (repitió don Cárlos con desden.) Tengo confianza en mi estrella, y en el sino adverso de esos raquíticos poderes italianos, discordes y en perenne contraposicion.

La Motte conoció que don Cárlos, si bien en no buena situacion financiera, se habia propuesto no sacrificar su erario en la guerra de Italia, sino forzar á Borbon á que emprendiese sus maniobras; sacando recursos de la campaña, y haciendo estremecer la península itálica, al aspecto de los rigores de la licencia militar.

—Y últimamente, (concluyó el emperador con tono decisivo) si mi estrella se eclipsa, si Dios hace el milágro de que esas potencias aunen sus opuestos intereses; si pierdo mis dominios en ese pais tan disputado, no moriremos de pesar por tan poca cosa: tendremos paciencia, y aceptaremos á imitacion de Jesu-Cristo, el cáliz rebosando hiel; pero no será. Hay algo en mi interior que me lo anuncia, La Motte; tengo un corazon zahorí, con permiso de la santa Inquisi-

cion sea dicho. Venceremos; porque Borbon es hombre que lo entiende, y apuesto á que ha concebido dos ó tres planes á cual mas oportunos y dignos de mi aprobacion... Veamos, caballero. Veamos lo que piensa mi ilustre primo el duque de Milan.

—Ante todo, señor, (repuso La Motte, señalando al pliego que el César le alargaba, y tenia sobre la mesa del despacho delante de sí): esta comunicacion contiene...

—Facultades omnímodas (interrumpió con estraordinaria animacion su Magestad); poderes amplísimos; atribuciones tan latas como nunca se concedian á representantes de poder alguno. Y esto no por bondad mia, sino por el imperio de la necesidad. Cuando no me es dable contribuir á la obra con los auxilios que se me reclaman, doy cuanto puedo; traspaso toda mi accion; confiero la plenitud de mis derechos al que carga solo con la dura fatiga de sustentar mi autoridad, tenazmente combatida por la santa confederacion.

—Y ahora bien, (dijo La Motte) careciendo de recursos monseñor el duque, mi pariente, habrá de ponerse en marcha con sus veinte y cinco mil hombres, sin víveres, sin trenes, sin bagajes, ni lo que ha menester la mas insignificante partida suelta.

—El ejército de la Liga, mas numeroso, bien provisto, sustentado por las simpatías del pais, puede emprender una de dos tácticas; ó dejar que avancen nuestras fuerzas, sin oponerse á sus primeros, desesperados ímpetus, espiando la ocasion de trabar la lucha con ventaja, ó presentar desde luego el combate. En ambos casos monseñor se propone....

—La Motte, (interrumpió el César con vivacidad), no es probable que el ejército de la Liga se resuelva á presentar la batalla, desde que el rey Francisco sufrió el cruel escarmiento de Pavía: nuestros soldados tienen la raya con su renombre los ataques directos, y una prueba de esta verdad es la conducta del duque de Urbino en los asuntos del ingrato Sforzia: aquella vergonzosa espectacion en que se mantuvo ante un puñado de nuestros valientes.

—Dice muy bien vuestra Magestad.

—Lo que ha de suceder, me atrevo á trazarlo de antemano; porque por los antecedentes se preveen las consecuencias; *por el hopo se saca al zorro,* como reza un adajio de este sentencioso pueblo. Borbon á fuerza de habilidad logra que sus tropas emprendan la marcha...

—No desean otra cosa, señor.

—Las saca del Milanesado, donde no quedan recursos, y adelanta por tierras enemigas con sus aguerridos *condottieri*....

—Perfectamente calificados.

—Sí, *condottieri* (repitió el emperador con fuego), aventureros militares, de quienes desde lo antiguo ha sido víctima la Italia; hijos de cien razas diferentes, agrupados en torno de una bandera, que sin mas patrimonio que su espada, curiosos de visitar paises desconocidos, ávidos de botin, y dispuestos á todas las atrocidades consiguientes á la codicia del pillaje, viven de la guerra, con el derecho de los fuertes contra los débiles; conquistan y esplotan su conquista; y al precio de su sangre adquieren el pan de hoy, y los tesoros de mañana...

—Urbino no buscará á estos hombres; no los buscará, caballero La Motte, y el nublado caerá sobre las ricas ciudades italianas, como la langosta sobre las mieses del pueblo de Faraon.

—Hénos aqui en lo mas interesante de la consulta, que monseñor el duque me encarga dirijir á vuestra Magestad.

—Veamos.

—Vuestra Magestad sabe que don Hugo de Moncada y su eminencia el cardenal Colonna se valieron para la sorpresa de la ciudad santa, y detencion de su Beatitud el Santo Padre, de esos españoles que buscando fortuna militar, desembarcan por centenares en las playas latinas...

—Adelante.

—No pudo impedirse que una vez dentro de la ciudad aquellos codiciosos aventureros, entrasen al saco el Vaticano, la

iglesia del grande apóstol, y los palacios curiales del Burgo. Estos hombres cargados de botin se incorporaron al ejército de estacion en el Milanesado, y con el relato de las prodigiosas riquezas que la capital del catolicismo contiene, han producido en los ánimos de nuestros soldados el afan mas fogoso de invadir aquella poblacion para ver esas maravillas; para tocar esos prodigios de la suntuosidad romana; para saquear desapiadadamente aquella reina del mundo antiguo, que aun no ha perdido todas sus preseas.

—¡En eso piensan! esclamó don Cárlos con fulgurante mirada.

—No se agita otra conversacion entre ellos que asaltar á Roma, y enriquecerse con sus despojos. Reunidos en corrillos alemanes y españoles, tratan de la embestida á la opulenta capital, y de los tesoros acumulados en tantos siglos para el saqueo de un dia terrible.

Los aventureros de Colonna son los oradores de aquellas asambleas, y escitan todo género de ambiciones en sus discursos. Embozado en la capeta militar; llevando bacinete en lugar del casco de los oficiales; favorecido por la confusion y las nieblas nocturnas, he visitado los cuarteles y asistido á los conciliábulos de vuestros defensores.

Allí los de ardiente temperamento se electrizan con la pintura de aquellas cortesanas, dignas sucesoras de las desenfrenadas bacantes. Allá los emprendedores se engrandecen con la consideracion de tan ruidosa empresa cómo dominar á la ciudad de los emperadores y los Papas. Mas allá los codiciosos se inflaman con el cuadro deslumbrador de aquellas preciosidades que pródigamente se les dicen repartidas en la córte de Clemente VII. En esotra parte se recuerda con furor los ultrajes de ese padre de los fieles que llama luteranos á los hijos de Alemania y moros á los bizarros españoles. Aqui se trata de no dejar un escudo á esa curia insaciable que absorve la mitad del oro de Europa. Acá se clama que es forzoso no dejar piedra sobre piedra en esa ciudad orgullosa, perpetua tirania del continente. Un español

recuerda que Francisco de Valois estuvo en Madrid, y dice á este propósito que Julio de Médicis irá por el mismo camino. Un germano imbuido en las declamaciones violentas de Martin Lutero, muestra una cadena de oro que afirma destinar á oprimir la garganta del *Anti-Cristo de Roma....* Tal es el voto de aquellos militares: caer sobre la reina del orbe y volverla á someter á los horrores de una espiacion tremenda de su despotismo pasado, de su perfidia presente. ¡A Roma! es el murmullo amenazador que hoy circula por las filas; susurro que irá graduándose hasta el punto de estallar en un grito unísono y formidable; grito de la irresistible rebelion: y lo que será voluntad acérrima en la tropa, habrá de ser sumision forzada en sus capitanes, y perdone el Papa, si el señor de los estados pontificios tiene mucho que llorar de semejante acometida.

Don Cárlos tuvo que bajar la mirada, de miedo que La Motte sorprendiese el grado de alegria, que brotaba de sus pupilas.

—¿Pero no hay mas ciudades que Roma, de quienes puedan sacarse recursos? preguntó pausadamente.

—Las hay sin duda, (contestó el deudo de Borbon) pero ni son tan fáciles de someter, ni escitan tanto el ansia de nuestro ejército.

Don Cárlos bajó la cabeza.

—Señor, (repuso La Motte atacando la cuestion con valentía.) Roma es la presa codiciada por nuestros soldados: Roma es el núcleo de la confederacion italiana; Roma es el nido de la víbora.

—Pero Plasencia, Bolonia, Venecia, Pisa, Florencia...

—¡Imposible! (insistió con tenacidad La Motte) Unas han concentrado en sus fronteras divisiones respetables del ejército federal: otras se han fortificado cuidadosamente: todas se aprestan á resistir la invasion que temen, y conjurar el riesgo de la espedicion aventurera de los *condottieri* mandados por el duque. Es seguro que las tropas de la Liga no saldrán á cortar el paso á nuestros intrépidos tercios; pero

movimientos sin un fin no se conciben: la diversion debe llevar un propósito ademas de mantener las fuerzas con los productos de la incursion atrevida. Este propósito no puede tener lugar respecto á las potencias que componen la Liga; porque se guarecen del temporal que las amenaza. Roma duerme al borde del abismo. Clemente se reputa al abrigo de todo ataque, y cuando le saquen de sus ilusiones de seguridad los itinerarios de nuestro ejército, en dudas y vacilaciones, trascurrirá el espacio suficiente para tenernos á sus puertas, sin que haya dispuesto la manera de recibirnos.

El emperador guardó silencio. La Motte prosiguió.

—Roma dominada; preso el Pontífice...

—¿Pero lo dais por hecho?

—Es el plan del duque, señor: el único partido que nos queda en tan apremiantes circunstancias: es una cuestion de vida ó muerte para la dominacion española en aquella península. El dilema no puede ser mas duro: ó aprovechar los instantes, sacando partido de la irresolucion y apatía del Papa, y poniendo bajo el filo de nuestra espada la cabeza de esa confederacion insolente, ó resignarnos á perderlo todo al fin de trabajos penosos y gestiones inauditas. ¿Qué decís de esto, señor?

—Ahí llevais facultades omnímodas para el duque. Bajo su conciencia y responsabilidad obre como juzgue mas acertado, respondió el César con tono solemne.

—Magestad, (repuso La Motte con eco sombrío) á las grandes crisis grandes remedios. Lo que principió por anhelo impaciente de una soldadesca, avara de gloria y botin, es hoy tanto un voto absoluto de esos hombres como un plan de su caudillo: un plan osado, es verdad, pero que entre sus inconvenientes trae ventajas positivas.

—Poderes ámplios llevais (interrumpió Cárlos Quinto con severo gesto.) Proceda el duque segun le dicten su deber y la cuenta que me debe dar en su dia de lo que haga.

—Permita vuestra Magestad que sea mas esplícito, (aña—

dió La Motte con firmeza.) El duque piensa en dirijirse contra Roma: apoderarse de Clemente VII, y conceder á sus soldados el saqueo de la soberbia ciudad.

—El duque responderá de su conducta en juicio de mi supremo consejo, y Nos, dándole la plenitud de nuestro poder, le hacemos responsable del uso de estas facultades.

—Señor, (esclamó La Motte con animacion vivísima.) Clemente VII es el gefe de la Liga que os arruina en Italia, y humillada esta cabeza, la confederacion sucumbe. Clemente VII es un desleal adversario, de quien solo podeis aguardar quietud reduciéndole á la impotencia. Clemente VII es el aliado natural de vuestros rivales, y si un golpe terrible no le abate, señor, no conteis con la paz en aquel territorio; no espereis mas que una guerra interminable; guerra sorda, de intrigas y arteras maquinaciones por intérvalos de la guerra sañuda y á campo abierto.

Por última vez, señor, (dijo La Motte con elocuente ademan de súplica.) El duque conoce que su empresa ha de producir profunda sensacion en Europa; que la cristiandad entera ha de prorumpir en una esclamacion de asombro; que el Vaticano puede fulminar sus rayos en la estremidad de sus furores; que ya dentro de aquellos muros, ya apoderado del gefe de la iglesia, será imposible contener los desórdenes de la soldadesca ébria de sangre y vino, concitada á la depredacion....

—Basta, caballero La Motte, dijo la magestad Cesárea con aire de altivo imperio.

—Hé aqui lo que el duque me ha encargado á falta de socorros; si no la aprobacion terminante de su plan, una indicacion que le asegure de vuestra conformidad hasta cierto punto...

—Yo no puedo aprobar que se viole el respeto debido á el padre de los fieles y á su ciudad bendita...

La Motte se levantó colérico de su asiento.

—Tampoco puedo oponerme á las circunstancias que ha-

gan necesario ese arrojo; porque la ley de la necesidad es intransigible...

—En ese caso, señor...

—¿Cuándo marchais, monsieur La Motte.

—Dentro de dos horas.

—Quiero que lleveis una espresion amistosa á nuestro ilustre primo Cárlos de Borbon.

—Como plazca á vuestra Magestad, replicó el deudo del duque, descontento de la negativa soberana á responder categóricamente á su consulta.

—Hollins, mi grabador favorito, me ha enviado una galeria de emperadores, obra de un desempeño admirable; verdadero prodigio del buril. Yo sé que el duque es aficionado á las artes, y que posee conocimientos históricos nada comunes. Afortunadamente cuento con ejemplares dobles de las mejores láminas. Tendreis la complacencia de llevárselas, La Motte.

El caballero se inclinó en muestra de respetuoso asentimiento.

El César sacó de su caja los retratos, y apartando los que tenia intencion de remitir al duque, hizo signo á La Motte de que se acercara. El mensajero obedeció con visible disgusto.

—Ved, (dijo don Cárlos poniéndole de manifiesto uno de ellos, y esplicándose con intencion asaz marcada.) Aqui tenemos á Carlo-Magno... ¡Fisonomía imponente! ¡Talla de gigante!

El fundador de la dinastia imperial; el que prestó su brazo á la iglesia; palanca de su poderío; el que identificó á su organizacion política la victoria de la religion cristiana, y elevó á la cima de sus altos destinos el sumo sacerdocio... ¡Oh! Gran dominador del mundo bárbaro, tú no sospechabas entonces que el poder afiliado á tu poder reclamará pronto una orgullosa supremacía.

La Motte empezaba á comprender una indicacion rebozada por final de aquella revista de Césares germánicos.

—Aqui teneis á Enrique Cuarto, Gregorio VII, que acaba de espiritualizar la iglesia haciéndola célibe, ensaya los horrores del anatema. Abandonado en la mas amarga humillacion, sucumbe á besar penitente las sandalias que huellan su cerviz; sufriendo las paladinas pretensiones del Papa á la dominacion universal. Al fin se venga; pero el sucesor de Gregorio le depone, suscita contra él la ambicion de sus hijos, y establece ese principio fatal del feudo supremo en la silla pontificia: ese feudo que ningun príncipe se atreve á mandar reducir á la nada; que todos se alegrarian de ver anodado para siempre.

La mirada del emperador fue un relámpago, al través del cual vió La Motte chispear el rayo de una cólera vengativa.

—Ved á Lotario segundo (prosiguió el César.) Los emperadores suecos estaban vencidos; el nuevo emperador tuvo que recibir la corona del legado de Honorio, y se sometió á que confirmase su nombramiento el obispo de Roma... Aqui teneis á Federico, el noble Barba-roja el que tuvo que resignarse á que Adriano IV le pisara el cuello; el que dijo en un rapto de ira contra aquella Roma imperiosa:=*dichoso el que logre acabar contigo, esclava elevada á dueña.*

—Señor, (dijo La Motte) el duque agradecerá infinito el presente.

—Caballero, (repuso don Cárlos con significativa sonrisa) recordadle las historias al mostrarle las láminas.

III.

Segun tan acertadamente pensaron el emperador y el caudillo de sus tropas en Italia, el ejército de la Liga se mantuvo quedo ante los treinta mil campeones cesáreos, que sin artillería, bagajes, ni pertrechos, salieron de tierras de Milan en lo mas crudo de un invierno rigurosísimo, y dejando á la izquierda á Lodi y Cremona, se dirijieron á pasar el Pó; amagando con furiosa embestida á Plasencia.



Cárlos V.
lám. 14.

Plasencia habia previsto el tremendo golpe que la amenazaba, y para prevenirle, encerró dentro de sus muros un fuerte destacamento de aquellos italianos al mando del duque de Urbino, que no se atrevian á presentar la batalla, y detrás de las fortificaciones, se encontraban al abrigo de un ejército desprovisto de lo necesario para establecer un asedio. La nube asoladora cayó sobre Burgo Landonino, villa que sufrió los primeros estragos de aquella cólera tremenda, que habia de dejar atrás las iras de las muchedumbres bárbaras, y desahogarse en una asolacion de un año; dia por dia de saqueos, violencias, homicidios, y crueles depredaciones; larga tragedia terminada por la peste y la mortandad aterradora de verdugos y víctimas.

—¡A Bolonia! gritaron con furia los soldados de Borbon.

El marqués de Saluzzo, que por aquel territorio discurria, en son de guerra y ademan de acometida, para contener con tales aparatos la audacia de las tropas del duque, no bien pisaron los dominios boloñeses, se refugió á la capital con su division, y tras de los parapetos, aguardó seguro á que los imperiales hiciesen lo que el lobo de la fábula: ver al cordero por entre las rendijas de la puerta, libre en la cabaña de sus dientes; dar un ahullido de rabia y seguir en su correría salteadora.

Como el capitan Horacio Ballon andaba recorriendo las costas de Nápoles, protejido por la armada francesa, habiendo entrado á saco la ciudad de Salerno, y asociando á su tropa cuantos foragidos y desalmados se presentaban á su paso, el duque creyó conveniente apartarse de Bolonia; salir al encuentro de aquella gentualla, y caer sobre Florencia castigando los amaños de la república con entregar su capital opulenta á el despojo implacable de sus soldados.

La república se apercibió de su riesgo, y mandó emisarios que ofreciesen al duque quinientos mil ducados de gratificacion para sus huestes si consentia en alejarse: Borbon pidió un cuento y que disolviesen los florentinos las fuerzas

militares incorporadas al ejército de la Liga.

Clemente VII supo con asombro que los defensores del imperio avanzaban saqueando villas, y talando campos; sin que las divisiones á las órdenes de Urbino obstantes á la incursion; sin que aquella banda de corredores audaces encontrara un valladar en sus caprichosas evoluciones. Temeroso de que el dia menos pensado amaneciesen sobre Roma *los vándalos del siglo* XVI, como él decia en su enojo, propuso una tregua á Cárlos de Lanoy, virey de Nápoles, que en nombre de su majestad imperial convino con su Beatitud en un armisticio de ocho meses: licenciamiento del ejército papal, invasor de las tierras de Nápoles, y el imperial, que adelantaba, por los estados pontificios, vuelta á Lombardia del ex-condestable y paga de quinientos mil ducados por la repúbliea de Florencia. Asentados los capítulos del convenio, Lanoy, dejando en Nápoles en calidad de cange al cardenal Tiburcio, partió á Roma, donde aun pudo conseguir que el rencoroso pontífice levantase las censuras eclesiásticas, impuestas á los Colonnas, reponiéndoles en sus feudos y dignidades, y diera sesenta mil escudos para el pago de una soldadesca, animada en sus temerarios arrojos por la falta de emolumentos; comprometiéndose en su rango de capitan general á ordenar la retirada de los treinta mil hombres que Borbon conducia.

En este tiempo llegó Monsieur de La Motte con las omnímodas facultades conferidas por el César, y trayendo en las láminas de los emperadores y en su esplicacion un permiso indirecto de vengar en Clemente los repetidos ultrajes que la sede apostólica habia inferido al imperio, desde que reformador implacable Gregorio VII, estableció el principio de la soberanía feudal eclesiástica hasta que desleal enemigo Clemente VII, comprometia las adquisiciones de la casa de Hapsburgo en el continente italiano.

La Motte encontró insurrectos á los soldados de don Cárlos. Desesperados de vagar por aquellos campos cubiertos de nieve; de las fatigas de marchas infructuosas y con—

tramarchas repentinas; del poco alivio que su precaria situacion encontraba en el saqueo de aldeas y villas de escasa consideracion; de la seguridad en que veian á sus enemigos tras de murallas, los indisciplinados alemanes y los impacientes españoles al llegar á Florencia prorrumpieron en un grito unánime.=«¡A Roma!»

Borbon se negó á tal demanda, alegando haber consultado á Madrid el plan de operaciones, y no permitirle su respeto al soberano, obrar sin la aprobacion de sus proyectos. Los jefes oficiales que trataron de reprimir los primeros desahogos de la soldadesca fueron insultados por los turbulentos invasores, y las medidas represoras de un consejo estraordinario, no dieron otro fruto que exacerbar los espíritus, y hacer general la insurreccion. Algunos oficiales perecieron á manos de las cuadrillas amotinadas, cuando trataron de imponerlas órden por las vias del rigor, y llegaron las cosas á tal estremo que reducidos á no salir de sus alojamientos los superiores; la plebe militar estuvo dos dias tratando en sesiones acaloradas sobre la conducta que habian de adoptar en tan escepcionales circunstancias.

Al fin se decidió intimar al duque el otorgamiento de un indulto á los sublevados; que los condujese á la metrópoli del catolicismo; que les garantizara el saqueo de la capital sin restriccion alguna. Caso de que Borbon se negara á semejantes exijencias los soldados se proponian acabar con él, y ofrecer el mando á el príncipe de Orange, á Juan de Urbina, á Jorje Frondsperg; al primero que le aceptara con las condiciones espuestas; y si ninguno le admitia, alli estaba el alferez Vasconcelos, que daba palabra de guiar al ejército hasta donde el escribano de Arna Hernando Cortés y Pizarro, conquistaba paises por cuenta de la majestad católica; el sargento Waldronser, y el caporal Lázaro Sanazarra estaban alli que prometian organizar dos bandos, que sin detencion de un segundo se adelantaran hácia Roma y entraran con ayuda de escalas en aquella Babilonia europea.

Cuando los amotinados llegaron á la tienda del duque dispuestos á presentarle sus peticiones, y á coserle de puñaladas en caso negativo, los guardias les dejaron el paso libre.

Borbon se habia fugado. Inútilmente buscaron por todos los ángulos de la villa al prófugo capitan.

—¡Cobarde! (clamaban los sublevados con violenta irritacion, no ha tenido presencia de espíritu para aguardar nuestra visita.

—¡Miserable traidor! (decian los alemanes) ¿creerá el indigno que vamos á temblar porque nos falta su mandato?

—¡Sangre y rayos! Cualquier clarinero sajon vale cien veces mas que él.

—Si no hubiese muerto el marqués de Pescara, otra cosa seria. ¡Vive Cristo! Esclamaba un arcabucero suspirando.

—Es ferdat, es ferdat, apoyaba un alsaciano esforzándose en maltratar el habla de Castilla: Besgara estar un valiente: Borpon cobardo; moi cobardo.

—Quien vendió á su patria, mal puede defender la agena.

—Mal moro, peor cristiano.

—Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, será nuestro jefe.

—O Juan de Urbina.

—Cualquiera: ¡nombre de Dios! Cualquiera con tal que nos lleve á Roma.

Y mientras los insurreccionados vomitaban injurias é imprecaciones contra su jefe, este, escondido en un caserio de una quinta próxima, aguardaba á La Motte para decidirse á obrar. La Motte avisado por un ayudante de campo del refugio de Borbon, se avistó con él dándole parte de la sesion con el César y sus resultados.

—Gracias á Dios (esclamó el duque exhalando en profundo suspiro sus reprimidos ímpetus). Ahora podré presentarme á esos energúmenos para señalarles con el dedo la codiciada presa que se les permite devorar. Roma sentirá el estremecimiento de la tierra, herida por las plantas de treinta

mil hombres, que encompasado movimiento, llegan conjurados de la ira que ha provocado sin que todo el oro y las preciosidades que la Roma del usurpador Máximo dió á Jeserico, haga retroceder el espantable azote: las potencias que han firmado con el Pontífice el pacto de alianza en daño de nuestro emperador, presenciarán el terrorífico escarmiento y la posteridad sabrá apreciar cuál de los avasalladores de Roma espuso mas en la atrevida empresa.

Y en consecuencia á los poderes discrecionales de su majestad imperatoria, Borbon, favorecido por las sombras nocturnas, tornó al campamento, donde supo por su primer ayudante que la soldadesca habia brindado á Filiberto de Chalons con el mando en jefe. El príncipe de Oranje les pidió el espacio de aquella noche para reflexionar, y empeñando su fé de caballero de que no intentaria la fuga, le dejaron en paz hasta el dia siguiente.

—Monseñor, (le dijo un frisio al salir de su cámara): no cumplais vuestra palabra al estilo de Francisco Primero.

—Príncipe, (repuso un arcabucero ébrio con los ojos encarnizados y cerrando el puño en actitud amenazadora): mira que estamos hartos de que nos manden felones y moriscos: nosotros no tenemos rey ni Roque, y buscamos un plumero blanco que vaya delante, y á Roma por todo.

Apenas asomó el alba, tambores y clarines llamaron las tropas á formacion. Los soldados creyendo que el príncipe de Orange les reunia para noticiarles la aceptacion del cargo que se propusieran, acudieron puntuales á incorporarse á sus tercios, y pronto estuvo en línea de batalla el ejército imperial. Procedióse por los jefes á leer un bando que contenia tres artículos: primero, indulto de todos los delitos de insubordinacion y rebelion: segundo, órden de disponerse para la marcha á Roma en derechura; y tercero, promesa de saqueo de la opulenta ciudad. Al oir el nombre de Cárlos de Borbon autorizando aquel documento, un murmullo de sorpresa circuló por las filas. Al tiempo mismo las cajas de guerra y las bandas militares anunciaron la llegada del ge-

neral. Todos fijaron la vista en la cabeza de formacion que ocupaba el inmemorial regimiento del Rey. El duque, caballero sobre aquel brioso caballo negro que montaba en Pavía, seguido de los oficiales de inmediata graduacion y de un estado mayor numeroso y brillante, risueño el lábio, radiosa la mirada, gallardamente inclinado en signo de afable saludo, se adelantó hácia donde flotaba desplegada al frio viento de una cruda mañana de un marzo rigoroso; la morada bandera del rey cruzaba por las aspas de Borgoña. Llegar á ella y descubrirse con respetuosa veneracion, fue todo uno. El regimiento del Rey entusiasmado respondió á este marcado testimonio de aprecio con un *viva el duque de Milán*, contestado por toda la línea. Iguales muestras de señalado agasajo valieron al duque aclamaciones reiteradas, y al concluir la revista, los mismos que el dia anterior no hallaban términos bastante despresivos para calificar á su jefe, recordaban los rasgos de su indómita bravura, consagrándole los debidos encomios.

Tal es el pueblo en todas partes y bajo cualquier forma: niño terrible, pero de inconstantes impresiones; hoy dedica lo que mañana hunde en el lodo: y aceptando arrebatado las caprichosas ideas que le asaltan hoy, hace trizas en su furor al que incita su bilis, salvo de erigirle estátuas mañana en su tardio arrepentimiento.

Cumpliendo lo prometido, el duque emprendió el movimiento hácia la via Flaminia, traspasando los Pirineos por cima de Florencia y penetrando en la Toscana, sin dar importancia alguna á las evoluciones de Urbino y Saluzzo, que con aparato imponente habian tomado la delantera, pasando las ásperas montañas que resguardan á Bolonia por el desfiladero de *Pietro-mal*. Los generales de la Liga no se resolvian á presentar la batalla, y no bien entrados en el pais toscano, los imperiales revolvieron su camino, evitando la inminencia de un choque, de que nada favorable se atrevian á esperar.

Por lo que respecta al Pontífice, noticioso de que Bor-

bon se adelantaba á marchas dobles, hizo llamar á Cárlos de Lanoy, conjurándole que hiciese partir otro correo á inquirir si el enviado con la órden de retirada en virtud del armisticio, habia cumplido con su encargo. El virey de Nápoles se apresuró á complacer á su beatitud, escribiendo al duque en tono secamente imperativo, y reiterándole el mandato de evacuar la Toscana, retirándose á Lombardía.

El primer correo portador de la órden de retirada, presentó en vano el mandamiento vice-real al duque, erigido por la magestad Cesárea en gefe supremo de las fuerzas; esceptuado de sumision á toda autoridad de Italia; directamente responsable al emperador de su conducta.

Borbon consideró una felicidad estremada la coyuntura de abatir el orgullo del virey. Antipático al flamenco, cuyas tácticas diplomáticas chocaban á su natural rudamente franco, su antipatía se habia convertido en ódio desde que mañoso y disimulado burló la vigilancia de los capitanes de Pavía, y condujo á Francisco I al alcázar de Madrid. Al encontrarse en la córte el duque y el virey, supo el primero las intrigas con que el segundo habia tratado de desacreditarle en el ánimo imperial; como la resistencia de don Cárlos á las malévolas sujestiones de su caballerizo mayor. Sorprendidas por los espías de Lanoy unas cartas del duque á Francia, en que hablaba del virey como podian inspirarle sus resentimientos, este se quejó al César de aquellos agravios ante el ex-condestable francés, el conde de Nassan, el señor de Lassao, don Hernando de la Vega, y el secretario Juan Aleman; pasando entre ambos próceres razones tan pesadas, que impuesto silencio por la Magestad, y replicando lleno de ira Cárlos de Lanoy, el hijo de Felipe de Austria, le dijo con gesto desabrido:

—Callad enhoramala, virey; que ni os está bien decir esas cosas, ni á mí oirlas.

Al fin por la mediacion del soberano se hicieron aparentemente amigos; pero al tenderse las diestras cada corazon se sintió bañado de hiel, y el juramento de venganza

se renovó en lo íntimo de aquellos espíritus irreconciliables.

Ferra-Mosca, y monsieur Larfi, agentes de entrambos caballeros cerca del emperador, agriaron aquellos ánimos contrapuestos con las relaciones abultadas de propósitos hostiles.

Nombrado lugar-teniente de su magestad el virey de Nápoles, Borbon dependia hasta cierto punto de sus disposiciones como caudillo del ejército imperial; pero ampliamente facultado por el César para obrar con total emancipacion de otras órdenes que de las supremas comunicadas por La Motte, respondió al correo de su adversario con aspereza:

—Decid de mi parte al virey que la corona me ha traspasado sus altos fueros; que no dependo de sus atribuciones; que procedo con independencia absoluta de sus facultades, y que no reconociendo en él poderes para haber firmado ese armisticio á nada me obliga; á nada me compromete....

El mensajero aturdido hizo un gesto de sorpresa.

—Decidle (añadió el duque con sonrisa amargamente burlona), que en justa obediencia á sus intimaciones voy á preparar lo conveniente para ir á visitarle con mis treinta mil escuderos, esperando salga á recibirnos *á Santi-Espíritus* como cumple á tan buen amigo.

El correo salió confuso de tal y tan desmilgada réplica.

Borbon dió las órdenes oportunas para proseguir la marcha en direccion á Florencia, donde Urbino y Saluzzo se habian acojido, con intento de revolver sobre el Sena, dejar allí los tiros de campo y los utensilios mas embarazosos y tomar en toda diligencia recta via para Roma; adelantando las jornadas de suerte que si el ejército de la Santa Liga, apercibiéndose de su engaño, trataba de oponerse á la operacion, tuviera que seguir en retaguardia las huellas de los imperiales; impotente para cortarles el paso.

Lanoy escuchó con mudo pasmo la respuesta del duque á su comunicacion, y no creyendo positivo que su émulo hubiese alcanzado de su Magestad Cesárea la exencion de su obediencia, determinó partir en busca de aquel soberbio capitan que desconocia el mandado de un lugar-te-

niente del imperio, respecto á un general en gefe.

Tranquilizó al Papa, asegurándole que el duque, le llamaba para ayudarle á convencer sus soldados, que se resistian á dar asenso á la verdad del armisticio; pensando que el convenio era un pretesto falaz para sacarlos de sus estados: el territorio mas abundante en recursos de toda la península italiana.

Tambien supo imbuir en esta idea al iluso Clemente VII, que concluyó de licenciar la division que habia retirado del ejército confederado, y traido á Roma, y despidió al virey con todas las distinciones amistosas y pruebas de aprecio, debidas á un amigo preeminente; reservándose trocar estas deferencias en la hostilidad mas obstinada á la primera ocasion favorable.

Dejemos á Clemente creido en que merced á sus concesiones temerosas la plaga que amenazaba sus dominios se habia conseguido apartar, y sigamos á Cárlos de Lanoy que caminando haciá Sena al encuentro de Borbon se enteró del mensaje de su segundo correo, peor recibido que el primer transmitente de sus órdenes. El duque no se dió por contento con replicar con acrimonia á las instrucciones verbales del enviado; sino que rasgó la carta del virey en que se repetian los mandatos con increpaciones severas, y se burló de aquella entonacion del lugar—teniente imperial comunicando el caso á sus ayudantes con el desden y la burla á que se hacen acreedores los alardes ridículos de una autoridad caducada. Despues de la chacota y befa del estado mayor del jefe vinieron los insultos y los silbidos de la soldadesca, instruida de la comision que el correo traia al campamento.

Cárlos de Lanoy concibió un indecible enojo contra su adversario, y persuadido de que no tenia las facultades estraordinarias, que dijera recibidas del emperador, cuando no se apresuró á mostrarlas á sus enviados, como respuesta á las comunicaciones de su parte, resolvió en la irritacion de su ánimo pasar al cuartel general del ejército estable—

cido en Sena, y caso que intimado el duque á ponerle de manifiesto los poderes del soberano rehusára hacerlo, Lanoy habia decidido convocar los oficiales superiores en consejo, y deponer en nombre de don Cárlos, y en virtud de su lugar-tenencia al capitan rebelde.

Con este propósito el virey siguió el camino hasta Sena á donde llegó al cerrar la noche, yendo de seguida al alojamiento del duque, por el que preguntó á cierto oficial sentado á la puerta de un casucho erijido en cantina, y que al indicarle las señas de la morzada de su gefe le trató de monseñor y vuecelencia, habiéndole reconocido á la luz trémula y vacilante de un farolillo, que iluminaba el estrecho y húmedo portal.

Mientras el virey se dirijia al aposentamiento de su encarnizado enemigo don Luis de Torralba, el oficial que le conoció á la puerta de la cantina, corrió en busca de sus compañeros para noticiarles la llegada del incógnito de Lanoy. Los oficiales camaradas de don Luis se hallaban reunidos en casa del abanderado Pacheco, jugándose bonitamente á los dados los escudos y hasta las prendas del vestuario á falta de dinero, don Luis entró gritando *¡noticia*! *¡noticia*! y el alferez Suarez que tenia uno de punto contra cuatro del capitan Vega, ocho del teniente Sancedo, y doce del exento Figueroa, le replicó furioso:=«*¡Fuego*! *¡Azufre*! *¡Alcrebite! callad con mil diablos.*»

Pero cuando Torralba dió la nueva tan ruidosamente anunciada, el cubilete quedó abandonado, y los jugadores se lanzaron á la calle, curiosos de averiguar lo que iba á suceder en la entrevista; pues todo el ejército sabia el modo con que el duque habia respondido á los preceptos del lugarteniente del César, y tanto la declaracion de sus contrarias intenciones, cuanto el escarnio de los mensajeros por parte suya, como preludio de la insolencia de los últimos soldados.

Por poco que tardó Torralba en referir la novedad y breves que fueron los comentarios de su auditorio, como don Luis no pudo reprimir su orgulloso afan de aparecer po-

seedor de un secreto, y contó lo sucedido á dos ó tres oficiales que encontró á su paso, y como á mayor abundamiento Césares Liguani, sargento de piqueros de Sicilia, conoció tambien al virey, y no se descuidó en participar la ocurrencia á cuantos quisieron oirla, resultó que al salir de casa de Pacheco nuestros jugadores se encontraron con muchos sucesos en vez de uno.

Con la rapidez incalculable de la electricidad la noticia habia cundido por todo el campamento en segundos; considerablemente adicionada y reconociéndose á duras penas la version orijinal. Cual decia que habian llegado con el virey tres cardenales en comision del pontífice. Cual que el mismo Clemente VII estaba en Sena. Estotro que el lugarteniente imperial traia consigo dos alcaldes para comenzar el sumario sobre la insurreccion pasada. Esotro que Lanoy era portador de una inmensa suma, rescate de la gran metrópoli católica. Hasta se llegó á decir que el duque de Urbino y el marqués de Saluzzo acompañaban al caballerizo mayor de don Cárlos, y que venian á someterse al imperio con todas sus tropas.

Dos hombres habian visto á Lanoy; al cuarto de hora pasaban de dos mil los que afirmaban haberle hablado, y llegarian hasta el cuádruplo los que aseguraban con toda solemnidad haber distinguido á su lado á los Eminencias Orfino Santicuatro y Vic Cayetano; á los alcaldes Saavedra y Perosa; á Urbino y Saluzzo; á la propia santidad de Clemente VII; á las mulas abrumadas bajo el peso de los costales henchidos de oro.

Toda la tropa no empleada en el servicio estaba en las calles con la mitad del vecindario, que acudia ansioso de inquirir noticias.

Cuando los camaradas que abandonaron los dados por la satisfaccion de su curiosidad, escitada por Torralba, se incorporaron al primer grupo, el mismo don Luis no conoció su nueva segun las formas que habia adquirido en su discurso por la muchedumbre.

Enmedio de esta confusion, de este babel de comentos, un ayudante del duque vino á prender fuego á la pólvora; esto es, inflamó los ánimos escitados; dando cuenta de que entre el virey y el general pasaban razones nada amigables; intimando Lanoy á Borbon que retrocediera inmediatamente, y negándose el duque á engañar á sus soldados conducidos hasta allí con la esperanza de una ópima presa.

No fué menester mas para escitar la indignacion terrible de la soldadesca. En un punto, alemanes, italianos y españoles se juntaron en bando sedicioso, y sin que los gefes hicieran gestion alguna para sosegar la insurreccion, escarmentados de lo anteriormente sucedido; y de secreto gustosos de aquella protesta tremenda de las intenciones pacíficas del virey, mas de diez mil furiosos desnudas las espadas armados de picas, ajitando teas de pez, que teñian con fulgores rojizos las descompuestas fisonomias de los sublevados, y clamando *¡A Roma! ¡Muera el virey! ¡viva nuestro general!* se encaminaron á la posada de Borbon.

En tanto monseñor el duque de Milan habia contenido los primeros brios de Lanoy mostrándole las cartas Cesáreas en que se le confirió la plenitud de poder que le hacia independiente de las atribuciones vice-reales.

—Y bien, señor duque (replicaba el virey con vehemencia) ¿Os parece que esponeis á poco la honra de nuestro soberano, arrojando una horda de lobos famélicos sobre la ciudad de Rómulo, violando los tratos que dejó concluidos con el gefe de la cristiandad; dando el escandaloso espectáculo de una depredacion bandálica en el Santa-santorum del catolicismo; y reduciendo á la condicion de prisionero al sucesor del grande apóstol?

—Señor virey (contestó el duque con irónica calma). En este poder de su Magestad se me hace directamente responsable de mis actos á la corona: solo á ella daré cuenta de mi conducta; ya que por dicha mia se me exime de toda dependencia inferior á la potestad soberana.

—Señor duque (insistió Lanoy con nueva enérjica ins-

tancia). Somos antiguos enemigos, y basta que un suceso acépte desagradablemente á uno, para que el otro le apresure, pero ahora no se trata de nuestros odios; no es cuestion de nuestras rencillas particulares. Aquí no hay que vos opteis por la guerra porque yo haya influido en la paz; consecuentes ambos en una contradiccion, recíproca incesante. El suceso que va á complementarse es de mas alta significacion: es que os disponeis á una empresa, que debe suscitar el asombro de Europa primero; despues sus iras....

El duque se encojió de hombros con altivo desden.

—Es que el emperador en cuyo nombre obrais, no puede aceptar vuestra obra, sin pasar por un hereje á los ojos de todas las potencias católicas.....

Borbon sonrió con gesto menospreciativo.

—Es que mas que vos emprendeis con los soldados del César augusto, no emprenderia Hariadin, Barba-Roja con los turcos de Soliman el Magnífico.

—Basta, señor virey, (repuso el duque empezando á impacientarse): dejad á cada uno proceder segun su conciencia le dicte; y pues somos independientes el uno del otro, nada hay de comun entre nosotros: ni el honor ni el vituperio.

—Os engañais, (contestó Lanoy). Yo he firmado ese armisticio que separa á Clemente VII de la Liga.

—¿Por cuánto tiempo? preguntó Borbon con ironia.

—Su beatitud ha retirado sus tropas del ejército federal, las ha licenciado; se dispone á pagar la suma prometida, y á mover la república de Florecia á que la complete....

—Nada de cuanto ofrezca tiene intencion de cumplir.

—Yo he concluido ese trato de paz, merced á mis seguridades y á mis compromisos. El Santo Padre suspende los aparatos de defensa; mediante la fé de mi palabra, los Estados Pontificios abandonan las obras militares con que se aprestaban á contener vuestra irrupcion....

—*Tanto meliore,* señor virey, interrumpió el duque con acento de burla.

—Tanto mejor para vos, señor francés convertido en cas-

tellano (esclamó Lanoy con estremada furia); tanto mejor para vos; pero tanto peor para mí....

—¡Qué habeis dicho virey! dijo Borbon trémulo de ira.

—He dicho que aceptais esta ocasion de deshonrarme ante el presente y el porvenir; ante los contemporáneos, y ante la historia, (añadió el virey con vehemente escitacion). Porque vos que teneis las pretensiones de emular con Alarico, Atila y Jenserico, hallais fácil la senda en virtud de mis trabajos diplomáticos; pero yo que establezco una paz desmentida por vuestras armas; yo que prometo vuestro retroceso, y exijo el desarme de las tropas que guardan el pais para que tras mis promesas vayan vuestros ataques, y tras mis garantias, vuestros desafueros; yo ¡ira del cielo! ¿qué debo esperar? que se me crea un falso agente de vuestras sañudas intenciones; un Sinon, un Judas....

—Bajad el tono, virey, (repuso Borbon con orgulloso continente), bajad el tono; ya que las circunstancias exijen de mí el sacrificio de oir vuestras palabras sin pediros cuenta de ellas.

—Pronto será (respondió Lanoy con reprimido furor), porque hace tiempo que debiamos haber concluido por ahí; hace tiempo que me persigue vuestro encono, y por todas partes os diviso contrapuesto á mis fines; perenne adversario mio; ¡ójalá no aplazaseis el trance de nuestra última hostilidad!

—Despues de la jornada de Roma, me tendreis á vuestra disposicion, respondió el duque con aire significativo.

—¿Y por qué no antes?

—Porque hasta entonces pertenezco á mis soldados; porque....

Una confusa gritería interrumpió al duque.

Al propio tiempo un ayudante penetró aceleradamente en la estancia.

—¿Qué es eso Garcia? interrogó Borbon con ansiedad.

—Señor (replicó el ayudante con precipitacion anhelosa), un tumulto de soldados que gritan....

—¡*Muera el virey*! Clamaron los amotinados acercándose á la posada de su gefe.

Lanoy se levantó pálido, pero tranquilo; tomó el sombrero que se caló hasta las cejas, y llevó la mano á la empuñadura de su larga espada de viaje.

—¡Viva nuestro general! repitieron los insurrectos con voces enronquecidas.

El virey desnudó el acero.

—¿Qué haceis señor? preguntó el duque á su adversario.

—Prepararme á morir como cumple á un valiente atacado por asesinos á sueldo vuestro.

—¡Miserable! gritó el duque fuera de sí.

—¡*Muera el virey!* tornó á clamar la turba sediciosa.

—Envainad esa espada, señor Cárlos de Lanoy, esclamó Borbon con magestuosa sangre fria.

—Está bien en mi diestra, (repuso el virey con sarcástico tono) está bien cerca de vuestro corazon para recurso estremo.

El ayudante Garcia dió un paso hácia Lanoy. El duque le contuvo con un signo de imperiosa órden.

—Abrid esa ventana, dijo el general á su detenido subalterno, que corrió presuroso á obedecer el mandato.

—Virey, sois un pobre hombre, y presto os lo probaré con el favor de Dios, añadió el duque midiendo de alto abajo á su enemigo con mirada despreciativa, y yendo á mostrarse á la ventana á sus soldados, que contenia la guardia á duras penas

—¡*Muera el virey*! gritaban con exasperacion mas de diez mil sublevados de las tres naciones italiana, germánica y española.

—Muchachos, (clamó el duque con acento afectuoso). ¡Qué diablos de bulla es esta! El virey no viene con intencion de oponerse á nuestras operaciones, ni tiene nada de comun con nuestras miras. El en Nápoles; nosotros en Italia: él gobierna; nosotros peleamos: él para el régimen de las provincias pacíficas; nosotros para domar á las rebeldes.

—¡Viva nuestro general! Contestaron los revoltosos.

—Retiraos á los alojamientos á disponer lo conveniente para partir dentro de dos horas. Pensad que falta un buen trecho para llegar á la ciudad romana, y es fuerza ir por lo prometido.



—¡Viva nuestro general! replicaron en el transporte de su gozo los turbulentos militares retirándose al mandado de de su caudillo.

—Señor virey, (dijo el duque despues de cerrar la ventana y acercándose á Lanoy con lentitud). Asi Dios me salve, como anhelo concluir de una vez nuestra antigua rivalidad.

—El Señor os conserve la vida hasta que se pueda satisfacer vuestro anhelo, y tambien el mio.

—Señor Lanoy, hasta que concluya lo de Roma.

—Hasta que concluya lo de Roma, señor duque.

IV.

Clemente VII acaba de trasladarse del comedor á la galeria acristalada que da al mas delicioso jardin del Vaticano.

Despues de los goces de una refinada gastronomía, Su Santidad aposenta á sus comensales en una diáfana habitacion con vistas preciosas, preparada con ese lujo y esmero que hacen un arte tan dificil el de mayordomo de los príncipes, y en la que un mecanismo de calefactores prodigioso, mantiene la primavera en permanente estacion, mientras suaves aromas perfuman aquella atmósfera tibia y voluptuosa.

Su Beatitud, muellemente recostado en una inmensa silla donde su cuerpo descansa sobre el algodon mas fino que las Indias producen, cubierto por un tegido de cerda de un negro lustroso, deja reposar su diestra sobre un brazo de la enorme poltrona mientras la siniestra acaricia los bucles de ébano de una cabeza de ángel que sale de entre sus rodillas. Nicolino Sarpi, el pajecillo mas hermoso que existió jamás en córte alguna, el púbero mas ideal que vieron ojos humanos, sentado en el almohadon en que coloca los pies el padre de los fieles, se apoya con negligente familiaridad en las piernas de su señor, y entrega los rizos de su cabeza al blando halago de una mano cariñosa.

Nicolino Sarpi es el favorito de su Beatitud, su tiranuelo, la influencia mas segura en su ánimo.

Un gestillo desdeñoso de aquella fisonomia de querubin, consternaba al Pontífice como consterna al amante la huella del pesar en el rostro de su querida. Una sonrisa de aprobacion de aquellos labios coralinos, envanecian á Su Santidad mas que cuantos homenajes de veneracion eran tributados á su rango supremo.

El delirio de un padre por el mas dotado de sus hijos no iguala á los estremos del jefe de la cristiandad por aquel púbero de modales femeniles, maligno, cruel, y, sin embargo, encantador cual pinta la mitología á Cupido, el rapaz de

las venenosas flechas y la venda en los ojos.

Nicolino Sarpi desempeñaba en Roma un poderoso ministerio: dirigir al Pontífice por el carril de sus caprichos, y disponer á su antojo de la paz y la guerra del continente. Cárlos V, Francisco I y Enrique VIII, las repúblicas, principados y estados libres de Italia, todos dependian de una voluntariedad de aquel pajecillo, hermoso como el amor, astuto como criado en la córte mas intrigante del universo, exigente como el que sabe que constituye una necesidad en la existencia de quien vive sometido á sus influjos. Los actos del vicario apostólico se resentian de aquella dominacion pueril, y segun se demostraban las simpatías ó antipatías de aquel muchachuelo, voltario é inconstante como una coqueta, así su egregio esclavo se mostraba amigo solícito ó enemigo tenaz de los grandes poderes de la época trabados en incesante lucha.

Para concluir de una vez: Nicolino Sarpi habia penetrado en el alma de Clemente por una de esas predilecciones maravillosas, que desde que se determinan convierten á un ser en forzado satélite del otro, y por su parte el pajecillo no habia descuidado ganar terreno en aquel ánimo tan propenso á las sumisiones rendidas, logrando erigirse en árbitro de los destinos que dependian de Roma, sin que el Pontífice se apercibiese de aquella humillante dependencia, ó al menos sin que tuviese valor para revelarse á la imposicion del yugo.

Los cardenales Orfino, Cefisso, Santicuatro, un hijo de Renzo de Scerri, capitan de las tropas pontificias, y el escultor Gamarra rodean á su Beatitud que en el acceso de benevolencia posterior á un regalado banquete, ha llevado su indulgente franqueza hasta hacerlos sentar en almohadones de damasco en torno de su silla.

Gamarra habia venido al Vaticano á traer el busto de Su Santidad, trabajo admirablemente concluido, y que mereció á las primeras inteligencias artísticas de Roma el mas subido elogio: pero aunque el busto fuera un insulto al arte y el

mas sublime mamarracho, bastaba que Nicolino hubiese estrechado la mano del escultor esclamando: (1) =«*piu non si puo fare, maestro*: *á meraviglia*; *opra degna da voi.*»= para que Clemente VII duplicara el precio del retrato escultural, colmando de encomios al artista y convidándole á comer.

—Veamos, maestro: (dijo Su Beatitud al escultor con ademan afable); ¿cuánto nos llevaríais por retratar en alabastro y de cuerpo entero á este bribon que está sentado á nuestros pies?

Nicolino volvió la cara hácia Su Santidad con una muequecilla burlona que hubiese envidiado Ines Sorel, la favorita de Cárlos VII de Francia. Clemente sacudió con dos dedos un ligero golpecito en la megilla rosada de su paje.

—Mucho, Beatísimo Padre, mucho; porque fisonomías como la del señor Nicolino, han menester un estudio, una inspiracion que....

—¿No teneis ningun Adonis entre vuestros modelos? preguntó el cardenal Orfino, lisonjeador perdurable del niño influyente.

—Es menos hermoso: contestó Gamarra con brevedad.

—Pues id preparando los cinceles, (repuso Su Beatitud), porque deseámos que sea pronto empezada la obra.

—Perdon, Santidad, (replicó el artista en actitud humilde): pero no me será posible tan presto como parece anhelarlo Vuestra Escelsitud, porque tengo emprendidas cuatro tareas que no me dejan un momento de reposo.

—Disculpas de artista: (interrumpió Su Eminencia). Monseñor Cefisso, ya sabemos lo que esas objeciones quieren decir.

—Darse tono: añadió Santicuatro.

—Hacerse pagar doble, concluyó brutalmente el hijo del capitan Renzo de Scerri, tan rústico como su padre.

Gamarra se puso lívido y se mordió los labios para reprimir su ira.

(1) No se puede hacer mas, maestro: maravillosamente: obra digna de vos.

—Cuando buenamente se pueda, señor maestro: (dijo Nicolino irritado de aquellas suposiciones indignas, y favoreciendo al escultor con una sonrisa graciosa), cuando termineis vuestros compromisos: ¿no es verdad, Beatísimo Padre?

—Sin duda: (se apresuró á confirmar Clemente VII). Nosotros no queremos disponer de un tiempo que ya está comprado. ¿Y qué os ocupa en la actualidad?

—El vaciado en cobre de la estátua ecuestre de monseñor el príncipe de Salmona.

—Muy bien: de nuestro amigo Cárlos de Lanoy. Procurareis que veamos ese trabajo, señor Gamarra; no dudamos que será una verdadera maravilla.

—Beatísimo Padre, murmuró el artista inclinándose en muestra de gratitud.

—Sí, sí, (repuso Nicolino frotándose las manos con júbilo y riendo locamente). Veremos al flamencote con sus largos mostachos de hililllo de oro, su melena ensortijada, su caraza redonda y mofletuda, con aquel pecho de pavon haciendo la rueda y aquel aire de Júpiter, Stator....

—¡Magnífico! esclamó monseñor Orfino.

—¡Soberbio! apoyó su eminencia Cefisso.

—Muy bien, añadió su colega Santicuatro.

—Retratado á las mil maravillas; (tornó á decir Orfino). Señor Gamarra, ahí teneis el tipo de vuestro príncipe trazado en cuatro frases.

—Vamos, señores, vamos, (interrumpió el Papa con seriedad): escojed otro asunto para vuestras burlas. Queremos que se respete como es debido á nuestro amigo Lanoy, que nos parece todo un insigne caballero y un escelente católico. Nos ha hecho favores especialísimos, y gracias á sus gestiones *periculum recessit á nobis*....

Nicolino enfadado por aquella defensa celosa del objeto de su verba satírica, retiró la cabeza de las rodillas de su señor, encogiendo los hombros en señal de indisplicencia.

—Es preciso guardarse de zaherir á los que tienen derecho á nuestro reconocimiento, porque un epígrama hace un

enemigo, y es género que nos sobra lo bastante, para que no procuremos adicionar el catálogo.

—El ruido de cercanos pasos interrumpió la conversacion.

—Renzo de Scerri penetró en la estancia. La fisonomía torva del Capitan de Guardias Pontificias, aparecia doble mas siniestra, y su sonrisa de ordinario feroz, espresaba mas la ironía de un ánimo depravado, que acoje con igual gesto la dicha ó la desgracia.

—Hola, Señor Capitan (esclamó el Vicario Apostólico). ¿Evacuásteis la comision que os alejára de este recinto?

—Beatísimo Padre (replicó Scerri con ademan brusco), ¿qué noticias tiene vuestra Beatitud del campamento imperial?

—Ninguna; (respondió el Pontífice con desasosiego).

—¿Con que nada sabe vuestra Beatitud de la entrevista del Virey con el Duque de Borbon?

—Nada absolutamente.

—Pues los Imperiales han querido matar al Virey....

—Vándalos.

—El Príncipe de Salmona ha partido para Génova, y el Duque avanza en direccion á nosotros, dejando á retaguardia al de Urbino que retrocede siempre que la retaguardia le vuelve las picas.

—Dios, Dios, esclamó Clemente VII, desesperado, agitándose con un temblor epiléctico en la poltrona.

—Estamos perdidos, esclamó Nicolino Sarpi.

—¿Qué hacer para conjurar esa tremenda plaga? preguntó con azoramiento Monseñor Ceffiso.

—¿Qué hacer, amigo Renzo, nuestro único y fiel defensor, qué hacer para prevenir el golpe que amenaza á nuestras cabezas?

—Pero esa noticia.....

—Esacta, por desgracia indudable. Pero no se trata de temblar y llorar como mujeres, sino de defenderse hasta el último trance.

—Cabal, cabal, apoyó Sarpi, pasando por una transicion pueril de desaliento á la esperanza. Scerri miró despreciativamente al favorito. Tenemos numerosa artillería (dijo con alentado continente y voz entera) aun nos quedan por licenciar, gracias á mis previsiones, dos tercios veteranos. Haremos que se alisten cuantos hombres útiles se encuentren en Roma....

—Al instante será estendido el decreto, repuso su Santidad cobrando algun brio con la decision de Scerri, podremos juntar hasta seis mil hombres (añadió Renzo), los reparos y fortificaciones se empezarán á toda prisa.....

—Disponed de nuestras fortunas, replicó Santicuatro.

—Una proclama, Santo Padre, una proclama, agregó el Capitan de las tropas Pontificias con instancia presurosa. Pero fuerte. ¡Trueno de Dios! Que levante en peso. Apelemos á los recursos mas enérgicos; porque la situacion es crítica si las hay.

—Una escomunion para esos Luteranos y Moros, esclamó Nicolino.

—Una escomunion (repitió el Vicario de Jesus temblando de cólera) separemos de la Iglesia á ese Attila y á sus saqueadores.

¡Hunos! fulminemos el rayo de Dios sobre la frente de esos hijos de Cain: maldigamos á esa orda y á su gefe en esta vida y por la eternidad. Orfino al momento, estended las Bulas.

V.

—Profeta de perdicion y de ruina, el dominico Savonarola habia clamado con eco doliente: «*¡Oh Roma! ¡oh Venecia! ¡oh Milan! Los bárbaros caerán sobre vosotras como manada de bestias feroces. La ira del Señor por vuestros pecados les servirá de guia.... Los sepultureros recorrerán las calles gritando:* ¿QUIEN TIENE CADAVERES?»

Aquella terrible amenaza debe cumplirse en la capital del orbe católico.

Los Luteranos y Moriscos, mandados por el Duque de Borbon avistaron á Roma en la tarde del cinco de Mayo.

Renzo de Scerri no tenia concluidas la tercera parte de las fortificaciones con que la ciudad de los Césares y los Papas debia resistir el furioso ataque.

Los dos tercios veteranos eran impotentes á contener el ímpetu de los escomulgados imperiales. Los reclutas con que se guarnecian los muros careciendo de toda instruccion militar mal pudieran servir de valla á la embestida vigorosa del ejército formidable.

Casi tras de la nueva de que llegaban, llegaron las tropas Césáreas, frente al Sancta Sanctorum del Catolicismo, como decia Carlos de Lanoy.

Los defensores de la plaza vieron asomar por Sancti-Spiritus á un guerrero de gran estatura, sobre un caballo negro como noche sin estrellas. Un lloron blanco ondeaba al viento sujeto á su casco reluciente. Un sayo de tela de plata cubria su armadura hasta los muslos. La banda roja descendia de su hombro derecho á unir en el costado izquierdo sus estremidades, en lazo vistoso con dos gruesas borlas de oro por remate. A favor de los ópticos cristales los curiosos podian distinguir desde lo alto de las torres la fisonomía de aquel campeon, pues llevaba alzada la visera. Aquella espresion altiva, aquel aire de mando supremo, aquel gesto de amagadora saña dieron á reconocer á Borbon.

Al dominar la cumbre de Sancti-Spiritus el Duque volvió atrás la cara, señalando con la mano estendida á Roma. Un trueno pareció responder á su indicacion: no rujido de los elementos; pues el cielo era de un limpio azul; los campos estaban dorados por los rayos postreros del astro diurno. Trueno fragoroso formado por la aclamacion unánime de treinta mil osados aventureros, que gritaban en el transporte de su frenético júbilo al oir clamar á su gefe: «*Ved allí á Roma.*»

Como las aguas del Báltico rompieron el freno de arena que marcaba límite á sus ondas y avanzaron en furiosa inundacion por la Cimbria y la Teutonia, los treinta mil soldados del Cesar en apiñados pelotones, en lineacion desigual pero compacta, treparon á la cima de Sancti-Spiritus y repitieron la esclamacion asordadora que habia resonado, cual en la bóveda celeste el pavoroso trueno.

Borbon tornó á señalarles el soberbio panorama que se descubría en modio de las llanuras.

Roma se alzaba entre las siete célebres colinas, que antes pudieron llamarse montes escarpados, pero que entonces hacia pequeñas prominencias la elevacion de cuarenta pies de la ciudad moderna sobre la antigua. El Citorio y Testaccio, compuestos de deruciones, se agregan á las colinas de la topografía histórica. Los valles que separaban unos de otros estos montecillos ha desa-

parecido por completo. El Janículo, el monte Vaticano y el Monte-Mario rodean á la Ciudad santa, independientes de las siete colinas.

Roma ofrece un cuadro diverso por cada lado que se divisa segun va presentando sus contrastes escéntricos; al golpe de vista ruinas y edificios, campiñas y arenales; al detallar el espectáculo, la soberbia columna del antiguo templo, apoyo de una cabañuela miserable; el Palacio suntuoso elevándose entre casas humildes y en una misma construccion, arcadas de un mérito sin rival, frontis soberbios, y ventanillas y cobijos de pésimo gusto; especie de pestilentes gusanos sobre el terso cutis de una fruta delicada.

Los templos y palacios se alzaban sobre Roma como el plumero de los gefes sobre los cascos de la soldadesca cesárea.

Allí estaban las riquezas de Europa, conducidas durante siglos sin que una mano rapáz hubiese desmembrado un escudo.

Roma era siempre la misma esplotadora del mundo; se hacia dueña de la fortuna de Occidente, y exijia impuestos onerosos que mantuvieran su ostentoso boato de Señora del Universo.

Una órden cesárea hacia llover el oro de las Provincias en la metrópoli del orbe. Una Bula Pontifical llenaba en segundos el tesoro de la capital católica.

Llegó la hora de la espiacion para la Corte cesárea; Jenserico se avalanzó á ella con sus Vándalos; sin que Máximo pudiera oponerle un ejército y Roma sufrió desapiadado saqueo.

Llega la hora de espiacion para la Corte Pontificia, y Borbon la embiste con sus treinta mil corredores sin que los reclutas de Scerri basten á contenerlos; sin que Roma pueda conjurar la codicia de aquellos soldados, que al decubrirla opulenta y magnífica, repiten en secreto: «*sus despojos nos harán ricos.*»

Clemente VII ha hecho lo que el Emperador Leon hizo con Jenserico. Tan infructuosos fueron unos medios como los otros.

Leon, Cesar en el Oriente, tomó el tono conminatorio de los héroes de la república, de los grandes hombres laureados, para intimidar al gefe vándalo que adelantaba por sus dominios. ¡Insensato! No sabia que las amenazas de los débiles no producen otro efecto que la risa del desden. Asi fué que notificado Jenserico por

un mensajero imperial de que si nó retrogradaba saldria á forzarle á ello el Cesar, contestó con ironía: «*Le ahorraré el trabajo de hacer todo el camino*».

Clemente al saber que Borbon seguia adelante por sus estados recordó que sus predecesores blandian la espada espiritual produciendo el terror en los pueblos, la sumision del feudalismo á las iras del papado. No cotejó tiempos con tiempos, y se creyó prepotente como su antecesor Honorio, que hizo pintar un cuadro de la humillacion de Lotario II á sus pies para recibir la investidura imperial, mandando escribir estos versos:

Rex venit ante fores, jurans prius urbis honores;
Post homo fit Papæ; recepit quo dante coronam:

Clemente fulminó el rayo de la Iglesia contra el caudillo y hueste de Carlos V. ¡Insensato! No sabia que la era de feudalidad eclesiástica habia concluido y que todo acto de aquel poder conjunto debia parecer el esfuerzo desesperado pero inútil del espirante para sustraerse al trance postrero. Así fué que cuando á riesgo de su vida un Nuncio pontificio notificó á los Imperiales el anatema, las tropas se manifestaron indiferentes á esta maldicion de su enemigo y el Duque respondió al Nuncio: «*Iremos á que nos absuelva*».

Allí están los escomulgados.

Inútilmente al ser leida su sentencia se desplegó un aparato sombrío; en vano al pronunciar el oficiante las lúgubres palabras de la tremenda ceremonia se arrojaron al suelo los cirios, apagándose con el pié por los Ministros. Aquella imágen de la vida espiritual estinguida, que hizo morir de pesarosa consuncion á Federico II, no arredra á treinta mil hombres en la flor de su edad, avezados á las fatigas de una existencia aventurera, que por el ánsia del botin han caminado dia y noche, sin hacer alto mas que tres horas, para tomar alimento, preparar sus equipos y descansar.

A la llegada del separado de la Comunion previene el rito cesen los cantos sagrados, enmudezca el órgano y queden sin movimiento las campanas.

Roma, viola el ritual, y aprovéchate de los instantes que te conceden los heridos por el anatema. Ajita las lenguas metálicas,

que alojas en tus torres. Toca á muerto por tus hijos, por tus riquezas. Toca al arma para ver si te oye el ejército de la Liga.

Mira á los soldados del Emperador que acampan en Sancti-Spiritus. La luctuosa profecía de Savonarola será mañana una horrible verdad, *Caerán sobre tí... La ira del Señor por tus pecados le sirve de guia.*

VI.

Al amanecer del dia 6 de Mayo, lunes, los tercios imperiales se hallaban dispuestos al asalto.

Durante la noche las Españoles y Tudescos se ocuparon en hacer escalas á modo de zarzos, por las que podian trepar de seis en seis por los muros.

Los gefes de los diferente escuadrones habian recibido las órdenes competentes para maniobrar á la señal primera de combate.

Los soldados del Cesar se estendian en amenazador semicírculo enfrente de la consternada Roma. Apenas podian contener los superiores su impaciente ardor por asaltar la Metrópoli del Universo Católico. La vista de aquella escelente y ambicionada presa, enardecia hasta el frenesí aquellos espíritus sostenidos en las mas duras contrariedades por la esperanza ardiente de una ópima indemnizacion.

El Duque apareció al frente de línea, risueño y galan cual pudiera mostrarse en un dia de fiesta palaciega.

A sus costados galopaban á la distancia debida Filiberto de Chalon, Príncipe de Orange, y D. Hernando de Aguilar, Coronel mayor de arcabuceros.

Un Trompeta Sajon les seguia, pronto á transmitir la órden de ataque al primer signo del General.

—Compañeros y hermanos mios (esclamó el Duque) no es necesario que yo os anime á la empresa; sé demasiado bien que teneis brios para dar aliento y que os sobre...

—Que toquen y vamos á obrar, gritaron algunos Españoles impacientados por aquella dilacion.

—Obra grave y dificil acometemos (continuó Borbon) mi deber

es advertiros, si el anhelo de cobrar fama, la vergüenza y el temor de perder lo ganado suele poner esfuerzo, la jornada de hoy le necesita doble.

—A Roma! esclamó la falange italiana, cansada de esperar la deseada ocasion.

—Allí está Roma (repitió el caudillo con energía), la cabeza del mundo; la domadora de gentes; la que nos lanza sus execraciones La vamos á combatir. Gloria y honor á nosotros que la someteremos.....

El ejército en masa repitió su orgullosa aclamacion.

—¡Afrenta y perpetua ignominia al que tornáre la cara atrás (añadió el escomulgado). Sois los primeros soldados del mundo. Tiemble la opulenta capital del orbe á nuestra presencia!...

—La señal pues (interrumpieron los Alemanes con exasperacion tumultosa). Basta de preparaciones.

—Por último, mis valientes hijos (concluyó el intrepido gefe), el Emperador os entrega la Italia para que anodadeis á sus enemigos, aunados en pérfida alianza. Descarguemos el golpe de muerte en la cabeza de la hidra. ¡A Roma!

—¡A Roma! contestaron treinta mil atronadoras voces.

—¡Viva el Emperador!

—¡Viva! repitieron los imperiales con imponderable entusiasmo.

Borbon se apeó precipitadamente de su cabalgadura, que se adelantó á tener por las bridas un escudero.

Lo propio ejecutaron el de Orange y Aguilar.

Los tres generales pusieron mano á las espadas, y á un rápido signo del Duque el clarinero sajon dió la orden de avanzar.

Una nube de polvo, de la que salian como relámpagos los fulgores de las armaduras, heridas por los rayos del sol, anunció á los Romanos el temible acometimiento.

Una escena semejante es imposible trazar. La mirada de dos enemigos que contenida la respiracion, apretados los dientes, y el pecho rebosando vengativo encono, se adelantan á encontrarse, vale mas dejarla comprender, que intentar traducirla.

Por fin llegaron á las murallas los temibles campeones, entre el humo de la arcabucería romana, que les enviaba la muerte, y

el horrísono fragor de la artillería que diezmaba los tercios silenciosos.

Los españoles asaltaron el Burgo.

Los alemanes combatieron el pórtico de la ciudad.

Los italianos se repartieron en pelotones por el circuito de los muros, y distrajeron con valor y buena maña la atencion de los sitiados de los principales puntos acometidos.

Borbon mandaba á los españoles.

Aplicadas las escalas treparon de seis en seis en fila. La fila primera apenas asomó al borde del muro cayó casi en totalidad al trueno de los mosquetes, al golpe de las hachas, al herir de las picas. La segunda fila arrojó al foso aquella caterva de muertos y y moribundos que cayó sobre ella.

Los suizos y veteranos del Papa, interpolados con jóvenes reclutas, calaron picas y cargaron á toda priesa sus arcabuces.

La segunda fila llenó los huecos de la primera, y esta vez la pérdida fué recíproca; porque los españoles recibieron á balazos y en las puntas de sus alabardas el avance de los enemigos; pero tuvieron que retroceder, haciendo asi mismo retrogradar á los que subian tras ellos por las escalas.

—¡Ira de Dios! ¡Firmes! gritó el Duque con un acento semejante al rujido de una fiera.

—¡Firmes! repitió el Príncipe de Orange.

La tercera fila empujó á su antepuesta llenando sus claros; la cuarta impelió codiciosa á la que la precedia.

Aquello era un torrente humano hirviendo en torno de la muralla, golpeando con olas de cabezas la estremidad superior del muro; refluyendo al choque, y tornando á embestir cada vez mas ensoberbecido.

Pero los defensores de la ciudad comprendiendo lo necesario de redoblar el ardor de su defensa prepararon un rechace mas vigoroso aun. Hiciéronse atrás, y preparadas las armas aguardaron con vista atenta y en silencio espectativo á que sus adversarios asomaran el cuerpo, alentados con no esperimentar hostilidades al distinguirse sus bacinetes sobre el nivel del muro.

La fila llegó impulsada por las sucesivas; apercibió á los de-



Cárlos V.
lám. 15.

fensores separados de los muros, y tratando de aprovechar la ocasion hizo el movimiento de franquear la valla. Como una ola encrespada y rujiente choca contra la que avanza en el primer remolino y la hunde bajo el peso de su mole, los sitiados cayendo á una sobre los del César rompieron la línea con certeros disparos y acierto tremendo en los golpes. Un alarido de horror; de muerte, de repentino desaliento, salió de los acometedores, que transidos del hielo del pavor, en la imposibilidad de retroceder se mantuvieron inmóviles sobre los peldaños de las escalas.

—¡Arriba! ¡Poder de Dios! ¡arriba! clamó con voz de trueno el Duque.

Nadie se movió.

—Esa bandera, gritó el Ex-condestable francés, arrebatando de las manos de un alferez el estandarte.

—Allá vamos todos, repuso Filiberto de Chalons, siguiendo los pasos del primer caudillo.

—Atrás, mandó Borbon á el soldado que ocupaba el medio de la última fila de los asaltadores.

Los medios de todas las filas descendieron á fin de que pasaran el Duque con la bandera en la mano, y detrás el Príncipe de Orange que blandia una espada, honor de las fraguas de Toledo.

Trás de los egregios capitanes volvieron á subir los que tuvieron que ceder sus posiciones.

—Al muro, mis valientes, esclamó Borbon en el último peldaño. Perezca Roma y venguémos á nuestros compañeros....

Diez mil hombres se abalanzaron al muro, semejando una legion diabólica entre los fuegos y el humo de la arcabucería; rechazando con sus rodelas los golpes de hachas, espadas y picas; montando sobre la muralla y poniendo los pies dentro del recinto asaltado.

—¡A ellos! replicó Borbon, avanzando con la primera fila, mientras la segunda al mando de Orange franqueaba presurosa la valla, y corria á reforzar la línea del combate.

Un jóven armado de arcabuz se adelantó hácia Borbon, le hizo la puntería, disparó y el gran gefe vino á tierra atravesados los riñones. El matador era el eminente artista Benvenuto Cellini.

—¡Cielos! esclamó el Príncipe de Orange, acudiendo consternado en socorro del Duque.

—Ocultad mi muerte (dijo Borbon con acento apagado); cubridme con una capa, que no desmayen.... que sigan.... que sigan....

Han muerto al general, gritaron los mas próximos al sitio de la catástrofe.

—¡Sangre!

—¡Venganza!

La embestida de los irritados españoles fue irresistible. Suizos, veteranos y movilizados emprendieron la fuga.

Cuatro soldados y un alferez sostenian al moribundo Borbon.

—¡Dios mio! esclamó el Duque, levantando las manos al cielo en el postrer esfuerzo de la agonía; para ellos la victoria; para mí vuestra piedad.

Inclinó la cabeza, sacudióse en estremecimiento convulsivo y espiró.

Los españoles ganaron el Burgo.

Los tudescos con enormes vigas rompieron el Pórtico y penetraron en la ciudad.

Los italianos asaltaron con éxito los flancos de las fortificaciones.

¡Ay de tí, Roma!

VII.

Mientras Filiberto de Chalons, Príncipe de Orange se apoderaba de la ciudad; reuniéndose en victoriosa marcha las tres divisiones que por distintos puntos atacaron; Clemente VII, con diez y siete cardenales oraba ante el altar de San Pedro. Los embajadores de Inglaterra y Francia, los cónsules de las demas naciones, y un crecido número de personajes rodean al Padre de los fieles como guardias de honor.

El estruendo de la pelea llegaba cada vez mas aterrador y cercano á los oidos de la comitiva.

—Glorioso Apóstol, murmuraba con ansiedad dolorosa el sumo

Pontífice. Tened misericordia de mí. No permitais que esos hijos de una raza maldecida profanen vuestra santa Sion.

Nuevos gritos, nuevas detonaciones, rumores mas próximos interrumpian la oracion secreta de Clemente.

Estremecíase al escucharlos y con acento de compuncion esclamaba como el rey profeta en su su salmo 36:

—*Dominè, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me.*

Los cardenales respondian con entonacion penitente:

—*Quoniam sajittœ tuœ infixœ sunt mihi, et confirmasti super mè manum tuam.*

Aquella salmodia lúgubre, repetida tristemente por los ecos en las bóvedas, mientras fuera tronaba en los espacios el estampido de un fuego mortífero y en los intérvalos los mil diferentes estrépitos de un encarnizado combate, afectaba tétricamente los ánimos de aquella escojida multitud ; imprimiendo en sus fisonomías un aire de consternacion y arredramiento pavórico.

De repente una gritería salvaje hizo incorporarse al Vicario apostólico y á su séquito de eminencias.

Uu guerrero penetró con celeridad en la Iglesia por una puertecilla recatada y se dirijió á Clemente esclamando:

—Beatitud, no hay tiempo que perder. Los españoles acaban de ganar el Burgo. Los alemanes entran por la ciudad. Los italianos franquean la desierta muralla....

Una esclamacion congojosa ahogó el mensaje.

—No hay tiempo que perder (repitió el güerrero). Renzo de Scerri ha logrado encerrar en Sant Angelo quinientos hombres y me envia á salvar á vuestra Beatitud con todos sus acompañantes....

La esperanza renació en aquellos helados corazones.

—Santo Padre (replicó Renaldo con brusco tono). El camino secreto de la Coraza y la galería misteriosa de San Pedro al castillo se cerrará luego si no acudimos. Una brigada nos espera para obstruir tras de nosotros la comunicacion.... Importa emprender la marcha sin retardo alguno. Nos va en ello la vida.

—Pero Nicolino.... donde está.

—Beatitud (gritó el feroz Renaldo con tono de violenta determinacion). Declaro que si os obstinais en dilatar la partida emplearé la fuerza para arrebataros al peligro. —Vamos, repuso Clemente sometido á tan enérgica declaracion. —Vamos, repitieron los personajes que le acompañaban.

Renaldo aguardó que hubiesen ingresado todos por la recatada puertecilla para cerrarla tras la fugitiva corte. No habrian penetrado aun en la galería de Sant-Angelo los sustraidos al furor de los asaltadores, cuando un tropel de alemanes, invadió el Palacio Pontifical.

Llegados á la cámara en que estaban Nicolino y los cardenales se adelantaron hácia ellos enristradas las picas.

—Teneos (gritó Ceffiso). Teneos á los Príncipes de la Iglesia.

Una lanzada en la garganta le derribó sin vida.

—¡Muera el Papa, clamó un sajon, ardiente luterano, acometiendo á Orfino. —Perdon, gritó el triste arrodillado y con las manos juntas.

El implacable invasor le hizo caer de un bote en mitad del pecho. Santicuatro cerrados los ojos, recojido en oracion férvida recibió un hachazo en el hombro siniestro, que le hizo vacilar. Un golpe en la cabeza con el asta de una pica, que le aturdió. Una furiosa picada que le abatió exánime. Ni un grito, ni un gemido se escapó á sus labios. El hijo de Renzo luchaba á brazo partido con un robusto germánico y consiguió arrebatarle la pica, con la que amaga al pecho de su acometedor, que retrocedia ante el armado clérigo.

—*Vieni, felone; vieni*, decia blandiendo la pica con reconcentrada furia; con terrible desesperacion.

El asesino de Santicuatro terminando su nefando sacrificio, se llegó por detrás al determinado Scerri y le clavó un puñal entre las costillas.

—*¡Maledizzion di Dio!* clamó el bizarro capellan cayendo á plomo con los brazos abiertos.

Los tudescos se congregaron en torno suyo y le dieron mil muertes en una. —Una mujer, gritó el matador de Orfino, asiendo por un brazo al hermoso paje, escondido entre los plieges de

un cortinaje de damasco.—¡Hola! dijeron á una los sicarios, abandonando la víctima que se debatia en los estertores de una agonía cruel. —Una mujer disfrazada, (repitió el aleman).

—Y linda; ¡cuerpo de Cristo! ¿Cómo te llamas paloma?... Responde con mil diablos.

—¡Piedad! articuló dificultosamente Nicolino, sintiendo pegarse á su paladar la lengua.

—¿Por qué te has disfrazado chiquilla? le preguntó otro de los germanos tirándole de los cabellos al infeliz para levantarle la cabeza.

—¿Cómo te llamas, responde niña ó te desbarato los cascos.

—Nicolino Sarpi, pudo apenas proferir el malaventurado.

El nombre de su prisionero fue la señal de hórrida matanza.

Por todos los pueblos del reino pontíficio habian escuchado aquel nombre, como símbolo de un poder absoluto sobre el poder real: como el alma de los decretos soberanos en aquella Monarquía. —¡Muera! gritaron los tudescos precipitándose á la par sobre aquel desgraciado y engastando sus picas en aquel cuerpo desventurado.

Nicolino cayó á tierra sin exhalar un quejido siquiera.

Los mismos que le inmolaron quedáronse mirando su cabeza de niño Jesus dormido; su rostro de una belleza sin rival.

—¡Cuerpo de Dios! repuso un tudesco, es una cara de ángel.

—Pues lo que es alma, diz que fue de demonio, contestó el sajon limpiando en la alfombra del gabinete el ensangrentado hierro de su pica.

VIII.

Ya dueños del Burgo los españoles se hicieron servir una espléndida comida, banquete en que libaciones abundantes concluyeron de inflamar aquellos espirítus, preparados á excesos de todos géneros. El nombre de Borbon andaba de boca en boca, unido á juramentos atroces de venganza. Mientras los gefes y oficiales exasperados por la dolorosa pérdida de su caudillo, se convenian en dar rienda suelta á los instintos malévolos de la hueste,

los soldados habiendo dispuesto, caberie de ferocidades con que debian justificar la profecía de Savonarola, apostaban entre sí á quién juntaria mas oro, derramaria mas sangre, ó cometeria mas desafueros y violencias. Cuando alguno se hallaba entregado á los brutales goces de la gula un compañero lo apartaba de la mesa diciéndole: —«basta, tenemos aun que pelear, y no podrás moverte.» Algunos sargentos y cabos separaban á viva fuerza de los ranchos á los que ya indicaban la embriaguez; haciéndoles observar que si caian privados de sentido no tendrian parte en la gloria, en la fiesta y en el lucro.

El toque del clarin llamó á las filas á los españoles, y escepto veinte ó treinta, que perdidamente beodos yacian por el suelo, las compañías se hallaron completas.

En general todos sentian ese primer grado de embriaguez, que haciendo fomentar la sangre, predispone á los estravíos y alienta á los escándalos. Quedaban por tomar los puentes, débiles baluartes en que se defendian en último estremo los veteranos del Papa, y esa guardia valerosa de los Esquízaros, que á fuer de leales hijos de la Helvecia, morian con honra por el renombre de su pais, á sueldo de príncipes estraños.

Ponte Sisto, fué embestido con furia.

Los suizos no pudieron contener la enorme masa que se precipitó contra sus filas, y obligados á retroceder en formacion quebrantada, al segundo ataque de los españoles se declararon en fuga, desbaratados por el rudo choque de los que Su Santidad apellidaba moriscos. Entonces se organizó la mas espantosa carnicería. Dos numerosas brigadas salieron de los tercios hispanos, y cargaron á los fugitivos; mientras el ejército avanzaba por la ciudad en busca de mas enemigos que hacer pedazos. A montones caian los míseros helvéticos; ya acribillados por la formidable arcabucería; ya clavados por las picas de peones forzudos, que al bote de sus punzantes armas levantaban en peso al desgraciado en quien fijaban sus sanguinarios fosforescentes ojos.

Los perseguidores que en el ímpetu de su arremetida obraban con el coraje de la soldadesca contra las fuerzas dificultosamente vencidas, cebados en la matanza, sintiendo ese frenesí que

se esperimenta á vista de la sangre, degeneraron en manada de feroces tigres; volviéndose á despedazar los muertos, cuando no hallaban delante víctimas que derribar.

Herman Seaffurt, bizarro y alentado coronel de Esquízaros, contuvo un peloton de sus mercenarios, que arremolinados emprendian la fuga, y exhortándolos á vender caras sus vidas, los formó en semicírculo en la embocadura de una estrecha calle. Verlos una media brigada española y lanzarse á ellos, fué una misma cosa; pero los suizos con su desesperada defensa hicieron retroceder á los acometedores. Cinco arcabuceros, conducidos por el sargento Varela, el mas gallardo andaluz que contaba el ejército español, reforzaron la primera fila, y solo su presencia infundió tal espanto en los suizos, que á pesar de los esfuerzos de Seaffurt huyeron despavoridos.

—¡A ellos! gritó Varela sacando la daga, y acosando á Herman que retrocedia oponiendo su espada á los golpes del ibero.

En tanto que los soldados se lanzaban tras el disperso peloton, Seaffurt retrogradando, apoyó la espalda en la puerta de una casa de apariencia humilde.

El coronel estaba herido, y debilitado por la pérdida de sangre: su brazo apenas podia sostener la espada. Varela redoblaba los golpes: Herman se estrechaba contra la puerta, que á cada esfuerzo en los quites, cedia como sujetas sus hojas por un mal asegurado cerrojo. Dos ó tres veces el sargento de arcabuceros logró acercarse á su enemigo, y sin el rechace de un ardor acrecentado por el peligro inminente, la daga habria penetrado en el corazon del suizo; mas un temblor vertiginoso se apoderó de sus miembros; un velo se interpuso entre la luz y sus pupilas, y aprovechando el momento Varela, corrió su daga por el acero de su contrario, y sepultó en su seno la corta pero bien templada hoja.

Seaffurt cayó pesadamente, y cargando sobre la puerta, medio vencida por sus estrechones, cedió el cerrojo, y el mismo Herman vino al suelo con la cabeza dentro de una húmeda y oscura habitacion. Varela puso el pié en él umbral.

—Deteneos, deteneos, esclamó una voz suplicante.

Y casi al propio tiempo una jóven de privilegiada hermosura,

llorosa; desolada, suelto el cabello; en desórden las ropas; abiertos los brazos en ademán angustioso, se adelantó á contener al invasor. Varela quedó sorprendido.

—Deteneos, repitió la jóven.

—No tengas miedo, amor mio, que el leon contigo tiene que ser cordero.

Y al proferir esta frase Varela se adelantó un paso. Al hacerse atrás la jóven, su planta holló un objeto que bajándose blando á la impresion de su pisada, la hizo perder un tanto el equilibrio. Volvió la vista rápidamente y advirtió que hollaba la inerte mano de un cadáver. Dió un grito, y trató de huir; pero Varela la alcanzó de un salto, asiéndola fuertemente por las muñecas.

—¡Compasion! (esclamó la jóven con acento apagado).

—Vamos, sol de Oriente: aquí no se trata de hacerte mal; sino muy al contrario.

—Soltadme.

—No corre prisa, morena de mi alma (contestó el español devorando con mirada codiciosamente lasciva, los encantos de aquel cuerpo, medio revelados por el desórden de sus ropas). Yo soy un hombre honrado que no degüella mugeres.

—¿Qué tratais de hacer? preguntó la desventurada estremeciéndose.

—Friolera! (dijo el sargento acercando á sí la víctima, como acerca la araña á las suyas.) Dar un beso en tus ojos de azabache; otro en tus labios.....; otro en tu cuello.

La jóven se debatió entre los brazos del militar, como entre las garras de sayones el reo á quien sellan con el hierro candente de una bárbara ley.

—Miserable! esclamó furiosa.

—Hola! hola! (repuso Varela, ébrio mas de libidinosidad que de los vapores del vino que alojó en su estómago.) Con que lo tomamos por ese tono! Está bien. Eso me ahorra el trabajo de irte reduciendo.

La jóven dió una sacudida violenta para escapar; pero el invasor la retuvo entre sus brazos de alcides.

—Oh! no te escaparás, morena; yo te lo fio. Eres presa de buena ley; me perteneces, y vas á ser mia, aunque se opusiera una legion de demonios.

Y al decir estas palabras chispeaban los ojos del soldado imperial; sus dientes rechinaron con estrechamiento convulsivo, y mientras su pujante diestra oprimia los pulsos de la infeliz, la siniestra profanó el casto seno de la doncella.

—Dios mio! Dios mio! gritó la jóven, sublime en el fervor de su doliente súplica.

Varela soltó á la hermosa. Se dirigió á la puerta; dió un empellon al cadáver de Herman y le lanzó á la calle; cerró las endebles hojas; las aseguró con el cerrojo, y corriendo á un ventanillo paralelo á la puerta, y que daba al corral de la casa inmediata, le abrió, dando paso á la luz.

Buscó con inquietud á su presa, y por fin la distinguió en un rincon de la accesoria, á la cabecera de una pobre cama, abrazada estrechamente á un estraño objeto. Varela se acercó á el pobre y desvencijado lecho, despues de abandonar su arcabuz sobre una silla de paja. Lucrecia Rocaforte habia tomado asilo en el santuario del pecho paternal, y asida con las fuerzas de la desesperacion á un tronco inerte, ocultaba la cabeza entre las mantas que le cubrian, pidiendo al cielo en lo íntimo de su corazon que la libertase del don funesto de la vida antes que permitir su deshonra.

Paolo Rocaforte, antiguo criado de Monseñor Pompeyo Colonna, fué víctima de la saña de Clemente VII, que no pudiendo cebarse en los miembros de la poderosa familia, su enemiga, descargó sus rigores sobre los individuos de su mas leal servidumbre.

Paolo fué arrancado á la paz del pequeño departamento que se le habia concedido en el palacio Cardenalicio, en premio de sus cuidadosas solicitudes, para encerrarle en una de aquellas horrendas prisiones subterráneas del castillo de Sant'-Angelo, fosos manando agua; sin luz; sin ventilacion; tumbas infectas en que el prisionero aguardaba en agonía de cruda lentitud el reposo de la tumba. Lucrecia espulsada de su plácido asilo, se vió espuesta en todo el horror de una miseria espantosa, á todos los riesgos de la virtud desvalida; mas tan pura como bella vivió de su trabajo di-

ficultosamente, y ganó un miserable pedazo de pan, comido entre sollozos, empapado en lágrimas. Los aventureros de Moncada impusieron la ley de los dores al Pontífice, y en las cláusulas del convenio se consignó la libertad de los encerrados en los asquerosos cubiles de Sant' Angelo. Paolo fué devuelto á su hija; pero el viejo atacado de paralisis en virtud de su estancia en un cenagal, perdió el uso de todos sus miembros poco á poco, hasta que su lengua no pudo articular un sonido con que responder á llamada del carcelero; quien alarmado por el silencio del preso, bajó y advirtiendo su estado, se encargó de darle de comer movido á piedad. Los dos dias que Paolo tuvo la conciencia de su situacion, en que oyó al guardian de aquellos sepulcros proferir su nombre y no pudo mover su lengua para replicarle; en que vió descender al castillo que contenia su pan y su agua, tocar el suelo, desengancharse en el garfio, y subir sin que tuviese medios de avisar su posicion, en que sintió hambre y sed, y Tántalo de un Averno mas horroroso que el de Pluton, desfallecia frente al remedio de su necesidad; aquellos dos dias mataron su alma. Paolo fué entregado á Lucrecia sin vida moral ni física; cadáver retenido en la tierra por las últimas partículas de un espíritu evaporado. El sargento no se detuvo en larga contemplacion de aquel cuadro; sino que asiendo por un brazo á la jóven, la dijo con vehemente entonacion:

—Sígueme, prenda. El Papa no parece, pero nuestra boda se hará sin él. Luego hay tiempo de que valide el matrimonio.... Vamos..... Lucrecia resistió.

—Convéncete, muchacha (repuso Varela con marcada furia). No esperes socorro de nadie. Cede á mi exigencia y quedas libre con ese pedazo de mármol que tienes asido. El abuelo no incomoda. A lo que parece ni chista, ni dá señal de pertenecer á este mundo.

La jóven hizo un movimiento brusco, exhalando un profundo gemido.

—Vamos, te digo (repitió cada vez mas irritado el militar). Ciertamente que te trato con unas consideraciones, que ya van pareciéndome ridículas. Ira de Dios.

Lucrecia se agitó en una especie de crispatura.

—Nada (continuó el arcabucero con ironía), es fuerza resignarse á un amante improvisado; á un enlace sin ceremonias; ni las pesadas etiquetas de costumbre.... Con que....

La infeliz hizo un movimiento, y sus brazos abandonaron al anciano, al par que su cuerpo cayó sobre la cama falto de la animacion vital.



—Se acabó (gritó en el último punto de la ira el desalmado ibero). Tú lo quieres; pues sea. Concluiré por donde debia haber empezado.

Y abarcando el talle de Lucrecia, la arrastró lejos del pobre lecho como una masa sin mas resistencia que su gravedad. Ya frente á la ventana sintió correr por su mano un líquido caliente; examinó con ánsia á su víctima. Aquel líquido era san-

gre. La víctima se habia clavado en el corazon un puñal que guardaba bajo la almohada de su padre.

Lucrecia Rocaforte, mas dichosa que Lucrecia, la esposa de Colatino, habia consumado el sacrificio de su existencia, antes de sufrir la lesion de su honra.

IX.

No ha cesado un punto la rapacidad. Los brutales escesos de la soldadesca mantienen la mas terrible consternacion entre los míseros moradores de la sometida metrópoli del mundo. Hunos, vándalos y godos, no cayeron con tal furia sobre Roma. El ejército cesáreo ha venido á mostrar que las razas bárbaras del Norte no habian sometido á la despótica señora del Universo á todas las tortunas de una espiacion prolongada de sus monstruosos estravíos. El siglo XVI guardaba á la córte Pontificia muchas mas crueldades que en los siglos V y VI las hordas de la barbárie hicieron esperimentar á la ciudad de los Césares. La avaricia de los españoles, la índole sanguinaria de los alemanes, y la desenfrenada licencia de los italianos, impusieron á Roma tres azotes tremendos, que sin la peste, que abatió con las víctimas á los verdugos, hoy fuera la capital del catolicismo un monton de escombros, y se diria de sus campos, como de los de Ilion:—*Et campos ubi Roma fuit.*

El trato inícuo de la tropa á los desafortunados ciudadanos, principió por el furor de la venganza. Borbon habia perecido en la toma y sin duda los romanos comprendieron que aquellos rigores procedian de una irascibilidad violenta, y que los desmanes irian cesando á medida que se resfriara la rabia de sus vencedores. Pero trascurrieron dias y dias. Los despojos, las violencias, y las inhumanidades no cesaban; los habitantes de Roma se veian á merced de una muchedumbre sorda á la piedad, que se hacia dueña de cuanto escitaba sus antojos; que saqueaba los tesoros repartidos en templos, museos, palacios y edificios públicos; que prendia fuego á la riqueza bibliográfica, á los grandes archivos, á los registros, destruyendo cuanto sabia ser precioso y no alcanzaba á metalizar;

que redujo á los hombres de gerarquía á pagar cuantiosos rescates, que á menor resistencia derramaba la sangre, sin detenerse en condicion ni sexo; que saciaba sus caprichos sensuales en doncellas ó matronas, desde la suprema clase hasta la ínfima; que conceptuaba un siervo cada poblador de la ciudad vencida; que segun nos revela la historia, reunió un millon de ducados en moneda acuñada, y mucho mas en prendas y alhajas.

San Juan de Letran habia sufrido tres ó cuatro saqueos.

Llegaba una banda de imperiales y maltratando al triste sacristan le obligaba á entregar las llaves; á dirigir las pesquisas, á guiarle en sus esploraciones, y con una ferocidad imponderable le apaleaba á fin de arrancarle la revelacion de algunas joyas ocultas; llegando hasta darle torniquete en las piernas, para que descubriese el escondite de mas preseas y objetos de valor.

Conformes pero no satisfechos del botin los depredadores se retiraban, y el bueno de Salivari, ayuda-sacristan del suntuoso templo, cerraba las puertas, llorando de gozo porque á trueque del oro y plata de la iglesia los profanadores del Tabernáculo dejaban en sus urnas las sagradas reliquias y en sus nichos las preciosas imágenes.

—No; (esclamaba con entusiasta fé), yo os protesto, santo mio, que mal que les pese he de quedarme en vuestra augusta casa, mientras permanezca en pié una columna, y si abaten el Santuario moriré al pié del obelisco. Aquí firme hasta perecer.

Al poco tiempo otra banda se introducia en aquel recinto, famoso por la celebracion de tantos concilios memorandos, y comenzaba la triste faena para el desvalido Salivari. Figúrese el lector la punzada de agudísimo dolor que sintiera aquel corazon de niño á cada prenda que sacaban del tesoro.

Salivari defendió las preseas del tiempo con la constancia de un mártir. Era preciso dar á los saqueadores el oro y plata que venian buscando; pero el ayuda-sacristan reservaba lo mas precioso por su materia, trabajo ó memoria, y daba lo demás. Cuando le torturaban porque descubriese el paradero de mas alhajas, obstinábase en su negativa; dichoso de distraer aquellos ánimos en su tormento de la devastacion y el destrozo por mero gusto de des-

truir. Las efigies y las reliquias eran los predilectos objetos de su ferviente amor, y nada podia compararse con sus temores al dar con una banda de alemanes ó italianos, como con su alegria á ser españoles, los que invadian el santuario; porque estos respetaban aquellas sacras estátuas de los bienaventurados, aquellos restos de los escogidos, mientras los otros partidarios del herege de Witemberg, ó desalmados incrédulos, á cada paso hablaban de lanzar á la hoguera las representaciones esculturales de la santidad y los despojos de los justos celosamente conservados á la adoracion de los fieles. Era ver con qué vehemencia se oponia á la profanacion de sus objetos mas caros.

—Señores (esclamaba): ¡qué ganancias reportan vueseñorías con destruir riquezas, que para nada sirven en manos vuestras, y son las mejores prendas de la Basílica! Llevaos lo que aprovecha: dejad lo que no os dá lucro, y es sin precio aquí. Sois cristianos; sois caballeros; sois buenos hijos de paises católicos. ¿No es verdad que fué una broma lo de arrebatar á este recinto sus mejores tesoros? Y Salivari por complemento de su discurso fingia recordar que en tal ó cual parte quedaban ornamentos ricos; vasos sagrados ó joyas, y se hacia seguir por la soldadesca; quedando intactos los monumentos de honor á efigies y reliquias: triunfo que el buen anciano referia á sus persuasiones. Pero por mas que á costa de sufrimientos sin cálculo el viejo ahorrase entregar algunas preseas, un saqueo de dos ó tres veces por dia en una semana, agotan los tesoros que se nos pintan en las mil y una noches. Así es que el doce de mayo una banda española vino á recojer hasta el último cáliz de deshecho, confinado en un rincon de la alhacena, en donde se guardaba el material viejo para su reduccion á masa. Los depredadores amenazaron á Salivari con darle torniquete en las muñecas si no descubria el escondite de mas objetos preciosos.

—Como gusten vueseñorías (contestó apaciblemente el anciano); será la quinta vez que me deis martirio: no hay un óbolo mas en toda la Basílica.

—Venga la cuerda, gritó, uno.

—Allá vá mi daga, clamó otro.

—Aquí están mis manos, dijo el senecto con una resignacion sublime, que conmovió á los que trataban de torturarle.

—Van nueve ó diez visitas de esta clase, y á este paso no han quedado mas que las columnas, añadió Salivari.

—Aquello es oro, esclamó un indagador avariento.

—¿Dónde? ¿Dónde? preguntaron á la par los soldados.

El indagador señalaba al marco de una urna, en que se conservaban huesos de los primeros creyentes en la fé, arrebatados á las fieras del circo, ó á la hoya de los reos, contra la religion del imperio.

—Aquello es madera dorada, repuso Salivari.

—Cien manos tocaron el marco, y descarnando con las uñas la madera, palparon el error de su ansioso compañero.

—Viejo (gritó un caporal; gigante de aspecto pavoroso y mirada torva): Si no descubres el paradero de mas prendas. Por Dios vivo!...

—Juro por la salvacion de mi alma que no queda una.

—Es que si te descubrimos un pedazo de oro del tamaño de una lenteja, te enterramos entre los habitantes de las bóvedas.

—Buscad, que nada encontrareis.

—Es que te hacemos un chicharron á la lumbre de una hoguera, formada con todos estos cachibaches, repitió el Goliatt, señalando las reliquias y las efigies.

Salivari se persignó escandalizado de la brutal irreverencia.

—Seor Abdallah, Seor Abdallah (replicó un sargento valenciano, midiendo de alto á bajo al gigante con mirada despreciativa, guardaos de tocar á las cosas santas y que nosotros respetamos; porque juro á Dios, seor morisco de Almonacid, que de lo contrario...

—Yo no he....

—Calle y sea mas agradecido (repuso el sargento con gesto irritado), que harto favor le hace esta buena gente con permitir á un moro prófugo de España, que vista la cota y se mezcle con ellos.

—Oye, tú, anciano, (continuó dirigiéndose al ayuda-sacristan) ¿no queda absolutamente nada en el tesoro?

—Por San Juan os lo juro.

—Pues vámonos, ordenó el sargento á su cuadrilla, que cargada con cuanto habia quedado en aquel recinto, obedeció el mandato sin replicar.

—Abrenos la puerta de la iglesia, preceptuó un caprichoso manchego.

Salivari facilitó salida á la turba por donde se le mandaba. Desalojada la Basílica el viejo iba á cerrar la puerta principal, cuando dos tudescos borrachos, desenvainadas las espadas y pintada en el rostro la mas cruda sevicia, se apoderaron de él llevándole á empellones hasta el altar mayor.

—Ve... ven acá tu... nante (tardamudeó el uno amagando con su acero el pecho de Salivari) suelta lo... lo que haya.

—Sí, sí (apoyó el otro menos privado que su colega), todo; todo lo que haya.

—Señores mios......

—Lo... lo que haya, repitió el mas beodo con feroz ademan.

—Dios mio! (esclamó Salivari). Lo que resta son columnas del sepulcro de Adriano, del Capitolio; pórfido y granito: nada que os pueda servir.

—Mi.... mientes.

—Aquí hay cumquibus, clamó el otro aleman sacando del *Santa Santorum* una cajita de acero de medio palmo de longitud y cuatro de latitud.

—Señores, señores (gritó el viejo desalentado): respetad esa caja santísima; contiene carne del mártir San Valentin: media mandíbula de Santa Marta, y lo mas grande de sus tesoros; el prepucio de Nuestro Señor Jesucristo (1).

—A la taberna con la caja, replicó el menos ébrio.

—A...á....andando.

—Señores (continuó poniéndose de rodillas el anciano), dejad á la Basílica sus timbres de mas precio. Señores, por lo que mas ameis en el mundo; por la hora de vuestra muerte......

Y Salivari se arrastraba de hinojos y con angustiosa súplica detrás de los sacrílegos germanos.

(1) Véase los comentarios sobre San Lúcas, del Cardenal Francisco de Toledo: capítulo II, en que trata del saco de Roma.

—¿Callas? interrogó con gesto furibundo el profanador del *Sancta Sanctorum*.

—Por amor de Dios....

Toma, dijo el torpe mercenario, hundiendo la espada en el seno de Salivari.

—Valedme, San Juan, murmuró al caer la víctima.

X.

Filiberto de Chalons consiguió juntar bastante gente para establecer el sitio mas apretado en Sant'-Angelo, y los que con el Papa tomaron asilo en la fortaleza, esperimentaban todas las privaciones consiguientes al asedio de un castillo desprovisto de mantenimientos. Clemente estaba á punto de aceptar las proposiciones del príncipe de Orange; á pagar trescientos mil ducados de oro; á entregar las ciudades de Parma, Plasencia, Civita-vechia, Hostia y Sant' Angelo, y aguardar en calidad de retenido á que la Majestad Cesárea mandase otra cosa ó conviniera en las paces.

Urbino se dejó ver en ademan de auxiliador, y el Pontífice rompió los tratados con el gefe de los imperiales, persuadido de que el ejército de la Liga cumpliria con los propósitos que manifestaba. Urbino que con su ejército seguia cautelosamente al imperial para aprovecharse de la primera ocasion, descuido ó funesto acaecimiento, llegó cerca de Roma, confiado en que la anarquía reinara en una soldadesca sin general, entregada al pillage, y que las circunstancias difíciles habian acostumbrado á la mas fatal indisciplina.

Los treinta mil hombres del duque avanzaban en la creencia de que las tropas cesáreas no les saldrian al encuentro, y apenas se acercaran á la capital del Orbe cristiano la evacuarian precipitadamente; pero sucedió todo lo contrario. El príncipe, aunque con suma dificultad á los principios, convenció á sus tercios de la necesidad en que les constituia la honra, y conociendo los del imperio el deber de corresponder á su decoro, abandonaron sus depredaciones para ponerse en marcha, en busca de Francisco Maria de Monte Feltro, y las huestes confederadas.

Cuando los vecinos de Roma se vieron libres del azote apresuráronse á preparar una sangrienta venganza contra sus enemigos.

Renzo de Scerri con ocho mil hombres, alistados con increible premura, dispuso lo necesario para seguir en retaguardia á los imperiales, y caer de improviso sobre ellos, al par que el de Urbino los atacase de frente. Los juramentos y protestas de un encono inexorable prometian prodigios de valor y audacia de parte de los aventureros romanos, que maldecian las demoras de la espedicion y se encargaban de saciar los ódios de la profanada reina del universo. Pero hé aquí, que cuando todo se encontraba arreglado para salir contra el ejército del César, este ejército que se suponia en víspera de pelear con el de la Confederacion, aparece en Roma, y ante los aventureros, reforzado con socorros traidos por Cárlos de Lanoy, el marqués del Vasto, Hernando de Alarcon y otros capitanes. Urbino habia rehusado la batalla, y retirándose hácia Camariño, dejando á la historia el derecho de suponer, que obraba de este modo por pusilanimidad, ó por torturar al Papa con la transicion de su ánimo, de la esperanza al desaliento. No pasó de escaramuza el amago de Scerri, porque á la primera embestida de los imperiales, declaróse en dispersion la banda aventurera, y su formacion solo produjo conflictos; pues la ira de las falanges cesáreas renovó crueldades y atentados, que tal vez se ahorraran sin esta exacerbacion de las pasiones indómitas de una soldadesca insolente con la fortuna que favorecia sus armas.

Volvióse á estrechar el cerco de Sant' Angelo, y esta vez Clemente VII, fué desoido en sus transaciones, teniendo que tratar con el virey de Nápoles, que redoblaba sus exigencias á medida que se agotaban los víveres en el castillo, y que contenian en sus disposiciones benévolas el empeño de los capitanes en castigar la mala fé y los reprensibles escésos de que era culpable la política de Clemente. Todos los subterfugios y evasivas con que el príncipe sitiado se prometió burlar los propósitos de sus cercadores se estrellaron contra la perseverancia de aquellos gefes inaccesibles á los manejos de una diplomacia mañosa, y que solo atendian á lo positivo de los resultados.

La carencia de bastimentos y en vista de lo infructuoso de sus

gestiones, Clemente se resignó á pasar por las duras cláusulas del trato que en nombre de la asamblea de caudillos le presentó Cárlos de Lanoy como *ultimatum*.

Devorando sus ódios Clemente, firmó el convenio, y como segunda parte de tan costosa accion, tuvo lugar una entrevista solemne en el salon principal del castillo, entre el gefe de la cristiandad y los generales de Don Cárlos; especie de ratificacion humillante; ceremonial impuesto en espiacion de las anteriores perfidias.

A la hora prevenida penetraron en Sant' Angelo los capitanes superiores del ejército imperial, y un piquete de españoles, destinado á tomar posesion de la rendida fortaleza.

Dos cardenales introdujeron á los caudillos en el vasto salon, en donde habia de tener lugar la ceremonia. Cárlos de Lanoy se colocó á la derecha del asiento consagrado al Pontífice, y á la izquierda Hernando de Alarcon; frente á la silla del sucesor de San Pedro se situaron los demás, guardando el órden rigoroso de puesto de sus graduaciones; el príncipe de Orange, el marqués del Vasto, Jorge Fronsperg, Juan de Urbina, Mendoza y asi sucesivamente las notabilidades de aquel ejército famoso, que devolvian á Italia con usura los males que en sus proyectos les preparaban.

Los cardenales introductores caminaban con una curiosidad mezclada de terror, las fisonomías imponentes de aquellos militares, y en cada uno de ellos veian un pesado eslabon de su cadena de servidumbre.

Y en efecto, aterraba el espectáculo de aquella congregacion guerrera, y comprimia el corazon de aquellos príncipes de la Iglesia, el aspecto duramente altivo de una aristocracia militar, que sacudia el yugo de la veneracion á un poder tan incontrastable hacia poco; humillaba de antemano aquella disposicion severa en que los capitanes aguardaban el testimonio de su mision del Vicario de Cristo.

Lanoy, noticioso de los epígramas que su Beatitud habia permitido respecto á su persona, trocó la espresion benevolente y amigable que le era habitual en una contraccion ceñuda. Alarcon figura de una gravedad impasible, se mantenia en un continente

reservado y que le hacia mas notable, cuanto mas difícil era penetrar sus pensamientos.

El príncipe de Orange no se tomaba el trabajo de ocultar su saña contra el vencido en una sonrisa de satisfaccion cruel. El marqués del Vasto dejaba traslucir un sentimiento de piedad. Jorge Frunsperg, luterano de secreta conviccion, asistia con mal reprimido júbilo á la ratificacion del tratado que rebajaba al *Anti-Cristo de Roma*, cual escribia el rector de la universidad de Witemberg. En suma, aquellos rostros españoles de esa reposada magestad del leon, aquellas fisonomías flamencas y germánicas en que se reflejaba el desdén á una potencia aborrecida en el momento de su derrota; aquellas faces italianas denotando las pasiones mas adversas al poder vencido, causaban á los Eminentísmos el efecto de un cuadro desolador, por lo presente y para el porvenir.

—Su Santidad, clamó un heraldo.

El Sumo Sacerdote del catolicismo atravesó el salon con lentitud, sin mirar á los que inclinaban las cabezas cuando pasaba, revelando el mas triste desaliento. Al sentarse lo hizo con muestras de fatiga, y exhalando un suspiro de cansancio, que parecia un lamento de contenido pesar. Clemente VII estaba desconocido. Las ideas lúgubres habian hecho encanecer sus cabellos; la desesperacion desecado sus carnes. Una palidez teñia su cútis. Sus ojos brillaban con ese fuego sombrío de la fiebre que hace veneno de la sangre. Sus labios amoratados están secos y abiertos á grietas, revelando la accion de una intensa calentura.

—Beatitud, (dijo Cárlos de Lanoy con entonacion digna), los generales del Emperador saludan humildemente á Su Santidad. Clemente correspondió al saludo.

—¿Confiesa Vuestra Beatitud que los artículos del convenio firmado ayer, son la espresion fiel y exacta de su voluntad soberana?

—Así lo confieso, respondió el Pontífice con amargura. Lanoy prosiguió.

—¿Reconoce Vuestra Santidad á lo que le obligan la fé de los tratados?

—Lo reconozco.

—¿Conviene Vuestra Escelsitud en que carece de facultades, así divinas como humanas, para darse por libre y suelto de lo que pactó, y que si tal hiciera, incurriria en la nota de felón y perjuro, como príncipe, y reo de impiedad, incurso en causa de canónica deposicion, como Gefe de la Iglesia Católica?

—Convengo, replicó el Papa (con voz ininteligible).

—Mas alto, Beatísimo Padre, esclamó con energía Filiberto de Chalons.

—Convengo, repitió Clemente VII con acento irritado. El Virey de Nápoles continuó el curso de sus interrogaciones.

—¿Está conforme Su Santidad en el pago de cuatrocientos mil ducados para el ejército de nuestro amo, el invicto Emperador, por el seguro de cuantos le acompañan en esta fortaleza?

—Conforme.

—¿Lo está igualmente Vuestra Beatitud en dar en gage de la paz las ciudades de Parma, Plasencia, Hostia, Civita-Vechia y Sant'-Angelo?

—Sí.

—¿Lo está en hacer entrega de los diez y siete Eminentísimos Cardenales que aquí se encuentran guarecidos en calidad de rehenes?

—Tambien.

—¿Declara Vuestra Escelsitud alzados los entredichos impuestos al finado Duque de Milan, Don Cárlos de Borbon, y á los gefes, oficiales y subalternos del ejército cesáreo?

—Así lo declaro, contestó Julio de Médicis, con la sorda rabia del que transije con la fatalidad de una posicion apurada.

—¿Declara Vuestra Santidad que se aparta de toda alianza, federacion y liga con los Príncipes, enemigos de nuestro Señor Don Cárlos que Dios guarde, y que atendiendo á los escelsos deberes de su venerando ministerio, procurará la concordia entre todas las potencias cristianas, y la direccion de sus fuerzas contra el imperio Turco, adversario constante de la Europa?—Esta declaracion contenia una censura tan acerba del proceder pontificio que el interrogado sintió la sofocacion de la venganza, y el sí quedó ahogado en su garganta.

—¿Necesito repetir la pregunta, Santo Padre? dijo Lanoy, con cierta irónica cortesanía.

—No, respondió Clemente con resentimiento, la entendí bien y la ratifico.

—¿Se entrega Vuestra Santidad en clase de retenido?....

—De prisionero, interrumpió el Papa en tono de rectificacion acerba.

—De retenido, se dice en el convenio (replicó el Virey con acento firme). Esto ha firmado Vuestra Beatitud: esto se le suplica que lo ratifique ahora.

—Está bien, replicó el Vicario Apostólico, resignándose á la estremidad de su situacion.

—¿Se entrega Vuestra Santidad en clase de retenido hasta que consultado el invicto Emperador, nuestro dueño, sobre las cláusulas de este trato, las apruebe, deseche ó amplifique?

—Sí.

—En tal supuesto Vuestra Escelsitud reconocerá por encargado de la guardia y servicio de su augusta persona al capitan Don Hernando de Alarcon, que en signo de aceptar el encargo, que juró á Dios y una cruz desempeñar leal y cumplidamente, saluda con el respecto debido á la Cabeza visible de la Iglesia.

—Alarcon adelantándose se inclinó ante la Santidad de Clemente. El Papa se estremeció viéndose á merced del celoso Guardian de Francisco I; hombre incorruptible; respetuoso ante dos cabezas caidas; pero intratable en punto á fidelidad en sus deberes.

—¿Ha concluido el acto? pregundo disimulando su mortificacion el sucesor de San Pedro.

—Ha concluido (respondió Lanoy), y prévia la vénia de Vuestra Beatitud, segun el convenio, pasamos á tomar posesion del castillo en toda forma.

—Hasta luego, Santo Padre, dijo Alarcon al salir con sus compañeros para el acto final de la ceremonia. Clemente quedó solo con sus Cardenales. Su violenta ira pudo estallar entonces.

—Raza de víboras, soldados de Faraon (esclamó con eco sordo), el Señor os abrume bajo el peso de vuestras soberbias obras: yo

maldije á Borbon y murió desastradamente: yo os maldigo, y plegue al Eterno que la peste os aniquile, langosta de Satanás.

XI.

Tan virtuosa como bella Isabel de Portugal, hermana de Don Juan III, habia subido al tálamo de D. Cárlos entre los aplausos de los reinos de España, que conocian las altas prendas de la hija del Rey Manuel. Sevilla celebró con la suntuosidad mas estraordinaria las bodas de sus Príncipes, El Emperador viviendo con una moralidad inusitada entre los Reyes de su siglo, dando ejemplo de una conducta intachable, y cumpliendo sus deberes con una solicitud acreedora á los mayores elogios, no podia menos de estimar el portento de hermosura y virtudes que ligó á su existencia, y consagrarse á la felicidad de aquella muger, tan querida en Portugal y España. Isabel amaba á Cárlos con respetuosa fé, pues su alma cándida y sencilla simpatizó al punto con aquel ánimo grave y digno.

Isabel sabia que en Francia reinaba un descarado galanteador, que con el cínico alarde de sus aventuras, habia hecho verter muchas y muy amargas lágrimas á Claudia de Orleans: que en Inglaterra dominaba un desenfrenado monarca, que frenético por la dama Ana Bolena, desenvuelta beldad de la córte, trataba de someter á Catalina al ultraje del repudio. Ella se encontraba sin competencia patente, ni oculta, dueña del corazon de su marido, y las costumbres regulares del Emperador se prestaban poco á la suspicacia.

Una camarista de la Reina puso en su conocimiento que la Magestad cesárea solia pasar todos los sábados dos ó tres horas de la noche en cierta casa misteriosa. Isabel participó á su esposo la noticia, y Cárlos V confesó á la Emperatriz que fruto de sus amores primeros en Bruselas, tenia un hijo de diez años de edad, confiado á la anciana Marquesa de Salcedo, y á quien iba á visitar una vez por semana.

—Haces bien, Cárlos, en atender á ese pobre niño, que estás obligado á indemnizar de un nacimiento ilegítimo con los cuidados mas próvidos.

—Mi amor (respondió Cárlos enternecido), tus deseos quedarán satisfechos. Cárlos de Austria, si place á Dios, será educado con el mayor esmero, y dirigido segun lo marquen sus inclinaciones. Te juro que esta reciente prueba de magnanimidad aumentaria, si fuese capaz de aumento, mi adhesion á tí, noble y santa muger. Al dia siguiente la malévola camarista trató de inquirir si Doña Isabel habia tomado una determinacion consiguiente á su nueva; pero la egregia matrona la dejó cortada diciéndola con tono decisivo:

—Condesa, ayer pensando en vuestra noticia, recordé un testo del Eclesiástico: *in muliere zelotipa flagellum linguæ, omnibus comunicans*. La dama comprendió el testo y se retiró confusa.

Siguiendo en la armonía de el mas venturoso matrimonio Isabel colmó las esperanzas de los reinos, presentando los síntomas de un embarazo, que prometia la suspirada sucesion. Doña Isabel hizo venir á su nodriza para que la asistiera en el trance, y fueron necesarias todas las demostraciones de las exigencias del rango para que desistiese de amamantar á el régio vástago; resignándose con dolor á que se le buscara un ama, esposa de un hidalgo pobre de Mojados, á quien desde luego señalaron de renta ciento cincuenta mil maravedíses.

En la villa de Valladolid, y en la casa de Don Bernardino Pimentel, Corredera de San Pablo, el veinte y uno de mayo, á las cuatro y minutos de la tarde, nació el Príncipe D. Felipe, que debia figurar en la historia con las dimensiones de un coloso, objeto de ácres censuras y encomios subidos; pero que ya pintado con sombríos colores, ya descrito con arrogantes tintas, ya presentado como un refinado hipócrita, ya como un gran político, marcó á su siglo con el sello de su nombre, y dejó de su edad huellas imperecederas.

Cuéntase que fatigada la Emperatriz con los recios dolores del parto, su nodriza la escitó á exhalar en quejas sus padecimientos; mas Doña Isabel la replicó con suma presencia de ánimo: *Naon me falas tal, miña comadre, ca en morrerei, mais naon grita rey*. Digna madre por cierto de aquel niño, que llegado á la madura edad y al pináculo de su gloria, noticioso de haber perecido miserablemente la mayor escuadra que surcó el Mediterráneo, respon—

dió sin alteracion visible: «*Yo no la mandé á pelear con los elementos.*»

El cinco de junio se celebró el bautizo de Don Felipe, con una suntuosidad correspondiente á las faustas esperanzas, que tal acontecimiento hizo efectivas. El monasterio de San Pablo de Valladolid tenia el derecho de cristianar al Príncipe, y para celebrar la augusta ceremonia desplegó el ostentoso aparato que hace tan imponente el culto en la católica España. S. M. la Reina Doña Leonor, era la madrina. El Condestable de Castilla conducia en sus brazos al Príncipe; el duque de Alba le tenia las mantillas y el mantegüelo. El ama y la partera velaban por el augusto infante.

Llevaba el conde de Salinas las fuentes; el de Haro seguia con el salero; el marqués de Villafranca con la vela, y el de los Velez con el alba. La marquesa de Cenete presidia á las damas de Doña Leonor, y la duquesa de Fontenova á las meninas de la Emperatriz. Por parte del Emperador fueron padrinos el Condestable, el duque de Bejar y el conde de Nassau. El prior de San Juan, el conde de Monteagudo y el duque de Cifuentes se distinguian entre el procerazgo que congregaba la solemne ritualidad en el templo. Al regresar á las casas de Don Juan de Mendoza la procesion, Cárlos V besó á Don Felipe en la frente, diciéndole con inefable ternura: —Dios, nuestro Señor, te haga buen cristiano. A Dios, nuestro Señor, ruego te dé su gracia. Plegue á Dios, nuestro Señor, iluminarte para que gobiernes conforme á su santa ley los reinos que debes heredar un dia.

El pueblo vallesoletano se entregaba al mas lisonjero alborozo, contando entre sus timbres la naturaleza de un Príncipe que aseguraba en su estirpe egregia datos de futura gloria; y la nobleza á los torneos y fuegos de costumbre en tales solemnidades. El Domingo debia cantarse un *Te Deum* en San Pablo en accion de gracias por el feliz alumbramientro de Doña Isabel. Al acudir los grandes, corporaciones y notables al alojamiento de S. M. Superior, por un indiscreto indivíduo de la servidumbre que á las doce y media de la noche un posta llegó á pretender que se despertase al Monarca, insistiendo en que las noticias de que era portador urgian ser puestas en su conocimiento sin pérdida de un minuto.

Vencido por sus instancias y sobre todo por las comunicacio-nicaciones del enojo imperial si obstruia el paso á el mensajero de una nueva de importancia tan estremada, el gentil-hombre de servicio se atrevió á penetrar en el aposento donde reposaba el Soberano, mientras el posta aleman á sueldo del Imperio en Italia, referia á los curiosos domésticos de Don Juan de Mendoza los trances de un viaje dilatado á rebienta-caballo, atravesando la Alemania, Francia y la mitad de Iberia, teniendo buen cuidado de rehuir las preguntas acerca de los asuntos de Italia; atento á las severas instrucciones del Príncipe de Orange, que con sus pliegos le hizo ponerse en camino. El Gentil-hombre volvió para introducir al posta, que cuando tornó á salir de la cámara de S. M., golpeó con gesto truanesco su escarcela de piel de búfalo, de enorme cabida, haciendo sonar á los oidos de la servidumbre un centenar de ducados de Sol; albricias del César.

Apenas amaneció, Don Cárlos hizo que llamasen al Arzobispo de Toledo con quien se entretuvo cerca de dos horas en sesion secreta. Mandó que buscasen á su confesor el padre Salapiano, con quien y los obispos de Osma y Palencia conferenció largo rato. A lás ocho hizo servir el desayuno para sí y los Duques de Alba y Nájera que remplazaron en su compañía á los eclesiásticos.

A las ocho y media pasó á la capilla particular de la casa donde Salapiano celebró el santo Sacrificio, acto á que asistieron los Duques y servidores hidalgos. A las nueve el gentil-hombre comunicó un decreto á la servidumbre en que se la ordenaba vestir de luto riguroso. Cuando á las diez se reunieron en palacio los convidados al *Te Deum*; no pudieron menos de estrañar la guisa lúgubre en que veian á los empleados en el imperial servicio; y enterados de lo que alcanzó del suceso el indiscreto doméstico, se perdian en conjeturas acerca de aquel acontecimiento, por cuyas albricias se daba al posta cien ducados de Sol: mientras se mandaba vestir de luto á los dependientes de la régia servidumbre. La voz del Ujier que anunció á los asistentes la llegada de S. M. interrumpió los comentarios de la Corte. Carlos V apareció; vestia de riguroso luto, cual sus acompañantes. Su rostro denotaba una melancólica preocupacion.

—Señores (dijo con acento grave), nuestro buen primo el Duque de Milan, Carlos de Borbon, ha perecido como bueno trepando por los muros de Roma. Dios lo tenga en su eterno descanso. De aquí á tres dias se celebrarán sus honras, como cumple á la memoria de sus hechos, y á mi gratitud por sus leales servicios.

—*Requiescat in pace*, concluyó Don Alonso de Fonseca.

—*Amen*, contestó la corte.

—Señores (continuó el Cesar), Roma está en poder de nuestro ejército.

—¡Viva el Emperador! clamó el Duque de Haro con entusiasta emocion, que se hizo contajiosa, estallando en un viva que atronó los espacios.

—Señores (replicó el Monarca con acento dolorido): por Dios, Nuestro Señor, vuestra alegría me produce mas vergüenza que júbilo. La Santidad de Clemente VII se halla retenida en prision en el Castillo de Sant-Angelo.

—*Luget, sine duce Sion*, (llora Sion sin Gefe) replicó el Obispo de Osma con voz plañidera.

—Desde hoy el Ilustrísimo Arzobispo de Toledo se encarga de las rogativas por la libertad del Santo Padre, á las que asistiremos con signos esteriores de dolor correspondientes á cristianos. Creed, Señores, que es altamente sensible á mi corazon filial que no se haya podido rendir al Sumo Imperante en los estados Romanos, sin que sufra en consecuencia el Padre de los fieles.

XII.

El 31 de Octubre de 1529, Bolonia desplegó el aparato mas soberbio para contribuir convenientemente á la accion mas notable del siglo XVI. El Emperador Carlos V en paz con Francisco I por el Tratado de Cambray, y amigo de Clemente VII desde el tratado de Barcelona, habia venido á Italia con el propósito de coronarse por mano del Pontífice, y al par á disponer en union de su Beatitud los grandes proyectos con que pensaba acreditar los fueros imperiales; aquella supremacía feudal Europea, que tenia por derecho la sumision al suyo de los poderes continentales y por deber

el Patronato de la Cristiandad, que la Turquía amenazaba cada vez mas alentada por los primeros triunfos obtenidos sobre la raza Esclavona; centinela del valladar de la Cruz límite de media luna.

Don Carlos penetra en Bolonia con la mayor solemnidad, que celebrara en su época acontecimiento político alguno: porque ningun suceso tan importante recuerdan los fastos de aquella era como la entrevista de los poderes supremos de las feudalidades civil y eclesiástica, en obstinada lucha por tanto tiempo; y que despues de sus alternativas preponderancias, despues de aquel cambio de anatemas contra deposiciones, iban á jurar su concordia; sin que la corona de Carlo Magno fuese hollada por la Sandalia del Apostol; sin que la Tiara de los Gregorios y los Clementes se profanara con el tacto de una diestra real.

Las campanas con su incesante clamoreo, el cañon con su hueco retronar, la plebe con su jubilosa vocería anuncian la entrada del Príncipe mas grande de su generacion. Cuatro banderas de caballos lijeros y hombres de armas ataviados con estraordinario lujo, abrian paso á la comitiva por entre el gentío, que en oleadas se apartaba de la obstruida via. Precedidos de sus bandas de pífanos y atambores seguian los Infantes de España, tan famosos en lás guerras de aquel pais; escitando la curiosidad de los Boloñeses. El Obispo de Bolonia y su numerosa clerecia aguardaban al Cesar para entonar á su aparicion el himno de alborozo mas sublime que cuenta la Iglesia en sus místicas rimas.

Los tercios italianos y alemanes y los arcabuceros de Quesada como la artillería marchaban á continuacion de los españoles. Antonio de Teiva, el héroe de Landriano que atormentado por la gota y hallándose impedido del uso de las piernas, se hizo conducir en una silla al centro de sus enemigos y en medio del estrago animaba con la voz á sus valerosas huestes, agrabado de la funesta enfermedad que debia conducirle al sepulcro, siéndole imposible montar en su arrogante corcel de batalla, era conducido en la marcha triunfal como lo fue en crítico trance de la pelea con el ejército de Francisco I; en una silla y en hombros de los soldados, que le victoreaban con entusiasta fé.

Dos heraldos antecedian á la Magestad cesárea y otros dos gen-

tiles-Hombres que arrojaban monedas de oro y plata á la multitud. Bajo un palio de oro, cuyas varas sostenian los Doctores de aquella afamada universidad, llevando en torno la juventud patricia y caballero sobre un brioso alazano, iba Carlos V, objeto de la espectacion ansiosa de la muchedumbre: espectacion tan avara que temia perder en saludarle una partícula de tiempo, que empleaba en examinar su rostro. La calumnia que se ceba en cuantos sobresalen del vulgar nivel habia pintado á los Boloñeses la noble figura histórica del siglo XVI, con los siniestros colores de un gefe de vándalos; de cáracter feroz; de tétrico semblante; modales de una brutal aspereza; trato cruel; soberbia condion, sórdidamente interesado; irascible y pérfido.

Asi los tribunos de esquina señalaron á la plebe con el seudonimo de *Godo*; al dominador pujante de la Italia y los vecinos de la egregia, sábia ciudad, se consintieron en ver á un misto de Alarico, capitan de bárbaras hordas y Luis XI, siniestro calculador, hipócrita refinado. La reaccion de las opiniones fue súbita; asi como en un cielo entoldado por masas de cenicientas nubes el traspaso de un rayo de Sol por un claro entre los densos vapores. Carlos aparecia majestuosamente hermoso á las miradas codiciosas de aquella multitud; prevenida en contra suya por la referencia de sus enemigos y por las quimeras de las vivas imaginaciones meridionales, que adornaron con la faz de un mónstruo el tipo horrendo de las declamaciones depresorias.

En vez del Tamerlan que aguardaban contemplaron un mancebo de briosa apostura y proporciones de una regularidad poco comun: grandes ojos garzos, de mirada serena, realzada la natural brillantez de sus pupilas por el rayo de júbilo, que las ovaciones públicas hacen sentir á los que tienen la conciencia de sus méritos: frente espaciosa: nariz algo curva: signo de magnanimidad, que el buril nos legó en la fisonomia de Ciro: el labio inferior saliente y caido un tanto; rasgo característico de la Casa de Borgoña, que aun dura en la estirpe imperial: la barba de un rubio entre castaño y rojo: los cabellos rizados y saliendo de la corona cesárea cortados en rededor, á la manera de los antiguos Emperadores: tez fina y de un sonroseo que hacia mas viva la emocion de su triunfal entrada:

gallardo desplante; airoso movimiento de cabeza; sonrisa de grave afabilidad; continente soberano sin altivez, y espresion dulce sin ese estudiado agasajo, que provoca los saludos estrepitosos del pueblo. Los magistrados de la ciudad formaban la inmediata escolta del Cesar y tras ellos la guardia pretoriana con los dependientes de las justicias política, civil y gubernativa.

Un procer Boloñés sobre un pernero tordillo llevaba la bandera de la Ciudad, cuyo mote *Libertas*, lucía sobre una franja azul con estrellas de platas. En torno del estandarte marchaban cuatro alabarderos, altos dignatarios de España, Austria y Flandes, seguian al Emperador. Las banderas del Imperio, España y los Paises-Bajos flotaban sobre un mar de capacetes de terciopelo, chapeados de oro y plata; deslumbrantes con los joyeles mas preciosos y guarnecidos de vaporosas plumas de varios y vivos colores. La guardia de á caballo, compuesta de tres divisiones, de españoles, tudescos é italianos, cerraba la marcha.

A la puerta de la catedral, sobre un cadalso entapizado costosamente, estaba sentado Su Santidad con vestidos pontificales, y la tiara en la cabeza. En torno del gefe de la Comunion católica y en graderías á propósito, descubríanse á infinidad de Cardenales, Arzobispos, y Obispos, Abades, Exentos, Prelados, Canónigos, Dignidades y miembros del alto clero y de las primeras condiciones monásticas. Llegó el Emperador. Los patricios de Bolonia le rodearon ayúdándole á bajar de la cabalgadura: dos cardenales tomándole en medio, y le condujeron á donde Clemente VII le aguardaba. Carlos se postro ante el Pontífice, besando la orla de sus vestidos.

—Santísimo Padre (le dijo con reverente humildad), aquí me teneis á vuestras plantas. Con vuestro auxilio me prometo conseguir los fines de un príncipe católico.

—Hijo muy amado (replicó su Beatitud dándole paz en el rostro con ternura). Loado sea Dios que os veo, y puedo decir *la paz es con nosotros*.

PARTE CUARTA.

CAPITULO PRIMERO.

Tal amo tal criado.

Catalina de Médicis al desposarse con Enrique, hijo segundo de Francisco I, se colocaba en un rango superior á las miras que podian halagar la ambicion de una mujer de su categoría. Llamarse Madama de Francia hubiera sido una ilusion muy dulce para muchas grandes damas de clase infinitamente mas ventajosa que la suya. Merecer los obsequios del Duque de Orleans, tan apuesto, tan gentil y bizarro, hubiese envanecido á mas de una princesa de las primeras estirpes reales del continente. La hija de Lorenzo de Médicis, sobrina de Clemente VII, habia logrado entrambas venturas por la rivalidad de Francisco con Carlos V de Alemania, I de España, y aquel antagonismo, que tantos desórdenes produjo, y tantos sacrificios mereció, hizo hija de Francia á la nieta de los negociantes florentinos; con sorpresa de toda Europa, que no podia persuadirse el envilecimiento del Valois coronado, hasta himeneo tan monstruoso.

Pero el prisionero de Pavía que no perdonaba medio de frustrar los propósitos de su eterno adversario Carlos de Gante, consumó la obra que la Europa le negaba á creer sériamente propuesta, y aun tuvo la audacia de aplaudirse como de un famoso golpe de estado aquel enlace desigual, que amenguaba su crédito sin reportar ninguna ventaja positiva. Los Médicis habian merecido á Carlos una proteccion generosa, desde que un Pontífice de su familia ocupaba la silla de San Pedro; pero Francisco se propuso

captarse la benevolencia del Papa y no halló espediente mas seguro que brindar á Catalina la mano de su segundo-génito.

Carlos habia hecho dos visitas á Clemente. Francisco compró con la la humillacion de semejante boda el brillante espectáculo de recibir en sus dominios al Gefe de la Cristiandad, que abandonando sus estados se embarcó en estacion poco favorable y abocóse en Marsella con su *hijo en Jesucristo*, el amigo y aliado de Soliman. Aun despues de verificado el consorcio, ni Francisco, ni Clemente osaron descubrir sus planes contra el Emperador. El prisionero de Madrid y el de *Sant-Angelo* consignaron en el contrato matrimonial la renuncia de Catalina á todos sus derechos y pretensiones en Italia, á escepcion del Ducado de Urbino; mientras que el Papa dejaba dirigir al sucesor de Carlo-Magno el asunto del divorcio de Enrique de Inglaterra, llenando las exigencias todas del rey de España y teniendo que ceder á las decisiones de mayoría de cardenales adictos á Carlos, quienes sostenian la validez del matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Austria y la invalidez del celebrado con Ana Bolena.

Asi es como Clemente VII comprendia la política y se manifestaba á las miradas del orbe, tipo de doblez y debilidad. Asi es como al paso que parecia enemistarse con el uno, afiliándose al otro, comprometia sus propios intereses sirviendo los de aquel á despecho de los votos de este. Asi es como mientras amenazaba indirectamente á Carlos, emparentado con su acérrimo enemigo Francisco, y prodigándole inauditas distinciones, desairaba la intervencion de Francisco á favor de Enrique VIII y se preparaba á espedir aquella bula terrible que debia segregar á Inglaterra de la comunion apostólica; rayo que Carlos le precisó á fulminar.

Tal fue este hombre de quien el Ohispo de Pamplona, historiógrafo de Felipe III y autor de la vida del Emperador, dice: *Este fue el fruto que sacó Clemente por su mala y ambiciosa condicion, sin quererlo el Emperador, ni pasarle por el pensamiento*. (Hablando de las perfidias, que motivaron aquella guerra, en que Roma fue tomada y entregada al saqueo).

Volviendo á la hija de Lorenzo de Médicis; la jugada de Francisco la dió posicion muy distante de sus esperanzas; pero en cuan-



Cárlos V.
Lám. 16.

to á felicidad ninguna. Su marido que se conceptuó sacrificado á los planes paternos, la consideraba causa de su humillacion, y harto tuvo que hacer para disimular la repugnancia que por ella sentia. La disparidad de caracteres contribuia en gran modo á mantener á los consortes en alejamiento desdeñoso. Enrique era indulgente al esceso; afable con sus inferiores; espansivo; afecto á las conversaciones libres; inclinado á burlarse de los asuntos serios; libertinamente galanteador; amigo de las artes, pero exijiendo á pintores y escultores rasgos de voluptuosidad, á los poetas trovas licenciosas y á los músicos cantos escitantes.

Enrique personificaba bien la éra de la disolucion cortesana en el pais franco; éra escandalosa de Francisco I, que Enrique II continuó y que hicieron conocer á España Isabel, muger de Felipe II; á Lorena Claudia, esposa de Carlos III; á Navarra Margarita, consorte de Enrique de Borbon; todas tres damas dignas hijas del segundo-génito del primer Valois, ascendido al trono de Hugo Capeto.

Catalina era el reverso de la medalla. No perdonaba la mas leve ofensa; imponia el temor con la magestad severa de un continente helado; se manifestaba enemiga de la comunicacion familiar; alardeaba un respeto profundo á las prácticas religiosas; se entretenia en oir versar asuntos graves, y no podia ocultar su aficion á las ciencias secretas, de que poseia difusos tratados y sobre las que celebraba recatadas y largas consultas.

Catalina era el reflejo de aquella Italia sombría del siglo XVI, tan abundante en hombres singulares, mónstruos de perfidia, de refinada hipocresía, de mañosa traicion, de peligroso saber: aquella Italia descreida pero ceremoniosa, que al par contrariaba el dogma santo y cumplia con las brillantes esterioridades de un culto esplendoroso; aquella Italia de pensamiento gigante y fuerza pigmea, que no atreviéndose á obrar á la luz del dia y á formular sus pretensiones, empleaba la astucia cuando menos, recurriendo al crímen con la faz risueña y la conciencia muda; aquella Italia donde Dios habia encerrado tanta poesía, tanto genio, tantos elementos de grandeza que Satanás esplotaba para dar tinte romanesco á los siniestros dramas de una ambicion rastrera, á los planes misteriosos, involuntarias simpatías, á su nefanda historia. Con tal diversidad de propensiones Catalina y Enrique vivieron los prime-

ros años en un estrañamiento repugnante; galanteando Enrique á las damas de la corte descaradamente; altiva y serena al parecer Catalina; pero devorando su furor y consumiéndose de rabia al advertir la especie de ceño con que se la recibia en las reuniones palaciegas.

Para colmo de infortunio su santidad Clemente VII murió el mismo año del enlace fatal de su sobrina, y viendo sin resultado su plan, el rey concibió profunda aversion á la Médicis; permitiéndose chanzonetas picantes y epígramas crueles acerca de su nuera, que la corte entregó al vulgo y contribuyeron á escitar esa antipatía de los franceses hácia la famosa Florentina. La hija de Lorenzo disimuló su agravio, aguardando la ocasion de poner en práctica los atroces recursos de su imaginacion fecunda, y acechando el instante en que pudiera abrir curso á sus disposiciones para el mal. Hizo venir de Florencia cuatro lindas jóvenes de familias patricias, que la sirvieran de damas y cuatro niños de quince á diez y siete años en calidad de pages.

Las damas hicieron efecto en la corte, por esa hermosura meridional. Los pajecillos escitaron un sentimiento de complacencia, y hasta el mismo rey quiso le fuesen presentados aquellos púberos de dientes nacarinos, de cabelleras rizas de ébano; ojos negros, rodeados de largas pestañas; talle femenil, y voces suaves. Maese René, químico esclarecido, hábil perfumista y erudito varon, vino á fijarse á París á instancia de Catalina. Abrió su tienda y puso en la muestra del establecimiento su calidad de proveedor de la Duquesa de Orleans. La Florentina tuvo cuidado de regalar algunas pastas de jabon odorífico, que suavizaban las manos y no consentian el menor paño en el cutis que humedecieran. Distribuyó entre diferentes señoras cajitas de polvos dentríficos, que dando un blanco estraordinario á la dentadura, mantenian en la boca una frescura suave impregnando el aliento de aromas deliciosos. Acreditó la costumbre de distinguirse por un olor constante, empleando la misma esencia, en pomada, jabon, polvos y aguas; poniendo en boga esa elegante manera de singularizarse la mujer, como la flor por su perfume peculiar.

Asi naturalizó en Francia al químico Florentino y preparó la existencia de un cómplice á su lado sin escitar las sospechas. Así comenzó por popularizar los objetos de lujo en que se proponia en-

volver la muerte, con las formas del obsequio. Asi se disponia cobrar fama de liberal que la permitiese remitir á los objetos de su odio su venganza en unos guantes perfumados, como aconteció con la Madre de Enrique de Navarra.

La hermosura de las jóvenes al servicio de Catalina, la atrajeron algunos señores, que con su rendimiento y consideracion se procuraban el acceso hasta su cámara y el gusto de contemplar de cerca á las patricias florentinas. La conquista que mas estimó fue la



de Francisco, el Delfin. Catalina tuvo buen cuidado de amaestrar á sus damas en el arte de entretener los anhelos de sus adoradores, sin comprometer imprudentemente su honor. Por medio de Leona Casa-bianca, la mas garrida de sus doncellas, objeto de los deseos apasionados del rendido Delfin, fue colocado Sebastian, conde de Montecuculi, Caballero Ferrarés, amigo de Catalina, en la categoría de Sumiller de la cava de S. A. el heredero de Francisco.

La Sobrina de Clemente VII se proponia igual objeto con los

pajes, para obtener el partido que deseaba. Ella conoció que la voluptuosidad llevaba al hastío irremisiblemente: que una vez agotada la sensibilidad por el esceso de los goces libertinos, los caprichos estravagantes, las propensiones á lo estraordinario, las inconcebibles aberraciones, eran el frnto del cansancio físico y el ánsia de placeres; hidropesía moral que como la corpórea reune la sed insaciable á los destructores efectos de su satisfaccion.

Adivinó la moda de los galanteos desiguales en que una alta dama, saturada de fruiciones amorosas, se procuraba á costa de las atrevidas insinuaciones y hasta de la provocacion descarada, las primicias del corazon de los pajes florentinos. Su privilegiado instinto la hizo comprender que las mugeres estragadas se aburren de la monotonía en las intrigas amantes y como los gastrónomos buscan en condimentos raros sensaciones nuevas al paladar, ellas prueban incandecer su temperamento con emociones fuera de la órbita de lo comun.

Entró en su cálculo lo grato que es para las hembras de cierta edad la iniciacion de un adolescente en los misterios de la vida galante y contó con esa inclinacion femenil, que hizo jugar tan importante papel á los púberos en la licenciosa Roma y á los pajecillos en los tiempos tan famosos de la regencia en Francia. La visita de muchas damas de la corte, hasta aquella época despegadas con Catalina, la probaron el primer sentimiento de curiosidad escitada. Pronto pudo apreciar la exactitud de su idea por el aura de popularidad que rodeó á sus apuestos pajes y la noticia de ciertas aventuras que no la permitieron dudar de su feliz pensamiento. Educados para satélites de la Duquesa de Orleans aquellos preciosos jóvenes de uno y otro sexo, secundaban á las mil maravillas los proyectos disimulados de su señora.

Si la Francia hubiese podido penetrar las combinaciones siniestras de la hija de Lorenzo de Médicis, y la parte que sus compatriotas tenian en tan negras tramas, hubiera llamado á estas mugeres encantadoras, á estos niños tan bellos *los cachoros de la Tigre*. Pero la Francia no estaba para penetrar el pensamiento sombrío de aquella dama italiana. Del pueblo de entonces se podia decir lo que Fígaro escribe de nuestro pueblo: *el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende el pueblo nó sabe comprender*.

La clase media, si tal puede llamarse al cuerpo de nogociantes,

profesores, letrados y ciudadanos de mediana fortuna, no se mezclaban en asuntos políticos, como las gentes de alta gerarquía, desdeñándose de tomar parte en las hablillas del vulgo. La corte está retratada perfectamente por Mezeray que la presenta *lisonjeando una impudicia pródiga en recompensas, y suministrando entretenimiento á un sexo que quiere reinar entre brillantes fruslerías.*

. . . .

. . . .

En la antecámara de la Duquesa de Orleans existen dos pajes de guardia, relevándose cada dos horas la pareja. La guardia no puede ser mas cómoda. Dos otomanas paralelas sirven de lecho á los guardianes, que en una somnolencia oriental la mayor parte del tiempo; teniendo muy rara vez que levantarse para anunciar á su señora una visita.

Alessandro Bergonesi y *Andrea Servito* son los pajes de servicio en el punto en que introducimos al lector en la antecámara de Catalina. *Alessandro* es un mancebo de diez y siete primaveras: *Andrea* un púbero de quince abriles: *Alessandro* es de una belleza viril: *Andrea* de una hermosura femínea. El primero es bien dispuesto y gallardo: el segundo es precioso y atractivo. Promete el uno el desarrollo de las naturalezas fuertes: el otro la gala de las organizaciones delicadas. *Alessandro* acaricia un sedoso bello que va cubriendo su labio superior. *Andrea* pasa una mano de niña por su cabellos de un negro azulado. *Alessandro* podria representar el tipo de aquel Ganimedes, hijo de Tros, que la fábula pagana nos dice arrebatado por Júpiter al Olimpo, merced á su hermosura: *Andrea* el de aquel *Sporo*, hermafrodíta con quien el infame Neron se casó públicamente y cuya belleza femenil realzada por la púrpura imperial, paseó por la Italia y la Grecia el digno hijo de Agripina. Entrambos jóvenes eran á propósito para servir de instrumento á la Duquesa: lo que da á entender, que los dos tenian corazon perverso, inteligencia viva, y sumision ciega á su señora.

Bergonesi era maligno con la malignidad de los hombres, que denotan con un fruncimiento de cejas en presencia del objeto aborrecido. *Servietto* era malvado con la perfidia de una muger: sonreia delante de su enemigo; halagaba al que temia y era dueño

de sí mismo hasta el punto de chancear cuando estaba meditando en su venganza.

Bergonesi era impetuoso en su accion: *Servietto* calculador del plan y sagaz en la obra.

El adolescente llevaba una fina cota de anillos de plata y acero; de su cinturon pendia una espada corta, y su gorra estaba adornada con una pluma de color rojo. El púbero vestia de brocado: apenas se distinguia atravesado en su cinturon de terciopelo un puñalito, dije precioso de empuñadura de oro y punta envenenada; su gorrilla estaba exornada con un joyel de sumo precio; pomito secreto que contenia una ponzoña de las mas activas.

Bergonesi se paseaba por la antecámara, cruzados los brazos, la vista en la alfombra, que cobijaba el pavimento, y en vez en cuando se paraba, movia la cabeza en signo pesaroso y continuaba su paseo.

Servietto recostado en la otomana con esa lindeza de posturas que hacen tan graciosos á los gatos pequeños, ya jugaba con los flecos de los almohadones; ya incorporándose vivamente seguia el curso de los paseos de su colega; ya reclinando la cabeza en el muelle respaldo del sofá cerraba los ojos en esa inercia de alma y cuerpo que los italianos denominan *far niente*, y que nuestra palabra *indolencia* no abraza en todas sus acepciones.

Aquel dia los pages habian tenido mas trabajo que de ordinario. El duque de Orleans vino á pasar un cuarto de hora en compañía de la Duquesa. Despues llegó el caballero de *Franc-cœur*, uno de los que transijieron con la Médicis á la recepcion de la servidumbre italiana en el palacio *des Tourelles*. Mas tarde se presentó el Capitan Estocada, maestro de armas de los príncipes, favorito del Delfin, que iba á reunirse con su señor á *Valence*, y se despidió de la Duquesa. Maese René, el perfumista, se halla en la cámara de la florentina en el momento.

Volviendo á nuestros jóvenes, Andrea dirigió una mirada burlona á *Alessandro*, que continuaba sus lentos giros por la antecámara. El púbero cantó á media voz: *D' amore il sen trafitto* (1), *provo crudel mártir, de amor per té é delitto, vidieccimi á morir. Punito sono assai...*

(1) De amor traspasado el seno, sufro crueles martirios: si amarte es un crimen, me reduce á morir. Bastante castigado estoy.

—¡Calla, maldecido de Dios! gritó *Bergonesi*, que á la mitad de la estrofa se habia quedado suspenso escuchando. El púbero siguió su canto : *Pieta per me*, *Leona* (1).

—¡Calla, miserable! repitió *Alessandro*, acercándose á *Servietto* con aire de terrible amenaza.

—¿Es á mí la intimacion? preguntó el gracioso muchacho con la estrañeza mejor finjida.

—A tí, á tí mismo, respondió *Bergonesi* con muestras de furor.

—¡Donosa ocurrencia! (esclamó el niño con voz suave y sonrisa maliciosa: ¿No puedo cantar de dia lo que aprendo de noche?

—¡Espía mezquino! (repuso el mancebo) ¿Has recibido la comision de seguir mis pasos, y sorprender mis secretos?

—¡Sus secretos! ¡sus secretos, dice! (interrumpió Andrea riendo) ¡*Per Dio Santo*! ¡Famoso secreto el que se lee en tus ojos; se oye de tu boca, y no hay en palacio quien lo ignore!

—¡Mientes, infame!

—*No me di un boja* (2). Hasta los últimos palafreneros saben que el page *Alessandro Bergonesi* se muere de amor por la dama *Leona de Casa-bianca*.

—¡Maledizzion di Dio! (dijo Bergonesi apretando los dientes y levantada la mano sobre su compañero). Calla, víbora, ó te aplasto.

—*Andrea* palideció, y su mano delicada apoderóse del puño de su estilete.

—Cuidado, Señor Alessandro, (repuso con una calma irónica) no toqueis á la víbora, porque podria muy bien haceros sentir sus colmillos.

—Pues respeta los secretos de tus iguales, contestó el adolescente mas tranquilo.

—Así me gusta, hablemos en paz, (añadió *Servietto*). Bien sabes que soy un chico sin malicia, y escelente para amigo.

—Sí (respondió *Alessandro* con amargura , un ángel de bondad; un *Gesu-bambino* (3).

—No tanto; no tanto ; pero poco menos.

—Sí; poco menos, repitió *Bergonesi*, comenzando de nuevo sus paseos.

(1) Leona, apiádate de mí.
(2) Nombre de un verdugo.
(3) Niño Dios.

—Vamos, (dijo el pajecillo tomando un aire de benevolencia); tratemos de tu negocio como buenos camaradas. Ven acá; siéntate á mi lado.

—Gracias, replicó secamente *Alessandro*, continuando sus compasados giros.

—*¡Per Dio!* Me desairas.

—No quiero sentarme: esto es lo que hay.

El púbero empezó á cantar: *Punito sono assai; pieta per me Leona.*

—Bergonesi se acercó al sofá, y asiendo por un brazo á su colega le arrojó contra los almohadones lleno de furia, Andrea se incorporó riendo.

—Bien (dijo): Al fin te reunes á mí. Siéntate.

—Andrea (repuso *Alessandro* moviendo la cabeza con reconcentrada ira): vuestros juegos tendrán algun dia trájico final.

—Profeta del horror, no vaticines, replicó con entonacion burlesca el perverso paje.

—Abusais de la paciencia de cuantos tienen la desgracia de vivir á vuestro lado. Reís de todos y de todo. Para vos nada respetable, ni en la tierra ni en el cielo.....

—El que os oyese creeria que he violado alguna vírgen púdica, ó robado el camarin de una *Madonna.*

—Creedme, *Andrea*; si llegais á penetrar el misterio de un amor terrible y escondido, no jugueis con el secreto, porque los desesperados son malos enemigos. *Servietto* hizo sentar á su compañero tirándole violentamente de la ropilla.

—¡Aquí! (esclamó). ¡Aquí cerca, para que pueda yo hablaros en voz baja! ¡Imprudente! ¿Por qué bajásteis anoche al jardin á cantar endechas amorosas bajo las ventanas de los contiguos retretes?

—¡Me habeis seguido, Andrea!

—Yo solo, por fortuna.

—¡Nadie mas!

—Nadie. Pero ven acá, topo. ¿Cómo pretendes que ande oculto amor que rebosa en serenata, que por fuerza han de oir las camaristas?

—*Andrea*, yo estoy loco.

—Es verdad, replicó el niño con mofadora sonrisa.



Cárlos V.
Lám. 17.

—Y ved si estoy fuera de juicio (continuó *Bergonesi* con un suspiro penoso), que estoy á punto de confiaros mi pesar, un minuto despues de la idea de mataros.

—Que esa idea no torne á vos (repuso *Serviello* con una mirada significativa), porque pudiera acarrearos malas consecuencias. En cuanto á contarme vuestros sufrimientos fuera inútil: los sé mejor que vos mismo.

—Y os burlais.

—Sí; me burlo.

—Porque no tienes corazon, demonio (esclamó el mancebo con el encono mas profundo).

—No, (respondió con gravedad el pajecillo). Me burlo porque tengo demasiado corazon para permitirte debilidades; porque te creia mas conocedor de tus circunstancias; porque eres un miope.

Bergonesi bajó los ojos en su confusion.

—Mira (prosiguió el infernal florentino), yo te amaba de antes... te amaba porque eras travieso y diabólico, y yo me inclino á los que son así. Te amaba ¡*per la madonna*! como un hermano, y el dia en que supe que vendrias conmigo á Francia al servicio de la *Signora*, sentí un gozo infinito..... *Alessandro* asió la mano de *Andrea* con emocion afectuosa. Los que sufren mucho agradecen estraordinariamente el menor testimonio de simpatía.

—Nos embarcamos en compañía de esas lindas muchachas, y recuerda que ni una vez me acerque á ellas en la travesía...

—Tú, *Odalberto Brandini*, y *Cesare Badamasco* las haciais la córte asíduamente. Que *Odalberto* y *Cesare* fueran nécios, nada me importaba; que tú te permitieras ser estúpido, me lastimó en gran manera. Acuérdate que una noche, al retirarnos al camarote, me aparté á un lado contigo afeándote el papel de *cabalier seroente*, que venias haciendo con Leona....

—Me acuerdo, dijo *Alessandro* con tristeza.

—Tú me respondiste que no estabas en el caso de mostrarte descortés; y entonces te dije: *Bergonesi*, nada de compromisos! Deja llegar el porvenir. Y ¡qué ha sucedido! (añadió Andrea). Lo que yo habia previsto. *Odalberto* y *Cesare* han olvidado sus galanterías una vez en la córte. El uno es el amante de la duquesa de *Beaulieu*; el otro cortejo de la señora de *Grandpas*; mientras

que tú llevas en el corazon la hiel de los celos, y Leona se engrie en los sueños del orgullo y te trata con desdén.

—¡*Nome di Dio!* (esclamó Alessandro) no me lo repitas, Andrea.

—¡Y quieres que no me burle, insensato! (insistió el implacable pajecillo). ¡Cómo has de rivalizar con Francisco de Valois, Delfin de Francia! ¡Iluso! ¿No ves que en toda esa aventura de romance, en esos amores de balada entre Francisco y Leona, anda la mano de Catalina) Pues ¿qué significan esas doncellas hermosísimas traidas de Italia, sino los hilos de una trama maestra que se quiere urdir?

—¡Infame idea!

—Por eso ya no te amo, *Alessandro* (dijo Andrea con gesto despreciativo), porque mis ilusiones se han deshecho. Yo te juzgaba capaz de una intencion mañosa, dotado de perspicacia, dueño de someter el corazon á la cabeza; ¡*Sangüe di un boja!* Y todo al revés; llamas *infame idea* á un pensamiento feliz; que te paras en los medios antes de conocer el objeto, y pesas el mal y el bien en la balanza de la conciencia, sin consultar con la utilidad, principio eterno de toda conducta prudente.

—Todo lo he perdido, *Andrea*.

—Y lo que aun perderás, *Alessandro*. La *Signora* conoce tu ridícula pasion, y empieza á encontrarte demasiado estólido para su servicio.

—Ya se vé (repuso *Bergonesi* con amargura), yo no soy tan á propósito como tú para el servicio de la *Signora*.

—Por eso estás de sobra mientras yo gozo las ventajas de una predileccion lisonjera, respondió Andrea con altivez.

—Pues bien (esclamó el jóven con resolucion desesperada). El dia en que me juzguen inútil aquí, marcharé al éjército. Por fortuna hay guerra, y guerra encarnizada: el vencedor de Soliman y de Barba-Roja, que invade la Provenza con cuarenta mil infantes y diez mil ginetes, y una armada poderosa, al mando del almirante Doria: el Rey de Francia que fortifica á Marsella, Alles, Tarascon y Beaucaire; desocupa y desmantela á Aix y Antibes; abate los caseríos rústicos; echa por tierra los molinos; destruye los hornos; incendia las mieses, y reduce á cenizas el forrage de sus campos; el emperador que sitia á Marsella: el Rey que sitúa su

primer cuerpo de ejército en Cabaillon á las órdenes de Mont-morency, y capitanea el segundo retirado en *Valence*.... ¡Famosa espectativa!... Habrá choques sangrientos; batallas terribles... Allí está la gloria para los que la codicien: allí está la muerte para los que la busquen....

—¡Bravo, señor Marte! repuso *Andrea* dando una carcajada.

—La vida de paje no es para mí, Servietto.

—Pero lo malo es que ya os conocen por del oficio, y que por consecuencia vuestros espíritus belicosos van á merecer la rechifla mas atroz que os podeis imaginar. Para salir del servicio de la *Signora* necesitas su licencia.... Alessandro se estremeció. Ahora bien: figúrate los sarcasmos de Catalina cuando sepa que uno de los Adonis de su ante-cámara pretende ajar su cabellera rizada dentro del casco, afear sus manos con las aceradas manoplas, decirte con aquel acento de timbre tan particular....

—Bien, bien (se apresuró á decir *Bergonesi*). Haré que pidan en mi nombre el permiso.

—Supongamos que así suceda; que te otorguen tal permiso, ¿en qué calidad vais á entrar en el ejército.

—Soy de ilustre sangre (contestó el enamorado de Leona con orgullo), serviré de hidalgo aventurero.

—¿Y en qué cuerpo?

—En cualquiera.

—En las tropas feudales no te aceptan; ya sabes que los italianos son antipáticos á esos señores.... En los tercios del Rey serias el hazme reir de la canalla militar por tu figura de dama esbelta. Al primer signo de cansancio, á la primer comodidad que te procurases, estallaria la zumba de la insolente soldadesca. Aquellos lansguenetes cargados de hierro; aquellos suizos mas duros que sus corazas, aquellos peones ligeros, que desconocen el reposo, reunirian sus mil voces en un grito solo; *¡¡Ux el paje!! ¡¡Ox el mancebillo!!*

—*¡Poter di Dio!* (esclamó *Alessandro*). ¿Y por qué supones que no soportaré las fatigas?

—No supongo; estoy seguro de ello. Pon la mano sobre el corazon y respóndeme. ¿Eres bastante bravo para avanzar en línea con doscientos diablos hácia donde te aguardan otros doscientos lanza en ristre, espadon levantado, ó el arcabuz sobre la horquilla?

—Yo soy capaz de todo ; estoy desesperado; los desesperados matan ó mueren.

—La educacion hace al hombre, (dijo sentenciosamente Andrea) y nuestra educacion ha sido mugeril. Desde la infancia se nos hizo habitual la molicie.

—Tienes razon (repuso el mancebo con desaliento), somos unas miserables mugercillas.

—No, (contradijo *Andrea*). Somos pajes. Pertenecemos á una condicion social, como cantor de coro y oficial de arqueros; con nuestra educacion á propósito, nuestros ejercicios y nuestra carrera. Los tiempos antiguos y los modernos se corresponden por mas que lo nuevo se burle de lo viejo. Los eunucos eran los pajes de la antigüedad ; pajes mutilados bárbaramente, y que sus dueños querian hacer conformes con su destino por medio tan cruel: nosotros sufrimos la mutilacion moral y constituimos el lujo de la servidumbre.... Nace uno de buena familia y favorecido por la naturaleza. Al instante sus deudos le destinan á pajecillo de una eminencia, escelencia ó alteza real.

—Entra uno en el colegio ó se instala en casa de la eminencia, escelencia ó alteza (continuó *Servietto*), y ya sabe que su hermosura es el lujo de su señor. Untos que conserven la frescura de la tez ; pomadas que den suavidad y lustre á la cabellera; polvos que mantengan el esmalte de la dentadura, aguas odoríficas que le incuyan de un trastornador aroma. Tañer el laud; recitar historias, conocer el genial de los escelsos personages; adquirir talentos indagatorios que os permitan entretener la hora de tocador de vuestra señora con relatos de aventuras galantes y chismecillos de las familias conocidas; el arte de haceros preciso....

—Veo que no supieron elegirme estado, dijo *Bergonesi* melancólicamente. Comprendo el secreto de esa prostitucion infanda.

—Los grandes señores suelen pagar la pena de esta obra (continuó Servieto) y los eunucos físicos y los morales cuentan en su tabla cronológica hechos secretos y públicos que así lo acreditan, desde que forman á los que les rodean seres mistos, el ingenio femenino y el talento viril, la perfidia mañosa de la muger y la resolucion del hombre dan su fruto. Mira, *Alessandro* ; yo que vine á Francia niño insignificante, al parecer he tomado posicion, y po-

sicion que promete; porque comprendiendo mi destino he procurado llenar sus condiciones.

—Eres un diablo de astucia, *Andrea* (repuso con franca admiracion *Bergonesi*), y Dios te ha dado una máscara de génio del bien para cubrir tu alma tenebrosa.

—*Servietto* enorgullecido prosiguió: la signora me ama....

—¡Qué dices! esclamó sorprendido *Alessandro*.

—Digo que me ama, como á un hijo digno de ella. Algunas noches me hace entrar en su retrete, favor que debo á mis quince años, á mi estatura pigmea, y al airecillo cándido que sé dar á mi fisonomía... Allí me hace sentar sobre sus rodillas; juguetea con mis rizos; me escita á que la hable, y no pocas veces premia mis palabras con besos cariñosos.

—Eres muy feliz, observó *Bergonesi*.

—Sí; feliz porque encuentro ocasion de plegar poco á poco el velo y descubrir á Catalina los tesoros de mi inteligencia que puede esplotar. Soy el niño favorito que puede llegar á ser el valido. ¿Entiendes? Si yo fuera tan tonto como tú, á estas horas estaria loco de amor.

—¡Por la *Signora*!

—Sí, *¡nome di Cristo!* por la *Signora*. Si la vieras, *Alessandro!* ¡Si la vieras de noche! á solas en su aposento; sin toca, sin manto, con un ropon negro de trasparente gasa; los brazos desnudos hasta los hombros; el pecho mal velado; con aquellos ojos deslumbradores; aquellos labios húmedos! *Fulmin celeste!* Daria uno la mitad de su sangre por ser el Duque de Orleans media hora....

—¡Tú tambien! se apresuró á decir Bergonesi con alborozo.

—¡Yo enamorado! (contestó tranquilamente *Andrea*). ¿No es esto lo que ibas á decir? Pues no tengo demasiado talento para consumirme en deseos imposibles. Para mí seria la última fatalidad que Catalina tuviese un capricho de gran señora por su favorito. El capricho pasaria y el paje *Servietto* seria despedido; porque su presencia recordaba un lance vergonzoso para su señora. Volver á Italia sin realizar mis ambiciosos designios era la muerte.

—¡Quién pudiese olvidar! replicó *Alessandro* con un suspiro dolorido.

—Procúralo al menos. Hay composiciones mágicas que facilitan el olvido.

—Las pagaria á peso de oro.

—Maese René las puede.....

—La puerta de la cámara de Catalina se abrió para dar paso á el perfumista florentino.

—¡Hola, señor René! dijo *Andrea* saltando de la otomana, y yendo al encuentro del peligroso químico.

—*Bergonesi* se acercó respetuosamente.

—¡Siempre tan jovial y simpático! esclamó el florentino acariciando al favorito de su señora.

—Escuchad, maese (repuso *Andrea* bajando la voz): un compañero mio necesita celebrar una sesion secreta con vuesamerced.

—¿Sobre mi profesion principal? preguntó René con intencion.

—Sobre los ramos de adorno, contestó *Servietto*.

—De nueve á diez de la noche estoy á disposicion de los que me consultan.

—Creo que se trata de un filtro....

—¿Para hacerse amar?

—Para poner en olvido un amor insensato.

—Me parece prudente acuerdo.

—¿Y qué seña le abrirá las puertas de vuestro retrete?

—Que diga á mi criado *discrecion* y se le franqueará el acceso.

—Creo que pagará generosamente la composicion que le procure el olvido de su afecto fatal.

—Adios ¡hasta la noche! y el perfumista salió de la antecámara.

—Pardiez (dijó para sí el proveedor de Catalina). ¿Se propondrá ese precioso muchacho sustraerse al imperio de la fascinacion de la Médicis?..... Los elogios que la Duquesa me hace de su favorito.... Esa singular demanda del predilecto.... Ruede la bola.

—Ya lo has oido *Alessandro* (esclamó *Andrea*) de nueve á diez de la noche; por seña, *discrecion*: llevas un puñado de escudos... ¿Te hace falta dinero?

—No.

—Consulta el caso á maese; pero sin decir el nombre de la muger; porque Leona es nombre rarísimo en Francia; te facilita la bebida; sigues sus consejos, y á curarse, y á no perder de vista que esta es nuestra tierra de promision. Aquí está nuestra fortuna.

—¡Ojalá surta efecto!....

—El filtro para poner en olvido, concluyó *Andrea*.

—El filtro para hacerse amar, murmuró *Alessandro.*

Una jóven dama penetró en la antecámara. Se la hubiese creido una reina, si las reinas fuesen como se las figura el niño imbuido en las consejas, de princesas hermosísimas y reyes magnánimos; ó el hombre de la vida agreste que concibe las personas reales de naturaleza mista de divina y humana.

—Anunciadme, dijo con acento imperativo á *Bergonesi*, que al verla se puso de pié, pálido y trémulo de confusion.

Andrea mereció una sonrisa graciosa á la bellísima jóven.

Alessandro abrió la mampara de la cámara, y dijo con voz trémula:—*La Signora Leona di Casa-bianca.*

—*Avanti*, le respondieron.

Leona, oyó el permiso y entró.

—*¡Nome di Dio!* (esclamó Bergonesi, tornando al lado de *Servietto*, despues de cerrar la puerta tras de Leona).

—¿Has visto á esa muger, Andrea?

—Silencio, advirtió Andrea.

La puerta de la cámara tornó á girar sobre sus goznes.

Leona de Casa-bianca evacuó el aposento apresuradamente.

¡Y te ha sonreido! murmuró con sorda rabia *Bergonesi.*

—Es la táctica. Afabilidad al indiferente; desdenes al apasionado.

Leona apareció á la puerta de la antecámara en compañía de un caballero.

Cuando le vió *Bergonesi* apresuróse á ejecutar la misma operacion de antes.

—Signor Comte Sebastiano di Montecuculi, anunció.

—*Avanti*, le respondieron.

El anunciado entró en la estancia de Catalina.

Leona se retiró.

Bergonesi hizo un signo de espera á *Servietto* y abandonó la guardia.

—¡Bah! (esclamó *Andrea*). Este galan de romance no hará fortuna ni con su amada ni en la córte.

CAPITULO II.

Cada oveja con su pareja.

Catalina de Médicis era hermosa; pero de una hermosura terrible, y que involuntariamente imponia pavoroso respeto. Sus grandes ojos de pupila negra y reluciente brotaban dos rayos de irresistible fascinacion. Los párpados de aquellos ojos tenian una fijeza admirable, y su pestañeo era raro al par que imperceptible; lo que hacia la mirada de la florentina profunda, indagadora, incontrastable. Sostener aquella mirada sin bajar la vista á su primer encuentro, pasaba por una prueba de audacia y valor.

La belleza meridional lucia sus encantos en aquel cuerpo; cárcel espléndida de un espíritu, que mas bien que un átomo del aliento de Dios podia creerse una infecta partícula del hálito maldito de Satanás.

Rosados labios; color moreno, de ese tinte ambarino tan suave, de ese dorado tan transparente; redondez graciosa de formas; brevedad delicada de mano y pié; cuantos atractivos constituyen el tipo de la hermosura en el Mediodia, otros tantos resaltan en la Duquesa, y parecen deber concitarla simpatías universales.

Pero el aire de la Médicis escluye la confianza que es el primer antecedente de la atraccion, y en toda su persona se advierte cierta intencion ejercitada que hace su trato difícil y penoso; su atencion pesquisidora y sospechosa; su distraccion pérfida; su accion mas indiferente, cautelosa y estudiada. Una atmósfera de repulsion involuntaria circula á la sobrina de Clemente VII. Así se comprenden los diez primeros años de esterilidad de la Duquesa; ardiente hija de la cálida Italia, que en otros diez dió á la Francia diez herederos de Enrique II.

Su marido la llamaba *terrible hermosura*.

El Rey Francisco solia denominarla *Semiramis*.

Y en efecto, Catalina ofrecia un recuerdo de aquellas mugeres históricas, que rodearon sus tronos de la aureola de su privilegiada belleza; del prestigio de sus peligrosos talentos y su magnificencia, cercándose de orgullosa pompa; hasta preparando como Ju-

lio II un asilo de incomparable magnificencia á sus restos. La modesta casa próxima á una fábrica de tejas (*Tuillerié*), se convirtió en palacio á la órden de la Médicis, y Filiberto Delorme y Juan Bullant, sus constructores, trazaron el portento que Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV, Napoleon y Luis Felipe han recibido para envanecerse pródigamente.

Como Cleopatra conspiró contra un hermano que hacia sombra á sus proyectos ambiciosos, y el veneno dió cuenta del obstáculo de una codicia insaciable de dominacion.

Elevada cual Agripina á un rango que ni se atreveria á sospechar, meditaba su engrandecimiento por las vias del crímen misterioso. Agripina contaba con Locusta: Catalina con maese René.

Era de ver aquella dama, dotada tan profusamente por la naturaleza, esquivar los adornos brillantes, los colores vivos, las galas bizarras; vestir rigorosamente de negro; llevar el traje hasta la garganta, que aun la gola de encajería receptaba entre sus rizados espesos; ocultar su cabellera de ébano en una especie de cofia, que avanzaba hasta su rostro en forma de visera de morrion, y por detrás suspendia un largo y tupido velo; usar del azabache y el acero en cadena, cinturon y brazaletes, y presentarse los dias de corte, severamente sencilla entre el boato de las damas y el fausto de los dignatarios del reino.

La elegancia natural de Catalina desdeñaba el lujo como medio de distincion; pero tambien se captaba las antipatías de los cortesanos con afectar este desden al atavío esplendoroso; desden que unos tomaban por altivo despego de una orgullosa engreida; que otros creian reprension del lujo ostentoso, sugerida por un ascetismo repugnante; que no pocos juzgaban una manera de singularizarse en medio de tanto aparato y fastuosidad.

Mas erraban los que así aventuraron juicios sobre la sencillez del vestir de la Duquesa.

Catalina sabia estudiarse y se conocia perfectamente. Queria inspirar la reserva y la consideracion, y nada mas á propósito para este objeto que un continente magestuoso en su severidad y notable por el contraste de sus graves modos con la versatilidad y las frusleras brillanteces de una córte futil y disipada.

Cuando el Conde Sebastian de Montecuculi fué introducido en

la cámara de su escelsa amiga, esta leia con atencion suma un pliego importante acabado de traer por un posta.

Levantó los ojos del papel, sonrió con benevolencia al recienvenido; le hizo seña de ocupar un asiento próximo á su sillon, y prosiguió su interrumpida lectura.

El Conde tiró su capacete, ornado de un hermoso lloron blanco; sobre la banqueta cercana con un movimiento de indolente resignacion. Sentóse en el sillon contíguo al de Catalina, y se entretuvo en agitar los flecos de oro del limosnero, maestrante bordado que pendia de su cinturon.

Sebastian de Montecuculi representaba cuarenta años, cuando apenas tenia treinta y dos. La parte superior de su cabeza estaba completamente calva, y arrugas profundas surcaban su rostro, formando dos prolongadas curvas que partian de los pómulos, y se perdian en su bigote de un negro azulado; marcando su espaciosa frente con tres surcos que nunca se dilataban lo bastante para borrar tal huella de los sombríos pensamientos ó de los arriesgados azares. Aquel rostro tenia un espresion de fatiga penosa, y en todos los movimientos del Conde se revelaba cierta dejadez, indicio de un alma cansada, que devoraba el hastío, que las emociones no podian ya conmover, que se consumia en el fastidio de su agotada sensibilidad.

Sebastian de Montecuculi, de una familia esclarecida, recibió la educacion viciosa, que se daba á los ilustres primogénitos de las estirpes supremas. Desde la pubertad se encenagó en los vicios: disoluto jugador, ardiente en la orgía, infatigable en la vida aventurera, se hizo viejo antes de llegar á hombre, y gastó sus fuerzas vitales antes de complementarse su desarrollo.

Así es que á los veinte años su fortuna tocaba á la estincion; las cortesanas mas bellas no escitaban su temperamento aniquilado, y los escesos de la gula y los desórdenes de la crápula, ponian su vida en el mas inminente riesgo. Bienes, facultades, salud, todo quedó en aquel torbellino arrebatado. Montecuculi se veia en la postracion de un decrépito; á la perspectiva de una casa de misericordia. La idea del suicidio brotó en el espíritu del libertino empobrecido y consunto. «Concluyamos como principié (se decia con la calma del escéptico). El resíduo de mi patrimonio quede derrochado como lo demás. La última noche de bacanal tempestuosa, y despues una



Cárlos V.
Lám. 18.

muerte socrática. Beberemos la cicuta como el filósofo ateniense.» Una rica viuda de un señor florentino, posesora de pingües riquezas, brindó su mano á Montecuculi, y su fortuna, con esa libertad italiana, que libra á las mugeres de tantas opresoras consideraciones.

La Signora de Bessani habia sabido la determinacion del Conde, quien participara á sus camaradas en desenfreno el proyecto de final socrático, despues de la noche de borrasca. Evitar semejante catástrofe fué la idea principal de la viuda; idea que tenia algo de afecto materno, atendida la edad de la florentina respecto á la de Montecuculi.

Ha disipado su caudal ese mancebo, y trata de concluir alegremente su carrera. Démosle un segundo patrimonio, y será cuerdo con la esperiencia de lo pasado.

Y al efecto se procuró una entrevista con Sebastian y quedó prendada de su talento, de su imaginacion fecunda y sobre todo de aquella indiferencia cínica con que referia su vida pasada; de aquella sangre fria con que versaba punto tan horrible, como el proyecto de un suicidio.

Despues de lamentar el empleo de juventud tan bien dotada, la viuda propuso al jóven seguirle á Florencia, y enredarse en las intrigas políticas de que era teatro la patria de los Médicis.

La *Signora de Bessani* era elocuente; pintó la perspectiva de los honores, y la poesía terrible de las luchas políticas en aquella siniestra córte, foco de una permanente fermentacion; donde todos los soberanos tenian fijos los ojos y cuyos pedazos se disputaban con encarnizamiento; osario de la flor de los soldados europeos. Sebastian se sintió poseido del ánsia, de la codicia de poder. Su corazon seco, su alma inerte á los goces materiales, formularon un voto y un pensamiento absolutos: dominar; crearse una de esas posiciones envidiadas en que se rige sin cetro y se reina sin corona; porque quien se cobija con el manto purpúreo, y se sienta bajo el dosel, resignan su voluntad y sus fueros en quien se hace dueño de su albedrío.

Llegar á privado era su propósito. La *Signora de Bessani* recibió los juramentos nupciales de Montecuculi; pero donde creia contar un afiliado, encontró un infame desagradecido. Apenas se vió bien acepto en la córte florentina, pensó que las riquezas de su

esposa, que por testamento le eran adjudicadas, le debian procurar una suma de garantías respetables, si la viudez le devolvia su independencia.

La viuda del prócer florentino se conservaba prodigiosamente jóven y bella, disimulando sus cuarenta años. Maese René la proveia de cierta composicion admirable que mantenia el cútis en una tersura infantil. Sebastian visitó al perfumista, sin duda para enterarse del arcano á cuyo favor su consorte conservaba la piel tan suave y límpida. Pero á los pocos dias de la sesion entre el Conde y el químico Leonora, *Bessani* cayó peligrosamente enferma, y sucumbió despues de una agonía penosa, quedando horriblemente desfigurada.

Montecuculi rico y libre, se engolfó en las cábalas de la córte, y el hombre que habia derrochado su patrimonio en el juego; pasion de los espíritus ávidos, de emociones que devoren sus horas, y absorvan su atencion en la incesante consulta del azar, entregóse sin reserva á las jugadas de la política florentina; al dilema tremendo del éxito ó la catástrofe.

Una ojeada sobre Florencia.

El Cardenal de Médicis subió á la Silla de San Pedro, y tomó el nombre de Clemente VII. Despues de sus diferencias con el Emperador, que dieron por resultado el saqueo de Roma y la prision del Pontífice en *San't-Angelo*, Clemente brindó su alianza al sucesor de Carlo-Magno. Consecuencias de tal coalicion fueron la restitucion completa de todos los territorios del estado eclesiástico; el arbitrio del Papa sobre Sforzia y el Milanesado; el matrimonio de una bastarda de Austria con Alejandro, primogénito de los Médicis, y el restablecimiento del gobierno de esta familia en Florencia. Alejandro fuerte con la proteccion imperial y el alto parentesco con la casa de Austria, cuyo vínculo le formaba la hermosa Margarita, descuidó los intereses del Estado para sumirse en el abismo del mas torpe libertinage, adoptando por camarada en sus correrías á Lorenzo, su próximo pariente.

Lorenzo era hombre groseramente inmoral, de una infame bajeza. Plegóse á los caprichos del Sardanápalo florentino, y no solo sirvió de colega en los impuros deleites de Alejandro, sino tambien de tercero en los lances de galanteador obstinado del escandaloso yerno de Carlos V. Sus complacencias y artificios le ganaron el co-

razon de su pariente, y entre los dos corrompieron las costumbres del pais, de tal modo, que los pocos hombres puros de conciencia se preguntaban si habia salido de la tumba en que la hundiera su desenfreno, aquella Roma, inmunda de los impúdicos Césares.

Un pensamiento infernal brotó en el espíritu tenebroso de Lorenzo de Médicis: apoderarse del mando, que su compañero de orgías renunciaba por las cortesanas y las bacanales.

Al efecto le atrajo una noche á su casa bajo el pretesto falso de una cita de amor con cierta hermosura de quien Alejandro estaba prendado, y mientras el obsceno Médicis, muellemente tendido en una otomana, esperaba á la dama que debia venir á prostituirse en sus brazos, entró Lorenzo á hundirle un puñal en el corazon.

Despues de su crímen evacuó el territorio florentino, y en tanto que el cardenal Cebo y Guicciardini elegian á Cosme de Médicis, Lorenzo con Strozzi y los enemigos de su familia, unos acérrimos republicanos, otros desterrados por el gobierno de Florencia, buscaron y obtuvieron muy luego la proteccion de Francisco de Valois, y escudado con tal amparo, el asesino entró en la lucha con su jóven pariente, sucumbiendo sus ambiciosas esperanzas cuanto la mano poderosa de Cárlos de Gante comunicó su movimiento á la balanza de los destinos de Italia.

Esto pasó en 1537; pero antes de 1536 los elementos políticos de Florencia correspondian á los sucesos posteriores, entonces futuros, y entre todas aquellas personalidades sombrías del pais, Montecuculi adivinó por instinto la predestinacion suprema de Catalina: se orientó de la grandeza venidera de aquella severa jóven, cuanto logró penetrar en la atmósfera misteriosa que la circuia, como la aureola de una eleccion providencial.

Trabajó por captarse la benevolencia de los Médicis, y acertó en sus esfuerzos. *El lobo y la vulpeja ambos son de una conseja*, establece un antiguo adagio castellano: Catalina y Sebastian eran dignos de comprenderse, y se comprendieron.

Montecuculi era protervo, de índole perversa. ¿Qué mas motivo de simpatía para la jóven Médicis, que medía la esfera del poder con mirada codiciosa, y reputaba el crímen una escala muy óbvia para la ascension á la deseada cumbre? Catalina era pérfida, malévola; un portento de astucia diabólica; una maravilla de ma-

ñosa disimulacion. ¿Qué mayores causas de afecto para un hombre tan propenso al daño útil; á la fria especulacion que vé mezquino el delito en cotejo con el fin productivo á que conduce?

Pero la Providencia divina reservaba un castigo al envenenador de la *Bessani*: un castigo tremendo; de torturas sin alivio, de perenne dolor.

Enamorarse de Catalina de Médicis era la última fatalidad de que Dios podia servirse para sumir al Conde en los rabiosos tormentos de un infierno mundano.

Sebastian de Montecuculi nunca habia conocido el amor. Gastó su naturaleza con las mas hermosas cortesanas del Lacio; pero las cortesanas eran el estímulo de sus festines; un desórden mas; un pávulo estimulante á sus afecciones tumultuosas.

Púsose en contacto con Catalina. Los dos génios maléficos se sondearon con admiracion, y firmaron el pacto de alianza que hizo al uno cómplice del otro. Este pacto fué el crímen.

Montecuculi, á favor de una escala pasaba del jardin del palacio de Médicis al aposento de la deslumbradora belleza, y en las misteriosas sombras de la noche, el amor, ese amor de Lucifer que reune á su fuego sus dolores, plegaba las ténues gasas de un vaporoso cortinaje en derredor de un lecho de doncella, mancillado por un seductor.

Sebastian y Catalina apuraron la copa de las delicias en un período venturoso. Una noche el conde encontró á su amada fria, altiva y glacial, y pensó si tenia celos.

Ensayó para calmarla palabras tiernas y apasionadas; mas al empezar fué interrumpido por la Médicis, que le dijo con severo continente:

—Señor Conde, os tengo que dar una noticia.

—¿Qué noticia, bien mio?

—Catalina, la loca, la manceba de Montecuculi ha muerto.

—¿Chanceais?

—Yo no chanceo mas que con mis iguales, Señor Conde.

—¡Señora!

Queda viva Catalina de Médicis, á la que debeis respeto y veneracion. Lo pasado al olvido. Mañana partís para Roma á tratar mi casamiento con el Duque de Orleans.

—¡Dios mio! ¡vuestro casamiento!

—Es cosa convenida entre mi tio Clemente y el Rey Francisco. Mi padre os dá la comision de representarle en la sesion con Su Santidad y el embajador francés, y mañana os espera en su cámara á las ocho.

—Catalina, Catalina (esclamó Sebastian fuera de sí). Lo que decís no puede ser; porque sois mia; porque no podeis ser de otro mientras yo respire; porque os amo con furor hasta el punto de mataros si me repetís esa nueva fatal.

—Señor Conde, ¡cuidado! replicó la florentina frunciendo las cejas, y palideciendo ligeramente.

—Catalina, compadeceos de mí.

La Médicis mecida en los espacios de la ilusion, desatendió las súplicas de su amante, prosiguiendo con voz hueca: Reina de Francia! Esta es una inmensa felicidad.... Y no es difícil; porque ese Delfin padece... es de constitucion delicada, y luego.... Maese René que irá conmigo á Francia....

—Catalina, (gritó el Conde rechinando los dientes y dando un paso hácia la dama con aire amenazador)... ¿Contais sin mi?...

—No en verdad, (contestó la hija de Lorenzo), cuento con vos como mi mejor amigo, discreto, confidente y seguro cómplice.

Catalina se levantó de su poltrona y tendió la mano al Conde, quien la llevó á sus labios con vehemente afan.

—Al porvenir, (le dijo con aire significativo). Al porvenir y un velo á lo pasado. Me haceis falta como aliado; me sobrais como amante. Lo sucedido no pasa de un sueño. No seamos niños y sepamos recobrar nuestra posicion, tras una época de locura.

—Pero esta noche, amiga mia, esta noche.....

—Esta noche veníais buscando á Catalina la loca, y habeis encontrado á Catalina de Médicis, futura Duquesa de Orleans.

El Conde con los brazos abiertos se adelantó hácia su querida; pero ella dando un paso atrás tira del cordon de oro y seda, que ponia en movimiento una campanilla esterior.

—¡Qué haceis! esclamó Sebastian asombrado.

—Nada, respondió la Florentina sonriendo.

Una linda jóven se presentó en el dintel de la puerta.

—Paola (dijo la Médicis con la mas perfecta tranquilidad), conducid al Señor Conde.

Montecuculi cortado saludó y salió precedido de Paola.

—Me amaba mucho (dijo para sí Catalina); pero lo primero es lo primero. Estoy serena: el corazon no me late apresurado: muy bien; me equivoqué creyendo que correspondia á la pasion de ese pobre Conde...

El mísero Montecuculi pasó la noche en interna lucha, entre el amor en su violento despecho, y la ambicion, único atractivo del mundo á sus ojos.

Un rayo de esperanza iluminó aquel caos de incertidumbres.

¡Quién sabe (se dijo) si ese amor cuya cadena rompe la codiciosa Florentina para estar en plena libertad en sus futuras cábalas no tornará á reanudar sus rotos hilos en lo venidero! No nos consumamos en dolorosa absorcion, pongamos el pie en la rueda de la fortuna y subamos con ella á la cumbre. En consecuencia de tales ideas Sebastian guardó en lo íntimo de su pecho el secreto de su amor, y adoptó la máscara de la indiferencia para disfrazar sus pensamientos amargos.

—Montecuculi fué puntual á la cita de Catalina. A las ocho se presentó en la cámara del Duque.

Lorenzo le puso al corriente de la negociacion entablada entre Clemente VII y Francisco de Valois. Dióle las cartas que le acreditaban por su plenipotenciario en la conferencia que debia tener en Roma con el Pontífice y el Embajador de Francia, y honrándole con un alto presente y buena suma de escudos le despidio lleno de afabilidad y atenciones.

—Al salir el conde del aposento ducal Paola le aguardaba en el corredor, que conducia á la escalera escusada.

—A Dios, hermosa niña, díjola Montecuculi.

—Señor conde (respondió sonrojada la Damisela.) Mi señora me envia á vos...

—Habla, hija mia, interrumpió el Ferrarés con estrema ansiedad.

—Me encarga deciros que no esperaba menos de vuestro talento...

—El Conde comprendió que Paola estaba apostada para ver si venia á la cámara del Duque á la hora prefijada por Catalina.

—¿Y qué mas..?

—Entregaros esto...

—Paola puso en manos de Sebastian un anillo de oro.

El Conde le examinó con avidez.

El aro liso y ancho sujetaba una chapa en que estaba grabado un anciano de larga barba y completamente desnudo, en su mano la guadaña destructora; cerca de sí un reló de arena.

—El tiempo: comprendo perfectamente, murmuró Montecuculi.

Paola se disponia á retirarse. El Conde la detuvo; quitó de su capacete el joyel que ocultaba el encaje de la pluma en su broche, dije precioso de oro y pedrería, en forma de estrella, y entregándole á la mensajera de la Médicis la dijo con acento penetrante:

—Dareis esta estrella á vuestra Señora, cuidando de retener bien la frase que voy á deciros.

Paola hizo un signo de profunda atencion.

—*Vos sois árbitra de mi estrella.*

—*Vos sois árbitra de mi estrella*, repitió la jóven.

—Guárdete el cielo, niña mia, (añadió Sebastian con melancólica ternura).

—Sed feliz, señor caballero, respondió la linda Damisela, agradecida á las muestras de interés de tan alto personage.

El Conde cumplió lealmente su encargo. El Pontífice Clemente quedó en estremo complacido de su habilidad diplomática, y del tacto con que abordaba las cuestiones de mayor riesgo.

El enlace se verificó. Montecuculi formó parte del cortejo de Catalina y á la venida de la servidumbre encantadora de la Médicis, por medio de *Leona di Casa-bianca*, Sebastian fué nombrado Sumiller de la Casa de su alteza, el Delfin Francisco.

Tal era el Conde de Montecuculi.

....

Catalina terminado que hubo de leer la carta que tan absorta tenia su atencion, volvió á cerrarla y la guardó en su limosnero.

—Buenos dias, Conde, dijo sonriendo á Sebastian con la cordialidad mas afectuosa, y tendiendo su preciosa mano de niña, que Montecuculi besó respetuosamente.

—Felices, Señora, contestó el Ferrarés.

—¿Sabeis algo de la guerra?

—Poca cosa en verdad. Lo que todo el mundo.

—Veamos vuestras noticias, Conde.

—El Emperador sitia simultáneamente á Marsella y Arlés, tan-

to por hacer algo en el erial que le han dejado, cuanto por atraer al socorro de aquellas plazas ese ejército francés, encerrado en Avignon, que espera inmóvil la derrota de los imperiales por el hambre, la peste y el descontento.

Que el Duque de Saboya no puede sufragar los gastos de dos tan formidables ejércitos, y por otra parte la escuadra que debe conducir los bastimentos al ejército hispano-germánico, no ha conseguido todavia abordar las costas de Francia.

—¿Nada mas?

—Nada mas, Señora.

—Pues todo induce á creer que la estrella de Cárlos V se eclipsa, y ó mucho me engaño ó tendrá muy en breve que emprender una vergonzosa retirada.

Juzgo aventurada esa opinion; permitidme la franqueza.

—Las invasiones no son fructíferas al rival de mi suegro. Borbon y Pescara nada le reportaron; ni el infame marqués de Saluces con la entrega de la clave del reino ha conseguido adelantar los planes vengativos del Rey de España.

—Hasta la fecha.

—Mas adelante tampoco (repitió la Florentina.) Todo se conjura contra el orgulloso dominador, y la fortuna cansada de favorecer sus fogosas empresas le torna las espaldas.

—Decís bien, Señora.

—Y ved si es la Providencia la que proteje á la Francia, que la salva por un milagro.

—¡Por un milagro!

—Sí, por Dios. ¿No es un milagro que ese Mont-morency tan presuntuoso de su dotes, tan engreido con sus cualidades, tan tenaz en sus pensamientos, tan severo y duro, ha concebido el único plan conveniente en vez de un proyecto falto de prudencia y que comprometiese el destino del pais?

—Es positivo.

—Figuraos, Señor Conde, si un hombre de su temple hubiera calculado sin tan feliz inspiracion, con su inexorable carácter, con su perseverancia, y sus incontrastables resoluciones, nos hubiera conducido al precipicio, y á esta fecha Cárlos de Gante era dueño de los dominios de Francisco de Valois. Pero el cielo ha querido que su inteligencia haya alcanzado el pensamiento mejor, y ya veis

de qué modo frustra los propósitos terribles del vencedor de Barba-Roja.

—Hasta el presente sin duda.

—El Langüedoc queda resguardado: establecido el campamento francés en la confluencia del Ródano y Duranzo, un rio sirve de traer á nuestro ejército vituallas y el otro de barrera al enemigo. Marsella y Arlés se hallan bien guarnecidas. De los Alpes á Marsella, desde las costas hasta los confines del Delfinado todo es una horrorosa devastacion. Francia se mutíla por ser libre; por privar de recursos á sus enemigos: retrocede á la embestida pujante del que ha jurado su ruina; pero arrasa á su paso cuanto recuerda la mano del hombre y deja al invasor áridas tierras y escombros informes. Ya Mompezat detuvo en Fossano á la formidable coalicion del imperio y el reino, lo bastante para dar tiempo á Francisco para juntar sns fuerzas y adoptar la urjente determinacion defensiva. La desistencia de Mompezat ha sido de un alto ejemplo: el terror pánico ha pasado y los presidios de Arlés y Marsella acaban de rechazar á los sitiadores.

—¿Se han levantado los sitios? preguntó admirado Montecuculi.

—Se han levantado, y el Emperador avanza hácia Avignon en la exasperacion rabiosa del vencimiento. Sus oficiales tácticos han recorrido los terrenos con minuciosidad y segun aviso de personas bien informadas estan contestes en que las resoluciones de Cárlos se estrellan contra imposibilidades absolutas.

—¿Qué pretende la Magestad cesárea?

—Lo que con tanta solemnidad espresó en Roma en la asamblea pólitica presidida por el Padre Santo y á la que asistieron nuestros embajadores.

—¡Ah! sí: recuerdo perfectamente entre otras cosas aquel reto á combate singular cuerpo á cuerpo en una isla inhabitada; en un puente cortado; en una galera amarrada; prévio déposito de los ducados de Borgoña y Milan.

—Nunca se mostró Cárlos menos político, mas presa de pasiones desordenadas.

—Y ese designio...

—¡Oh! (esclamó Montecuculi con cierta animacion no comun en él) será un espectáculo magnífico el acceso de ira impotente de ese flamenco, ascendido al primer solio continental.

—Figuraos, (repuso la Médicis participando de la emocion del Conde), figuraos la posicion de un hombre tan mimado por la fortuna, tan animoso y calculador feliz. La peste y el hambre merman sus tropas: sus valientes generales españoles, flamencos é italianos no alcanzan á combinar un plan, ni á emprender una operacion que mejore la suerte de sus armas; fuerte con la fuerza de la desesperacion ve al enemigo seguro tras inespugnables valladares, sin que á sus provocaciones salga á campaña, sin que haya medios de llegar hasta él; y los socorros que esperaba de su armada naval no llegan....

—Pueden llegar de un momento á otro, y entonces....

—Han llegado: pero ha sido para exasperar la situacion: la escuadra detenida por vientos contrarios y mil accidentes á cual mas desastrosos no es portadora de vituallas bastantes para prolongar la existencia de los tercios invasores en el arruinado país; la retirada se hace inminente. Admiraos, el mariscal que ha marchado sin oposicion en todos los proyectos descabellados, ó cuando menos sin prudente acuerdo la encuentra hoy, que desarrolla la mejor idea de su vida. ¡Per Dio! es original que el pobre Mont-morency se vea precisado á defenderse de sus propias tropas y tenga que pelear con los gefes, sus subordinados para obtener que secunden su proyecto.

—Luego ¿es objeto de censura su ilustrado proceder?

—Mas que de censura, Conde: la rebelion empieza á dejar oir sus murmullos precursores de la contradiccion descarada. Los franceses no son á propósito para esa espera en que les retiene su general, y piden la batalla con tanto ardor como la buscan los imperiales. La Providencia continua la obra de la salvacion por medio de milagros: primer prodijio, la inspiracion de Mont-morency: segundo portento, su variacion de sistema de mando.

—¡Es posible, Señora!

—Siguiendo su método ordinario Mont-morency á la primera noticia de las murmuraciones de su hueste habria tratado con la mayor dureza á los oficiales de grado superior; hubiese reprendido agriamente á los inferiores y castigado sin misericordia á los soldados culpables de hablillas contra su general.

—Eso es lo que me parece consecuente con su índole.

—Pues todo al revés. Mont-morency conjura la tempestad con

la conducta mas hábil. Trata con la mayor dulzura á los principales descontentos; procura persuadirles de su razon, facilitándoles las esplicaciones del móvil de su proceder y llega hasta la lisonja para captarse la cooperacion decidida de sus inmediatos en grado. Se familiariza con los oficiales, haciéndose bromoso y alegre camarada en las reuniones del real y á falta de gloria da á sus soldados consentimiento, prueba el pan del uno, da de beber al otro y rocorre los pelotones animando y esperanzando á los militares; dándoles á entender con sus jovialidades y chanzonetas su designio de cansar al enemigo y hacerle evacuar el terreno sin arriesgar el choque.

—¡Quién lo hubiera creido del fiero Mariscal!

—Señor, le dijeron en uno de los pelotones; ¿cuándo nos conducis á zurrar de lo lindo, á esa maldita canalla? ¡Bah! contestó Mont-morency. ¿Merece esa vil caterva que los degolleis? Nada: quietos. Que el hambre y la peste los devore y vosotros os divertais con el espectáculo.

—Pero si los murmullos toman cuerpo, si la rebelion estalla....

—Un suceso se anuncia que puede agravar las cosas, hasta el postrer grado: la incorporacion de Francisco al ejército de Mont-morency.

—Pues yo dijera que tal acontecimiento tiene una fausta significacion para el porvenir. El rey está en el caso de apoyar á su primer caudillo y el plan de Mont-morency secundado por el soberano no admite objeciones para la acrisolada lealtad francesa.

—No conoceis el carácter de Francisco de Valois, Conde. Mas que un monarca es un aventurero entusiasta y caballeresco: desdeña esa política mañosa que hizo tan grande á Francia por el undécimo Luis y querria resucitar la era de aquellos Héroes griegos, Hércules, Teseos y Edipos, que corrian el mundo rescatando doncellas de la cautividad y la muerte; purgando la tierra de mónstruos, en lides obstinadas, en amoríos y conquistas de reinos.... Francisco quedó prisionero en Pavía por cumplir su promesa á una dama de Lyon, de llevarla nuevas de la conquista de Italia; en vano despues de la pérdida del *Castillo de Sant-Angelo*, se le representó la necesidad de levantar el sitio: la promesa estaba hecha: era faltar al honor de su palabra aceptada por una dama.

—Francisco llegará al cuartel general. Prestará oidos á los dis-

cursos de los que hablen de empeñar el combate y desde que le digan que es un baldon la inercia delante de un adversario que provoca y demanda palenque, se decidirá por la batalla aunque le cueste la corona.

—El combate es de mal augurio para la Francia.

—Confio en la necesidad de retirada por parte de los imperiales que es de una urgencia inmediata. Tenga Mont-morency la fortuna de contener los ímpetus belicosos del Rey y el pais se ha salvado.

—Quiéralo la fortuna, dijo el Conde, dando muestras de indisplicencia por aquella prolongada conversacion política.

Reinó el silencio algunos minutos. Catalina le interrumpió.

—¿Con que partís mañana para Valence? preguntó con súbita resolucion la Duquesa de Orleans.

Montecuculi no pudo reprimir un gesto que traducia la sorpresa por tan repentino imprevisto giro dado á la conversacion.

—Parto mañana, respondió con voz sombría.

—Necesito recordaros algo de lo pasado, Sebastian.

—Soy vuestro esclavo siempre, Catalina.

—Mi esclavo no: mi amigo; mi solo, mi único amigo, en este pais, donde nadie me ama; donde todos me desprecian ó aborrecen.

—Decís bien, Catalina (repusó Montecuculi con melancolía), soy vuestro amigo dispuesto á sacrificaros todo... ya os consta... hasta mi pobre corazon.

—Hace mucho tiempo que no hablamos en íntima confianza, Sebastian.

—Mucho, contestó el Conde dando un suspiro.

—Y he menester desahogarme en el seno de la amistad.

—Participadme vuestras penas.

—Mis penas no, mis proyectos.

—¿Pretendeis ocultarme que sois desgraciada?

—No soy feliz, pero no me quejo. Yo no me consentí en la dicha conyugal, cuando vine á unir mi suerte con la de Enrique; por tanto no me sorprenden sus infidelidades, sus escandalosas aventuras, ni su desvío de mí.

—¡Cómo! (esclamó el Conde asombrado). ¿No os quejais de

que vuestras noches trascurran en completa soledad, mientras el hijo segundo de Francia las pasa con sus cortejos?

—No por cierto, Sebastian. Si abandona mi tálamo no me quejo; porque toda vez que no le amo me considero la compañera de sus altos designios y no la co-partícipe de sus placeres.

—¡Estraño modo de raciocinar! Pero sois jóven, ardiente; necesitais amar y ser amada y en vez de esto....

—Dejadme proseguir, Conde (interrumpió la Florentina con sonrisa provocativa), mas tarde os diré cosas que os harán estremecer de alegría.

—¡A mí! (replicó Sebastian). Yo he renunciado á todos los goces del mundo. Lo que hacen los monjes por amor divino yo lo hago por un amor de la tierra.

—No corteis el hilo de mi discurso..... ¡Qué me importa la especie de animadversion de que mi marido me profesa! (esclamó la Médicis con supremo desden). ¿Tengo yo por ventura pretensiones á su afecto? ¿Ignoro acaso que el matrimonio de Orleans y la hija de Lorenzo fue una mera combinacion de Francisco, sin que se consultara mas que el interés? El papel de Ariadna abandonada no me corresponde y tengo demasiado talento para estralimitar el círculo en que los destinos me han colocado. El vínculo que debe Enrique de Orleans es el crimen, como paso para el logro de una ambicion impaciente; el crimen que le he dejado comprender y del que no se espanta.... El crimen que juzga útil; que no quiere cometer, pero que me deja libertad de poner en obra.

—¿Y ese crimen á qué fin conduce?

—A reinar, Conde, á reinar.

—Comprendo.

—Enrique de Orleans llevaba dentro del corazon un sentimiento de profundo disgusto: segundo-génito de Francia tenia en monótona perenne prespectiva la dependencia de su hermano mayor.

—¡Peligroso derecho el de la primogenitura!

—No tan peligroso. Todos los dias no nacen atrevidos. La mayor parte de los segundos-génitos se contentan con envidiar la primacía de sus mayores, odian al preferido por la prelacion de nacimiento; pero besan la mano que desearian morder, y esto es todo. Pero cuando el primogénito tiene la desgracia de que su inmediato cuente con una conciencia muda y un buen fondo de reso-

lucion.... Entonces el asunto varia de aspecto completamente. Ya no es una envidia que se refujia al mas escondido repliegue del corazon.... Sino un plan que dé por resultado la posesion anhelada. Orleans suspiraba en secreto por el poder: mejor dicho por el derecho del poder; (insistió la Florentina con majestuosa calma) yo adiviné sus celos y me propuse esplorar los recursos de su ánimo: sondear lo profundo de su ambicion. En las pocas ocasiones en que nos encontramos solos le hablé de las injusticias de la suerte; de las cualidades que parecen disponer á un hombre para la supremacia, mientras la obtiene otro menos digno; de la ambicion valerosa y de la ambicion hábil: de la usurpacion y la trama, de las coronas que se ganan por la fuerza, y de los sólios que se obtienen por la tenebrosa maquinacion: de la altura á que se eleva la descarada audacia, de la cumbre que toca la astucia y la resolucion... Alusiones á su estado que al principio escitaron su desconfianza: que interrumpia con recelo; pero que muy en breve volvia á provocar. Yo tocaba los bordes de la úlcera interna: irritaba con mi sonda su centro y el paciente no podia menos de responder á mi indagacion....

—Despues le hablaba de las almas enérgicas, que contrarestan el fallo de la suerte. Ofrecia á sus atónitas miradas el espectáculo de la ambicion triunfante, ya por la intrepidez de sus agresiones, ya por la combinacion sábia de disimuladas tácticas. Y conseguí que me confesase su intolerable suplicio de sufrir un derecho odioso de preferencia á la corona, cuando creia merecer por sus alientos lo que perdia por capricho de la suerte. Y llegó á tomar gusto á mi conversacion, que halagaba sus propensiones, dando una forma al embrion de sus pensamientos recónditos. Y en mas de una ocasion despues de oirme embebecido, salia precipitadamente de mi cámara murmurando: *¡Eva tentadora! Un minuto mas y sucumben mis escrúpulos*.

—Tenia razon, Catalina; sois la serpiente del Paraiso.

—Y luego comencé á inculcar los principios utilitarios, á cuyo favor se vé por un prisma especial el mundo. Enrique oyó y dudó. Redoblé mis esfuerzos y empezó á comprender. Yo le brindaba los recursos que suministra la ciencia á la ambicion mañosa. La pluma envenenada del médico Xenefonte, que bajo pretesto de facilitar el vómito de Claudio, inocula las fauces del Emperador de un tó-

sigo que le sofoca: las copas de Felipe el Hermoso y Clemente V, donde los satélites de la Orden del Temple, vierten la ponzoña que consume á los emplazados ante el tribunal de Dios: el agua servida al padre de Cárlos V despues de jugar á la pelota, que libra del aborrecido flamenco á los castellanos.....

—Y Enrique....

—Enrique vió un rayo de luz, cuyos fulgores le cegaban. Se estremeció de alegria por las grandes consecuencias del pensamiento; mas de terror por la realizacion del plan. Le hostigué perseverante en mi idea, y....

—¿Rehusó?

—Rehusó la responsabilidad; pero no el proyecto.

—¡Cómo!

—Señora, me dijo con la fatiga del hombre que lucha entre sus anhelos y sus temores; los resultados de un crímen semejante pueden ser espantosos. Descubrirse el atentado y cargar con la ignominia.

—Objeciones del que vacila.....

—Enrique, le respondí, dejadme haceros grande y poderoso, y no anuleis con debilidades mis conatos. No exijo de vos mas que el secreto. Permaneced neutral en la lucha y no obsteis á la obra, aunque en nada la presteis ayuda. Para mí el misterioso trabajo; y el oprobio del vencimiento en caso de descubrirse mi plan, y la satisfaccion de haberos dado la grandeza, si triunfan mis propósitos. Para vos la espectativa de una empresa que no ha menester de vuestro ausilio; la impunidad en caso adverso, pues nada induce sospechas contra vos, y vuestro desvío de mí os libra de la suposicion de connivencia en mi culpa; la gloria del éxito; la gloria pública; la supremacía, la alteza; reinar....

—¿Y ese hombre no cayó á vuestros pies al escuchar tales proposiciones, Catalina?

La Médicis sonrió con amargura.

—¿Y no os pidió perdon de los desdenes insultantes con que os ofendiera por tanto tiempo; de haber desconocido el tesoro de talento que la Italia ha brindado á su destino?

La hija de Lorenzo de Médicis suspiró.

—Se limitó á responder: «Convenido, Catalina; pero tened presente que yo no os escito; que no os animo contra mi hermano.

Callo porque sois mi esposa, y porque si la Providencia os facilita la feliz ejecucion, entrará vuestra obra en sus destinos supremos. Contad con el sigilo. Ni os aplaudo ni os censuro. Tal es mi papel.» Y dichas estas palabras, salió temiendo haberse esplicado de sobra.

—¿Le amais bastante para trabajar en su engrandecimiento? preguntó Sebastian con impaciencia.

—Sois un nécio, Conde, respondió la florentina con desdén.

—Señora.

—Sois un nécio (repitió la Médicis). Desde que mi amor ha hecho desgraciado al hombre que verdaderamente se interesaba por mí, he jurado no amar.

—¡Seria posible!

—Ya que el amor tuvo que sucumbir al embate de la ambicion, trabajemos por realizar los sueños de poder que sustituyeron á la ilusion de mis perdidos amores. Para ser reina Catalina, es forzoso que lo sea su marido, y lo será. Una vez cerca del trono, todo me lo debe: una vez soberano, soy su igual ante el mundo; superior á él en la vida privada, porque le consta que es hechura mia. Tenga querida, enhorabuena; pero déjeme gobernar. Diviértase en los juegos caballerescos y en las galanterías cortesanas; pero abandone en mis manos las riendas de su carro triunfal. Mande yo; siga la obra de Luis XI; abata el orgullo de esa nobleza insolente, y reduzca á polvo sus privilegios depresivos de la dignidad real. Tenga yo enemigos que combatir desde mi altura, luego en que yo lleve las ventajas de la escelsitud; tenga yo servidores sumisos, y operarios fieles que den cima á mis propósitos..... Todo esto es deslumbrador, Conde, y es honroso para vos que haga depender de vuestro auxilio el primer golpe de fortuna.

—¡De mí!

—De vos, Sebastian; de vos, mi mejor, mi solo amigo.

—En conclusion, Catalina, (interrumpió Montecuculi con una irónica sonrisa). ¿Qué género de crímen me está reservado?

—No os conozco; Señor Conde (repuso la imponente dama), yo no me dirijo á un asesino, sino á un amigo.

—¡Señora!

—Preguntais «*¿qué género de crímen me está reservado?*» Bien pudiérais haber dicho: «*¿En qué puedo seros útil, amiga mia?*»

—¡Ah! ¿Quereis pulidez de formas?

—No es pulidez de forma (repitió Catalina). Así como lo que para el vulgo es crímen, para los políticos es medio, y este es un gran principio de los vuestros, lo que un cómplice comun llama asesinato, un colaborador ilustre lo denomina cooperacion. Ya veis que mi lógica no es del todo mala.

—Mirad, Catalina (dijo Montecuculi sin alcanzar á contenerse), conozco que vais á utilizar mis ofrecimientos, y que todo lo conseguireis de mí........ sí, todo ; porque yo he nacido para víctima vuestra.... si yo tuviese creencias fatalistas, diria que mi muerte depende de vos , como presentimientos inesplicables me lo persuaden......

—¡Ah! Si quereis retractar vuestras promesas, es diferente (replicó la artificiosa muger con cierta altivez despreciativa y ceñuda). Yo no trato de arrastrar á nadie á que siga el curso de mis ideas.

—Catalina, demasiado sabeis, que nada me es posible negaros, repuso el Conde con melancólica resignacion. Catalina, yo os amé con el amor de un hombre que ha cumplido veinte y cinco años sin amar y le llega su hora; yo que tenia muerto el corazon, inerte el alma, resucité á la vida con todo el vigor de una naturaleza gastada por los goces materiales, vírgen de los morales. Yo que reia de todo en el fondo de mi pensamiento, creí, tuve fé y si no me contengo, toco los últimos límites del sentimentalismo, objeto de mi escarnio constante. Me acerqué á vos, y tuve lugar de trataros con intimidad estrecha. Decid si he reservado á vuestros ojos uno solo de mis principios; si no he respondido á vuestras preguntas con la ingenuidad de un párvulo; si no me complacia en formar vuestra alma á semejanza de la mia, Catalina; si no adiviné lo futuro y os preparé para merecerle.

—Lo acabo de confesar hace poco.

—Pues bien, señora; roto el vínculo que tan dulcemente nos uniera, he tenido necesitad de todo el valor de un hombre de temple acerino, para sofocar mis pasiones bajo la capa de nieve de la indiferencia. Admitido frecuentemente á vuestra sociedad, mi corazon se ha rebelado al yugo del silencio como un leon á la obediencia de quien le doma, y sin embargo nunca os he dicho una palabra acerca de mi felicidad perdida; de la dureza de mi

desprendimiento; y despues á cuantos pesares me arrastraba tu desdén. No has tenido piedad de mí. Si no comprendiste mis sufrimientos, señal es de que tu corazon de mármol, jamás participó de mis sensaciones amorosas. Si los comprendiste tienes entrañas de fiera, cuando no dignaste mitigar mi pena con una palabra dulce, con un signo de compasion, que me habrian aliviado como el bálsamo refresca la úlcera escocedora.

—¿Y piensas que yo desconocia tu padecer, Montecuculi?

—Catalina (esclamó el Conde juntando las manos en actitud de ferviente ruego). Sospecho que vais á impulsarme á obrar en vuestro servicio, apelando á mi amor y alimentándole con esperanzas insensatas....

—Sebastian, óyeme....

—No, por favor, Catalina. Yo secundaré tus planes sin necesidad de que resucites la llama amortecida á tanta costa. Yo seré ingrato, traidor á Francisco el Delfin que tan bondadoso se muestra conmigo. Yo verteré el veneno en su copa solo con que me lo insinúes; pero no me halagues con promesas falaces para el porvenir, que no cumplirias, que trasformasen mis sentidos, y me imposibilitaran callar por mas tiempo.....

—Sebastian, ¿solo á mi simple mandato estás dispuesto á dejar vacío el lugar primero despues del trono?

—Señora (respondió el Conde con resolucion fria), es una consecuencia de mi afiliacion á vuestra suerte. Es mas que adhesion á la persona de V. A.; es la sumision del vendido de Satanás, cuando llega el término de pagar con su alma el favor del infierno. Pero reflexiono que despues de tal declaracion, todo habria concluido entre nosotros.....

—Todo, repitió la florentina con torvo ceño.

—No tendria el fatal derecho de venir todos los dias á vuestra cámara á beber el tósigo de vuestras miradas; á espiar vuestra sonrisa para recordar cuando eran para mí; á respirar en mi elemento, cerca de vos; sufriendo como un condenado, feliz con tal de veros. Mariposa que revolotea en torno de la luz que debe abrasarla.

—¡Tanto me amais, Conde!

—*¡Fulmin di Dio!* (1), (esclamó Montecuculi con furioso enar-

(1) Rayo de Dios.

decimiento. ¡Pregunta que si la amo! ¿Te burlas, hiena? ¿Te burlas de las agonías de tu víctima?

Catalina se engreia en el frenesí de aquel hombre, como Lucifer en las culpas de la raza humana.

Tendió su mano al Ferrarés, quien la oprimió delirante entre las suyas que ardian, denunciando el fermento de la sangre, á efecto de una intensa fiebre.

—Has condenado á morir á Francisco el Delfin, y me escojes por ejecutor de tu decreto. Dame el veneno que te habrá preparado maese René....

¡Cómo sabeis!...

—En la contigua galería encontré al perfumista florentino; me hablas de tu plan y ¿quieres que ignore quién es el auxiliador de tu proyecto?

—Teneis razon, replicó la Médicis, sonriéndose con afabilidad.

—Señora (repuso Montecuculi con glacial continente), mañana parto á reunirme en Valence con Monseñor el Delfin de Francia. El dia que fijeis será el último de su vida. Mi rango cerca del Príncipe facilita admirablemente la ejecucion de tal propósito. Como Sumiller de la Cava de S. A. la provision de los vinos corre por mi cuenta, y cuando segun su costumbre, pida la copa de Borgoña á hora del medio dia, beberá el tósigo seguro de que os habrá provisto René.

—Perfectamente combinado.

—Mi corazon augura mal de este delito....

—¿Temes, Conde, temes?

—No mas, si tal sucediera, en los tormentos rabiosos, descoyuntado mi cuerpo, abrasadas mi carnes, tu nombre no saldrá de mis labios. Pereceré miserablemente despedazado; pero tu secreto irá conmigo á la tumba.

—Sebastian, acaba; completa tu pensamiento (dijo la esposa de Enrique de Orleans, con todas las apariencias de una viva emocion), termina, que necesito desahogar mi espíritu tanto tiempo comprimido.

—Concluyo, pues. Si mis presentimientos no se realizan; si por vuestro servicio mato al sucesor de Francisco I impúnemente, tendré el orgullo de haberos acercado al trono; pero no conteis con

el Conde de Montecuculi en lo sucesivo... Partiré lejos de Francia, aunque me cueste la vida el alejarme de vos; porque yo que he sufrido tanto al veros casada con el segundo-génito de la familia de Valois, aun sabiendo que no erais su esposa segun la naturaleza, no podría soportar el espectáculo de vuestra concordia....

—¡De nuestra concordia!

—Señora (continuó el Seide de Catalina en una esplosion de agudo pesar.) ¿No ha de retribuir con sus atenciones cariñosas el Duque á la muger osada que le haga Delfin?

—Sebastian, (interrumpió la Médicis con la mas tentadora languidez). ¿A qué hora trepábais por la escala de seda en el palacio de mi padre?

—¡Esa pregunta!

—Responded.

—A la una y media, en el silencio de la noche.

—A la una y media os espero en esta cámara. El pomo de maese René, os será entregado por mi mano.

—Señora, no tenteis mi paciencia; no me provoqueis.

—Conde, Leonora di Casa-bianca te introducirá con el mayor sigilo. Catalina la loca te espera, para que Catalina de Médicis te entregue su encargo.

¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿No me engañais?

—Recompensaré tus pasados sufrimientos.

El Conde quiso hablar; pero Catalina le señaló la puerta, con un signo imperativo.

CAPITULO III.

Al loco y al aire darles calle.

Enrique de Maricourt, viejo soldado, digno gobernador de Valence, no sabia qué hacer para rodear al Delfin Francisco, su huésped, de diversiones y recreos con el fin de distraerle de sus sombrías preocupaciones. En vano fueron todos sus proyectos de fiestas y regocijos públicos. Apenas sabia el jóven Príncipe que se preparaban festejos; no bien columbraba que se prevenian festividades en obsequio suyo, llamaba al veterano Maricourt, y con

aquella dulzura melancólica que hacia tan interesante su conversacion, lograba que se suspendieran los aprestos, y se renunciase á las funciones.

Pero, Señor, (solia replicar el anciano caudillo) dejadnos: que en algo se os manifieste la viva alegría de este pueblo feliz en poseeros.

—Yo la conozco demasiado, mi buen Maricourt.

—Que la conozca la Francia, el mundo todo (tornaba á decir el leal gobernador). ¿Qué dirá de nosotros el pais si teniendo la honra de guardar dentro de nuestras murallas al heredero de la corona permanecemos indiferentes, cual si estuviésemos en familia?

—El pais tiene harto en qué pensar, contestaba el Delfin suspirando tristemente.

—Si os fastidia vuestra pobre ciudad de Valence y sus ovaciones; es otra cosa, añadia el viejo mortificado.

—¡Qué suposicion, mi bravo Maricourt! (esclamaba S. A. con la sonrisa mas atractiva). Amo á Valence la leal, la heróica y reconozco que es digna de tu mando. Privarme de las pruebas de su afecto es el mas costoso de mis sacrificios; créelo... Pero seria un espectáculo cruel para la Francia los festejos de una ciudad mientras otra provincia ha perecido, talada por sus propios moradores. Yo no puedo permitir que las campanas de Valence repiquen alegres en tanto que el cañon imperial vomita la muerte y el estrago sobre Aix y Marsella; que ardan los fuegos de artificio en mi honor, al paso que el incendio consume forlalezas, caseríos, y mieses de Provenza; que el Soberano coma el pan del soldado, y duerma en la tienda del campamento, y el Delfin se regale en festines cívicos.

Maricourt no podia contenerse. Dos lágrimas de ternura resbalaban por sus mejillas, yendo á perderse en sus blancos y revueltos mostachos.

—Tomaba la mano del Príncipe; la besaba con transporte esclamando en la efusion de su noble entusiasmo:

—¡Cuerpo de tal! ¡Qué Rey tendrá en vos la Francia! Sábio como Cárlos V; fuerte como Hugo Capeto; santo como San Luis.

—Con que no habrá festejos, interrumpia el augusto jóven.

—Por ahora (respondia el veterano). Pero cuando volvais por

acá.... ¡Por vida de mi padre! Mal año para todas las funciones del pais, si no os acordais de la que os haga Valence.

Y el bizarro gobernador se apresuraba á mandar deshacer el palenque para el proyectado torneo; los tablados de los dispuestos arcos, y castillos pirotécnicos, y renunciaba á los saraos suntuosos, cuyo plan combinara en union de los diputados y concejales de la ciudad.

El Soberano idolatraba á Francisco. El Emperador Cárlos que le tuvo en rehenes, despues de la libertad de su padre, le cobró un cariño enteramente paterno, y la servidumbre del jóven Delfin repetia sus palabras llenas de bondad hácia el pueblo, que auguraba de él, altos destinos para la Francia.

Los ejercicios del cuerpo le eran familiares. Regia un corcel con inteligencia. Jugaba á la pelota, y á la barra. Disparaba un arcabuz con certera puntería. Luchaba, alardeando singular estrategia. Manejaba el lanzon como una caña, y sobre todo esgrimia maestramente, á satisfaccion del capitan Estocada su maestro, y está dicho todo.

—En cuanto á dotes de la inteligencia Francisco estaba regularmente instruido para la época. Sabia latin, historia y la geografía de entonces.

El Delfin tenia un corazon escelente, y se referian de él anécdotas que probaban su popularidad, y hasta cierto punto, no carecia de chispa y gracejo. Diferenciábase de sus hermanos por su sencillez y modestos hábitos; chocando en la córte la regularidad de su vida y traza grave, con los escándalos y el boato de los demás hijos de Francisco de Valois.

Carecia de enemigos, porque indulgente con las faltas y agradecido á los buenos servicios, sabia disimular los errores de unos y recompensar las eficacias de los otros.

Descansando como cristiano en la Providencia y fiado en la legitimidad incontestable de su derecho, no se mezclaba en las intrigas de córte, y hasta rehusaba prestar oidos á su relato. En el consejo atendia á los puntos que se versaban; comprendia con claridad y se espresaba con franqueza. No cabia en su cálculo que se falseara la opinion por medios subrepticios, y consideraba los hechos consumados á favor de la oculta cábala, como estravíos del sentido enteramente espontáneos. A similitud de aquellos jóvenes

israelitas, condenados al encierro dentro de un horno por Nabucodonosor, y que paseaban ilesos por entre las llamas, Francisco habitando en la córte mas corrompida del siglo XVI, no habia sufrido el contagio de aquella atmósfera pestilencial.

Cuando Catalina de Médicis vino á París, S. A. no se asoció á los que criticaban la desigualdad del enlace, verificado merced á las miras de Francisco I.

No solo impuso silencio á los que se permitieron reproducir los epígramas de que fué objeto la sobrina del Papa Clemente; sino que se espresó acerca de ella con benignidad y sin hacer reparo en el general desvío hácia la florentina, fué á visitarla con frecuencia, tratándola con el respeto mas galante y la estimacion cariñosa de un hermano.

Cuando la hija de Lorenzo de Médicis hizo venir aquella servidumbre, compuesta de hermosas jóvenes, y gallardos adolescentes, Francisco se prendó de *Leona di Casa-bianca*; siendo muy luego correspondido por la ambiciosa beldad, á quien Catalina estimuló para sus fines. El Delfin respetando la condicion de soltera de Leona, se contentó con esa platónica correspondencia que satisface la parte noble y pura del amor, sin descender á exigencias que la materialicen y la profanen.

Leona dirigida por Catalina se apoderó del ánimo de Francisco y bien pronto la voluntad de Monseñor, era el eco de la voluntad de la italiana; insinuada con esa maestría femenil que triunfa sin dejar conocer su dominacion al que la sufre.

Fruto de semejante influencia, fué la colocacion de Sebastian, Conde de Montecuculi, tio de Leona por el matrimonio con la Besani, en la servidumbre de S. A., y en rango tan superior como Sumiller de su Cava.

Tanto por consideracion hácia la hermosa dama de la Médicis, cuanto por sus relevantes prendas, y sumo arte en hacerse grato, Francisco distinguia al Ferrarés entre todos sus dependientes, y le colmaba de agasajos que el hábil amigo de Catalina sabia merecer por su asíduo esmero en identificarse á la índole generosa y escelente de su señor.

Era un curioso espectáculo la diestra asimilacion de Sebastian á los rasgos característicos del Delfin. Aquel espíritu descreido, mofador y tenebroso, se paliaba con las esterioridades de la bon-

dad y la mansedumbre, burlándose de la víctima de tan hipócrita farsa; burlándose de sí propio, como un actor del disfraz que se transmuta.

Era un curioso espectáculo presenciar una sesion del Delfin, con el Conde su favorito: ver á Montecuculi irritárse contra la injusticia, contra el vicio, contra la egoista indiferencia á los sufrimientos de la virtud: verle entusiasmado al mencionar un hecho de patriótico valor, de noble desinterés, de generosidad y grandeza de ánimo: verle desdeñoso con la pobreza de espíritu, con el cálculo mezquino, con la artera cábala: verter lágrimas de bien fingido enternecimiento á la relacion de una historia de sensible desenlace: anatematizar con la indignacion de las almas rectas todo lo contrario á los principios morales mas puros.

Y mientras Francisco se adheria con toda la lealtad de sus sanas creencias á estas manifestaciones mentidas, repitiendo con profunda conmocion:

—Conde, no mereceis vivir en nuestra mísera edad.

Montecuculi parodiaba por lo bajo su falaz declamatoria; y hacia la befa mas imprudente de aquel corazon de niño que manejaba á su placer; Sebastian habia conseguido llegar á la privanza del ilustre primogénito de Francisco de Valois, y con el capitan Estocada constituia la predileccion del augusto adolescente.

El capitan Estocada era el punto mas escéntrico que pueden figurarse nuestros lectores, y la naturaleza parecia haberle destinado para modelo de la originalidad, tanto en lo moral como en lo físico.

Hombre de un gran corazon por la bravura, por la hidalguía, por la altiva independencia, y la adhesion mas bizarra á la virtud oprimida como el ódio mas constante á lo injusto; Estocada era intrépido como un leon; caballeresco como un paladin de la tabla rodonda; accesible como nadie al desvalimiento; amparador ardiente de los menesterosos; implacable contra la bajeza; acérrimo enemigo de cuanto se apartaba de la estricta legalidad. Estocada era un aventurero distinguido en las guerras de Italia de 1515, y en aquella jornada de Marignan (de la que decia el buen Trivulce que las veinte y cinco batallas campales en que se habia encontrado, eran juego de niños, en cotejo con aquella lucha de gigantes). Francisco I fué testigo de tantas proezas suyas, que le visitó en el

hospital, en que se curaba una cuchillada enorme en el hombro, y le ascendió á capitan de Lansquenetes desde alferez de bandera.

Estocada vino á Francia y se presentó en palacio, á solicitar una prueba de armas con L' Angeley, maestro de esgrima de S. A. R., pretension en que salió lucidísimo, mereciendo que se le nombrara adjunto del célebre maestro. Allí adquiriera el terrible seudónimo que sustituyó á su nombre, gracias á una estocada favorita, golpe sin quite posible, especie de rayo de su invencion particular.

Estocada se hizo famoso en la córte por un sinnúmero de aventuras á cual mas estrañas.

Ya se referia que armó un escándalo en cierta casucha del Puente de San Miguel, y malparó á una nube de rufianes, feroces matones; ya se contaba que emprendió con las cuadrillas de salteadores nocturnos, organizadas en los barrios escéntricos de la ciudad; ora se sabía que atraido por los clamores de una muchacha del pueblo (á quien un antojadizo señor de la córte hacia robar por sus criados, y violentamente encerraban en una litera para su traslacion á la *Casita misteriosa*), fajó con los raptores y no solo libertara á la linda plebeya, sino que dejó yaciendo en paz á dos ó tres de los ministros del crimen, y recojió la litera por despojo de la pelea. Ora publicábase que noticioso de la llegada á París de un maestro cualquiera, se hacia presentar como aficionado; puesto de acuerdo con los que le acompañaban para que no le diesen á conocer los espectadores del combate. Al principio el capitan Estocada se hacia el orgulloso, despues de parar los primeros golpes del contrario. En seguida comenzaba á resistir débilmente; se descubria; dejaba de guardar la posicion; equivocaba las paradas, y perdia terreno de una manera vergonzosa. Un diluvio de estocadas, cuchilladas, reveses y tajos, caia sobre el capitan. De pronto desaparecia el torpe para dar lugar al diestro esgrimidor. Devolvia con usura lo recibido y despues de hacer saltar el arma de la mano de su adversario una docena de veces; de acosarle sin misericordia, y sin que su aturdido rival alcanzara á tocarle en el peto; de irse á fondo con la estocada de reserva á cada momento, sin que valiesen los quites mas rápidos, el raro personaje, terminaba la comedia, dejándose caer como traspasado por una estocada que permitia dar á el desesperado maestro.

El capitan por fallecimiento de L' Angeley quedó en posesion del destino de primer director de la Sala de armas de Palacio, y uno por uno fué poniendo en las manos de los hijos de Francia el acero de las luchas corteses; primera enseñanza de los caballeros de la época.

Desde luego el Delfin se captó las simpatías de Estocada, naturalmente inclinado á los espíritus rectos y á los ánimos cándidos. Creció el cariño del esforzado capitan con el trato de jóven tan apreciable por todos conceptos, y un dia el Rey concedió audiencia á su maestro de armas, que le pidió ser incluido en la servidumbre del Sr. Delfin con veinte escudos, prévia renuncia de su empleo que tenia asignados ciento veinte. Francisco nombró al animoso Estocada gentil-hombre de su primogénito; permitiéndole percibir la paga de su destino, que cuando no pudiera servir por los deberes del otro primitivo, supliria el adjunto Chasscloup, el mejor discípulo de Estocada.

El capitan era gracioso sin pretensiones de agudeza, ni dejenerando en bufon. Trataba de igual á igual á lo mas ilustre de la córte, y tenia el privilegio de las *cosas*; esto es, que prescindia de las etiquetas mas rígidas, con la impunidad mas completa; mereciendo una sonrisa y la esclamacion «*cosas de Estocada.*»

En las escursiones de la córte el capitan no reconocia superiores. Le daban alojamiento inconveniente, y se entraba en la cámara que mas le placia, instalándose en ella con la mayor frescura. Alguna vez le encargaban cometidos, ó bien impropios de sus funciones, ó bien desagradables, y los rehusaba del modo mas singular.

Cierto dia el Sumiller de Corps, habiendo recibido la órden de hacer preparar los caballos para S. A. no halló en la antesala mas individuo de la servidumbre que á Estocada, muellemente recostado en una poltrona.

—Capitan, (le dijo con viva instancia) los caballos para S. A.: avisad inmediatamente.

Estocada se incorporó, y estendiendo los brazos en cómico ademan, esclamó: *¡Tiflis, Tiflis, Tiflis!*

—¿Qué es eso de Tiflis? preguntó el Sumiller impaciente.

Estocada, con la mayor gravedad le replicó:

—Tiflis es una ciudad de la Mesopotamia Transpirenáica en

donde se administran doscientos palos al que manda á uno lo que corresponde hacer á otro.

El Sumiller volvió las espaldas, y se dirigió en busca de un criado inferior en rango al capitan; quien tornó á hundirse en su poltrona, murmurando con satisfaccion: «Lo que vale saber la Geografía histórica.»

En otra ocasion S. A., despues de una cacería en los alrededores de Fontainebleau, se encontró gravemente indispuesto. Tratóse de enviar á París un posta para avisar al médico de cámara. Un Sumiller tuvo la ocurrencia de elegir á Estocada para la comision.

—Capitan (le dijo), montareis inmediatamente á caballo, y sin deteneros un punto ireis á París, avisando lo ocurrido al médico de S. A., y no le dejareis hasta que se ponga en camino sin pérdida de momento.

—Pero ¿es mí á quién habeis escojido para posta? preguntó Estocada con estrañeza.

—A vos, replicó el Sumiller.

El capitan se encojió de hombros y evacuó la antesala.

A la media hora volvió á presentarse.

—¿Estais aquí, capitan? interrogó el Sumiller enfurecido.

—¡Vaya! ¿Pues no me veis?

—¿Y la comision?

—La lleva el designado por vueseñoría.

¿Quién es el designado? repitió el Sumiller en el colmo de la indignacion.

—*Antonio Martin de Vos*, picador de S. A., un guapo aleman; un escelente chico.

—Yo encargué á vos esa diligencia.

—Pues Vos es él que vá.

—Ese vos, erais vos, capitan.

—Pues yo creí que el vos era Juan Martin de Vos, el picador de S. A., y bien claro respondió vueseñoría, cuando le pregunté si era á mí el encargo, á Vos; á Vos.

El Sumiller se retiró secretamente encolerizado contra el gentil-hombre, jurando tomar venganza de aquella mañosidad en desobediencia de sus mandatos y apenas restablecido el Delfin y llegado que hubieron á la córte, empezó á cargar el peso del mas

duro servicio en Estocada; molestándole con los encargos mas prolijos, y la eleccion de horas mas incómodas.

El capitan sufrió con una estoicidad incomparable la malevolencia de su gefe; pero exasperado con esto mismo, el Sumiller redobló sus furores, y llegó hasta tratar de una manera depresiva al favorito del primogénito real.

—Caballero, (dijo Estocada á su enemigo con una sorna insultante), estoy viendo que no mereceis servir de vaina al acero de un hombre como yo; pero si me apurais la paciencia, os voy á matar con una escoba como á los escarabajos.

El Sumiller se querelló al Rey.

—¿Y quién os manda pretender imposibles? le preguntó Francisco I, con mal humor.

—¡Yo, Señor!

—Vos, teneis la culpa. ¿A quién se le pone en la cabeza sujetar á la regularidad del servicio al loco de Estocada? ¿No sabeis lo que dice el refran? *Al loco y al aire darles calle.*

—Como su calidad de gentil-hombre....—

—¡Qué gentil-hombre, ni qué calabazas! Le hemos dado ese título para que esté al lado de Monseñor el Delfin, que le ama, y se divierte con sus oportunidades. Le hemos concedido lo que pidió; porque es un héroe forrado de truhan, que merece cuanto demande por sus servicios, y cuanto quiera por su originalidad. Nada mas lejos de nuestro propósito que someterle á los deberes de su empleo.

—Yo creí....

—Mal creido, y en adelante nada le mandeis; nada.—

El Sumiller salió confuso.

El capitan gozó en plenitud los fueros de loco, y tuvo el derecho de hablar la verdad en palacio, espresando sus simpatías y prevenciones antipáticas con los gestos mas rudamente francos. Tanto el Monarca como el Delfin daban contínuas pruebas de su aprecio al digno Estocada, y los cortesanos, atentos á secundar las impresiones de sus ídolos tributaban al capitan los obsequios mas cariñosos.

Desde que Sebastian, Conde de Montecúculi fué nombrado Sumiller de la Cava de S. A., el capitan concibió una aversion profunda hácia el italiano. No fué víctima de sus hipócritas esteriori-

dades, y á los dos dias de observacion, Estocada dijo para sí: «Este hombre es un solapado pícaro.»

Nos queda que trazar la figura de nuestro héroe.

Si al publicar Cervantes su inmortal Quijote hubiera vivido Estocada, se dá de seguro por aludido en la descripcion física del ingenioso hidalgo manchego.

El trage favorito de Estocada consistia en un coleto de ante; mangas y jubon carmesíes; calzon ceñido á la pierna; capeta de vellorí pardo-oscuro; botas de gamuza; capacete de terciopelo negro, con una pluma roja, larga y delgada como él; formidable espadon pendiente de un tahalí de cuero tachonado de placas de reluciente metal amarillo y espuelas de un desusado tamaño.

Tal es el famoso capitan Estocada favorito del Delfin, que habiendo llegado á Valence á las nueve de la noche halló á su Señor conversando con el respetable veterano, Enrique de Maricourt, mientras le disponian la cena. Sebastian de Montecuculi, su colega de privanza, que llegó á las tres de la tarde del mismo dia, pretestando un dolor de cabeza fuertísimo, se retiró al aposento que el gobernador le tenia preparado en proximidad á la cámara de S. A. Estocada fué recibido con vehemente alegría por su augusto patrono, y Maricourt simpatizó desde luego con aquel antiguo militar, de franqueza tan noble, de tan buenas ocurrencias y que tan acendrado cariño, manifestaba al Príncipe.

La cena fué servida, y Maricourt y Estocada, honrados con la invitacion de acompañar á la mesa al primogénito de la Real estirpe, notaron que Francisco de Valois, de ordinario grave y hasta melancólico, sentíase en la disposicion mas inusitada de festivas conversaciones y joviales discursos.

—¡Hola! ¡hola! (esclamó el capitan mirando con aire picaresco al Delfin). Parece que tenemos el corazon dilatado; que sentimos lijero el peso de la vida!... Así me gusta, hijo mio; pesadumbres no pagan trampas; qué diablos.

—Maricourt, (dijo el Príncipe alargando una copa de Borgoña al gobernador), vaya por la salud del Rey mi padre.

—Y por la victoria de sus armas, contestó el veterano chocando su copa con la que le presentaba el heredero del trono.

—Y por la disenteria, fiel aliada del Rey Francisco.

—¡Qué estravagancia! repuso el Delfin.

—¿Por qué? (preguntó el capitan). ¿No es la disenteria la que diezma al ejército de Cárlos V?

—¡Escelente Borgoña! replicó S. A. saboreando el gustoso licor.

—Escelente, repitió Estocada, chasqueando la lengua contra el paladar escelente: *Bourgogne, Bourgogne* (1), *tu fais la double guerre sans vergagne; á nos cœurs par le fer qui abbat les lignes; á nos tetes á l'aide de tes vignes.*

—Veamos, capitan, (interrumpió el Delfin). Decidnos algo, que alegre el corazon.

—Dinero, dijo al instante Estocada.

—¡Qué dinero! (repuso Francisco con desden.) Eso alegra los corazones vulgares.

—Monseñor, (replicó el Capitan) y los elevados.

—Vaya, bebed otra copa, mi amigo (contestó el Príncipe), bebed otra copa y veamos si os entra la animacion.

—Ven acá, heraldo del júbilo; ven acá espíritu del espíritu; ven acá valor del cobarde; tú que haces tartamudear al elocuente y tornas orador al rústico; ven acá, hijo predilecto de Noé; y el capitan á cada frase de estas acercaba á sí la botella, hasta que esclamando, *pelícano de vidrio, aliméntame con tu sangre,* llenó su ancha copa y de un solo trago traspasó su contenido del cristal á su estómago.

—¿Vais sintiendo revivir los ánimos? le preguntó su Alteza.

—Milagrosamente, hijo mio. Ahora me enredaba á cuchilladas con toda la familiota de rufianes del Puente de San Miguel, desde el formidable Mano de bronce, hasta ese títere de Sans-soncis. ¡Qué batalla! ¡Cuerpo de tal! Yo con las costillas contra la esquina; enfrente y por los lados cuatro docenas de asadores amenazantes: molinete y atrás todo el mundo: allá vuela una daga; aquí cae un capacete, acullá jura un tuno, señalado en la cara por un refilon de mano firme: por allí grita una arpía ¡á la guardia! ¡Qué tremolina! ¡Qué Babilonia! Viva París, Señor Gobernador, ¿dónde hay en Valencé un barrezuelo, donde un ciudadano pacífico pueda ir cualquier dia de aburrimiento á divertirse honradamente en apalear bribones?

—En Valencé me encargo yo de ese ramo, contestó Maricourt.

(1) Borgoña, Borgoña, tú haces sin reparo una doble guerra: á nuestros corazones con el hierro que abate las líneas; á nuestras cabezas con el favor de tus vides.



Cárlos V.
Lám. 19.

—¡Qué París! (continuó el Capitan). Allí se vive. Llegan las eternas noches de invierno y el que quiere hacer apetito para cenar, toma la capa y se lanza por aquellas calles. ¡Qué de aventuras! La dama de la corte deslizándose en su litera negra, como una sombra corriendo en brazos de sus criados para precipitarse en los del amor. La cohorte de calaveras que se dirije en silencio á la retirada casita en donde les aguardan los placeres de la estruendosa orjía. Los raptores de una linda villana, que luchan entre las tinieblas por encerrar en la silla de un Señor antojadizo á la paloma de la plebe. ¡Oh! París de noche merece el *non plus ultra*; emblema de Carlos V, es lo....

—Capitan, (interrumpió el Delfin). ¡Eh! poco á poco. Me estais ocupando la fantasía de imagénes inconvenientes. Esta noche debo examinar mi conciencia para confesar mañana.

Estocada apuró su copa que estaba llena por Maricourt.

—¡Válgame Dios! (continuó cada vez mas locuaz) ¡Qué de menos echaré á París! porque por acá, Señor Gobernador, todo ha de ser policía; severo régimen.

—Cabal, (repuso Maricourt riendo). Aquí no hay mas que orden, disciplina rigorosa; régimen severo, y el que falta á lo prevenido en las disposiciones gubernativas no tiene remision; con que así, cuidado, Señor Capitan.

Estocada tomó la botella que Maricourt tenia cerca de sí y llenó su copa con una lentitud enfática, la levantó á la altura de sus ojos y despues de contemplar el color de rubí del nectar de Borgoña á favor de la luz de las bujías del candelabro, vació el licor de un golpe en sus fauces leoninas.

—Pues Señor, (dijo el Capitan con la petulancia de todo cortesano, en presencia de los que vejetan en Provincia). Vos la errais, Señor Maricourt. No hay cosa como el bello desórden.... Viva el desórden! ¡vivan los abusos! ¡esta es la civilizacion! Yo soy un pobre diablo, que no entiendo una jota de latin; pero Teocremes, el maestro de los hijos de Francia, ha esplicado delante de mí la Roma de los Césares; una gran Roma, Gobernador; una Roma con banquetes suntuosos, con damas complacientes, con....

—Capitan, (respondió su Alteza). Olvidais que confieso mañana; y que estais preparando la mente de una manera singular.

—Hijo mio, (respondió Estocada con la entonacion mas afec-

tuosamente tierna.) Tu alma pura no se inficiona con el tósigo de todos los reptiles conocidos y las plantas ponzoñosas. Eres bueno por conformacion especial, y como anduvo Jesus sobre las aguas marinas, tú pisas el cenagal de la corte, sin hundirte en el inmundo légamo.

El Delfin sonrió con bondadosa correspondencia al cariño del favorito que perdia el respeto al Príncipe en sus raptos de amor hácia el incomparable jóven.

—Capitan, cuenta con lo que haceis, (repuso el veterano Maricourt, amenazando de chanza al gentil-hombre). Segun veo, sois un partidario decidido de la indisciplina y el mejor dia del año, armais una trapatiesta, creyendo hallaros en París.

—No tendrá nada de particular, apoyó su Alteza.

—Pues de fijo duerme un mes en la carcel y afloja un puñado de libras parisies, concluyó el Gobernador.

—Bah! (contestó el capitan con desdeñosa indiferencia.) Yo tengo real cédula de privilegio para obrar como se me antoje, otorgada por nuestro Señor Rey Francisco I, y que me autoriza á faltar á las reglas comunes. Su Alteza ha concedido á mi escudo nobilitario un lema soberbio: *Al loco y al aire darles calle.*

—Es verdad, replicó el Delfin.

—Y en consecuencia (continuó Estocada con acento magistral), como quiera que me halle estropeado del camino; como quiera que necesite descanso y que el cuarto que me hayais destinado, caballero Maricourt sea un verdadero camaranchon, uso de mi privilegio y me instalo en el del Conde de Montecuculi, adónde pienso pasar una noche deliciosa, si Dios fuere servido.

CAPITULO IV.

Las paredes tienen oidos.

Nuestro Capitan, descontento hasta lo sumo del cuarto que Miracorut le destinara, resolvió alojarse por el sistema de invasion, como tenia de costumbre siempre que salia perjudicado en el reparto de aposentamientos. No bien evacuó la cámara de su Alteza

halló la ocasion de poner en práctica su plan. Inmediato al cuarto que ocupaba Montecuculi estaba otro mas reducido, con la puerta entreabierta. Estocada se introdujo en él y por fortuna le halló dispuesto para una mansion cómoda y desocupado. Al golpe de vista primero comprendió el propietario no debia tardar mucho. El embozo de las sábanas apartado como para facilitar la entrada del cuerpo entre las mantas; la bujía sobre una mesilla cercana al lecho: una silla dispuesta junto á la cama para colocar la ropa; todo denunciaba que el morador habia salido para una urgencia, recordada en los momentos precisos de irse á entregar á ese hermano de la muerte, que los griegos divinizaron bajo el nombre de Morfeo.

—No hay tiempo que perder, esclamó nuestro héroe, registrando con escudriñadora mirada toda la habitacion.

Sobre la mesa habia una daga: en el sillon contíguo al lecho una capeta de vellorí: una gorra de raso negro, sobre la cama. El Capitan cerró la puerta con llave y cerrojo y colocando su capeta, su espadon y su capacete sobre la silla prevenida para el efecto.

—¡Gracias á Dios! (esclamó restregándose las manos en signo de alborozo), henos aqui instalados cómodamente por el derecho de conquista. Ahora nos falta un breve rato de discusion con el despojado, hasta que el pobre diablo se convenza de que mas fácil es limpiar de peces los mares que hacerme salir de su estancia.

El capitan principió por desnudarse el coleto y la ropilla, quedando pronto en disposicion de verificar el último acto posesorio, meterse en el lecho del prójimo tan arbitrariamente desposeido. Acabó de sacarse las botas y ya tenia introducidas las piernas entre las mantas, cuando un golpe vigoroso en la puerta le hizo incorporarse.

—Abrid, gritó una voz coléricamente imperativa.

—Principia el acto, dijo para sus adentros el invasor.

—Abrid, repitió el despojado.

—No puede ser, buen amigo, contestó el capitan con voz de trueno.

—¡Cómo que no puede ser! Ese cuarto es mio: el que me ha señalado el Señor Gobernador: el contíguo al del Señor Conde de Montecuculi, mi amo.

—¡Hola! (murmuró Estocada). Tengo por vecino al truhan del Sumiller. Me alegro de saberlo.

—Abrid con mil demonios, replicó el escudero.

—¿No me conoces? preguntó el Capitan.

—Ni quiero, contestó exasperado el desposeido.

—Soy el capitan Estocada.

—Sed cuchillada enhorabuena: abrid y basta de broma.

—Escudero, (repuso el Gentil-hombre con entonacion trájica), tu acento me revela que eres italiano: Ferrarés sin duda, como el Conde Sebastian de Montecuculi...

—Bien, y qué, interrumpió el escudero impaciente.

—¿Cómo te llamas? interrogó el capitan.

—Gervasio Salicetti.

—¿Hace poco tiempo que sirves al conde?

—Poco ¡rayo de Dios! poco.

—Así pues, no has estado en la corte.

—Corriente; pero abrid con Satanás.

—Gervasio Salicetti, (añadió Estocada con la inflexion mas drámatica) si hubieras estado en la corte sabrias que el capitan Estocada, gentil-hombre de Monseñor el Delfin, ni envaina el acero que desnuda hasta esgrimirle como bueno; ni retira palabra que empeña hasta dejarla cumplida; ni abandona cama que pesca hasta por la mañana.

—Una violenta patada en el suelo y una blasfemia respondieron á esta declaracion burlesca del maestro de armas.

—Buenas noches, dijo Estocada acostándose con la mayor parsimonia.

—¡He! Señor mio, (esclámó Gervasio en el colmo del furor.) Os advierto que si continuais la broma aviso al gobernador, el Sire de Maricourt.

—Avisa á Su Alteza, hijo mio: es persona de mayor autoridad.

—Es que os sacarán de ahí los criados del gobernador... á palos, si es preciso. ¿Entendeis?

—Eso estaría muy en el órden.

—Es que echaré la puerta abajo, seor ladron de camas, clamó en el último punto de la furia Salicetti.

—Anda con ella, (respondió el Capitan con el mas imperturba-

ble reposo) empuja, pimpollo; aprieta los puños, buen escudero. ¡A la brecha los valientes! ¡Al asalto! ¡tra-tra-tra!

—Sois un miserable, gritó Gervasio ciego de ira.

—Estocada se incorporó como el que se siente mordido de una víbora; pero ahogando el primer ímpetu de su ánimo, se dejó caer en el lecho y tornó á rebujarse entre las mantas.

—Si no fuera por el temor de despertar al Señor Conde, ya estaria la puerta en el suelo.

El Capitan resolvió enmudecer.

—*¡Fulmin di Dio!* (continuó el italiano rechinando los dientes en el colmo de la rabia.) Me estan llevando una lejion de demonios por no poder cobraros el alquiler de mi cuarto á estocadas, Señor intruso.

—Le va á matar la hidròfobia, dijo para sí el Capitan.

—¡Oh! si diérais un paso fuera del aposento ya veríamos.

Estocada se contuvo con trabajo: le tocaban en la parte sensible.

—Entonces se averiguára quién dormia mas pronto, añadió Salicetti con acento iracundo.

—Mañana te haré tajadas, paródia del hombre, (replicó el Capitan), pero por ahora me quedo en tu habitacion. Con que retírate; afila tu espada y al venir el nuevo dia te daré una leccioncita que no te se olvide, prenda querida; ídolo mio, buenas noches.

—Por San Valentin mártir, que no os dejaré cerrar los ojos: aqui me quedo, y mala fiebre maligna me mate si callo un minuto.

—Pues allá voy yo, contestó perdiendo la paciencia el Capitan, y saltando del lecho se puso las botas y tomando la espada, la desenvainó con viveza, dirigiéndose á la puerta, que abrió lleno de coraje.

Del primer empujon cayó á tierra el débil escudero, y recibió por via de correctivo dos soberbios golpes de plano en las costillas capaces de abrumar al famoso Alcides. De un puntapié saltó la daga de la diestra del provocativo Ferrarés y tras el gemido que arrancó el dolor al atropellado se oyó la estentórea voz de Estocada, que decia: «Toma por tus valentías, marrano de Italia.»

El vencedor tornó á introducirse en el aposento; cerró la puerta cual estaba anteriormente, y envainando su espada, quitóse las botas y volvió á entrar en el abandonado lecho.

—¡Trueno de Dios! (dijo entre dientes el Capitan). Ya está pagado el cuarto: los dos palos valen dos escudos de oro.

—Señor Capitan, (esclamó Gervasio con humilde tono) ¿os parece justo dejar á un hombre sin cama?

—Asi se habla, seor escudero, contestó el gentil-hombre.

—¿Dónde paso la noche, Señor Capitan?

—Sigue adelante por todo este corredor; tuerce á la izquierda, y al fin de la galería verás abierta la puerta de un cuarto, con luz dentro, dispuesto para el reposo: éntrate allí; aquella es la estancia que me está destinada.

—¿Y por qué no os quedásteis en ella?

—Gervasio, tú no aprendes.

—¿Y si algun aficionado á camas agenas se ha entrado en vuestro aposento?

—Entonces vuelve por acá, y trataré de buscarte acomodo.

—Me podia vuesamerced alojar en....

—En el infierno, ¡voto á Crispo! vete.

—Ya me voy. ¿Con que al fin del corredor?...

—A lo último de la galería; el cuarto postrero: no puedes equivocarte. Anda con Dios, hijo mio; hasta mañana; buenas noches.

—Maldita sea tu casta, murmuró con sordo acento el despojado y se alejó satisfecho en parte con el desahogo de su cólera.

—¡Diablo! (esclamó nuestro héroe). Esta reyerta me espantó el sueño para buen rato. Bien dice el adagio: *no hay reposo para el que obra mal.* Y la verdad sea dicha, meterse en cuarto ageno y apalear al que reclama lo suyo, no es ninguna obra meritoria.

Estocada se arropó lo mejor que pudo, y cerrando pertinazmente los ojos, trató de sujetar su pensamiento y sumirse en el embeleso, precursor del letargo apetecido. Algunas palabras confusas, pronunciadas con voz fatigosa, hirieron su tímpano. Un ruido hueco, como el que produce un puñetazo sobre un pesado tablon, acompañó á las entrecortadas frases, que sonaron próximas. Estocada abrió los ojos y aplicó el oido con avidez. Un doliente gemido colmó su sobresalto.

—¡Diablo! (murmuró volviéndose hácia la pared que separaba su estancia de la del Conde.) Parece que el Señor Sumiller de la cava de S. A. no tiene sueño de Angel. El capitan reparó que el tabique lejos de subir hasta la techumbre quedaba á seis pies es-

casos del suelo; de suerte que poniéndose de pies sobre la cómoda que se encontraba paralela á su cama, podia registrar á su placer el cuarto de Montecuculi como desde el antepecho de un balcon. Un gemido aun mas doloroso que el primero, le hizo incorporarse con muestras de viva curiosidad.

—¡Buena pesadilla! (dijo moviendo la cabeza en signo impaciente.) Y lleva trazas de no concluir tan pronto.

Un grito ahogado y un crujimiento del lecho en el debatirse de un sacudimiento nervioso apoyaron la conjetura de Estocada.

—Convendrá dispertar á ese hombre, (esclamó resuelto.) Asi recobraré un sueño tranquilo, y me dejará dormir. Y como entre la idea y la accion no habia intérvalos en el maestro de armas de Francisco de Valois, dejó el lecho y se encaminó á la cómoda; trepando á ella de un salto y examinando con interés el cuadro de la mas atormentadora pesadilla. Montecuculi habia desordenado las mantas en sus sacudidas violentas; unas cayeron sobre la alfombra circular, en cuyo centro se alzaba la cama, y otras yacian amontonadas á sus pies. El Conde atravesado en el lecho, una pierna colgando fuera de él, la otra rijida y con los músculos pronunciados en contraccion convulsiva, tenia en la una mano los pliegues de la sábana inferior, arrollada con furia y el otro puño sobre el macizo espaldar del lecho. La cabellera revuelta y de sus descompuestos bucles fluia un sudor helado, que bajaba en gotas por la frente del Sumiller. La boca del favorito de su Alteza se entreabria dejando paso á un hálito impetuoso y manando una especie de espumosa baba. Su respiracion era anhelante y un ronquido determinaba su dificultad. Una neurose crítica servia de precursora á la pesadilla.

—¡Fuego de Dios! (dijo el capitan pensativo.) Parece grave la situacion de ese hombre.

Montecuculi suspiró hondamente. Una sonrisa amarga contrajo sus labios; se volvió con esfuerzo penoso y murmuró algunas palabras que Estocada no pudo percibir.

—Tigre (dijo con acento ronco el Conde.) Tigre, ¿estás satisfecho ya? ¿Estás satisfecho?

La mano crispada que oprimia los pliegues de la sábana sufrió una tension gradual.

—Tigre, (repitió el Sumiller cada vez mas agitado). Terminó mi obra... Tu veneno sirvió... Llené su copa... Le bebió sonriendo... El Delfin no existe...

—¡Ira de Dios! clamó pálido y trémulo Estocada). ¿Qué dice ese hombre infernal?

Montecuculi tendió los brazos en la ilusion de sus íntimos pensamientos. Su fisonomía tomó la espresion de la ternura apasionada.

—Ahora mi recompensa, (repuso con voz entrecortada pero con pronunciacion rápida). Francisco de Valois perdió á su primogénito... El Delfin no existe... Mi recompensa... pronto...

—¡Infame! gritó el capitan ciego de ira.

—Pronto (continuó el Conde apagando gradualmente la voz). El crímen está consumado... ahora el premio...

—Mónstruo, (esclamó el gentil-hombre), yo te pagaré y en buena moneda ¡sangre y rayos!

Y el gefe de la sala de armas en el alcazar real descendió de un salto de su elevada posicion y echando mano á la tizona la desnudó con brio, tornando á encaramarse sobre la cómoda con objeto de descolgarse por el tabique y traspasar aquel corazon alevoso, que en un sueño acababa de hacer traicion á sus inícuos planes.

Mientras descendia el Capitan de la cómoda, Montecuculi despertó por un sacudimiento de todas sus fibras. Llevó la mano al seno sobre el que sentia un peso enorme y abrió los ojos con espanto. Sus miembros doloridos estaban mojados por un sudor glacial, y un temblor epiléptico ponia en movimiento su cuerpo en el desabrigo consiguiente á la briega pasada.

Cuando Estocada volvió á subir sobre la cómoda con los hostiles pensamientos; que ya conoce el lector, Montecuculi dirigió la vista adonde sonó el golpe del ascenso, y al descubrir al gentilhombre dejó escapar un grito de sorpresa y se incorporó vivamente al refulgir de la espada, que llevaba en la diestra el Capitan de Lansquenetes.

—¿Qué significa esto? preguntó entre azorado y amenazador. Estocada quedósele mirando de hito en hito con espresion de odio.

—Señor Capitan, (añadió el Conde con profunda estrañeza.) ¿Qué es esto?... Espiándome... Con la espada desnuda... ¿Podeis decirme lo que pasa aquí?

—Pasan cosas horribles, Señor Sumiller; (contestó Estocada.) La lengua ha descubierto la perfidia del corazon. El desleal ha revelado en una pesadilla sus proyectos infames...

—Capitan, (gritó el Conde furioso.) Sois un loco harto insolente. ¿Qué os autoriza á calumniarme con tanta y tan inconcebible audacia?

—Vuestras palabras... las frases que han llegado á mis oidos.

—Y bien ¿qué he dicho yo?

—Vos lo sabeis.

—Decidlo, Señor espía, replicó colérico Sebastian.

—¡Miserable! (rujió Estocada en frenesí de su indignacion). Has dicho que el veneno debia concluir con su Alteza; has pedido la recompensa de tu crímen.

La palidez de Sebastian se trocó en la tinta violácea de un rostro cadavérico. El frio de la muerte heló su corazon.

—Morirás, dijo para sí con irrevocable designio.

—¡Oh! es preciso que uno de nosotros no vea lucir el dia, añadió el Capitan blandiendo su espada con aire de terrible amago.

Montecuculi dominándose, logró soltar la carcajada mas francamente burlona.

¿Os reis? interrogó Estocada con asombro.

—Y no he de reirme, mentecato, de la importancia que dais á disparates proferidos en el delirio de una pesadilla.

—¡Oh! no me engañais, Señor mio.

—¿Y quién trata de engañaros?

—¡Pardiez! Abrid la puerta, Señor Conde, y os devolveré vuestros insultos en estocadas.

—¡Diantre de loco! (continuó Sebastian templándose por grados.) Si vais tocando en furioso se os hará encerrar en una jaula, ¡vive Dios! Váyase á dormir y déjeme en paz.

—Señor Sumiller, (repuso Estocada conteniéndose). Teneis sueños muy feroces y la debilidad de hablar durmiendo. Si tardais tres minutos en dispertar, (agregó el Capitan con eco sombrío), por el nombre de mi padre despertais en el otro mundo.

—¡Hazaña famosa! (dijo estremeciéndose). Matar á un hombre porque soñando dejó escuchar cuatro necedades, consiguientes á los desbarros de una fantasía. Es forzoso perdonaros, porque sois

un loco de atar, Señor gentil-hombre, (siguió diciendo Montecuculi del todo aplacado.) Mereceis que me quejara á Monseñor de esa locura por lo trájico.

—Señor Sumiller, (replicó el Capitan con tono solemne,) mi razon no puede estar firme en una creencia por tan débiles datos; pero el instinto, mi fiel instinto, ese se halla de acuerdo esta vez con mis impresiones al observaros los primeros dias de nuestras relaciones en la corte.

—Y bien, (interrumpió Sebastian con ansiosa esploracion.)

—Y bien (repitió Estocada con brusca franqueza), desde que tuve lugar de trataros dije para mí: *No eres bueno*: y me confirma mas y mas en esta opinion lo que acabo de oir. Callemos esta funesta aventura y sigamos nuestro rumbo. Si me engañaron los apariencias apoyadas por la casualidad, el Señor me perdone un mal pensamiento. Si por desgracia se realiza lo que...

—¡Capitan!

—Por último, Señor Conde, no echeis de la memoria que casi habeis tenido la vida en la punta de mi espada. Un velo á lo pasado, y al porvenir.

—Ahora que lo reflexiono, dijo Sebastian llamando la atencion de Estocada.) ¿No estaba destinado ese aposento á Gervasio Salicetti, mi escudero?

—Sí Señor: le invadí militarmente.

—Comprendo: vuestro sistema ordinario. A Dios, contestó el cómplice de Catalina, poniendo en órden las descompuestas ropas y disponiéndose al descanso.

—A Dios, repuso el capitan, separándose del tabique y bajando de la cómoda.

Montecuculi oyó el ruido de la bajada de su espía. Tendió la diestra haciendo la señal de la cruz, y con voz tenebrosa y fulminante mirada, juró por lo mas santo del cielo y de la tierra que aquel hombre que por una casualidad habia sorprendido su secreto, ya por el veneno, ya por el hierro asesino, se hundiría en la tumba con el misterio, que la seguridad de sus propósitos hacía necesario.

El capitan por su parte maldijo de todo corazon la fatalidad que habia salvado de sus garras al Conde; porque aun cuando su razon no estaba convencida de la infame artería del Sumiller, su ins-

tinto le acusaba, una voz secreta le denunciaba como maquinador contra la vida de su Alteza y Estocada era uno de aquellos hombres dotados de una especie de providencia, que acreditada en una y otra ocasion, sirve de guia en lo sucesivo á su conducta.

Inútil es decir que ninguno de los dos Cortesanos disfrutó de tranquilo reposo. Montecuculi temia entregarse al sueño que de pocos dias á la fecha era fatigoso é interrumpido por violentas pesadillas, de las que le sacaba Salicetti á fuerza de gritos y recios golpes en la pared intermedia de sus aposentos. El capitan preocupado por las tétricas ideas tenia el corazon oprimido. El dia los sorprendió despiertos.

Estocada se vistió á toda prisa marchándose á respirar el fresco ambiente de la mañana, con la cabeza ardiente, el rostro ceñudo y anchas ojeras amoratadas en señal de un penoso insomnio. Montecuculi se vistió con igual prontitud, y esperó la venida de su escudero dando paseos por la estancia con aire sombriamente pensativo; parándose algunas veces cómo absorto en honda meditacion Gervasio Salicetti penetró en la estancia de su amo.

—Gervasio, (le dijo el Conde con muestras de vivo interés) ¿Has visto al Capitán Estocada?

—Dios le confunda, (respondió el Italiano). Ayer noche me desposeyó de mi aposento, me atropelló; me...

—Eso nada me interesa (repuso Montecuculi con estrema vivacidad). ¿Le has visto hoy por la mañana?

—Acabo de verle salir en direccion á los jardines de este Palacio vetusto.

—Gervasio, esclamó con resolucion súbita.) ¿Te acuerdas de la cárcel de Florencia?

—¡A qué viene esa pregunta! dijo con visible disgusto Salicetti.

—A indagar si subsiste tu voto en iguales términos que le formulaste en el calabozo número 4 de la cárcel de Florencia.

—¿Puede dudarlo Vueseñoría?

—Es que no quiero aprovechar situaciones fatales; si en un rapto de gratitud te ofreciste á mi absoluta disposicion y hoy vacilaras...

—¡Imposible! (respondió Salicetti con entereza). Yo no puedo olvidar que Vueseñoría me sustrajo á los cordeles de Gianotto Spica, ejecutor de las justicias Ducales....

—Y que la idea del suplicio era insoportable á tu imaginacion: me acuerdo perfectamente.

—Ya lo creo, terrible.

—Tú me prometiste....

—Y renuevo mi oferta. «Virtud ó crímen; de todo soy capaz en servicio vuestro.

—¿Puedo contar con esa palabra?

—Siempre, Señor.

—Vamos, (murmuró satisfecho Montecuculi.) Tuve acierto en escojer este Seide. Gervasio, (añadió), el Capitan Estocada es un loco impertinente...

—Un vándalo, añadió el escudero irritado.

—Se ha puesto en pugna conmigo y me hostiliza sin tregua. Espadachin procaz fia en su destreza la causa de sus audaces procederes. Loco en el concepto de la Corte juega sobre seguro en los amaños contra mi privanza. Me acomoda deshacerme de ese truhan; pero sin ruido: sin que los mas suspicaces vean en su muerte mi venganza, que desaparezca sin despertar una sombra de recelo...

—Señor, el talento de Vueseñoría combine el plan; la ejecucion corre de mi cuenta.

—Dime, Gervasio, ¿tu primo el maton Antonelli ha venido en tu compañía?

—Sí Señor.

—¿Y se puede contar con él?

—En habiendo un centenar de escudos al fin de la aventura y media docena de botellas durante el convenio, Antonelli desollará de nuevo á San Bartolomé.

—¿Y te obedece todavía como en Florencia?

—Gracias á vuestra noble generosidad, nunca está vacía mi escarcela, y como no tengo vicios, sacrifico á los suyos una buena parte de mi dinero; le domino completamente y ayudando á mi influencia un centenar de escudos se batirá como un diablo con ese maldito capitan.

—No; eso no me conviene. Estocada es el primer tirador de Francia: tiene un golpe de estudio reconocido por imparable....

—Es que Antonelli es un famoso tirador.

—¡Bah! (repuso con despego Montecuculi), espadachin plebeyo,

frente á un esgrimidor de buena escuela esas nombradías de la vida airada quedan reducidas á cero.

—Vueseñoría se equivoca respecto á mi primo Antonelli; ha sido maestro de armas en Pisa.

—Ahora recuerdo, haberte oido contar algo de eso. Antonelli salió desterrado de Pisa por una fechoría que....

—Por sospechas de haber servido de instrumento á los ódios de cierto capitan: sospechas que si hubieran podido elevarse á cargos, habrian costado la cabeza al pobre Antonelli; porque sucedió que el capitan Sciutti tuvo una cuestion con el de igual clase Valdriani, y separados cuando se acometian por los compañeros, juró Sciutti á su enemigo que no tardaria veinte y cuatro horas en vengarse. Al efecto, habló con mi primo, y el resultado de la conversacion fué que al dia siguiente Valdrian vino á proseguir sus lecciones, y por casualidad la espada de Antonelli, perdiendo la zapatilla en el roce con la otra, atravesó á Valdriani derribándole sin vida....

—Gervasio, es forzoso que Antonelli abra su escuela en Valence.

—Como vueseñoría guste.

Es preciso que se le busque un local espacioso y bien preparado: que se le provea de caretas, petos, guanteletes, guarda-piernas, espadas, dagas.... Tú te encargas de comprarle todo. Es necesario que publique un cartel insolente; en que rete á los maestros y aficionados. Un cartel por este estilo: «El intrépido y renombrado Fulano Antonelli, primer tirador de Italia; maestro de varias notabilidades en el ejercicio; director de diferentes cuerpos militares, tiene establecida su escuela con el permiso competente, en tal parte. Dicho profesor se ofrece á lidiar con apuesta con cuantos maestros examinados y aspirantes á exámen se presenten. Está dispuesto á sostener con desiguales condiciones el asalto de los mas aventajados tiradores del pais. Admite á perfeccion los alumnos de otros profesores, y á enseñanza los que quieran iniciarse en la esgrima italiana, la primera del mundo.

—Perfectamente.

—El capitan Estocada tiene por costumbre ir de incógnito á medirse con los maestros que llegan. Asociado con algunos amigos, para sorprender á los profesores, finje torpeza al principio

para concluir abrumando á su adversario. Si Antonelli aprovecha la primera ocasion, si la zapatilla de su espada cae y pasa de parte á parte al loco de la córte, será casualidad que le asegura trescientos escudos y mi proteccion.

CAPITULO V.

No firmes carta que no leas, ni bebas agua que no veas.

Francisco I estaba del humor mas sombrío imaginable. Catalina de Médicis habia dicho muy bien, cuando en su conversacion con Sebastian de Montecuculi, aseguraba que Mont-morency, no tendria por adversario del sistema espectativo que el Monarca. En efecto, Francisco de Valois no podia resignarse á permanecer en Aviñon, mientras su rival le provocaba y establecia asedios vigorosos en Aix y Marsella. Por mas cargos y reflexiones que el gefe de su ejército le hacia para persuadirle de las ventajas de aquella táctica puramente defensiva, por mas que le demostrase las consecuencias infalibles de aquel plan, que sin pérdida de un solo hombre reducia á la condicion mas lamentable al enemigo; es verdad que los conatos del Emperador se frustraban conforme se ponian en práctica; que Cárlos, abandonado por la caprichosa fortuna parecia sujeto á una dura ley de constante fatalidad; que una dolencia reciente, encrudecida por el despecho, y la infeccion de la atmósfera, le sometia á padecimientos harto graves; que Antonio de Leiva, el mejor de sus caudillos, y el consejero de la invasion, agonizaba frente á Marsella, devorado por el pesar de haber contribuido á la catástrofe de las tropas con sus instigaciones; que los generales aconsejaban la retirada sin pérdida de tiempo; que el hambre reinaba en el campamento cesáreo, motivando la desercion contínua; que los tudescos estrujando uvas en sus morriones y celadas, hacian una bebida fatal que los diezmaba sucumbiendo de flujos de vientre; que los italianos y españoles alimentándose de trigo y yerbas dañosas, y con el escesivo calor y el mal régimen enfermaban y morian desastrosamente; que las galeras de Doria apenas conducian bastimentos para la tercera

parte de la numerosa hueste; que noticias aflictivas para los intereses imperiales, y cada vez mas faustas para la Francia, colmaban la consternacion de los invasores; que por último, Montmorency veia coronado por el éxito su propósito, y contestaba con altivez á las reconvenciones de los que tachaban de poco digna la inercia con que redujo á desesperada estremidad á sus adversarios.

Pero el vencedor de Marignan se avergonzaba de semejante triunfo; repudiaba la gloria de cansar sin combatir á su antípoda. Francisco hubiera preferido á la aquiescencia frente á su perenne émulo aceptar á todo trance la batalla: jugar á la suerte de las armas su corona y la independencia de sus Estados: responder con un alarde de temerario brio al alarde poderoso de Cárlos de Hapsburgo.

En tal disposicion de ánimo Francisco escribió á el Delfin, mandándole reunirse con él en Leon, y distrayendo su indisplicencia en la espresion afectuosa de la ternura paternal. El teniente Cherubin es el encargado de llevar la misiva á S. A. y respetuosamente inclinado ante la magestad, escucha los mensages de que su Rey le comisiona.

—No dejeis de repetirle, que me hace falta su presencia; que me consumo de tédio; que se me hacen insoportables los dias.— Cherubin espresó con un signo deferente hallarse enterado.

—Que estoy quejoso de su morosidad (continuó el Soberano), pues por cada carta suya se cuentan dos de las mias. Añadireis que sentiré infinito retarde su viaje por otro motivo que una indisposicion repentina: que le espero con paciencia en Lyon, donde me importa su dictámen para una urgente empresa: que no reposo hasta verle al lado mio, porque....

Francisco vaciló en terminar el concepto. El mensagero redobló su atencion. El Rey prosiguió con voz sorda y preocupacion siniestra:

—Porque una especie de terror supersticioso me tiene acometido en ausencia *suya*. Me parece que pesa un destino fúnebre, sobre cuanto me toca de mas cerca; que una maldicion infausta gravita sobre mis actuales intereses; que me amenaza alguna tremenda calamidad...

—Señor, interrumpió Cherubin pesaroso.

—Será una fantasía, una quimera, en buen hora.

—Tal me parece, Señor.

—Limitaos á encargarle con encarecimiento que se ponga en camino cuanto mas antes.

—Fie V. A. en mi puntualidad.

—Si os pregunta por los asuntos de la guerra, decidle lo que ocurre con toda exactitud: que su antiguo opresor Cárlos de Gante, continúa hollando nuestro territorio; que sus feroces satélites asedian á Marsella y Aix, y se vengan en cuantos infelices pueden haber á las manos del heroismo provenzal; que los bandidos tudescos perecen á millares, y los españoles é italianos por centenas; que nosotros permanecemos lanza en cuja detrás de nuestras fortificaciones; que el Sire de Mont-morency escribe un tratado sobre la táctica del aguante, de su invencion particular, y que el hijo de Cárlos de Angulema.... Que el nieto de Juan de Angulema se está dando á los diablos por no permitirle las circunstancias cargar con todo su poderío á esa canalla sanguinaria y rapáz. Y al concluir estas palabras Francisco alargó á Cherubin la carta para su primogénito, despidiéndole con una indicacion inequívoca. El mensajero hizo un profundo saludo y evacuó la cámara. Francisco desahogó en hondo suspiro la lasitud de su espíritu y pasando la mano por su frente en melancólico ademan, esclamó:

—Esto no puede seguir así: tal situacion á prolongarse, fuera un baldon perpétuo de mi nombre: si el ejército imperial no se retira en lo que resta de mes, el plan de Mont-morency será postergado á mi irrevocable resolucion: pelear como bueno en vez de permanecer al abrigo de una línea defensiva...... ¡Oh! ¡qué voto tan querido de mi corazon! Si me concediera el cielo devolver á Cárlos V las amarguras con que ha colmado los fatales dias de un año de prision!

La emocion no permitió proseguir al Monarca. Recuperado un tanto, añadió con suma viveza:

—¡Vanas quimeras! (dijo suspirando con fatigoso desaliento). Ese hombre es mi castigo; el ministro de la humillacion con que Dios ha penado la soberbia de mis aspiraciones. Porque yo despues de la jornada de Marignan me creí el semi-dios de la época, y en la emocion de mi triunfo no hubo en mi alma un recuerdo de gratitud á la bondad divina. Nació á la gloria ese mancebo, y su

huella se halla impresa cn mi camino; siempre á enorme distancia de la mia.... El ugier abrió la mampara.

El Sire de Trivulce pide audiencia, dijo con tono ceremonioso.

—Pase inmediatamente, contestó el Monarca con suma afabilidad.

—Juan Bautista, Sire de Trivulce era un anciano de estatura gigantesca y proporciones robustas: fisonomía dulcemente triste; magestuosa disposicion: cabeza de venerable patriarca; lánguida espresion de resignado reposo. Su mirar hallábase impregnado de ese melancólico abandono de los que han sufrido abrumadores pesares con la superioridad de los espíritus elevados. Su acento era en estremo simpático por la lentitud suave de su modulacion...

—Salud, Alteza, dijo inclinándose con religioso respeto ante el Monarca.

—Salud, mi buen Trivulce, (respondió Francisco lleno de agasajadora cortesía.) ¿A qué debo el placer de recibiros en audiencia?

—A una lamentable circunstancia, Señor.

—Sentaos, Trivulce.

—Permitid....

—Sentaos. Es mi voluntad que tomeis asiento.

Trivulce obedeció con visible repugnancia.

—Veamos, (continuó el Rey con atencion cariñosa). ¿Qué lamentable circunstancia teneis que esponerme?

—Ante todo, Señor, debo decir, que á este paso no me impulsa mas que la honra de V. A.

—¡Mi honra! (esclamó con inquietud Francisco). Pues ¿de qué se trata?

—De un hecho que al hacerse público dará motivo á una suposicion en sumo grado ofensiva á V. A.

¿Qué suposicion es esa? preguntó con sobresalto el Monarca.

—La de que la Magestad Cristianísima sacrificó á un desventurado niño por herir en el corazon á un rival.

—¿Quién dirá eso de mí? interrogó el sucesor de Luis XII.

—La Europa, contestó gravemente Trivulce.

—Esplicaos, Sire de Trivulce, replicó Francisco con tono de impaciente ansiedad.

—De eso trato, con permiso de V. A.

—Pronto, Sire de Trivulce, pronto.... Yo os lo ruego.

—Comisionado por V. A. para inspeccionar la línea de resguardo de Aviñon, rondando la noche pasada, he sorprendido....

—¿Un espía?

—No señor; un aleman perteneciente á esas partidas ligéras de corredores del ejército cesáreo, que han merecido el nombre de relámpagos por sus evoluciones rápidas, y la celeridad portentosa de sus incursiones y escursiones.

—¿Y cómo logró introducirse en la línea ese tudesco? interrogó con curioso interés el Soberano.



—Venia de la línea del Ródano y Duranzo, á favor del disfraz de cantinero, y dejaba burlada la vigilancia del primer cuerpo de ejército á las órdenes del Sire de Mont-morency, en cuyo cuartel estaba prisionero de guerra.

—Seria del número de los corredores apresados por nuestras avanzadas en una de sus temerarias empresas.

—Exactamente.

—Proseguid, Sire de Trivulce.

—Un centinela notó la inquietud con que pasaba la línea, y le

detuvo hasta que diese cuenta al comandante de la guardia del objeto de su viaje. En esta situacion le encontramos en la línea, y llevándole á una caserna inmediata procedí á su interrogatorio. Al principio mantuvo su fábula con bastante presencia de espíritu. Dijo llamarse Janneton, ser de Bretaña, y que habia perdido el pase en la posada del Buen-Jesus; que se ocupaba en el tráfico de vinos, y pasaba la línea con el fin de comprar unas ódres en los caseríos protegidos por las avanzadas francesas. Fingí darle crédito, y le estimulé á esplicarse para aprovechar la primera contradiccion; mas el bribon tenia bien aprendido su papel, y nada conseguí. Por último mandele registrar, amenazándole con hacerle pender de un árbol si se le sorprendia lo mas mínimo. Y entonces advertí que palideció. Le prometí la vida por condicion de su franqueza, y pareció vacilar: redoblé mis seguridades; pero rehusó aprovecharlas, protestando que nada tenia que temer. Dos soldados comenzaron el registro, al que se prestó gustoso nuestro truhan, y por mas que tentaron y retentaron las vestiduras, nada pudieron hallarle. El caporal Boyssi, devolviendo su gaban al inútilmente esplorado fué mas feliz que nosotros. Sintió un objeto que crujía al tacto; descosió el cuello, y encontró una carta.

—¿De quién? preguntó azorado Francisco.

—La carta lo dirá á V. A. Para concluir con mi relato. Viéndose descubierto, el finjido tratante en licores, confesó llamarse Frantz Stolk, hijo de Herman Stolk, montero del emperador Maximiliano, del Archi-Duque Felipe y de Cárlos V; alférez de bandera de la Compañía de corredores germánicos á las órdenes del capitan Don Cárlos de Bruselas, prisionero del Sire de Mont-morency. Espresó que atravesaba la línea para incorporarse al ejército imperial, y poner en manos del Emperador la carta del capitan Don Cárlos, segun juramento hecho al mismo, horas antes de morir en la horca.....

—Esa carta.....

—Aquí está, señor.

El Sire de Trivulce sacó un pliego de su escarcela, que el Monarca tomó precipitadamente.

—¿Y el mensajero? interrogó deteniéndose al abrir la misiva.

—En la eternidad, contestó lúgubremente Juan Bautista de Trivulce.

—Le cumplísteis vuestra promesa; pero me parece demasiado rigor, tratándose de un hombre fiel que por cumplir un empeño tan sagrado.....

—Señor, (contestó con entereza Trivulce). Franz Stolk sabia mas de lo preciso en este fatal asunto, y por resguardo de vuestro honor importaba descartarnos de un hombre tan instruido en pormenores.

Francisco I, impresionado hondamente por estas palabras, abrió la carta y leyó lo que sigue:

«Imperatoria, Católica Magestad. Cercano al trance postrero »de la vida mundana, primero de la eterna, os escribo; bien lo »sabe Dios; con mas pesar de vuestro sentimiento, que dolor de »mi desventura. Presentes son á mi memoria vuestras bondades »mas que mis dias; mas me duele la consideracion de vuestra »futura pena, que el pensamiento de mi próxima suerte. Ignoro »si estos renglones llegarán hasta vuestra cesárea Magestad. Es»critos en un calabozo; mal trazados en las tinieblas, Franz Stolk »se encarga de llevarlos, salvando líneas y á riesgo de perecer si es »aprendido en su recelosa marcha, con mi último Adios. Una hora »tengo concedida para prepararme á bien morir. Desde mi lobre»ga prision oigo los martillazos que aseguran las fatales paralelas »de la horca.... De la horca, señor; porque me han negado el ha»cha: el suplicio de los hijos-dalgos. ¡Oh! No era esto lo que pa»recia depararme la fortuna; lo que vuestra escelsitud me daba »derecho á esperar; lo que mis brios me preindicaban... Pero Dios »sea loado: cúmplase en mí su voluntad. A diez y siete años me »corresponde perecer en afrentoso patíbulo. Estaba escrito, como »dicen los moros de nuestra España.

Francisco suspiró dolorosamente, mirando á Trivulce que con un gesto le invitó á continuar en su lectura.

»¿Por qué me ha revelado V. M. mi orígen? Si yo hubiera se»guido creyendo que no era mas que un huérfano oscuro, prote»gido por el César, en gracia á los servicios de mi padre, no me »seria tan duro resignarme á morir con la muerte de los villanos. »Pero cuando me ha elevado V. M. de la sombra misteriosa, en »que han transcurrido catorce años de mi vida, á la luz de una »posicion brillante; cuando vuestra grandeza me ha conferido el »mando de una compañía de veteranos ilustres como ocasion de

»merecer los mas altos favores; cuando me ha revelado mi pre-»clara ascendencia.... entonces he sentido renacer las ideas am-»biciosas que procuraba sofocar, teniéndome por pequeño... des-»de entonces tiemblo de pensar, siquiera un pensamiento, rebajar »la dignidad de mi alma.

—¡Alma orgullosa! esclamó el Rey simpatizando con aquella espresion altiva.

—Continúe V. A., replicó el Sire de Trivulce.

»Dentro de una hora estará cumplida la sentencia de Francisco »de Valois: Cárlos de Bruselas con veinte de sus valientes corre-»dores colgará del cáñamo ante una soldadesca furiosa, cuyos ím-»petus contiene el Sire de Mont-morency con estremada dificultad. »Dentro de una hora todo habrá concluido para mí en la tierra, y »contando con la misericordia de Dios y mi contricion sincera, »moraré en las mansiones de la bienaventuranza. No llore V. M. mi »desastrado fin: el camino es áspero; el paradero dichoso. Franz »Stolk me ha jurado asistir hasta el último trance: Franz que es »para mí lo que su digno padre para V. M. Augusta: un fiel ami-»go; un celoso servidor. Franz os dirá si he sabido morir; si he »afrontado la situacion tremenda con ánimo impertérrito; si no he »infundido valor á mis pobres subordinados, hoy compañeros de »desdicha; si con la cuerda á la garganta no he dirigido la vista »al cielo, y despues mirándole no he sonreido. La mirada á Dios: »la sonrisa á V. M.

»Cuando caimos prisioneros se nos trató con suma benignidad »y escepto comunicaros mi posicion nada me fué negado de cuan-»to pedí. En este punto debo hacer justicia á nuestros enemigos; »se nos atendia como á huéspedes, y ni un signo de rencor agravó »nuestra desgracia. Pero apenas se recibió la noticia de que vues-»tra escelsitud en venganza de la muerte de D. Garci-laso de la »Vega y Guzman habia tomado el castillejo de Mucy, mandando »ahorcar á sus defensores, cuando un grito de furor nos indicó »para víctimas de cruentas represalias. El Sire de Mont-morency »se pronunció en contra nuestra con desesperada tenacidad, y »fuerza es disculpar su encono: el capitan de los defensores de »Mucy era su bastardo. Se nos hizo comparecer ante el Condesta-»ble de Francia para quintarnos....... digo mal, para quintarlos; »porque yo era indispensable víctima inmolada á los manes del

»sacrificado caudillo de Mucy. Escuché mi sentencia con resigna»cion. Pedí que se me decapitara como á noble, y el general me »replicó con amargura: «Godofredo de Mont-morency era noble »tambien y Cárlos V le ha colgado de una almena.»

Francisco I se limpió el sudor angustioso, que en abundancia corria por su frente, y siguió leyendo:

»Le pedí un instante de conversacion particular, y me rehusó »esta gracia obstinadamente, hasta que adoptando el recurso de »herir su amor propio, le dije: «Todo el que sabe cumplir los de»beres de caballero, no niega un favor al que se halla en la des»gracia.» Mandó despejar, y se dispuso á escucharme con ceñudo »torvo gesto.... Entonces le revelé que Cárlos de Bruselas encu»bria á Don Cárlos de Austria, hijo natural del Emperador, y le »demandé con este título la decapitacion; pena de los infanzones. »Pareció dudar de mi revelacion y me hizo salir para interrogar á »Stolk, que le acabó de convencer de la exactitud de mi relato. »Suspendió la ejecucion de la sentencia para consultar con el Rey; »pero Francisco ha mandado llevarla á efecto, y el hijo de Cárlos »de Gante, como aquí os denominan, traza estas líneas en el cala»bozo, en aguardo del verdugo; con media hora de término para »daros el último, lastimero Adios.»

El Monarca agitó con violencia la campanilla.

El ugier acudió presuroso.

—Que venga inmediatameute el Sire de Collins, dijo.

El ugier salió cerrando la mampara tras sí.

Francisco tornó á llamar.

Otro ugier se presentó.

—Que venga al punto el Sire de Collins con el libro de registro del despacho.

El ugier corrió á cumplimentar la órden recibida.

El Sire de Collins con el libro de registro penetró gravemente en la Cámara régia.

Francisco sin devolverle el saludo le arrebató el libro, poniéndose á hojearlo con ansiosa impaciencia, hasta dar con lo que buscaba.

Por el libro aparecia que el Sire de Mont-morency habia consultado las represalias, incluyendo lista de los quintados á cuyo frente se leia: «*Don Cárlos de Bruselas, capitan.*»

El Rey recurrió á los originales de la comunicacion que obraban en la cartera del secretario, adherida á la cubierta del libro, y en donde se colocaban cuantos despachos se hacian durante cada mes.

Sacó de la cubierta la comunicacion de Mont-morency, relativa á esponer la necesidad de corresponder á los rigores del Emperador; la lista proscriptoria y un pliego, que abierto encabezaba con una *R* cierta nota, que Francisco leyó con avidez, prorumpiendo en un grito que alarmó estraordinariamente á Collins y á Trivulce.

—Señor secretario, (esclamó colérico Francisco) ¿No habeis leido la nota reservada que acompañaba estos pliegos?

Collins estaba lívido.

El Rey leyó la nota con lenta espresion de reconcentrada ira:

«El capitan D. Cárlos de Bruselas se dá á conocer por bastardo »de Cárlos V, y un dependiente de la imperial servidumbre, alférez »de bandera, Franz Stolk, abona su aserto. Se consulta sobre la »suerte de este individuo la voluntad de S. A.

»A. de Mont-morency.»

—¿Qué teneis que responder, Sire de Collins? preguntó el Monarca en el tono de la mas terrible indignacion. ¡Ira del cielo! (prosiguió el Soberano con creciente furia). Por vuestra culpa pueden acusar al sucesor de Luis XII de haber vengado sus ódios en el bastardo de Cárlos de Gante.

—Señor, (repuso Trivulce) calma.

—Veamos; decid qué haceis aquí; de qué servís.... disculparos, Sire; decid una palabra.

El secretario hizo un vano esfuerzo para obedecer.

—¿Cómo se os ha pasado esa nota? (tornó á preguntar el Rey). ¿Cómo habeis abierto esa comunicacion, que no dísteis con el informe reservado?... ¡Pero hablad!.... Me desespera vuestro silencio.... hablad ¡rayo de Dios! hablad....

—Señor, balbuceó el Sire de Collins.

—Acabemos, gritó Francisco.

—Mi secretario... sin duda....

—¡Bien! (contestó el Valois coronado, con sardónica risa): escelente secretario que se refiere á lo que un quidam le informa... El registro está estendido por vuestro digno cliente, Harleville; ¿no es esto?

—Sí señor, respondió Collins sin saber lo que decia.

—Sire, sois un miserable..

—Señor, (repuso Collins recobrando su dignidad al oir el insulto régio). Tiene V. A. el derecho de hacerme caer la cabeza de los hombros; pero no el de tratarme de esa manera.

—Salid al punto, replicó Francisco señalando la puerta al dignatario, con ademan imperioso.

—Señor, calma, repitió el Sire de Trivulce.

—¡Necio de mí! (esclamó desesperado el Monarca). Mi indolencia es el orígen de estos lances; porque los Reyes debemos atender á cuanto concierne al gobierno; puesto que ante Dios y la historia, nuestros nombres simbolizan nuestras eras, y nuestros ministros no escudan la nuestra con su responsabilidad. ¡Oh! bien lo establece el adagio: «*No firmes carta que no leas.*»

....

—Valence se ocupa de la funesta muerte del capitan Estocada. Este insigne tirador ha perecido á manos del Signor Antonelli por efecto de una lamentable casualidad cuyo secreto saben nuestros lectores.

—Es el caso (decia el grave Bache-fild, hostalero del Buen-Jesus á cuantos querian oirle), que el Sr. Antonelli abrió su escuela de esgrima corriente. Publicó un cartel, en que desafiaba á todo maestro, aficionado y zascandil, que supiera tener en la mano la víbora de acero.... ¡Eh! Pues amigo de mi alma, que el señor gentil-hombre de S. A. pilla el cartel dichoso y dice para sí.... ¡Canario! ¿Desafias á los maestros? Espera, atreviduelo, espera: allá voy yo; y dicho y esto fué. El capitan se solia finjir un mediano tirador para despues zurrar de lo lindo á los gallos. ¡Eh! tomó su espada: el Sr. Antonelli enarboló la suya: corriente. Cruzaron los aceros; zis-zas,-zis-zas, y pata-plum: capitan á tierra. Se habia salido el boton del arma del Sr. Antonelli en la tremolina del combate, y *Paz tibia de Cristo*. El pobre Capitan no duró media hora. Espiró en el saloncillo de descanso de la escuela, y el Sr. Antonelli, afectado estraordinariamente, no cesaba de decir: «¡Qué desgracia! En la vida me ha sucedido lance tan cruel. Es una fatalidad: una inadvertencia. Pido que me lleven á la cárcel; que se me juzgue; que no mancille mi reputacion una sospecha.»

—¿Y fué por fin á la cárcel? preguntó Pierrot.

—No por cierto. Los testigos de la pelea salieron en abono de la inculpabilidad del maestro italiano, y manifestaron que nada mas impensado que aquel suceso. La espada sentida por la punta junto al boton se acabó de romper contra el filo de la otra, y en una estocada rápida pasó de parte á parte al gentil-hombre de Monseñor.

—¡Pobre capitan! (esclamó un oyente) dicen que era hombre de corazon; diestro hasta lo sumo en el manejo de las armas, y alegre como repique de pandero, y que Chasse-lonp el discípulo predilecto del capitan le recogió del suelo, y le llevó al saloncillo de descanso de la escuela. Cuando hubo espirado el capitan, salió frenético, y si no le contienen, acaba con el involuntario matador, respondió el posadero, pero le sacaron de allí, y no pasó de aquel arrebato de despecho.

El teniente Cherubin ha cumplido puntualmente los encargos del Rey, y en virtud de sus reiteradas instancias, el Delfin, que no tenia deseos de abandonar á Valencé tan pronto, dispuso el viaje aceleradamente para reunirse al Soberano.

Monseñor se dignó recibir en audiencia á los notables de la ciudad, conmoviéndole en alto grado las manifestaciones sentidas de aquella poblacion que tantas simpatías profesaba al heredero de la corona.

Enrique de Maricourt estaba inconsolable. Alejado de la córte desde 1520 el anciano militar vegetaba en su destino; tratándose con cuantas comodidades pueden hacer grata la sedentariedad; cumpliendo sus deberes con esmerada exactitud; pero alternando las faenas del servicio con partidas de pelota y barra, que le adquirieron el renombre de jugador sin rival. A la llegada de Francisco, Maricourt sentíase contrariado en su método: desde que se le anunció la venida del Príncipe concibió el pensamiento de obligaciones nuevas, asiduidades contínuas; todos los gravámenes de la vida cortesana, en una palabra; y esto equivalia á interrumpir el sosegado curso de sus dias, compartidos exactamente entre el deber y el solaz. Pero vió al jóven de diez y nueve años mas afable y bueno de la monarquía: galan sin presuncion; digno sin arrogancia, y sencillo sin puerilidad ni pobreza de espíritu. Halló un señor bondadoso, deferente; de costumbres ordenadas; antipático á las pomposas ostentaciones; afecto á los hábitos cordiales; que

le distinguió con respetuosa amabilidad; que se arregló al sistema provinciano con una facilidad suma; que quiso tomar parte en los trabajos y recreos del gobernador, y le acompañaba á caballo en la revista diurna de las guardias, y despues en el juego de pelota. Maricourt se aficionó de tal modo al Delfin, y hasta punto tal se familiarizó con su trato, que llegó á creer factible la vecindad en Valencé del primogénito real, y al saber que debia ponerse luego en camino, se preguntaba: «*¿Qué haré yo cuando él no esté aquí?*»

El Delfin que desde la aventura del mísero Estocada estaba mas triste que nunca, se afectó hasta verter lágrimas al serle tributados los homenages de alta consideracion, con que los notables de Valencé le obsequiaron por despedida. Maricourt anhelando distraerle, apenas concluido el besamano, le propuso una partida de pelota; la última por ahora, dijo con mal reprimido sentimiento.

Monseñor aceptó por complacer al veterano, y mientras éste marchó á disponer lo necesario, el Conde de Montecuculi, Sumiller de la Cava de S. A., entró en dos platos de oro, el bizcocho de Beaugenci, y la copa de Borgoña que tenia costumbre Monseñor de tomar al medio dia. Francisco rehusó el bizcocho y apuró el vino que su favorito le presentára.

—¡Pobre capitan! (esclamó). Recuerdo su prediIeccion por el Borgoña. ¡Qué hombre aquel, Conde!

—Dios le tenga en su eterno descanso, repuso Sebastian.

—Era un bueno y jovial amigo; tan bueno en su especie como vos, Montecuculi. El Señor os dé larga vida....

—En vuestro servicio.

Maricourt vino á interrumpir la conversacion, anunciando que todo estaba listo para la partida de pelota, y S. A. ocultando lo mejor posible el pesar que le atormentaba, salió detrás del gobernador para entregarse al agitado ejercicio. Como última ocasion en que el Príncipe favorecia á los jugadores de Valencé, los mas hábiles habian organizado partidas empeñadísimas, nombrando juez al Delfin; quién se animó por grados hasta desechar las tétricas ideas que preocupaban su alma. Asistió á las competencias con curiosa espectacion, y aplaudió las suertes mas limpias de los rivales, concluyendo por invitar á Maricourt á sostener la jugada con él.

Comenzó por beber agua, y desnudándose la ropilla se puso á

jugar. A los primeros esfuerzos tuvo que pararse, pálido y falto de respiracion.

—¿Qué es eso, Alteza? preguntó el gobernador con ansioso interés, y acercándose sobresaltado.

—Un vahído: nada, contestó el Príncipe sonriendo y haciendo ademán de bajarse á recoger la pelota; pero le faltaron las fuerzas y cayó.

Maricourt corrió á levantarle.

—Me ahogo, pudo apenas decir el primogénito de Francisco con voz entrecortada; desencajados los ojos, y cárdena la faz.

—¡Socorro! gritó el anciano con angustioso acento.

Los circunstantes acudieron en auxilio del jóven augusto, que se torcia en violenta convulsion; levantándose al fin de cada sacudida con la mirada vidriosa; la lengua hinchada; las venas del cuello de un grosor prodigioso; agitando las manos como el que se ahoga y sube por segunda vez á la superficie de las aguas.

Cuatro dependientes de la servidumbre levantaron en sus brazos al escelso adolescente, que se debatia incesante, en los estertores desesperados de la estrangulacion.

—Subidle á sus aposentos, (mandó Maricourt). Con sumo cuidado, señores. Señor de Beau-pre, escoltad á S. A. Sr. de Boissy, avisar inmediatamente al médico. Señor de Cherubin, haced que acuda el cirujano. Señor de Lievart, encargaos de que venga el confesor... ¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡Qué desgracia, qué horrenda desgracia!

—¡Qué cruel fatalidad! (repitió un notable). Permitidnos, permanecer en palacio, hasta que sepamos las consecuencias de este golpe funesto.

—Arriba, señores, (contestó Maricourt con agitacion estremada) arriba, en el salon contiguo á la cámara de S. A. Vamos.

Los concurrentes obedecieron.

—¿Dónde está el Sr. de Montecuculi? preguntó Maricourt á el escudero Gervasio Salicetti.

—En su cuarto.

—Avísale al punto que acuda á la alcoba de S. A.; sin pérdida de momento. ¿Entiendes?

—Dispensad; voy á una diligencia que....

—¡Rayo de Dios! (gritó colérico el veterano). Obedéceme antes, ó te hago colgar de la picota.

Gervasio salió á cumplir el precepto del antiguo militar.

Maricourt se dirigió por una escalerilla escusada á el departamento, ocupado por su egregio huésped.

Francisco desnudado por su ayuda de cámara con suma dificultad yacia sobre el lecho, agitándose cada vez mas penosamente y moviendo los labios como el que demanda favor en la angustia de una situacion terrible. El capellan era el primero de los ministros de socorro que habia acudido á su puesto. Colocada la mano sobre el opreso corazon del Príncipe, repetía el Evangelio de San Juan: «*Ego sum vitis vera; et Pater meus agricola est;*» que constituye el capítulo 15 en los Sagrados libros.

La puerta de la alcoba habia quedado abierta, y los individuos de la servidumbre de Monseñor, los subalternos, dependientes y criados de Maricourt, como los notables congregados en el Alcázar, olvidándose en lance tan crítico de las conveniencias, se agolpaban ávidamente á el dintel de la alcoba.

—¿Qué es esto, señores? (dijo el gobernador con enojo). A ver; uno que guarde la puerta.

—Yo me encargo, replicó un moceton rubio; de formas alcídeas, rostro ceñudo, y desplante marcial.

—Está bien, Señor Chasse-lonp (contestó el veterano). Contened la curiosidad importuna que puede perturbar el recogimiento que han menester las tareas facultativas, y penetró en la alcoba.

Chasse-lonp cerró la puerta con la imperturbable calma de un ugier, y paseó por el concurso una mirada inquisitiva. Divididos en grupos los testigos de aquella terrible escena, se comunicaban sus inquietudes y conjeturas, y aunque al hacerlo procuraban apagar la voz, el conjunto de ecos producia un susurro sordo y contínuo.

—Silencio, señores, esclamó Chasse-lonp con la imponente gravedad de un encargado de mantener el órden en respetables asambleas.

Todos obedecieron á la intimacion.

Al breve rato atravesó la cámara el cirujano Persigny seguido de su ayudante, que traia una enorme caja de instrumentos. El teniente Cherubin, comisionado para su busca iba en pos de ellos anhelante y sofocado.

Chasse-lonp cerró la puerta detrás de los quirúrgicos, conteniendo respetuosamente á Cherubin; quien no insistió en pasar, y fué á tomar asiento en una banqueta, situada en el hueco de una ventana.

El ayuda de cámara de Monseñor salió presuroso.

—¿Qué ocurre? le preguntó un notable.

—El cirujano se niega á sangrar á S. A., sin que antes lo reconozca el médico. ¿Dónde estará ese hombre?

Y corrió desalado á mandarle buscar por cuantos sirvientes hallara disponibles.

Maricourt apareció pálido y azorado.

—Hizo una señal al ayudante Gonfroid, que se le acercó presuroso.

—Gonfroid, (le dijo con viva instancia). Partid al momento, amigo mio, y traed al doctor Dalais, el director del Hospital de Incurables. Es justamente la hora de su segunda visita al establecimiento. Haced que os siga mi litera y á toda costa volved con ese famoso médico. ¡Pronto, Gonfroid! (añadió con eco aterrador). El Delfin se muere...

Gonfroid partió como una exhalacion.

Un notable le salió al encuentro.

—¿Qué pasa? Interrogó reteniéndole por la manga.

—El diablo que os lleve, repuso el ayudante apartándole de un brusco empellon.

El Sr. de Lievart acompañado del licenciado Suret, médico adscripto á la servidumbre de S. A. penetró en la cámara.

Chasse-lonp abrió la puerta al facultativo, deteniendo á Lievart como hizo con Cherubin.

—Dejadme paso, dijo el noble señor incómodo.

—No puede ser, replicó el ugier improvisado.

—¿Por qué?

—Es órden que tengo; contestó Chasse-lonp secamente.

—Esa órden no puede entenderse conmigo, repuso el prócer con orgulloso tono.

—Pues yo la entiendo así.

Lievart miró de alto á bajo á Chasse-lonp, que se encogió desdeñosamente de hombros, y tomó el prudente acuerdo de retirarse amenazando entre sí al audaz maestro de armas.

A los pocos minutos se presentó el doctor La-fleur, anciano de reputacion respetable, á quien ocurrió llamar á un individuo del Consejo, presente á la súbita desgracia del Delfin.

Maricourt atravesó la cámara con precipitado paso, y al regresar venian con él el farmacéutico maese Hunot y dos practicantes, que eran portadores de frasquillos, botes, tarros y redomas.

Al cuarto de hora próximamente llegó el doctor Dalais con el ayudante Gonfroid.

El ayuda de cámara de S. A. que habia tornado á introducirse en la alcoba, volvió á salir á toda prisa.

—¿Qué ocurre? le preguntaron en coro los componentes del primer grupo.

—Está mejor : la crísis ha pasado : voy por el Sr. Sumiller de la Cava.

Maricourt estrañando la ausencia de Montecuculi, dejó al escelso doliente en manos de los hombres de la ciencia y salió á indagar por qué causa faltaba de la reunion el favorito del Delfin.

No habia llegado á la puerta de la cámara, cuando divisó al italiano, que con muestras de profunda consternacion se adelantaba entre Salicetti y el ayuda de cámara del malventurado Príncipe.

—Venid, Sr. Conde, (le dijo el digno gobernador). S. A. está de sumo peligro.

Montecuculi tuvo necesidad de apoyarse en el hombro de su escudero, para no sucumbir á su emocion.

—Venid, repitió Maricourt asiéndole afectuosamente de la mano, y conduciéndole en esta forma hasta la estancia ocupada por el régio primogénito.

El Conde se dejó conducir casi sin aliento. Como todo malvado era cobarde, y la vista del jóven moribundo repugnaba á su menguado espíritu.

—¡Pobre conde! (esclamó un notable). Ved cuán abatido le tiene la desventura de Monseñor.

—Le profesa un afecto sin límites, (apoyó uno de la servidumbre) una estimacion infinita.

Maricourt puso la mano en el pestillo para abrir la mampara de la alcoba.

Chasse-lonp se la retiró diciéndole:

—Una palabra, Sire de Maricourt.

—Luego; luego.

—No; ahora, (respondió el maestro de armas con positiva insistencia). Reclamo vuestra atencion.

¿Estais loco?

—No; sino muy cuerdo.

—¡Ea! dejadnos paso franco.

—No pasareis sin oirme, señor gobernador.

—¡Insolente!

—¡Señores! (esclamó Chasse-lonp en voz alta y dirigiéndose á los circunstantes, que acudieron al llamamiento del ugier provisional, congregándose en torno de los actores de este nuevo drama.) Os he menester para testigos de una acusacion que yo Heriberto Chasse-lonp, capitan de Lansquenetes, voy á proponer ante el gobernador de Valence, Enrique de Maricourt.

—Desventurado, (repuso con voz sorda el gobernador, asiendo de la muñeca á Chasse-lonp.) ¡Me deteneis cuando ahí dentro está espirante el hijo de mi Soberano!

—Sire de Maricourt (respondió con entonacion lúgubre el adjunto del pobre Estocada). Dejad á los médicos que socorran á la víctima, y vos atended á la acusacion del hombre que va á revelar el crímen, y á señalar el asesino.

—¡El crímen! repitió una parte del concurso con terror.

—¡El asesino! añadieron otros con espanto.

—¿Qué decís? esclamó el Sire de Maricourt retrocediendo trémulo y congojoso.

—Monseñor está envenenado, afirmó con acento sombrío el acusador.

—¿Por quién? interrogó un notable con angustioso tono.

Chasse-lonp alzó lentamente el brazo derecho con la mano cerrada, estendido el índice.

Todos siguieron con la vista la direccion de aquel dedo.

Montecuculi era el señalado.

—¡Infame! ¡Torpe calumnia! esclamó enardecido el gobernador.

—Sí; es una calumnia; repitió la servidumbre de S. A. indignada.

—Miradle, señores, (repuso el capitan de Lansquenetes sin de-

jar de señalar al asesino). Ved esa frente bañada por el sudor de la angustia; contemplad esas facciones desencajadas por el pavor de una conciencia, roida por el cáncer del remordimiento; esa mirada baja y vergonzosa; ese temblor epiléptico; esa respiracion agitada.... Sosteneos, señor Sumiller.... así; en el brazo de vuestro escudero...... Señores, repetid vuestra esclamacion de hace poco; pero observad primero las trazas del señor Conde...... contemplad ese aire de anonadamiento y decidme despues ¡Calumnia!

Sebastian se recobró penosamente.

—Señor Conde, (dijo el gobernador con gesto bondadoso), hablad: confundid esa negra impostura.

—Es una calumnia, repitió con voz ronca el Conde.

—Sire de Maricourt, (continuó Chasse-lonp con solemnidad), acuso al Conde de Montecuculi de haber envenenado á S. A. el Señor Delfin de Francia, y es de vuestro deber recibirme la acusacion, y proceder en consecuencia á la detencion preventiva del acusado; á la fianza del acusador: que uno ni otro puedan eludir los efectos de la ley con la fuga.

—¿Y teneis valor?....

—Sire de Maricourt, (repitió con altiva dignidad el adjunto de la real sala de armas). Aquí sois juez: los jueces oyen para despues juzgar.

—¿Y quién sois vos para.......?

—¡Que quién soy yo! (esclamó el hidalgo irritado). Soy un hombre que ha derramado su sangre por el Rey; soy un soldado de las jornadas de Italia; soy un capitan de los tercios de Francia; un hombre que tiene el derecho de levantar la cabeza sin que nada ni nadie se la obligue á bajar; que lleva por lema en su modesto escudo «*Sin miedo y sin reproche.*»—¿Hay quién contradiga mi proposicion? Que hable.

—Caballero, (replicó Sebastian dominando su turbacion), yo os digo que mentís.

—Señores, (repitió Chasse-lonp sin hacer caso del Conde) las leyes de Francia mandan á todos los franceses nobles y plebeyos, mayores y menores de edad, de cualquier sexo y condicion que fueren, sin que parentesco, secreto de confesion, ni juramento solemne esceptuen de ese deber, revelar los atentados contra la vida del Monarca, real familia y alta traicion. Yo cumplo con la ley,

Sire de Maricourt (continuó con creciente brio el Capitan). No os corresponde preguntar, como lo habeis hecho: *¿Quién sois vos?* Cuando el esclavo, el menor de edad, el hijo, el confesor tienen deber de prescindir de su respeto, de su impersonalidad, de su cariño, del sigilo, este deber es mas estrecho aun para un hidalgo, un oficial, un individuo de la regia servidumbre.

—Mentís, (gritó Montecuculi afectando la indignacion de un inocente calumniado,) y sostengo que sois un villano impostor, un innoble enemigo de mi honra y mi vida.

—Un momento, caballeros, (dijo el acusador con una calma inalterable.) No hago reparo en los dicterios de Sebastian de Montecuculi, porque pesa sobre mí la acusacion de asesino y resuelto á perseguirle por este concepto, mientras no se sincere del cargo, está bajo la cuchilla de la ley: es inviolable. Pero aquí se prejuzga mi causa y se ha pronunciado varias veces la palabra calumnia. Pues bien reto á los que estén persuadidos de la inocencia del acusado: les reto apelando al juicio de Dios, á mi razon y á mi espada y en señal de que sostendré hasta el ultimo punto mi demanda, allá vá ese guante; recójale quien quiera y juzgue Dios entre quien acusa y quien defiende.

Montecuculi se arrojó á levantar el guante. Maricourt le detuvo.

—Señores, (dijo el gobernador,) prohibo que se acepte el reto. El delito de traicion está esceptuado de la apelacion á las armas. Recoged el guante, Señor de Chasse-loup.

El Capitan obedeció.

—Caballero, (añadió dirigiéndose á él el veterano.) Para proceder de este modo, para aseverar que hay un crímen y un criminal tendreis sin duda pruebas, indicios respetables al menos...

—Sí Señor.

—¿Teneis inconveniente en apoyar con ellos vuestra acusacion?

—Ninguno. Todos recordarán que mi amigo y maestro el capitan Estocada, cayó mortalmente herido por Antonelli, al parecer por una lamentable casualidad. Recojí al moribundo y le conduje en mis brazos al salon de descanso, de la escuela, *solo contigo*, me dijo con acento apagado, cerré la puerta, quedando á solas con él como me lo pedia. La estocada era para dejar en el sitio á un hombre de menos fuerzas vitales. Dios quiso conceder tiempo al digno Varon para que me revelará el terrible secreto. «Chasse-loup (me

dijo con voz fatigosa), muero asesinado por ese italiano... lo conozco... Le paga mi muerte el Conde de Montecuculi... ¿Y por qué? preguntéle yo. Porque una noche, ocupando el cuarto contíguo al del Sumiller, oyéndole debatirse en una pesadilla y dominando el tabique intermedio para despertarle, le escuché en sueños que iba á dar veneno á Monseñor y pedia la paga de su crimen.» Me hizo jurar que velaría por la vida de su Alteza y caso de realizarse el horrendo plan que sostendria la acusacion...

Sebastian no pudo sostenerse y cayó casi privado de sentido en los brazos de Salicetti.

—Sire de Maricourt, (concluyó el capitan) ahí dentro están los doctores; interrogadles sobre la dolencia de Monseñor, prended al denunciado, y retenedme á vuestro arbitrio, desde la fianza hasta la prision á todo estoy dispuesto. Si los resultados del juicio me son adversos bendeciré á la providencia sobre el tablado del patíbulo; porque su Alteza se habrá salvado.

Maricourt penenetró en la alcoba de Delfin. Los médicos estaban en secreta consulta. Monseñor despues de la crísis se hallaba sumido en pesada modorra. El farmacéutico Hunót examinaba el vómito del enfermo con semblante tétricamente contraido. Uno por uno fue llamando el gobernador á los hombres de la ciencia, y dirigiéndoles reiteradas, misteriosas preguntas, que á juzgar por la espresion de su rostro recibian siniestra contestacion. Maricourt volvió á la cámara.

—Ayudante Goufroid (dijo con imperio), conducid á un calabozo al Conde Sebastian de Montecuculi. Señor de Chasse-loup, teneis la ciudad por cárcel.

CAPITULO VI.

Quien calla otorga.

Inútilmente se prodigaron al Delfin los cuidados mas solícitos; en vano fueron los desesperados recursos de la ciencia reducida de entonces para combatir una ponzoña, combinada con esa habilidad funesta de los químicos italianos; toxicólogos de una celebridad tremenda y merecida; Monseñor iba desecándose por grados como

flor cuyo caliz rompe un insecto con su trompa y el fruto de las ímprobas tareas facultativas se redujo á prolongar una existencia, que nada podia sustraer á la próxima inconjurable extincion. Su Alteza desde que recobró el uso de sus facultades preguntó afanosamente por Sebastian de Montecuculi. Enrique de Maricourt dijo haberle obligado á partir para Aviñon con objeto de avisar lo acontecido al Rey.

—¡Pobre Conde! (esclamó su Alteza.) Estaria desolado. Tiene por mí un afecto noble y sincero.

—Mucho, contestó el gobernador estremeciéndose.

Una crisis engañosa, la recuperacion repentina de fuerzas, movió el ánimo de Monseñor á ponerse en camino para reunirse con el Monarca, que segun últimas noticias habia partido de Aviñon á Leon; y todas las persuasiones fueron inútiles. Su Alteza se embarcó en la galera *Saint-Denis* haciéndose conducir de noche en una litera de alquiler al muelle, trasladándose á bordo en seguida, para evitarse los públicos homenajes de triste sentimiento.

Como los Doctores habian previsto, aquella animacion súbita del augusto enfermo era precursora de un decaimiento profundo, indicio de la muerte. Las fatigas de la navegacion aceleraron los síntomas fatales y desembarcado el primogénito real en Tournon, espiró entre convulsiones atroces, en una breve pero horrorosa agonía; quedando su cuerpo manchado á vetas de un color violáceo y mereciendo á los facultativos de Tournon igual concepto de envenenado que á los de Valencé.

La noticia de su fallecimiento ahogó en su intensidad las crueles impresiones de Francisco, que casi simultánermente, recibió nuevas de las derrotas de Montejan y Boissy con seiscientos hombres de armas en Brignoles, y la pérdida de Guisa. El dolor mas agudo hirió el corazon del Rey; idólatra de su primogénito en quien veia reproducidas sus mejores cualidades con virtudes y prendas dignas de admiracion; orgulloso del patrimonio de felicidad que dejaba á la Francia en el Príncipe de condicion mas noble del Continente; vinculada toda su ternura en el único hijo que no alardeaba descaradamente una prematura corrupcion; de un golpe se veia privado del objeto de su predileccion en la tierra; del asunto de sus ensueños de gloria futura y póstuma, agradecida memoracion; del modelo edificante que escitaba con sus rasgos las mejores

disposiciones de su ánimo real. Aquel dolor no pudo exhalarse en gritos desgarradores; en lágrimas abrasadoras; en profundos gémidos; en exclamaciones desesperadas. Dolor de muerte tuvo la inmovilidad del cadáver; el hielo de los mármoles funerarios y el silencio de los Sepulcros. Una semana permaneció Francisco abismado en la insensibilidad, de todo punto estraño á la vida esterior; parecia metamorfoseado en estátua salina como la muger de Lot en las antiguas escrituras; convertido en estátua de piedra como la Niobe de la fábula pagana.

Un pensamiento terrible le despertó de su letárgica modorra: se le habia noticiado simultáneamente la defuncion del malhadado Delfin y la prision del Sumiller de su Cava, acusado por el Capitan Chasse-loup de haber envenenado á su Alteza. La sed de venganza reanimó los abatidos espíritus del soberano.

Enrique de Maricourt recibió la orden de remitir con la mayor urjencia, y fuertemente escoltado al reo de la comenzada causa y por los términos, en que estaba redactado el mandato comprendió la rabia vengativa de Francisco y el trájico final que aguardaba al conde de Montecuculi. Contra los fueros de la hidalguía, el Monarca previno que el acusado fuese cargado de cadenas; rigor que Sebastian no repugnara, contentándose con decir como Ricardo corazon de Leon «me cargan cuanto hierro puedo mover.» La mas estrecha incomunicacion, el alojamiento en calabozos seguros, el alimento de los últimos penados, todos los antecedentes de una severidad inflexible, en una palabra iban determinando el porvenir al reo. Sebastian salió de Valence á mugeriegas sobre una mula que apenas podia marchar bajo el peso de los hierros que abrumaban al Conde, entre las filas de un tercio de hombres de armas; llevando á sus costados á dos oficiales, espada en mano atentos á todos sus gestos, espiándole pertinazmente; sin que nadie le dirigiese la palabra; leyendo en todas las miradas el desprecio ú el horror. Trató de romper el silencio y dirigiéndose tímidamente al comandante de la escolta le preguntó: ¿qué sitio es este?

—Os declaro (contestó el oficial con acritud) que á la segunda vez que profirais una palabra tengo formal órden de poneros una mordaza.

El Conde bajó la cabeza y dos gruesas lágrimas se deslizaron de sus ojos, descendiendo lentamente por sus pálidas mejillas.

Catalina, murmuró con tétrico abatimiento, y un hondo suspiro se exhaló de su pecho comprimido.

Llegó á Lyon el reo y se mantuvo entre las cuatro espesas paredes de un subterráneo calabozo mientras se disponia lo conducente á la formacion de su proceso.

Cuando se le hizo comparecer ante sus Jueces negó con obstinacion cuantos cargos le formulaban, y ni amenazas ni promesas le arrancaron una frase distinta del *no* con que respondiera á todas las inquisitivas y mañosas interrogaciones. En estas circunstancias fue preciso recurrir al tormento.

El tormento que nuestro Alonso X el sábio define diciendo: *ser una manera de prueba que fallaron los que fueron amadores de la justicia para escodriñar é saber la verdad por el de los malos fechos que se facen encubiertamente é non pueden ser sabidos, nin probados de otra manera.* Es cierto que las leyes de todos los paises esceptuaban de la tortura á los hijos-dalgos y hombres de pró; pero no es menos positivo que secundando el espíritu de la formidable ley de lesa-magestad de Julio Cesar, tratándose del crimen de ofensa á la soberanía cesaba toda exencion; suspendiánse todas las condiciones de regularidad, y una estraordinaria práctica venia á sustituir las normales formas del juicio. En efecto, inútilmente el piadoso ilustrado Emperador Justiniano abolió la servidumbre de la pena y su consecuencia la odiosa confiscacion; el reo de lesa-magestad y alta traicion perdia sus bienes á favor del fisco; legaba el oprobio de una ley infamatoria á su familia, y sus hijos quedaban escluidos de la herencia de sus parientes y de los estraños y sin opcion á dignidad alguna; pudiendo las hijas gozar de los patrimonios de sus abuelos maternos; porque el estado no tenia que temer de su venganza, como escriben los comentadores antiguos. La casa del reo se reducia á escombros y en el area erigíase una columna, padron perpétuo de la maldad; baldon perénne de una familia.

En cuanto á las formas del juicio nada mas atroz: los testigos reputados inhábiles eran válidos en estos casos: el menor, la mujer, el infame, hasta el demente en cierto grado de locura, eran llamados á deponer. El siervo que en causa de su Señor no podia ser atormentado se sujetaba á la terrible prueba de los dolores. No se permitian al acusado los medios defensivos: ni personero ni

abogado; ni recusar al Juez mas sospechoso; ni apelar de la sentencia mas notoriamente injusta.

Respecto á la crudeza de la ley estremece su lectura: eran reputados cómplices de lesa-magestad y traicion los que sabiendo el proyecto y aun pudiéndolo sospechar no diesen cuenta á los magistrados. No esceptuaban vínculos de ninguna especie: el hijo era compelido á denuncia al autor de sus dias; la esposa al consorte; el amigo á su amigo; el hermano á su hermano.

La pena era correspondiente á tan crueles preliminares, y habiendo añadido á ley Julia sus decretos sañudos los Emperadores Arcadio y Honorio, los comentarios mas apasionados á la jurisprudencia romana, llamaron á la ley de lesa-magestad *código de sangre.* En el siglo XVI á pesar de los esfuerzos de los pueblos mas cultos por sustraerse á la legislacion romana y regirse por leyes propias y en armonía con sus peculiares costumbres, Roma vivia en el continente por sus monumentos legislativos y hasta las actuaciones se redactaban en latin. Contrayéndonos á España en 1827. Don Juan II publicó una ley en Toro prohibiendo á los abogados, sopena de privacion de oficio, alegar opinion, decision, autoridad, ni glosa de comentador alguno, asi lejista como canonista; ley que se estrelló contra la opinion de los juris-consultos, que desdeñando el patrio derecho, bebian en las fuentes del romano las sutilezas y cabilosidades de los anotadores y glosistas. Los reyes católicos tratando de atajar el desorden de una curia aferrada á la vetusta tradicion y antipática al propio régimen civil, publicaron las *Reales Ordenanzas*, obra de Alonso Diaz de Montalvo; medida tan ineficaz como la de 1427; puesto que la escelsa Doña Isabel pidió á Don Fernando en el codicilo otorgado en Medina la promulgacion de leyes que acabasen con las tradiciones romanas en nuestro foro. Don Felipe II publicó la recopilacion nueva, pero en 1713 vemos al consejo en auto acordado, que los letrados y Jueces se atengan al estudio de las leyes pátrias; prueba de la inutilidad de tantos y tan repetidos conatos por desterrar de nuestros tribunales los hábitos perniciosos de la romani-manía. En resúmen el *jus-romanum* estaba encarnado en las justicias del Siglo XVI y los rigores imperatorios con los reos, *perductionis et læse majestatis in specie*, se admitian como doctrina en vigor, agregando aun ferocidades á las establecidas por los tres Césares. En España el reo de lesa-

magestad se penaba con la muerte, siguiendo la ley romana en cuanto á infamia, confiscacion, inhabilitacion absoluta perpétua de los descendientes varones para cargos, dignidades y demás procedimientos espuestos. En Alemania se dividia en cuatro partes. En Inglaterra despues de la esposicion en la argolla, estrayéndole el corazon y los intestinos se les descuartizaba. En Francia era despedazado por cuatro caballos salvajes.

En cuanto á los géneros de tormentos eran infinitos, segun la índole de las naciones y su mayor ó menor propension á la crueldad. Los principales eran la *verberatio* ó azotes, *crurifragio*, ó quebrantamiento de piernas ó la cuña cual se llamaba en Francia; el potro: la rueda; la carretilla candente (rótula ígnea) y la garrucha (torchlea), que describe la sétima partida diciendo que consiste *en colgar al Ome que quieren tormentar de los brazos cargándole las espaldas é las piernas de lorigas ó de otra cosa pesada.*

Reservado estaba al santo oficio enriquecer el catálogo de los tormentos con una inagotable profusion de mecanismos á cual mas hórridos, recopilados por Llorente en sus anales para asombro de las generaciones futuras. Sebastian de Montecuculi aguardaba el momento de comparecer ante sus jueces en una antesala de la cámara de justicia.

El Conde no se figuraba que le deparasen la tortura antes de la ejecucion; mucho mas cuando en cuatro comparecencias que llevaba se redujeron á tentativas infructuosas para estimularle á declarar; á solicitudes vanas para moverle á la espontaneidad bajo la promesa de indulto; á preguntas captiosas; á conminaciones terribles; pero nunca se le mencionó el tormento y á fuer de estranjero el Sumiller no sabia la escepcion de toda exencion foral tratándose del crímen que se le imputaba. Habia oido decir que no se torturaba á los nobles y no sabia que todo privilegio cesaba ante el delito de lesa-magestad.

La perspectiva de la muerte no arredraba al Conde. Su naturaleza absorvida por completo en el amor de Catalina no repugnaba la idea de los finales dolores y por una escitacion frenética de aquel amor tiránico desde que se hallaba al borde del precipicio su pasion crecia en intensidad y aceptaba su destino como su martirio el creyente. Pálido pero sereno, Sebastian estaba recostado en una

especie de canapé de junco, la mirada fija en el suelo, enteramente embebido en profunda meditacion.

Abrióse la puerta sin causar ruido alguno y penetró en la estancia un hombre en trage de vigolero ó mozo del verdugo, vestido de sayas negras y cubiertos la cabeza y rostro con un capirote, echado el velillo. El incógnito fuese acercando al reo con tanta lentitud que sus pisadas no resonaron, y ya situado ante él fue preciso que le tocase en el hombro para que saliera de su abstraimiento, Sebastian miró con estrañeza recelosa al singular personaje.

—¿Qué se os ofrece? le preguntó entre sorprendido y hosco.

—Servir á Vuescelencia, contestó el del fúnebre capuz.

—Esa voz, esclamó el Conde con animacion súbita. Destapad el rostro y veamos, replicó Montecuculi movido por un sentimiento de desconfianza.

—Sea como quiere Vuecclencia, respondió el vigolero.

—¡Genaro! gritó Sebastian reconociendo con alborozo á su escudero Salicetti, bendito seas por tu fidelidad.

—El mismo, Señor. Es un deber, y cumplir con un deber no tiene mérito.

—Ese disfraz...

—Se me busca con todo empeño en Valencé y las órdenes mas positivas de su Alteza Real ponen á todas las justicias en movimiento en la pesquisitoria de mi humilde indivíduo.

—¿Y por qué? ¿para qué?

—Por que soy reconocido como criado predilecto de Vuescelencia, y para que cante como un ruiseñor, suspendido de la garrucha, en vuestra causa, y como el último punto donde se me creerá es cabalmente aquí y en ninguna parte mas seguro que donde no se me crea.

—Es cierto... mas ese trage...

—Es de Ayudante del verdugo.

El Conde se estremeció.

—Maese Sabino es un viviente que por doce libras vence toda clase de escrúpulos. Soy su vecino y el único de sus vecinos que no ha tenido reparo en convidarle á comer y destripar media docena de botellas mano á mano y como franco camarada.

—Prosigue.

—Le he pillado el giro de sus ideas y en cuatro dias me hallo

en posesion de su espíritu como un diablo en la del energúmeno, y á fuerza de instancias y escudos y conseguido que me introduca á presenciar vuestro tormento como veis y en cumplimiento de su oferta, heme aquí trasmutado en Oficial atormentador y merced á cincuenta libras soy dueño de un cuarto de hora para recibir vuestras finales comisiones.

Montecuculi enjugó el sudor de la angustia que corria copioso por su frente.

—¿Qué suerte me espera? interrogó con voz ronca. ¿Qué piensan hacer de mí?

Genaro bajó los ojos y no se resolvia á contestar.

—Habla, te digo.

—Hoy someteros á la tortura; mañana.... podeis comprenderlo.

—¡Lo tortura á un caballero!

—Es crímen de alta traicion, (repuso Genaro con acento sombrío.) No se guardan privilegios con tales acusados.

—Cúmplase la voluntad de Dios, esclamó el Conde dando á esta frase, no el sentido de resignacion cristiana que encierra, sino la entonacion sarcástica del précito.

—Estan preparando la garrucha para vos (dijo Salicetti), y sino basta esta prueba, recurrirán á la carretilla candente. Os advierto que el Presidente del Tribunal ha recibido un pliego del Secretario de Estado, en que se le previene compeleros á declarar con sujecion á la preguntas que en su comunicacion incluye.

—¿Y cómo sabes tú...?

—El Presidente lo ha participado al Tribunal en tanto que maese Sabino, yo y otro vigolero arreglábamos la máquina, yo las retuve perfectamente.

—Veamos ¿y qué deben preguntarme?

—En primer lugar si conoceis á los generales de Carlos V Antonio de Leiva, y Fernando Gonzaga. Despues si habeis tenido entrevistas con algun mensajero español, comisionado por los sobredichos generales y que se decia autorizado por el Emperador. Luego si este mensajero fue Don Hernando de Balboa y Villena, enviado estraordinario cerca de su Alteza cristianísima. En seguida si se os prometió un Principado en Italia por semejante servicio. Y por último si se os suministró el tósigo por conducto del antedicho mensajero

—Comprendo toda la intencion de esas preguntas.

—Cuando el Tabelion acabó de leer el interrogatorio el Presidente, sobrino del Canciller Duprat, llamó la atencion de los magistrados con respecto al encabezamiento del mismo que decia: *Preguntas por las que única y empeñadamente será esplorado el reo con esclusion de toda otra; desatendiendo toda esplicacion en diferente sentido y procurando por cuantos medios alcance el Tribunal que sean positivamente contestadas.*

—Está bien, replicó Montecuculi con sardónica sonrisa). Se pretende denigrar á los ojos de Europa al Capitan enemigo de Francisco I. No se hallan en su conducta bajezas qne echarle en rostro y se confeccionan mañosamente.

—Y vos, Señor. ¿Qué pensais decir? ¿No os proclamareis inocente?

—Callar, Genaro. El silencio es la ley de mi destino. Sé sufrir, y en último caso, si no pudiese tolerar las torturas, mis dientes son afilados y de un engaste duro; me cortaré la lengua y la escupiré á la cara de mis jueces. Y escucha, Genaro, (repuso Sebastian con inspiracion repentina; y mirando de hito en hito á su escudero.) ¿Serias capaz de prestarme ese capúz y ese capirote para evadirme?

—Sin duda, Señor, pero fuera en valde.

—¿Y por qué?

—Cuando llegué á la puerta de esta cámara el centinela me detuvo. Como yo sé por maese Sabino que los ayudantes del ejecutor salen y entran libremente por todas las habitaciones de la cárcel, me sorprendió sobre manera tal proceder. Soy vigolero, le dije. Vigolero ó diablo, (me contestó secamente) levántate el velillo y que te se vea la cara. Obedecí y me concedió el paso diciéndome. Asi lo manda la consigna; no sea que con esos sayales y ese capirote vuele el pájaro que guarda esa jaula.

—Montecuculi reflexionó. Genaro, (tornó á decir con resolucion vigorosa) ¿Te mantienes en la fe que me juraste en las prisiones de Ferrara? Tienes reparo en morir conmigo, si yo te exijo tu compañía en el suplicio que me espera?

—Yo creí que viviendo podia serviros de algo, dijo Salicetti palideciendo.

—¿Y si asi no fuese? ¿Te resuelves á perecer conmigo?

—Me resuelvo, disponed de mí, Señor.

—¿Serias capaz de ir á denunciarte á los magistrados como el criado mio, que tanto buscan en Valencé?

—En cuanto lo mandeis.

—Siéntate y aguarda que vengan en busca mia para declararte por mi sirviente de íntima confidencia.

El escudero obedeció: estaba pálido pero dignamente tranquilo.

—Bien, Genaro, (esclamó el Conde enternecido,) basta de prueba: eres digno de mi confianza absoluta: no quiero arrastrarte al abismo que me preparan, tu vida necesito para evacuar una comision de importancia suma.

—Hablad, Señor.

—¿Qué pensabas hacer despues de mi desgraciado fin?

—Cumplir vuestras órdenes y volver á Italia.

—¡Pobre amigo! Nada me es factible legarte: han confiscado mi patrimonio, y....

—Si me hubiéseis dejado vuestra fortuna la renunciara. Cuando llore vuestra memoria no quiero que sospechen interés en mi leal recuerdo.

—En fin, (replicó el Conde) solo me es dable dejarte una prueba de mi estimacion afectuosa, insignificante por su valor, pero que testifica mi gratitud á tu fidelidad. Ajusta al dedo anular de tu derecha esta sortija de oro, con una esmeralda, regalo de mi amigo Médicis, que váldrá cien escudos escasamente.

—Permítame Vuecelencia que rehuse....

—Lo exijo. Lo mando.

—Salicetti admitió el presente.

—Tienes bastante confianza en que Maese Sabino se prestará á tus exigencias? Pero ante todo, ¿qué clase de muerte se me dará? (El escudero quedó pasmado.) Como caballero se me cortará la cabeza. ¿No es asi?

—No Señor, tartamudeo Salicetti.

—¿La horca! preguntó Montecuculi con repugnancia ó quemado vivo.

—No, Señor.

—Acabemos, ¿qué suplicio se me reserva?

—Descuartizado por cuatro caballos indómitos, pero Señor, esas preguntas... esa conversacion...

—¿Y los cuartos se esponen en garfios por los caminos. Responde, ¡ira del cielo!

—Se les da sepultura en el fondo de las aguas dentro de un saco.

—¿De suerte que maese Sabino es el instrumento.

—Sin duda.

—Pues en tal supuesto... ¿Tienes dinero, Genaro?

—Como yo era vuestro mayordomo en Valencé tenia tres cientos escudos en mi poder y ademas la paga de vuestro destino, cobrada hacia dos dias, cuando fuísteis preso.

—Estás en disposicion de comprar un favor de maese Sabino.

—¿Cuál?

—Que me estraigan el corazon y lo embalsamen.

—Y hecho eso...

—Irás á París... Genaro, el secreto que voy á confiarte es de una especie tal que me estremezco de proferirlo y tan fiel y tan probado como eres, tiemblo de comunicártelo; y en este instante propio se rebela mi conciencia á participarte el misterio de unas relaciones, por las que voy al tormento ahora y mañana al cadalso; sin exhalar una queja.

—Quizás yo sepa donde he de ir con el triste presente; y á quien debo entregarlo, interrumpió Salicetti con ademan significativo.

—Es imposible, replicó severamente el Conde.

—Debo ir al Palacio *des Tournelles*.

—Mas bajo, desventurado, (esclamó Sebastian con terror, y asiendo del brazo á su escudero con violencia.) Y á quién has de entregarlo?

—A quien me indiqueis y lo lleve á Catalina de Médicis, Duquesa de Orleans, respondió Genaro con voz apenas perceptible.

—De suerte que conoces los misteriosos móviles de mi conducta?

—De todo punto; vuestros sueños me lo han indicado.

—¿No ignoras que muero desastradamente?

—Por abrir la puerta del trono á la Duquesa.

—Pues, Genaro, (repuso Sebastian) preséntate á nuestro conocido maese René el químico y dándote á reconocer esa sortija por mi confidente, pronuncia esta frase *Tutto fini*.

—*Tutto fini*, (repitió Salicetti) esto es, todo está concluido. Perded cuidado. No se me olvidará.

—Despues le harás entrega de mi corazon embalsamado, y dentro de una caja, con encargo de ponerla en manos de... la Dama negra.

—Que es Catalina de Médicis.

—Catalina de Médicis á quien amo como un insensato.

....

Tres veces subió Sebastian de Montecuculi hasta la fatal *trochlea* suspendido por los brazos; con dos arrobas colgantes de los piés. Tres veces pasó la carretilla candente por sus espaldas; hincando en sus carnes agudos y abrasadores dientecillos. Solo un grito fue posible arrancarle. Las preguntas del interrogatorio reiteradas innumerables ocasiones recibieron por respuesta un obstinado silencio.

El Presidente mandó redactar las preguntas como afirmativamente contestadas por el reo.

—Señor Duprat, (dijo un Juez) es una falta á la verdad de los hechos, dar por replicadas positivamente esas preguntas.

—Señor Robert, (repuso el Presidente con entereza.) Un adágio muy conocido establece que: *Quien calla otorga.*

CAPITULO VII.

Tal vida tal muerte.

Lyon, esa ciudad opulenta de la Francia meridional, cuyos fastos memoran tantas proezas, es teatro de un raro y sangriento espectáculo: una ejecucion por crímen de lesa-magestad y traicion de Estado, cuyos detalles corren de boca en boca, escuchados con terror y repetidos con asombro. El Emperador Carlos V (dicen los moradores de la Capital del Leonesado) tratando de saciar sus enconados resentimientos contra la Magestad Cristianísima, no ha tenido reparo en recurrir á la inícua trama contra la vida de Monseñor, el heredero de la Corona. Antonio de Leiva y el Marqués del Vasto, sirviendo de instrumentos á la negra combinacion; comisionaron á Don Hernando de Balboa y Villena para buscar un servi-

dor del real primogénito, bastante infame para prestarse á las miras del Soberano español. Sebastian, Conde de Montecuculi, Sumiller de la cava de su Alteza, fue tentado por la ambicion: en premio de su perfidia se le ofreció un principado en Italia y los favores de la Cesárea Magestad. El crímen fue consumado desgraciamente; pero una circunstancia providencial puso á la justicia en el rastro del horrible delito, y sometido á la tortura el culpable, despues de resistir á los primeros dolores, cedió declarando los antecedentes recónditos de su espantosa malfetría. Por tanto, con arreglo á las leyes francesas, el envenenador del mal aventurado Delfin debe ser sujeto por brazos y piernas á cuatro caballos indómitos que al lanzarse en opuestas direcciones, asustados por súbita detonacion, heridos por el látigo de alambre, despedazarán al infeliz.

Tales son las noticias de los pobladores de Lyon que las trasmiten á todos los puntos de la Francia, como fidedignas; consiguiendo los servidores de Francisco I la circulacion de especies tan denigrantes para el adversario de su monarca; autorizadas merced á la prostitucion de la fe judicial, y fáciles de creer á un vulgo miope, asequible á patrañas que escrupuliza en dar asenso á lo dudable sin multiplicados testimonios, al paso que acepta el vituperio, y la disfamacion, erigiendo en datos irrefragables sus cálculos gratuitos y convirtiendo sus sospechas en pruebas robustas. Estramuros de Lyon existia una dilatada pradera, escogida para escenario de la cruenta catástrofe.

En medio de aquel sitio se erigió un tablado como de dos varas en cuadro, del que salian ocho barandillas de hierro; dos de cada ángulo en forma de calle estrecha al principio y ancha mas adelante: estas barandillas se prolongaban poco mas de cinco cuerpos de caballo. Suspendida de un grueso alambre que pasaba entre dos pértigas paralelas se divisaba una rueda pirotécnica.

Cuatro ayudantes del verdugo armados de látigos de cadenilla férrea ocupaban los ángulos del tabladillo. Estrechados por el espacio reducido de las barandillas hácia su arranque del patíbulo; contenidos por una barra delantera y otra posterior, cuatro caballos salvajes, negros como cielo sin estrellas, relinchan con espanto. Un cordon de Lansquenetes, hombres de armas y tercios de esguízaros, contienen á la multitud á larga distancia del cadalso.

Ocho soldados de caballería ligera en parejas de dos tienen encargo de parar los caballos salvajes antes de que puedan llegar al círculo formado por la tropa tras la que se apiña un concurso ansioso de asistir al tremendo espectáculo. Cuatro ministros de justicia permanecen entre los espacios de las barandillas. El verdugo vestido de encarnado, con la chapa de las tres lises al pecho y una tea sujeta al hierro de una lanza, aguarda el momento de prender fuego á la rueda de pólvora con el fin de espantar á los feroces cuadrúpedos. Todas las miradas se dirigen á una torrecilla enrejada, construida en un baluarte de las fortificaciones cercanas de Lyon. Allí es donde Francisco de Valois ha determinado instalarse con objeto de satisfacer sus furores con la perspectiva de su cruel venganza. Allí es donde mucho antes de la hora prefijada ha venido en alas de su desapiadado anhelo.

Sin alcanzar á reprimir los ímpetus de su irritacion, Francisco ha llamado repetidas veces á su Secretario; ya para preguntarle por qué se retarda la venida del reo ya para darle órden de acelerar el momento de horror.

La vez postrera que acudió el Secretario á su llamada, el Rey parecia atacado de un acceso de delirio furioso.

—Ha sonado la hora, (esclamó cerrando convulsivamente los puños y lívido el color.) A esta fecha debia perecer precisamente, y aun vive ese mónstruo... Id sin perder momento, Leblanc... id á notificar de mi parte al oficial de la escolta, que sufrirá un dia de castillo por cada segundo que tarde en llegar ese maldito...

La gritería tumultuosa de la plebe, interrumpió esta airada comunicacion régia. Francisco se avalanzó á la ventanilla de la torre, que daba frente á la pradera. Una especie de rugido arredrador salió de sus fáuces.

—Allí está, (clamó trémulo de emocion) allí le traen por fin. Allí viene (continuó el Monarca con escítacion loca). ¡Cobarde! Sostenido por dos ministros, la barba sobre el pecho, con vacilante paso; cerrados los ojos... Soltadle, Señores (prosiguió cada vez mas embebido en la contemplacion de aquella escena; creyendo salvadas las distancias; figurándose al alcance de su voz á los que sostenian al abatido Sebastian.) Soltadle y que todos le vean caer abrumado por el miedo...

El Secretario avanzó algunos pasos mas.

—¡Otra detencion! (gritó Francisco apretando los dientes.) Esto es burlarse descaradamente de mis órdenes. Un Sacerdote se le acerca y parece invitarle á la reconciliacion.

—No ha querido recibir los socorros espirituales, dijo el Secretario con tono contristado.

—Nada importa, (repuso el Rey.) Acabemos, Padre. No admite vuestros oficios y en ello hace bien, Tal vida, tal muerte: vida de malvado; muerte de réprobo. ¡Asi...! ¡bien! En marcha hácia el cadalso... ¡Oh, qué marcha tan lenta!

—Señor, dijo el Secretario tímidamente.

Francisco se volvió á él con precipitacion iracunda.

—¿Qué haceis aquí? le preguntó con tono destemplado y la vista inflamada.

—Señor, vuestra Alteza me... se digno llamarme... y...

—Ya no os necesito. Idos y guardaos de espiar mis acciones...

—Señor, (repuso consternado el pobre *minister á Secretis.*) Si vuestra Alteza no se hubiera servido...

—Idos, (interrumpió el rey) y cuidad que nadie, bajo ningun pretesto entre á perturbar mi atencion.

El Secretario saludó con inclinacion reverente, retirándose presuroso; interiormente apostrofando al violento Monarca.

—Francisco se puso á la ventana, en observacion atenta de cuanto pasaba en la dilatada llanura que á su frente se estendia en interesante panorama.

Notó con satisfaccion inmensa que un sentimiento de antipatía se pintaba en todos los rostros de seguir con ansiosa vista la direccion del reo.

—Por fin; héle allí, al maldecido de Dios y de los hombres, dijo el Soberano con inesplicable espresion de infernal júbilo.

Sebastian fué despojado del manto negro que le envolvia; quedando al descubierto sus brazos y piernas; vestido de una especie de tejido de algodon blanco, que ciñéndose en rigoroso ajuste á su cuerpo, descendia del cuello, en imitacion de la figura, hasta la parte media de sus muslos. Los vigoleros tendieron al Conde sobre el tablado como una masa inerte; colocando sus manos y pies en forma de aspas, en direccion á los cuatro ángulos de la tarima. Montecuculi permanecia con los ojos cerrados; sin hacer un movimiento, como un cadáver. Los sayones levantaron sus bra-



Bande lit.

Lit. de Aragon.

FRANCISCO 1.°

zos y piernas para asegurar sus heladas estremidades con espesas argollas... Al asir sus miembros los ejecutores, se les veia en la rigidez de la muerte: al soltarlos caian á plomo cual abandonados por los espíritus de vitalidad.

—¡Rayo del cielo! (murmuró rabioso Francisco) ¡Habrá espirado ese miserable!

Los caballos salvajes se estremecieron, dando furiosos bramidos, y agitándose desesperados entre las barras, en la impotencia de su indómito brio. Habian sentido la mano del hombre sobre sus lomos nunca palpados, y despues por complemento de este signo de su esclavitud primera, el roce de gruesos correones, que apoyándose en sus pechos musculosos iban á engancharse por medio de garfios de hierro á las argollas, que oprimian los puños y tobillos del reo.

Sebastian recibió una fuerte sacudida sobre su lecho de tablas al contenido empuje de los caballos. Abrió los ojos con pavor, y logrando incorporarse un tanto, dirigió la vista en torno suyo con indescriptible angustia. Los vigoleros habíanse situado á los cuatro estremos de la tarima, y mientras los unos disponian desembarazar á los cuadrúpedos de la barra posterior, los otros tenian preparada la separacion de la delantera.

Maese Sabino soplaba la tea, en acecho de la señal. Al incorporarse Montecuculi, Maese, con la gravedad digna de un ejecutor de alta justicia, asióle por los cabellos haciéndole yacer en la postura primitiva.

—Vive, vive, gritó Francisco en el transporte de un alborozo satánico, mirando reanimado al asesino de su primogénito.

El sacerdote que antes brindara al Ferrarés sus auxilios, tornó á ofrecerle los tesoros de finales consuelos de nuestra religion sacrosanta. El Conde le rechazó con un gesto de condenado. El Preboste ondeó su blanco pañuelo, en signo de atencion, á los ejecutores de la cruda sentencia. Las barras traseras fueron retiradas. Los caballos sintiendo el alivio de su detencion rigorosa, retrocedieron sacudiendo sus crines y levantando sus cabezas en ávida esploracion del espacio. Trataron de salvar la valla antepuesta á su paso, y solo consiguieron estrellarse en inútil tentativa contra la férrea palanca. Una segunda señal hizo á Maese levantar la mecha fija en su lanza hasta prender fuego á la ígnea rueda pendien-

te del alambre. Cuatro vigoleros enarbolaron sus látigos. Los demás echaron mano á las barras.

Montecuculi dió un grito, que en el silencio terrorífico del concurso resonó desgarrador; espresion de los instintos de vida, que helara de espanto los corazones. Francisco adivinó aquel grito de agonía.

—Muere, précito, muere, clamó desesperado.

Tronó la pirotécnica rueda, girando entre humo y raudales de fuego: silbaron las cadenillas de hierro, hiriendo las ancas de los caballos salvajes: desapareció el valladar que obstruia el camino de aquellos fieros brutos: apenas pudo distinguirse un objeto blanco, sacudido un momento en el vacío, y que se perdió de vista de repente.... La ley de los hombres quedaba cumplida.

Refiere la historia del Emperador Augusto que habiendo perdido en la batalla de Lippe, contra los pueblos germánicos la flor de su ejército á las órdenes del imperito Varó, se entregó á la desesperacion mas vehemente, esclamando con furor: «*Varó, Varó, ¿qué has hecho de mis legiones?*»

Figúrese el lector con qué gesto, con qué ademán, con qué tono gritaria Francisco I de Francia: «*Sebastian, ¿qué has hecho de mi hijo?*»

. . . .

Catalina de Médicis ha venido como de costumbre al laboratorio de Maese René, bien entrada la noche; en su litera negra; escoltada por dos matones del puente de San Miguel al servicio de Garioto, el ministro de sus venganzas secretas; establecido con hostería en las inmediaciones del palacio de Justicia. Los dependientes de Maese Gariotto reciben órden de apostarse á ciertos sitios hasta que vean venir la litera con dos faroles, y acompañarla respetuosamsnte hasta dárseles mandato en contrario. Aquellos famosos perdona-vidas conocen entre sí á la Duquesa de Orleans con el seudónimo de la Dama Negra, y cada uno recibe en galardon un escudo por la celosa escolta.

Ya dispuesta á retirarse Catalina, despues de su recatada consulta, y provista de específicos, espresamente laborados para su tocador, Maese René sacó de un cajon secreto de su cómoda cierta caja, que alargó respetuosamente á su protectora.

—¿Qué es eso? preguntó la Duquesa con curiosidad.

—El último obsequio de un pobre amigo (contestó René con acento melancólico), el corazon de Sebastian de Montecuculi.

Catalina se apoderó de la caja: la abrió con calma inalterable y examinó sin conmocion alguna aquel corazon, que con tanta fé latió por ella.

—Bien embalsamado está, repuso impávida, devolviéndole al florentino.

—¿No le conserva V. A.? interrogó René.



—No: me sobra para recuerdo del Conde con la corona del Delfinado. Pero y el portador de ese presente, ¿quién es?

—Genaro Salicetti, criado de confianza del difunto.

—Le dirás que á las ánimas esté sin falta en la hostería de Maese Gariotto con la señal de *Dama negra*.

—Señora, (repuso el perfumista con interés). Advierto á V. A. que ese hombre se propone salir para siempre de Francia.

—No importa, (respondió la sobrina de Clemente VII con ironía). Es mejor que salga del mundo. Hay secretos, René, que son la muerte de quien los conoce, y este es uno de ellos.

CAPITULO VIII.

No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

El pro-capellan del ejército cesáreo acaba de administrar el Viático á un moribundo: Antonio de Leiva, famoso capitan español, príncipe de Ascoli y Amonza; predilecto de Leon X, en la guerra de Lombardía contra los franceses; defensor insigne de Pavía en el cerco mandado por Francisco de Valois; preclaro vencedor de Sforzia y terror de Lautrech; caudillo de la liga Pontificia, Imperial y Veneciana; gobernador esforzado de Milan, y gefe del Consejo de generales en la invasion de la Francia, impedido por la gota está próximo á perecer.

Leiva se acusaba de las catástrofes que sobrevinieron por la irrupcion en los Estados de Francisco, tan aconsejada por él. Conocia lo desacertado del proyecto. Leiva se arrepentia de su orgulloso engreimiento en la próspera fortuna, doliéndose de la vanidosa altivez de sus aspiraciones; de su credulidad en los ambiciosos vaticinios.

El César con todo el lucido estado mayor de sus generales asistió al acto solemne de recibir la Magestad divina el decano de sus bizarros lugar-tenientes.

Terminada la ceremonia augusta, Cárlos V estrechó la mano helada y trémula del bravo D. Antonio, que empezaba á perder los sentidos, y salió de la tienda del agonizante, limpiando disimuladamente las lágrimas que arrasaban sus ojos. El marqués del Vasto, Don Hernando de Balboa, el Príncipe de Astolphi, y otros próceres siguieron al Emperador, hasta su tienda, penetrando en ella á una invitacion del gefe feudal europeo.

D. Cárlos tomó asiento, con ademan de fatiga.

—¡Pobre Leiva! (esclamó con acento dolorido). Por prolongar su existencia daria la mitad de mis dominios. Perdemos una co-

lumna del trono; un tipo de la grandeza de nuestra edad. ¿Mísero Don Antonio.

—Señor, la muerte es mas dura para quien la presencia, que para quién la sufre, observó el Duque de Alba.

—Don Fadrique, (replicó el sucesor de los Reyes Católicos melancólicamente) me traeis á la memoria una estancia de mi buen trovador, Valerio de San Medardo, tambien difunto. Ambos son objeto de mi dolorosa memoracion: el uno dolor de ayer; el otro pesar de mañana.

—Animo, Señor, repuso el Conde de Benavente.

—Nuestra prueba es algo prolongada, respondió el Monarca con triste sonrisa.

—Tras unos tiempos vienen otros, reflexionó Mosen de Sislan.

—Marqués, (dijo Cárlos V, dirigiéndose al de Aguilar con instancia afectuosa). Tened la complacencia de avisar á nuestro digno médico Andrés Vesalio, que de tiempo en tiempo, nos envie un escudero á darnos cuenta del estado de Leiva.

Aguilar salió á cumplir la órden.

Mucho se retardan las comunicaciones de nuestros secretos corresponsales, (esclamó el Emperador con muestras de viva inquietud. Tal vez hayan sorprendido algun pliego, y esto retraiga á nuestros amigos de escribir; ó quizá redoblándose la vigilancia no sea factible que la correspondencia traspase las líneas.

—Es una fatalidad cualquiera de las dos circunstancias, añadió el del Vasto.

—Estamos alarmados con esto, (continuó la cesárea magestad.) Existen en el campo francés, prisioneros, cuya suerte nos inspira crueles zozobras. Don Cárlos de Bruselas, nuestro prohijado, nos tiene en brasas. Los soldados de nuestro adversario, permanecen en una forzada inercia, merced al plan de Anne de Mont-morency, y en esta situacion es de temer el ciego enojo de unas turbas, que pueden cebar sus rencores en los vencidos, privados de luchar con los invasores que los provocan.

—No piense tal V. M. Augusta, (replicó el Duque de Alba) no concibo semejante villanía en nuestros contrarios.

—Plegue á Dios que acerteis, repuso el Soberano con desaliento.

—Señores, no bien espire el pobre Señor Antonio, daremos las

órdenes de retirada: aquí nada se consigue; ese fanfarron de Francisco de Valois no sale á campaña como habia prometido; el invierno se aproxima; las enfermedades crecen; los mantenimientos escasean; nuestros asuntos de Italia se complican; nuestras tropas se desmoralizan en la inaccion. Salgamos de aquí; ya que el destino ha querido oponerse á nuestras pretensiones.

—Cada vez me felicito mas de haber aconsejado en contra de la invasion, (dijo el Marqués del Vasto), y si mi parecer hubiera prevalecido, si en lugar de atacar la Francia, hubiésemos arruinado su crédito en Italia, mas prez se consiguiera.

—Mi destino me llamaba aquí Marqués (replicó el Emperador con persuasion íntima). Aquí, para desvanecer las quimeras de una ambicion halagada; aquí para escarmiento de la soberbia mundana; aquí para humillar mi corazon al poder que sube y abate los poderes efímeros de la tierra.

—*Secundum voluntatem suam*, concluyó el Padre Sglapiano.

—El secretario Juan Velazquez entró llevando en una batea de plata tres pliegos prolijamente cerrados y traidos como de haber llegado ocultos en faltriqueras disimuladas.

—De Francia interrogó el Rey con avidez.

—De Francia, contestó el secretario.

Los capitanes se retiraron al estremo opuesto de la tienda.

El César abrió con suma ansiedad el primer pliego, y leyó anublándose su rostro, á medida que adelantaba en su lectura.

—Señores, (dijo llamando á sus caudillos, que acudieron precipitadamente.) El Consejo federal helvético nos juega una mala pasada. Veinte mil Esquízaros marchan á incorporarse con el ejército estacionario de Francia, y el Consejo cree cumplir con nosotros, esponiendo que han salido sin licencia de sus magistrados, seducidos por las pingües ofertas de reclutadores misteriosos, y movidos á lástima del duro trance en que se veia nuestro adversario.

—Suizos al fin, (esclamó Mosen de Sistan, perenne enemigo de los Helvecios.) Yo creo que habria suizos para conquistar á Suiza, por un ducado mas del ordinario sueldo.

—Francisco ha salido de Aviñon, (prosiguió D. Cárlos), pero no para venir á responder á nuestros retos; sino para recibir á los auxiliares, y adelantar luego la línea fortificada hasta el Duranzo, alojándose en Caballon.

—Siempre he tenido la honra de repetir á V. M. que el Rey Cristianísimo no aceptaria el combate, dijo el Marqués del Vasto.

—Sí; (replicó Cárlos V con gesto desdeñoso). Ruido y nada: grandes palabras y pobres hechos; alardes terribles, y menguadas resultas.

—Fuego fátuo, repuso el Duque de Alba.

—El fuego en que posa la salamandra, su emblema con el mote, *nutrisco et extinguo*.—Concluyó con sardónica sonrisa Cárlos de Hapsburgo, y abriendo el segundo pliego se puso á leer, mientras sus interlocutores tornaban á retirarse discretamente, para dejarle en libertad.

De pronto, el César estremadamente pálido, suspendió la lectura, quitóse el birrete y poniéndose de pié dijo á sus caudillos con lúgubre entonacion:

—Señores: Francisco, Delfin de Francia, ha perecido envenenado por un Conde Ferrarés, de su servidumbre....

Una esclamacion de sorpresa dolorosa se escapó de todos los labios. Cárlos V añadió con solemne acento:

—Era un jóven de brillantes esperanzas; muy querido de nuestro corazon por sus altas dotes; afecto á nuestras costumbres graves de España; de recta condicion; antipático á las injustas guerras de su padre, y que prometia resucitar los tiempos de Cárlos V en el reino de Hugo Capeto...... El Señor lo ha dispuesto de otra manera. Paz á sus restos, y una prez en beneficio de su alma.

El Padre Sglapiano recitó la oracion en memoria de los difuntos, y al concluir con el *Requiescat in pace*, el Emperador enternecido, y sus marciales dignatarios con la tristeza pintada en los rostros, contestaron *Amen*, en el tono del mas férvido religioso deseo.

Volvióse á sentar el César, y los señores comentaron en voz baja la infausta noticia.

Un grito sordo salió de la garganta imperial.

Los próceres tornáronse á él con desasosiego.

La indignacion se reflejaba en la faz augusta con los rasgos característicos de una pasion violenta.

—¿Qué sucede? interrogó el duque de Alba.

—¿Qué pasa? repitió el Conde de Benavente.

—Señores, (esclamó iracundo el Emperador). El asesino de Su Alteza ha dicho en el tormento que cometió el infame atentado por instigacion directa de Antonio de Leiva y Fernando Gonzaga.......

—¡Calumnia! gritó frurioso el Marqués del Vasto.

—¡Imputacion villana! clamó D. Hernando de Balboa.

—Se os supone intermediario en el asunto, Don Hernando, dijo el César.

—¡A mí! (repuso Balboa retrocediendo como á la aparicion de una sierpe. ¡A mí el nieto de los Villenas! ¡Yo intermediario de tan monstruosa infamia! ¡Rayo de Dios!

—¡Venganza, señores! ¡Venganza de tan torpe ultraje! prorumpió ciego de ira D. Sancho de Leiva, sobrino del Señor Antonio.

—Sí, venganza, (apoyó el César) porque tambien nos, el nieto de Isabel y Fernando de Castilla y Aragon; de Maximiliano de Borgoña, hemos sido indirectamente acusados, y ese Rey sin fé, y ese caballero sin honor ha publicado un escrito en que propala la calumnia; en que pide justicia al cielo y á los hombres de nuestra supuesta maldad; en que nos entrega á la execracion del orbe como reo de la mas inícua alevosía.....

—Nadie lo creerá, dijo con desprecio el Príncipe de Astophi.

—Nadie lo creerá, repitió el Padre Sglapiano.

—Los capitanes del imperio como valientes y nobles son incapaces de traicion; quédese el crímen para la ambicion rastrera; para los cobardes ódios; para la envidia ruin.

—Un manifiesto, Juan Velazquez, (esclamó Don Cárlos dirigiéndose al ilustre secretario, un manifiesto en que rebose el honor de la inocencia calumniada; en donde se recuerde el abierto descontento de Enrique, Duque de Orleans, cuando la agregacion de la Bretaña á la corona; las amenazas que se permitiera; la reputacion tenebrosa de Catalina de Médicis; responda una acusacion á otra.....

—No olvideis sentar que el delito se busca en el provecho de sus consecuencias (observó el Duque de Alba). Nosotros nada reportamos con la muerte del primogénito real: Enrique y la florentina ganan un trono.

Juan Velazquez saludó retirándose á estender el manifiesto.

Un escudero apareció en la puerta de la tienda y con eco tétrico dijo: «Don Antonio de Leiva acaba de espirar.»

—Id, señores, (esclamó Cárlos V con gesto sombrío) id á rendir vuestro doliente tributo al héroe perdido: pronto me reuniré á vosotros.

Los generales salieron pausadamente.

—Id, Padre, (agregó el César encarándose con el Padre Sglapiano) á vos os toca recitar la plegaria por su eterno reposo.

El Emperador solo abrió el tercer pliego y al reconocer la letra dió un grito de alegría. Devoró con ansiosa vista los cortos renglones de aquella correspondencia interesante, y de improviso dejó caer la comunicacion, alzó los brazos con desesperado ademan y esclamando:

—¡Cárlos! ¡Cárlos! ¡hijo mio! y ocultó entre sus manos crispadas el demudado rostro.

Al cabo de cinco minutos se levantó con ímpetu brusco: tendió la diestra á un crucifijo próximo, y con acento ronco, y con espresion vehemente clamó:—¡Dios mio! escucha mi maldicion y cúmplela.—«Que Francisco de Valois, que decretó el suplicio de mi hijo, muera devorado por un cáncer sin cura; muerte lenta y de rabiosos dolores.»

CAPITULO XI.

La noticia.

Antonio Magariños de Couto, bizarro hidalgo gallego, acaba de introducir al infante D. Felipe en la cámara imperial.

Es costumbre de Cárlos V pasar algunos instantes en compañía de su primogénito todas las mañanas, y la venida de S. A. al cuarto de su escelso padre, sigue á la hora del desayuno y antecede á la del despacho.

El infante D. Felipe, á la sazon de once años, pertenece al tipo de los niños-hombres. No se encuentra en él esa gracia infantil, esa petulancia de los pequeñuelos mimados, ni la vivacidad de la edad primera, ni las muestras de candidéz de la aurora risueña de la vida.

Grave, reposado y modoso, aquel niño impone á los que le rodean tanto como un hombre, porque jamás le han visto enredar

como muchacho, divertirse ruidosamente ni prescindir de los actos ceremoniosos, manifestando el hastío de la niñéz por la sujecion de las fórmulas sociales.

Su padre mismo le trata con cierta circunspeccion, comprendiendo el privilegiado desarrollo de las facultades de aquella criatura estraordinaria; *niño sin juguetes*, segun la frase del Emperador, que leia con aficion las crónicas de las edades pasadas, se entretenia en aprender de memoria las comparticiones políticas del mundo, gustaba de los libros ascéticos, soportando las funciones religiosas y cortesanas de mayor duracion con la magestad de continente de la etiqueta régia mas severa.

D. Felipe vestía de negro, color á que manifestaba prediléccion suma, y que cuadraba maravillosamente á la seriedad de su aire y al carácter de su fisonomía.

Su cabello corto dejaba descubierta por completo aquella frente angulosa é irregular, en cuyo espacio debian agitarse pronto planes gigantescos, cuyos gérmenes ahogaban los instintos infantiles y convertian al príncipe en varon prematuro.

El rostro de D. Felipe ofrecia vivas reminiscencias de la faz disimulada y peligrosa de Fernando V de Aragon, el Católico, su bisabuelo.

Su talla, contra lo ordinario en las criaturas de inteligencia precóz, que se desenvuelven raquíticamente en lo físico, correspondia al adelanto moral. Cualquiera hubiese creido al infante mayor de los catorce años.

—Acercaos, D. Felipe (díjole la sacra imperial magestad con aparente ceño). Estoy sumamente irritado con vos.

Obedeció S. A. sin dar señales de inquietud por el enojo paterno.

—Me han dicho (continuó el César) que ayer tratásteis con altanería á nuestro primo Infantado.

—¿Ha dicho tal el duque? preguntó D. Felipe con sarcástica intencion.

—No os importa quién lo haya dicho.

—Sí tal, Señor (repuso el infante con respetuosa pero firme insistencia); yo he leido que la palabra significa lo que la lengua que la profiere...

—¿Y qué venís á decir con eso?

—Que si criados ó simples hidalgos me acusan, V. M. juzgará un chisme la relacion; pero si el duque me denuncia...

—Lo cierto es, señor mio, que nuestro primo tiene razones mas que suficientes para quejarse de vos.

—No me parece tan cierto, contestó S. A. con un movimiento de negacion positiva.

—¡Hola, el rapáz! (esclamó Cárlos aparentando un ímpetu iracundo) ¿Conque pretendeis desmentir un hecho tan público por desgracia? ¿Conque juzgais que una negativa vuestra basta para neutralizar lo que me hayan referido?

—Yo no he mentido jamás, replicó el príncipe con voz perfectamente tranquila, pero palideciendo de interna reprimida cólera.

—Veamos (dijo el emperador mas sereno). ¿Qué sucedió anoche en vuestra cámara?

—Todo lo contaré á V. M.

—Exactamente: como hayan pasado los sucesos.

—¡Lo dudais, señor! esclamó D. Felipe con muestras de pundonoroso resentimiento.

—No lo dudo, Felipe, no lo dudo; eres hijo mio, respondió el César con paternal bondad, y poseido de ese noble orgullo de raza tan legítimo cuando el presente corresponde á la prez del pasado.

—El duque no simpatiza conmigo...

—¡Oh! pero sois injusto. Infantado es todo un buen caballero, un espléndido señor, de la primera nobleza de este pais nobilísimo.

—Sí, mas altivo y lleno de pretensiones...

—Puede sostenerlas mejor que otro alguno.

—Anoche leia yo las memorias del cardenal Jimenez de Cisneros, ese digno ministro de mi bisabuela doña Isabel...

—Adelante, adelante, interrumpió Cárlos V con impaciencia.

El ingrato sucesor de la heroina de Castilla esperimentaba remordimientos penosos al recordar el desden con que recompensó los servicios del gran hombre.

No se ocultaba á su conocimiento que la muerte repentina del preclaro varon en Aranda, se creia consecuencia de la fria comunicacion del jóven Cárlos de Gante.

—Como de costumbre (continuó D. Felipe), al final de cada periodo mi buen ayo me detenia para que raciocináramos sobre lo leido. De repente el duque del Infantado aparece en mi cámara...

La órden era terminante... El ugier de servicio sabe que mientras estudio no gusto de ser interrumpido...

—Es muy justo.

—Era evidente que atropellaba una consigna...

—O que el ugier no se atrevió á prohibirle la entrada, corrigió Cárlos recalcando la frase.

El infante frunció las cejas, y su labio inferior se ocultó entre los dientes superiores.

—Yo nada le dije sin embargo (prosiguió S. A.) Me saludó sin disculparse por su intespestiva llegada, y le correspondí...

—Con estremada frialdad.

—Yo no sé sonreir, señor, replicó el príncipe.

La magestad imperial dudó si esta respuesta encerraba un epígrama á su sonrisa habitual hasta tratando con sus enemigos, ó una alusion á las reconvenciones que solia dirigir á su hijo por su aire de glacial reserva.

—Hablábamos de la institucion de los tercios reales, debida al Cardenal, en sustitucion de las tropas de los señores de horca y cuchillo, pendon y caldera...

—¡Hola, hola! señor historiógrafo, ¿y qué decíais de ese instituto?

—Hablaba mi ayo, señor.

—¿Y qué decia el reverendo padre Hurtado?

—Decia que su eminencia el Cardenal emancipó á sus reyes de la nobleza; porque antes necesitaban reunir veinte pendones para contar con veinte mil soldados; era forzoso conceder lo que pedian infanzones, sin cuyo auxilio no podian lidiar SS. AA., y al postre no era lo mismo guerrear con cuerpos auxiliares, mandados por capitanes que no cedian su derecho ni al rey, que batallar con fuerzas propias, sujetas todas al pensamiento de quien las pone en accion.

—¿Y qué decíais vos, Felipe?

—Decia que su eminencia pudo muy bien aplicarse aquel verso de Horacio: *Exegi monumentum œre perennius.*

—¿Cómo, cómo es eso? interrogó curiosamente Cárlos, á quien inútilmente se esforzó Adriano en enseñar el latin, mientras Guillermo de Croy le instruyó en historia y halagó sus propensiones políticas y militares.

—*Alcé un monumento mas durable que el bronce* (tradujo el infante). Señor, el duque se atrevió á interrumpir la conferencia, tomándose la estraña libertad de decir «que los infanzones ahorraban sus tesoros á los príncipes; llevándoles sus vasallos á la guerra.»

—Y entonces vos...

—Entonces yo le miré; pero nada le dije, y seguí leyendo otro rasgo del Cardenal: cuando en 1516 recibió á tres infanzones de Castilla, diputados por la nobleza para el exámen de los poderes en cuya virtud gobernaba por mi bisabuelo D. Fernando..

—Buscásteis apropósito ese rasgo para mortificar al duque, sabiendo que su padre con el almirante de Castilla y el conde de Benavente fueron los que...

—Los que vieron por el balcon los poderes de su eminencia (se apresuró á decir el príncipe con aquella contraccion fisionómica, gesticulacion torba que en Felipe equivalia á la sonrisa). Los poderes del Cardenal; soldados en órden de batalla y trenes de artillería.

—El duque os dijo...

—Me dijo: Que hacia muy mal en leer los desaires hechos á la nobleza, sin estar bien enterado de sus servicios, á que debian mis predecesores la corona.

—A lo que vos respondísteis...

—Señalando á la puerta, y diciendo al atrevido: Que ya tenia preceptores, y que no necesitaba de testigos en mis conferencias.

—Mal hecho, muy mal hecho (repuso el Emperador). El duque, si bien no estuvo prudente, tiene disculpa, porque vos herísteis su delicadeza con un recuerdo ingrato.

—Yo no he pretendido sostener que tuve razon, señor. He referido á V. M. el asunto, y aun me falta decir que el reverendo padre Hurtado reprendió la malignidad de mi intento, repitiéndome su tema *mansuetudo virtus regia...*

—¿Que en romance quiere decir?

—*La mansedumbre es virtud real.*

—Perfectamente dicho, mi querido Felipe. Veo con placer que aprovechais las lecciones del padre Hurtado en historia y en latin. ¿Y os agrada el latin?

—¡Lengua soberbia! (esclamó el príncipe). Idioma del primer

pueblo del mundo, que aun barbarizado sirve de forma á los grandes pensamientos de nuestra edad.

—Me congratulo de vuestra aplicacion, Felipe. No descuideis tal estudio. Si yo hubiera seguido los consejos de mi escelente preceptor Adriano de Utrech...

—Adriano VI en la silla de San Pedro, interrumpió el infante con énfasis.

—Si hubiese dominado los rudimentos de la lengua latina, que tan áridos me parecieron siempre, y conseguido penetrarme de su índole y pródigas bellezas, á buen seguro que el dia de mi coronacion imperial no habria pasado por la humillacion de confesar mi crasa ignorancia.

—¡Vos, señor! dijo el príncipe con aire curioso.

—Yo, ¡pardiez! (replicó el soberano con la mas noble ingenuidad). Figuraos, hijo mio, que los embajadores de todas las potencias del continente fueron á felicitarme por mi investidura cesárea.

Los ojos de D. Felipe brillaron como dos llamas eléctricas.

El Emperador siguió diciendo:

—Allí era de ver al embajador de Francia, tan risueño, tan obsequioso, tan rendido ante la magestad que ceñia la corona de Carlo-Magno, tan ambicionada, tan costosa á nuestro hermano Francisco...

El príncipe repitió aquel gesto estraño que en su rostro parodiaba la sonrisa.

—Viérais allí (continuó D. Cárlos, cada vez mas dispuesto á la espansion) al cardenal Wolsey, favorito de nuestro hermano Enrique de Inglaterra...

—¡Oh! en cuanto á ese, padre mio (dijo con amarga intencion S. A.) sabe muy bien el latin. Dígalo sino su obra de los *siete sacramentos*, que le valió el título de *defensor de la fé*, tan bien justificado en 1534.

—Pues todos, todos los embajadores (añadió el César) fueron llegando: *Optime Cæsar*... el uno; *Magnus Imperator*... el otro; *Sacra Majestas*... aquel... Y héteme aquí en la precision de decirles: «Nada de peroracion latina: español, francés, flamenco, italiano y aleman, de todo eso se me alcanza un poco.» Y ya veis, D. Felipe (prosiguió el Emperador), por este medio supo la Euro-

pa que Cárlos V de Alemania ignoraba á los diez y nueve años lo que vos tan bien sabeis á los once.

—¡Pluguiera á Dios darme vuestro destino á costa de semejante ignorancia! esclamó D. Felipe suspirando.

—¡Mi destino! (contestó el César con cierto melancólico abandono). Niño, yo ruego al cielo que te lo dé mejor; porque anhelo para tí mas poder y menos gloria, mas seguridad y menos grandeza, mas oro y menos oropeles.

—Señor (respondió el infante con toda la animacion de que era susceptible su continente glacial y pausado eco), ¿habeis leido la fábula de Febo y Faetonte?

—Al menos no la recuerdo, replicó Cárlos I encojiéndose de hombros.

—Febo, el Sol, tenia por hijo á Faetonte, habido en Climene. El ambicioso mancebo alcanzó de su padre regir su carro esplendoroso, y tan mal auriga hizo, que cayó despeñado en el rio Pó...

—Y bien...

—Y bien (replicó S. A.), vos, señor, que sois Febo, el Sol que ilumina al mundo, temeis que yo, Faetonte atrevido, pague la pena de mi codicia loca... recelais que sucumba bajo el enorme peso, si el Atlante descarga sobre mis hombros el cielo que sustenta.

Cárlos V sonrió con orgullo. Puso la diestra poderosa sobre la cabeza de aquel niño singular, y le dijo en la efusion de su afecto:

—Estais equivocado, D. Felipe; cuento con vos para concluir muchas cosas que no alcanzo á realizar, porque el Señor me reserva el destino de David y á vos el de Salomon: yo sueño en la grandeza del templo, vos le edificareis.

—Cúmplase la voluntad de Dios, repuso el príncipe con la calma imponente del que acepta las eventualidades de una predestinacion suprema.

—Yo era jóven, demasiado jóven, cuando una doble corona abarcaba mis sienes (prosiguió el nieto de Maximiliano con la triste indolencia del hombre maduro que trae á la memoria los episodios de su primera juventud). ¡Dios sabe qué locos sueños alimentaba! ¡Cuántos proyectos bullian en mi cabeza! Yo queria resucitar los fastos de Alejandro, de César, de Atila, de Alarico, de Cárlos el Grande... ¡Delirios!... Dios midió con su vista la enormidad de mi soberbia, y fue harto piadoso en no reproducir en mí el castigo

de Nabucodonosor. Se contentó con equilibrar la balanza, que yo pretendia vencer de mi lado con la presion de uno de mis dedos. La ocasion de los grandes conquistadores me faltó, y el primer paso en la senda de la gloria militar me ha comprometido en una lucha sin descanso, Felipe; lucha que dá laureles salpicados de sangre; lucha que os ciñe una corona de oro por fuera, de hierro candente en lo interior.

D. Felipe, embebido en la plática paternal, tomó asiento en el taburete que Cárlos tenia colocado delante de su sillon de madera indiana, esculturada con proligidad y forrado de terciopelo de Utrech.

—Alejandro, Cesar, Atila, Alarico y Carlo-Magno tuvieron ocasion. El hijo de Filipo de Macedonia logró combatir el gigantesco poder de Dario, poder que declinaba como todo lo humano que alcanza proporciones estremadas. Cayó el coloso, y el Oriente que doblaba el cuello al yugo de un dominador, aceptó la coyunda del vencedor de su dueño. César personificó la fuerza de la disciplina contra las fuerzas brutas: era un hombre diestro y esforzado que abatia los terribles hijos de la naturaleza, pujantes y feroces; pero exaustos de esa unidad de accion que constituye la fuerza verdadera. Atila encontró pueblos esclavizados y un imperio dividido, destrozado y putrefacto en todos sus miembros: lidió con un déspota prostituido y en la postracion de la torpe molicie, y con un tropel de siervos, imponiendo la ley á las tribus libres por la falta de cohesion. En Germania hubo un dia de liga; los pueblos belicosos, que de aventureras bandas se convertian en temibles ejércitos, se unieron en Chalons, y el Huno prepara una hoguera que como la ponzoña de Annibal, le sustragese al horror del vencimiento, y abandonó el teatro de su desgraciada campaña. Alarico salió á la palestra con la ventaja de los postreros esfuerzos de Roma, que contuvieron la audacia de la barbarie con escarmientos costosos. Esplotó la cobardía de aquellos indignos Césares que pagaban la paz á peso de oro, y aprovechó la oportunidad de dar la ley á la metrópoli del mundo. Mi abuelo Carlo-Magno, el tipo de mi juventud briosa y rica de ilusiones, llegó á tiempo para ser el dios del orbe conocido, y sacó del caos su generacion; y su espada y sus leyes crearon el mundo que conocemos; herencia del gigante repartida entre pigmeos.

D. Felipe redobló su atencion.

Su Magestad Imperial continuó de este modo:

—Hombres-épocas no épocas de hombres necesita la humanidad para sus cataclismos. Hombres que reasuman en solo ellos el interés de sus contemporáneos. Hombres que reciban de la Providencia el en cargo de subvertir los destinos del globo; que representen la meta de lo pasado, y abran el campo al porvenir. Dios los hace grandes, y á sus coetáneos pequeños, porque necesita su fuerza, y esta es mayor en razon á la menor resistencia de los demas. Esta libertad me ha faltado, Felipe. Todo es grande en torno mio...

—¡Y quién mas grande que vos! esclamó el Príncipe.

—¡Nombre de Cristo! (dijo el Monarca no sin un ligero tinte de amargura) Francisco I, Enrique VIII, Leon X y yo no debíamos haber nacido juntos.

—Verdad, Señor, apoyó su Alteza.

—Y luego Borbon, Lautrec, Pescara, Lanoy, Wolsey, Doria, Leiva, Alarcon, Barba-roja, Lutero, Melanchton, Soliman, Nassau, Fieschi, Colonna, Bayardo, Alba... Contad Chalons, Felipe: genios militares; marinos ilustres; diplomáticos hábiles; rebeldes temibles; talentos peligrosos. Y mas abajo, en escala inferior, significaciones pasajeras, pero que complican la lucha, y distraen la atencion de las empresas principales. Los Médicis; Alberto de de Brandebourg; Juan Beüvels; Cipperdoling; Duprat; Erasmo; Gerónimo Fieschi; Padilla; Zwingle: dignatarios ambiciosos; heresiarcas audaces; intrigantes consumados; escritores supersticiosos imponentes... ¡Ah! ¡qué os parecen los elementos con que mas ó menos he tenido que lidiar! Este que promueve un cisma; aquel que atiza la intestina division; estotro que complica las circunstancias con sus audaces proyectos; el de mas allá que os contraresta; esotros que os amenazan confederándose. Nazcan Alejandro y César, y vuelvan á tomar el carácter de conquistadores. ¡Ira de Dios!...

—Señor, calmaos, interrumpió el Infante con disgusto por los juramentos que su padre se permitia en el entusiasmo de su relacion.

—Decís bien, (repusó el Cesar fatigado de su agitado discurso. Me exalto cuando pienso en estas cosas. Querido niño, por lo que

os dejo espuesto deseo que halleis época distinta de la mia; hombres menos revoltosos, ó sin fuerzas para cortaros los vuelos, cuando querais volar, porque, creedme, es la contrariedad mas dolorosa tener un Palacio encantado á la vista, y pesados grillos en los pies que os estorban el paso.

D. Felipe bajó los ojos, y una nube sombría pasó por su mente; idea de la ambicion que se supone coartada y se irrita contra los obstáculos.

—De todo lo que ha mencionado V. M. dos cosas hay que no merecen perdon á mis ojos: la rebeldía y el cisma.

—La rebeldía es la condicion de todos esos restos de la feudalidad antigua, que no pueden resignarse á desaparecer con su época...

—Les vendrá su dia, Señor, repuso el Príncipe con un gesto cruelmente significativo.

—Ya se vé (continuó el hijo de Felipe el Hermoso) se resisten á que sus mil franquicias se reasuman en un solo poder supremo. No se resuelven á desprenderse de esos privilegios é inmunidades que chocan con la autoridad real, y embarazan su ejercicio. Ciegos que no comprenden que la grandeza consiste en la pequeñez de los demas. Esos hombres, hijo mio, gritan: *¡Sacrilegio! ¡Usurpacion!*=cuando vais restringiendo sus fueros, incorporando sus acciones repartidas profusamente en una accion sola para vigorizarla. No se persuaden que son débiles, teniendo en difuso reparto ese legado de Dios, que se llama poder. Que se esponen á las contingencias de las depredaciones inícuas por falta de unidad, y que los peces mayores tragan á los menores, como dice el adagio castellano. El Abad esplota á sus vasallos; el Conde despoja al Abad; el Duque al Conde... Siga la cadena; que el Rey despoje al Duque, al Conde y al Abad de esos poderíos, con que obstan al suyo, sin que garanticen sus propios dominios.

—Bien, Señor, (esclamó su Alteza sin ser bastante á disimular sus simpatías por este osado pensamiento político). Ahí está la grandeza futura de los pueblos.

—¡Necios! (añadió el César con magestuosa altivez). El Evangelio parece hablarles cuando dice: *tienen ojos y no verán; no escucharán y tienen oidos.*

Despues de una ligera pausa continuó:

—No se penetran de que su orígen fué la necesicidad defensiva:

que nuestros antecesores los Reyes, cuyas coronas forman una sola sobre mi cabeza, vivian en perenne lucha, conquistando ahora un palmo de tierra; perdiéndole despues; tornándole á cobrar luego. Ya se vé, como la contiendà no tenia fin, sus Altezas daban en encomienda sus conquistas; las daban á quien mayores garantías de resguardo presentase; de aqui tanto reyezuelo, tanta jurisdiccion; de aqui nuestro predecesor D. Pedro derribado de su trono por una coalicion feudal; nuestro abuelo el Tercer Enrique reducido á la miseria; nuestro abuelo Juan II en vergonzosa tutela de un tirano; nuestro abuelo Enrique IV, entregado en efigie á las farsas de rebeldes... Basta, Señores, basta. ¡Paso á la reforma! como dice ese diablo de Sajon, Lutero... ¡Ya la monarquía no está reducida á defenderse de agresiones sin intérvalo. Antes los Príncipes arriesgaban el todo por el todo, porque eran aventureros coronados, los mas pobres de su reino. Si perdian en el azar, bien poco perdian. Si ganaban se hacian ricos, y acrecian poder para nuevas empresas... Hoy concluyen los soberanos al pormenor, los ricos en detall. Borgoña, Navarra, Bretaña, todos esos reinos y ducados, émulos de los poderes estensos, se incorporan á las monarquías hispana y francesa. La Italia es el blanco de las miras de todos los Reyes, que pugnan por absorver esas repúblicas, reinos, ducados, condados, ciudades libres, y feudos, que perpetúan el desórden, y estorban la accion. Gracias á Dios, la gran éra se inaugura. Ya no habrá cronicones sino historia; heraldos con barras, grifos, cruces y medias lunas, sino heraldos que lleven bordadas en el túnico escarlata las armas de una Nacion: pronto no sobresaldrán de los cuerpos de ejército pendones blancos, verdes, azules, rojos, en confusion grotesca, sino la bandera real: no habrá en los cascos de los diferentes capitanes mas que plumeros, y entre todos descollará un solo penacho, el penacho real.

—¡Bendiga el Señor á quien consume la obra! interrumpió D. Felipe.

—Pues ó mucho me engaño, ó vos debeis llevar la última piedra al edificio.

—¡Pluguiese á Dios!

—Mi escelsa abuela Doña Isabel emprendió la marcha por ese camino... entre las Reinas heroina, entre las mujeres fortísima, entre los bienaventurados Santa...

—D. Fernando V era digno tambien de ese encargo...

El César hizo un gesto de disgusto.

—Honrais demasiado al esposo de doña Isabel, dijo.

¡Débil naturaleza humana!

El emperador tan imparcial en sus juicios; tan conocedor de los hombres y de las cosas, faltaba á la justicia, tratándose de su augusto abuelo.

Cárlos V no podia olvidar que Fernando el católico preferia á su hermano Fernando; que en 1513 testó á su favor, procurándole la independencia del maestrazgo de las tres órdenes militares; que solo por arrebatarle las coronas de Aragon, de Nápoles, de Sicilia y de Cerdeña, se casó decrépito con Germana de Foix; que faltó poco para que enloqueciera de pesar á la muerte del fruto de este enlace; que fueron necesarios los esfuerzos mas reiterados para que á la hora estrema mudasen sus disposiciones, entre Zapata, Vargas y Carvajal.

Cárlos V resentido de los afanes del viejo envidioso, y tenaz como anciano, por frustrar sus esperanzas, desconocia, ó afectaba desconocer las magnánimas prendas y generosas virtudes del Rey de Aragon.

—D. Fernando dió fuerza, con su alianza á las empresas de doña Isabel, objeto el Príncipe D. Felipe, admirador de las dotes de mando de su bisabuelo, y simpático á su carácter.

—¡Basta de política! Hemos charlado bien, hijo mio. Volviendo al punto de partida de la conversacion, os aconsejo moderar vuestros bríos, y disimular vuestras prevenciones. Si yo me impongo el deber de sufrir multitud de sugetos que me incomodan, y que parezcan pasar desapercibidos sucesos que me repugnan, mucho mas debeis sufrir y tolerar vos, Felipe, que ocupais un rango secundario en la esfera del poder. Mi abuelo Maximiliano, que era un hombre muy ocurrente solia decir: *Sonrisas cuando Príncipe; ceño cuando Rey.*=No os olvideis del dicho de mi abuelo, D. Felipe. Mas adelante os diré otros principios del buen emperador, de que yo he sacado algun partido, y no serán estériles para vos segun creo.

El infante se inclinó con respeto, besando la mano que su escelso padre le tendia.

—Podeis retiraros, díjole cariñosamente el César.

El príncipe saludó, y fué á reunirse con Magariños de Couto, que le aguardaba á la puerta de la cámara real.

—¡Niño admirable! (esclamó Cárlos una vez solo.) ¡Buen porvenir dejo en él á España! ¡Bizarro enemigo les queda á esos Señores, á esas ciudades francas, á esos concejos orgullosos!... ¡Ay! ¡maldito de Dios este perverso mal que disfrazo con el nombre de gota. Dicen que Colon es la causa de su introduccion en el viejo mundo; que es de orígen indio... Curioso es por cierto que ese pais nuevo llene de riquezas á la corona, y de dolores al que la ciñe.

La entrada de un personaje interrumpió el monólogo del emperador.

—¡Hola, señor Andrés Vesalio de Bruselas, mi sábio médico! esclamó su magestad lleno ds benévola consideracion hácia su Hipócrates.

—Señor, (respondió el catedrático de Anatomía en Pádua) siempre humilde vasallo de V. M. I.

—Sabed que me mortifica sumamente esta erupcion en las piernas, y las costras que me embarazan algun tanto los movimientos.

—Cuide V. M. de no irritarlas rascando la superficie, porque ese alivio que se esperimenta es precursor del cronicismo del mal, de su degeneracion herpética.

—Paso unas noches infernales, doctor.

—¿Sigue V. M. usando el cocimiento de Guayaco, y la raiz de China?

—Como lo determinásteis.

—Señor, malas noticias de Francia.

—¿Qué sucede á nuestro hermano Francisco?

—Está bien malo.

—¡Bien malo decís! esclamó Cárlos V con curioso interés.

—V. M. sabe que estoy en correspondencia con el insigne Ambrosio Paré, de Laval, quirúrgico de Renato Montigeau, coronel general de la Intendencia francesa en Italia, consultor de su alteza.

—Conozco á tan digno médico.

—Le tengo remitido mi opúsculo *de radice Chinæ*, y nos proponemos los casos estraordinarios...

—Cambio de esperiencia; muy bien.

—Le envio mis observaciones sobre el mal indiano, que en este reino presenta fenómenos típicos, y acerca de tal punto cuento una verdadera superioridad.

—Comprendo.

—Pues hoy he recibido carta suya, en que me participa la cruel dolencia, que...

—Me parece que sé algo de esto.

—¿Lo sabeis, señor?

—Veamos. ¿No os dice maese Ambrosio que S. A. padece el mal español en su carácter ulceroso, última é incurable facies de ese horrible mal?

—Cabalmente, señor.

—Pues la incontinencia de nuestro buen hermano le ha valido esa fatal desgracia, y si la aventura produce una catástrofe servirá de leccion á los Príncipes futuros para q e respeten los fueros del hogar, y la honra de sus vasallos: virtudes en que no sobresalia por cierto su alteza de Francia.

—Ignoro los pormenores de tal acontecimiento.

—Figuraos, mi buen Vesalio, que Francisco corria las aventuras como nuestro antecesor D. Pedro de Castilla...

—El cruel, interrumpió el médico.

—El justiciero (corrigió el César.) Nunca tuvo lances, porque la fortuna le favoreció... Pero la fortuna es mudable, y no hay mucho que fiar en ella... Tropezó con una muger, bella, bellísima, segun mis informes; pero que tenia un marido intratable, un breton de alma de hierro y corazon de roca... Enteróse nuestro hombre de que su honra servia de juguete al soberano, y se infestó del virus indio... bien infestado, por vida mia...

—¡Feroz plebeyo! esclamó el facultativo asombrado.

—Su muger ha comunicado el mal á Francisco, y si he de dar crédito á noticias fidedignas, harto harán los físicos con retardar la muerte del pobre monarca.

—Es una desgracia, Señor, una desgracia, contestó suspirando el anatómico Paduano.

—Debia suceder (continuó el emperador con tono solemne). Las maldiciones humanas se cumplen tambien.

—¡Las maldiciones! repuso Vesalio sorprendido.

—Sí, (replicó D. Cárlos). Yo veo en esa desventura algo mas

que una casualidad. Veo á la providencia que se encarga de cumplir alguna maldicion desesperada...

—De algun vasallo tal vez.

—Sí, (respondió el César disimulando). De algun vasallo. Por eso decia Enrique III: *mas temo las maldiciones de mis vasallos, que las armas de mis enemigos.*

EPILOGO.

I.

«San Gerónimo de Yuste (Plasencia), á siete de noviembre del »año de gracia 1556.»

«Mi amada Margarita: Frantz de Ausberg, escudero del Señor »Baron de Isemberga, pondrá en tus manos la presente; dándote »nuevas de un esposo, que siempre te amó, y que en la insoporta»ble monotonía de la vida claustral dedica á su familia un pensa»miento sin distraccion posible... ¡Oh! ¡qué existencia, mi buena »*Margot!* ¡qué mudanza desde que recomendado por Blinter entré »en la servidumbre del César de Alemania hasta que por mi mal, »escojido entre un centenar de servidores, pertenezco á la docena »de predilectos condenados á consumirse de fastidio en san Ge»rónimo.»

»¡Qué diferencia entre los dias pasados y los presentes!»

»Yo vine á España con un emperador ansioso de gloria, que »comenzó por ser clemente con los facciosos de este pais, y se cap»tó el amor de su pueblo. Despues de Pavía he visto en el Alcázar »de Madrid al orgulloso Francisco I, moribundo de pasion de áni»mo; dócil mas tarde á las condiciones de su vencedor. Pasé á »Italia y besé el anillo de Clemente VII, que habia gemido cautivo »de nuestros capitanes en Sant' Angelo. He visto al gran Maestre »de Rodas rendir pleito homenaje á un César que daba á la Orden »su isla de Malta. He visto á Soliman el magnífico con sus doscien»tos mil turcos retirarse medroso ante el Emperador, que condujo »á Guntz ciento veinte mil soldados; la flor de cuatro valerosas »naciones. He sido testigo de la heroicidad Cesárea en Túnez en la »toma de la Goleta, restablecimiento de Muley-Assan en el trono

»de sus padres, derrota del temible Hairadin Barba-roja en tierra »y mar, y libertad de veinte mil cristianos cautivos. He atravesa»do entre el cortejo imperial la Francia, que abria paso con curiosa »admiracion á su enemigo, para que descargara su mano poderosa »sobre la rebelde Gante. He visto á los Príncipes protestantes de la »liga de Smacalda vencidos en Mulberg; á Juan Federico, duque »de Sajonia, amenazado de muerte, depuesto y encarcelado; al »Landgrave de Hesse humillado ante el César, y prisionero... Dias »felices! ¡qué pronto han pasado, *Margot!*

»El César se ha estrellado tres veces contra la Francia como »una galera trireme contra una roca. El plan de toda su vida fué »destruir la monarquía de San Luis: el Cielo no se lo ha permitido. »La gota, un mal espantoso, fruto de las conquistas en el nuevo »mundo, y cierto gérmen de locura, herencia funesta de doña »Juana, han motivado las abdicaciones, en cuya virtud el empe»rador de Alemania, el Señor de Italia, el Archiduque austriaco »y el Rey de las Españas son hoy un caballero particular, resi»dente en un sombrío monasterio, con doce fieles criados, seis tu»descos y seis españoles, un caballejo en que cabalgar por estas »asperezas, y una pension de cien mil escudos.»

»La mecánica ocupa sus ocios: trabaja en relojería con un cé»lebre maestro, y rodeado de muestras y relojes de todos tama»ños, hechuras y clases, tiene el gusto de que nadie sepa la hora »entre cien máquinas que retintinean á todas horas como fuego »graneado de arcabucería. Cuando alguno evoca lo pasado se es»tremece; brillan sus ojos con fuego sombrío; parece que resuci»tan los Príncipes en el caballero recluso; pero pasa como fiebre »de un momento la conmocion, y vuelve la indolente apatía; tor»na la indiferencia, y el coro, la mecánica, y los paseos solitarios »embeben su tiempo... El nombre de su hijo y el de su hermano »le producen una sensacion ingrata, y me atreveré á decir dolo»rosa. Dios me libre de murmurar de los señores de nuestra leal »obediencia; pero D. Fernando nunca perdonó sus recelos á el »César, mi amo, ni el frustre de sus ambiciones, y D. Felipe ha »creido demasiado largo el reinado de su padre. D. Fernando, re»sistiendo la pretension al imperio de D. Felipe, fué duro en su »oposicion á D. Cárlos; ya emperador se mostró harto insolente »con su hermano, y al despedirle disimuló bien poco sus resenti-

»mientos. D. Felipe dejó traslucir con bastante amargura la im-»paciencia de sus ambiciones; precipitó los sucesos con descarada »instancia, y nos vió partir con la alegría mal encubierta de quien »aparta de sí un embarazo.

»Hénos aquí á ocho millas de Plasencia, en la provincia de »Estremadura, y cerca de Jarandilla; siendo fama en el pais que »aquí estuvo el retiro de Sertorio, el famoso general de los iberos. »Hénos aquí sin que nadie parezca acordarse de que entre estos »muros ennegrecidos vejeta el semi-Dios de la Europa... Ni una »carta que venga á recordar el respeto de Príncipes, dignatarios, »próceres y señores á la grandeza que descendió prematuramente »al ocaso... Pocas noticias llegan á este retiro: las que traspasan »el recinto lúgubre confirman la opinion de los desengañados de la »ingratitud humana: ni una sola de las prevenciones cesáreas ha »sido cumplida; ni el mas mínimo de sus encargos acatado. San »Gerónimo de Yuste es la tumba del emperador: dentro el silen-»cio: fuera el olvido.

»D. Cárlos es grande, singular aquí como en el trono, Marga-»rita mia. Aquí como en los sólios de Carlo-Magno, Cárlos el »Temerario, y Recaredo, tiene imperio sobre sí mismo, y si los »observadores descubren alguna vez lo que encierra en su corazon, »pronto dudan de sus observaciones, desconcertados por el pro-»fundo disimulo con que repara la falta de mesura, que hizo trai-»cion á su secreto pensar.

»D. Cárlos lucha consigo propio para poner en olvido lo que »fué, y se estrella desesperado contra la valla, que en una preo-»cupacion lúgubre ha levantado entre el siglo y el cláustro. Pugna »por absorverse en la meditacion religiosa; por deleitarse en las »faenas mecánicas; por hacerse á la vida rústica y sencilla de un »hidalgo de la montaña; de un Señor de Torre y veinte yuntas... »¡Empeño vano!... Una palabra, un recuerdo destruyen la obra »de su continuo afan, y entonces, *Margot*, el que le estudia com-»prende cuánta exasperacion, cuánta hiel paliará sus esteriorida-»des de resignacion y desprendimiento de los negocios mundanos.

»Un caso entre mil, Margarita.

»Aquí mora entre nosotros un maestro en máquinas famoso; »Juanelo Turriano, inventor de ingeniosos artificios; entre ellos »uno para subir el agua del Tajo. Anduvo algunos dias retraido

»en una celda; sin permitir la entrada á nadie mas que á dos »aprendices, hermanos legos, y al venerable superior; respon- »diendo al César, que le hizo pedir licencia para entrar, que para »su diversion trabajaba, y así no tratara de anticiparse.

»Al cabo de diez dias, á eso del *Angelus Domini*, Juanelo en- »tró en los aposentos de su imperial magestad, invitándole á una »funcion de figuras de movimiento, que debian representar la fa- »mosa batalla de Pavía. A la funcion estaban convidadas personas »principales de Plasencia. El emperador y su servidumbre debian »ocupar los primeros bancos. Seguia la comunidad, y por último »los espectadores de fuera.

»¡Qué maravilla, mi buena Margot! Principiaba el espectáculo »antes del alba, cuando los capitanes Santa Cruz y Salcedo con- »cluian el derribo de la tapia en la Cartuja de Pavia. Viacampa, »Herrera y Gayoso con sus tercios entraban en el parque. Des- »puntaba el alba y seguian entrando por la brecha Pescara con »cinco banderas alemanas y cinco españolas; Frondsperg con sus »tudescos; Lanoy con sus lanzas; Borbon con sus escuadrones en »batalla; Vasto y Alarcon con sus hombres de armas españoles; »Sant' Angelo con su caballería ligera italiana... ¡Qué verdad! »¡qué prodigio!

»Apareció luego el ejército francés con Alenzon y sus tres »cuerpos montados de gendarmes y esguízaros; Francisco, y su »corte militar en el centro al frente de dos mil lanzas, y diez mil »bearneses y gascones en retaguardia. Por los magos de Colonia! »Era cosa de ver.

»Principió la jornada con una propiedad admirable, y todos »los encuentros fueron de una ilusion completa; eran pigmeos que »remedaban una accion de jigantes: los mismos jigantes vistos á »vuelo de águila entre el polvo y el humo del combate.

»D. Cárlos parecia enagenado: no separaba un punto su vista »de la escena: no asistia á la ficcion, sino que se creia testigo de »la verdad. Cuando los españoles tuvieron que abandonar su posi- »cion en Mirabel, dejando los italianos su artillería en poder de »Alenzon, el despecho le hizo agitarse con violencia. Cuando los »arcabuceros introdujeron el desórden en las filas del centro, el jú- »bilo se pintaba en su semblante. Cuando la infantería española »avanzó contra la francesa, superior en número, temblaba de im-

»paciencia. Cuando la victoria empezó á declararse, comenzando »la cruda matanza de los lansquenetes, el entusiasmo del César »rayaba en locura. Sus lábios se abrian en una aspiracion convul»siva: los gritos de alborozo espiraban en murmullos en su gar»ganta.

»Dió principio la horrenda carnicería de los suizos y frantopi»nes: los desatalentados franceses se arrojaban al Grabalon huyen»do de la saña española, y Francisco fué perseguido por enemi»gos que no le conocian por el Rey.

»En este momento el mecanismo que hacia andar á dos solda»dos imperiales se atascó en su corredera, y el monarca francés »al escape de su caballo se acercaba al puente, cortado en su mi»tad para salvaguardia del fugitivo Alenzon.»

»El emperador se levantó de su asiento con inesplicable frene»sí, atacado de un temblor epiléptico y gritando:=«Corre Juanes »de Urbieta! corre Diego de Avila! Ira de Dios! ¡Qué se os escapa »el rey Francisco!»=Acudimos en torno de D. Cárlos temerosos »de un accidente; pero vuelto en sí, dijo con acento ronco, des»pues de pasarse la mano por la frente, bañada de frio sudor.— «Me siento mal: vámonos de aqui» y se retiró á su aposento suma»mente decaido; donde permaneció seis dias aislado, noticiándo»nos Belmonte, su ayuda de cámara, que no le habia abandonado »en cuatro dias la calentura.

»Por desgracia creo que mis servicios concluirán pronto; por»que la salud de su magestad decae visiblemente, y una vez ter»minados los penosos deberes, que me retienen en España, ni aun »me detendré quizá á solicitar la pension concedida á la servidum»bre cesante. Abraza á mi hermosa Kenni á quien remito cien es»cudos de sol, y tu recibe el afecto de tu fiel esposo.

German Hánnetong.»

II.

»San Gerónimo de Yuste (Plasencia), á veintiuno de setiembre »de 1558 de N. S. J.

»Son las doce de la noche, Margarita: reina un silencio pavo»roso en Yuste; solo interrumpido por el doble funerario de las

»campanas... El César ha dejado de existir. Nada resta de aquel »héroe cuyo nombre ha llenado al mundo de asombro, sino un »cuerpo inanimado, consunto por la fiebre, que luego se hará pol- »vo entre el polvo... Mis lágrimas mojan este escrito... ¡Cuánta »ingratitud!... Se le dejaron de pagar hasta las rentas de su mo- »desto retiro; sus consejos fueron del todo contrariados: avisó su »próximo fin, y ni un emisario de la corte ha venido á traerle una »palabra de consuelo; á recibir en nombre de su real hijo la ben- »dicion paternal...—«Amigos, (nos dijo con sonrisa resignada) »ved en lo que para la grandeza: vanidad de vanidades y todo »vanidad.—»

»Al principio de la mañana estaba preocupado y sombrío.— «Belmonte, (dijo á su ayuda de cámara) leedme algo de los san- »tos libros.»—Belmonte obedeció, acertando á comenzar por los »proverbios, capítulo 26, segun creo.—*¿Has visto al hombre »que se juzga sábio? Pues el ignorante tendrá mejores esperanzas »que él?*— «Verdad (esclamó el César con amargura). Pobre de »aquel que se tuvo por sábio ó poderoso.—» Cerró los ojos, y re- »zó fervorosamente.

»Al mediodia el Padre Quincozes vino á recitar los Salmos »junto al lecho del moribundo, que se mantenia amodorrado, y »comenzaba á luchar con la muerte con harta desventaja. El reli- »gioso llegó al versículo cuarto del Salmo 87.—« Mis enemigos »me miran cual si hubiese bajado al sepulcro; como un hombre »sin defensa ni amparo; como aquel á quien no se concede lugar »ni aun entre los muertos.»—El César abrió los ojos dificultosa- »mente, y con acento entrecortado y fatigoso esclamó.—«Padre, »esa es la historia de mis últimos dias.»—

»Despues de confesar y recibir el sacramento eucarístico hizo »entrar á la servidumbre para darnos su último adios. Estaba en »estremo desfigurado, y su voz era apagada y de articulacion con- »gojosa.—«Perdonadme, los malos ejemplos; (dijo sin fijar su vis- »ta en ninguno, en el estravío de una agonía que daba principio) »el Señor os bendiga, y rogad por mí.»—No pudimos contener »nuestros dolientes gemidos,—«Belmonte, (añadió el augusto Prín- »cipe con ansiedad creciente) decid al rey Felipe que no imite mis »vicios: que no abrigue en su corazon sentimientos de venganza, »que son torturas crueles en la última hora.»—Cayó sobre la al-

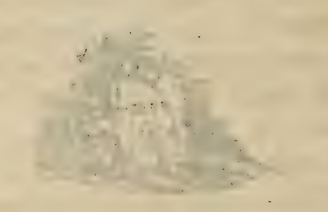
»mohada perdido el conocimiento, y el Prior nos hizo salir á toda »prisa.

»*Margot,* al hundirse el sol en occidente, el sol de nuestra era »se hundió en su ocaso. Cincuenta y nueve años no habia cumpli- »do aun. Ningun vínculo me liga á este pais: hè perdido el mejor »de los señores, y resuelvo pasar á la corte á gestionar el pago de »mis atrasos y pension de retiro. Humbeld pondrá esta en tus »manos. Si no consigo pronto mi pretension me embarcaré para »Alemania sin demora; pues sin mi generoso dueño España me se »figura una medrosa Catacumba. A tu lado y junto á nuestra her- »mosa Kenni pasaré mis últimos años, rogando por el alma del »héroe que ha perdido el mundo.

»Adios: hasta muy pronto. Tuyo

German Hánnetong.»





EFEMÉRIDES PRINCIPALES

DEL EMPERADOR CARLOS V.

En el año de 1500, en la villa de Gante, lunes 25 de Febrero, dia de San Matias, á las tres y media de la mañana, nació D. Cárlos; recibiendo el agua del bautismo al dia siguiente.

En 1505, viernes, 25 de setiembre, á la edad de 28 años, falleció D. Felipe, el Hermoso, padre de nuestro héroe, dejándole el Archi-Ducado de Austria.

En 1515, el 1.° de Marzo, entró en el gobierno de los Paises bajos, que durante su minoridad rijió Madama Magarita en nombre del Emperador Maximiliano, abuelo del Príncipe.

En 1516, á 23 de Enero, entre una y dos de la madrugada, falleció D. Fernando V. su abuelo materno.

En 1516, á 14 de Febrero, fué proclamado en Bruselas Rey de España en union con Doña Juana, su madre.

En 1516, á 19 de Marzo, fué jurado, en Madrid con toda solemnidad.

En 1517, domingo, 19 de Setiembre, arribó á la playa de Villaviciosa en Asturias.

En 1517, domingo, 8 de Diciembre, murió en Roa el Cardenal Jimenez de Cisneros, Gobernador en su ausencia de los reinos de Castilla y Aragon.

En 1517, 18 de Noviembre, entró D. Cárlos en Valladolid; donde fijó su residencia.

En 1518, á 4 de Enero, celebraron su primera sesion las famosas Córtes de Valladolid.

En 1518, por el mes de Abril, salió para Flandes el infante D. Fernando, hermano del Rey.

En 1519, en Belsis, á 12 de Enero, pasó á mejor vida el Emperador Maximiliano, recibiéndose en España la noticia á 15 de febrero.

En 1519, á 28 de Junio, en Francfort sobre el Mein, despues de empeñadas contiendas entre los electores, se publicó la eleccion de Cárlos V.

En 1519, á 22 de agosto, arribó á las costas de Barcelona el Duque Federico de Baviera con el decreto efectivo, y la instancia

de los electores para que fuese á tomar posesion de los dominios imperiales.

En 1520, á 5 de Marzo, salió D. Cárlos de Valladolid, dejando alborotada la Ciudad, y mal contentos los reinos de España.

En 1520, á 20 de Mayo, salió del puerto de la Coruña, acompañado de muchos próceres, asi flamencos como castellanos.

En 1520, á 26 de Mayo se avistaron en Douvres el Emperador y el Rey Enrique VIII de Inglaterra.

En 1520, á 21 de Agosto, declarada la rebelion de los Comunes, Antonio de Fonseca, general realista, prende fuego á Medina del Campo.

En 1520, á 2 de Setiembre, pronunciada Valladolid por la causa de los comuneros, Juan de Padilla se apoderó de Tordesillas, residencia de Doña Juana.

En 1521, á 22 de Febrero, Juan de Padilla sitia á Torrelobaton, de que se enseñorea despues de encarnizados combates.

En 1521, mártes, 23 de Abril, perdióse la causa comunera con la funesta derrota de Villalar.

En 1521, miércoles 24 de Abril, fueron ajusticiados en Villalar Juan de Padilla, Juan Bravo, y Francisco Maldonado, capitanes de la comunidades de Toledo, Segovia y Salamanca.

En 1520, á 23 de octubre, fué ungido el Emperador en la iglesia de Nuestra Señora de Aquisgran, segun la Bula de oro.

En 1521, 30 de Junio, ganaron los tercios reales la batalla de Ezquiros á los franceses invasores de Navarra, quedando prisionero D'Esparres con su estado mayor.

En 1521, en Mayo, tuvieron lugar las sesiones de la Dieta de Worms, en que fué comparecido Martin Lutero.

En 1521, en el mes de Diciembre, fué nombrado Vicario de Cristo Adriano de Utrech, que tomó el nombre de Adriano VI.

En 1522, en 27 de Abril, batalla de Bicocca, en que los imperiales derrotaron á Lautrech.

En 1522, á 30 de Mayo, toma de Génova por los imperiales.

En 1522, víspera de Navidad, despues de una heróica resistencia de los caballeros de San Juan, que duró seis meses, se entregó á Soliman la isla de Rodas; dándose por el Emperador á la órden la isla de Malta en 1525.

En 1522, en 16 de Julio, arribó Cárlos V á Santander.

En 1524 derrota de los franceses en el Tessino, y muerte del famoso Caballero Bayardo.

En 1524, á 19 de Marzo, rendicion de Fuenterrabia y evacuacion de Navarra por los franceses.

En 1524, en 28 de Octubre, el rey de Francia cerca la ciudad de Pavía, defendida por Antonio de Leiva.

En 1525, en 25 de Febrero, aniversario del natalicio imperial, victoria de Pavía, y prision de Francisco I.

En 1525, á 15 de Junio, arriba á Barcelona el Rey de Francia, escoltado por Cárlos de Lanoy.

En 1525, entrevista de Cárlos y Francisco en el Alcázar de Madrid, el 29 de Setiembre.

En 1526, á 14 de Enero, se firma la concordia de Madrid entre el emperador y el Rey de Francia.

En 1526, á 15 de Marzo, libertad de Francisco I.

En 1526, 19 de Marzo, casamiento de D. Cárlos con la infanta Doña Isabel de Portugal.

En 1527, en 5 de Mayo, llegada del ejército imperial, mandado por Borbon, frente á Roma.

En 1527, en 6 de Mayo, toma de la capital del Cristianismo, y despiadado saqueo de sus ópimos tesoros, haciéndose mas tarde prisionero á Clemente VII, tras la rendicion del Castillo de Sant'Angelo.

En 1527, á 21 de Mayo, á las cuatro de la tarde, nació el infante D. Felipe, que reinó segundo de su nombre.

En 1528, á 19 de Abril, jura de D. Felipe por Príncipe de Asturias en el monasterio de San Gerónimo de Madrid.

En 1529, á 5 de Agosto, se celebró el tratado de paz entre España y Francia, en Cambray.

En 1529, á 30 de Octubre, entra Cárlos V en Bolonia donde se recibe Clemente VII con pomposa solemnidad.

En 1530, en 25 de Febrero, augusta consagracion Imperial de D. Cárlos por ministerio Pontificio en Bolonia.

En 1530, á 20 de Julio, Dieta de Augusta para asuntos del Imperio.

En 1530, retirada de Soliman ante el ejército del Emperador.

En 1535, á 30 de Mayo, sale del puerto de Barcelona la armada imperial capitaneada por D. Cárlos en direccion al reino de Túnez.

En 1535, heróica toma de la Goleta.

En 1535, se apodera de Túnez el ejército Cesáreo, el 21 de Julio; huyendo Barbaroja, y detituyéndose el reino á Muley Haben.

En 1536, por agosto, invade el Emperador la Francia.

En 1536, por octubre, evacuó la Francia sin obtener ninguna ventaja positiva.

En 1536, á 18 de Noviembre, salió de Génova para España.

En 1540, el 1.° de Enero, hizo el Emperador su entrada pública en Paris.

En 1540, terrible castigo de Gante por su rebelion.

En 1544, paz de Crespy entre Francia y el Imperio, concluida el 18 de Setiembre.

En 1547, el 28 de Febrero, murió Enrique VIII de Inglaterra.

En 1547, el último dia de Marzo, falleció en Rambouillet Francisco I.

En 1550, dieta de Augsburgo, en que se convino en la reunion de un Concilio general, el 25 de Junio.

En 1551, á 3 de Noviembre, rendicion de Magdeburgo al ejército imperial.

En 1552, paz llamada de religion en Passau, firmada el dia 2 de Agosto.

En 1552, á 19 de Octubre, derrota del ejército imperial en Metz.

En 1554, matrimonio de Felipe II con María, reina de Inglaterra.

En 1554, derrota de Renti.

En 1555 el Emperador renuncia la soberanía de los Paises-Bajos en su hijo D. Felipe, el 25 de Octubre.

En 1555 renuncia en el mismo la corona de España.

En 1556, á 27 de Agosto, renuncia el imperio en su hermano D. Fernando.

En 1556, el 17 de Setiembre, se dió á la vela para España.

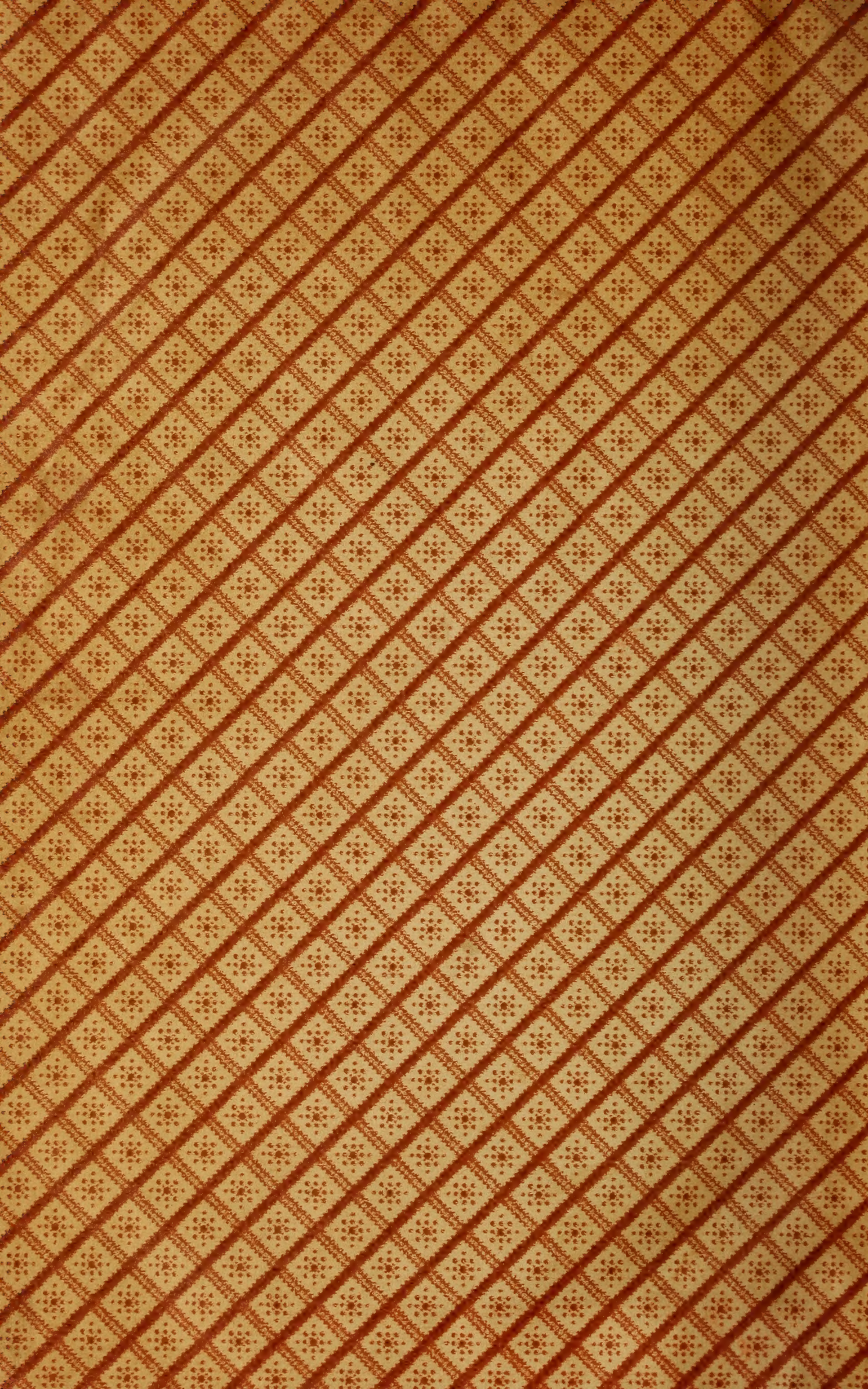
En 1557, el 24 de Febrero, se instaló en San Gerónimo de Yuste, en la campiña de Plasencia.

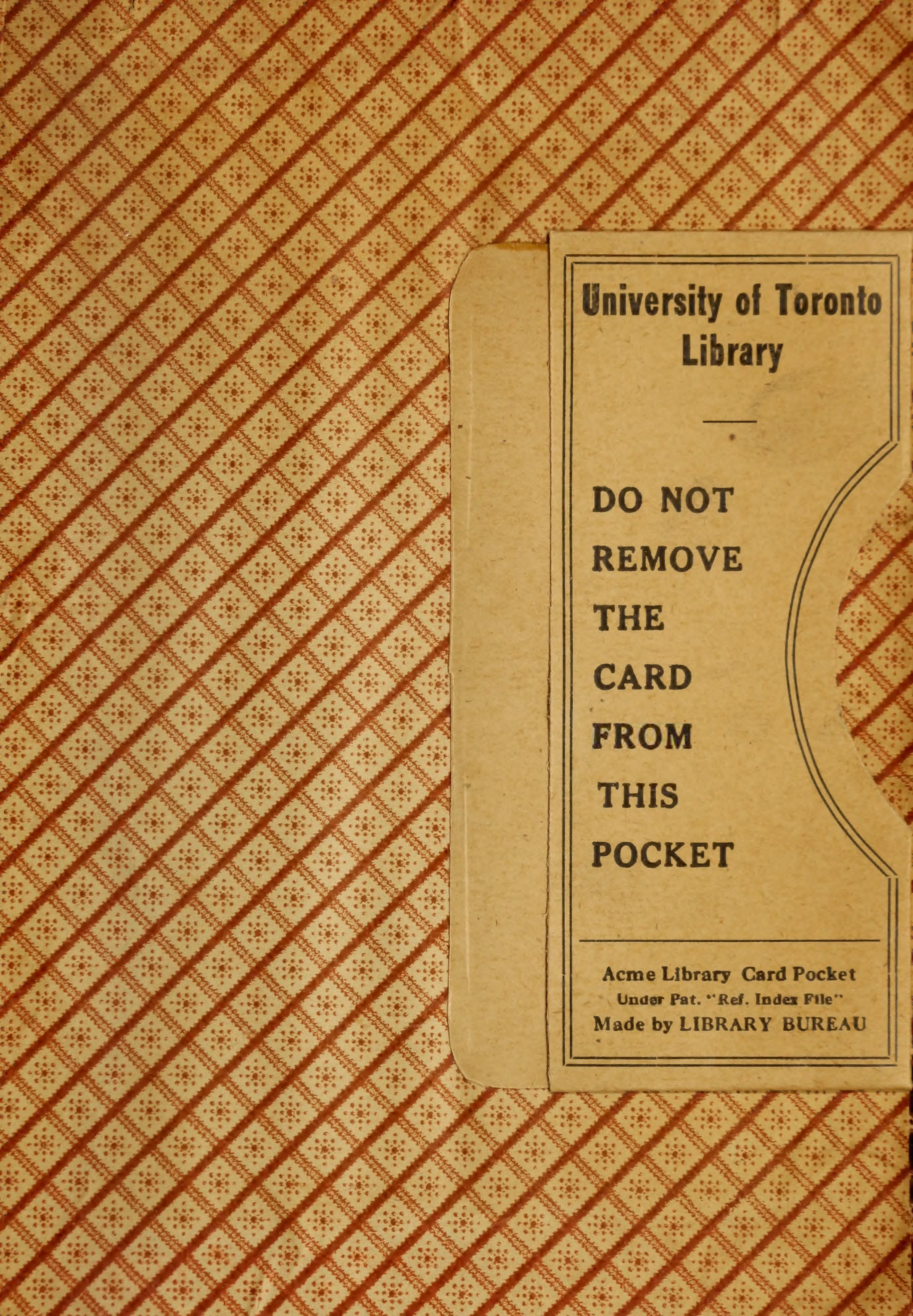
En 1558, 18 de Setiembre, Cárlos hizo celebrar sus exequias en San Gerónimo de Yuste.

En 1558 el 25 de Setiembre falleció á las 58 años, 6 meses y 25 dias.

TOMO I.

TOMO II.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

